

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

ARQUEOLOGÍA DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA EN NAVARRA. UNA APROXIMACIÓN AL CONFLICTO DESDE EL REGISTRO MATERIAL

TESIS DOCTORAL

Autor:

Ivan Roldan Vergarachea

Dirección:

**Sergio Escribano Ruiz
Alfredo González Ruibal**

(c) 2021 Iván Roldán Vergarachea

Vitoria-Gasteiz, 2021

***Es la misma lluvia la que en la tierra inculta hace
crecer zarzas y espinas, y en los jardines, flores
(Ludwig van Beethoven)***

Resumen

En este trabajo hemos abordado el estudio del registro material de la segunda guerra carlista (1872 – 1876) en Navarra a través de dos niveles de estudio.

En una escala general, a nivel provincial, nos hemos centrado en estudiar el origen y desarrollo del patrimonio militar edificado durante la guerra. Para el cual, se ha recurrido primero a hacer una secuenciación histórica de la guerra en Navarra y posteriormente una secuenciación constructiva del paisaje militar. Mediante ambos, hemos querido ofrecer una visión general de cómo se fue construyendo un paisaje militar a lo largo de la guerra, hoy totalmente desconocido y en vías de desaparición.

Por otro lado, a una escala particular, hemos estudiado la cultura material de la guerra a partir de tres casos de estudio en las inmediaciones de Estella. Hemos intentando alcanzar un registro diverso para un mayor conocimiento de la cultura material asociada a este conflicto, por esa razón, cada uno de los casos estudiados es único. Mediante la excavación arqueológica, hemos intervenido en dos fuertes, uno liberal (Princesa de Asturias) y otro carlista (San Juan), de finales del conflicto. Ambos dentro de un mismo frente de guerra. Esto ha servido para conocer aspectos básicos como: la dieta de la tropa, el armamento con el que contaban, su indumentaria, los materiales arquitectónicos escogidos, o las tipologías empleadas en su construcción. Este cuerpo empírico es por el momento el más completo que tenemos para el entendimiento de este conflicto, cuyos datos han sido posteriormente comparados y discutidos entre los dos casos de estudio.

El tercer caso de estudio es el campo de batalla de Abárzuza de 1874, en el que mediante una prospección metálica nos ha ayudado a conocer aspectos tales como la ubicación de las distintas unidades en combate, o la diversidad de armas empleadas. Un campo de estudio poco conocido, en el que tan solo contábamos para el caso de las guerras carlistas con un único caso anterior (la batalla de Somorrostro), en el que se estudió de forma sistemática algunas zonas del campo de batalla. Por lo que creemos que estos tres casos de estudio aúnan muy bien la complejidad de la cultura material de este conflicto, por vez primera estudiada.

Laburpena

Lan honetan, Nafarroako bigarren karlistaldiko (1872-1876) erregistro materiala aztertu dugu, bi ikasketaren bidez.

Eskala orokor batean, probintzia mailan, gerraren eraikitako ondare militarren jatorria eta garapena aztertu ditugu. Horretarako, lehenik eta behin, Nafarroako gerraren sekuentziario historikoa egin da, eta ondoren, paisaia militarren sekuentziario eraikitzailea. Bien bidez, ikuspegi orokor bat eskaini nahi izan dugu, gerraren zehar paisaia militar bat nola eraiki zen ikusteko, gaur egun guztiz ezezaguna dena eta desagertzeko bidean dagoena.

Bestalde, eskala berezi batean, gerraren kultura materiala aztertu dugu Lizarra inguruko hiru azterketa-kasutatik abiatuta. Hainbat erregistro lortu nahi izan ditugu, gatazka horri lotutako kultura materiala hobeto ezagutzeko; horregatik, aztertutako kasu bakoitza bakarra da. Indusketa arkeologikoaren bidez, gatazkaren amaierako bi gotorlekutan esku hartu dugu, bata liberala (Asturiaseko Printzesa) eta bestea karlista (San Juan). Biak gerra-fronte berekoak. Horrek oinarrizko alderdiak ezagutzeko balio izan du, hala nola troparen dieta, armamentua, janzkera, aukeratutako material arkitektonikoak edo eraikitze erabilitako tipologiak. Gorputz enpiriko hau, oraingoz, gatazka hau ulertzeko daukagun osoena da, honen datuak, ondoren, bi azterketen artean alderatu eta eztabaidatu direlarik.

Hirugarren azterketa-kasua Abartzuzako gudu-zelaia da, 1874koa. Bertan, metalezko prospekzio baten bidez, borrokan dauden unitateen kokapena edo erabilitako armen aniztasuna bezalako alderdiak ezagutzeko lagundu digu. Gutxi ezagutzen den azterketa-eremu bat da, non karlistaldien kasuan aurreko kasu bakar bat baino ez genuen (Somorrostroko gudua), non modu sistematikoan gudu-zelaiko zenbait eremu aztertu ziren. Beraz, uste dugu hiru azterketa-kasu horiek oso ondo uztartzen dutela gatazka honen kultura materialaren konplexutasuna, lehen aldiz aztertu baita.

Agradecimientos

Este trabajo es el resultado de muchas horas y años de trabajo. No únicamente los cinco largos años dedicados a la elaboración de esta tesis, ya que incluso con antelación, desde finales de la carrera comencé a interesarme en este campo y fruto de ello fue la realización tanto de mi trabajo fin de grado, como de fin de máster. Es por ello, que si hay alguien a quien debo de agradecer en primer lugar que hoy en día esté escribiendo estas palabras, es a mi director de tesis Sergio Escribano Ruiz, quien sin saberlo, ya comenzó a guiarme en este mundo de la investigación desde el 2014, cuando aceptó ser mi tutor de mi trabajo fin de grado. Ese mismo año, tras haber finalizado la carrera, el azar del destino quiso que entre las diferentes opciones de voluntariado que anualmente realizaba en alguna excavación arqueológica, fuera a parar a Belchite. A una excavación de la guerra civil, en donde tuve el placer de conocer a quien más tarde ha sido mi otro director de tesis, Alfredo González Ruibal. Su inestimable ayuda y conocimiento sobre el conflicto en general, han sido vitales para materializar esta tesis. Y finalmente a mi tutor, Agustín Azcarate Garai-Olaun, que siempre ha estado ahí cuando ha hecho falta. Todavía sin salir de la universidad, tengo que agradecer tanto las charlas como los ánimos de mis compañeros del Grupo de Investigación en Patrimonio Construido (GPAC), que me han servido para aportar nuevas ideas a la tesis. Y al programa doctoral *Estrategias Científicas Interdisciplinarias en Patrimonio y Paisaje*; por haber aceptado esta tesis dentro de su programa. También debo agradecer al Gobierno Vasco por haber financiado esta tesis doctoral, mediante un contrato predoctoral que me ha posibilitado llevar a cabo este trabajo a lo largo de estos años.

Los inicios no fueron fáciles, en parte porque no teníamos un registro material por dónde empezar a trabajar. En este primer punto, quiero agradecer al Museo de Arqueología de Álava y especialmente a Jaione Agirre, por su dedicación y ayuda con los primeros materiales que pude empezar a analizar. Desde entonces, surgieron varias oportunidades para intervenir en varios yacimientos que, han sido en definitiva, dos de los tres casos de estudio que forman la presente tesis. En este enorme trabajo debo de agradecer tanto al ayuntamiento de Villatuerta como al del Valle de Yerri, a la fundación Caja Navarra y al Gobierno de Navarra por la financiación y apoyo durante las diversas campañas arqueológicas que hemos desarrollado. A la Sección de Registro, Bienes Muebles y Arqueología del Gobierno de Navarra, por facilitarnos los diferentes permisos necesarios para la realización de nuestro trabajo de campo, con especial gratitud a los arqueólogos Jesús Sesma y Jesús García. Al Museo del Carlismo de Estella, por dejarnos en todas las ocasiones que ha hecho falta sus estancias para dar voz a nuestros proyectos, al igual que a Tierras de Iranzu, por la difusión y las visitas guiadas a los fuertes. Al IES Tierra Estella y sus alumnos, por colaborar en la segunda campaña de excavación del fuerte San Juan. Y al supermercado Loli, por llevarnos la comida todas las veces que ha hecho falta allá donde nos encontrábamos. Pero especialmente debo agradecer a todas aquellas personas, que de manera voluntaria han colaborado en los dos proyectos de excavación de los fuertes Princesa de Asturias y San Juan. En relación a estos dos proyectos, quiero agradecer especialmente a David Martínez, por su extraordinaria labor como responsable de campo. A Raquel Ugartondo y Miren Fernández de Gorostiza, por sus labores como topógrafas. Al arquitecto Ander de la Fuente, por la consolidación de los muros del fuerte de la Princesa de Asturias. Por último y no menos importantes, a los propietarios de los terrenos en donde se ubica el fuerte San Juan, M^a Teresa Garín y su hijo José Luis Rodríguez, que durante estos años nos han autorizado el acceso a

su terreno, en donde hemos realizado las dos campañas de excavación.

En cuanto al tercer caso de estudio, el campo de batalla de Abárzuza, debo de agradecer a José María Lander, vecino de Eraul, por su testimonio oral sobre la batalla; al igual que ha Javier Sainz, de Abárzuza, por enseñarme la ubicación de la batería carlista que más tarde se estudió para este proyecto. A Creig y su familia por dejarme entrar en sus terrenos en Monte Muru, a prospectar una zona de estudio del campo de batalla. Y a Iñaki Etxeberria por aportarme información de los sucesos durante la batalla. También a los técnicos del TEDAX de la Guardia Civil, por la colaboración en la desactivación de dos granadas de la guerra y en especial a Jesús Suarez, de este cuerpo, por aportarme información relevante de estos explosivos.

Del mismo modo, agradezco el material facilitado al Archivo Histórico Foral de Bizkaia, al Archivo Real y General de Navarra, al Archivo Histórico Municipal de Estella, al Centro de Documentación del Museo del Carlismo de Estella, al Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército, y al Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra.

Por otro lado quiero agradecer a nivel individual a: Josu Aranbarri, por su ayuda en el montaje de mapas en SIG. A los hermanos Aguinaga, por la catalogación de vainas de fusil. A Javier Armendáriz, por la identificación de varios materiales de la edad del hierro del fuerte San Juan. A Javier Larra, por sus documentos sobre el carlismo. A Pedro Castaños, por su colaboración en el estudio zoológico de los restos óseos de los dos fuertes. A Iñaki Urrizelqui y Sivia Lizarraga del Museo del Carlismo, por apoyarme y facilitarme documentación que me ha hecho falta, al igual que a las trabajadoras del museo por sus conversaciones y ánimos. A los miembros del Centro de Estudios Tierra Estella, que siempre se han mostrado muy interesados en esta investigación y me han animado con la tesis. A José María Ocáriz, por su colaboración, así como ser el impulsor de la intervención en el fuerte de la Princesa de Asturias. A Irene Santander, por apoyarme y ayudarme. Y a mis compañeros de fatiga: Eneko Orueta, Aitor Juaristi, Ainhoa Aranburu, Gorka Martín, Jesús Ángel Arrate y Alberto Rubio.

Finalmente este último espacio se lo dedico con mucho cariño a mi gente más cercana, a mi familia y amigos que durante estos años habéis estado ahí para lo bueno y para lo malo. Gracias por haberme dejado compartir con todos vosotros las historietas que iba descubriendo, las anécdotas, los resultados que iba poco a poco logrando en la tesis y sobre todo por animarme cuando en este carrera de fondo veía la botella medio vacía. Gracias de todo corazón por haberme apoyado. Saber que esta tesis os pertenece también a vosotros y que si algún día os animáis a leerla, espero que estéis orgullosos del trabajo que he realizado. Esto va por todos vosotros y vosotras.

ÍNDICE

PRÓLOGO	1
1. INTRODUCCIÓN	7
1.1. Arqueologías del conflicto y de los campos de batalla.....	8
1.1.1. Orígenes.....	9
1.1.2. Desarrollo	10
1.1.3. La situación en España	11
1.2. Marco histórico	12
1.3. La arqueología de las guerras carlistas: un estado de la cuestión	15
1.3.1. Trabajos históricos.....	16
1.3.2. Trabajos arqueológicos.....	18
1.3.3. Trabajos antropológicos	21
1.3.4. Trabajos del estudio de la cultura material	22
1.3.5. Conclusiones	22
1.4. ¿Es necesario una deconstrucción de la historiografía del carlismo?	23
1.4.1. Evolución de los estudios sobre el carlismo.....	23
1.4.2. La dicotomía existente entre las fuentes escritas y las materiales.....	26
1.4.3. ¿Segunda o tercera guerra carlista?	27
1.5. Objetivos y plan de trabajo	30
1.5.1. Objetivos	30
1.5.2. Plan de trabajo	31
1.6. Marco teórico	32
1.6.1. Debate cronocultural	33
1.6.2. La aplicación de arqueologías transversales	35
1.7. Metodología.....	36
1.7.1. Las fuentes escritas.....	37
1.7.2. Las fuentes gráficas	39
1.7.3. Las fuentes orales	40
1.7.4. Las fuentes materiales	41
2. ORIGEN Y DESARROLLO DEL PATRIMONIO MATERIAL DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA EN NAVARRA	53
2.1. Secuenciación histórica	55
2.1.1. Fase I: Inicio de la insurrección – acción de Eraul (abril de 1872 – 5 de mayo de 1873).....	56
2.1.2. Fase II: acción de Eraul – acción de Abárzuza (5 de mayo de 1873 – 25-27 de julio de 1874).....	57

2.1.3. Fase III: acción de Abárzuza – acción de Lácar (25-27 de junio de 1874 – 3 de febrero de 1875)	57
2.1.4. Fase IV: acción de Lácar – acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier (3 de febrero de 1875 - 22-26 de noviembre de 1875).....	58
2.1.5. Fase V: acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier – fin de la guerra (22 – 26 de noviembre de 1875 – 28 de febrero de 1876)	60
2.2. Secuenciación constructiva del paisaje militar	62
2.2.1. Fases de construcción	63
2.2.2. Morfología de las obras construidas.....	63
2.2.3. Tipología de las obras	65
2.2.4. La secuenciación	65
2.3. Conclusiones.....	88
3. EL FUERTE LIBERAL DE LA PRINCESA DE ASTURIAS	89
3.1. Situación geográfica	90
3.2. Contextualización histórica	91
3.2.1. Situación geo-militar de Monte Esquinza	91
3.2.2. La Monte Esquinza carlista	92
3.2.3. La Monte Esquinza liberal	94
3.3. Análisis estructural del fuerte.....	98
3.3.1. La descripción histórica del fuerte	98
3.3.2. Los restos actuales	103
3.4. El proyecto arqueológico	107
3.4.1. La prospección	108
3.4.2. La excavación.....	110
3.5. Materiales	115
3.5.1. La dieta	116
3.5.2. El armamento	127
3.5.3. Indumentaria.....	133
3.5.4. Enseres del soldado	137
3.5.5. Edificación.....	139
3.5.6. Otros	146
4. EL FUERTE CARLISTA DE SAN JUAN.....	149
4.1. Situación geográfica	150
4.2. Contextualización histórica	151
4.2.1. Situación geo-militar de la sierra de San Millán	151
4.2.2. Antecedentes.....	151
4.2.3. La primera guerra carlista.....	153
4.2.4. La segunda guerra carlista.....	154
4.3. Análisis estructural del fuerte.....	159

4.3.1. Estructuras exteriores	160
4.3.2. Estructuras interiores	163
4.4. El proyecto arqueológico	169
4.4.1. El foso (sondeo 1000).....	170
4.4.2. Estancia interior (sondeo 2000).....	174
4.5. Materiales	180
4.5.1. La dieta	181
4.5.2. El armamento	190
4.5.3. Enseres del soldado	196
4.5.4. Edificación.....	197
4.5.5. Otros	202
5. DISCUSIÓN E INTERPRETACIÓN DE LOS CASOS DE ESTUDIO DE LOS FUERTES PRINCESA DE ASTURIAS Y SAN JUAN.....	203
5.1. La arquitectura militar.....	204
5.1.1. Fuerte Princesa de Asturias	204
5.1.2. Fuerte San Juan	212
5.2. El conjunto material mueble.....	220
5.2.1. La dieta	220
5.2.2. El armamento	236
5.2.3. Indumentaria y enseres del soldado.....	238
5.2.4. Edificación.....	239
5.2.5. Otros	240
5.3. Conclusiones.....	241
6. LA BATALLA DE ABÁRZUZA	243
6.1. Situación geográfica	245
6.2. Contextualización histórica	246
6.2.1. Sábado 27, último día de la batalla.....	248
6.2.2. Resumen	258
6.3. La prospección arqueológica del campo de batalla de Abárzuza.....	258
6.3.1. Zona 1: batería de Echávarri	259
6.3.2. Zona 2: ermita de Santa Bárbara de Abárzuza	268
6.3.3. Zona 3: despoblado de Alto Muru	295
6.4. Discusión e interpretación del armamento recuperado.....	305
6.4.1. Análisis del conjunto armamentístico.....	305
6.4.2. Interpretación espacial de los hallazgos	323
7. LA EVOLUCIÓN TECNOLÓGICA COMO BASE DEL FRACASO DEL NUEVO ALZAMIENTO CARLISTA.....	337
7.1. El desarrollo de la red de comunicaciones.....	338
7.1.1. La red ferroviaria.....	338

7.1.2. El telégrafo óptico y eléctrico	341
7.2. Las innovaciones en el armamento	342
7.2.1. Las armas portátiles	342
7.2.2. La artillería	348
7.2.3. La fortificación	349
7.3. Conclusiones.....	351
8. CONCLUSIONES GENERALES.....	353
8.1. La efectividad de la prospección geofísica en campos de cultivo	354
8.2. La expresión material de la estacionalidad de los frentes de guerra	354
8.3. La falta de investigaciones en la cultura mueble y el excesivo foco en lo militar	355
8.4 Una guerra en las puertas de la globalización contemporánea	356
8.5. El ignoto legado del paisaje militar	358
8.6. La necesidad de fomentar planes de actuación, divulgación y turismo sobre el patrimonio de la segunda guerra carlista.....	359
GLOSARIO	361
BIBLIOGRAFÍA.....	365

PRÓLOGO

“Buenos días,

(...) Me gustaría reflexionar sobre la necesidad de una “reconstrucción” histórica de las guerras carlistas. No os llevéis las manos a la cabeza. Sé que las bibliotecas rebosan de libros sobre la ideología carlista, pero yo me estoy refiriendo a la historia de la guerra en sí: hechos de armas, número de batallones, número de bajas, tropas, mandos, material bélico, uniformes... Hace unos pocos años me entró un interés especial por el tema de las guerras carlistas, primeramente como algo superficial y seguidamente, y visto el vacío existente y el desconocimiento generalizado, con la necesidad de “reconstruir” lo que realmente paso, dejando a un lado la ideología y centrándome en las personas y los hechos de la segunda guerra carlista 1872-1876.

Lo cierto es que a día de hoy existe un notable vacío en este aspecto. Los libros actuales pecan de simplicidad, sólo se citan los hechos, no se profundiza en el “hecho” y los errores, algunos de ellos de bulto, se transmiten de libro en libro, ya que no se ha visionado las fuentes originales; otro son copy-pastes salvajes que desinforman más que informan.

La problemática de las fuentes originales no es menor: los escritores, incluido Pirala, muestran afinidades por unos de los campos contendientes, y las derrotas se convierten en gloriosas retiradas, los números se inflan y el valor de los soldados se infla hasta salir del pecho. Algunas veces se cuentan cosas no vividas en primera persona y los datos no casan.

He buceado en esos libros, he consultado archivos parroquiales y me reafirmo en decir, que existe un inmenso vacío que está esperando a ser reconstruido (Evocar recuerdos o ideas para completar el conocimiento de un hecho) y el ¿Por qué? Porque aun existiendo abundante bibliografía, los hechos están diseminados, parcialmente o equivocadamente explicados y de forma general, son poco o nada, conocidos.

(...) En mi humilde opinión, creo que falta esto. Dejar a un lado la grandilocuencia de las imágenes de la segunda guerra carlista, apartar a un lado las bellas imágenes que presentan a elementos correctamente uniformados y engalanados, para encontrarnos con el voluntario vestido con alpargatas y zamarra, que moría de frío en sus marchas y contra-marchas. Y al soldado liberal al que montaban en un tren y le llevaban a batirse por un rey, una república o un nuevo monarca¹.”

MIKELATZ (11.11.2009)

¹<http://hispanismo.org/senorios-vascongados/10650-segunda-guerra-carlista-necesario-reconstruir.html>

Partiendo de esta reflexión Jesús Ángel Arrate Jorriñ², bajo el pseudónimo de Mikelatz, exponía en un foro de internet su visión sobre la realidad historiográfica del carlismo hasta la actualidad. Hablaba de la necesidad de deconstruirla, dejando de lado la visión belicista, épica o romántica que en algunos casos predomina, y abogaba por la construcción de una nueva historiografía basada en los hechos y en las personas.

Diez años más tarde, en 2019, cuando comencé la fase de redacción de esta tesis, encontré fortuitamente estas líneas por internet. No eran las conclusiones redactadas en ningún artículo científico. Pero sin embargo, sentí por primera vez reflejado en un texto, el mismo pensamiento que me llevó a dirigir mi carrera investigadora hacia el carlismo. Tanto yo como Arrate, partíamos de una base más o menos en común, compartíamos la idea de que la historiografía del carlismo estaba siendo atomizada en trabajos de corte generalista, como más tarde analizaremos en profundidad. Notaba la falta de estudios que traspasaran las fuentes escritas y que dieran voz a aquellos elementos que todavía hoy se conservan en nuestro entorno, mudos y llenos de historia.

Con la llegada de la arqueología del conflicto y del pasado reciente a España a inicios de este siglo, muy centrada en la Guerra Civil, se fue abriendo camino una disciplina bastante consolidada a nivel mundial, basada en una metodología multidisciplinar aplicada al estudio de los restos materiales de los conflictos. A raíz del crecimiento de esta disciplina en España, fui consciente de que podría proporcionarme una vía de estudio para iluminar aquellos espacios vacíos que habían dejado los estudios históricos sobre el carlismo. Esto, unido a mis lecturas sobre las diferentes acciones ocurridas en Navarra durante la guerra, iba dibujando ante mí un paisaje militarizado que había permanecido desconocido con el paso del tiempo y que todavía se mantenía parcialmente en pie, aunque en vías de desaparición. Un escenario que siguiendo la propuesta metodológica de la arqueología del conflicto, me podía proporcionar las herramientas necesarias para su estudio.

Tanto la escasez de los estudios arqueológicos sobre el carlismo, como la acelerada desaparición de su patrimonio, han sido los dos pilares fundamentales por los cuales decidí embarcarme en esta investigación, que parte de mi trabajo fin de grado en la Universidad del País Vasco³ y de fin de Máster en la Universidad de Alicante⁴. Conforme pude ir conociendo mejor la complejidad del paisaje militar construido durante la guerra, no comprendía cómo no se habían iniciado estudios desde la academia que aportaran información al conocimiento de las guerras civiles decimonónicas. Por lo que claramente vi necesario el desarrollo de esta tesis arqueológica, que pusiera de algún modo en relieve la falta de estudios centrados en la materialidad del conflicto carlista.

Dentro de la historia del carlismo, entendiendo que es un fenómeno con casi dos siglos de historia, era importante escoger tanto el momento como el espacio geográfico donde iba a trabajar. Siguiendo el hilo del conocimiento adquirido a lo largo de mis trabajos anteriores, decidí prestarle toda mi atención a la guerra civil de 1872 a 1876, conocida como la segunda o tercera guerra

² Autodidacta del carlismo del siglo XIX, ha publicado un sinnúmero de artículos sobre el carlismo decimonónico en su blog: *Hechos, Anécdotas y Relatos de las Guerras Carlistas*. También es autor de uno de los artículos más citados en esta tesis sobre el estudio de un campo de batalla de las guerras carlistas (Arrate, 2014).

³ *Arqueología de la III Guerra Carlista: Estudio de cuatro fuertes carlistas en el Frente de Estella*, año 2014. UPV/EHU.

⁴ *Arqueología de la III Guerra Carlista en el Frente de Estella (Navarra)*, año 2015. Universidad de Alicante (UA).

carlista⁵. Decidí también limitar el escenario geográfico a Navarra a nivel general y el entorno inmediato de Estella a nivel particular.

Sin olvidar en ningún momento que este trabajo es el primero de esta índole, creí que era necesario abarcar temas de estudios generales, con el objetivo de analizar a su vez pequeñas particularidades. Partiendo de estudios realizados en otros conflictos contemporáneos, ya sean en España con la Guerra Civil (1936-1939), o bien en Estados Unidos con la guerra de secesión americana (1861-1865), he tomado ejemplo y he querido demostrar el potencial de la arqueología de la segunda guerra carlista. Tras este preámbulo, en las próximas líneas presento los ocho capítulos de los cuales se compone esta tesis doctoral:

El **primer capítulo** constituye una introducción general, en la que expongo diversos aspectos necesarios a tener en cuenta para la buena comprensión posterior de los capítulos que componen el cuerpo de esta tesis. Primero he desarrollado una síntesis historiográfica centrada en la arqueología del conflicto y la arqueología de los campos de batalla, como prólogo al marco histórico de la segunda guerra carlista. A continuación se presenta un estudio del estado actual de los trabajos que atañen a su patrimonio militar. Le siguen una serie de reflexiones que he considerado de gran importancia sobre la situación actual de la historiografía del carlismo. En este punto, he realizado una aproximación crítica, un análisis de la dualidad existente entre el estudio material e histórico y he finalizado debatiendo acerca de la ambigüedad sobre la manera de referirnos a la guerra civil de 1872-1876. En quinto lugar, he sintetizado tanto los objetivos de la tesis, como el plan de trabajo llevado a cabo durante estos años. Posteriormente, he continuado con el marco teórico. Y en último lugar, he explicado la metodología empleada a lo largo de esta tesis.

En el **segundo capítulo**, se aborda el estudio general que vertebra el cuerpo de la tesis. Desde una escala macro, he realizado un estudio general sobre las obras militares más destacadas construidas en Navarra durante esta guerra. Pero debido a la complejidad que entrañaba el estudio del origen de las construcciones, ha sido necesario primero realizar una secuenciación histórica de la guerra, para entender sus diferentes fases, para más tarde elaborar una secuenciación constructiva del paisaje militar. De modo que en este capítulo, analizo el origen y la evolución del paisaje militar durante la guerra.

Una vez finalizado el análisis del patrimonio militar desde una perspectiva general, en el **tercer capítulo** presento el primero de tres casos de estudios realizados en las inmediaciones de Estella. Aquí estudio el fuerte liberal Princesa de Asturias, construido en 1875 y que estuvo en uso hasta poco después de haber terminado la guerra. En este capítulo describo los resultados obtenidos de la intervención arqueológica que realizamos en 2016. Para lograrlo, me he centrado tanto en el estudio del propio edificio, así como en los restos materiales documentados.

Tras haber realizado un estudio en un fuerte liberal, en el **cuarto capítulo** he realizado el mismo trabajo, pero esta vez en el fuerte carlista de San Juan. Como veremos, ambos fuertes no solo

⁵ Más adelante explicaremos cuales han sido los argumentos que tanto unos historiadores como otros dan para argumentar la existencia de una segunda o tercera guerra carlista. También veremos las razones por las que nos hemos posicionado por la elección de dos guerras y no tres.

coinciden en la fecha de creación, sino que se ubican en el mismo frente de guerra, lo que hace la comparación particularmente interesante. En este capítulo como en el anterior, he descrito tanto la arquitectura documentada en los sondeos realizados en las distintas campañas de excavación, como los restos materiales hallados.

Posteriormente, en el **quinto capítulo**, he cruzado e interpretado los resultados empíricos obtenidos de los dos fuertes.

En el **sexto capítulo** he estudiado el campo de batalla de Abárzuza o Monte Muru de 1874. La prospección metálica realizada en 2018 me ha ayudado a recabar y documentar restos materiales pertenecientes a ambos bandos de la guerra. En este extenso capítulo comenzamos describiendo los materiales, para más tarde analizarlos e interpretarlos de forma espacial y cuantitativa.

En el **séptimo capítulo** me he centrado en interpretar las evidencias anteriores a través de las fuentes escritas. Entre otros aspectos analizo cómo la evolución tecnológica desarrollada a lo largo del siglo XIX fue un obstáculo en los objetivos de la guerra del nuevo alzamiento carlista.

En el **octavo capítulo** llegamos a las conclusiones. Aquí he resumido las principales aportaciones que esta tesis ha realizado para la investigación de la segunda guerra carlista.

Finalmente, termino con un pequeño glosario de palabras técnicas relacionadas con la fortificación militar y la bibliografía empleada a lo largo de este trabajo.

1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo introductorio a la tesis se compone de siete apartados. Comenzamos con una síntesis sobre la arqueología del conflicto y la arqueología de los campos de batalla, para entender cómo han influenciado en la creación de una arqueología de la segunda guerra carlista. A continuación, hemos realizado una síntesis para el marco histórico, en el que hemos explicado los prolegómenos y el desarrollo de la guerra. En tercer lugar, hemos repasado el estado de la cuestión actual, en el que hemos conocido la situación de las investigaciones actuales. Esto nos ha permitido, en cuarto lugar, recapacitar acerca de los rumbos historiográficos de los estudios del carlismo, así como compararlos con su estudio material. También hemos aprovechado esta coyuntura para hacer una reflexión conceptual y explicar por qué hemos considerado más acertado hablar de segunda guerra carlista, en vez de tercera. Tras finalizar este apartado, en quinto lugar, presentamos tanto los objetivos de la tesis, como el plan de trabajo que hemos seguido a lo largo de estos años de investigación. Le sigue, un sexto punto sobre el marco teórico, en el que hablamos de la base sobre la que hemos cimentado una arqueología sobre la segunda guerra carlista, constituida por la arqueología del conflicto y de los campos de batalla. Finalmente, terminamos con la metodología empleada en este trabajo, que destaca por la diversidad de fuentes y herramientas.

1.1. Arqueologías del conflicto y de los campos de batalla

El patrimonio militar que analizaremos en los próximos capítulos se engloba dentro de lo que actualmente se define como arqueología del conflicto y arqueología de los campos de batalla. La primera, de corte más generalista, puede dividirse en dos grandes grupos: aquella que tiene que ver con la guerra en sus distintas facetas (campos de batalla, fortificaciones, trincheras, hospitales de campaña, fosas...); y la centrada en la violencia política y la represión (campos de concentración...) (González-Ruibal y Ayán, 2018: 374). Esta arqueología se ha centrado sobre todo en las dos últimas décadas, en el estudio de los conflictos contemporáneos, y en menor medida en los de época moderna. Cuenta con unas técnicas y metodologías de trabajo propias, que son aplicables a cualquier periodo histórico (Hernández y Rojo, 2012: 160), lo cual ha posibilitado la realización de estudios multitemporales que van desde la prehistoria hasta la actualidad. De hecho, se ha defendido que se pueden diferenciar tres periodos de estudio divididos por su enfoque: el primero centrado en los conflictos de la prehistoria, partiendo desde una visión antropológica; el segundo, aplicado a periodos históricos, donde se pone el énfasis en la historia militar y en los campos de batalla; y por último, el estudio de época contemporánea, que aborda prioritariamente la gestión del patrimonio y la memoria (Carman, 2013: 87).

Por su parte, la arqueología de los campos de batalla, considerada una subdisciplina de la arqueología del conflicto (Pollard, 2014: 17), fue la primera en desarrollarse hace ya tres décadas. El primer estudio realizado fue el conocido caso de la batalla de Little Bighorn, estudiado en 1989. A pesar de que hoy por hoy está considerada como una disciplina desarrollada a nivel mundial, llama la atención su tardía aparición. Como bien justifica Gracia Alonso: *“es evidente que los grupos humanos se han agredido y dado muerte por múltiples causas económicas o ideológicas desde el inicio de su configuración como sociedades a nivel básico, sorprendentemente la arqueología del conflicto es muy reciente”* (Gracia-Alonso, 2011: 5). ¿Cómo puede explicarse esta situación? A pesar de que nuestro pasado ha estado repleto de conflictos, muchos de los cuales

terminaron manifestándose en la creación de campos de batalla, la arqueología no decidió embarcarse en su investigación de forma concienzuda hasta prácticamente entrado el siglo XXI (Editorial Arkeogazte, 2015: 12-13).

1.1.1. Orígenes

El inicio de estas arqueologías se remonta a los años posteriores de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), momento en el que se inicia el interés, por los restos materiales de la contienda y la localización de los lugares vinculados al conflicto. En este inicio jugaron un papel primordial los aficionados y las distintas asociaciones que se fueron creando, en relación a la aparición de los primeros detectores de metales (Rodríguez Temiño, 2012: 73). Además de incentivar la creación de colecciones particulares, de esta forma se comenzó a recuperar y patrimonializar numerosos entornos arqueológicos. De esta etapa cabe mencionar a modo de ejemplo, el caso del historiador Don Rickey, que en 1958 localizó con su detector líneas de fuego de la batalla de Little Bighorn de 1876 (Scott y McFeaters, 2011: 106); o la localización en 1987 del emplazamiento de la batalla del bosque de Teotoburgo por el detectorista mayor del ejército Tony Clunn, tras descubrir 160 denarios romanos (Sutherland y Holst, 2005: 13). A pesar de las reticencias todavía existentes por muchos arqueólogos respecto al uso del detector, cada vez existen más colaboraciones con detectoristas para el desarrollo de investigaciones, en especial para la Primera y Segunda Guerra Mundial (Van der Schriek y Van der Schriek, 2014).

Por su parte, como hemos señalado, la academia no comenzó a interesarse en estas arqueologías hasta finales del siglo XX. Algunos autores han tratado de explicar cómo la tardía aparición se debió al ambiente antimilitarista que comenzó a gestarse tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con una nueva generación conocida como la *flower power*. Los investigadores en arqueología que se educaron a finales de los sesenta y setenta, dentro del ámbito de la *Nueva Arqueología*, optaron por obviar a grandes rasgos el tema militar, por no estar de moda y ser repudiado por la sociedad del momento (Pollard y Banks, 2005: iv; Quesada, 2011: 44). Sin embargo, esto no impidió que se llevaran a cabo algunas investigaciones, como la realizada por Peter Newman en la década de los setenta, sobre la batalla de Marston Moor (1644) (Pollard y Banks, 2005: iv; Sutherland y Holst, 2005: 13); o la de Dean R. Snow, realizado con detector de metales en los setenta, sobre la batalla de Saratoga (1777) (Scott y McFeaters, 2011: 107-108). Hay que matizar en este punto, que el mal uso al que se le destinó a los detectores de metales por parte de aficionados, logró relacionar el empleo de esta herramienta con el furtivismo. Esto ocasionó que su uso fuera repudiado por parte de un amplio sector de la academia, cuyo rechazo puede percibirse hasta la actualidad⁶.

Habría que esperar hasta finales de la década de los ochenta, para ver el despegue definitivo de la arqueología de los campos de batalla. En 1988, gracias al trabajo de investigación ejecutado por Douglas Scott y Richard Fox sobre la batalla de Little Bighorn (1876), no solo lograron documentar un campo de batalla, sino que sus resultados consiguieron cuestionar y desbaratar uno de los mitos

⁶ Fueron necesarias publicaciones como las de Connor y Scott en 1998, publicado en *Historical Archaeology*, para demostrar la utilidad de esta herramienta a la comunidad arqueológica (Scott, 2011: 106).

historiográficos tradicionales norteamericanos, el de la tenaz resistencia del teniente coronel George Custer y su 7º de caballería, que cayeron derrotados en manos de una congregación indígena y que había servido como hito nacional (Landa y Hernández, 2014: 38). Durante los trabajos de campo que contemplaron el empleo de técnicas de prospección metálicas, la creación de mapas de dispersión, la recogida de materiales y la excavación arqueológica, lograron reescribir ese momento histórico. Demostraron a partir de la identificación de vainas de cartuchos y la dispersión de los cadáveres, que más que una resistencia por el ejército norteamericano, resultó ser una masacre, en el que un ejército indígena muy superior logró romper la formación del 7º de caballería y darles muerte allí donde cayeron. De esta forma se puso en entredicho la muerte heroica de esos hombres y la epopeya que se creó a raíz de ese enfrentamiento. Los resultados de dicha investigación fueron publicados un año después en un libro (Scott et al, 1989), iniciándose así una nueva línea de investigación, que no ha parado de aportar nuevas investigaciones, al quedar demostrado la importancia de la arqueología como medio de estudio, incluso para los enfrentamientos más recientes. La metodología desarrollada para el estudio del campo de batalla de Little Bighorn, ha ido posteriormente adaptándose a las necesidades de los diferentes especialistas (Scott y McFeaters, 2011: 109). No obstante, salvo algunas variaciones y evoluciones debido al desarrollo tecnológico de estos últimos años, la base metodológica permanece prácticamente inalterada.

1.1.2. Desarrollo

Como decíamos, desde finales de los ochenta comenzaron a proliferar los estudios de esta disciplina. Primeramente en Estados Unidos, seguido de Gran Bretaña en Europa. Para el primer caso, son muchas las investigaciones que se han realizado extendiéndose a diversas guerras como a la de independencia de los Estados Unidos (1775-1783), la guerra anglo-estadounidense (1812), la guerra creek (1813-1814), la guerra de intervención estadounidense o guerra de Estados Unidos-México (1846-1848), la guerra de secesión o guerra civil estadounidense (1861-1865), y las guerras indias (desde el siglo XVII, hasta la década de 1920) (Scott y McFeaters, 2011: 110). Dentro de estos conflictos, destacan por su mayor número de publicaciones, aquellas centradas en la guerra civil estadounidense. A modo de ejemplo cabe mencionar los trabajos recogidos en el capítulo segundo (*Battlefield Analysis and Reconstruction*) del libro *Look To The Earth* (Geier et al, 1996), o los recogidos en el libro *From These Honored Dead* (Geier et al, 2014). Al mismo tiempo, desde finales de siglo comenzaron a organizarse los primeros congresos internacionales. En 1999, tenemos la primera conferencia dedicada al estudio de los conflictos del siglo XX, realizada en la ciudad de Cape Town. En esta conferencia fueron abordados trabajos centrados en la Primera y Segunda Guerra Mundial, o en la guerra fría (Carman, 2013: 8). En el 2000, se celebró en la Universidad de Glasgow la primera conferencia internacional sobre la arqueología de los campos de batalla (*Fields of Conflict Conference*), cuyo certamen comenzó a celebrarse bianualmente desde entonces⁷ (Pollard y Banks, 2005: iv; Ferguson y Scott, 2016: 134), lo cual nos habla de la madurez que ha alcanzado actualmente esta subdisciplina. Otro ejemplo son las conferencias organizadas en Inglaterra desde el año 2011, bajo el título *Postgraduate Conference on Conflict Archaeology*

⁷ En 2020 se tendría que haber celebrado la 11ava conferencia en la Universidad de Edimburgo. Sin embargo, por motivos del Covid-19 se ha pospuesto a 2021 (<https://www.ed.ac.uk/history-classics-archaeology/news-events/events-archive/2020/11th-biennial-fields-of-conflict-conference-2020>)

(PGCA) (Ferguson et al, 2012; Damlund y McMillan, 2019). O sin salirnos de la isla, la creación en 2005 de la revista *Journal of Conflict Archaeology* (Pollard y Banks, 2005), que es un referente a día de hoy en el estudio del conflicto. Precisamente uno de sus directores, el arqueólogo Tony Pollard, fue quien creó, en 2006, a partir de su experiencia profesional y académica, los congresos *Fields of Conflict* y también el programa de posgrado *Conflict Archaeology and Heritage* dentro de la institución *Center for Battlefield Archaeology*⁸ de la Universidad de Glasgow (Gracia-Alonso, 2011: 24). El creciente interés suscitado en Inglaterra desde comienzos de siglo, se manifestó también en la creación de otro encuentro anual (*Modern Conflict Archaeology*⁹), inaugurada en 2009 por el arqueólogo Nicholas J. Saunders de la Universidad de Bristol.

Aunque Reino Unido ha sido el referente europeo en este tipo de arqueología, a lo largo del siglo XXI se ha ido generalizando su estudio a otros países vecinos, en los que destacan por sus trabajos en los conflictos del siglo pasado, como el de la Primera y Segunda Guerra Mundial, o la guerra fría (Landa y Hernández, 2014: 39). En el ámbito latinoamericano, la llegada de esta arqueología se remonta al cambio de siglo, siendo Argentina, uno de los países en donde más se ha desarrollado hasta la fecha. Destacan los trabajos realizados sobre el estudio de la *Conquista del Desierto* y la guerra de frontera (Landa et al, 2009; Leoni, 2014), o aquellos sobre la batalla de Vuelta de Obligado (1845), batalla de Cepeda (1859) o la batalla de La Verde (1874) (Landa y Hernández, 2014: 40-44). Estos últimos trabajos y otros vieron finalmente la luz en la publicación de una obra colectiva que ejemplifica el florecimiento de la arqueología del conflicto en América Latina en el 2014: *Sobre Campos de Batallas. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina* (Landa y Hernández: 2014). En esta importante obra se realizó un compendio de diferentes trabajos realizados en cuatro países: Argentina, Brasil, Cuba y México. A raíz de este interés, se creó un *Grupo de Investigación en Arqueología del Conflicto*¹⁰ (GIAC), que desde una vertiente pluridisciplinar, ha servido como vía para conocer algunos de los diversos proyectos que se han realizado en suelo latino. La reciente publicación en 2020 del libro *Arqueología en Campos de Batalla. América Latina en Perspectiva* (Landa y Hernández: 2020), viene a ser un desarrollo de la publicación de seis años atrás. Esta nueva obra trata sobre conflictos desde el siglo XVIII al XX, como la guerra de la triple alianza (1864-1870), la guerra del pacífico (1879-1884), la revolución mexicana (1910-1917) o la crisis de los misiles durante la guerra fría (1962) (Landa y Hernández, 2020: 21). Como se puede observar, destacan los proyectos de investigación centrados en el siglo XIX, al iniciarse en esta época la configuración de los estados-nación actuales de Latinoamérica.

1.1.3. La situación en España

Los países donde se caracterizaba el estudio de los campos de batalla, se caracterizaban por ser países en los que existía y existe a día de hoy un sentimiento de orgullo nacional. Podemos citar los casos de Estados Unidos (por ejemplo la guerra de independencia, o la guerra civil americana), Gran Bretaña (desde la rebelión jacobita, hasta las guerras coloniales), o Francia (con las guerras napoleónicas); entre otros. Sin embargo, en España, su pasado contemporáneo ha estado marcado por cruentas guerras civiles que, a lo largo del siglo XIX y XX dejaron al país asumido en la

⁸ <https://www.gla.ac.uk/research/az/battlefieldarchaeology/>

⁹ <https://mcaconf.com/>

¹⁰ <http://arqueologiadelconflicto.blogspot.com/>

pobreza. Hasta tal punto, que no tuvo fuerza para poder hacer frente a los alzamientos de sus colonias, por lo que acabó perdiéndolas todas para finales del siglo XIX. Al mismo tiempo invirtió muchos recursos en luchar en guerras impopulares como la de Cuba o Marruecos. Y si a esto sumamos que desde mediados del siglo XIX el ejército pasó de ser un foco liberal, a uno más conservador, centrado en el control y la represión (terminando en la guerra civil del 1936), se creó una desconfianza académica hacia todo aquello que tuviera que ver con el estudio militar. Por lo que esta temática quedó durante muchos años prácticamente relegada al estudio por parte de aficionados en la materia (Quesada, 2011: 46-47). Habría que esperar hasta el cambio de siglo para ver una mayor profusión de investigaciones en este ámbito, que fueron abarcando desde la antigüedad clásica hasta la Guerra Civil (Landa y Hernández, 2014: 39).

Mientras los trabajos sobre la presencia romana han sido considerables (Costa, 2015; Bellón et al, 2016), a fecha de hoy, la mayor parte de las investigaciones en arqueología del conflicto y campos de batalla en España, están enfocadas hacia el estudio de la Guerra Civil (Ramírez, 2017: 445). Esto se debe en parte a la creciente demanda social, que junto con la creación de la ley de la memoria histórica del año 2007, han favorecido la aparición de una multitud de trabajos a escala nacional, hasta convertirse esta temática en la nueva tendencia de estudios de esta última década (Tourigny et al, 2017: 517). Destaca aquí el *I congreso de la guerra civil española* celebrado en Vitoria/Gasteiz en 2014, en donde pudo observarse la consolidación de dicha disciplina. Sin lugar a dudas, uno de sus principales investigadores es el arqueólogo Alfredo González-Ruibal, que en su libro *Volver a las trincheras. Una arqueología de la guerra civil española* (González-Ruibal, 2016) realizó la primera obra compilatoria de los diversos trabajos desempeñados junto con su equipo desde la llegada de esta disciplina a España.

Finalmente, como enmarca Ramírez en su análisis sobre los estudios realizados en España, existe un escaso número de trabajos para la comprensión de los conflictos de la Edad Media y Edad Moderna. Entre los pocos casos, tenemos la prospección de la batalla de las Navas de Tolosa (1212), realizada en 1999, o la de la batalla de Montiel (1369) en 2012 (Ramírez, 2017: 445). Mientras que de época moderna, o desde el uso de armas de avancarga, destacan los trabajos de la batalla de Somosierra (1808) del 2001 (Pastor y Adán, 2014), de la batalla de Talamanca (1714) del 2008 (Rubio y Hernández, 2012), o la acción sobre el puente de Marialba (1811) de 2017 (González García, 2018) y 2018 (González García, 2020b). En este sentido, llama la atención la ausencia de estudios arqueológicos en España entre el periodo de la guerra de independencia y la guerra civil española, teniendo en cuenta la belicosidad del siglo XIX español. A este respecto, Carman también hace referencia a la ausencia de trabajos centrados a nivel europeo en conflictos como la guerra de Crimea (1853-1856), la franco-prusiana (1870-1871) o las guerras alemanas de mediados de siglo XIX. Por lo que queda constatada la existencia de una laguna en estudios del conflicto del siglo XIX para este continente. Carman señala que una de las claves para entender esta situación, se deba a la relativa novedad de esta disciplina y que esta sea una de las razones por la cuales no se haya abordado un estudio de los acontecimientos bélicos del siglo XIX (Carman, 2013: 81-82; Roldan Bergaratxea, 2016: 110).

1.2. Marco histórico

En las próximas líneas realizaremos una síntesis histórica desde los acontecimientos que marcaron el inicio de la segunda guerra carlista, hasta el final de la misma. Esta labor nos va a servir para introducirnos en el contexto de la guerra y así entender mejor nuestros casos de estudio.

La segunda guerra carlista fue una de las consecuencias inmediatas de la inestabilidad política que comenzó a gestarse en España a raíz del triunfo de la revolución la *Gloriosa* y la expulsión de la reina Isabel II, tras la derrota de las fuerzas gubernamentales del general Pavía, en la batalla del puente de Alcolea de 24 de septiembre de 1868. Tras este hito histórico, la nación quedó a merced de un gobierno provisional (1868-1870) dirigido por el general Serrano (Fontana, 2007: 355). Aprovechando esta nueva coyuntura estatal, el por entonces pretendiente carlista Juan III, renunció a sus derechos dinásticos en favor de su hijo Carlos María de Borbón y Austria-Este, un 3 de octubre de 1868, para que fuera el nuevo adalid de la causa carlista (Sagarra y De Andrés, 2014: 112), bajo el nombre de Carlos VII. Con el nombramiento del nuevo pretendiente, llegó la renovación del partido carlista, ahora llamado la *Comunión Católico-Monárquica*, que recogía un nutrido grupo de neocatólicos situados a la derecha del moderantismo liberal (Aróstegui et al, 2003: 77-78). El objetivo era alcanzar el trono a través de las elecciones parlamentarias. En este camino, su primer éxito vino en las cortes constituyentes de 1869, al lograr una veintena de diputados. Estos resultados se mejoraron notablemente en las nuevas elecciones de 1871, en las que obtuvieron 51 diputados. Sin embargo, la entronización en España del príncipe italiano Amadeo I (1870-1873) en noviembre de 1870, aceleró la deriva del partido carlista hacia la solución insurreccional, estableciendo por el pretendiente el 21 de abril de 1872, el día para iniciar la sublevación (Aróstegui et al, 2003: 81). En esta fecha varias partidas comenzaron las hostilidades en el norte de la península y en Cataluña, siendo perseguidas por las tropas gubernamentales. En nuestra zona de estudio, destaca en esta fase la derrota de las partidas carlistas el 4 de mayo en la acción de Oroquieta (Navarra). Esta derrota dio pie en el norte a que los sublevados accedieran al convenio de Amorebieta del 24 de mayo, que ponía fin temporal a las hostilidades, a pesar de que en Cataluña las escaramuzas continuaron (Fontana, 2007: 377).

En diciembre de 1872 se reanudaron los combates en el País Vasco y Navarra, coincidiendo con un periodo de inestabilidad nacional, a falta de unas semanas del final del reinado de Amadeo I. Esta desfragmentación política tuvo sus repercusiones en la desorganización y abandono de las fuerzas gubernamentales del norte, que fueron insuficientes para frenar los acosos de las nuevas partidas carlistas. Esto, traducido al plano militar supuso el inicio del control de algunas localidades por parte de las fuerzas carlistas. Tras la abdicación del rey Amadeo I y la proclama de la I República Española, el 17 de febrero de 1873 el general carlista Dorregaray entró al teatro de operaciones del norte, para acelerar las conquistas en un momento de descontrol del ejército liberal. Esta inestabilidad estuvo marcada por la sucesión de sus mandos, de hecho, en poco tiempo se sucedieron hasta tres generales en jefe republicanos en el norte (Moriones, Pavía y Nouvilas). Los carlistas no cesaban en la conquista de nuevas localidades a la vez que conseguían nuevos adeptos para la causa, entre ellos muchos monárquicos isabelinos que preferían antes la opción carlista a la republicana (Sagarra y De Andrés, 2014: 125).

La primera gran victoria carlista en el norte fue la batalla de Eraul del 5 de mayo de 1873. A esta le

seguirían muchas más, mientras entre julio de 1873 y enero de 1874, se producía el estallido de la rebelión cantonal. Ésta, debilitó aún más si cabe la precaria situación del ejército republicano, debido a los múltiples frentes abiertos, no solo en la Península, sino también en Cuba, en donde desde 1868 se había iniciado una guerra y que duraría hasta 1878 (Palacio, 2017b: 17). Entre el 9 y 10 de julio de 1873 se produjo la batalla de Alpens, la cual facilitó el control carlista de la Cataluña central interior, fechas por las cuales entraría el pretendiente carlista en Navarra para arengar a las tropas y seguir avanzando en la expansión de la guerra. En definitiva, se puede afirmar que a lo largo del año 1873, el carlismo avanzó tanto en el norte como en Cataluña, constituyendo en ambos sitios un ejército regular, como también lo haría en Aragón (Aróstegui et al, 2003: 83).

Para finales de 1873, el carlismo se planteó el ambicioso proyecto de la toma de Bilbao y sometieron a sitio la ciudad entre diciembre y mayo de 1874. Mientras comenzaban a estrechar la capital de Bizkaia, el 3 de enero de 1874 cayó la república federal mediante un golpe de estado perpetrado por el general Pavía, estableciendo en su lugar una república unitaria presidida por el general Serrano. Este nuevo cambio vino acompañado del fin de la rebelión cantonal el 13 de enero, la cual ayudó a reorganizar el ejército para centrarse en desbloquear el asedio a Bilbao. Durante los meses de febrero y marzo de 1874 sucedieron las dos batallas de Somorrostro para liberar Bilbao, pero ambas fracasaron ante la tenaz resistencia de las tropas carlistas. No obstante, un nuevo intento bajo el mando de los generales Concha y Serrano logró finalmente romper el cerco y entrar en la población el 2 de mayo de 1874 (Fontana, 2007: 383).

Tras esta gran victoria del gobierno, el general Concha organizó sus tropas para destruir al ejército carlista cerca de Estella. El resultado del encuentro fue la batalla de Abárzuza de los días 25-27 de junio de ese mismo año, en el que contra de todo pronóstico, el ejército carlista logró una importante victoria, además de terminar con la vida del propio general republicano. Estos hechos alargaron la guerra, en un momento en el que se creía que tras la toma de Estella se daría por finalizada.

Durante esos meses el ejército carlista había logrado materializar un verdadero estado en el territorio que controlaba. Su gobierno se dividió en tres secretarías de estado, además de contar con un código penal, un tribunal superior de justicia, aduanas, servicio de correos, universidad... (Sagarra y De Andrés, 2014: 131). Es decir, todo aquello necesario para hacer funcionar un estado.

Tras el fracaso de Bilbao, los carlistas intentaron someter a otras poblaciones en el norte, como Irún o Pamplona, pero ambas terminaron fallando. Llegados a diciembre de 1874, el general Martínez Campos se pronunció en Sagunto en favor del hijo de Isabel II, Alfonso, trayendo consigo la restauración borbónica a España. El nuevo gobierno se constituyó el 31 de diciembre de 1874 y fue presidido por Antonio Cánovas del Castillo (Alcalá, 2004: 33). Con la llegada del nuevo monarca, se dio por concluido el período histórico conocido como el Sexenio Democrático o Revolucionario.

Tras el nombramiento de Alfonso XII como rey de España, muchos vieron en el nuevo monarca la figura que podía contribuir a finalizar la guerra y restablecer la nación. Este fue uno de los motivos por los que progresivamente algunos de los seguidores de Carlos VII, que con anterioridad habían abrazado la causa carlista en el contexto de la I República, abandonaron en favor del nuevo

monarca.

En el mes de enero el ejército alfonsino organizó una potente campaña militar con el objetivo de desbloquear Pamplona, que estaba siendo sometida bajo bloqueo carlista, e intentar tomar Estella. Esta campaña militar finalizó en la derrota alfonsina de la batalla de Lácara del 3 de febrero, la cual obligó a extender la guerra un año más como había ocurrido casi un año atrás debido a la batalla de Abárzuza.

Ante la importante resistencia ejercida por las tropas carlistas en Navarra, el gobierno optó por concentrarse en tomar las regiones del centro¹¹ y Cataluña, a lo largo de 1875. La zona más débil, el Centro, fue la primera en caer y las fuerzas encomendadas al general carlista Dorregaray tuvieron que retroceder a Cataluña. A continuación, el general Martínez Campos avanzó con todas las fuerzas a tomar Cataluña. Tras la caída de Seo de Urgel, la guerra terminó en toda esta región en noviembre, dejando tan solo el norte bajo control carlista (Aróstegui et al, 2003: 85).

Una vez trasladadas todas las tropas alfonsinas al teatro de operaciones del norte, los carlistas, aunque con refuerzos de las mermadas tropas procedentes del Centro y Cataluña, tuvieron que afrontar lo que sería la última campaña militar de la guerra. Ésta se prolongó entre los meses de diciembre a febrero de 1876, debido en parte a las copiosas nevadas de invierno. Los carlistas, en inferioridad numérica y con constantes cambios de mando, defendieron el territorio hasta la caída de Estella el 19 de febrero de 1876, cuando la guerra se dio prácticamente por concluida. Carlos VII, derrotado pero no vencido, traspasó el 27 de febrero la frontera con Francia por Valcarlos (Navarra) (Sagarra y De Andrés, 2014: 139), junto con un nutrido grupo de fuerzas que le siguieron en su camino al exilio. Al grito de ¡Volveré! el pretendiente cruzó la frontera, dando por finalizada la guerra y contribuyendo a mantener viva la esperanza de volver a levantar la llama de la revolución.

1.3 La arqueología de las guerras carlistas: un estado de la cuestión

Hemos aludido ya a la supuesta ausencia de estudios arqueológicos del siglo XIX y a continuación vamos a analizar el estado actual de las investigaciones en relación al patrimonio militar que nos atañe para esta tesis. A este respecto, en 2016 Navalón y Guimaraens se preguntaban: *¿Por qué el patrimonio militar de las guerras carlistas no ha recibido la atención oportuna a diferencia del de otros momentos históricos?* (Navalón y Guimaraens, 2016: 125). Parece verdad que la arqueología de las guerras carlistas estaba aún por iniciarse. No obstante, decidimos comprobar la veracidad de estas sospechas y realizamos una labor de síntesis a través de un vaciado de información por internet, empleando dos bases de datos sobre la producción científica, como son Dialnet y Google Scholar¹². En ambos casos, las búsquedas han sido realizadas empleando las palabras: *arqueología del carlismo* y *fortificaciones de las guerras carlistas*. En el primer caso, en alusión a la búsqueda

¹¹ Las regiones del centro, generalmente mencionadas en las fuentes escritas como el *Centro*, hacen alusión a las regiones de Aragón y Valencia (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, I, 1883: ix).

¹² Abril de 2021 última consulta bibliográfica.

de proyectos relacionados con posibles intervenciones arqueológicas en restos de las guerras carlistas; mientras que para el segundo, nos interesaba conocer aquellos trabajos de estudio centrados en el patrimonio construido de la guerra. Como comprobaremos enseguida, los resultados hablan por sí solos, al hallar un número significativo de trabajos que, desde diferentes enfoques metodológicos, se han realizado en diferentes puntos del país.

Tras este trabajo de síntesis inicial, nos hemos centrado en el estudio de la Comunidad Autónoma Vasca y la Comunidad Foral de Navarra, tradicionalmente consideradas parte del llamado *Frente Norte* durante las guerras carlistas. Para realizar esta tarea, hemos realizado una nueva labor de búsqueda en las principales revistas arqueológicas de estas comunidades, a saber: *Kobie*, *Munibe*, *Arkeogazte*, *Arkeoikuska*¹³ (para la Comunidad Autónoma Vasca) y *Trabajos de Arqueología Navarra*¹⁴ (para la Comunidad Foral de Navarra). Además, todo lo anterior se ha completado con búsquedas específicas a través del portal Google. Tras esta labor, hemos comprobado la existencia de algunas intervenciones realizadas estos últimos años, aunque como ahora veremos, con enfoques y metodologías variadas.

Fruto del análisis de esa información, a continuación presentamos la síntesis de los resultados obtenidos tanto a escala nacional como a nivel regional. Para lograrlo, hemos realizado una clasificación dividida en cuatro bloques, dependiendo de la temática de cada trabajo. De esta forma encontramos trabajos **históricos, arqueológicos, antropológicos**, y aquellos centrados en el estudio de la **cultura material**.

1.3.1. Trabajos históricos

Este primer grupo está compuesto por un número importante de investigaciones que, partiendo de las fuentes escritas o cartográficas, se han centrado en el análisis del patrimonio construido de las guerras carlistas. Resulta interesante matizar cómo su abordaje se ha hecho tanto por arqueólogos, como historiadores, historiadores del arte, arquitectos e incluso eruditos locales. Por tanto, es lógico pensar que ante tal diversidad de especialistas, los enfoques hayan sido algo variados.

Otro aspecto importante de reseñar es que, los elementos de análisis se han dividido en dos ámbitos. Aquellos trabajos que exclusivamente se han centrado en el estudio de las ciudades fortificadas durante las guerras (con el objetivo no tanto de reivindicar su protección, sino más bien de dar constancia del hallazgo de restos ubicados en la evolución del tejido urbano) y los trabajos cuyo objetivo era el estudio de fuertes u otros elementos afines.

a) En ciudades

Para este primer caso, traemos a colación las referencias halladas a nivel estatal, como los casos de

¹³ Analizados todos los volúmenes desde su nacimiento en 1983, hasta su último número del 2018 en formato digital. En sus publicaciones se recogen todas las actuaciones arqueológicas efectuadas en CAPV. Por lo que resulta una clara referencia a la hora de matizar cuantas intervenciones se han realizado bajo nuestra cronología de estudio.

¹⁴ Revista de difusión de algunos de los trabajos de arqueología realizados anualmente en Navarra. Revisada desde su inicio en 1979 hasta su último número del 2018 publicado en formato digital.

Segorbe (Martín y Palomar, 1999), León (Morais, 2007), Cervera de Pisuerga (Rodríguez Duránte, 2008), Albacete (Valero, 2015), Cuenca (Domínguez y Muñoz, 2016), Ampostas (Gordillo, 2016), o Teruel (Sancho, Hernández y Martín, 2017). Queremos subrayar los casos de Requena y Chulilla (Navalón y Guimaraens, 2016; y 2018-2020), por ser los dos únicos ejemplos en el que se expone de manera clara la necesidad de crear medidas de protección para este patrimonio, así como el reconocimiento de la arquitectura militar de campaña.

En general son trabajos que se han centrado en el estudio histórico y cartográfico de las obras militares construidas durante las dos guerras carlistas dentro de los cascos urbanos. Con especial relevancia sobresalen los tres últimos trabajos de Cuenca, Teruel y Requena, al realizarse en ellos estudios sobre la evolución de los restos militares hasta la actualidad, propios de la metodología empleada en la arqueología de la arquitectura.

b) En fuertes

Debido al gran número de investigaciones, en este apartado los hemos clasificado según la provincia o ámbito de origen:

1- País Vasco:

Existe aquí una catalogación exhaustiva de los fuertes del final de la época moderna y comienzos de la contemporánea, de las que destacan las referidas a la primera y segunda guerra carlista (Arrieta, 2015).

2- Gipuzkoa:

Aquí destacan los trabajos de Juan Antonio Sáez García¹⁵, cuya labor ha sido fundamental para que a día de hoy sea Gipuzkoa una de las provincias en donde mejor se conoce el legado material de estas guerras (Sáez, 2000; 2001; 2002; 2009; 2014a; 2014b; entre otros). También se han estudiado 12 fuertes de la primera y segunda guerra carlista en Andoáin (Moraza et al, 2012).

3- Álava:

Para esta provincia contamos con un libro que se centró en el estudio de un fuerte y algunas torres construidas durante las guerras carlistas (Ortiz, 2005). Al igual que un estudio que analiza alguna de las obras militares realizadas en la Rioja Alavesa (Gómez-Díez, 2020).

4- Navarra:

Únicamente hemos localizado la publicación de un estudio sobre los fuertes liberales construidos en Monte Esquinza (Ocáriz y Roldan, 2014)

¹⁵ Doctor en Historia y miembro del Instituto Geográfico Vasco. Sus líneas de investigación son el patrimonio cultural en general y las fortificaciones en particular. Tiene una extensa bibliografía en publicaciones de fortificaciones, sobre todo centradas en Gipuzkoa.

5- Cantabria:

Como en el caso de Gipuzkoa, aquí contamos con los trabajos de Rafael Palacio Ramos¹⁶, que nos ayudan a generar una visión bastante completa del patrimonio edificado en Cantabria. Destacan entre sus numerosas publicaciones *la fortificación en Cantabria en el siglo XIX: pervivencias y cambios* (Palacio, 2011), *Las fortificaciones liberales en Cantabria durante la tercera Guerra Carlista* (Palacio, 2017a), o su libro *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria* (Palacio, 2017b); donde dedica su cuarto capítulo a hablar sobre los fuertes tanto liberales como carlistas que se construyeron durante la guerra.

6- Resto del estado:

Aquí tenemos una serie de trabajos procedentes de otros rincones, como es el de los fuertes de San Blas y de la Estrella de Segorbe (Martín y Palomar, 1999), del fuerte de Novillas (Blasco, 2002), la reutilización de castillos medievales durante las guerras en la Serranía del Turia (Sebastián, 2005), o los fuerte de Cantavieja (San Blas y el de las Horcas) (Del Romero et al, 2010).

A esta suma de trabajos añadimos en un párrafo aparte por su importancia, el trabajo realizado por David Olivares en 1997, que recoge en un pequeño libro, un estudio descriptivo detallado de las fortificaciones liberales de la comarca de Bages en Cataluña (Olivares, 1997).

1.3.2. Trabajos arqueológicos

En este segundo bloque se concentran los resultados obtenidos a escala regional sobre intervenciones arqueológicas realizadas principalmente en el País Vasco y en Navarra. No obstante, debido a que hemos encontrado alguna que otra intervención fuera de este ámbito geográfico, hemos decidido incorporarla para ofrecer una visión más amplia del mismo.

Según la naturaleza de las intervenciones, podemos distinguir tres tipos diferentes, según el método o el objetivo de los mismos:

a) Descriptivos

Nos encontramos con trabajos que, teniendo por objetivo el estudio de estructuras constructivas de la guerra, se han centrado en la publicación exhaustiva de los restos hallados.

1- País Vasco:

El fuerte de San Enrique (Rodríguez Salíz, 1986; Rodríguez Salíz, 1987; y Urteaga, 2015), el casco

¹⁶ Doctor en Historia por la Universidad de Cantabria con la tesis *Las fortificaciones costeras españolas en los siglos XVII a XIX: el ejemplo de la plaza fuerte de Santoña*. Entre sus líneas de trabajo se encuentran las fortificaciones de época moderna y contemporánea de la cornisa cantábrica y la historia militar.

Arramendi (Benito, 2003; y Benito, 2004), el alto de Lugaritz (Ayerbe, 2005), el fuerte de Ametzagaina (Moraza y García, 2009), el fuerte Zumalakarregi (Buces, 2011), la fortificación de Atxetilun (Arrese, 2013), el fuerte Oriamendi (Moraza, 2013), el fuerte de la isla de Garraitz-San Nicolás (Moraza, 2015a), el fortín y ermita de Santa Catalina (Moraza, 2015b), o las dos intervenciones de limpieza en el fuerte de Pagamendi (Moraza, 2017 y 2018).



Figura 1. Fuerte Zumalakarregi. Izquierda vista aérea del yacimiento arqueológico. A la derecha vista general del sondeo nº 6. (Buces, 2011: 323)

2- Cantabria:

Contamos con un único caso de estudio sobre las evidencias arqueológicas de la batalla de Ramales (García Alonso, 2011). El autor nos describe, siguiendo el hilo de los acontecimientos, las diferentes obras militares que todavía hoy se perciben en el terreno. A partir de este estudio, en el año 2016 los arqueólogos Enrique Gutiérrez Cuenca y José Ángel Hierro Gárate, realizaron una entrada en su blog, titulada *Ramales y alrededores: paisaje después de la batalla*¹⁷, ampliando la información recopilada anteriormente por el arqueólogo Manuel García Alonso.

3- Cataluña:

Tenemos la intervención en el fuerte liberal Mauricio, de la primera guerra, en Balsareny (Barcelona). Fue un estudio encargado por el ayuntamiento de Balsareny, a la empresa de arqueología *Arqueociencia Serveis Culturals S.L.* (Vila, 1997).

Estos trabajos conforman una base informativa de primer nivel para estudios de caracterización y síntesis posteriores.

b) Accidentales

Por otro lado, nos encontramos con trabajos que tratan sobre restos materiales de época carlista, pero no porque fueran objeto de estudio en sí mismos, sino como consecuencia de la búsqueda de contextos, generalmente anteriores, ya sea mediante seguimientos arqueológicos a través de

¹⁷ <http://mauranus.blogspot.com/2016/05/ramales-y-alrededores-paisaje-despues.html>

empresas, de investigaciones particulares o universitarias.

1- País Vasco:

Algunas prospecciones para identificar materiales y estructuras de la Edad del Hierro (Olano, 1997), del estudio de la muralla de la villa de Peñacerrada (Fernández, 2004), de San José de la Isla (Aníbarro, 2006; Aníbarro, 2007; y Aurrekoetxea, 2011), del castillo de Labastida (Quiros, 2014) o del monte San Bernabé (Martinez, 2015).

2- Navarra:

Destacan las intervenciones realizadas por el gabinete de arqueología *Navark* en los castillos¹⁸ de Huarte y Monjardín; ambas del 2005. Cabe mencionar también, los materiales recogidos por el gabinete de arqueología *Trama*, en la labor de prospección en la localidad de Olaz (valle de Egüés), dentro del contexto histórico del bloqueo de Pamplona (1874-1875) (Zuazúa et al, 2016).

3- Comunidad Autónoma de Aragón:

Destaca la intervención arqueológica realizada en el castillo de Peracense (Teruel) durante los años 2015 y 2016 (Hernández et al, 2016). Gracias a dicho trabajo supimos que las labores arqueológicas eran una continuación de los trabajos iniciados entre 1988 y 1991. Esta información es importante, ya que los resultados de las primeras intervenciones realizadas en su momento por José Luis Ona González, hallaron evidencias arqueológicas del contexto de la primera guerra carlista (Ona, 1991). Dichos resultados fueron expuestos años más tarde en 2003, como anexo de un artículo sobre las guerras carlistas, en el que se hablaba de la cultura material aparecida en el castillo (Aldecoa, 2003).

4- Comunidad Valenciana:

Contamos con las intervenciones arqueológicas realizadas sobre el cerro de Sopena, en donde se asentaba el castillo de Segorbe. En las campañas de 1994 y 1995 se documentaron estructuras murarias de las guerras carlistas (Martín y Palomar, 1999). También cabe destacar la excavación arqueológica en la muralla de la calle Gaibiel de Castellón de la Plana (Melchor y Benedito, 1999).

Es importante señalar que en los citados estudios, estos restos fueron considerados y estimados a pesar de su cronología reciente.

c) Arqueología de las guerras carlistas

En este grupo hemos incorporado aquellos estudios dirigidos a la época que planteamos, que han tratado de ir más allá del enfoque descriptivo y han aportado nueva información sobre el periodo. Dentro de este grupo, destacan por provincias:

¹⁸ Estudios inéditos. Ambos informes de excavación se encuentran en la Sección de Arqueología del Gobierno de Navarra.

1- País Vasco:

Los estudios de la torre del telégrafo de Quintanilla (Sánchez Pinto, 2009 y 2010), los fuertes de Arrontegi (Martínez Velasco, 2011), monte San Cristóbal (Martínez Velasco, 2013), la propuesta metodológica para la prospección en campo de batallas carlistas (Arrate, 2014), el fuerte de Kastillozar (Escribano-Ruiz et al, 2016), la aproximación al estudio de tres fuertes en el entorno de Bilbao (Martín Etxebarria, 2017), la evaluación de impacto de unas obras sobre parte de la zona de presunción arqueológica del campo de batalla de Somorrostro (Moraza y Arrate, 2018), o sobre la construcción de los sistemas defensivos y plazas-fuerte del entorno de Bilbao (Martín Etxebarria, 2019).

2- Navarra:

Contamos con los trabajos que hemos ido realizando estos últimos años. Destacan las intervenciones de los fuertes de la Princesa de Asturias y San Juan, al igual que la puesta en valor de los diferentes fuertes que engloban el conocido como *Frente de Estella* (Roldan y Escribano-Ruiz, 2015 y 2017; Roldan Bergaratxea, 2015 y 2017).

3- Cantabria:

Destaca un trabajo específico de Rafael Palacio, en el que nos habla de la situación del patrimonio fortificado de época moderna en Cantabria (Palacio, 2008).

4- Comunidad de Valencia:

El trabajo más importante de todos los que hemos podido documentar es la tesis doctoral de Clemente González García sobre la primera la primera guerra carlista en Castellón¹⁹. Fruto de esa labor de investigación, tenemos la publicación de su trabajo sobre el campo de batalla de las Useras de 1839 (González García, 2020a).

1.3.3. Trabajos antropológicos

En este tercer bloque hemos querido recoger los pocos trabajos que actualmente existen sobre estudios forenses realizados de fosas o cementerios de las guerras carlistas. Como resaltaron Herrasti y compañía: *...no son muchos los trabajos referidos a antropología y paleopatología de las guerras carlistas de las que apenas se han recuperado restos humanos a excepción de los casos procedentes de Morella...* (Herrasti et al, 2012). Por lo que, efectivamente, hasta el años 2012 solo podemos hablar de dos artículos centrado en el estudio del cementerio viejo de Morella, en donde se recuperaron numerosas huellas de traumas *perimortem* provocados por armas blancas atribuibles a bayonetas u otras armas punzantes (Duarte y Núñez, 2009; Polo et al, 2011). Desde entonces no se

¹⁹ Titulada *El Ejército del Centro en la provincia de Castellón. Historia militar y arqueología de los campos de batalla, en la primera guerra carlista, (1833-1840)*, defendida en 2019 por la Universidad de Salamanca.

ha vuelto a realizar ningún trabajo de esta índole, salvo el hallazgo casual y su posterior estudio de la primera fosa de las guerras carlistas documentada en febrero del 2020 en Abanto (Bizkaia). Se cree que los diez cuerpos encontrados pertenecientes al batallón Cazadores de las Navas, nº 14, perdieron la vida en la batalla de San Pedro de Abanto, de finales de marzo de 1874²⁰, dentro del contexto de la segunda guerra carlista. Por el momento, no hay ninguna publicación al respecto.

También aunque de corte histórica, tenemos el estudio de la localización de tres fosas carlistas de 1874 en Lezuza (Albacete). Para realizar ese trabajo, el autor se ha servido de fuentes escritas primarias y de testimonios orales del pueblo de Pradorredondo (Lezuza) (Munera, 2020).

1.3.4. Trabajos del estudio de la cultura material

Terminamos con un último bloque conformado por los dos únicos trabajos que hemos podido hallar sobre el estudio de la cultura material bélica generada de estas contiendas. Ambos se centran en analizar la cartuchería empleada en estas guerras (Martínez Velasco, 2008; y Palacio, 2016).

1.3.5. Conclusiones

En primer lugar, queremos destacar que los trabajos históricos recopilados demuestran la naturaleza esencialmente descriptiva de los mismos. Tanto en los trabajos de obras de fortificación dentro de las ciudades, como de las fortificaciones exteriores. A pesar de que estos trabajos son necesarios para la localización y difusión del patrimonio en primera instancia, hemos notado la falta de trabajos que vayan más allá de una narrativa historicista.

En segundo lugar, el estudio historiográfico de los trabajos arqueológicos centrados en las guerras carlistas, ha demostrado que no se trata de un campo de estudio totalmente nuevo, o al menos en la Comunidad Autónoma Vasca. Sin embargo, este no ha sido acometido de forma sistemática en el resto del país, ya que la mayoría de los trabajos se han desarrollado al amparo de las leyes de patrimonio o gracias a iniciativas particulares y no como fruto de líneas de investigación centradas en el carlismo.

En relación a los dos últimos bloques del trabajo de síntesis, hay que matizar la casi ausencia de estudios tanto antropológicos, como aquellos relacionados con la cultura material. En relación al primer caso, llama la atención que mientras se han realizado más de 740 exhumaciones de víctimas de la guerra civil española entre los años 2000 y 2018 (Etxeberria y Solé, 2019: 404), tan solo tengamos dos ejemplos de la anterior guerra civil. En el segundo caso, nuevamente se evidencia la falta de interés que ha generado el estudio de la cultura material de las guerras carlistas, dado que solo hemos podido encontrar dos artículos al respecto y ambos relacionados exclusivamente con la cartuchería.

Por otro lado, a nivel regional, queremos destacar de la Comunidad Autónoma Vasca el trabajo realizado por Jesús Ángel Arrate Jorrín a finales de marzo de 2010, que con el apoyo de

²⁰ <https://mikelatz.blogspot.com/2020/02/la-fosa-de-putxeta-su-contexto-en-las.html?m=1>

asociaciones culturales y corporaciones municipales de la provincia de Bizkaia, llevó a cabo el primer estudio de un campo de batalla de las guerras carlistas (Arrate, 2014). Este trabajo fue fundamental para plantear los primeros resultados y una metodología sobre campos de batalla del siglo XIX, que fue expuesta en la jornada de *Arqueologías de Épocas Recientes en el País Vasco* que tuvo lugar en el Museo Arqueológico de Bilbao en 2013.

En cuanto a la Comunidad Foral de Navarra, hay que incidir en la falta de estudios, a pesar de que Navarra desempeñó un papel preponderante en ambas guerras carlistas. Hasta nuestra primera intervención en 2016, tan solo se habían registrado dos intervenciones sobre dos castillos medievales que durante las guerras carlistas fueron reutilizados como fuertes, ambas del 2005. Por lo que nuevamente se puede argumentar que la arqueología de las guerras carlistas es una disciplina en ciernes.

No obstante, todo parece indicar que esta situación está cambiando. Una muestra ha sido la primera defensa de una tesis doctoral, en el que se ha estudiado arqueológicamente un campo de batalla de la primera guerra carlista (González García, 2019). Seguido de la defensa de esta tesis sobre el patrimonio material de la segunda guerra carlista en Navarra. Y tercero, una nueva tesis que espera ser defendida en los próximos años, por parte de Gorka Martín Etxabarria, doctorado de la UPV/EHU, sobre arqueología de las guerras carlistas en Bizkaia. Dos de estas aportaciones proceden de la misma universidad y demuestran el esfuerzo que se está realizando desde la UPV/EHU para asentar las bases de este nuevo campo en la academia.

1.4. ¿Es necesaria una deconstrucción de la historiografía del carlismo?

Desde el fin de la primera guerra carlista y hasta la actualidad no se han dejado de publicar estudios sobre el carlismo. Una muestra de esa producción constante la encontramos en la recopilación bibliográfica de M. C. Rubio y M. Talavera, en la que relatan haber hallado *...2059 referencias de las monografías, compilaciones, artículos de revista, actas de congresos y tesis doctorales publicados entre 1973 y 2005* (Rubio y Talavera, 2007: 11). Sin embargo, muchos de estos estudios provienen de los propios círculos políticos carlistas y a pesar de que actualmente existe una línea consolidada de investigaciones académicas. La trayectoria de los estudios anteriores ha seguido marcando las líneas principales de estudio, en cierta manera, en detrimento de muchas otras que hasta la actualidad no han gozado de un profundo análisis.

1.4.1. Evolución de los estudios sobre el carlismo

Si hacemos un breve recorrido de la historiografía del carlismo, vemos cómo a lo largo del siglo XIX nacen los primeros estudios de esas guerras civiles que intentan narrar las experiencias personales tanto de un bando como de otro. Aquí podemos citar los trabajos de Charles Frederick Henningsen (1836), o Juan Antonio Zaratiegui (1845), para la primera guerra. Para el caso de la segunda guerra, los trabajos de Pedro Ruiz Dana (1876), o Antonio Brea (1897), entre otros muchos. Estos primeros trabajos, a pesar de que cuentan con un gran valor histórico, aportan

información que está totalmente sesgada y polarizada por la ideología de sus autores. De entre todos los trabajos del siglo XIX, destacan las obras del historiador Antonio Pirala, tanto la publicación sobre la guerra de los siete años (1856-1858), como la relativa a la segunda guerra carlista (1875-1879). Estos volúmenes están considerados hoy referentes indispensables para el análisis del siglo XIX, al ser realizados bajo un profundo estudio de fuentes documentales y mostrando un carácter más objetivo que el de la mayoría de autores, a pesar de su claro posicionamiento liberal (Martínez Sanz, 2002: 110-113).

Junto con estas obras pseudo-históricas, emergieron también las primeras novelas de corte romántico de la mano de autores como Benito Pérez Galdós (1898-1900), Miguel de Unamuno (1897), Ramón del Valle-Inclán, con su trilogía de las guerras carlistas (1908-1909), o Pío Baroja (1908), entre otros. Estas obras terminaron por crear una aureola mítica de la guerra dentro del imaginario colectivo, impregnada por la aparición de grandes caudillos como Zumalacárregui o Cabrera (Ezpeleta, 2013: 35-46). Esta narrativa novelesca ha ejercido una gran influencia en la idealización que tenemos de estos conflictos en la actualidad.

Unas generaciones después y tras la guerra civil española, nacieron nuevos trabajos de militantes carlistas, centrados en aspectos tales como la cuestión dinástica, la ideología del movimiento en el siglo XIX, o los episodios bélicos. De este tiempo tenemos trabajos como el de Román Oyarzun (1939). Pero la principal aportación en este periodo vendrá de la mano de Melchor Ferrer y sus treinta tomos sobre *Historia del Tradicionalismo Español* (1941-1979), que viene a ser la contraposición desde el punto de vista carlista a la obra de Pirala, con el objetivo de dotar al carlismo de una historia propia y glorificada (Martínez Sanz, 2002: 114; Urquijo, 1993: 413-414).

Con la llegada de los sesenta y setenta y el inicio del *carloshugismo*, se dio comienzo a la creación de una nueva historiografía vinculada al Partido Carlista. Nacieron trabajos centrados en explicar el giro progresista dado desde los sesenta y la búsqueda de antecedentes históricos del socialismo autogestionario. De los trabajos que emergieron en este nuevo cambio de rumbo, cabe mencionar las publicaciones de la hermana del pretendiente María Teresa de Borbón, Evarist Olcina o Josep Carles Clemente (Mata, 2017: 34-35). Aquí también podemos destacar a Javier Onrubia como responsable de la colección de *Cuadernos de Historia del Carlismo* (Martorell, 2000: 96), que entre 1997 y 2007 llegó a editar un total de 42 publicaciones.

Mientras esto ocurría en el seno del futuro partido EKA (Euskal Herriko Karlista Alderdia/Partido Carlista de Euskal Herria), los militantes tradicionalistas se reunieron en torno a una nueva coalición que siguiese la vía tradicionalista, bajo las siglas CTC (Comunión Tradicionalista Carlista). También para legitimar su historia dieron inicio a una línea historiográfica a partir de los ochenta, que algunos autores lo han denominado como neoconservadora (Urquijo, 1993: 424), o neo tradicionalista (Mata, 2017: 40). En esta atmósfera surgió en 1986 la revista *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*²¹, especializada en la historia del carlismo, que sirvió como aparato divulgativo del pensamiento tradicionalista, a raíz de trabajos realizados por miembros del partido.

²¹ Desde el cambio de siglo la revista realiza publicaciones basadas en obras con un mayor carácter objetivo, provenientes del mundo universitario, aunque las colaboraciones de la CTC han seguido presentes (Mata, 2017: 40-41). Web de la revista: <http://revistaaportes.com/index.php/aportes/issue/archive>

Destacan aquí historiadores como Alfonso Bullón de Mendoza, Francisco Javier Lizarza o Javier Nagore (Martorell, 2000: 97), entre otros. También bajo influencia de esta ideología, ese mismo año se creó la *Fundación Hernando de Larramendi*, desde la cual se ha incentivado el desarrollo de estudios sobre el carlismo, gracias al inicio en 1991 de la primera convocatoria *Premio Internacional de Historia del Carlismo Luis Hernando de Larramendi*, con carácter casi anual²², cuyos trabajos han sido editados por la editorial de signo ultraconservador ACTAS. En relación a esta línea historiográfica, debemos hablar también de las jornadas: *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: el Carlismo, 1833 – 1975*, organizadas en 1994 entre los Departamentos de Historia, Español y Portugués de la Universidad de Wisconsin-Madison (USA) y la Fundación Hernando de Larramendi (Del Burgo, 1994: 13-16), en cuya organización participaron, entre otros, los hispanistas Alexandra Wilhelmsem o Stanley Payne, ambos con importantes publicaciones sobre el carlismo.

Paralelamente, desde inicios de la democracia en España, se reactivó una historiografía académica que ya había tenido sus precursores desde los años cincuenta, entre otros por el catedrático tradicionalista Federico Suárez Verdeguer. Abordaron el conflicto alineados con el discurso liberal, como lo hicieron también los trabajos de los catedráticos Jaime Vicéns Vives, Miguel Artola Gallejo o Carlos Seco Serrano (Martínez Sanz, 2002: 118). Estos trabajos se centraron en los orígenes del movimiento carlista en el contexto de la crisis del Antiguo Régimen. Sin embargo, desde la transición democrática en adelante, se buscó la realización de trabajos lo más objetivos posibles, lejos de los estudios tradicionales vinculados a ideologías y organizaciones políticas. Es en este contexto en el que empiezan a producirse las primeras publicaciones científicas sobre el carlismo, que a pesar de ser tardías fueron abundantes. En los últimos años, los trabajos sobre el carlismo se han ido centrado cada vez más en aspectos concretos, como son el análisis de un periodo determinado, el desarrollo en ciertas regiones o ciertos aspectos del conflicto (Mata, 2017: 45). A modo de ejemplo podemos citar algunos trabajos de algunos de los autores de máxima relevancia en el panorama académico actual. Por un lado, dentro de los trabajos de carácter regional, Francisco Javier Caspistegui se ha centrado en la evolución del carlismo navarro a lo largo del régimen franquista (Caspistegui, 1997), o el simbolismo y la memoria del carlismo (Caspistegui, 2004 y 2013); mientras que Ángel García-Sanz, sobre la evolución demográfica, migración (García-Sanz, 1992, 2009), o la presencia de las familias liberales en suelo navarro (García-Sanz, 1995, 2004, 2014). Por otro lado, desde un contexto más general, son interesantes los estudios sobre las guerras civiles contrarrevolucionarias del siglo XIX, que han tratado autores como Jordi Canal (Canal, 2004 y 2012), o Pedro Rújula (2015).

En relación al desarrollo de nuevos trabajos científicos, en 2012 el Gobierno de Navarra impulsó la creación de una beca de *Ayuda para la investigación sobre el carlismo*, que aspira junto a las becas de la fundación Larramendi, a expandir las investigaciones sobre el carlismo. Una convocatoria que a pesar de no haber sido de carácter anual, se ha prolongado hasta la actualidad. También cabe citar en el desarrollo de estos trabajos, los simposios de historia del carlismo realizados en Avià-Berguedà desde 2013 a 2019.

²² <http://www.larramendi.es/fundacion/premio-historia-carlismo/>

Por otro lado, desde finales del siglo pasado, aparecieron las primeras instituciones centradas en el estudio, reflexión y divulgación del carlismo. En primer lugar hablamos del Museo Zumalakarregi de Ormaiztegui (Gipuzkoa), especializado en la figura de este emblemático caudillo carlista y el análisis del carlismo a lo largo del siglo XIX. Su creación se dio gracias a la Diputación de Gipuzkoa en 1989²³, por el que fue el primer museo en cubrir esta temática. Con el cambio de siglo se inauguró una segunda institución, esta vez en Navarra. El Museo del Carlismo, del Gobierno de Navarra, abrió sus puertas en Estella en 2010, junto con su centro de documentación. El visitante puede hacer un recorrido desde el inicio de la historia del carlismo hasta la actualidad, lo que lo convierte en un museo viviente. Las *Jornadas de Estudio del Carlismo* que promovió el museo en sus cuatro ediciones (2007-2010)²⁴ reflejan la madurez alcanzada para esos años de la historiografía científica del estudio del carlismo. Aunque de una entidad menor, es digno de mención el Museo de las Guerras Carlistas de Cantavija (Teruel), inaugurado en el 2006 para el estudio y divulgación de las contiendas militares del siglo XIX de la región. También, desde el ámbito privado cabe mencionar la creación de tres museos. El primero, es el museo de Tabar (Navarra), de la Fundación Jaureguizar, abierto en 1997, en el que una de sus salas está dedicada a la figura del Requeté y su participación en la Guerra Civil²⁵; el segundo, es el museo de Villalba de los Arcos (Tarragona), dedicado a mostrar los recuerdos del Tercio de Montserrat; y por último, es el Museo Carlista de Madrid, inaugurado en 2019, cuyo artífice, Javier Urcelay, diseñó una exposición únicamente sobre el bando carlista, a lo largo de los dos siglos de historia: *No es por tanto un museo sobre el carlismo, como puede haber otros, sino un museo carlista y esto marca su diferencia* (Urcelay, 2019: 271). La visión de la exposición del museo parte del tradicionalismo político español, en el que prevalece una enorme exaltación a la dinastía carlista y sus generales más reconocidos.

A raíz de todo lo expuesto en este apartado sobre la evolución de la historiografía del carlismo, hoy por hoy se puede afirmar que conviven dos líneas historiográficas principales. Una proveniente del tradicionalismo, a través de la ideología de la Comunión Tradicionalista Carlista, en la que sobresale la revista *Aportes* como su máximo exponente y desde el 2019 el Museo Carlista de Madrid como institución. El segundo, de corte académico, junto con instituciones como el Museo de Zumalakarregi o el Museo del Carlismo de Estella. En relación a este último, llama la atención que a pesar de haberse celebrado algunas jornadas sobre el carlismo u otras conferencias, a día de hoy no existe un encuentro académico anual en donde poder dialogar y exponer los desarrollos de las diferentes investigaciones que se están llevando a cabo en España.

1.4.2. La dicotomía existente entre las fuentes escritas y las materiales

Como hemos mencionado, la proliferación de estudios desde el inicio de la democracia en España, ha abierto nuevas vías de estudio y a día de hoy se puede considerar como una disciplina plenamente madura. Al contrario, el análisis sobre el estado de la cuestión de las investigaciones arqueológicas centrada en esta temática, ha demostrado que estas son bastante escasas, por no decir que apenas

²³ <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/eu/museo-zumalakarregi/ar-83561/>

²⁴ La *I Jornada de Estudios del Carlismo* fue celebrada en 2007 en Estella. Esta actividad fue la primera efectuada por el futuro Museo del Carlismo y su centro de documentación, mientras se desarrollaban las obras para la apertura del museo (Martínez Dorado, 2007: 337; Corpas, 2008: 11)

²⁵ <http://www.requetes.com/tabar.html>

se han desarrollado proyectos cuyo objetivo principal fuera el conocimiento material del carlismo. Existe, por tanto, una dicotomía entre el estudio desde las fuentes escritas y las arqueológicas. Algo que puede parecer extraño, teniendo en cuenta que las arqueologías del pasado reciente y del conflicto cuentan ya con 40 años de antigüedad y que en España este tipo de arqueología está muy generalizada en el caso de la Guerra Civil, como hemos mencionado. Sin embargo, esto no ha supuesto en ningún caso el inicio de una arqueología de las guerras carlistas, prácticamente hasta la actualidad. El arqueólogo Javier Armendáriz Martija, en 2008 ya evidenciaba este vacío, cuando planteaba que: *no anda lejos el momento en que arranque exitosa la arqueología carlista como disciplina de análisis a tener en cuenta para el estudio del siglo XIX español* (Armendáriz, 2008: 312). Creemos que la inexistencia de una memoria de los sucesos, así como la escasez de grandes restos monumentales, su ubicación marginal, o su carácter perecedero, ha supuesto la invisibilidad de su patrimonio a ojos de la sociedad, incluida la propia academia, muy al contrario de lo que ha ocurrido con el estudio de las fuentes escritas. Esto ha ocasionado que en la práctica, actualmente estén muy avanzados los estudios relacionados con la evolución histórica y política del movimiento, la dinastía carlista o las propias guerras civiles de los siglos XIX y XX, en contraposición de otros temas como los sociales, económicos o simbólicos que pueden ser estudiados desde la materialidad (Roldan y Escribano, 2015: 146). Llegados a este punto, la arqueología de las guerras carlistas, dentro de la arqueología del conflicto, y al igual que la arqueología de la Guerra Civil, puede emplearse para ofrecer una visión privilegiada de la vida cotidiana de los soldados a través de los objetos documentados en las excavaciones. Estudiándolos podemos llegar a analizar prácticas cotidianas, pautas de consumo, restos asociados a creencias, el ocio, higiene o la salud, entre otros aspectos (González Ruibal y Ayán, 2018: 376-377). De modo que a pesar de haberse escrito mucho sobre el carlismo, en la actualidad se sigue poniendo el foco en las mismas temáticas, debido al peso de las corrientes historiográficas anteriores a la académica, herederas de la narrativa romántica decimonónica que se maravillaba por las grandes gestas. Es hora de hacer ver cómo la arqueología puede y debe jugar un papel importante en la deconstrucción de los estudios de esta temática y en el planteamiento de nuevas líneas de investigación.

1.4.3. ¿Segunda o tercera guerra carlista?

Un hecho que ha pasado casi inadvertido ha sido la propia reflexión sobre cómo debemos denominar a las guerras carlistas, más si cabe cuando no existe unanimidad a la hora de referirnos a ellas. Existen dos tendencias principales que consideran de forma muy distinta el número total de guerras que hubo. Para la historiografía tradicional, hubo un total de tres: la primera guerra carlista (1833-1840), la segunda guerra carlista (1846-1849) y la tercera guerra carlista (1872-1876). No obstante, otros especialistas opinan que la segunda guerra carlista no puede considerarse un enfrentamiento equivalente a las demás y es llamado por estos como la guerra *dels matiners* (de los madrugadores en catalán); y, por tanto, preservan la denominación de segunda guerra carlista para la que tuvo lugar entre 1872 y 1876. La falta de una denominación oficial ha supuesto incluso que algunos autores releguen el empleo de dichos nombres en pos de otros más neutrales, para alejarse así del debate actual. De este modo, la primera guerra carlista se ha denominado la guerra de los Siete Años, la segunda guerra carlista, como guerra montemolinista o Guerra *dels matiners* y la tercera guerra carlista, como la última guerra carlista (García-Sanz y Ruiz, 2017). Ante esta latente ambigüedad,

analicemos primero cuales son los argumentos que unos y otros esgrimen a la hora de defender la existencia de dos o tres guerras.

Uno de los autores que ha intentado exponer de manera clara la necesidad de hablar de tres guerras carlistas es César Alcalá. Según él, el enfrentamiento de 1846-1849: *...se desarrolló casi íntegramente en ella (Cataluña). Pero es cierto que hubo otros levantamientos en otras comunidades, como las hubo en Extremadura, La Mancha, Valencia, Aragón, País Vasco y Navarra. Si bien éstos no consiguieron los resultados deseados, pues fracasaron o se descompusieron poco después de producirse, su existencia supone que de haberse consolidado no estaríamos hablando de un levantamiento estrictamente catalán, sino de una guerra con los mismos condicionantes que la I Guerra Carlista* (Alcalá, 2007: 8). Siguiendo esta misma línea de argumentación, en el País Vasco y Navarra, durante este conflicto se dieron diferentes disturbios y la creación de pequeñas partidas, pero fueron dispersadas rápidamente. El propio pretendiente carlista, Carlos VI, intentó cruzar la frontera, pero las autoridades francesas lo detuvieron. O además la esperada llegada del general Elío para dirigir el alzamiento en Navarra, nunca llegó a producirse. Incluso podríamos añadir la formación en esta misma provincia de un contingente de 400 hombres que fue finalmente derrotado en San Gregorio Ostiense (Ansorena y Ocariz, 2014: 60).

Por otro lado están quienes aceptan la existencia de dos guerras carlistas, argumentando que la guerra de 1846 a 1849 tan solo fue un enfrentamiento de carácter regional que en ningún caso desbordó los límites de Cataluña. Si bien es verdad que se iniciaron insurrecciones en otras comunidades, en ningún caso alcanzaron el mismo volumen de conflicto que se dio en la siguiente guerra civil. En el País Vasco, el intento insurreccional más importante que se llevó a cabo fue el perpetrado por el brigadier Alzáa, que fue rápidamente repelido y fusilado. Mientras que en Navarra, como decíamos, el general Elío ni siquiera llegó a entrar en la provincia y su proclama para levantar la insurrección en 1848 no tuvo éxito alguno (Aróstegui et al, 2003: 71-72).

Estos han sido los principales argumentos defendidos por unos y otros. Sin embargo, la corriente historiográfica tradicional sigue siendo la predominante en el discurso actual. Por ello encontramos una infinidad de autores que siguen optando por el discurso de las tres guerras carlistas²⁶, en contra de una minoría que prefiere la opción de dos²⁷. A estos últimos hay que sumarles importantes instituciones como el Museo Zumalakarregi²⁸ y el Museo del Carlismo de Navarra²⁹, en donde también se inclinan por esta denominación.

Expuestos los dos puntos de vista, creemos que ambas tendencias cuentan con sólidos argumentos, pero opinamos que la denominación general de dos guerras carlistas puede resultar más acertada. Estamos de acuerdo en afirmar que la guerra *dels matiners* fue una sublevación iniciada por seguidores de Carlos VI, y que a pesar de la suma de otras fuerzas en 1848 (republicanos y

²⁶Alcalá, 2004; Rodríguez Gómez, 2004; Urrizelqui, 2007; Fontana, 2007...

²⁷Nagore, 1964; Garmendia, 1976; Martínez Caspe, 1998; Pardo, 2013...

²⁸<https://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/museo/exposicion-permanente/contenidos/2.guerra-carlista>

²⁹http://www.navarra.es/home_es/Temas/Turismo+ocio+y+cultura/Museos/Museos+y+colecciones+permanentes/Museo+del+Carlismo/Exposiciones/Exposicion+Permanente.htm

progresistas (Sagarra y De Andrés, 2014: 97), la guerra fue sin duda un levantamiento carlista. Desde este punto de vista, entendemos en parte la reflexión de querer llamarla segunda guerra carlista, en tanto que existieron otras dos en la que fueron los carlistas quienes iniciaron la guerra. Sin embargo, aquí es en donde creemos que falla este planteamiento inicial. Es decir, falla a la hora de querer igualar la guerra *dels matiners* a los otros dos conflictos carlistas. Porque algo en lo que sin duda difiere es que mientras la guerra *dels matiners* se convirtió en una guerra de carácter regional, las otras dos consiguieron convertirse en las guerras civiles decimonónicas por antonomasia. Por tanto, creemos que no es del todo correcto referirse a la guerra de 1846-1849 como segunda guerra carlista.

Para reforzar nuestro punto de vista, creemos importante profundizar un poco más en el concepto de *guerra civil*, y así poder diferenciar las guerras carlistas del de otros conflictos armados. Aunque de entrada hay que avisar de que no existe una definición válida y universal como muchos autores han tratado de explicar, por la complejidad y especificidad que encarna cada uno de estos episodios bélicos (Rodrigo y Alegre, 2019: 58).

Según la definición que tanto el historiador Melvin Small, como el politólogo David Singer aportan en su obra *Resort to Arms*, el término guerra civil hace referencia a cualquier conflicto armado que implique: 1) una acción militar interna en la metrópoli, 2) una activa participación del gobierno nacional, 3) una resistencia efectiva por ambas partes, y 4) un total de al menos 1.000 muertos en combate por cada año de guerra (Small y Singer, 1982: 210). Si analizamos la guerra *dels matiners* bajo estos parámetros, no podría considerarse una guerra civil, ya que no existió una resistencia efectiva al gobierno central, ni un número importante de muertes en combate. En primer lugar, dado que las fuerzas carlistas en Cataluña oscilaron entre los 5.000 y los 7.000 hombres (Alcalá, 2007: 18-19), estas escasas fuerzas no podrían ejercer una verdadera resistencia; y en segundo lugar, porque no hubo enfrentamientos importantes, salvo la batalla del Pasteral (Rams y Tarrés, 1999).

Desde el punto de vista de Charles Tilly, el término de *guerra civil*, podrá extenderse a cualquier conflicto que satisfaga los tres criterios siguientes: 1) algunos líderes influyentes deben sentirse preocupados por tener que vivir en la misma unidad política con sus enemigos actuales después de haber terminado la matanza, y esta preocupación debe ser lo bastante importante como para influenciar el tipo de acuerdo que los bandos rivales están dispuestos a aceptar, 2) debe desplegarse la violencia en gran escala, y 3) debe existir una situación de soberanía múltiple³⁰ (González Calleja, 2012: 12). Respecto a estos parámetros, no puede decirse que en la guerra *dels matiners* se dieran los dos últimos puntos. Ya hemos comentado que no pudo desplegarse una violencia a gran escala en España, y que la poca que hubo se concentró en Cataluña. Y en cuanto al último punto, los carlistas no controlaron de forma prolongada ninguna ciudad importante, por lo que no dio tiempo a que se desarrollaran instituciones paralelas al del gobierno central y de este modo, no puede hablarse de soberanías múltiples, como sí ocurrió en las dos guerras carlistas restantes.

En contraposición a lo anterior, autores actuales como Rodrigo y Alegre no consideran acertado el establecimiento de unos patrones comunes, como pueda ser un número de bajas, a la hora de definir

³⁰ Es decir, que en un área específica la población obedezca a más de una institución (Tilly, 1978: 192)

qué puede llamarse guerra civil (Rodrigo y Alegre, 2019: 57), ya que como hemos indicado tres párrafos más arriba, cada caso contempla unas particularidades específicas. No obstante, están de acuerdo en afirmar que la guerra civil es la expresión de un conflicto armado interno de un estado preexistente, en el que conviven actos de expulsión, violencia directa e indirecta, ocupación o la disputa de la soberanía simbólica y territorial (Rodrigo y Alegre, 2019: 68). Por lo que a pesar de que esta definición sea la más ambigua de las tres y por tanto en la que la guerra *del matiners* pudiera considerarse como una guerra civil, seguimos creyendo que no llegó a tener la virulencia y consistencia que llegaron a desencadenar las otras dos guerras y por tanto optamos por considerarla como un conflicto de carácter regional.

En base a todo lo anterior y a pesar de que en nuestros trabajos anteriores nos hemos referido a la guerra civil iniciada en 1872 con el nombre de tercera guerra carlista³¹, creemos que es más apropiado emplear la denominación de segunda guerra carlista, siempre y cuando consideremos que la guerra *dels matiners* no puede equipararse a la primera y segunda guerra civil.

1.5. Objetivos y plan de trabajo

Al ser la primera tesis doctoral en arqueología que se enmarca en el estudio de la segunda guerra carlista y concretamente en el Comunidad Foral de Navarra, vimos necesario realizar unos estudios de ámbito general, aplicando diversas metodologías de trabajos, para que los resultados obtenidos fueran capaces de aportar información relevante sobre diferentes aspectos del conflicto. Partiendo de esta idea general, la parte principal de la tesis se ha dividido en cuatro grandes acciones: la catalogación de los restos constructivos de la guerra en Navarra, el estudio de un fuerte liberal, el estudio de un fuerte carlista, y el estudio de un campo de batalla. Con estos cuatro casos de estudio, creemos haber conseguido englobar las diferentes posibilidades para hacer una exploración preliminar a la materialidad de esta guerra. Se han realizado estos trabajos buscando los siguientes objetivos y bajo el siguiente plan de trabajo.

1.5.1. Objetivos

a) Conocer el paisaje militar construido durante la guerra

Desconocedores del volumen de obras edificadas durante el conflicto y dado que su estudio no ha sido abordado desde la academia, se planteó estudiar la localización de las diversas estructuras militares, atendiendo a los criterios y temporalidad de su construcción. La información obtenida en base a un riguroso estudio de las fuentes escritas primarias, nos ha ayudado a entender el propio comportamiento del conflicto y su complejidad.

- A nivel específico, identificar las zonas que fueron las más afectadas por la alteración de este paisaje militarizado, el tipo de obras que se construyeron y su causalidad, el material empleado, y el tiempo dedicado.

³¹ Roldan Bergaratxea, 2015, 2016, 2019...

- Servir como base a medio o largo plazo en la construcción de sinergias de afectividad hacia este patrimonio y servir de guía ante una posible catalogación del patrimonio material de la segunda guerra carlista, en aras de crear vías de protección, estudio y divulgación.

b) Documentar y estudiar la materialidad presente en los fuertes de esta contienda

Para ello se han seleccionado dos fuertes cercanos, uno de cada bando con el objetivo de profundizar en su complejidad y poder hacer un estudio comparativo. Se ha pretendido:

- Conocer la comunidad que los habitó. Para ello se ha abordado el estudio de la materialidad con el objetivo de entender aspectos tales como: las pautas de comportamiento social, su alimentación, o la higiene, entre otros aspectos.
- Analizar tanto los materiales recuperados como la tipología a las que responden dichas construcciones.

c) Estudiar un campo de batalla de la segunda guerra carlista

A pesar de que con anterioridad ya hemos mencionado la existencia de dos trabajos previos en este campo, hemos pretendido aportar un nuevo caso y así seguir profundizando en las características de este tipo de yacimientos. Hemos intentado comprender las tácticas militares empleadas, documentar los posibles restos constructivos y estudiar la materialidad presente. A un nivel más concreto, hemos podido profundizar en el conocimiento de las diferentes armas que se emplearon en la batalla. Para ello, junto con los elementos bélicos documentados en los dos fuertes, hemos realizado un estudio tipológico de cartuchos y proyectiles de granadas empleadas en esta guerra.

1.5.2. Plan de Trabajo

En este apartado presentamos los pasos seguidos durante estos cinco años de tesis, en relación a los objetivos marcados:

a) 1er año

En 2016, primer año de la tesis, comenzamos con el estudio bibliográfico de las fuentes escritas, haciendo especial énfasis en la búsqueda y estudio de aquellas que aportaran información sobre la construcción del paisaje militar. Esta labor, terminaría por realizarse en 2018. Mientras tanto, en este primer año se acometió la intervención arqueológica del fuerte de la Princesa de Asturias y se inició el proceso de tratamiento de los materiales en laboratorio.

b) 2º año

En 2017, realizamos la primera intervención arqueológica en el fuerte carlista de San Juan de

Arandigoyen, con su posterior estudio de la cultura material documentada. También, durante este segundo año continuamos con el estudio bibliográfico de las fuentes escritas.

c) 3er año

En 2018, procedimos a realizar la segunda y última campaña en el fuerte San Juan, con su posterior análisis de los materiales en laboratorio. Al mismo tiempo, finalizamos con el estudio de las fuentes escritas relacionadas al paisaje militar construido en Navarra. Este trabajo va a ser la base del segundo capítulo de esta tesis.

d) 4º año

En 2019, procedimos a la búsqueda de información sobre el campo de batalla de Abárzuza, previa intervención en campo. Tras la prospección, el material arqueológico recuperado fue analizado en laboratorio, al mismo tiempo que comenzamos con la redacción de la tesis doctoral.

e) 5º año

En 2020 nos hemos centrado en la redacción definitiva de la tesis doctoral.

Cabe añadir que a lo largo de este periodo se han realizado infinidad de tareas que no han quedado constatadas en este trabajo, como ha sido la redacción y búsqueda de financiación para las intervenciones, la organización de una exposición temporal de los materiales documentado en el fuerte liberal de la Princesa de Asturias, visitas guiadas tanto al fuerte liberal como al carlista, redacción de la panelería de la ruta al fuerte liberal, participación en congresos nacionales e internacionales, o la redacción de artículos, entre el que destacamos *The archaeology of civil conflict in nineteenth century Spain: material, social and mnemonic consequences of the Carlist Wars* (Roldan et al, 2019), para la revista *World Archaeology*.

1.6. Marco teórico

Como ya hemos mencionado, esta tesis doctoral se enmarca cronológicamente entre los años de 1872 a 1876, dentro del contexto de lo que aquí denominamos segunda guerra carlista. Por tanto, siguiendo las clasificaciones temporales aceptadas por la academia, este contexto bélico se enmarca dentro de la historia contemporánea española. Un periodo no muy lejano a la actualidad, en el que son muchos los trabajos y tesis que se han ido desarrollando, como ya hemos visto. Sin embargo, el presente trabajo es el primero que aborda desde una metodología arqueológica el estudio de la materialidad de este conflicto. Llama la atención este hecho, aunque es comprensible si recordamos que la arqueología moderna o posmedieval se halla actualmente muy poco desarrollada en España. Esto ha ocasionado tener que definir un marco teórico específico, inexistente hasta ahora. Como veremos, no ha sido fácil, debido al debate existente sobre los marcos temporales que actualmente se debaten en las diferentes arqueologías de reciente creación, que están actuando a nivel mundial sobre el patrimonio contemporáneo.

Pero antes de introducirnos dentro del debate actual que nos ayude a definir nuestro marco teórico, es primordial definir la materialidad de este conflicto y diferenciarlo del resto de otras arqueologías, vistas las particularidades únicas que la definen de otros contextos. Es así que creemos apropiado referirnos a él como la arqueología de la segunda guerra carlista, entendiéndola como la cultura material referida únicamente a este enfrentamiento. Dentro de una clasificación un tanto mayor, tendríamos la arqueología de las guerras carlistas, entendiéndola como el campo de estudio general del conjunto de guerras civiles y alzamientos carlista, como son: la primera guerra carlista (1833-1840), la guerra *dels matiners* (1846-1849) y la segunda guerra carlista (1872-1876). Finalmente, tendríamos una tercera denominación con carácter más general, que englobaría todos los sucesos ocurridos desde el nacimiento del carlismo hasta la actualidad, bajo el nombre de arqueología del carlismo.

1.6.1. Debate cronocultural

El marco teórico en donde podría englobarse esta arqueología, está siendo objeto de debate en la actualidad. Moviéndonos desde una escala macro a una micro, el contexto histórico en el que nos encontramos, nos llevaría tradicionalmente a relacionarla con la arqueología histórica. Aquí nuevamente existe otro debate en relación a sus límites cronológicos. Por un lado, para algunos la arqueología histórica se desarrolla desde época moderna hasta la actualidad, entendiéndose época moderna desde los procesos que originaron la formación del mundo moderno y su evolución hasta el presente (Montón y Abejez, 2015: 12). Por otro lado, tenemos aquellos que opinan que la arqueología histórica se inicia con la llegada de la escritura hasta la actualidad, y que por tanto se puede diferenciar del periodo anterior, llamada prehistoria (Andrén, 1998: 1-8). El problema es, a nuestro ver, que una arqueología con un contexto cronológico tan dilatado, enmascara en sí misma una ambigüedad importante. Por tanto, es normal ver cómo dentro de esta arqueología se han ido creando con el paso del tiempo diferentes arqueologías específicas, en relación a diferentes culturas o cronologías que, si optamos por la definición de arqueología histórica en sentido lato de Andrén, han supuesto la creación de diferentes arqueologías, como la romana, medieval, industrial...

Volviendo a los límites de la arqueología histórica presentada por Montón y Abejez, es decir, del año 1500 en adelante, vemos cómo la tradición en Europa, rivaliza con la norteamericana y denomina a ese mismo período de estudio como arqueología posmedieval; y que lógicamente tan solo se puede defender en un marco europeo. De modo que tanto la arqueología posmedieval, como la arqueología histórica, en su aceptación más restringida³², vienen a ser lo mismo; o al menos a enmarcarse en los mismos marcos cronológicos (Orser, 2000: 4). Es decir, aquella que dice estudiar los procesos históricos de época moderna y contemporánea. Por tanto, la arqueología de la segunda guerra carlista podría enmarcarse *a priori* dentro de este marco cronológico y también teórico.

Sin embargo, creemos que el conflicto carlista se encuentra relacionado más bien con otros procesos más actuales, como es el nacimiento propiamente de las naciones europeas del siglo XIX.

³² Es decir, refiriéndonos únicamente a estos últimos 500 años, coincidiendo con el fin de la prehistoria e inicio de la historia en Norteamérica; y en Europa, el inicio de la historia moderna (Montón y Abejez, 2015).

En este sentido, el movimiento carlista representa en España un movimiento contrarrevolucionario en contestación a los movimientos revolucionarios que comenzaron a desarrollarse a partir de la revolución francesa de finales del siglo XVIII (Canal, 2012: 31). En España, este conflicto representa en definitiva la lucha por la supervivencia del antiguo régimen (los carlistas), contra un incipiente estado liberal, que vendría a deparar el inicio del capitalismo. En palabras de Bengoetxea, esta etapa vendría a finalizar la conocida como arqueología de época moderna, entendida como la transición entre las sociedades feudales y las capitalistas, dando inicio así a la arqueología del período de la revolución industrial (Bengoetxea, 2004: 670).

Aún sin encontrar el marco idóneo en donde asentar la arqueología de la segunda guerra carlista, afortunadamente el desarrollo de otros tipos de trabajos centrados en contextos más recientes, han dado origen al desarrollo de dos nuevas arqueologías, diferenciadas como ahora veremos por la presencia de la memoria o su recuerdo. Por un lado tenemos la arqueología del pasado contemporáneo, desarrollada a partir de la publicación en 2001 del libro *Archaeologies of the Contemporary Past*, de Victor Buchli y Gavin Lucas. Esta arqueología se definió para los estudios de los siglos XX y XXI (Harrison et al, 2014: 2-3) o, según otras perspectivas, para los sucesos que van desde la Segunda Guerra Mundial hasta el presente (Harrison y Schofield, 2010: 4-6). Es decir, el periodo histórico en el que el ser humano conserva los recuerdos propios de los sucesos vividos. Por otro lado, se definió una segunda arqueología para el entretiem po de las dos guerras mundiales, bautizada como arqueología del pasado reciente. Entendiendo que en este caso, el espacio temporal es más lejano a nuestro presente y el recuerdo que tengamos de ella, ha sido transmitido y no vivido por nosotros mismos (Schofield, 2005: 29).

En relación a estas dos últimas arqueologías, la arqueología del carlismo forma parte indudable de ambas, entendiendo que un movimiento político iniciado en el siglo XIX y evolucionado hasta el siglo XXI, ha participado en diferentes conflictos, originando a su vez un patrimonio arqueológico que actualmente puede estudiarse tanto desde la arqueología del pasado reciente (el desarrollo de la figura del Requeté), o bien desde la arqueología del pasado contemporáneo (la participación de los Requetés en la Guerra Civil o los sucesos de Montejurra de 1976, entre otros). Y ¿qué sucede con la arqueología de la segunda guerra carlista? ¿Podría llegar a relacionarse con la arqueología del pasado reciente? Todo parece indicar que tal posibilidad existe, o que al menos presenta algunos rasgos compatibles. Pero antes de argumentarlo más a fondo, creemos importante explicar también el debate actual existente sobre los límites cronológicos de esta arqueología.

Como bien expuso González-Ruibal, algunos autores asocian el inicio de la arqueología del pasado reciente a los acontecimientos que parten desde la Primera Guerra Mundial en adelante. No obstante, otros, parten desde mediados del siglo XIX (González-Ruibal, 2014: 3). Esta última propuesta la defiende Mats Burström, quien hace una reflexión sobre la memoria generada por nuestros propios recuerdos y la transmitida por nuestro entorno. Afirma que existe una fina línea que hace difícil diferenciar una de otra, hasta el punto que todo termina por parecernos parte de una misma. Es decir, si llegáramos a considerar la memoria transmitida a nosotros como parte de nuestras vivencias, Burström afirma que estos recuerdos vivos en nosotros de unas generaciones atrás nos permitirían considerar el inicio de la arqueología del pasado reciente sobre mediados del siglo XIX (Burström, 2007-2008: 22-23). Si aceptáramos los criterios de Burström, sí se podría

afirmar que la arqueología de la segunda guerra carlista se enmarca dentro de la arqueología del pasado reciente. Sin embargo, ¿lo vemos posible? Después de haber reflexionado bastante al respecto, creemos que sí. Opinamos que al menos se dan las condiciones para el caso de Navarra, al existir un lazo de unión entre los sucesos del siglo XIX y la actualidad. Esta afirmación queda corroborada con la constatación de una memoria residual existente en el seno de algunas familias navarras (sobre todo carlistas), cuyos miembros jugaron un papel importante durante la contienda. Esta memoria ha sido calificada por Susana Irigaray, Directora de Museos del Gobierno de Navarra, como una memoria *de fogón* y es el fiel reflejo de una realidad presente. Muchas familias conservan en un espacio simbólico de sus casas, muchas de ellas históricas, diversos objetos de sus ancestros, algunos de ellos militares, que ayudan a continuar con la memoria del conflicto. Además, algunas de esas familias han continuado hasta la actualidad íntimamente ligadas al Partido Carlista.

Por otro lado, no creemos posible correlacionar la segunda guerra carlista con una arqueología del pasado contemporáneo, al no ser esta un acontecimiento vivido por nuestras últimas generaciones. Creemos que el mejor ejemplo lo podemos encontrar en la creación de la Ley de la Memoria Histórica del 2007 y el aumento del interés en las exhumaciones de fosas de la Guerra Civil (González-Ruibal, 2019: 6). Esta realidad mencionada con anterioridad, contrasta con los dos únicos ejemplos de exhumaciones realizadas hasta la fecha de la segunda guerra carlista. Esto evidencia que, mientras sí existe una memoria viva de la Guerra Civil, no existe de la segunda guerra carlista. Por tanto, las fosas del siglo XIX no generan más interés que el que pueda despertar una intervención de época histórica.

Después de haber argumentado cómo la naturaleza propia de esta arqueología se enmarca dentro de la arqueología del pasado reciente, hay que añadir que el enfoque desde el cual hemos tratado nuestra información ha sido desde una arqueología preocupada por interpretar lo social. Es decir, no solo nos hemos centrado en aportar datos para el inicio del conocimiento de esta nueva disciplina, sino que hemos intentado interpretarlos desde un punto económico, social y cultural, con el objetivo de llegar a entender el día a día que vivió el soldado en estos conflictos, e intentar contrarrestar la información obtenida con la proveniente de las fuentes escritas. Estas muchas veces se presentan sesgadas, ofrecen una visión predominante que representa la de los vencedores y están excesivamente centradas en la perspectiva militar (Roldan y Escribano, 2015: 146).

1.6.2. La aplicación de arqueologías transversales

La arqueología de la segunda guerra carlista no solo puede ser abordada desde el punto de vista del pasado reciente, sino también del conflicto, y por tanto, de la mano de la arqueología del conflicto como disciplina que aborda los espacios relacionados con los campos de batalla, campamentos, hospitales, prisiones, construcciones memorialísticas... (Carman, 2013: 12). Esta arqueología de corte generalista y multitemporal, ha traído consigo la creación de otras subdisciplinas más específicas, para las que se han propuesto las denominaciones de arqueología militar, arqueología de combate, arqueología del holocausto...todas ellas centradas en una cronología o una temática en particular (Carman, 2013: 10-11). La que más nos interesa destacar es la arqueología de los campos de batalla (en referencia especial a nuestro sexto capítulo sobre el estudio del campo de batalla de

Abárzuza), centrada en analizar los campos de batalla como yacimientos arqueológicos. Como ya hemos mencionado, el desarrollo de esta disciplina comenzó a raíz del estudio de campo sobre la batalla de Little Bighorn, realizada en 1988 (Scott et al: 1989), en el que se desarrolló una metodología de trabajo propia, con unas herramientas de trabajo muy específicas, cuyos objetivos van desde el conocimiento del tipo de armas empleadas, pasando por la interpretación de las tácticas de combate, o bien la confrontación de los resultados con las fuentes escritas.

En España, la aparición de trabajos relacionados con la arqueología del conflicto se remonta a los albores del cambio de siglo. Trabajos como los anteriormente mencionados sobre el estudio de la batalla de Somosierra (Pastor y Adán, 2001), o la prospección de la batalla de las Navas de Tolosa (López Payer et al, 2002), son claros ejemplos. Sin embargo, el desarrollo de esta subdisciplina vino de la mano de la arqueología de la guerra civil española (Editorial Arkeogazte, 2015: 10-15), allá por el año 2006, con el inicio de los trabajos del equipo de Alfredo González Ruibal (González-Ruibal, 2016: 24)³³. La apertura de esta línea de trabajo ha sido en parte la promotora del inicio de la arqueología de la segunda guerra carlista (Roldan et al, 2019: 711). El hecho de haber visto cómo la arqueología de la guerra civil española se centraba en el análisis de un patrimonio muy concreto (Ayán, 2015: 31) y comprobar que la segunda guerra carlista también contaba con un patrimonio semejante, ha ayudado a legitimar este campo de estudio y animado a recorrerlo.

Finalmente, creemos oportuno incluir como último enfoque teórico, la arqueología del paisaje, entendiendo paisaje como el escenario de todas las actividades de una comunidad (Anschuetz, 2001: 161). Éstas, lógicamente, se realizan en un escenario existente previamente (generalmente antropizado) y la interacción de esta comunidad con ese entorno genera un paisaje cultural único como resultado (Sauer, 1925: 46). Si el paisaje cultural se define como el lugar que alberga unas determinadas entidades (naturales, históricas, monumentales, arqueológicas...) (Ballesteros et al, 2005: 1), el paisaje fortificado de la segunda guerra carlista formaría parte de un paisaje cultural de ese conflicto, centrado en el análisis espacial y su interrelación entre las estructuras militares alzadas. Este paisaje, hoy arqueológico, no solamente puede ser estudiado desde este enfoque, ya que en su análisis es posible relacionarlo con otros estudios, como el que ofrece la arqueología de la arquitectura, centrada en los restos arquitectónicos (Blanco-Rotea, 2017).

1.7. Metodología

Un proyecto de tesis doctoral desarrollado desde la arqueología del conflicto y campos de batalla como el que presentamos aquí, nos ha llevado a desarrollar una metodología interdisciplinaria, afín a las ramas de la historia y la arqueología. Aunque también hay que mencionar la utilización de herramientas aplicadas a la geografía u otras relacionadas con la antropología, que podremos ver más adelante. El carácter reciente de este patrimonio decimonónico permite aunar diferentes metodologías de trabajo, de las cuales la arqueológica desempeña la labor principal. Sin embargo, no podíamos dejar de lado el rico y variado legado que actualmente nos proporcionan las fuentes escritas que, como podemos imaginar, son la segunda gran fuente de estudio. Llegados a este punto

³³Aunque con anterioridad tenemos en el año 2000 la realización de una primera intervención de urgencia sobre este tipo de patrimonio en un fortín republicano (Morín et al, 2002).

es importante matizar que la labor ejercida por las fuentes históricas ha sido fundamental en la contextualización de nuestros casos de estudio, tal y como veremos de forma previa a la presentación de los trabajos y resultados arqueológicos.

Como hemos mencionado ya, nuestro cuerpo empírico se compone de cuatro casos de estudio, de los cuales los dos referentes a las excavaciones arqueológicas (capítulos 3 y 4) comparten la misma metodología de trabajo, a diferencia de los dos restantes. A continuación, describiremos la metodología empleada a lo largo de la tesis, primero aquella relacionada en un comienzo con la rama de la historia, para más tarde pasar a la arqueología:

1.7.1. Las fuentes escritas

Sin duda, una de las principales fuentes consultadas para la obtención de la información necesaria para la contextualización del patrimonio militar han sido las escritas, y dentro de ellas, principalmente las fuentes primarias en todas sus facetas (narraciones, diarios, hemeroteca...). No obstante, el empleo de las fuentes secundarias también ha sido de gran ayuda, sobre todo a la hora de digerir la copiosa y enrevesada información que muchas veces nos proporcionan las primarias.

a) Fuentes Primarias

1- Narraciones y diarios:

Las narraciones y diarios de campaña de quienes vivieron en primera persona los sucesos de la guerra, han sido a lo largo de la tesis una de las principales fuentes de consulta. Generalmente fueron escritos por oficiales del ejército durante los años de la guerra, o en los años posteriores al conflicto. De todos los que hemos podido estudiar, destaca, en nuestra opinión, la recopilación realizada por el Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, en su *Narración Militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*, publicada en 14 tomos entre 1883 y 1889; y que ha sido vital en la contextualización de los capítulos segundo y sexto de esta tesis. A nivel individual, tenemos otras obras que han tenido un peso importante, como la publicación en 1876 de *Apuntes para la Campaña del Primer Cuerpo del Ejército del Norte. En 1874 y 1876. Según el diario del comandante de ingenieros*; que describe la estancia en Navarra del ingeniero militar liberal Ángel Rodríguez de Quijano y Arroquia; o la obra del teniente general Pedro Ruiz Dana *Estudios Sobre la Guerra Civil en el norte, de 1872 a 1876*; publicada en el mismo año del fin del conflicto, en el que nos presenta una síntesis por capítulos sobre aspectos como la descripción geográfico-militar de la guerra en el norte, así como sus principales dificultades y obstáculos.

A pesar de que existe una documentación bibliográfica importante sobre los vencedores de la guerra, los vencidos también aprovecharon en años posteriores al conflicto para escribir sobre lo acontecido. En este marco de las memorias de generales de renombre que estamos mencionando entrarían, entre otras obras, la del general de artillería Antonio Brea, en su *Campaña del Norte de 1873 a 1876*, publicada en 1897.

Finalmente destaca, como caso aparte, la obra del historiador Antonio Pirala, como contemporáneo a estos sucesos. Su *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*, publicada en seis tomos entre 1875 y 1879, representa una obra de igual magnitud e importancia a la desarrollada por el Cuerpo del Estado Mayor. Sin embargo, por cuestión de envergadura, su estudio en nuestro caso ha sido de carácter puntual, para abordar ciertos contextos históricos, como el caso de la batalla de Abárzuza.

2- Tratados y manuales de fortificación:

A la hora de centrarnos en las obras militares construidas durante la guerra, ha sido necesario recurrir a los tratados y manuales de fortificación, escritos por los ingenieros militares de la época, o bien por algún ingeniero civil. El objetivo era comprender tanto las estructuras, como las funciones de la fortificación de mediados-finales del siglo XIX. Destaca en este apartado, la clasificación de diferentes tipos morfológicos de construcción, narrados en la obra de Eusebio Torner de la Fuente *Fortificación de Campaña. 1ª parte*, escrita en 1898, cuyo conocimiento ha sido aplicado al capítulo segundo de la tesis; y el *Diccionario General de Arquitectura e Ingeniería* de Pelayo Clairac y Saenz, escrita en cinco tomos de 1877 a 1908.

3- Archivos:

También acudimos a varios archivos, tanto municipales, como provinciales, con la idea de recabar información para interpretar los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas para la tesis, al igual que para buscar información para la realización del segundo capítulo de la tesis sobre una secuenciación histórica y constructiva de la guerra en Navarra. Recurrimos en primer lugar al Archivo Histórico Municipal de Estella y posteriormente al Archivo Real y General de Navarra. En ambos casos descubrimos cómo la información relacionada con obras militares era escasísima y dispersa. En este punto nos llamó la atención la abundancia de materiales existentes sobre la primera guerra carlista, muy al contrario de lo que ocurría con la segunda, más si cabe al ser este último un conflicto más reciente. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, en el Archivo Histórico Foral de Bizkaia encontramos algunos legajos de las acciones libradas en suelo navarro, y otros aspectos como la administración, intendencia o telegrafía, que nos ha ayudado, entre otros aspectos, a desarrollar mejor el contexto histórico del capítulo sobre el campo de batalla de Abárzuza.



Figura 2. Ejemplo de algunos de los legajos que se conservan en el Archivo Histórico Foral de Bizkaia

4- Hemerotecas digitales:

Así mismo, decidimos recurrir al estudio de la prensa de la época y en particular a las notas escritas por los corresponsales de prensa que eran enviados con los ejércitos, tanto liberales como carlistas. El estudio de estas fuentes nos ha permitido conocer aspectos mundanos de la sociedad que vivió el conflicto. Lo más relevante aquí para nuestro estudio han podido ser las descripciones que en ocasiones aportaron sobre posiciones o construcciones militares, lo cual resulta una nueva fuente de información privilegiada. Destacan entre los periódicos estudiados *El Cuartel Real*, periódico oficial carlista; o *El Imparcial*³⁴, uno de los periódicos liberales más importantes a nivel nacional. La consulta de dichos documentos pudo realizarse mediante la descarga gratuita que, tanto el repositorio de la Biblioteca Nacional de España, como la Fundación Sancho el Fuerte ponen a disposición de los usuarios.

b) Fuentes secundarias

Son aquellas obras redactadas a partir de las fuentes primarias que acabamos de mencionar. Se comenzaron a escribir a partir de inicios del siglo XX, y como hemos podido ver en el análisis historiográfico del carlismo, destacan las centradas en los hechos militares y la dinastía carlista, así como la evolución del movimiento político. No existen obras cuyo enfoque de estudio aborden la materialidad generada tras la contienda, sin embargo, el análisis de algunas de estas obras (generalmente las más actuales) nos ha ayudado a comprender mejor algunos apartados de la guerra y nos ha servido para mejorar la descripción del contexto histórico de los casos estudiados. Dentro del listado bibliográfico hemos podido consultar obras de carácter más bien territorial o local como el libro de Pablo Larraz *Abarzuza, 1874. El día en que murió Concha* (Larraz, 2013); o el del cura Alfredo Larreta *Arandigoyen a través de los siglos* (Larreta, 2006).

1.7.2. Las fuentes gráficas

³⁴ Destacan dentro de este periódico los corresponsales de prensa Mariano Araus y Juan B. Fauró, que durante el conflicto fueron enviados a Navarra a relatar las crónicas de los sucesos.

En algunos casos el análisis de las fuentes gráficas ha sido de gran importancia, para los casos en los que se hallan dibujos, croquis, litografías o incluso cartografía de los fuertes que hemos estudiado. Según la fuente de origen, las hemos podido dividir en tres apartados:

a) Prensa ilustrada

Existían diferentes publicaciones ilustradas que, al igual que ocurría con los corresponsales de prensa ordinaria, enviaban artistas al frente para realizar grabados de las acciones, entornos o personajes interesantes para los lectores. Estos trabajos resultan en muchos casos la única prueba gráfica de los sucesos de ciertas acciones, por lo que su testimonio es vital actualmente para poder estudiarlos. Aquí mencionaremos sobre todo los dibujos tanto de Emilio Pichot, como de Luis Pellicer, cuyas obras para el periódico *La Ilustración Española y Americana*, nos resultan del todo importantes, como ha sido en el caso del estudio del fuerte Princesa de Asturias.

b) Acuarelas y bocetos

Dentro de una casuística más amplia, tenemos otros tipos de grabados realizados en diferentes soportes, que ayudan a registrar aspectos interesantísimos de las fortificaciones, como es el caso de la acuarela del interior del fuerte de San Juan de Arandigoyen, dibujado por los hermanos Lagarde (Aniceto y Nemesio). Estos trabajos en particular, forman parte del libro *Recuerdos de una Guerra Civil. Álbum del Bloqueo de Pamplona*, conservado en el Archivo Real y General de Navarra y que fueron sacados a la luz en 2008 por Ignacio J. Urrizelqui Pacho.

c) Cartografía militar

En los fondos del ejército se conserva documentación referente a los planos topográficos levantados por los ingenieros liberales. Generalmente son planos de las obras erigidas por ellos mismos (como es el que presentaremos del fuerte de la Princesa de Asturias), pero también hay algunos en los que se localizan las posiciones carlistas (en este caso también tenemos uno en relación al fuerte San Juan). Esta documentación proviene del Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra (IHCMET), aunque también encontramos más ejemplos en el Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército (ACEGCGE).

1.7.3. Las fuentes orales

Como hemos dicho, uno de los rasgos importantes de este patrimonio es su relativa cercanía temporal a la actualidad, lo cual nos ayuda a interactuar con la población próxima a los lugares de estudio y conocer anécdotas, recuerdos, o acontecimientos que han pasado de boca en boca dentro del contexto de una memoria colectiva local. Esta interacción, como veremos más adelante, ha sido vital a la hora de llegar a documentar algunos restos patrimoniales que han sido objeto de estudio en esta tesis y que habían sido pasados por alto inadvertidamente tanto por las fuentes escritas, como por las arqueológicas.

1.7.4. Las fuentes materiales

Para el análisis de las fuentes materiales hemos empleado tanto las herramientas de trabajo más tradicionales representadas por la excavación arqueológica, así como nuevas tecnologías para la realización de prospecciones, entre las que hay que destacar la teledetección.

a) La teledetección

Principalmente la hemos empleado a la hora de desarrollar el segundo capítulo de esta tesis, en la que se plantea una secuenciación histórica de la militarización del paisaje en Navarra como consecuencia de la segunda guerra carlista. En este trabajo comenzamos recurriendo a las fuentes escritas para poder estudiar los diferentes conjuntos fortificados. Pero, vista la poca o nula información sobre las construcciones del bando carlistas, fue necesario recurrir a otro tipo de herramientas denominadas *teledetección* o *remote sensing* (Montufo, 1991: 426), que nos ayudasen a la localización y documentación de obras carlistas, mediante la búsqueda de anomalías en el terreno (Roldan Bergaratxea, 2016, 116).

Según lo define el Instituto Geográfico Nacional (IGN): *es la técnica de adquisición de datos de la superficie terrestre desde sensores instalados en plataformas espaciales. La interacción electromagnética entre el terreno y el sensor, genera una serie de datos que son procesados posteriormente para obtener información interpretable de la Tierra*³⁵.

Otros autores lo han definido como: *la especialidad científica que se ocupa de la adquisición e interpretación de información sobre un entorno a partir de medidas realizadas sin establecer contacto físico con él. Los instrumentos de teledetección existentes pueden ser utilizados embarcados en avión o en satélite* (Palacios et al, 2017: 130).

Dentro de la teledetección existen diferentes técnicas que se están empleando actualmente por la arqueología para la interpretación de posibles yacimientos arqueológicos. Sin embargo, nosotros tan solo nos vamos a centrar en los tres que, debido a su disponibilidad y alcance, han sido los empleados en la localización de estos enclaves.

1- La fotografía aérea:

Tanto la oblicua como la vertical, ha sido desde sus comienzos la técnica de reconocimiento aéreo más común y rentable para la mayoría de los propósitos en arqueología (Palacios et al, 2017: 129). Desde los nuevos paradigmas teóricos y enfoques de estudio centrados en el análisis espacial del entorno, dentro de la *New Archaeology*, la fotografía aérea comenzó a utilizarse sistemáticamente como método de estudio en el paisaje tras la Primera Guerra Mundial. El objetivo aquí es encontrar marcas visibles en el suelo, que según las diferencias en crecimiento y color de los cultivos, sombras... nos hablan de la presencia de restos arqueológicos (Montufo, 1991: 434-435), que en

³⁵ <https://www.ign.es/web/resources/docs/IGNCnig/OBS-Teledeteccion.pdf>

nuestro caso se materializan en el hallazgo de líneas de trincheras o fosos asociados a las fortificaciones.

Para realizar este trabajo, recurrimos al uso del visor SITNA (Sistema de Información Territorial de Navarra), específico de esta comunidad. Estos visores permiten analizar en arqueología las anomalías antes descritas y compararlas entre los diversos vuelos existentes de cada año, desde al menos el año 2003 de forma ininterrumpida. Esto nos permite realizar un análisis de la evolución del terreno, ya que cada año se realizan en estaciones y en horas de luz diferentes. Por lo que nos posibilita jugar con estos parámetros para dar a conocer esas anomalías y ver sus evoluciones en el tiempo.

Dentro de la fotografía aérea, tenemos la fotografía histórica de mediados del siglo XX, que actualmente representa una importantísima fuente de información en los trabajos de prospección digital. En Navarra, a diferencia de la gran mayoría del territorio nacional, tenemos la suerte de contar no solo con los dos vuelos americanos de la Serie A (1945-1946) y Serie B (1956-1957) estadounidenses (González Ruibal y Ayán, 2018: 89), sino también de un vuelo anterior de 1929, realizado por el aviador estellés Julio Ruiz de Alda (encargado por la Diputación Foral de Navarra), que recorre una buena parte de la comunidad y que está realizada a una escala más pequeña que los dos vuelos americanos, lo que posibilita una mejor calidad de imagen para el estudio del medio. Partiendo de este conjunto de fotografías históricas, podemos llegar a localizar e identificar elementos adscritos a este patrimonio tan solo 53 años después del fin de la guerra, lo que actualmente nos permite documentar aquellas estructuras que no han sobrevivido hasta el presente y conocer más al detalle las que sí han llegado.

2- Imágenes LIDAR:

Unido a la herramienta del análisis de la fotografía aérea, tenemos la tecnología LIDAR (*Laser Imaging Detection and Ranging*), originada en los 70 por la NASA. A pesar de que hubo algunos estudios a partir de esa fecha, hubo que esperar a finales de los 90 para que pudiera comercializarse y generalizarse su uso en la arqueología (Opitz, 2013: 15). Su desarrollo ha supuesto una mejora en la calidad de los datos recogidos, para la elaboración de mapas cartográficos interesantes de ser aplicados a las prospecciones arqueológicas. Estas imágenes creadas a partir de una nube de puntos del terreno mediante un escáner láser aerotransportado (ALS), son capaces de crear modelos digitales de la elevación del terreno, eliminando la cubierta forestal. Por lo que todo resto arqueológico que mínimamente se intuya en el terreno, debería poder visualizarse (Roldan Bergaratxea, 2016: 118-119). En un entorno montañoso como es la zona media-norte de Navarra, este tipo de tecnologías nos ha ayudado a localizar trazos de ese patrimonio decimonónico que generalmente se encuentra localizado en zonas altas relacionado con puntos estratégicos.

3- Los SIG:

Casi al mismo momento que la comercialización de los datos LIDAR, cabe ubicar la aparición de los SIG (Sistemas de Información Geográfica), que ayudó a impulsar los trabajos de la denominada arqueología del paisaje. Nacieron como programas informáticos que permitían el almacenamiento y

la representación de datos digitalizados y georeferenciados por coordenadas, así como su manipulación y análisis, para poder generar nuevos datos con los cuales poder trabajar (González Ruibal y Ayán, 2018: 195-196). De las diferentes opciones que actualmente ofrecen estos sistemas, nosotros nos hemos centrado en la representación de imágenes aéreas del máxima actualidad ofrecidas por el Plan Nacional de Ortofotografía Aérea (PNOA); fotografías históricas del vuelo Ruiz de Alda, procedentes del Servicio de Riqueza Territorial y Tributos Patrimoniales de la Hacienda Foral de Navarra; o la elaboración de modelos digitales de terreno (MDT) a través de datos LAS³⁶ procedentes del Instituto Geográfico Nacional (IGN). Todos estos datos han sido tratados mediante el conjunto de herramientas de *LAStools* en un entorno SIG, en nuestro caso gracias al programa libre QGIS, y la utilización de otro programa complementarios, como el software *Relief Visualization Toolbox* (RVT) para generar mapas LIDAR con el objetivo de hallar y representar en varios mapas diversas anomalías halladas en el paisaje y que se relacionan con restos de la guerra. También hemos empleado los SIG para producir mapas de dispersión de puntos en el capítulo sexto sobre de la Batalla de Abárzuza, introduciendo puntos previamente georeferenciados mediante un GPS de montaña durante la labor de prospección.

Resumiendo la metodología aplicada al caso de la teledetección, en la siguiente figura podemos ver un mapa conceptual realizado por Montufo, que nos ayuda a simplificar los procesos de trabajo descritos anteriormente. Nuestro trabajo ha comenzado por la adquisición de datos de diferentes repositorios web. Estos han sido tratados en un entorno SIG y han sido complementados a su vez con otros programas software, con el objetivo de generar imágenes LIDAR para su posterior análisis e interpretación. Desde el inicio se ha contado para el estudio de fuentes adicionales como son las históricas, o el trabajo de georeferenciación de campo, como hemos señalado para el caso de la creación de mapas de dispersión de puntos. Todos estos datos han sido posteriormente representados en diferentes mapas escalados que acompañan nuestro discurso a lo largo de la tesis.

³⁶ *Laser file format exchange* (LAS). Es un archivo que contiene datos binarios, con información de las coordenadas X, Y, Z. Es decir, una nube de puntos (Opitz, 2013: 15-16).

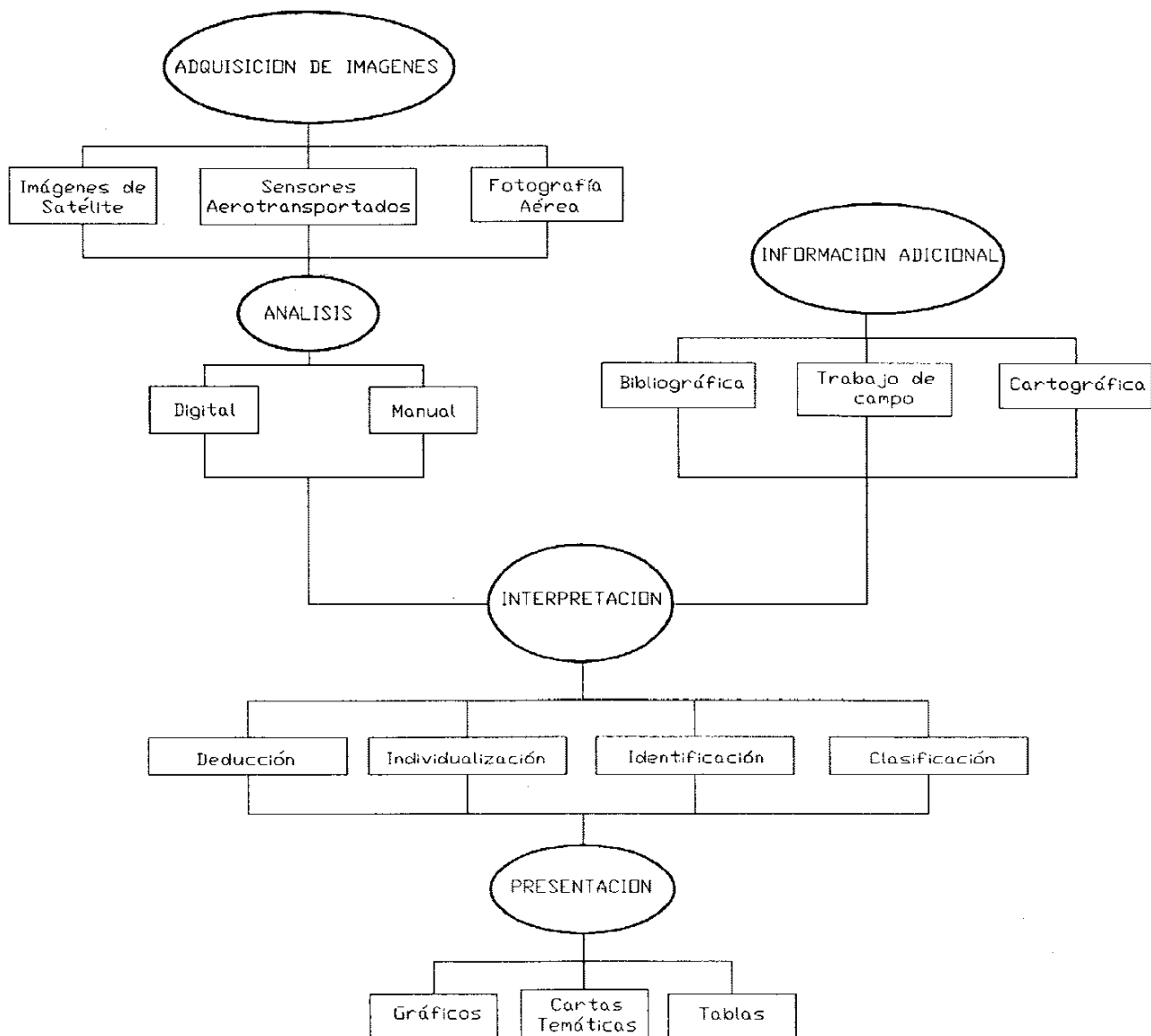


Figura 3. Metodología para el análisis de los datos de teledetección (Montufo, 1991: 427)

b) La toponimia

Con el mismo objetivo que perseguíamos a la hora de localizar posibles fortificaciones mediante la teledetección, la toponimia ha resultado ser también una firme aliada en este proceso. El nuevo visor de toponimia presentado en marzo de 2020 por el Gobierno de Navarra³⁷, nos ha facilitado la búsqueda de lugares relacionados con restos de la guerra. Ya que, curiosamente, en muchos lugares sí hemos podido constatar la relación de topónimos de carácter militar con restos de la segunda guerra carlista. Topónimos como *fuerte*, *cañón* o *trincheras* han sido los más habituales.

c) La Prospección geofísica

Siguiendo el modelo metodológico de referencia empleado en el estudio de la batalla de *Little*

³⁷ <https://administracionelectronica.navarra.es/toponimia/>

Bighorn (Scott et al: 1989), en 2012 se acometió el primer estudio de un campo de batalla de las guerras carlistas en Somorrostro (Bizkaia) (Arrate et al, 2014). Vistos los buenos resultados de la metodología empleada, decidimos implantarlo tanto para nuestro estudio del campo de batalla de Abárzuza, como para el trabajo realizado en las inmediaciones del fuerte de la Princesa de Asturias.

En cualquiera de los dos casos de estudio, fue vital primero acudir al campo para recabar algo más de información sobre el estado del terreno de las zonas a intervenir. En el caso de Abárzuza, entendiendo que se trata de un campo de batalla muy extenso, decidimos centrarnos en evaluar únicamente el estado de la zona norte del campo de batalla, donde las fuentes escritas ubican el lugar en donde se desarrollaron los acontecimientos más importantes. Pero como el escenario en cuestión seguía siendo extremadamente amplio y solo contábamos con un equipo de trabajo compuesto de un único detector de metales, se decidió delimitar tres zonas de estudio dentro de la zona norte del campo de batalla. En cada uno de los casos, a pesar de que el tipo de prospección realizada fue diferente, el proceso de documentación fue el mismo.

Empleamos un total de tres técnicas de prospección diferentes, según la casuística de cada caso. En la zona 1 de estudio, se empleó la prospección intensiva, acotada al interior de una batería carlista. Mediante este proceso, comenzando desde la cara norte, fuimos prospectando meticulosamente toda el área de la construcción en líneas más o menos paralelas con separación entre ellas de apenas metro y medio. El objetivo era documentar cualquier resto material que hubiera quedado del conflicto.

En la zona 2 las características eran muy diferentes. La extensión de los campos de cereales favorecieron el empleo de una prospección de carácter básico, consistente en la prospección mediante líneas paralelas y con una distancia entre líneas de al menos unos metros (Arrate et al, 2014: 111). En nuestro caso decidimos mantener una distancia de seis metros entre líneas. En la zona 2, debido a la extensión del terreno, y ante la problemática de solo llegar a estudiar una pequeña parte, decidimos subdividir el trabajo de prospección hasta en tres sectores, con la idea de contar al menos con tres muestras distintas que pudieran ser comparadas y de este modo obtener en el menor tiempo resultados interesantes.

Finalmente, en la zona 3 volvimos a toparnos con un caso diferente, al ser una zona lleca que había dejado de ser cultivada hacía muchos años. El tipo de prospección que se diseñó vino condicionado por el manto vegetal existente, de modo que la prospección de carácter orgánico resultó ser en este caso la más apropiada. Definiríamos este tipo de prospección, como una exploración autónoma, sin empleo de líneas, en donde la prospección se realiza libremente por aquellas zonas accesibles (Arrate et al, 2014: 111).

Para el caso de la prospección del entorno inmediato al fuerte Princesa de Asturias, podríamos decir que la prospección metálica empleada fue una mezcla entre la intensiva de la zona 1 y la orgánica o libre de la zona 3 de Abárzuza. Aunque intentamos prospectar intensivamente todo el perímetro del espacio acotado, la vegetación del entorno nos impidió la prospección de algunos espacios.

Como decíamos anteriormente, independientemente del tipo de prospección seleccionada, el trabajo

de documentación ha sido siempre el mismo. La idea partía de formar en todo momento un equipo de trabajo de al menos dos personas. Uno realizaría el trabajo de detección geofísica, además de portar el GPS de mano, con el objetivo de grabar el *track* o recorrido realizado. Ante un posible hallazgo, el acompañante procedía a abrir la tierra con una pala o azada, realizando unas extracciones de 30-40 cm de diámetro, por unos 30 cm de profundidad. La idea era extraer más tierra de la necesaria, con el objetivo de proteger el material en el proceso de extracción. Tras la primera extracción, se pasaba el detector por el hoyo para comprobar si el material había salido junto con el sedimento. Si no era así, se procedía a excavar un poco más hasta dar por extraído el material³⁸. A continuación, si no se identificaba el objeto en el sedimento del hoyo, se procedía a utilizar el *pinpointer* o detector de mano, hasta hallar el material en el sedimento. Una vez identificada la pieza, era georreferenciada con el GPS de montaña, etiquetado en un número correlativo provisional, fotografiada junto con la etiqueta (como medida de seguridad) y embolsada individualmente. Una vez terminado, se devolvía la tierra al hoyo y se continuaba con la prospección hasta la siguiente detección.

En cuanto al detector de metales, en todas las zonas de la prospección, empleamos un programa básico de trabajo de nombre *Basic*, en el que cambiamos algunos parámetros, como subir hasta el nivel 30 la discriminación férrica (con la idea de no detectar clavos, envoltorios de papel de aluminio, u otros elementos semejantes), generalmente asociados a materiales fuera del contexto de nuestro estudio.

El trabajo desempeñado por el detector de metales en estas labores ha sido crucial para la identificación de los diversos materiales, sin el cual hoy por hoy se nos haría imposible realizar este tipo de estudios. Por esta razón, creemos oportuno dedicarle a continuación unas líneas a la evolución de esta herramienta hasta su empleo en la arqueología.

1- El detector de metales: *la herramienta del demonio*

El detector de metales es una herramienta de estudio geofísico que, como sabemos, detecta la presencia de objetos metálicos. El detector crea un campo electromagnético³⁹ que penetra en la tierra hasta una profundidad determinada. Si en este proceso se topa con la presencia de algún metal, el detector es capaz de identificarlo y nos devuelve una señal sonora. Este fenómeno se produce ya que tanto los metales, como los minerales presentes en la tierra, generan su propio campo magnético en su entorno, que al interactuar con el del detector, este nos avisa (Rodríguez Temiño, 2012: 73). Esta herramienta resulta vital para poder localizar fragmentos metálicos que se nos escaparían en la tradicional prospección *de visu*.

Se compone (de arriba abajo): de un mango adaptado al brazo, para poder sostener el detector; la consola (la caja de control), que es una de las partes más importantes, ya que nos informa de las lecturas que vamos realizando; el plato en la parte baja; y la bobina que genera el campo magnético

³⁸ Este no excedía del medio metro en ningún caso. Las pocas veces en que ha hecho falta llegar a estas profundidades, ha sido debido a la profundidad de algunos proyectiles de artillería. (además que el permiso del Gobierno de Navarra nos marcaba unos umbrales de excavación).

³⁹ Por tanto entraría dentro de los grupos geofísicos de estudio activos, al emitir un pulso de energía; a diferencia de los pasivos (González y Ayán, 2018: 105).

(Rodríguez Temiño, 2012: 74).

Existen diferentes casas de fabricantes de detectores de metales. Nosotros empleamos en nuestro trabajo el detector *Deus*, de la casa francesa *XP Metal Detectors*. De los diversos modelos de este fabricante, el *Deus* es el detector de última generación⁴⁰, dotado de un plato de 22 cm de diámetro, que adquirió nuestro grupo de investigación para estas labores.



Figura 4. Imagen del detector empleado en nuestro trabajo de campo (<https://www.mundodetector.com/detectores-de-metales-todo-terreno/172-detector-de-metales-deus-xp-rc-con-plato-de-28-cm.html>)

Junto con el detector de metales, se empleó también un *pinpointer*; es decir, un pequeño detector de bolsillo, con el objetivo de poder rastrear de forma precisa la localización del material una vez extraído el sedimento. Estas herramientas disponen de un sensor en la punta de la cabeza que, conforme lo pasamos por el sedimento, nos avisa de la proximidad del objeto mediante un timbre de sonido o de vibración, que se va acelerando según nos aproximamos a él. Nosotros en nuestro trabajo de campo contamos con el *pinpointer Xpointer Land*, de la casa Deteknix.



⁴⁰ <https://www.eurodetection.com/categoria-producto/marcas-detectores-metales-eurodetection/xp-detector-de-metales/>

Figura 5. Imagen del detector empleado en nuestro trabajo de campo. (<http://www.totdetector.es/acceorios/359-pinpointer-xpointer-land.html>)

Esta herramienta de trabajo, generalmente asociada con la caza furtiva de *tesoros* ocultos en la tierra, ha provocado y sigue provocando actualmente un rechazo por los profesionales del sector, ya que ven en esta herramienta la causa de tantas afecciones a nuestro patrimonio. Sin embargo, como podremos ver después de los resultados obtenidos en el análisis de la batalla de Abárzuza, no es la herramienta, sino el operador quien puede causar ese daño irreparable, o al contrario, ayudar en su estudio.

El verdadero impulso del desarrollo del detector de metales vino, como otras tantas cosas, debido a la Segunda Guerra Mundial. En este contexto se emplearon para la detección de minas explosivas. Tras la guerra los fabricantes comenzaron a lanzar versiones al mercado en Estados Unidos, para ser empleados como *hobby*. Con las mejoras de estos aparatos, alcanzaron su cenit en la década de los setenta en Estados Unidos, y más tarde la moda pasó a Reino Unido (Rodríguez Temiño, 2012: 73). Durante las décadas de 1950 a 1970, los arqueólogos americanos emplearon en ciertas ocasiones detectores⁴¹ con escaso éxito en sus labores, en un momento en que el desarrollo de su tecnología todavía era muy primitivo, ya que funcionaba como mera herramienta transmisora y receptora de todas las ondas electromagnéticas. Su mal uso en un comienzo por parte de detectoristas, ayudó a denominar a esta herramienta como *the devil's tool* (herramienta del demonio) (Cornelison y Smith, 2017: 34). A pesar de estas opiniones, hubo otros especialistas que continuaron aplicando el detector en sus trabajos y entre ellos hay que resaltar el trabajo de investigación ejecutado por Douglas Scott y Richard Fox sobre la batalla de *Little Bighorn* (1876) en 1988, que, como hemos mencionado anteriormente, marcó el verdadero inicio de la arqueología de los campos de batalla, no solo por la aplicación de una metodología de trabajo que continúa siendo la base de cualquier investigación de esta índole, sino también, porque ayudaría a limpiar la mala reputación de esta herramienta, de la cual se hablaría diez años más tarde en una publicación en la revista *Historical Archaeology* por Connor y Scott (Scott y McFeaters, 2011: 106). La metodología empleada en el estudio de *Little Bighorn*, consistió en la realización de una prospección metálica mediante detector de metales, georreferenciación del material hallado para la posterior creación de mapas de dispersión de materiales, la recogida de los materiales de campo para su posterior análisis en laboratorio y la excavación arqueológica de ciertos puntos. Esta metodología de trabajo ayudó en este caso a reescribir la historia de esta batalla (Gracia Alonso, 2011: 6). Entonces se comprendió que las batallas contemporáneas en donde abundaban los elementos de origen metálico, podían ser objeto de estudio arqueológico y llegar incluso a reescribir los sucesos históricos. Por tanto, la metodología originada a través del buen uso del detector de metales en la batalla de *Little Bighorn*, fue posteriormente adoptada por otros arqueólogos que comenzaron a investigar bajo esta disciplina (Scott y McFeaters, 2011: 109). Esta metodología, con algunas variaciones fruto del desarrollo tecnológico, ha llegado casi inalterada hasta la actualidad, como ha quedado patente en el uso que le hemos dado en el presente estudio.

d) La excavación arqueológica

⁴¹ Ponemos por ejemplo el caso del estudio de la batalla de Saratoga, realizado con detector de metales en los 70, por Dean R. Snow (Scott y McFeaters, 2011: 107-108).

Para poder llegar a conocer tanto el proceso de formación y evolución de los fuertes de la segunda guerra carlista, así como conocer la cultura material de los mismos, fue necesario lograr financiación pública para realizar varias excavaciones arqueológicas. Entre los años 2016 y 2018 realizamos un total de cinco sondeos siguiendo la metodología de excavación en área abierta, dos de los cuales fueron en el fuerte liberal de la Princesa de Asturias⁴² y otros tres en el fuerte carlista de San Juan de Arandigoyen. En este último fuerte, en la campaña del 2017 se realizaron dos sondeos, pero debido al interés que suscitaron las estructuras emergentes, se consiguió financiación para hacer una segunda campaña al año siguiente, ampliando con un tercer sondeo el conocimiento que se tenía de dichas estructuras⁴³.

Por su parte, el método de registro ha sido el implantado por Edward C. Harris, acorde a la propia estratigrafía del lugar. Para documentar el proceso de excavación, hemos contado con un sistema mixto de dibujo, por el que hemos levantado planimetrías tanto a mano (mediante el empleo de cintas métricas, plomada y nivel óptico), así como el automático, mediante el empleo de una estación total que iba tomando puntos tridimensionalmente de forma más precisa y rápida. Las unidades estratigráficas han sido documentadas a través de fichas individualizadas, en donde se registraban las particularidades de cada una, lo cual es necesario para llegar a entender el orden secuencial de los sucesos, mediante la matriz Harris.

e) El análisis de la cultura material

1- Tratamiento y registro

Una vez realizado el trabajo de campo, los materiales arqueológicos documentados tanto en las excavaciones arqueológicas, como en la prospección geofísica, han sido tratados en los laboratorios de la EHU/UPV del campus de Vitoria. El proceso metodológico aplicado ha sido el recurrente para estos casos. Es decir, los materiales por unidades estratigráficas han seguido el siguiente proceso sistemático: lavado, siglado, inventariado y fotografiado. A continuación trataremos de explicar el proceso realizado en cada uno de ellos.

- Lavado:

Dependiendo del origen del material, el proceso de lavado ha variado. Hemos utilizado un barreño de agua y diferentes tipos de cepillos para procesar las cerámicas, cristales y restos óseos. En cambio, para los restos metálicos y restos constructivos como el estuco y la madera, se ha seguido el mismo proceso pero en seco, con diferentes durezas de cepillos para poder limpiar y eliminar algunas concreciones metálicas.

En este apartado, tras realizar un estudio minucioso de los materiales, en los casos en los que se ha podido, se ha optado por reconstruir las piezas de cerámica y de cristal. Con la idea de

⁴² Financiado por el ayuntamiento de Villatuerta.

⁴³ Cofinanciado por el ayuntamiento del Valle de Yerri, la Fundación Caja Navarra y Gobierno de Navarra.

poder posteriormente documentar mejor estos elementos. En el caso de los metales, se han agrupado en bolsas de plástico.

- Siglado:

Una vez solicitada la sigla de los tres yacimientos de la tesis, el material arqueológico ha sido ordenado en grupos, según la materia prima y su relevancia, para proceder a enumerarlos siguiendo un número correlativo.

GRUPOS	MATERIALES
Metal: no férrico	Vainas, balas, botones, monedas, latas...
Metal: férrico	Hebillas, flejes, clavos...
Cerámica: vidriada, <i>creamware</i> , común	Cántaros, ollas, jarras, tazas, platos...
Cristal	Botellas, vasos, ventanas...
Óseo	Restos faunísticos
Construcción	Madera, enlucido, ladrillo, teja...

Tabla 1. Orden clasificatorio llevado en el proceso de siglado tanto en los grupos como en los materiales arqueológicos

- Inventariado:

Hemos empleado el programa *FileMaker Pro 11 Advanced*, para registrar en él los diferentes elementos arqueológicos. Previo a este trabajo, se ha creado para los tres yacimientos un total de siete categorías en las cuales poder introducir la información individualizada de cada elemento, tras un análisis y estudio pormenorizado.

Sigla	Nº fragmentos	Material	Tipología general	Tipología específica	Descripción	Bibliografía
-------	---------------	----------	-------------------	----------------------	-------------	--------------

Tabla 2. Orden clasificatorio de las siete categorías presentes en el inventario

En relación a este apartado, hay que criticar la escasez de estudios relacionados con la cultura material de la segunda guerra carlista. Esto ha ocasionado que ciertos elementos como sobre todo aquellos relacionados con la munición, hayan tenido que ser estudiados a través de páginas web como *munición.org*, Wikipedia u otros blogs o foros afines a esta temática. Esta casuística se contradice si la comparamos con el estudio de los fusiles, cañones o armas en sí mismas, que tradicionalmente han gozado de una mejor atención por parte de coleccionistas, militares, o historiadores. La prueba la encontramos en los museos militares, en donde se ha dado mayor importancia al arma que a la munición que utiliza o sus pertrechos.

- Fotografiado:

Hemos finalizado el proceso de laboratorio con la documentación gráfica escalada a nivel individual o grupal. Cada archivo ha sido posteriormente registrado según el número de sigla del o de los materiales, de tal modo que nos facilita el estudio de cada elemento. Por tanto,

en las imágenes de materiales arqueológicos que nos van a acompañar en las próximas páginas, cada objeto estará identificado con su sigla particular, para facilitar futuras revisiones.

2- Criterios de clasificación:

Los materiales arqueológicos documentados en cada caso han sido estudiados y agrupados en diferentes categorías a la hora de presentar los resultados de la tesis. Esta clasificación se ha basado en seis categorías (dieta, armamento, indumentaria, enseres, edificación y otros) y ha sido aplicada en el caso de las intervenciones en los dos fuertes. En general, los materiales han sido catalogados fácilmente en uno de los cinco primeros grupos, respondiendo a su funcionalidad. Sin embargo, aquellos materiales que no respondían a los patrones exigidos en los anteriores grupos, se han englobado en un sexto grupo con la categoría de *otros*. Por otro lado, para el caso del estudio del campo de batalla de Abárzuza, tan solo han sido necesarias tres de las categorías: armamento, indumentaria y enseres. Veamos la descripción general de cada grupo.

- Dieta:

En este primer grupo hemos incluido tanto aquellos restos óseos de fauna procedentes de su ingesta, como los fragmentos de recipientes (cerámicos, metálicos o vítreos), que participaron en algún momento en el proceso de la preparación y consumo de las comidas. Estos recipientes debido a su diversidad funcional, se han podido a su vez clasificar en un total de tres sub-apartados: almacenaje, procesado y servicio-consumo.

- Armamento:

El segundo grupo, se divide entre aquellos materiales relacionados con las armas portátiles de fuego (fusiles, revólveres...), y los elementos relacionados con la artillería. Dentro del primero, hemos diferenciado dos sub-apartados: munición y armas blancas, que a su vez las hemos podido clasificar en nuevos sub-apartados, debido a la variedad. Las municiones se han dividido en cartuchos, vainas, balas, cápsulas fulminantes para arma de pistón y escorias; mientras que las armas blancas cuentan con dos categorías: bayoneta y contera. Los elementos de artillería también los hemos dividido en dos sub-apartados: artificio de iniciación y proyectiles. Pero nuevamente ha sido necesaria una subdivisión. Dentro del de artificio de iniciación, tan solo tenemos el grupo de los estopines de fricción, pero la clasificación dentro de proyectiles es algo mayor. Tenemos cascos de granadas, balas *Shrapnel*, espoleta y virola.

- Indumentaria:

Este tercer grupo hemos podido dividirlos en tres sub-apartados: botones, insignias y hebillas. Del primero destaca la variedad de hasta tres tipologías diferentes, basadas en el material de origen. Tenemos los botones de bronce característicos de las prendas exteriores, los botones de leche *milk-glass button* y de madre perla.

- Enseres:

Este cuarto grupo se halla dividido en dos sub-apartados: monedas y *otros*. En el caso de las monedas, tenemos una sub-clasificación de diferentes tipos de monedas. Finalmente, en el apartado catalogado como *otros*, encontramos una variedad de diferentes elementos que hemos podido documentar en ambos fuertes y que tienen una relación directa con el soldado: Navaja, punzón, plumín, medallones, pasador, y dedal.

- Edificación:

Este quinto grupo se encuentra dividido entre las categorías de elementos constructivos y mobiliario. Del primero destaca la división de hasta en seis sub-apartados: ladrillos, tejas, maderos, enlucidos, vidrio de ventanas, y materiales férricos. Dentro de este último apartado, hemos podido diferenciar entre las categorías de clavos, bisagras, hembrilla, aldabilla y manivela. En cuanto a la segunda categoría relacionada con el mobiliario, los hemos dividido entre candiles y llaves.

- Otros:

En esta última categoría hemos reunido aquellos otros materiales que no formaban parte de ninguna de las categorías anteriores.

3- La cuantificación:

Tanto en el caso de los restos óseos, la cerámica, así como en el cristal, nos ha parecido importante realizar una cuantificación según el Número Mínimo de Individuos (Escribano-Ruiz, 2017: 293-296), como criterio a tener en cuenta para el apartado de la discusión entre los dos fuertes estudiados. La cuantificación, nos ha servido para relativizar cuantitativamente y poder hacer una comparación porcentual correlativa en todos los casos estudiados.

4- Sistema de la medición de la munición:

El sistema empleado tradicionalmente en nuestro país para la medición de la cartuchería es mediante el métrico decimal (por ejemplo ver en Martínez Velasco, 2008; y Palacio, 2016). Las medidas en balística, al ser muy pequeñas, se dan en milímetros. Pero en nuestro caso y a lo largo de la tesis, hemos optado por la medición en centímetros, ya que el trabajo no se centra únicamente en el estudio de las balas o munición en general. Debido al tamaño de otros elementos, como bien pueden ser algunos fragmentos de granada, jarras... hemos optado por generalizar todos los datos en centímetros, para no dar pie a confusiones.

2. ORIGEN Y DESARROLLO DEL PATRIMONIO MATERIAL DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA EN NAVARRA

Durante mi trabajo de fin de grado y trabajo de fin de máster, me centré en la localización y estudio de diferentes restos bélicos del patrimonio militar navarro, de la segunda guerra carlista, en las inmediaciones de Estella (Navarra). De esta investigación pude concluir, que son muchos los restos del conflicto que a día de hoy siguen materializados en nuestro paisaje. Fuertes, baterías, trincheras... son en general las huellas que han quedado de lo que fue. Y aunque tan solo hayan pasado 145 años desde el fin de la guerra, los pueblos han olvidado casi totalmente lo ocurrido. Se dice, y lo hemos comprobado, que el cerebro tiene la habilidad de borrar o distorsionar nuestros peores recuerdos, para poder seguir viviendo humanamente (Augé, 1998: 101-102; Todorov, 2000: 15-16). Se desecha lo malo y se guarda lo bueno. Pero aunque pasen los años y en la memoria colectiva de la comunidad se vaya apagando el recuerdo de lo que pasó, lo cierto es que no ocurre de la misma forma, o mejor dicho, a la misma velocidad, con nuestro paisaje. La guerra y las construcciones que se edifican mientras dura su proceso lo cambian y lo amoldan a la realidad del momento, el conflicto en este caso. De tal modo que, a menos que se destruya o erosione intencionadamente, continuará sobreviviendo al paso del tiempo y a las siguientes generaciones, hasta tal punto que, una vez que éstas no guarden el recuerdo de lo ocurrido, debido a la existencia de una amnesia colectiva, nadie recordará que pasó en estos lugares. Este patrimonio se convertirá así en un mero accidente geográfico, una erosión en el terreno, invisible incluso para los pueblos que los construyeron. Están condenados, por tanto, a desaparecer en el más miserable olvido, puesto que no se puede proteger lo que no se conoce. Y partiendo de esta frase, ya que muchas veces las instituciones públicas desconocen la existencia de estos paisajes, dejan a la merced sin protección alguna, lugares que actualmente están siendo salvajemente expoliados por furtivos y que a veces, desgraciadamente, parecen ser los únicos conocedores del lugar.

Ante esta realidad, extrapolable a otros conflictos modernos de la historia, se encuentra hoy el arqueólogo que quiere investigar el patrimonio de la segunda guerra carlista. Y si al olvido le añadimos la poca información existente en las fuentes primarias sobre el paisaje bélico, que además fue generada por los *ganadores* (los liberales), cabe concluir que la investigación sobre la materialidad del conflicto carlista está severamente condicionada. Es por esta razón, que durante mis trabajos de fin de grado y máster, cada vez que me encontraba con elementos del conflicto, no paraban de aparecerme las siguientes interrogantes: ¿en qué momento se construyeron? ¿Debido a que? ¿Hasta cuándo estuvieron en uso?... Sin poder dar respuestas a estas preguntas por el momento, de la mano de otros especialistas, fuimos desvelando que el patrimonio militar de esta guerra no solamente estaba anexo a las inmediaciones de Estella, como a primera vista podía parecer, sino que se extendían por diversas zonas de Navarra que, al igual que en Estella, me sentí con la necesidad de dar respuesta a esas mismas preguntas. Por esa misma razón, en abril del 2015, un grupo de especialistas⁴⁴ presentamos un proyecto para optar a una subvención del Gobierno de Navarra, en la convocatoria anual de *Ayuda a la investigación sobre el Carlismo*. El objetivo que teníamos en mente, era llegar a catalogar los restos del patrimonio militar de la segunda guerra carlista en Navarra. Así, podríamos llegar a comprender mejor la magnitud propia del conflicto y su legado material. Pero finalmente, esa ayuda no llegó a causa de unos problemas administrativos que

⁴⁴ Formado por un lado por mis actuales directores de tesis: Alfredo González Ruibal (titular del Instituto de Ciencias del Patrimonio INCIPIT del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); y Sergio Escribano Ruiz (profesor del Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)); por otro lado, por José María Ocáriz Basarte (aficionado a la historia local y propulsor del proyecto); y en último lugar por mí mismo como investigador en la materia.

causaron en definitiva el cese del proyecto.

Sin embargo, más tarde, cuando en el año 2016 tuve la oportunidad de iniciar esta tesis, investigamos arqueológicamente desde ese año hasta el 2019, tres yacimientos arqueológicos, a saber: el fuerte Princesa de Asturias, el fuerte San Juan de Arandigoyen y el campo de batalla de Abárzuza. Estos tres, aun estando geográficamente bastante cerca unos de otros⁴⁵, se preveían que sus orígenes no provenían de momentos históricos afines. Es por ello, que ante la falta de datos, como en mis trabajos académicos anteriores, fue necesario volver a la idea original del catálogo (en parte ya iniciada), para intentar resolver algunas cuestiones, pero esta vez planteado desde otra perspectiva dentro del marco de una tesis doctoral. Este nuevo marco se consideró necesario adaptar a un enfoque más general y realizar una secuenciación histórica de la guerra, partiendo de las fuentes escritas, primeramente, y más tarde articular en él un discurso material a través de la localización de fases de fortificación mediante la información histórica. De este modo se ha logrado algo que hasta la fecha no existía y que va ayudar en el futuro al entendimiento básico del patrimonio bélico generado en esta guerra civil, ya que la creación de fases constructivas dentro de una secuenciación histórica, ayudará a entender en definitiva aspectos básicos como el origen mismo de este paisaje militar.

2.1. Secuenciación histórica

Para realizar este trabajo, tomamos como fuente principal de análisis seis volúmenes (del II al VII tomo) de la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército. En estos tomos, se abarcan todos los sucesos ocurridos entre 1869 a 1876, tanto en el País Vasco, como en Navarra. Sin duda, esta obra junto con otras como puede ser la obra del historiador Antonio Pirala, representan la base de cualquier trabajo de investigación, de quien quiera iniciarse en el estudio de este conflicto.

Después de estudiar los tomos mencionados, pudimos percibir la existencia de ciertas etapas históricas que, incluso llegaban a materializarse en el discurso. De esta lectura pudimos llegar a diferenciar cinco fases clave para entender el desarrollo de la guerra en Navarra, que en algunos casos podían llegar a diferenciarse del resto de las provincias del norte comprometidas en esta guerra.

No obstante, hay que recordar que la secuenciación de la guerra se ha realizado desde la consulta de una fuente liberal y que, por tanto, ante la problemática de escasez de fuentes carlistas, esta resulta ser por el momento la única vía posible para la creación de no solo de una secuenciación de la guerra, sino también de cualquier estudio. Y conocedores de esta realidad, creemos haber realizado correctamente una distribución de fases desde una anhelada postura objetiva.

Aunque parezca mentira, en la bibliografía consultada, sólo hemos hallado un artículo que proyectara una secuenciación histórica de la guerra. Se trata del trabajo de Juan Pardo San Gil *La*

⁴⁵ Les separa una distancia máxima de unos 11km entre los dos más alejados (el fuerte Princesa de Asturias y el campo de batalla de Abárzuza). Estando el fuerte San Juan de Arandigoyen a una distancia media relativa entre ambos.

Segunda Guerra Carlista en “El Norte” (1872-1876): Los ejércitos contendientes (Pardo, 2000); que llegó a secuenciar la guerra, en su caso en cuatro fases para el País Vasco y Navarra, siguiendo otros criterios que no son especificados en su artículo, y que van a resultar diferentes de los que expondremos a continuación.

En nuestro caso, como decíamos, hemos considerado dividir la guerra en cinco fases, usando como criterio principal el desarrollo de acciones militares de primer orden, que tuvieron como conclusión directa cambios en el tablero de juego y por tanto, el cese de una etapa y el comienzo de una nueva. Estas a su vez, han podido ser subdivididas en diferentes sub-fases, siguiendo un criterio similar. Es decir, debido a acciones militares importantes de segundo orden, o bien otros sucesos que por su importancia merecían ser divididos.

2.1.1. Fase I: inicio de la insurrección – acción de Eraul (abril de 1872 – 5 de mayo de 1873)

a) Inicio de la insurrección – acción de Oroquieta (Abril de 1872 – 4 de mayo de 1872)

Podemos considerar el inicio de la insurrección a partir del 22 de abril de 1872, cuando se declaró el estado de guerra por varias partidas carlistas y es sustituido José Allende Salazar, capitán general de las provincias Vascongadas y Navarra, por Francisco Serrano, duque de la torre. En este tiempo se organizaron columnas para perseguir a las partidas con escaso éxito. Los carlistas intentaron tomar alguna población como es el caso de Lumbier en la noche del 25 de abril, pero no lo lograron. Estas partidas decidieron finalmente reconcentrarse para plantar cara al ejército gubernamental el 4 de mayo en Oroquieta, una vez que el pretendiente carlista, Carlos de Borbón y Austria-Este, entrara en Navarra para liderar sus fuerzas. El mariscal de campo Domingo Moriones, comandante general de Navarra, derrotó sin grandes esfuerzos a los carlistas, poniendo temporalmente fin al alzamiento en Navarra.

b) Acción de Oroquieta – acción de Eraul (4 de mayo de 1872 – 5 de mayo de 1873)

Tras el fracaso del alzamiento de abril, Carlos nombró al general Antonio Dorregaray, comandante general de las provincias Vascongadas, Navarra y Logroño; y al general Olló, comandante general de Navarra. El 20 de diciembre se inició de nuevo la insurrección en Navarra, tras entrar por la frontera los líderes Olló, Argónz y Pérula. El alzamiento tuvo más fuerza que el anterior y comenzaron a desarmar algunos destacamentos. A pesar del mayor esfuerzo por parte de las autoridades de detenerles, todo esfuerzo resultó ser insuficiente. El 11 de febrero de 1873 se produjo la abdicación del rey Amadeo de Saboya (1870 – 1873), lo que provocó la proclamación de la I República Española (1873 – 1874) y con ella el fortalecimiento de la insurrección carlista, ante la parálisis militar del gobierno por la necesidad de sustituir generales liberales por otros más acordes al nuevo sistema político. Esto propinó un estancamiento momentáneo de la lucha, la cual fue aprovechada por los tradicionalistas. El 17 de febrero, vista la positiva evolución del

enfrentamiento, Dorregaray entró en Navarra. Se inició un periodo de persecución con destrucción de muchos puentes, para delimitar las correrías carlistas, por parte de la nueva estrategia del nuevo general en jefe del Ejército del Norte, el teniente general Ramón Nouvillas. Finalmente, el 5 de mayo de 1873 en Eraul, las partidas nuevamente como hace casi un año, decidieron enfrentarse a las del ejército de la república, derrocando a la columna republicana del coronel Navarro. Esta primera victoria hizo preocupar al gobierno, trasladando el estado insurreccional al de guerra civil.

2.1.2. Fase II: acción de Eraul – acción de Abárzuza (5 de mayo de 1873 – 25-27 de julio de 1874)

a) Acción de Eraul – acción de las alturas de S^a Bárbara y montes de Guirguillano (5 de mayo de 1873 – 6 de octubre de 1873)

Con la primera victoria le siguieron otras como fue la acción de Udabe del 26 de mayo de 1873. Los carlistas continuaron haciéndose fuertes y consiguieron hacer claudicar a poblaciones de mayor entidad, como fue el caso de Puente la Reina un 12 de julio, o Estella un 24 de agosto de 1873. Poco a poco fueron expandiéndose, al mismo tiempo que sus partidas iban experimentando un proceso de maduración, que fue escenificado durante la batalla del 6 de octubre, en la acción de las alturas de S^a Bárbara y montes de Guirguillano. Las fuerzas carlistas se encontraron por primera vez bien organizados en batallones. Por tanto, pudo considerarse el primer enfrentamiento de dos ejércitos maduros, aunque no con las mismas bases económicas, ni las mismas prestaciones armamentísticas.

b) Acción de las alturas de S^a Bárbara y Montes de Guirguillano – acción de Abárzuza (6 de octubre de 1873 - 25-27 de junio de 1874)

Después de esta batalla, se dio otra de gran calado conocida como la acción de Montejurra, de los días 7-9 de noviembre de 1873. El 13 de enero de 1874, finalizó la guerra cantonal (1873-1874) y se reforzaron las tropas republicanas del norte, pasando a un nuevo estadio de la guerra que se caracterizó por una mayor agrupación de hombres por batalla. Sin lugar a dudas, la primera escenificación de ello lo encontraríamos durante la sucesión de las batallas que engloban las llamadas batallas de Somorrostro, de los meses de febrero y abril de 1874 (Arrate, 2014: 113), que tuvieron como fin liberar la capital vizcaína de un prolongado asedio carlista. Tras esta, parte de ese famoso ejército republicano pasó a Navarra, con el objetivo de terminar con la guerra civil. El enfrentamiento se dio en la famosa batalla de Abárzuza de los días 25-27 de junio, en el que el gran ejército republicano resultó perder, a la vez que fallecía en combate su general en jefe Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen. La trascendencia de tales hechos se traducen hoy en el fin de la segunda fase, e inicio de la siguiente.

2.1.3. Fase III: acción de Abárzuza – acción de Lácar (25-27 de junio de 1874 – 3 de febrero de 1875)

a) Acción de Abárzuza – acción de Biurrun y monte San Juan (25-27 de junio de 1874 – 20-23 de septiembre de 1874)

Tras la batalla se dio el repliegue del ejército republicano a la ribera Navarra, en donde se posicionó en una clara posición defensiva, en vista de la fuerza que los carlistas habían adquirido recientemente. Aprovechando esta situación de debilidad por parte del ejército de la república, los carlistas comenzaron a estrechar y bloquear la capital navarra, con intención de hacerla claudicar. Ante esta situación y por expreso auxilio de Pamplona, Domingo Moriones, capitán general de Navarra del ejército republicano, encabezó el último convoy de suministros a Pamplona un 20 de septiembre, emprendiendo su regreso el 22. A la ida y la vuelta se desencadenaron diferentes contiendas que quedaron reconocidas en los anales de la historia del carlismo, como la acción de Biurrun y monte San Juan. Estas, causaron el cierre definitivo de la línea de comunicaciones con la capital, dejándola temporalmente a su propia supervivencia.

b) Acción de Biurrun y monte San Juan – acción de Lácar (20-23 de septiembre de 1874 - 3 de febrero de 1875)

En las siguientes semanas, el gobierno se mostró totalmente preocupado con la extrema situación de Pamplona, a medida que los carlistas siguieron fortificando la línea del Carrascal⁴⁶ y la zona media navarra, con tal de impedir que fuerzas del exterior ayudasen a romper dicho bloqueo. Para inicios del mes de diciembre, el gobierno empezó a organizar una nueva campaña militar que tenía como fin desbloquear la ciudad, una vez que el 4 de diciembre, el general en jefe de las tropas carlistas, Torcuato Mendiry, decidiera estrechar más el bloqueo, tras decidir que no entraría ni saldría nadie de la población. Para esta labor, el gobierno nombró general en jefe de las tropas republicanas, un 8 de diciembre, al general Francisco Serrano y Domínguez, duque de la torre. A finales del mes, con los preparativos hechos, se iba a comenzar con el desplazamiento de tropas, cuando el 29 de diciembre se dio el pronunciamiento del general Martínez Campos, a favor de Alfonso, hijo de Isabel II. En lo sucesivo, fue proclamado como Alfonso XII y cesado el general en jefe por el general Manuel de la Serna. Tras este contratiempo en la lucha por la liberación de Pamplona, finalmente la campaña se reanudó con el nuevo rey al frente, a finales de enero de 1875, logrando entrar en Pamplona el 2 de febrero. El ejército carlista retrocedió, e incluso los alfonsinos pensaron en tomar Estella. Sin embargo, el día 3, en un contraataque carlista, conocida después como la batalla de Lácar, trajo una decisiva victoria carlista, que ayudo a dilatar la guerra prácticamente un año más.

2.1.4. Fase IV: acción de Lácar – acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier (3 de febrero de 1875 - 22-26 de noviembre de 1875)

⁴⁶ Nombre con que se distingue al collado que une las sierras de Alaiz y del Perdón (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, I, 1883: 27).

a) Acción de Lácár – caída del Centro y traslado de algunas fuerzas a Navarra (3 de febrero de 1875 - mes de julio de 1875)

Tras la sorpresa carlista en Lácár, se decidió dar por finalizada la campaña militar, sin intentar tomar Estella, prolongando durante más tiempo el fin de la guerra. Para entonces, el gobierno decidió asestar el golpe definitivo a las tropas del Centro. Para la cual, una división entera que había sido enviada para la campaña de Navarra, fue devuelta al Centro. Lo que trajo que el ejército liberal apenas se quedara con efectivos suficientes para iniciar una guerra ofensiva en Navarra. No obstante, esto no resultó ser un problema importante, debido a que tras la batalla de Lácár, ambos contrincantes experimentaron una nueva manera de hacer la guerra, centrada ahora en el control del territorio, una guerra defensiva, mediante la construcción de líneas de fortificación que narraremos más adelante. Con la caída del Centro tras la decisiva batalla del 29 de junio de 1875 en Villafranca del Cid (Castellón), el 3 de julio las fuerzas carlistas recibieron la orden de abandonar ese territorio. En consecuencia, algunas columnas carlistas decidieron poner rumbo a Navarra para ayudar desde ahí a reactivar la guerra. De modo que a partir del mes de julio, la zona este de Navarra, que hasta la fecha apenas había tenido importancia en el teatro de la guerra, pasó a ser el escenario principal. A pesar de los esfuerzos de los alfonsinos de detener cualquier entrada a Navarra, no lo lograron. De modo que para finales de julio, el día 25, se ordenó iniciar la fortificación de tres localidades: Lumbier, Sangüesa y Cáseda; para intentar detener ese flujo que pudiera en definitiva volcar la balanza de la guerra a favor de los carlistas en Navarra.

b) Caída del Centro y traslado de algunas fuerzas a Navarra – acción del alto de la Trinidad de Lumbier (mes de julio de 1875 – 22 de octubre de 1875)

A inicios de septiembre, el teniente general José Reyna, encargado desde el 25 de agosto del mando del 1er Cuerpo y de las fuerzas liberales en Navarra, decidió trasladar gran parte de sus fuerzas a la cuenca de Pamplona, en vista del avance de tropas carlistas con el General Dorregaray a la cabeza, que querían por Aragón llegar a Navarra. El 2 de septiembre, para impedir que los carlistas que operaban en Navarra ayudaran a entrar a las fuerzas de Dorregaray, el general Reyna provocó el 3 de septiembre un combate en Aoiz. A pesar de su victoria, Dorregaray consiguió entrar. Tras esto, los carlistas comenzaron a reconcentrar tropas sobre las cumbres, en una línea que fue desde el norte de Pamplona, en donde estaban realizando obras de explanación para un nuevo bloqueo, pasando por Aoiz, hasta Lumbier. El propósito era intentar ayudar a pasar a más columnas carlistas, mientras un poco más al sur los liberales habían terminado de construir defensas en la zona de Sangüesa. Para el 3 de octubre, en un reconocimiento liberal sobre las poblaciones de Domeño y Adansa (en la zona de Lumbier), se verificó la concentración de tropas carlistas, en vistas al auxilio de una nueva columna carlista que intentaba penetrar desde Aragón, con el general Boet a la cabeza. Con el objetivo de distraer a las fuerzas liberales, el general en jefe del Ejército Carlista del Norte, José Pérula y de la Parra, organizó la ocupación de Lumbier atacándola y tomando posesión el 20 de octubre de la ermita de la Trinidad. Desde ese punto amenazó a la población de Lumbier, al cual resolvió el general Reyna atacando la ermita el día 22, recordado posteriormente como el día de la

acción del Alto de la Trinidad, en el que los liberales fueron rechazados por los carlistas. Esta fue la última victoria carlista de aquí hasta el final de la guerra en territorio navarro.

c) Acción del alto de la Trinidad de Lumbier – acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier (22 de octubre de 1875 – 22 – 26 de noviembre de 1875)

Tras la derrota del general Reyna por el control de la ermita, se iniciaron diferentes estrategias para echar a los carlistas de ese punto y de la sierra de Leire, que terminaron fracasando. Entre tanto, las fuerzas carlistas que desde inicios de septiembre se hallaban realizando acondicionamientos y construcciones en los montes del norte de Pamplona, se encontraban para entonces hostilizando a la población con el objetivo de iniciar un nuevo bloqueo a la capital, tras llevar bombardeando a la ciudad desde hace 3 meses. Ante esta situación, y en vistas que era imposible desalojar a las fuerzas carlistas de la sierra de Leire, por orden del general en jefe liberal, Genaro de Quesada y Matheus, se ordenó preparar un nuevo ataque para eliminar el obstinado bloqueo que los carlistas estaban intentando realizar nuevamente en Pamplona. De tal forma que, durante los días 22 y 23 de noviembre, se produjo la batalla de Miravalles - Oricáin, en el que los alfonsinos lograron finalmente adueñarse de los monte del norte de la ciudad.

Para esta acción, el grueso de las tropas carlistas acantonadas en la sierra de Leire se trasladaron a Pamplona, para reforzar el bloqueo. De modo que en lo sucesivo, el general liberal Delatre, que se había quedado con sus fuerzas en Lumbier, consiguió finalmente entre los días 25 y 26 de noviembre llegar a la ermita de la Trinidad, mientras las pocas fuerzas tradicionalistas que ahí quedaban la abandonaban, retrocediendo a la sierra de Navascués, un poco más al norte.

2.1.5. Fase V: acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier – fin de la guerra (22 – 26 de noviembre de 1875 – 28 de febrero de 1876)

a) Acción de Miravalles - Oricáin y reconquista de la Trinidad de Lumbier - toma de Santa Bárbara de Oteiza (I acción sobre Estella, 30/01/1876) y avance hasta Elizondo (22 – 26 de noviembre de 1875 – 30 - 31 de enero de 1876)

Una vez finalizadas las operaciones con victoria liberal sobre el norte de la cuenca de Pamplona y la zona fronteriza del este de Navarra, comenzaron a edificarse, en el primero, varias fortificaciones alfonsinas en los montes al norte de Pamplona, para evitar un tercer intento de bloqueo a la capital.

Estando todo en relativa calma, el gobierno decidió reorganizar su ejército el 14 de diciembre, una vez conquistado el Centro y Cataluña. Las tropas que se hallaban en el País Vasco y Navarra, pasaron a denominarse el Ejército de la Izquierda, con el general Genaro de Quesada como general en jefe, cuya misión sería terminar la guerra en el País Vasco. Por otro lado, los ejércitos victoriosos

del Centro y Cataluña, pasaron a denominarse Ejército de la Derecha, con el general Arsenio Martínez Campos como general en jefe, cuya misión sería terminar la guerra en Navarra. En resumen, mientras las tropas carlistas seguían estando cada vez con menos efectivos, fruto del inicio de las deserciones y las bajas, el ejército de operaciones en el norte se vio sumamente reforzado. Tan solo sería cuestión de tiempo que se organizase una nueva campaña militar, para deponer a las tropas de Carlos VII.

Las operaciones en Navarra, a pesar de que el general liberal Martínez Campos las tenía pensadas comenzar a mediados de enero, tuvieron que ser pospuestas hasta final de mes, debido al mal tiempo. Llegado el momento, dividió su ejército en dos, para asestar dos golpes al mismo tiempo y así debilitar a las fuerzas carlistas. Una parte de su ejército, al mando del teniente general Fernando Primo de Rivera, comandante en jefe del 2º Cuerpo del Ejército de la Derecha, apoyado por la artillería de batalla y ayudado por la brigada de la ribera, atacó las inmediaciones de Estella el 30 de enero, con objetivo de tomar Santa Bárbara de Oteiza. Todo esto ocurrió mientras las restantes fuerzas (el 1er Cuerpo de ejército, la división de reserva y la artillería de montaña), al mando de su general en jefe, avanzaban con dirección al Baztán, logrando en la noche del 31 llegar a Elizondo sin enfrentarse a fuerzas carlistas. De esta manera, se alcanzaron varios puntos estratégicos en los que con anterioridad habría sido imposible. Para el primer caso, la ansiada conquista de Santa Bárbara de Oteiza, que llevaba planeándola el general Quesada desde la construcción de las obras de Monte Esquinza y Oteiza casi un año atrás; y en el segundo caso, la apertura final del norte de Pamplona, cerrada casi desde el inicio de la guerra, al estar bajo control carlista.

b) Toma de Santa Bárbara de Oteiza (I Acción sobre Estella) y avance hasta Elizondo – toma de Estella (II acción sobre Estella), toma de Peña Plata y acción de las Palomeras de Echalar (30 - 31 de enero de 1876 – 17 – 19 de febrero de 1876)

Tras estas primeras operaciones, mientras el general Primo de Rivera aguardaba instrucciones del general Martínez Campos, este se hallaba incomunicado en Elizondo. Por ese motivo y ante la escasez de víveres, se apoderó de Dancharinea y Urdax en la frontera con Francia. El objetivo de Campos era avanzar hasta tomar Vera (en la frontera con Gipuzkoa) y unir fuerzas con las tropas del general Quesada, para una vez alcanzado ese propósito, barrer el territorio hacia el sur, cortándoles a los carlistas la huida a Francia. Sin embargo, el tiempo les impidió seguir. Una vez que los carlistas supieron del avance liberal hasta el Baztán, Alfonso Carlos de Borbón y de Austria, Conde de Caserta (hermano de Carlos VII), junto con el Comandante General de Navarra, José Pérula, empezaron a aglutinar tropas para atacar a Campos, mientras otras fuerzas protegían Vera. Pero el número inferior de fuerzas carlistas hacía insostenible defenderse al unísono el norte y las inmediaciones de Estella. En el momento en que el general carlista Pérula el 14 de febrero trasladaba fuerzas del norte a Estella, Campos al día siguiente amagó un ataque a Vera, confundiendo a Pérula, que intentó volver al norte. Ante este juego de estrategias, estando las fuerzas de Pérula moviéndose hacia el norte, el 17 comenzó el general liberal Primo de Rivera con el ataque definitivo a Estella, sabiendo que no tenía tiempo Pérula de llegar con refuerzos. De este modo entre los días 17 y 18 cayó el fuerte de San Sebastián de Montejurra. Como conclusión, los carlistas abandonaron esa misma noche Estella y al día siguiente el ejército de la nación se apoderó

sin defensa alguna, de la capital carlista de Navarra.

Al unísono, Campos inició el 17 los movimientos que le llevaron a Vera, aprovechando que Pérula se hallaba a medio camino. Pero para poder lograr ese objetivo, tuvo que pasar la profunda cañada que había entre el monte Centinela y Peña Plata, las cuales estaban fortificadas y bien protegidas. Se libró un combate el 18, por la disputa de Peña Plata, logrando finalmente su posesión el general Martínez Campos, el 19 de febrero. Esto posibilitó la continuidad a Vera, pero no sin antes volver a someter a los carlistas en el Alto de las Palomeras el mismo 19. Ésta fue la última batalla que libraron los carlistas en suelo navarro.

c) Toma de Estella (II Acción sobre Estella), toma de Peña Plata y acción de las Palomeras de Echalar – paso de Carlos a Francia (17 – 19 de febrero de 1876 -28 de febrero de 1876)

Tan solo quedaban las fortificaciones de los montes de Vera y Endarlaza para lograr el objetivo de unir las fuerzas del general Martínez Campos con las del general Quesada en Gipuzkoa. Por ese motivo, se esperaba una obstinada resistencia carlista para el día 20. Sin embargo, no hubo resistencia alguna, lográndose finalmente el propósito de Campos, e iniciándose así un movimiento de persecución a las fuerzas carlistas, dispersas por la zona norte de Navarra y que poco a poco comenzaron a rendirse entregando sus armas.

No obstante, quedaban varios puntos aislados que todavía permanecían bajo dominio carlista. A saber, el castillo de Lapoblación, el fuerte sobre la ermita de la Trinidad de Irurzun, el puerto de Velate y los Alduides. Sin embargo, a pesar de prepararse el ejército alfonsino para someter a las fuerzas de estos puntos, no encontraron resistencia, logrando controlar estos enclaves sin problema alguno. Para el día 27 de febrero, los restos del ejército carlista se hallaban hacia Santesteban y Eugui, al noroeste de Navarra. Finalmente Carlos VII decidió pasar la frontera con Francia el 28, finalizándose así la guerra. El carlismo había vuelto así a perder una nueva guerra, pero al no ser apresado el pretendiente y huir con él un número importante de hombres en su exilio, el carlismo no fue derrotado, procurándose así opciones de continuar con un nuevo alzamiento en el futuro. Sin embargo, esto nunca volvió a ocurrir bajo su reinado, aunque eso no causó que la llama de la revolución no fuera continuada bajo otros pretendientes en el futuro. En este contexto se entiende, por ejemplo, la participación del carlismo en la última guerra civil española.

2.2. Secuenciación constructiva del paisaje militar

Tras realizar la propuesta de la secuenciación histórica, comprobamos que con esa misma secuencia se podían correlacionar otras tantas fases en las que se inició la construcción de las fortificaciones, convertidas hoy en el legado material de este conflicto. Esta conexión se origina en base a la ley de causa y efecto, por la cual, ante un resultado militar importante, ambos contrincantes decidieron construir líneas de defensa o de ataque en nuevos puntos. De este modo, se entiende que ambas secuencias están constantemente ligadas entre sí, porque como veremos a continuación, a cada fase histórica le correspondió una nueva fase de fortificación. A todas, salvo a la última fase de

construcción, que perduró durante las fases históricas cuatro y cinco.

A continuación, presentamos de forma esquemática las cuatro fases constructivas que hemos llegado a identificar y que serán desarrolladas más adelante. Para poder realizar este trabajo, nos hemos vuelto a basar en las crónicas de la *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876* (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, 1883-1886).

2.2.1. Fases de construcción

I fase de fortificación: periodo uno de la guerra. Inicio de la construcción de algún fuerte liberal de campaña en puntos estratégicos para el control de las partidas carlistas, fortificación de algún destacamento y protección de las estaciones de la línea del ferrocarril.

II fase de fortificación: periodo dos de la guerra. Comprometida a construcciones de campaña, proliferación de defensas en ciertos destacamentos clave, continuación de la protección de estaciones y puentes. Inicio de las construcciones de fuertes carlistas en territorio ocupado.

III fase de fortificación: Periodo tres de la guerra. Continuación de construcciones de campaña e inicio de construcciones de carácter mixto, debido a la comprometida necesidad de defender la línea del Ebro y la ribera de Navarra. Continuación de las construcciones de campaña carlistas centradas en la línea media del Carrascal.

IV fase de fortificación: Periodo cuatro y quinto de la guerra. Auge de las construcciones de carácter mixto. Construcción de hasta tres conjuntos liberales fortificados:

1. La línea del Arga: sierra del Perdón, montes de Puente la Reina y Monte Esquinza.
2. La frontera con Aragón: Lumbier, Sangüesa y Cáseda.
3. Montes de Pamplona: Miravalles y San Cristóbal.

Auge de las construcciones carlistas de campaña e inicio de las de mixtas.

Quedaría una V fase relegada para los puntos que quedaron fortificados y nuevas construcciones tras la guerra, orientadas por el gobierno a mantener un control sobre la provincia recién sometida. Pero que debido al contexto histórico de esta tesis, se quedaría sin trabajar, con posibilidad de continuarlo en el futuro.

2.2.2. Morfología de las obras construidas

Dentro de la secuenciación constructiva del paisaje militar, siguiendo las directrices de ingenieros militares (Torner, I, 1898) y civiles (Clairac y Saenz, III, 1884) de mediados finales del siglo XIX, definen dos tipos morfológicos de fortificación empleados en periodo de guerra: la fortificación de campaña y la fortificación mixta o semipermanente, respectivamente. Ambas fueron empleadas a lo largo de la segunda guerra carlista por ambos bandos, como veremos más adelante. Por el momento, analizaremos cuáles son sus características principales y las diferencias entre una y otra basándonos

en el *Diccionario General de Arquitectura e Ingeniería* del ingeniero Pelayo Clairac y Saenz.

a) Fortificación de campaña

Se ejecuta durante la guerra por medio de los mismos soldados que la defienden. En la mayoría de los casos, por medio de movimiento de tierras, auxiliadas algunas veces con madera que se usa para revestimientos, abrigos, caponeras⁴⁷, etc..., y son abandonadas cuando termina la guerra.

Se distinguen tres elementos principales: el obstáculo, destinado a impedir la marcha del enemigo; la masa cubridora, que protege al defensor de los tiros del mismo, y el terraplén, por donde el defensor puede circular al abrigo del fuego. El obstáculo lo constituye el foso⁴⁸, cuyas dimensiones depende de la importancia de la obra; la masa cubridora el parapeto⁴⁹, cuya altura y espesor depende también de la naturaleza de la obra a que se aplica; y el terraplén en las obra de campaña se hace excavando una trinchera⁵⁰, con el objetivo de disminuir la altura del parapeto, haciendo que se termine el trabajo con más rapidez (Clairac y Saenz, III, 1884: 156-159).

b) Fortificación mixta o semipermanente

Siempre que la importancia de las posiciones lo requiera y no apremien las circunstancias, se dan mayores dimensiones y más fuerza a los perfiles de campaña, constituyendo fortificaciones semipermanentes, las cuales tienen por objeto principal el que no puedan ser atacadas con los recursos ordinarios que acompañan a los ejércitos en campaña, siendo necesario llevar ya el material que se requiere para los sitios.

En comparación con el de campaña, aumenta la altura del parapeto, para proporcionar mejor abrigo a las tropas. El foso debe ofrecer mayor obstáculo al enemigo, aumentando su profundidad y anchura. Esto requiere varias semanas de trabajo. En las obras mixtas hay que disponer de mayor número de emplazamientos para artillería, que es también de mayor calibre y toda su organización interior es mucho más completa que los de campaña. Lo que caracteriza a estas obras es el revestimiento de las escarpas y el flanqueo⁵¹ de los fosos por medio de caponeras, ambas de madera. Los trazados de estos fuertes son análogos a los de las obras permanentes, si bien sus dimensiones suelen ser algo menores, a menos que exista la idea de convertirlos poco a poco en obras permanentes (Clairac y Saenz, III, 1884: 163 – 164).

Nos quedaría por añadir a este apartado morfológico las fortificaciones permanentes. Pero debido a que este tipo de obras se realizaban en periodos de paz, simplemente lo citamos ya que no vamos a tener ejemplo alguno de este tipo de obra.

Una vez definidas los dos tipos morfológicos que emplearemos a la hora de clasificar las

⁴⁷ Ver glosario

⁴⁸ Ver glosario

⁴⁹ Ver glosario

⁵⁰ Ver glosario

⁵¹ Ver glosario

fortificaciones construidas en cada una de las cuatro fases de construcción, a continuación resumimos someramente cómo hemos afrontado la clasificación de cada uno de diferentes tipos de obras construidos en cada una de las fases.

2.2.3. Tipología de las obras

Tras estudiar las crónicas de la *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876* (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, 1883-1886), decidimos clasificar las obras construidas en cuatro tipologías diferentes. A saber: las villas, los fuertes, los puentes y las estaciones de ferrocarril. Los dos primeros funcionaron como puntos de control sobre un territorio, mientras que los dos últimos estaban íntegramente ligados a la protección de las vías de comunicación. Fuera de esta clasificación general se han quedado obras de carácter menor, como pudieron ser baterías para la artillería de campaña, o la infinidad de líneas de trincheras excavadas. Esta decisión se adoptó al ver imposible por el momento realizar tal documentación, con la poca que se tiene actualmente sobre el terreno.

Atendiendo a estos cuatro grandes grupos tipológicos, los hemos encontrado repartidos por toda Navarra, dándose cualquier variable. Por ejemplo, que en una localidad tan solo se construyera un fuerte, o bien más de una construcción tipológica distinta.

2.2.4. La secuenciación

En base a los datos recopilados, a continuación narraremos fase por fase toda la información, acompañando con mapas sobre la dispersión de las obras militares realizadas en la geografía navarra. Aquí es importante matizar el desarrollo de los propios mapas, que a lo largo de las cuatro fases irán complicándose, ya que construcciones edificadas en fases anteriores pervivirán con las de nueva obra. Esto nos va a ayudar en definitiva, a tener una mayor perspectiva del paisaje militar que llegó a albergar Navarra durante estos años de conflicto.

a) Fase I

1- Discusión histórica:

Según los acontecimientos históricos, con el inicio del nuevo alzamiento militar del 20 de diciembre de 1872, el gobierno estableció pequeños destacamentos formados por el ejército liberal, la Guardia Civil, los carabineros y los milicianos simpatizantes del gobierno, agrupados bajo el nombre de *Voluntarios de la Libertad*⁵². Estos se desplegaron por las principales ciudades o puntos clave: Pamplona, Estella, Tudela, Tafalla, Campanas, Irurzun, Echarrí, Huarte-Araquil, Alsasua, Puente la Reina, Viana, Vera, Elizondo, Echalar, Santesteban y Goizueta.

A pesar del despliegue de guarniciones, es importante destacar que tan solo hemos hallado información relacionada con obras de defensa hechas en las poblaciones de Ibero, Estella y

⁵² Luego llamados *Voluntarios de la República* (Pescacen, 1977: 182)

Tafalla⁵³. Pero cabe pensar que, se hubieran realizado en más lugares en donde se situaron estos destacamentos y que las fuentes obviaron esta información.

Desde que tomó posesión el mariscal de campo Domingo Moriones, como capitán general de las provincias Vascongadas y Navarra el 7 de enero de 1873, se mandó la fortificación ligera (de campaña) de algunos puntos que, son los que se pueden ver en la figura 6 que acompañamos. Destacan por un lado los encomendados al coronel capitán de ingenieros Enrique Manchón, cuya tarea se centró entre los meses de enero a marzo de 1873 en fortificar estaciones de ferrocarril del trayecto Castejón - Pamplona. Esto estuvo motivado por los asaltos y sabotajes que algunas partidas carlistas estaban realizando en este tramo y que como resultado se originó el incendio de algunas estaciones⁵⁴. De ahí, la necesidad de protegerlos, sobre todo con miembros del cuerpo de carabineros. Esto pone de manifiesto el esfuerzo por parte de las autoridades para restablecer y mantener las vías de comunicación, vitales para el abastecimiento del ejército, o los movimientos de tropas.

Por otro lado, también en estas fechas están las obras de fortificación que se confiaron al brigadier Ignacio María del Castillo en la sierra de Urbasa y sierra de Andía, al ser este paraje refugio natural carlista desde la guerra de los siete años. El objetivo fue controlar y bloquear aquellas partidas carlistas que quisieran cruzar desde la Barranca⁵⁵ a los valles limítrofes de Estella; es decir, de norte a sur o viceversa. Por ese motivo, se mandó edificar tres Blockhaus⁵⁶. El primero, en el túnel de Lizarraga sobre el puerto del mismo nombre. El segundo, sobre el puerto de Bacáicoa en la ermita de San Adrián. El tercero y último, en algún punto montañoso dentro del municipio de Unanua, puesto que el nombre que recibe es el mismo que el del municipio. Este último estaría situado más al este que los dos anteriores, pero debido a la falta de datos, hemos optado por no situarlo en el mapa. Al mismo tiempo, se solicitó pólvora para practicar voladuras en el puerto de Irañeta, situado más hacia el este, siendo otro de los puntos importantes por donde se podía ascender a la sierra de Andía y de allí adentrarse en el valle de Goñi, o al de Olo.

Al unísono, se le ordenó al brigadier Castillo, como había pasado con el coronel capitán Manchón, que fortificara una línea de estaciones de ferrocarril, que comenzando en Alsásua, continuara por Álava y Gipuzkoa. Sin embargo, del trayecto Pamplona – Alsásua, fue en este último punto en donde se realizaron finalmente obras de fortificación, debido a la importancia que desempeñaba Alsasua como punto de confluencia de las dos líneas. La primera proveniente de Vitoria (Álava), y la segunda de San Sebastián (Gipuzkoa).

No sabemos si se les encargó a alguno de estos dos militares fortificar la estación de Irurzun, pero lo cierto es que el 20 de junio de 1873, se habla del ataque del general carlista Dorregaray al fuerte

⁵³ Aquí aparecen referencias del fuerte Santa Lucía, en el que el brigadier Montenegro, auxiliado por el capitán Lafuente, realizó obras antes de que los carlistas dispusieran de artillería (Rodríguez De Quijano, 1876: 15); es decir, durante la fase primera de fortificación.

⁵⁴ El 2 de febrero una de las partidas carlistas incendió las estaciones de Caparroso y Villafranca (Cuerpo de Estado Mayor, II, 1884: 299).

⁵⁵ Sakana en euskera, se refiere al corredor del río Araquil que se halla situado al noroeste de Navarra, en la frontera con Álava y Gipuzkoa (<http://sakana-mank.eus/es/mank/nor-garen/sakanako-herriak/>).

⁵⁶ Ver glosario

de Irurzun (Cuerpo de Estado Mayor, III, 1884: 20). Por lo que presuponemos, que en esta primera fase se debió de fortificar esta estación.

Mientras, en el mismo mes de febrero, en la zona septentrional de Navarra, se le ordenó al coronel Saenz de Tejada, quien operaba en esta parte, que fortificase el puente de Endarlaza (Cuerpo de Estado Mayor, II, 1884: 372), ya que este representaba un paso importante de unión con Gipuzkoa, que podía ser empleado por las partidas carlistas en sus constantes marchas interprovinciales.

También en febrero, concretamente el 29, se mandó fortificar el puente de Ibero sobre el río Araquil. Aunque no se cita quién y el motivo, está claro que este también era un punto de paso importante a la cuenca de Pamplona, ya que bajo su control, posibilitaba que aquellas partidas que quisieran bajar de la sierra de Andía no pudieran hacerlo.

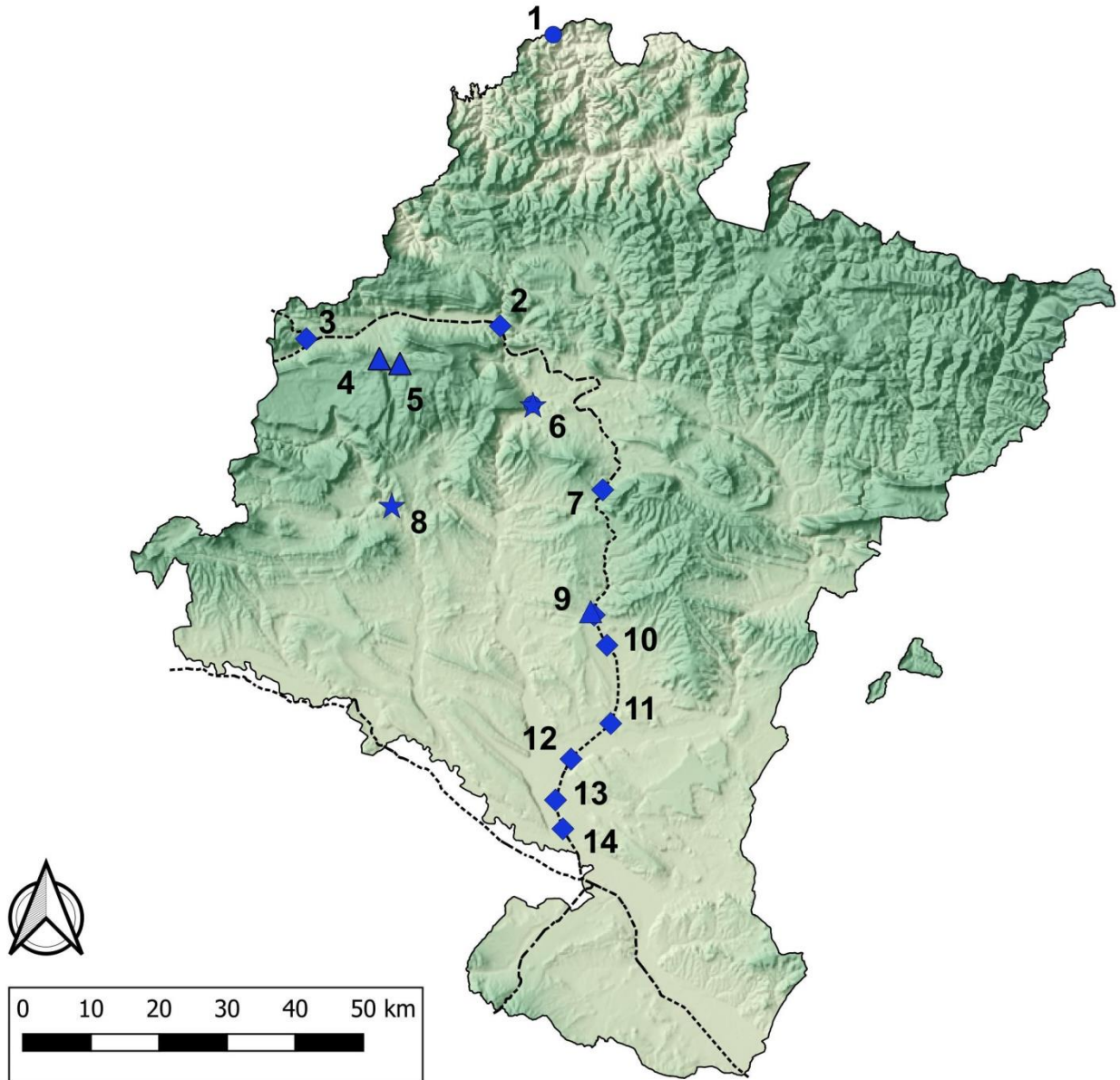
En definitiva, si hacemos un análisis global de los puntos levantados en esta primera fase, se percibe la necesidad por el capitán general Moriones, de controlar ciertos lugares de la provincia en donde se estaban moviendo las partidas carlistas. Estas obras se llevaron a cabo entre los meses de enero a marzo, desde la llegada de Moriones al cargo. Esta concatenación de construcciones en un tiempo tan corto, nos habla de la situación que estaba llegando a alcanzar la insurrección en Navarra. Y por tanto, las medidas que se vio obligado a tomar el capitán general.

Los dos reductos construidos en los puertos de montaña, junto con el del puente de Ibero y las obras de este pueblo, más las realizadas en Estella, denotan la preocupación del gobierno por aislar los movimientos de las partidas que no son capaces de capturar, dentro de esta montañosa enmarcación geográfica, representada principalmente por la sierra de Andía. De esta forma, la inversión puesta en estas obras fue recompensada con un mayor control de las correrías, con el objetivo final de alcanzarlas y derrocarlas.

Por su parte, la pronta necesidad de proteger la vía del ferrocarril de cualquier golpe de mano que rompiera las comunicaciones, hizo necesario fortificar aquellos puntos que pudieran verse debilitados. Por lo que se demuestra la importancia que llegó a alcanzar la protección de la red de comunicaciones. Es decir, tanto de la línea del ferrocarril, como del tendido de la vía telegráfica que viajaba junto a él.

2- Obras construidas:

En esta primera fase, los liberales realizaron obras de fortificación en las poblaciones de Estella e Ibero y en el puente de esta última localidad. Igualmente se erigieron tres pequeños fuertes aislados sobre las sierras de Urbasa y Andía; y se construyó un fuerte en Tafalla en el cerro de Santa Lucía. Se fortificó el puente de Endarlaza que unía Navarra con Gipuzkoa y que limitaba al mismo tiempo con Francia. Y finalmente, se construyeron algunas obras de fortificación localizadas en torno a la línea del ferrocarril, en diferentes puntos, pero prácticamente distribuidos en toda la inmensidad de la línea. Fueron un total de nueve (de norte a sur): Irurzun, Alsásua, Campanas, Tafalla, Olite, Caparroso, Marcilla, Villafranca y Milagro.



Leyenda: ---- Vía férrea; Liberales: ★ Villa ▲ Fuerte ● Puente ◆ Estación

Lugares fortificados (de norte a sur): 1- Endarlaza; 2- Irurzun; 3- Alsásua; 4- Bacáicoa; 5- Lizarraga; 6- Ibero (villa y puente); 7- Campanas; 8- Estella; 9- Tafalla (fuerte de Santa Lucía y estación); 10- Olite; 11- Caparroso; 12- Marcilla; 13- Villafranca; 14- Milagro

Figura 6. Mapa con la distribución de lugares fortificados durante la fase I

3- Discusión de la materialidad:

Esta primera fase se caracteriza por la poca información sobre puntos fortificados y detalles de los mismos. Tal vez medianamente justificados por la constitución propia de las mismas obras, de campaña, como así dice que fueron el capitán general Domingo Moriones: *...desde luego pensó*

Moriones en fortificar, siquiera ligeramente, algunos puntos... (Cuerpo de Estado Mayor, II, 1884: 254). Estas obras fueron principalmente realizadas por Enrique Manchón, Ignacio María del Castillo y Saenz de Tejada, como hemos podido ver. Debido a que todavía en esta fase los carlistas no disponían de artillería alguna (hasta tras la batalla de Eraul del 5 de mayo 1873), es lógico pensar que las obras levantadas fueran principalmente hechas con tierra y madera. Es decir, la construcción de fosos, trincheras, parapetos y obras sencillas de madera, para poder controlar puntos clave de la geografía navarra, con una pequeña dotación militar. Posiblemente, de las construcciones realizadas, los blockhaus sean las obras más complejas edificadas en esta fase, y a pesar de ello, actualmente no hemos sido capaces de encontrar resto alguno de su materialidad. Esto nos ayuda a reforzar el carácter efímero de estas obras de campaña construidas al inicio de esta guerra.

b) Fase II

1- Discusión histórica:

Con el inicio de la segunda fase, la guerra se recrudece y, tras la batalla de Eraul, pasó de ser considerada insurrección, a guerra civil. A grandes rasgos se experimentó un repliegue general de los republicanos⁵⁷ condicionado por varios factores clave:

- En primer lugar, la adquisición tras la batalla de Eraul del primer cañón para el bando carlista. Este hecho puede parecer insignificante, pero en realidad fue muy importante, ya que muchos destacamentos liberales de la fase anterior, aunque fortificados, eran vulnerables a la artillería. Por tanto, esta fue una de las razones por las que en la primera parte de esta segunda fase, los carlistas consiguieron tomar varios puntos clave bajo dominio republicano.
- También es sustancial hablar del constante cambio de ministros de guerra y generales republicanos que pasaron a capitanear las fuerzas del norte, cada cual con un propósito distinto al anterior. Esta variabilidad no ayudó a desarrollar planes de larga duración para acabar con la guerra. A esto se suma también la falta de fondos para la guerra, que motivó un aumento en la indisciplina del ejército.
- En tercer lugar, el inicio de la insurrección cantonal del 12 de julio de 1873. La república, inmersa en los enfrentamientos de la segunda guerra carlista, se vio agraviada con este otro conflicto militar, que le ocasionó tener que desviar fuerzas de norte a sur, con las consecuencias que suponía debilitar las posiciones del norte. Justo en un momento clave en el que los carlistas comenzaban a afianzarse y a superar a las fuerzas estatales en diferentes puntos de la geografía navarra.

En cuanto a las fortificaciones se refiere, desde que tomó el mando del Ejército del Norte el general José Sánchez Bregua un 15 de julio, comenzó a darse un progresivo repliegue general, abandonando puntos débiles, para así poder reconcentrar fuerzas en otros que sí se prestaban a una mejor defensa. Estos sucesos se contextualizan en un momento en el que el ejército del gobierno, debilitado, resulta

⁵⁷ I República Española: del 11 de febrero de 1873, hasta el 29 de diciembre de 1874. En este contexto, el ejército liberal pasa a ser llamado ejército republicano.

incapaz de proteger muchos puntos al mismo tiempo. Esto ocasionó que las fuerzas carlistas tomaran el control sin apenas esfuerzo de muchos lugares, incrementando la popularidad de la causa carlista.

Un claro ejemplo de esto último lo encontramos en la zona septentrional de Navarra. Por entonces, el comandante general de Navarra, Manuel Álvarez Maldonado, mandó al coronel Sanz de Tejada abandonar sus posiciones de Sumbilla, Santesteban y Elizondo. De esta forma, se replegaron las últimas fuerzas que controlaban el territorio de Cinco Villas y el Baztán, a finales de julio de 1873. Al abandonarlas, Saenz de Tejada se quejó al comandante general de Navarra, ya que estos puntos habían sido fortificados con esmero y al abandonarlos tardarían mucho en volver a controlarlos, una vez que cayesen en manos carlistas. Pero sin los efectivos suficientes para el control del territorio, Maldonado ordenó abandonar el norte de Navarra.

Los carlistas, por su parte, siguieron atacando la línea del ferrocarril, en su empeño de romper la línea de comunicación y abastecimiento. A lo cual Bregua resolvió reconcentrando los destacamentos de las estaciones, ya que se hacía inviable que en cada punto siguiera habiendo una guarnición. Por ejemplo, al destacamento de Campanas se le dio la opción de replegarse a Pamplona o Tafalla; o a los de Marcilla, a Caparroso o Azagra.

Del mismo modo, Bregua felicitó las obras de fortificación que se habían hecho en tiempos del mando del general Moriones, ya que ahora le eran indispensables. Pero debía seguir fortificando alguno de esos puntos de gran importancia. Por ese motivo, en el mes de julio mandó restablecer el puente fortificado de Puente la Reina y mejorar las defensas tanto de la estación de Alsásua, que se hallaba débilmente fortificada, como las del fuerte de Lizarraga.

Pero estas obras sirvieron de poco, una vez que las tropas del general carlista Dorregaray consiguieran tomar el 23 de julio los fuertes aislados de Lizarraga y Bakaicoa, y al día siguiente el destacamento de Ibero decidiera abandonar su posición. Estos acontecimientos desencadenaron un efecto dominó sin precedentes sobre muchas guarniciones desde finales de julio hasta el primer tercio del mes de septiembre. Entre estos podemos citar las poblaciones de: Alsásua, Campanas, Puente la Reina, Estella, Viana, Sangüesa, Lumbier y Vacarlos, entre otros.

La toma repentina de un sinnúmero de pueblos hasta ahora en manos republicanas por los carlistas, les ocasionó el mismo problema que estaban padeciendo los republicanos; es decir, el de tener que mantener fuerzas suficientes en cada uno de esos puntos si querían preservarlos. Por ese motivo, decidieron en el caso de las poblaciones más sureñas como Viana, Lumbier o Sangüesa, no ocuparlas y hacerse más fuertes en otras de la zona media de Navarra, como fueron Estella o Puente la Reina. Resulta curioso analizar cómo estos pueblos de la zona media no fueron ocupados tras echar a los republicanos y que estos tampoco luego volvieron a reocuparlos. Esto originó la apertura de una brecha territorial neutral, que se extendería entre esta fase y la siguiente por la zona meridional de Navarra.

Tras este repliegue generalizado por los republicanos, Domingo Moriones volvió a ser nombrado como general en jefe del Ejército del Norte un 13 de septiembre, e hizo constar al comandante

general de Navarra, Maldonado, que se reconcentrara en los puntos clave que todavía conservaban. Es decir, Pamplona, Tafalla y Tudela como ciudades importantes. Mientras, los voluntarios de la República sostendrían otros puntos de la rivera, entre otros, Caparroso o Marcilla. Por lo demás, los carlistas prácticamente ya eran dueños del territorio restante. Es decir, desde el norte hasta la parte media de la provincia (zona montañosa), con exclusión del paso del Carrascal y la cuenca de Pamplona.

A partir de noviembre, Moriones concluyó que ante la imposibilidad de recuperar territorio perdido⁵⁸, tendría que ocupar sus energías en fortificar las poblaciones en las que se habían visto replegados. El control de la cuenca de Pamplona y la ribera era lo único que les quedaba y de perderlo, peligraba un avance más allá del Ebro, con las consiguientes consecuencias que podrían depararles. Para remediar esa posible situación, se comenzaron a realizar obras de fortificación en poblaciones como Lerín, Lodosa, Miranda de Arga, Peralta, Marcilla o Azagra. Una de las principales obras de fortificación de esta segunda fase, fue fortificar las cabezas de puentes, para controlar cualquier correría carlista y limitar al máximo el tránsito en la rivera.

Gracias al cese de la insurrección cantonal el 13 de enero de 1874, el gobierno pudo volver a concentrarse en la guerra del norte y con ese motivo mandó más efectivos, posibilitando defender estos nuevos destacamentos y villas que ya se estaban fortificando.

Con el inicio de las macro operaciones en Bizkaia a partir de febrero, que tendrían como resultado el levantamiento del bloqueo carlista a Bilbao a inicios de mayo, fuerzas republicanas y carlistas se fueron concentrando en ese territorio, posibilitando un periodo de relativa calma para Navarra. Sin embargo, tras este periodo y en particular en las inmediaciones de Estella, volvería Navarra a ser foco de atención, con el desencadenamiento de la victoria carlista en la batalla de Abárzuza de los días 25-27 de junio de 1874, que daría por finalizada la segunda fase de fortificación.

En lo relativo al territorio carlista, iniciaron la construcción de un total de tres fuertes. El 16 de julio de 1873 tenemos la primera referencia a una fortificación carlista construida en Navarra. Se trataba del fuerte de Peña Plata (al norte de Navarra), que se hallaba en fase de construcción, erigido por el guipuzcoano Dorronsoro. Por lo que con este primer asentamiento, se entiende que estaban comenzando a afianzar el territorio recientemente conquistado (Giménez, 1876: 84).

También se sabe que para el 11 de enero de 1874 se estaba reforzando el castillo de Monjardín, cerca de Estella, con dos cañones más. Esto nos hace ver que tras la conquista de Estella en agosto de 1873, hasta enero de 1874 como mínimo, se estaba volviendo a reutilizar como en la primera guerra carlista el castillo medieval. Como en el caso anterior, parece ser una clara muestra de las intenciones del bando por afianzarse en la zona meridional de Navarra.

Finalmente dentro de esta fase, hemos querido añadir una última construcción edificada en los preámbulos de la batalla de Abárzuza, a finales de junio de 1874. Representa posiblemente la última fortificación edificada por ambos bandos en esta fase de la guerra. Ésta, a diferencia de las dos

⁵⁸ Ya que volvieron a perder tanto en las acciones de las alturas de S^a Bárbara y montes de Guirguillano el 6 de octubre, como en la acción de Montejurra de entre los días 7-9 de noviembre.

anteriores, se construyó con el objetivo de proteger a Estella del ataque republicano que se daría en la batalla de Abárzuza. Por tanto, era una obra de campaña construida a base de tierra prensada, que posiblemente después de la batalla quedara inservible.

En resumen, sintetizando lo que hemos expuesto en la fase dos, se puede afirmar que en esta etapa se inició por parte republicana, una lucha por intentar mantener todavía el pleno control de la provincia. Proliferaron las menciones de villas que se hallaban fortificadas, pero con la llegada al mando de general José Sánchez Bregua a mediados de julio de 1873, la inestabilidad trajo el inicio de un proceso de repliegue a zonas más seguras, por lo general al sur, en donde se fueron reconcentrando los diferentes destacamentos para poder ejercer una mejor defensa. Durante los meses de julio a septiembre, cayeron a un ritmo frenético un sinnúmero de destacamentos, lo que supuso que los carlistas se adueñaran de la mitad superior de Navarra. Esto, desplazó a las fuerzas del gobierno a mantenerse en posesión defensiva en el eje central Tudela – Pamplona. Estando en esta situación, se iniciaron obras de fortificación en la ribera para frenar el avance y evitar la pérdida total de la provincia. Mientras, unas pocas obras carlistas oficializaron la reciente conquista. Gracias al cese de la insurrección cantonal y las macro operaciones que se iniciaron en febrero en Bizkaia, se dio un respiro a las fuerzas republicanas acantonadas en la ribera, en un momento de máxima tensión por el control de la zona sur de Navarra.

2- Obras construidas:

- Republicanas:

En cuanto a obras nuevas se refiere, tenemos muchas más poblaciones fortificadas que en la fase anterior, aunque es probable que algunas de ellas ya estuvieran con anterioridad edificadas. No obstante, según la *Narración Militar*, en esta fase se construyeron (de norte a sur) en Sunbilla, Elizondo, Santesteban, Valcarlos, Burguete, Aoiz, Puente la Reina, Estella, Lumbier, Sangüesa, Tafalla, Viana y Lerín.

Por otro lado, hemos contabilizado un total de cuatro fuertes. Por un lado tenemos las reformas efectuadas en el fuerte de Lizarraga, antes de que fuera tomado por las tropas carlistas del general Dorregaray. Las restantes tres se construyeron *ex novo* en la zona meridional de Navarra. Por un lado los fuertes de San José de Tafalla y el fuerte de Marcilla, para blindar la protección de la línea del ferrocarril. El tercero, en Azagra, a orillas del Ebro, para vigilar la barca que servía como medio de comunicación entre ambas orillas.

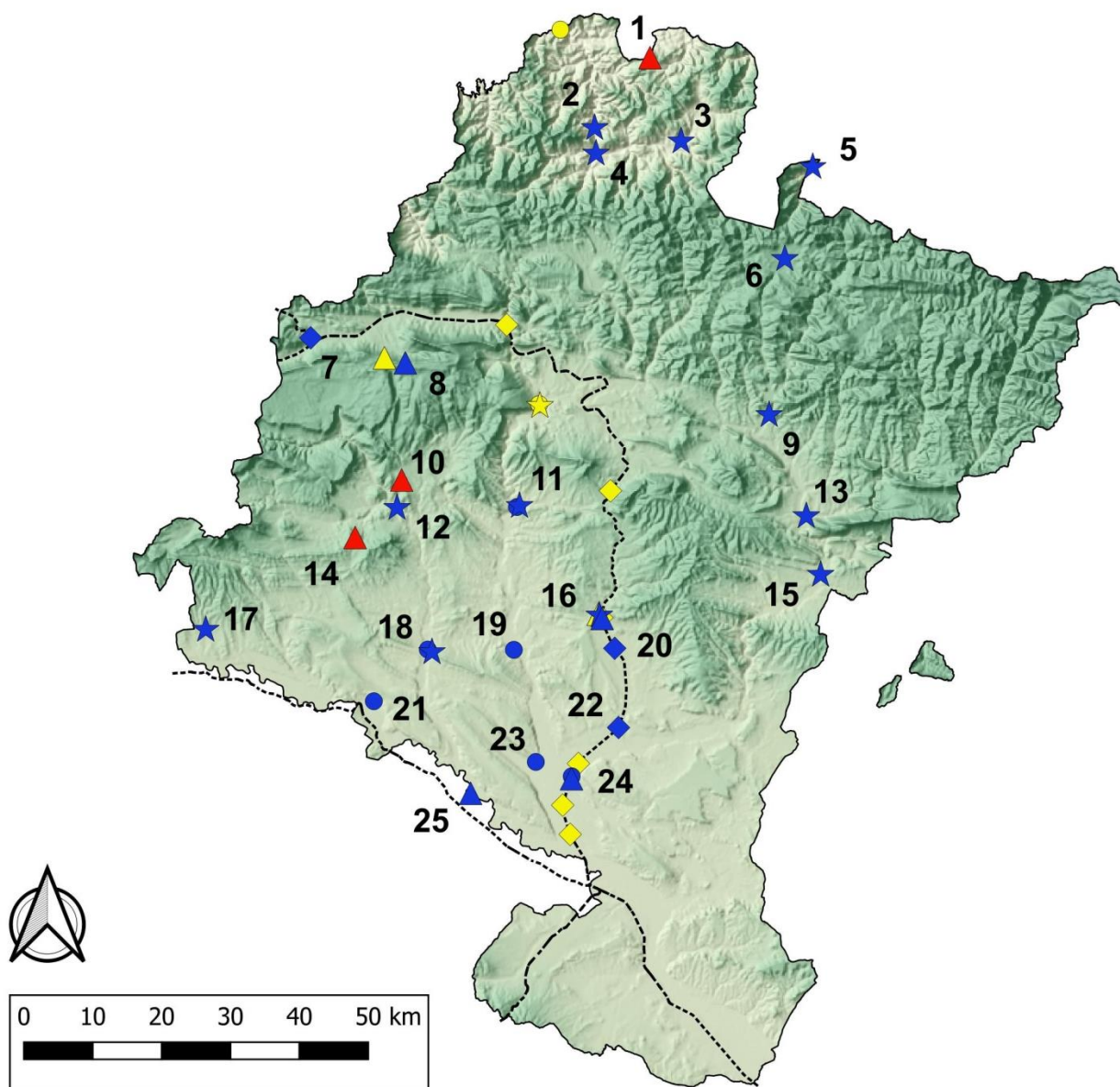
A diferencia de la fase anterior, aparece la necesidad de defender ciertos puentes, sobre todo en la ribera, para controlar las correrías carlistas, de ahí la construcción de un total de seis (de oeste a este): en el río Ebro: en Lodosa; en el río Ega: en Lerín; en el río Arga (de norte a sur): en Puente la Reina, en Miranda de Arga y en Peralta; y finalmente en el río Aragón: en Marcilla (en el puente del ferrocarril).

En lo referido a las estaciones de ferrocarril, en esta fase se fortificaron un total de tres: se mejoró la de Alsásua, por su importancia, pero cayó en manos carlistas, lo que supuso su

final al ser incendiada. La toma de Alsásua originó la interrupción de la vía férrea desde Pamplona, hacia el norte. Por otro lado, la estación de Olite fue reforzada. Y finalmente la estación de Caparros, que había sufrido incendio y estaba destruida desde el primer piso. Esta se reconstruyó y se reforzó (Arroquia, 1876: 49).

- Carlistas:

Por vez primera aparecen en esta fase alusiones a las construcciones carlistas en un total de tres puntos. Los dos primeros en Peña Plata y Monjardín, construidos a la sombra del territorio recién tomado. El tercero, en Muru (Valle de Yerri), fue un fuerte terrero⁵⁹ construido a finales de esta fase, en los prolegómenos de la batalla de Abárzuza.



⁵⁹ De él hablaremos más adelante, en la página 296, en relación al estudio del campo de batalla de Abárzuza.

Leyenda:	-----	Vía férrea;	Liberales:	Nueva:	★ Villa	▲ Fuerte	● Puente	◆ Estación
				Vieja:	★ Villa	▲ Fuerte	● Puente	◆ Estación
			Carlistas:	Nueva:		▲ Fuerte		

Lugares fortificados (de norte a sur): 1- Peña Plata; 2- Sumbilla; 3- Elizondo; 4- Santesteban; 5- Valcarlos; 6- Burguete; 7- Alsásua; 8- Lizarraga; 9- Aoiz; 10- Muru; 11- Puente la Reina (villa y puente); 12- Estella; 13- Lumbier; 14- Monjardín; 15- Sangüesa; 16- Tafalla (villa, y Fuerte de San José); 17- Viana; 18- Lerín (villa y puente); 19- Miranda de Arga; 20- Olite; 21- Lodosa; 22- Caparros; 23- Peralta; 24- Marcilla (fuerte y puente); 25- Azagra.

Figura 7. Mapa con la distribución de lugares fortificados durante la fase II

3- Discusión de la materialidad:

Esta segunda fase volvió a caracterizarse por el empleo de obras de campaña. Aunque a diferencia de la fase anterior, en esta proliferaron muchas más, sobre todo en cuanto a villas y puentes fortificados nos referimos. Se siguieron mejorando fortificaciones de la fase anterior, como fue el caso del fuerte de Lizarraga, que a pesar de carecer actualmente de más información, presuponemos que se siguieron usando los mismos materiales perecederos (madera y tierra) que los vistos en la fase anterior. Por primera vez apareció, aunque de forma tímida, alguna obra de carácter mixta con materiales más duraderos, como el ladrillo. Este caso lo podemos ver en el fuerte de Azagra, ya que en la Ribera, a falta de piedra, se empleó en su sustitución el ladrillo. Un material más barato que la piedra, pero también resistente. Si nos preguntamos el porqué de la construcción de un fortín de estas características más acorde con la siguiente fase de fortificación, la respuesta la podríamos hallar, como en la fase anterior, en el inmenso empeño que puso el gobierno por controlar las vías de comunicación, en este caso, para el control del paso del Ebro. Tal vez por este motivo, el fortín de Azagra representa una insólita construcción temprana de lo que acontecería la siguiente fase, caracterizada como veremos por el inicio de las fortificaciones de morfología mixta.

En cuanto a los carlistas, finalmente comenzaron en esta segunda fase a fortificar. La primera de todas ellas, en la elevada cumbre sobre el monte Peña Plata, seguida a posterior del castillo de Monjardín (reutilizado, como en la primera guerra carlista) y finalmente, un reducto terrero para la batalla de Abárzuza en Muru. Cada una de ellas representa las tres formas distintas de construcción que se van a utilizar a partir de esta fase. Las construcciones *ex – novo*, como el de Peña plata, que parece que iba construyéndose lentamente, lo cual nos lleva a pensar en la utilización de la piedra como elemento base y de ahí su posible carácter como obra mixta. Por otro lado, la reutilización de un antiguo enclave, como es el caso del castillo de Monjardín. Y finalmente las obras de campaña en las que predomina el uso de la tierra y de ahí la denominación de fuerte terrero.

c) Fase III

1- Discusión histórica:

La tercera fase comienza tras la victoria carlista en los campos de Abárzuza entre los días 25-27 de junio de 1874, tras la muerte en el propio campo de batalla del general en jefe de las tropas republicanas Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen. Este hecho produjo un colapso estatal al ver como las mejores fuerzas del estado y su mejor general eran derrotados. Todavía en plena conmoción por lo sucedido, en un momento de plena crisis, el ejército se replegó a sus bases de la ribera esperando a nuevas órdenes. Sin duda, este fue el momento más crucial en el que se encontró el país. Sea como fuere, el 29 de junio nombraron al general Juan de Zavala, marqués de Sierra Bullones, como general en jefe, mientras la comandancia de Navarra quedaba a cargo del general Moriones.

Tras el fracaso, el gobierno optó por la estrategia de enviar más efectivos a las operaciones del Centro, para pacificar esta zona del conflicto. Algunos efectivos que se hallaban en Navarra fueron requeridos para tales fines y sin fuerzas suficientes, se encomendó a Moriones que pasase a un estado de defensa casi total, centrado en la protección de la ribera Navarra con las fuerzas de que disponía, a saber: el 1er cuerpo del Ejército del Norte y la 1ª brigada de vanguardia. Por ese motivo, en esta fase se inició el proceso de construcción de una red de fortificaciones de morfología mixta, empleando mejores materiales (piedra, ladrillo...), invirtiendo más tiempo y dinero en su construcción. Pero sin dejar de lado la construcción de fortificaciones de campaña. Este proceso comenzó tras la batalla de Abárzuza, continuando de forma ininterrumpida hasta finales de diciembre. La mayoría de estas obras se realizaron en el plazo de entre uno y dos meses, generalmente entre los meses de julio a septiembre, pero en el caso de las fortificaciones de las principales villas, como luego veremos, duraron prácticamente medio año.

A pesar de que llevaban tiempo fortificando la línea del ferrocarril, las obras continuaron durante esta fase. Ahora desde más al sur, en el importante cruce de caminos de Castejón. Primero mediante obras de campaña en las inmediaciones de la estación y finalmente con la construcción de dos torres que protegieran la estación de una toma de manos. Por lo demás, las estaciones de Villafranca, Marcilla (puente del ferrocarril y estación), Caparros y del Carrascal (en la venta del *Piojo*), se fortificaron con obras de campaña. Con esta serie de nuevas construcciones se pretendía afianzar la comunicación directa con Pamplona, mientras que desde ese último punto a Alsásua, resultaba imposible al estar bajo control carlista.

Al mismo tiempo, seguía siendo imprescindible el control de los puentes de los principales ríos de la ribera. Por ese motivo se siguieron fortificando otros en los principales cursos fluviales (de oeste a este): para el Ebro: los puentes de Lodosa y Tudela; para el Ega: el puente de Andosilla; y para el Arga (de norte a sur): los puentes de Pamplona (puente de Miluze), Larraga, Miranda de Arga, Falces y Peralta.

En cuanto a obras de fortificación de villas se refiere, fueron fortificadas las principales (de norte a sur): Pamplona, Tafalla, Lerín, Larraga y Tudela. También, aunque de una forma un poco más modesta si cabe, las poblaciones de Peralta y Azagra. Este último por iniciativa del propio ayuntamiento, debido al sentimiento liberal que procesaban sus vecinos.

Al mismo tiempo se erigieron fortificaciones de carácter mixto dentro de algunas poblaciones en

clara posición defensiva (de norte a sur): la ciudadela de Pamplona, el castillo de Larraga, los fuertes de Tafalla (Santa Lucía y San José), el castillo de Miranda de Arga, los fuertes de Lerín (fuerte Cazorla e Isabel II), las dos torres de Castejón y en Tudela el castillo de Santa Bárbara y la torre de Monreal.

Durante esta fase de fortificación apenas hubo acción alguna, salvo la batalla de Oteiza del 11 de agosto de 1874, cuyo objetivo era distraer tropas en Navarra para que en Álava la población de Laguardia fuera recuperada por la república.

Tras esta batalla y durante el mes de septiembre, atendiendo a la escasa información disponible, parece que los carlistas comenzaron a centrarse en estrechar y bloquear el tránsito de comunicaciones y suministros a Pamplona, por la zona del Carrascal. El objetivo era hacer claudicar a la capital, para así ganar ese espacio de terreno que les quedaba para controlar plenamente la zona media de Navarra. El general Moriones, como comandante general de Navarra, ante el socorro solicitado por el alcalde de Pamplona, comenzó a organizar un destacamento que flanquearía un convoy de provisiones a la ciudad. Finalmente se realizó a finales de noviembre con éxito, pero no sin haber entablado reñidos combates con los carlistas en las inmediaciones del Carrascal, conocidas como las acciones de Biurrun (20/11/1874) y monte San Juan (23/11/1874). Tras estas, el paso del Carrascal quedó finalmente bloqueado por los carlistas y la capital incomunicada. A partir de entonces los carlistas continuaron con mayor insistencia realizando obras de defensa en la zona media de Navarra, delimitando así el espacio geográfico bajo su control. Estas obras fueron llamadas genéricamente bajo el nombre de la *línea de Carrascal*. Se trataba de una línea horizontal que partiendo (de oeste a este) de los montes de San Gregorio, seguía por las faldas de Montejurra, Monte Esquinza, falda meridional de la sierra de Guirguillano, alturas de San Gregorio de Puente la Reina, Añorbe, Tirapu, Olcoz, sierra de Alaiz, hasta enlazarse con las peñas de Unzue, para luego prolongarse hasta el valle de Ibargoiti. Fueron líneas de trincheras que se extendieron en un recorrido ininterrumpido de unos 65-70 km de longitud, al que se le unió una segunda línea oblicua, por si esta era sobrepasada, que partiendo de la sierra del Perdón y se unía con la sierra de Alaiz. Esta línea se cree que fue ejecutada por el ingeniero carlista Amador Villar, que en cuestión de poco tiempo pudo ponerla en funcionamiento. No obstante, como sería criticado por las fuentes, la línea no se extendió con igual fuerza hacia la línea del río Irati, ya que por entonces esta zona del este de Navarra todavía no mostraba el interés militar que más tarde tendría.

Es de suponer que a esta línea de construcciones de trincheras y baterías carlistas se le añadirían algunos reductos, que son los que tratamos en este capítulo. No se sabe si fue con antelación o en este contexto, cuando aparecieron finalmente los fuertes del castillo de Lapoblación, Santa Bárbara de Mañeru, ermita de Añorbe y dos más al sur, sobre la población de San Martín de Unx⁶⁰. De la segunda línea oblicua, tenemos dos fortificaciones construidas a ambos lados de la antigua carretera

⁶⁰ Sobre la existencia de uno de ellos lo supimos de forma casual gracias a una cuartilla escrita un 10 de agosto de 1875 por el coronel Ricardo Ortega, que hablaba sobre un reconocimiento realizado tres días atrás, un 7 de agosto, sobre las posiciones carlistas de Mendigorriá. En el documento podemos leer: *...para ocupar de noche el reducto que tenían construido los carlistas en el sitio de la mula del alto, lo que tuvo lugar sin encontrar un carlista, dejando en él, para cerrar el paso hacia Lerga y San Martín [de Unx], a la sección de caballería de la reina y otra de infantería de forales, con orden al mismo tiempo, de que con los vecinos de San Martín, quedase destruido el reducto y trincheras lo que tuvo lugar* (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ01692/043).

del paso del Perdón, que lógicamente flanqueaban el camino y servirían como guardianes del bloqueo que los carlistas estaban realizando a Pamplona.

El 3 de octubre el general Torcuato Mendiry fue nombrado general en jefe de las tropas carlistas, y con él se siguió trabajando en la línea del Carrascal y en el bloqueo de Pamplona. Por entonces, el gobierno se mostraba preocupado por el temor de perder la capital navarra, y por ese motivo, comenzó a organizar una nueva campaña militar a marchas forzadas. Pero esta se paralizó con la proclamación como rey del hijo de Isabel II, Alfonso XII, por parte del mariscal de campo Arsenio Martínez Campos. En ese momento, tras un nuevo cambio de generales, el general La Serna fue nombrado general en jefe del Ejército del Norte. Tras este nombramiento, decidieron proseguir con la campaña y el propio rey se personificó en Navarra para lanzar la nueva campaña militar con objeto de desbloquear Pamplona y situarse en la línea del río Arga para tomar Estella. Esta campaña finalmente tuvo lugar a inicios de febrero de 1875, logrando romper la línea del Carrascal y su línea oblicua de la sierra del Perdón, desbloquear la capital y situarse a los pies de Estella. Sin embargo, una ofensiva carlista realizada desde Lácara el 3 de febrero (llamada sorpresa de Lácara), supuso una oportuna victoria carlista, que logró intimar a las fuerzas alfonsinas. Estos hechos acarrearón el final de la campaña militar, en la que a punto estuvieron de arrebatarse la ciudad de Estella a los carlistas. Esta última batalla del 3 de febrero, tuvo la trascendencia suficiente como para equipararse a la célebre batalla de Abárzuza. Desde nuestro punto de vista, esta decisiva victoria carlista ayudó a prolongar la guerra un año más en el territorio del norte. Por ese motivo, es causa más que suficiente para marcar el final de la tercera fase y el inicio de la cuarta.

En resumen, en esta fase se experimentó un retroceso y reconcentración del ejército liberal en la ribera Navarra y se inició un proceso de fortificación sin precedentes, motivado por el miedo de un avance carlista que conquistara finalmente la última parte del territorio de la provincia. Salvo Pamplona que trabajó casi aisladamente, los principales enclaves ribereños en poder de la república (Larraza, Tafalla, Lerín y Tudela) fueron fortificados no solamente con obras de campaña, sino también con mixtas, dentro de las localidades, buscando la defensa total.

Los carlistas por su parte, al no disponer todavía de una artillería y caballería lo suficientemente fuerte para avanzar hacia el sur, se concentraron en consolidar sus últimas conquistas. De este modo armaron la línea del Carrascal, para impedir cualquier avance hacia su territorio y hacer claudicar a Pamplona.

2- Obras construidas:

- Republicanas/Alfonsinas:

En esta tercera fase, las fuerzas liberales continuaron concentrándose en la zona de la ribera. Representa hasta el momento el mayor periodo de fortificación, centrada en resguardar las principales villas de la ribera.

En esta ocasión, siguieron fortificando poblaciones que ya estaban siendo fortificadas en la fase anterior y que ahora continuaron con otras nuevas (de norte a sur): Pamplona, Tafalla,

Lerín, Peralta, Azagra y Tudela.

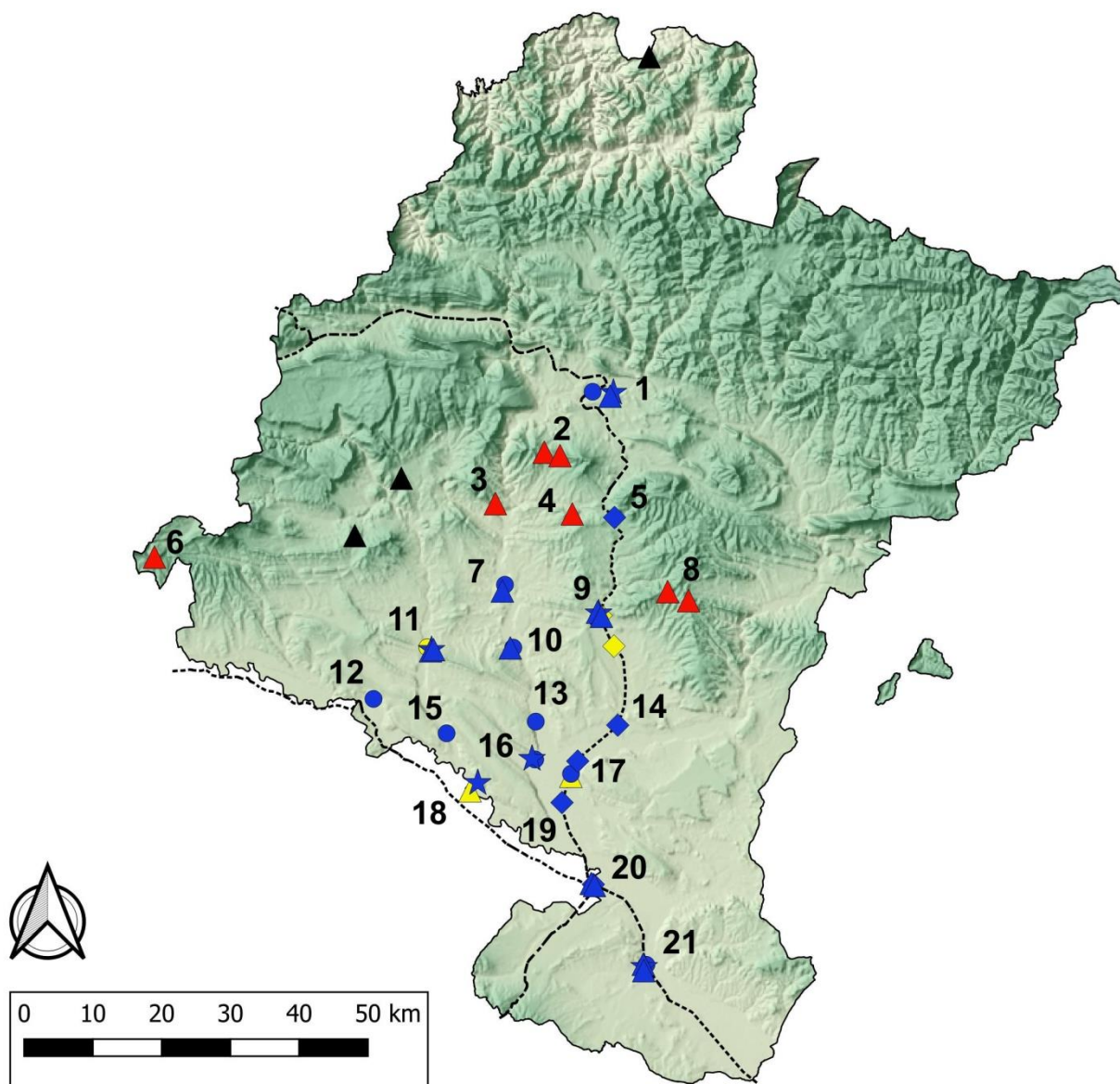
En cuanto a los fuertes, todas ellas se edificaron dentro de las villas para poder protegerlas de un ataque carlista. Salvo Tafalla, que ya se había comenzado a construir en las dos fases anteriores, todas las demás fueron de nueva construcción. Tenemos un total de once (de norte a sur): la ciudadela de Pamplona, uno en Larraga, dos en Tafalla (Santa Lucía y San José), uno en Miranda de Arga, dos en Lerín (Isabel II y Cazorla), dos en Castejón y dos en Tudela (Santa Bárbara y la torre de Monreal).

El control de los puentes ribereños siguió siendo vital para el ejército republicano, de ahí la aparición de hasta nueve puentes (de oeste a este): en el río Ebro: Lodosa y Tudela; en el río Ega: Andosilla; en el río Arga (de norte a sur): Pamplona, Larraga, Miranda de Arga, Falces y Peralta; y finalmente en el río Aragón: el puente del ferrocarril de Marcilla.

Tras el incendio de varias estaciones de ferrocarril, se volvieron a edificar y fortificar cinco estaciones (de norte a sur): la del Carrascal, Caparroso, Marcilla, Villafranca y Castejón.

- Carlistas:

Por su parte, los carlistas a pesar de la escasa información de la que disponemos, parece que construyeron un mínimo de siete fuertes aislados (de norte a sur): dos en la sierra del Perdón, en Santa Bárbara de Mañeru, en la ermita de Añorbe, en el castillo de Lapoblación y dos en los altos sobre San Martín de Unx.



Leyenda: ----- Vía férrea;	Liberales:	Nueva:	★ Villa	▲ Fuerte	● Puente	◆ Estación
		Vieja:		▲ Fuerte	● Puente	◆ Estación
	Carlistas:	Nueva:		▲ Fuerte		
		Vieja:		▲ Fuerte		

Lugares fortificados (de norte a sur): 1- Pamplona (villa, ciudadela y puente); 2- Sierra del Perdón; 3- Santa Bárbara de Mañeru; 4- Ermita de Añorbe; 5- Carrascal („Venta del Piojo“); 6- Castillo de Lapoblación; 7- Larraga (fuerte y puente); 8- Sierra de Guerinda; 9- Tafalla (villa, Fuerte Santa Lucía y Fuerte San José); 10- Miranda de Arga (fuerte y puente); 11- Lerín (villa, Fuerte Cazorla y Fuerte Isabel II); 12- Lodosa; 13- Falces; 14- Caparroso; 15- Andosilla; 16- Peralta (villa y puente); 17- Marcilla (puente y estación); 18- Azagra; 19- Villafranca; 20- Castejón (dos fuertes y estación); 21- Tudela (villa, Fuerte de Santa Bárbara, Torre de Monreal y puente).

Figura 8. Mapa con la distribución de lugares fortificados durante la fase III

3- Discusión de la materialidad:

Tras el fracaso republicano en la batalla de Abárzuza, la importancia de contener a los carlistas y que no se extendieran hacia el sur fue vital. De ese modo, nuevamente el general Moriones encomendó la fortificación de la ribera, tanto de villas, como de fuertes, puentes y estaciones que hasta la fecha no estaban resguardados; y continuó mejorando otros que ya habían comenzado a ser protegidos en fases anteriores.

Las construcciones que encontramos en esta fase, en general son más laboriosas que las de fases anteriores, predominando las de carácter mixto. Como hemos mencionado, generalmente se edificaron dentro de las poblaciones buscando la defensa total, pero sin renunciar al carácter ofensivo. Ante esta situación, los carlistas se ocuparon en fortificar la zona media de Navarra, exactamente en la línea del Carrascal. Esta línea discurre por una serie de cordilleras de diferentes alturas que, representan la primera línea de montañas en el ascenso hacia el Pirineo, una muralla natural que los carlistas sacaron provecho armándose en ellas. Para ello, comenzaron a levantar lo que creemos que fueron algunos fuertes de campaña (ante la falta de datos), para cubrir en poco tiempo la extensa línea que pretendían defender. Gracias a la fotointerpretación y las imágenes LIDAR autogeneradas, hemos podido documentar varias de ellas, aunque su estudio queda fuera ya del marco de esta tesis doctoral.

d) Fase IV

1- Discusión histórica:

Tras la sorpresa de Lácar del 3 de febrero de 1875, Alfonso XII convocó una reunión el 6 de febrero en Puente la Reina. En esa reunión se decidió dar por finalizada momentáneamente la campaña y fortificar el territorio recién adquirido. Sin embargo, hubo quienes pensaron que no era una buena idea en un momento en el que se contaba con un gran ejército y podían intentar la toma de Estella para terminar cuanto antes con la guerra. Entre quienes apostaban por continuar, se hallaba el propio general en jefe La Serna, que en vistas a que la campaña en Navarra se paralizaría, decidió dimitir de su cargo. Fue sustituido el 20 de marzo por el general Jenaro Quesada, que sí estaba de acuerdo en fortificar el nuevo territorio y en hacer así lo que el rey pretendía.

Las obras comenzaron en el propio mes de febrero y se centraron en consolidar lo que los liberales llamarían la *línea del Arga*. Es decir, una línea fortificada compuesta de hasta tres conjuntos de fortificaciones: en la sierra del Perdón, en las alturas de Puente la Reina y en la sierra de Monte Esquinza.

Por su parte, el pretendiente carlista también reunió en Estella el 6 de febrero a sus generales, para tomar decisiones sobre la nueva situación de la campaña. A pesar de que no se conservan testimonios de esa importantísima reunión, los resultados se materializaron en los próximos meses

en la creación de una red de fortificaciones opuestas a las liberales. Por lo que se puede intuir que las decisiones tomadas en aquel consejo priorizaron proteger el nuevo frente de guerra (denominado por nosotros como el *frente de Estella*), con tal de no ceder nuevos territorios que hubieran podido ocasionar la pérdida de la capital carlista.

Por estos motivos, durante los meses de febrero a junio aproximadamente, los liberales construyeron una cadena de fuertes aislados en los altos de Puente la Reina y Monte Esquinza. En el primero de ellos, se alzaron tres fortificaciones lindando a Puente la Reina: sobre la ermita de San Guillermo, el fuerte de Isabel II y el fuerte de los Topos. Cerca de ellos, sobre la población de Añorbe, en retaguardia, sobre la ermita fortificada por los carlistas, se edificó un cuarto fuerte que, cerraría este conjunto. Las obras de Puente la Reina fueron encargadas al 1er cuerpo del Ejército del Norte, en el que tanto los ingenieros, como otros cuerpos, se ocuparon de la construcción, mientras el resto velaba por su seguridad.

En la sierra de Monte Esquinza, el 2º cuerpo del Ejército del Norte fue el encargado de proteger las obras de las cuatro fortificaciones que se erigieron: el de Alfonso XII, el del Marqués del Duero, el de Cáceres y el de la Princesa de Asturias. Este último se hallaba en una posición de retaguardia y hablaremos de él en el siguiente capítulo, por ser uno de los dos fuertes excavados para esta tesis.

También, bajo la protección de tropas del 1er cuerpo se construyeron fuertes sobre la sierra del Perdón. Al comienzo se ocuparon temporalmente dos fuertes carlistas que se hallaban a ambos lados del antiguo paso de la sierra y que habían sido precipitadamente abandonados por los carlistas en el contexto de la batalla de Lácar del 3 de febrero. Entre los meses de febrero y abril los liberales construyeron temporalmente cinco fuertes de campaña en la sierra del Perdón, abarcando toda la cordillera, para más tarde reconcentrar las guarniciones en dos nuevos fuertes de morfología mixta que se iniciaron por finales de abril en donde anteriormente habían estado los dos fuertes carlistas. Los cinco fuertes de campaña eran: el del Alto del Perdón, el de la Luneta de la Cruz, el de las Bordas de Arlegui, el del Alto de las Trincheras y el del Alto de la Cuesta Grande; seguido de los dos mixtos del fuerte de la Victoria y el del fuerte Eolo.

Junto con estos tres bloques que pertenecen a la fase posterior a Lácar, se fortificaron varias villas para el abastecimiento y control del territorio. En este marco tenemos cuatro villas (de este a oeste): la primera es el pueblo de Uterga, que figura fortificado desde el mes de abril de 1875 (El Imparcial, 22/04/1875), posiblemente como asentamiento para el paso de tropas liberales entre la sierra del Perdón y Puente la Reina. Este último pueblo también sería fortificado a conciencia para garantizar la protección de los fuertes de los montes de Puente la Reina⁶¹. En el tránsito entre este conjunto y Monte Esquinza, se fortificó también la villa de Mendigorriá⁶², para poder comunicar las fuerzas del 1º cuerpo con las del 2º cuerpo, mediante la rehabilitación de su puente sobre el Arga. Hasta entonces, la comunicación entre ambos se hacía desde más al sur del río, ralentizando las comunicaciones entre ambos. Finalmente Oteiza fue el último pueblo fortificado en esta línea⁶³, ya que resultaba vital para el complicado abastecimiento del 2º cuerpo que vivía en la misma sierra de

⁶¹ Decisión tomada en junta un 13 de abril de 1875.

⁶² Decisión tomada tras un reconocimiento ofensivo realizado un 19 de abril de 1875.

⁶³ Decisión tomada en junta un 7 de abril de 1875.

Monte Esquinza. A todas estas labores habría que añadirle la construcción de una torre de telegrafía óptica elevada a media distancia entre Tafalla y Larraga, para la comunicación entre el gobierno y las las tropas del 2º cuerpo.

Mientras se generalizaron estas macro operaciones en la línea liberal, los carlistas también crearon su propia línea de defensa. En vistas a que las construcciones de la sierra del Perdón y Puente la Reina no representaban un peligro tan directo para Estella, como sí lo eran los fuertes de la sierra de Monte Esquinza, los carlistas se afanaron en proteger las inmediaciones de Estella, erigiendo desde Mañeru hasta Oteiza varias fortificaciones, a las que se le sumaría alguna existente de la fase anterior. En la sierra de Guirguillano encontraríamos (de este a oeste): el fuerte de Santa Bárbara de Mañeru, Zurundain e Iguste. Mientras que en las inmediaciones de Estella, se construyó una red de fortificaciones llama por nosotros como el Frente de Estella, construidas para defender a esta villa (de norte a sur): Alto Muru, Apalaz, San Millán, San Juan, San Fernando, San Sebastián y Santa Bárbara de Oteiza. Este último, como posición más bien ofensiva contra las posiciones alfonsinas de la sierra de Monte Esquinza.

Mientras, más alejado en la frontera entre Navarra y Álava, siguieron los carlistas construyendo en el castillo de Lapoblación. Una construcción, que estaba íntegramente relacionada con otra línea carlista que se estaba elevando en los montes de la sierra de Cantabria, ya fuera de nuestro ámbito geográfico de estudio.

Para el mes de junio de 1875, las obras liberales de la línea del Arga estaban tocando a su fin. Por entonces, tropas carlistas procedentes del Maestrazgo estaban consiguiendo sin apenas resistencia introducirse en Navarra, una vez finalizada la guerra en aquel territorio. La peregrinación a suelo navarro por muchas de aquellas tropas amenazaba con reactivar de forma peligrosa la guerra en Navarra. Por este motivo y para intentar paralizar ese tránsito, se dispuso la construcción de nuevas fortificaciones cerca de la frontera con Aragón, en la zona media de Navarra, sobre las poblaciones de (de norte a sur): Lumbier, Sangüesa y Cáseda. Las obras duraron unos dos meses, siendo finalizadas para el mes de septiembre.

En Lumbier, las construcciones se centraron en la propia villa, el puente sobre el río Irati, la construcción de un pequeño reducto en las inmediaciones del pueblo (llamado fortín del Rayo) y la fortificación de la ermita de la Trinidad. En Sangüesa, como en el caso anterior, se fortificó la villa, y alrededor de ella se elevaron cuatro fortificaciones, dos a cada lado del río Aragón; a saber: el fuerte de Pedro Navarro, el del Zarco del Valle, el de San Fernando y el de Santa Clara. Finalmente, en Cáseda se realizaron las últimas obras fortificando la villa, su puente sobre el río Aragón, la ermita del Calvario y un fuerte no muy lejos de la ermita, al sur de la población (cuyo nombre desconocemos).

Durante el mes de noviembre, la guerra volvió a centrarse en Pamplona, ya que llevaban desde un tiempo atrás siendo nuevamente hostilizados por fuerzas carlistas que, desde los montes del norte de la capital, estaban siendo bombardeados, mientras fuerzas carlistas se dedicaban a construir nuevas fortificaciones con intención de reactivar el bloqueo sobre Pamplona, como había ocurrido un año atrás. Con este motivo se erigieron tres fuertes: el de Miravalles (sobre el castillo medieval de

Huarte), el del alto de San Cristóbal y un tercero llamado de Oricáin (sobre esta población). Las fuentes narran hasta un cuarto fuerte llamado de Ichure, pero la ambigüedad de las fuentes y el hecho de que no hayamos sido capaces de hallarlo, lo ha dejado fuera de nuestro mapa. Una vez que se produjo la acción de Miravalles - Oricáin de los días 22 y 23 de noviembre de 1875, estas posiciones fueron conquistadas por los alfonsinos. Fue entonces cuando estos decidieron también construir sus propias fortificaciones tanto en el alto de San Cristóbal, como en el fuerte de Miravalles, para evitar así un nuevo intento de bloqueo a la capital. Estas nuevas obras venían propuestas desde hacía tiempo atrás, cuando en una junta liberal celebrada en Pamplona el 21 de septiembre de ese año vio la necesidad de ocupar permanentemente estos puntos, por el perjuicio que los carlistas estaban ocasionando al bombardear la capital desde esas posiciones.

Tras terminar la guerra en Cataluña, sólo quedaba el País Vasco y Navarra. Por este motivo el Ejército del Norte se desarticuló y todos sus efectivos se reorganizaron bajo un nuevo ejército llamado Ejército de la Izquierda, que operaría en el País Vasco. Mientras, las fuerzas del Maestrazgo y Cataluña pasarían a formar el Ejército de la Derecha, operando en Navarra, bajo la dirección del general Martínez Campos.

Con la llegada del Ejército de la Derecha a Navarra a finales de diciembre de 1875, se comenzó a organizar la campaña militar que terminaría por finalizar la guerra civil. En Navarra, las macro operaciones liberales se centraron en las inmediaciones de Estella y en el norte de Navarra, en donde todavía quedaban fuerzas carlistas importantes. Estas operaciones a las que hacemos mención, se iniciaron el 30 de enero de 1876 (I acción sobre Estella). Ese día, una parte del gran ejército combatió en las cercanías de Estella, bajo órdenes del general Fernando Primo de Rivera, mientras el resto, al mando del general en jefe, ascendían al norte hasta llegar el 31 de enero a Elizondo. Al siguiente día, comenzaron a levantar defensas en la villa, como parte del proceso de conquista. De aquí se extendieron por el Baztán hasta la aduana de Dancharinea (en la frontera con Francia), a principio de mes, en donde hallaron a medio construir un tambor⁶⁴ por los carlistas, en el puente que comunicaba con Francia. Aquí el ejército se dedicó como en Elizondo a fortificar la Aduana y a levantar una torre en una colina cercana para controlar el paso fronterizo.

También, se fortificó a inicios de mes el castillo medieval de Maya (Amaiur en euskera), por el capitán de ingenieros Sadeta, al que lo bautizó con el nombre de Gaztelu (El Imparcial, 16/02/1876); y se levantaron defensas en el pueblo de Arraioz. Es decir, se invirtió en las obras necesarias para que el general Martínez Campos tomara posesión del valle de Baztán, antes de proseguir hacia el oeste y unir sus fuerzas en Vera, con las del Ejército de la Izquierda, tal y como tenían planeados los respectivos generales.

En cuanto a los carlistas, no conocemos muy bien las obras que tenían construidas en la zona norte de Navarra, por la poca información de que disponemos. Se ha recurrido a un mapa militar topográfico en el que aparece dibujado las construcciones militares de Gipuzkoa sobre la frontera con Navarra⁶⁵, ya que en él aparecen un total de tres construcciones en las inmediaciones del pueblo

⁶⁴ Ver glosario

⁶⁵https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/es/consulta/resultados_ocr.do?forma=ficha&posicion=240&tipo=Resultados=BIB&id=10403

navarro de Vera. De ellas, gracias a la fotointerpretación y las imágenes LIDAR, creemos haber identificado dos de ellas, que son las que hemos incluido en el mapa de esta fase.

No son obras excesivamente complejas, debido a que fueron construidas mediante movimientos de tierra (obras de campaña). Pero eso no quiere decir que se hubieran levantado expresamente en enero o en febrero de 1876 ante el avance liberal. Puede ser que se alzaran con antelación. Pero debido a que en la *Narración Militar* se nos dice que los carlistas en esas semanas estaban fortificando este territorio, se ha optado por incluirlos en esta fase, pero con ciertos recelos como hemos indicado.

Una vez que el 19 de febrero cayó el fuerte carlista de Peña Plata (en la frontera con Francia), se produjo ese mismo día la batalla del Alto de las Palomeras de Echalar, en el que finalmente los carlistas sucumbieron en su última batalla en suelo navarro. Entonces, el general Martínez Campos pudo avanzar hasta Vera, en donde no halló defensa alguna por parte carlistas, por lo que los tres fuertes de esta población a la que hemos hecho mención, se encontrarían a estas alturas abandonadas. Estella, por su parte, había caído también el 19 de febrero, lo que supuso una persecución generalizada de los restos de los batallones carlistas que comenzaron a dispersarse por todo el territorio navarro. Es aquí cuando por vez primera hasta la fecha los autores liberales narran la importancia de la posición carlista fortificada de Dos Hermanas, en Irurzun (fuerte sobre la ermita de la Trinidad). Un enclave natural que servía de paso de la zona media de Navarra con el norte y que desde tiempo atrás había sido siempre objeto de gran interés militar. Este bastión junto con las obras del puerto de Velate, los Alduides y el castillo de Lapoblación, representaban los últimos puntos aislados en donde todavía no habían sido sometidos por las fuerzas liberales. Pero en la gran mayoría no hallaron defensores. Tan solo en el castillo de Lapoblación como ahora comentaremos.

Al cabo de unos días, el 28 de febrero el pretendiente carlista traspasó la frontera de Navarra por Valcarlos. Este hecho se consideró el final de la guerra, una vez que junto con el pretendiente, fuerzas leales a la causa abandonaron el territorio para marchar al exilio por Francia. La guerra terminó, salvo para el comandante del castillo de Lapoblación, el general José María Montoya, que se negó a capitular hasta unas cuantas semanas después de haber concluido la guerra.

2- Obras construidas:

En esta última fase podemos contemplar cómo el promedio de construcciones se ve incrementado muy exponencialmente a partir de la batalla de Lácar del 3 de febrero de 1875. Un proceso de construcción sin precedentes que realizaron ambos bandos hasta el final de la guerra.

- Alfonsinas:

Mientras en la fase anterior vimos la fortificación de hasta seis villas navarras, en esta última fase se incrementaron hasta el número de diez. De ellas, siete, concentradas en la zona media de Navarra, mientras que las restantes tres, se edificaron en el Baztán.

En cuanto a fuertes, se llegó a alcanzar la cifra de 26 nuevas, más dos contruidos sobre antiguos fuertes carlistas tras la acción de Miravalles - Oricáin de los días 22 y 23 de noviembre de 1875 (sobre el fuerte de San Cristóbal y Miravalles). Casi todas edificadas como en el caso de las villas, en la zona media de Navarra, salvo dos en el Baztán. Despuntan las construcciones de la línea del Arga, como el apogeo de este tipo de construcciones, generalmente de morfología mixta.

Finalmente, sobre las construcciones de las vías de comunicación, se ve un descenso importante. Tan solo hemos hallado la construcción de tres puentes (de norte a sur): en Puente la Reina, Lumbier y Cáseda. El descenso de obras también afectó a las estaciones de ferrocarril, en donde no nos consta la defensa de ninguna más.

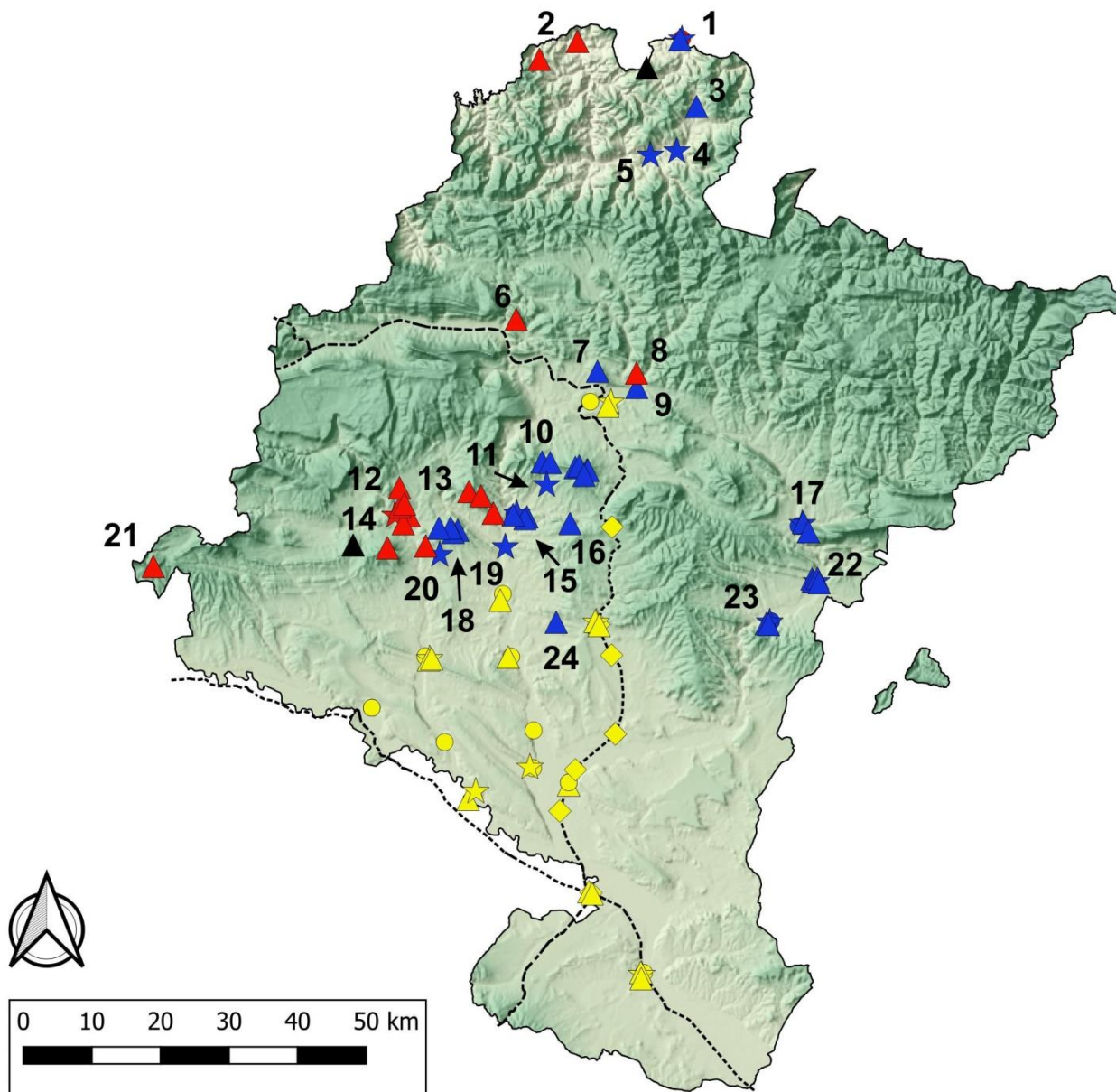
- Carlistas:

Estos también se hallaban en plena fase constructiva. Sabemos que realizaron defensas en la población de Estella. Es la única villa de toda la periodización en el que figura por vez primera la fortificación de una villa carlista. Aunque seguramente no fuera la única.

También se dedicaron a construir nuevos fuertes y a mejorar algunos anteriores. Contabilizamos un total de 17⁶⁶. Son muchos menos que los liberales, pero muchos más que los siete carlistas de la fase anterior.

Por último, también hemos documentado el único puente fortificado por los carlistas de toda la periodización. Es el puente de la frontera con Francia de Dancharinea, que los liberales encontraron a medio hacer cuando llegaron en febrero a esta localidad.

⁶⁶ En el mapa hemos decidido poner dos de ellos como liberales (el fuerte de San Cristóbal y Miravalles), ya que tras la acción de Miravalles - Oricáin pasaron a este bando.



Leyenda: ----- Vía férrea;	Liberales:	Nueva:	★ Villa	▲ Fuerte	● Puente
		Vieja:	★ Villa	▲ Fuerte	● Puente
	Carlitas:	Nueva:		▲ Fuerte	● Puente
		Vieja:		▲ Fuerte	

Lugares fortificados (de norte a sur): 1- Dancharinea (villa, fuerte y puente); 2- Vera (dos fuertes); 3- Maya; 4- Elizondo; 5- Arraioz; 6- Irurzun; 7- San Cristóbal de Pamplona; 8- Oricáin; 9- Miravalles; 10- Sierra del Perdón (de oeste a este): fuerte de la Victoria, Eolo, Alto del Perdón, Luneta de la Cruz, Bordas de Arlegui, Alto de las Trincheras, y Alto de la Cuesta Grande; 11- Uterga; 12- Frente de Estella (de norte a sur): fuerte de Muru, Apalaz, San Millán, San Juan, San Fernando, Santa Bárbara, y San Sebastián; 13- Sierra de Guirguillano (de oeste a este): Iguste, Zurundain, y Santa Bárbara; 14- Estella; 15-

Puente la Reina (villa, (de oeste a este): fuerte de los Topos, Isabel II, y San Guillermo; y puente); 16- Ermita de Añorbe; 17- Lumbier (villa, fuerte del Rayo, fuerte de la ermita de la Trinidad, y puente); 18- Sierra de Monte Esquinza (de oeste a este): fuerte Cáceres, Marqués del Duero, Princesa de Asturias, y Alfonso XII); 19- Mendigorriá; 20- Oteiza; 21- Castillo de Lapoblación; 22- Sangüesa (villa, (de oeste a este): fuerte de Pedro Navarro, Zarco del Valle, San Fernando, y Santa Clara); 23- Cáseda (villa, dos fuertes, y puente); y 24- Torre de Beratxa.

Figura 9. Mapa con la distribución de lugares fortificados durante la fase IV

3- Discusión de la materialidad:

Sin lugar a dudas, esta última fase representa el apogeo de las construcciones militares de la segunda guerra carlista. A partir del inicio del cuarto y último periodo, no solo se multiplicaron las construcciones de carácter mixto por ambos bandos, sino que se convirtieron en las predominantes. Algunas de ellas incluso evolucionaron hasta casi alcanzar el carácter de obras permanentes, tan solo posibles en periodos de paz. Podríamos por ejemplo citar el fuerte liberal de Isabel II de Puente la Reina, o incluso el fuerte carlista de San Juan de Arandigoyen, al que le dedicaremos un capítulo de tesis posteriormente. Podríamos citar más ejemplos de ambos bandos, pero lo que realmente nos interesa subrayar en este apartado es que, la prolongación de la guerra y el estancamiento en la zona media de Navarra, conllevó el inicio de un periodo de construcciones en el que no escatimaron en gastos, medios, ni tiempo. El porqué de esta actitud no se describe en las fuentes que hemos analizado, ya que no se comprende la necesidad real de semejantes construcciones, cuando tarde o temprano se intentaría avanzar sobre el frente carlista, y una vez rebasado este, los fuertes que se estaban construyendo pasarían a no desempeñar un papel tan importante. Sea como fuere, los carlistas en Navarra siguiendo el mismo camino que los liberales, también se vieron inmersos en un proceso de construcción sin precedentes.

Para poder dimensionar el capital y medios invertidos durante los meses de febrero a junio de 1875 en la línea del Arga, puede decirse que tras estas obras, todas las demás que vinieron tanto en Navarra como en Álava a posterior, a pesar de ser todas ellas fortificaciones de morfología mixta, no alcanzaron ni el tamaño, ni la complejidad de las anteriores. Para eso tenemos el ejemplo de las construcciones de la frontera con Aragón, las cuales fueron mucho más pequeñas que las de la línea del Arga y sin artillería. Lo cual denota sobre todo una escasez de materiales y medios tras las grandes construcciones de la línea del Arga. Lo mismo puede decirse de las construcciones que el ejército iba a levantar tras la batalla de Treviño en Álava del 7 de julio de 1875, en donde por falta de dinero y materiales no se pudieron elevar obras como las realizadas en Navarra, tan solo torres para el control del territorio sobre la línea del ferrocarril a Vitoria. O la imposibilidad de fortificar las localidades de Viana y Sesma en Navarra, promovidas por el brigadier Córdova, tras varios ataques carlistas a Viana e inmediaciones⁶⁷ con el objetivo de amenazar a Logroño.

Fuera del ámbito de los reductos, cabe la pena mencionar que durante esta última fase apenas se

⁶⁷ Tenemos registrado el ataque del 9 de enero de 1875 (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, Q-01701/010), o el del 31 de julio de 1875 (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, VII, 1886: 33).

construyeron obras para el control de las vías de comunicación. En cuanto a puentes, hemos mencionado un total de tres nuevos frente a los nueve de la fase anterior; o la falta de obras sobre estaciones de ferrocarril, frente a las cinco también de la fase anterior. Esta manifestación se debe al pleno control que volvió a adquirir el gobierno alfonsino sobre las comunicaciones, a la vez que avanzaba haciendo retroceder al ejército carlista.

2.3. Conclusiones

El trabajo desencadenado en este segundo capítulo de tesis, de corte generalista, ha sido necesario para a continuación poder contextualizar y unir de forma clara los tres casos de estudio que hemos llevado adelante durante estos años de tesis; a saber: la prospección del campo de la batalla de Abárzuza (25-27 de junio de 1874), enmarcada según nuestro parámetros dentro de la segunda fase, tanto histórica, como constructiva; y las excavaciones de un fuerte liberal y otro carlista de 1875, dentro de la cuarta fase, también tanto a nivel histórico, como constructivo. Como podremos apreciar más adelante, la diferenciación de etapas no solo ha repercutido en la posibilidad de clasificar los sucesos ocurridos en esta guerra civil, puesto que a nivel arqueológico, también ha ayudado a diferenciar la cultura material existente entre una fase y otra. En nuestro caso, percibida entre la segunda y la cuarta fase.

3. EL FUERTE LIBERAL DE LA PRINCESA DE ASTURIAS

En este capítulo nos centraremos en estudiar la materialidad del fuerte liberal de la Princesa de Asturias (Villatuerta), construido a mediados de 1875, dentro de la cuarta fase de fortificación definida en el capítulo anterior. En este fuerte hemos realizado labores tanto de prospección como de excavación arqueológica, para llegar a conocer la materialidad de este conflicto que, como hemos podido ver en el estado de la cuestión, carece de este tipo de trabajos. En las siguientes páginas narraremos cuáles han sido los pasos y los resultados alcanzados, además de describir la cultura material recuperada. Finalmente, como hemos descrito en el prólogo, los resultados de este capítulo y el siguiente sobre el caso práctico del fuerte carlista de San Juan, serán comparados e interpretados en el quinto capítulo.

3.1. Situación geográfica

El fuerte Princesa de Asturias se halla en una pequeña cumbre a 683 m de altura, en las coordenadas UTM: X: 587889 Y: 4722395 (ver figura 10). Junto con otras tres fortificaciones liberales más, forma el conjunto arqueológico militar liberal de la sierra de Monte Esquinza, dentro de la merindad de Tierra Estella (Navarra). La sierra, está formada por un pequeño conjunto de cimas de modesta altura que, no superan en ningún caso los 740 metros de altura de la cima de San Cristóbal. Esta sierra representa uno de los últimos conjuntos montañosos de cierta importancia hacia la ribera del Ebro y a sus pies se localizan los pueblos de Oteiza, Villatuerta, Lorca, Ciraqui y Mañeru. Entre la cima de San Cristóbal (al este) y la cima de Mauriáin (al oeste), se levanta un pequeño collado en donde tiene origen el arroyo Esquinza, cuyas aguas bajan al río Salado por Lorca (al norte). También está el arroyo de Nava, que corre al Arga recogiendo las aguas de las faldas orientales del monte de Baigorri. El monte de San Cristóbal y las lomas de Burguerio y de Maldabelz, forman una cadena de montañas que van desde Lorca hasta el río Arga, ocupando la derecha del río Salado. Sus pendientes hacia este río son rápidas y suaves las meridionales que, con los altos en donde asienta Oteiza, y con el monte de Baigorri, ambos divisorios entre el Ega y el Arga, forman un anchuroso valle surcado por multitud de barrancos que afluyen al Arga, entre Mendigorriá y Larraga (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, I, 1883: 23⁶⁸)

⁶⁸ Esta narración forma parte de la descripción geográfico-militar del País Vasco y Navarra que realizó el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército como prólogo a la narración de la guerra.



Figura 10. Localización del fuerte Princesa de Asturias dentro la sierra de Monte Esquinza

3.2. Contextualización histórica

3.2.1. Situación geo-militar de Monte Esquinza

A pesar de la importancia que pudo tener en el pasado la sierra de Monte Esquinza⁶⁹, su valor estratégico no volvió a florecer hasta la segunda guerra carlista. A inicios de 1875 se hallaba la sierra en posesión del ejército carlista y formaba parte de una franja de línea de defensa mayor, cuya construcción se había iniciado a finales de 1874 (dentro de nuestra tercera fase de fortificación). No obstante, una vez realizada la campaña liberal para desbloquear Pamplona de las fuerzas carlistas (febrero de 1875), el ejército liberal consiguió apoderarse de este conjunto de cimas y se convirtió repentinamente en la llave que abriría las puertas de Estella y daría por finalizar la guerra en Navarra, un año más tarde.

En la sierra se erigieron un total de cuatro fortificaciones, que fueron noticia en todos los periódicos tanto españoles como extranjeros. Esto demuestra la importancia que adquirió esta sierra para el ejército liberal. Todavía queda el recuerdo de dichas construcciones en el callejero de Madrid, en donde pasó al recuerdo de tales hazañas con el nombramiento el 14 de febrero de 1876 de una nueva calle llamada *del Monte Esquinza*, en paralelo al paseo de la castellana (Ocáriz y Roldan, 2014: 71).

⁶⁹ Refrendado por el hallazgo de dos castros del Hierro Antiguo Final en el alto de Mauriáin (Villatuerta) y Murugáin (Cirauqui) (Armendáriz, 2008: 601 y 779); y su posterior utilización como parte de la cañada real de trashumancia Tauste a Urbasa-Andía (<http://www.xn--caadasdenavarra-zqb.org/project/crtua-canada-real-de-tauste-a-urbasa-andia/>).

Sin embargo, los avatares de la guerra no nos deben engañar. La sierra de Monte Esquinza no representaba militarmente un punto más estratégico que otros. Y esto puede ser demostrado, ya que ni en el trabajo del teniente general Pedro Ruiz Dana, en su *Estudio sobre la Guerra Civil en el Norte* (Ruiz, 1876); ni en el trabajo de algún militar anónimo, titulado *Navarra: ligera descripción de sus puntos y líneas estratégicas más principales en el caso actual de una guerra civil*⁷⁰, se menciona la sierra de Monte Esquinza como punto estratégico de interés.

3.2.2. La Monte Esquinza carlista

A mediados del año 1874, inmersos en plena guerra civil, la insurrección carlista estaba alcanzando su mayor grado de madurez. Las líneas liberales retrocedieron a la ribera y dentro del contexto de la campaña del general Concha para tomar Estella (junio de 1874), emergió rápidamente el interés de Monte Esquinza, por parte carlista, para proteger a Estella de un inminente ataque. Según las narraciones liberales de la batalla, el día 25 de junio (primer día de la batalla), las tropas de la 1ª columna del general Martínez Campos y las de la 2ª columna del general Echagüe, llegaron a la sierra sin encontrar apenas resistencia. Los carlistas habían construido durante el último mes algunas líneas de trinchera en el monte y será con la llegada a estas del ejército republicano, cuando el dibujante Emilio Pichot, corresponsal de la revista *La Ilustración Española y Americana*, dibujase para el número del 15 de julio de 1874 una ilustración en donde se podían ver las líneas de trincheras construidas por los carlistas.

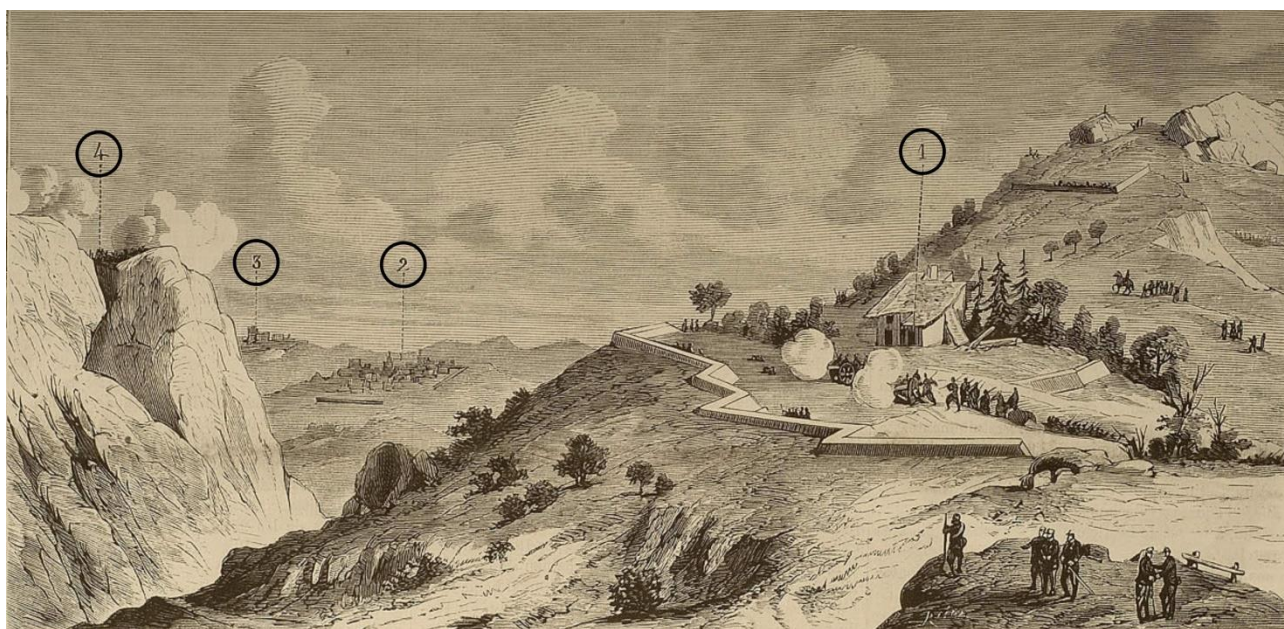


Figura 11. Acción del 25 de junio: toma de las posiciones de los carlistas en el Monte Esquinza. 1. Monte y trincheras de Esquinza, tomadas a los carlistas; 2. Pueblo de Villatuerta; 3. Estella; 4. Posiciones de los carlistas del lado de Montejurra. (*La Ilustración Española y Americana*, 15/08/1874)

No obstante, es importante destacar que, mientras el corresponsal nos aporta información detallada

⁷⁰ Manuscrito extraído del Archivo Histórico Foral de Bizkaia. Signatura AQ01701/009. Ejército Carlista, Carpeta 17, legajo 3.

de lo que los carlistas llegaron a edificar, las narraciones liberales tan solo nos describen el lugar con el apelativo de *fuertes posiciones* (De la Vega et al, 1874: 108), o *formidables posiciones* (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 131). Por lo que se deja ver una falta de interés de pasar de la descripción general, a la particular. Sea como fuere, hoy en día no se perciben resto de ninguna construcción sobre el lugar.

El siguiente acontecimiento que une a Monte Esquinza y la guerra, tuvo lugar tan solo un mes y medio después, cuando el 11 de agosto de 1874 se produjo la batalla de Oteiza. A pesar de no darse enfrentamiento alguno en la misma sierra, varios batallones carlistas permanecieron a la defensiva en sus altos bajo orden del general carlista Argonz. Esto nos hace pensar en el hipotético uso de alguna de las trincheras anteriormente construidas, o la posible edificación de alguna nueva, como sabemos que sucedió en las inmediaciones de Oteiza. Tenemos al menos testimonio del empleo de algunas, según fuentes republicanas:

...al llegar a 2km de Oteiza, se convenció Moriones de que no solo se hallaba fortificado y atrincherado el pueblo, sino también una posición dominante de su derecha, y que a su izquierda, en el Monte Esquinza, se habían situado en trincheras construidas al efecto, algunos batallones carlistas con artillería... (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 272).

También tenemos recogida otra referencia de una carta fechada el 19 de abril de 1875, por parte del corresponsal de prensa Mariano Araus del periódico *El Imparcial*, que hace mención a dichas obras ya abandonadas:

Antes de subir al reducto de Cáceres, tomamos una senda por la izquierda, y dejando los caballos en la última de nuestras avanzadas, nos dirigimos a una magnífica batería carlista recientemente abandonada por estos, que se construyó para impedir el paso al general Moriones cuando dio la magnífica batalla de Oteiza...Se abría a algunos pasos de distancia una trinchera carlista abandonada... (El Imparcial, 23/04/1875).

A partir de septiembre de 1874, los carlistas se prepararon en Navarra para tomar Pamplona, mientras planeaban la construcción de una línea de defensas para consolidar las posiciones carlistas. Partiendo del Carrascal, al sur de Pamplona, se inició la construcción de líneas de trinchera que discurrieron horizontalmente sobre la primera línea de montes de Navarra, de cara a la ribera, para evitar la ayuda liberal del exterior a esta plaza. Dentro de esta línea, se hallaba la sierra de Monte Esquinza en su extensión más occidental (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 376 - 377).

Al iniciarse el año 1875, comenzó la campaña que tuvo como fin el levantamiento del bloqueo carlista a la capital de Navarra. Según fuentes carlistas, el día 1 de febrero, el general carlista Mendiry, ordenó a los batallones castellanos al mando del brigadier Caveró (que defendían Monte Esquinza), que abandonasen esa posición para reconcentrar fuerzas en el centro de la línea carlista. Esta decisión dejó abandonada una parte esencial de la línea, lo cual trajo que Monte Esquinza fuera ocupada por las tropas del general Primo de Rivera en la madrugada del 2 de febrero. Consciente Primo de Rivera de su importancia por la cercanía a Estella, mandó atrincherar sus fuerzas en el

lugar (Brea, 1897: 252 – 253). Visto el gran error que el general Mendiry había realizado al abandonar Monte Esquinza, mandó el mismo día de la Batalla de Lácar (3 de febrero), conquistar la sierra. Pero tras una ardua batalla, los carlistas no pudieron doblegar a los defensores alfonsinos, y por tanto, a partir de ese momento el ejército de Alfonso XII tomó posesión de la sierra hasta el fin de la guerra.

3.2.3. La Monte Esquinza liberal

Una vez que el 2º cuerpo del Ejército del Norte tomó posesión de Monte Esquinza en la madrugada del 2, se posicionaron sobre las trincheras carlistas. De estos restos, lo único que conservamos son algunos dibujos que José Luis Pellicer dibujó para la revista *La Ilustración Española y Americana*, en donde se aprecian las construcciones de campaña abandonadas por los carlistas. En la figura 12 mostramos una batería con dos troneras visibles; mientras que en la figura 13 observamos una batería con tres troneras y una chabola adyacente.

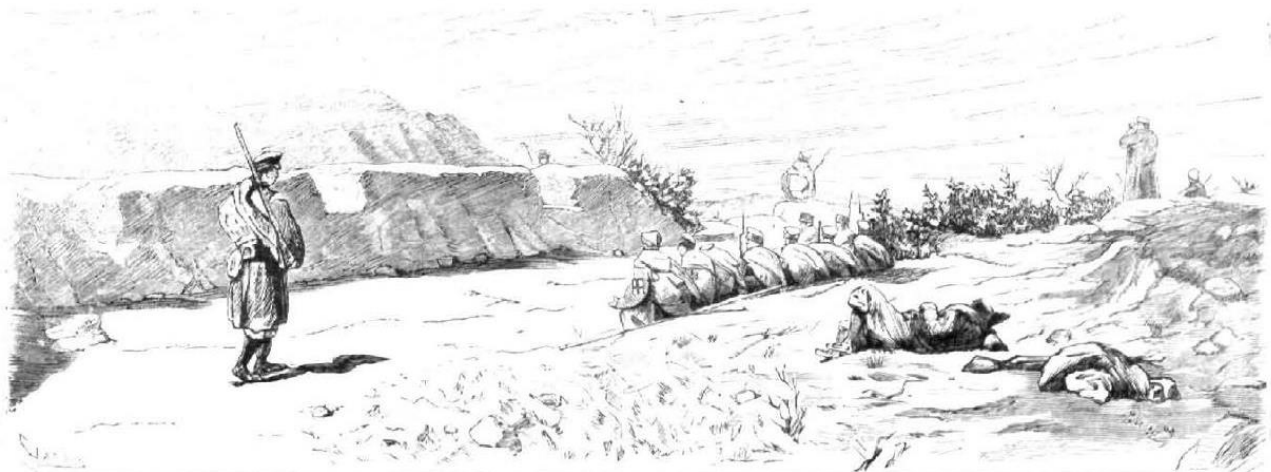


Figura 12. Dibujo de José Luis Pellicer. Cerro de Muniáin o Pico de Villatuerta. Tomado por el 2º cuerpo del Ejército del Norte el dos de febrero. (*La Ilustración Española y Americana*, 08/03/1875)

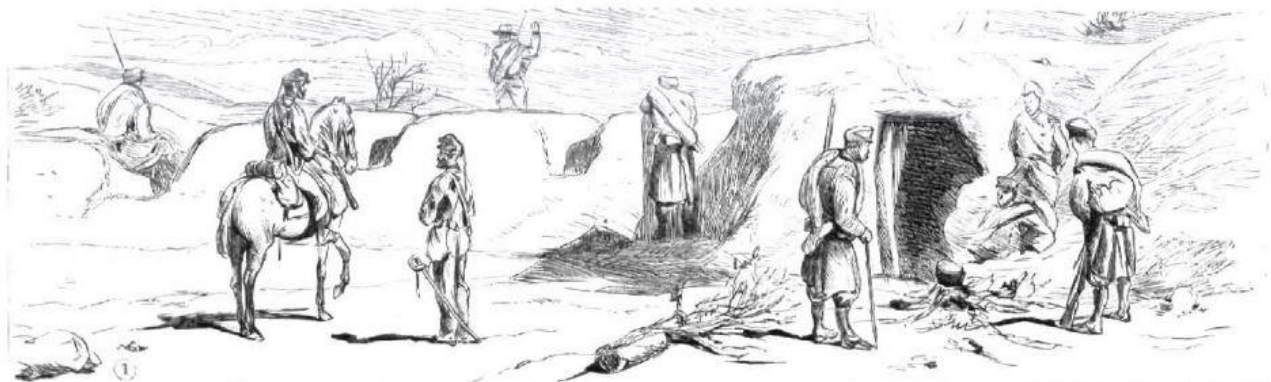


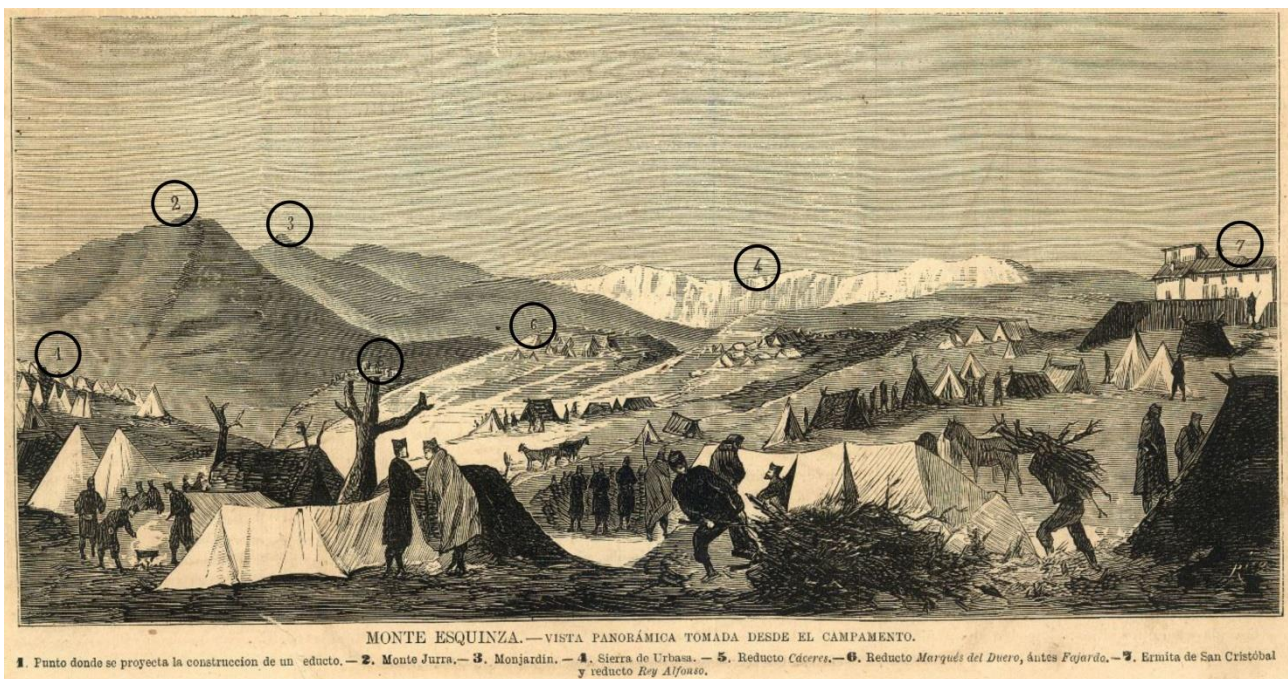
Figura 13. Dibujo de José Luis Pellicer. Batería abandonada por los carlistas (*La Ilustración Española y Americana*, 08/03/1875)

El 6 de febrero, tras la batalla de Lácar, se decidió en una junta presidida por el rey Alfonso XII en Puente la Reina dar por concluida la campaña militar que tenía como objetivo desbloquear Pamplona y tomar Estella. Y por consiguiente, se decidió que en los próximos meses el ejército

pasaría a una posición defensiva en Navarra, con el objetivo de fortificar las posiciones recientemente conquistadas. Estas obras se articularon dentro de una línea de carácter defensiva que se llamaría la *línea del Arga*. Consistió en un conjunto de fortificaciones de nueva construcción, que abarcaba desde la sierra del Perdón (al suroeste de Pamplona), pasando por Puente la Reina y sus montes; y finalizando en la sierra de Monte Esquinza y Oteiza (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, VI, 1885: 130).

Con la decisión de la construcción de la línea del Arga, el general en jefe del Ejército del Norte, el general La Serna, presentó su dimisión ya que opinaba que la campaña militar tenía que haber continuado hasta haber tomado Estella. En vistas de que se avecinaba un período de estancamiento casi total, fruto de la necesidad de mucha mano de obra para las nuevas construcciones, apenas quedaron fuerzas para dedicarse a operaciones activas. Este fue el panorama inicial con el que debió de empezar el nuevo general en jefe, el General Jenaro Quesada. Acudió a supervisar las obras que enseguida comenzaron a realizar, con las instrucciones del comandante general de ingenieros, Ángel Rodríguez Arroquia. Este hombre fue quien desarrolló y mandó ejecutar las obras que se construirían en Monte Esquinza, mientras el teniente coronel de ingenieros, Eduardo Mariátegui y Martín, fue el encargado de construirlas (Ocáriz y Roldan, 2014: 50).

Durante los seis meses aproximados en que estuvieron construyéndose los fuertes (febrero – julio), acamparon junto a ellos los batallones del 2º cuerpo del Ejército del Norte, casi 12.000 hombres, para defender la posición hasta que las obras estuvieran concluidas. El fuerte que a nosotros nos interesa, el de la Princesa de Asturias, no se inició hasta abril, una vez vista la necesidad de cubrir los escasos manantiales de agua dulce que se emplazaban en Monte Esquinza (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, VI, 1885: 348) y la necesidad de defender la vía de suministros que diariamente recorría el personal de la intendencia, entre Oteiza y la sierra. Para cumplir con estas importantísimas obligaciones, se dotó al fuerte de dos piezas de artillería de 8 cm largos (Fernando, 1878: 270).



MONTE ESQUINZA. — VISTA PANORÁMICA TOMADA DESDE EL CAMPAMENTO.

1. Punto donde se proyecta la construcción de un reduto. — 2. Monte Jurra. — 3. Monjardín. — 4. Sierra de Urbasa. — 5. Reduto Cáceres. — 6. Reduto Marqués del Duero, ántes Fojardo. — 7. Ermita de San Cristóbal y reduto Rey Alfonso.

Figura 14. Vista panorámica de los campamentos de Monte Esquinza. Aparecen un total de siete puntos, indicándonos qué son: 1- Punto en donde se proyecta la construcción de un nuevo reducto (el futuro Princesa de Asturias), 2- Montejurra, 3- Monjardín, 4- Sierra de Urbasa, 5- Reducto Cáceres, 6- Reducto Marqués del Duero (antes llamado Fajardo), 7- Ermita de San Cristóbal y reducto Alfonso XII. (La Ilustración Española y Americana, 30/03/1875; imagen procedente del Centro de Documentación del Museo del Carlismo)

En un primer plano cartográfico elaborado por el cuerpo de ingenieros del mes de marzo, podemos ver la localización y el compromiso de levantar un total de tres fortificaciones, entre los que no aparece el fuerte de la Princesa de Asturias.

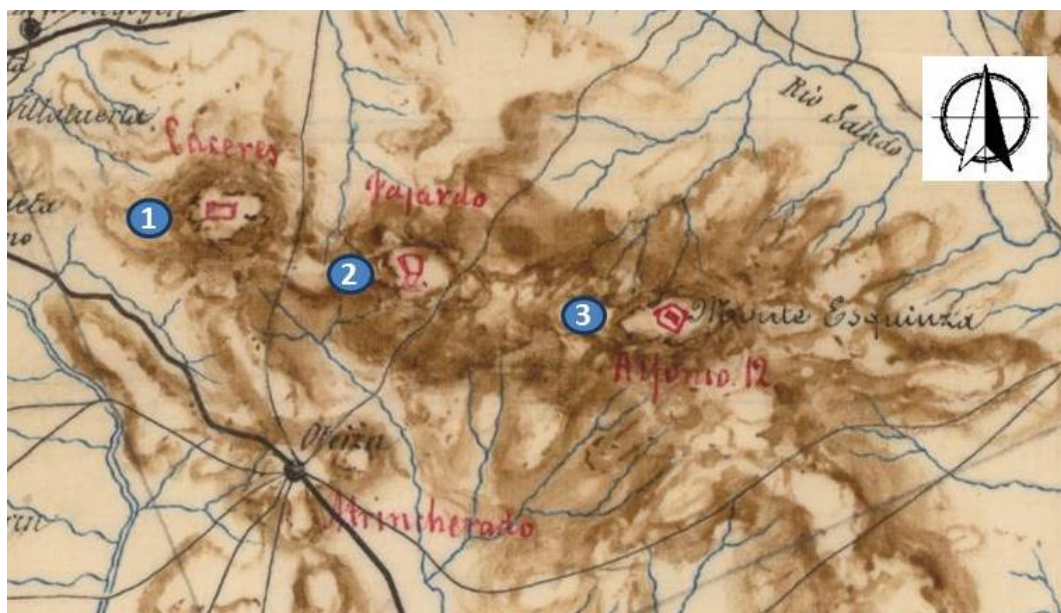


Figura 15. Croquis general de los fuertes en construcción para defender la línea del Arga. Firmado por el comandante general de ingenieros, Ángel Rodríguez Arroquía, en marzo de 1875 (IHCMET, Na-02-05). Según la numeración correlativa, estos son los nombres de los tres fuertes que figuran: 1. Cáceres, 2. Fajardo (futuro Marqués del Duero) y 3. Alfonso XII

En el siguiente plano que presentamos, a pesar de no tener la fecha, aparece un cuarto fuerte en representación del fuerte de la Princesa de Asturias. Por este motivo sabemos, en comparación con el anterior mapa, que este es posterior al mes de marzo y de ahí la suposición de que creamos que el fuerte comenzó a edificarse a partir del mes de abril.

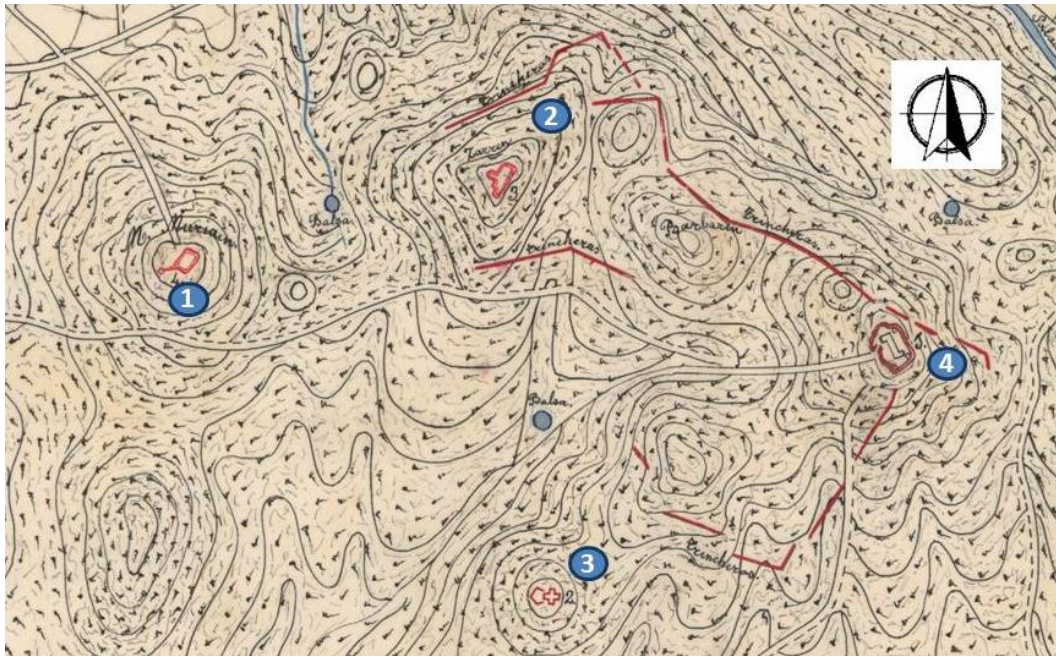


Figura 16. Croquis de las posiciones del campamento de Monte Esquinza. En el centro se puede ver una de las balsas por las cuales se construyó el fuerte de la Princesa. Rodeando los fuertes discurría una línea de trinchera. Dibujado por el teniente coronel del cuerpo, Eduardo Mariátegui, y copiado por el soldado de ingenieros Carmelo Ortega (sin fecha) (IHCMET, Na-02-11). Según la numeración correlativa, estos son los nombres de los cuatro fuertes que figuran:
 1. Cáceres, 2. Marqués del Duero, 3. Princesa de Asturias, y 4. Alfonso XII

La imagen del plano anterior puede compararse con la localización actual de los vestigios que quedan en la sierra. Como se puede observar, a pesar de haber algunas erratas en las distancias entre unos y otros, creemos que la localización de los fuertes es bastante acorde a la realidad.

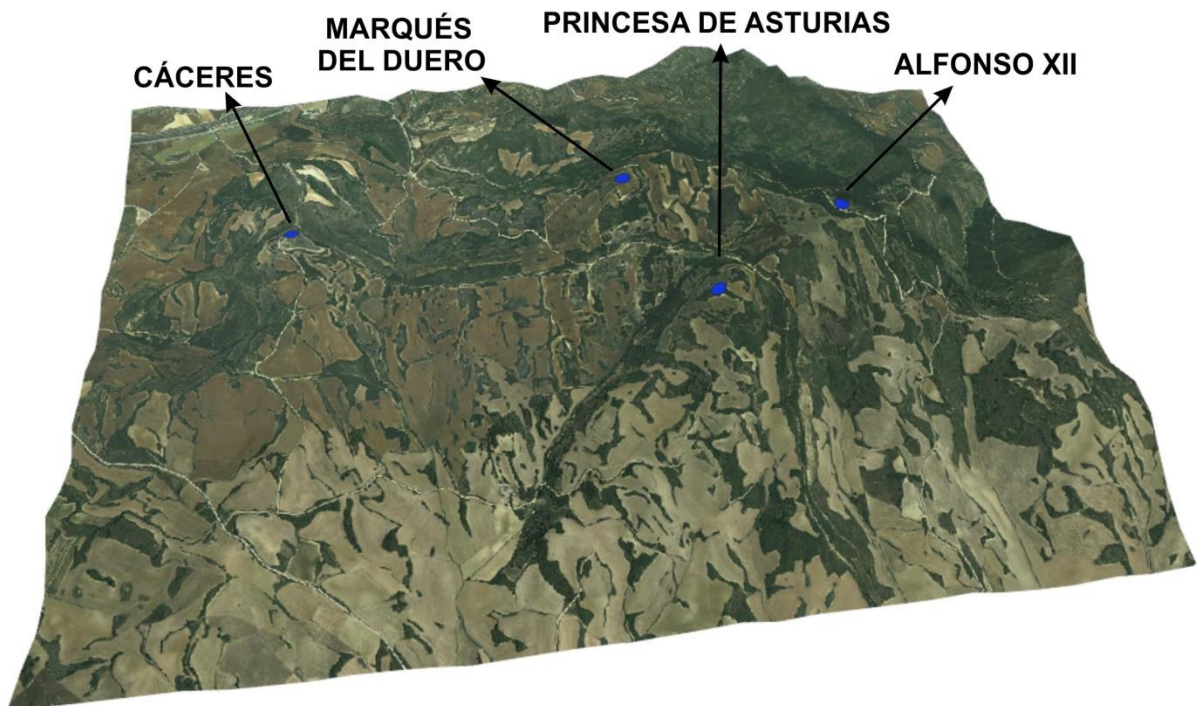


Figura 17. Vista 3D de la sierra de Monte Esquinza en donde se realizaron las construcciones

El general Jenaro Quesada escribió el 14 de junio desde su cuartel general de Tafalla para decir que las obras de Monte Esquinza estaban casi terminadas (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, VI, 1885: 351 – 352). La guarnición asignada para los cuatro fuertes ascendió a 980 hombres, de los cuales una compañía de 100 fue a parar al fuerte de la Princesa de Asturias. En comparación con los restantes, fue una dotación más pequeña, ya que los demás oscilaron entre 250 y 300 hombres (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ01656/041). Una vez bien guarnecidos los fuertes, a inicios del mes de julio el 2º cuerpo del Ejército del Norte abandonó finalmente Monte Esquinza, tras haber permanecido allí casi medio año.

A partir del abandono de la sierra por parte de las fuerzas del 2º cuerpo, ni la prensa, ni las crónicas de la época volvieron a escribir sobre la sierra de Monte Esquinza, a pesar de que en más de una ocasión los fuertes fueron atacados por fuerzas carlistas, que intentaban minarles psicológicamente en ataques nocturnos, con la idea de algún día volver a recuperar esas cimas.

Una vez finalizada la guerra, a las semanas, se instaló en el fuerte una compañía del regimiento 15 de Extremadura. Lo mismo ocurrió con los fuertes de Alfonso XII y Cáceres. Es muy probable que se hiciera, por un lado, con el objetivo de preservar al ejército durante un tiempo más en una zona recién conquistada (con tal de eliminar cualquier posible alzamiento carlista en los momentos posteriores a la guerra); y por otro, como medio de transición para el abandono definitivo de las construcciones militares. Tras la guerra, se pusieron en subasta pública las piedras de muchas fortificaciones, tanto de los fuertes liberales, como de los carlistas. Entre ellos los de Monte Esquinza, pero sin grandes éxitos, ya que al parecer no hubo pujadores, por lo que finalmente el gobernador militar de Estella decidió en una orden del 21 de agosto de 1876, mandar a unos carpinteros para iniciar el proceso de demolición de los fuertes de Monte Esquinza (Arrieta, 2015: 430). Sin embargo, para nuestra suerte, parece que este trabajo no se acometió de forma sistemática, ya que como veremos en las próximas hojas, muchos de los muros, al menos para el fuerte de la Princesa de Asturias, han llegado hasta la actualidad.

3.3. Análisis estructural del fuerte

En este apartado realizaremos el análisis de las estructuras del fuerte de la Princesa de Asturias. En primer lugar, examinaremos las fuentes históricas y gráficas que nos han llegado, para saber en qué consistió el fuerte que se construyó; y en segundo lugar, describiremos los restos actuales que han sobrevivido al paso del tiempo, como preámbulo a los trabajos de prospección y excavación.

3.3.1. La descripción histórica del fuerte

A juzgar por los planos que se conservan en el archivo del Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra (figuras 18 y 19), el fuerte se compone de tres elementos principales: un edificio central (cuartel o blockhaus), cuya forma en planta es de cruz griega; una luneta pentagonal; y un foso perimetral que engloba todo el conjunto.

a) El blockhaus

Es el elemento principal en donde se alojó a la guarnición. El edificio albergaba a ambos lados de sus cuatro alas los diferentes camastros para el descanso de la tropa, mientras se disponía de un estrecho pasillo central para el movimiento diario. Aunque no está definido y no tenemos una leyenda sobre la dispersión interna del edificio, es de suponer como ocurre en todos los fuertes, que la oficialía tendría su espacio apartado del resto de la soldadesca. En el centro se visualiza una estructura que gracias a la imagen que acompañamos (figura 18) podemos relacionarla con una chimenea. De modo que podemos intuir que en el centro pudo construirse la cocina, o bien algún tipo de brasero para calentar el cuartel.

Encima de los camastros se hallaba un conjunto de aspilleras⁷¹ para fusilería que se extendía por todo el perímetro del edificio, siendo la última medida de protección con la que contaban sus defensores en caso de un ataque sorpresa. Si seguimos las directrices del mapa cartográfico, el edificio contaría con un total de 110 aspilleras situadas en la parte alta de sus muros. Pero como veremos más adelante, la realidad no coincide con las fuentes.

b) La luneta⁷²

Es una estructura de base terrera y de forma pentagonal con orientación noroeste. Tiene una longitud de unos 50 m en su parte interna y de unos 80 m en su parte externa. Entre ambas, se alza una escarpa⁷³ con una altura máxima de hasta cinco metros. Estaba rodeada, según el mapa, por un lienzo de mampostería de sillarejo para la protección de los artilleros. En la posición se localizaban dos piezas de artillería emplazadas en dos baterías⁷⁴ a barbata⁷⁵.

Dentro de la luneta y acercándonos al contramuro del blockhaus, se dibuja un edificio rectangular dividido en dos salas, con sus entradas independientes mirando al contramuro, que seguramente correspondan a los repuestos de la artillería y el polvorín. Esta hipótesis parte de la necesidad de tener un habitáculo cercano al lugar de las baterías y aislado al mismo tiempo de otros elementos, para poder trabajar lo más cómodamente y seguramente posible. Este edificio con orientación nortesur, se encontraba según el mapa, semienterrado, al que se accedía a través de la luneta.

La luneta apunta a Oteiza, base de suministros durante la guerra y vía desde la cual ascendían diariamente los suministros hasta el complejo de Monte Esquinza. De ahí, la necesidad de salvaguardar la vía de comunicación entre ambos puntos por la artillería.

c) El foso

Finalmente, el foso termina por unir y dividir al mismo tiempo el yacimiento, al extenderse de

⁷¹ Ver glosario

⁷² Ver glosario

⁷³ Ver glosario

⁷⁴ Ver glosario

⁷⁵ Ver glosario

forma continuada por todo el perímetro exterior de los dos elementos anteriormente descritos y pasar por medio de ambos. Sus dimensiones, si reparamos en el mapa, van oscilando. Tienen mayor anchura los puntos débiles de la transición de la luneta al blockhaus. Este foso se complementa con la aparición de dos puentes levadizos, siguiendo el eje de la puerta de la entrada al cuartel. Estas dos últimas estructuras debieron de dotar al fuerte de una mayor seguridad, justo en uno de los puntos tradicionalmente considerados más débiles.

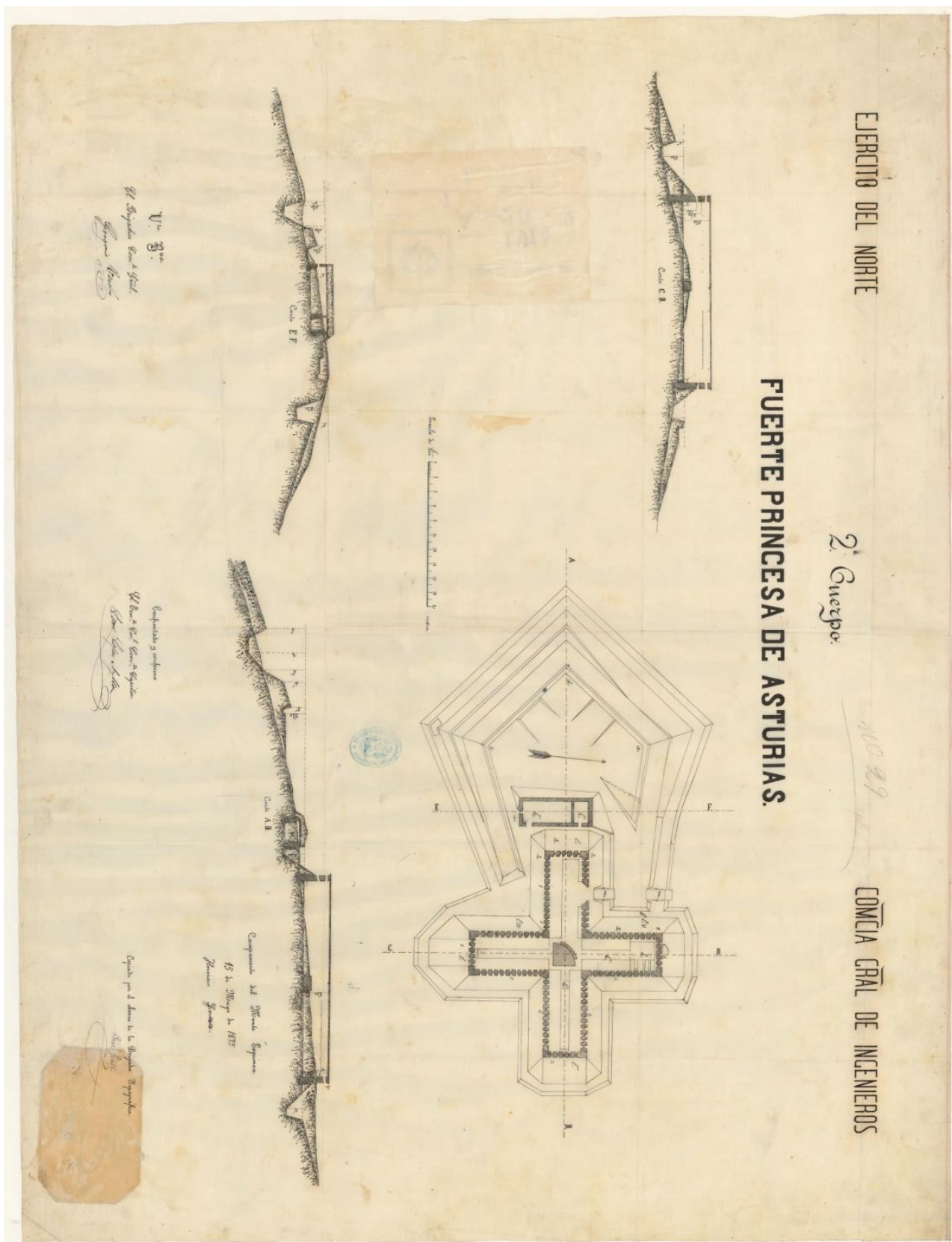
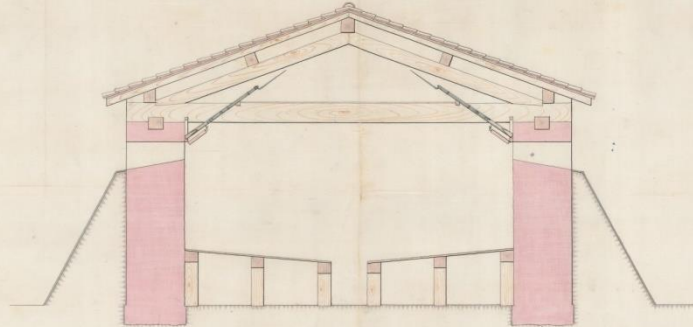


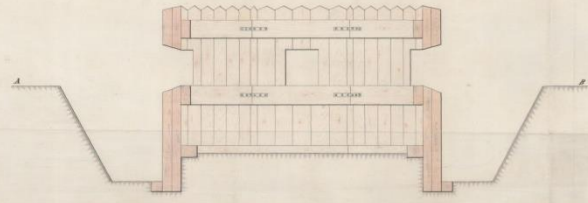
Figura 18. El Reducto Princesa de Asturias, copiado por el obrero de la brigada topográfica José Prats, en el campamento de Monte Esquinza, a fecha del 15 de mayo de 1875. No tenemos leyenda explicativa (IHCMET, Na-25-01)

DETALLES DEL REDUCTO PRINCESA DE ASTURIAS

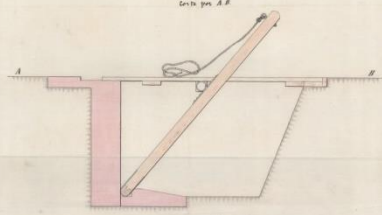
Corte transversal del blockhaus



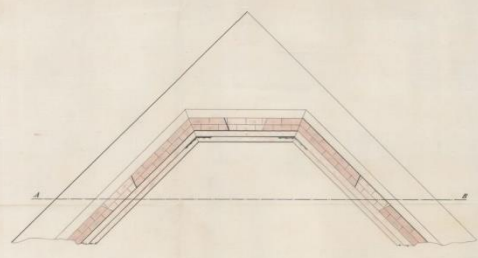
Pantalla para cubrir a los artilleros en las barbetas
Corte por A-B



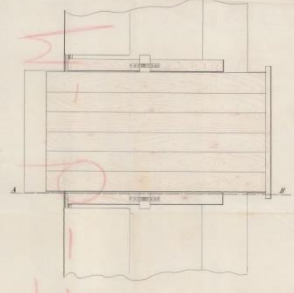
Puente levadizo
Corte por A-B



Planta

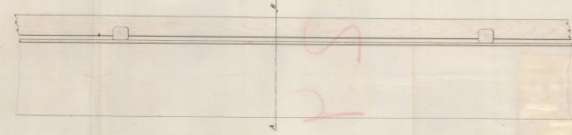
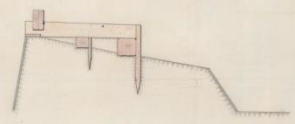


Planta



Corte por A-B

Corte coburas para infanteria



Escala - 1/20

W. Brigadier General
Pedro Antepara

Enfermedades y confirmacion
W. Coronel Topografo
Pedro Antepara

Dibujado por el delineante de la Comanda
Pedro Antepara

Figura 19. Corte transversal del blockhaus; pantalla para cubrir a los artilleros en las barbetas; y puente levadizo. Dibujado por el delineante de la comanda Pedro Antepara (IHCMET, Na-21-14)

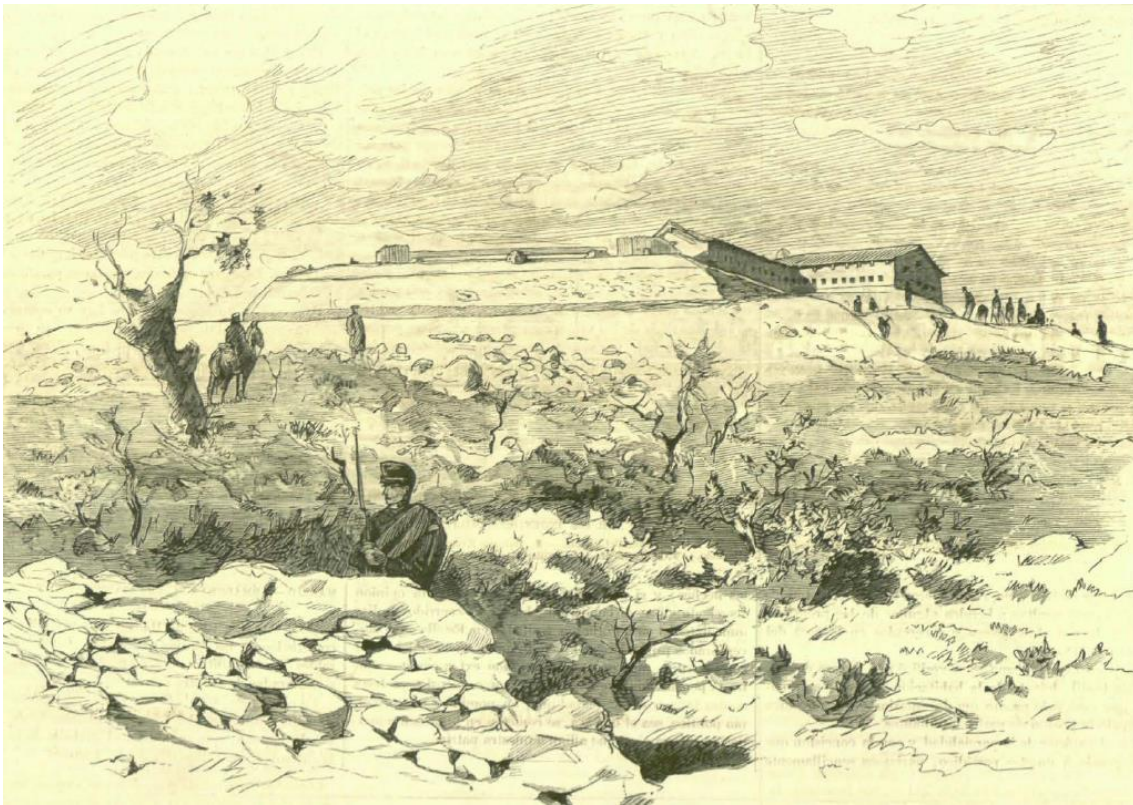


Figura 20. Fuerte de la Princesa de Asturias (*La Ilustración Española y Americana*, 22/05/1875)

3.3.2. Los restos actuales

El fuerte de la Princesa, junto con el fuerte de Cáceres, son los que mejor estado de conservación presentan del conjunto de los cuatro de la sierra de Monte Esquinza. De hecho, el fuerte de la Princesa de Asturias conserva gran parte de su estructura en pie. Esto debió incentivar que, una vez terminada la guerra y con el transcurso de los años, se olvidara su naturaleza y los propios vecinos terminarían por recordarlo como el *hospital carlista*. Hasta tal punto que, en los mapas topográficos actuales el lugar figura con ese mismo nombre. Esta deriva, fruto del proceso del olvido, sin duda viene justificada por la morfología del cuartel. Desde el aire se aprecia su forma de cruz griega, que se asemeja al símbolo de la cruz roja y que por cuestiones culturales lo hemos asociado con los hospitales. Además, la justificación de que fuera carlista no viene refrendada por ninguna parte. Es de suponer que provenga del sentimiento mayoritario por la causa carlista de los pueblos de la zona y que su nexo de unión con las guerras carlistas hiciera adulterar el recuerdo, asociándolo a un evento de la historia del carlismo.

Llama la atención que, a pesar de haberse conservado en buenas condiciones, no era una construcción del todo conocida en el municipio al que pertenece (Villatuerta). Al contrario quizás que en Oteiza, que tal vez por su proximidad había más vecinos que lo conocían. Además, al no haber un camino propio hasta el lugar y que se halla en un mogote de la sierra medio escondido entre la vegetación, han hecho que perdurara en gran medida inalterado.

a) El blockhaus

El edificio tiene 25 m de longitud en cada una de sus alas y 4,5 m de anchura. Los muros están realizados con un aparejo de mampostería de sillarejo de caliza local, calzados con ripios. Las caras exteriores presentan un módulo de mayor tamaño que las del interior, siendo los esquinales y las jambas de la puerta de la entrada las de mayor tamaño, para darle mayor consistencia (Arrieta, 2015: 431). Las paredes conservan una altura que oscila entre los 0,5 y 2 m de alto y un espesor de 0,80 m. Los agentes tanto biológicos como meteorológicos han hecho que sus paredes hoy en día se encuentren levemente inclinadas, amenazando ruina. Una de las razones por las que el muro conserva al menos 1,20 m de altura, responde a que a partir de esa altura estaba la línea de aspilleras del cuartel. Siendo sus oquedades un punto débil a nivel estructural, el edificio se ha derruido a partir de esa altura. Tan solo se contabilizaron hasta un total de tres aspilleras visibles antes de empezar el proyecto arqueológico. En cuanto a la entrada al blockhaus, está situada en el ala oeste, en su cara norte, y a media altura, aunque antes de la intervención apenas se apreciaba, ya que se hallaba totalmente sellada. No obstante, entre el plano cartográfico y las anotaciones hechas en campo, pudimos llegar a ver que la apertura de la puerta era de 2 m de ancho.



Figura 21. Foto del 2014 en el que se ve cual era la situación del interior del blockhaus antes de su intervención



Figura 22. Muestra de tres aspilleras desde el interior del fondo del ala este del fuerte. Se ve cómo a 1,20 m de altura se inicia la estructura de la aspillera

Por otro lado, formando parte del edificio, en dos de sus brazos (el del sur y el oeste) se conserva un nivel de tierra prensada y reforzada con sendos muros de mampostería de sillarejo en seco contruidos en forma inclinada, a modo de contrafuertes. Ésta estructura, de casi 2 m de altura, se encuentra afectada por un importante derrumbamiento en uno de sus ángulos, que puede llegar a amenazar ruina en el futuro.



Figura 23. Contramuro sobre el ala este del edificio, visto desde la luneta

b) La luneta

Hoy no se aprecia ninguna estructura asociada a este espacio. Solamente la superficie aplanada donde se sobreentiende que albergó en su día las dos baterías a barbata para las dos piezas de artillería. Se da por hecho que debía de estar construida con algún parapeto de piedra, ya que en la escarpa se hallan lajas provenientes de esta parte del recinto.



Figura 24. A mano izquierda la escarpa de la luneta, con los desprendimientos de piedra de su parapeto interior. A mano derecha, la huella de lo que fue el foso, hoy totalmente colmatado

En cuanto al edificio rectangular del interior de la luneta, siguiendo el plano cartográfico, nos hizo pensar sobre la probabilidad de que fuera el polvorín. Todavía hoy se aprecia el inicio de una hilada de piedras que correspondería con la localización del mismo.

Algo que pudimos percibir también y que ni las fuentes escritas ni la cartografía mencionan, es el tramo de un camino empedrado dentro de la luneta, que hemos supuesto que serviría para facilitar el movimiento de las piezas de artillería.



Figura 25. Tramo de calzada empedrada, en donde se puede ver cómo las piedras de las esquinas son un poco mayores que las del resto. Su anchura, de alrededor de 1,5 m

c) El foso

No se conserva en su vertiente oriental, debido a las labores agrarias relacionadas con la intensa explotación que durante años se ha venido realizando hasta escasos centímetros de sus paredes. Sin embargo, en el resto del perímetro sí que se aprecia una tímida huella hundida en el terreno, fruto del proceso de colmatación.

3.4. El proyecto arqueológico

El origen del proyecto se remonta a septiembre de 2014, cuando con motivo del día mundial del turismo, el Museo del Carlismo de Estella, organizó una visita guiada a los cuatro reductos liberales de Monte Esquinza, dirigida por José María Ocáriz Basarte (vecino de Villatuerta y aficionado a la historia militar), que había identificado sobre el terreno los cuatro reductos. El aparente descubrimiento dado a conocer a través de la visita, generó un rápido interés por parte del ayuntamiento, que quiso colaborar para seguir ampliando el conocimiento sobre ellos. A finales del año 2015 y mediante Ocáriz, pudimos proponer al ayuntamiento el proyecto de excavación del fuerte Princesa de Asturias, que vería la luz en 2016, gracias al apoyo económico municipal.

La decisión de la intervención en el fuerte de la Princesa y no en algún otro, radicaba en sus características arquitectónicas y monumentales, que hacían de los cuatro el más apto para una posterior apuesta turística.

El proyecto arqueológico se dividió en dos fases fundamentales: por un lado, una prospección y una excavación arqueológica, que se desarrollarían entre los días 8, 16 - 27 de mayo del 2016 y una

tercera semana del 14 al 18 de noviembre de ese mismo año. Por otro lado, quedaba la consolidación de las estructuras, con el objetivo de ralentizar los efectos de los agentes ambientales que estaban logrando la destrucción paulatina del inmueble.

Dentro del planteamiento inicial de la excavación arqueológica, se decidió realizar dos sondeos. Uno en el interior del fuerte, con el objetivo de estudiar las posibles estructuras que pudieran permanecer, así como la búsqueda de los restos materiales asociados a sus moradores. Por otro lado, un segundo sondeo en el interior del primer foso de los dos de que disponía el reducto, pretendía ver cómo se articulaba ese espacio de tránsito hacia el exterior y conocer de primera mano la ingeniería del foso y su puente levadizo.

Como preludeo a dicha intervención, la brigada del ayuntamiento colaboró desbrozando tanto el interior y exterior del fuerte, así como con la apertura de un camino peatonal por zona comunal, de cara a las futuras visitas turísticas.

3.4.1. La prospección

Una de las labores previas a la intervención arqueológica fue la prospección metálica del área exterior del fuerte, en donde no se iba a intervenir arqueológicamente. El objetivo era hallar restos de la cotidianidad del fuerte: evidencias físicas de un ataque carlista, disparos de artillería, o cualquier otro elemento atribuible a esta cronología. Para dicha labor recurrimos a la colaboración de dos amigos con amplia experiencia en la materia: Jesús Ángel Arrate Jorrín y Alberto Rubio Olmedo. Ambos, son veteranos en este tipo de trabajos, ya que realizaron el estudio de la batalla de Somorrostro (Arrate, 2014), cuya metodología de trabajo pusimos en práctica para nuestro caso particular de la batalla de Abárzuza.

En la media jornada de trabajo de campo que duró la prospección, se documentaron un total de 78 elementos, la gran mayoría metálicos. Entre el material hallado, se registraron un total de siete vainas (todas ellas Remington), una bala sin identificar, una hebilla, un botón de infantería de la I República Española de 1873 – 1874, cuatro envases de conserva y 23 fríctores⁷⁶.

De los resultados obtenidos en la prospección, hemos podido llegar a ciertas conclusiones:

- El hallazgo de siete vainas Remington nos informa del único sistema de fusil aparecido hasta la fecha usado por parte de las tropas que convivieron en el fuerte. La falta de evidencias armamentísticas relacionadas con los carlistas, parecen confirmar la tranquilidad con la que pudieron vivir en este fuerte, ya que no parece que sufrieran ataque alguno. Esto mismo plantean las fuentes escritas, que al contrario sí atestiguan ataques a los restantes fuertes de la sierra.
- Dentro de la indumentaria, recuperamos una hebilla que podría encajar dentro del contexto del fuerte. De ser así, formaría parte del atuendo de un soldado. También se recuperó un

⁷⁶ Ver glosario

botón de bronce propio de las casacas de los soldados republicanos, que siguió en uso durante el gobierno de Alfonso XII. Estos dos hallazgos nos hablan de la presencia de la infantería liberal que habitaba el fuerte.

- Los restos de cuatro envases de conserva resultaron ser un gran descubrimiento. No tanto en un comienzo (porque no se supieron identificar y se dudaba sobre su contexto histórico), pero sí más tarde en el laboratorio. Estos elementos atestiguan la utilización de conservas como parte indispensable de la alimentación de la compañía que, como veremos más tarde, nos informa de las diversas vías que usó el ejército liberal para alimentar a sus hombres y de su sofisticado aparato logístico.
- La aparición de 23 frictores en la parte norte de la luneta, bastante concentrados, confirma el uso y el empleo de las piezas de artillería. Cada uno de ellos representa el desecho de un disparo de artillería. De modo que, aunque se desconoce la razón de los disparos, ya que los defensores del fuerte no fueron atacados, puede deberse a la necesidad de realizar ensayos por parte de los artilleros y de verificar el buen estado de la pieza de artillería.

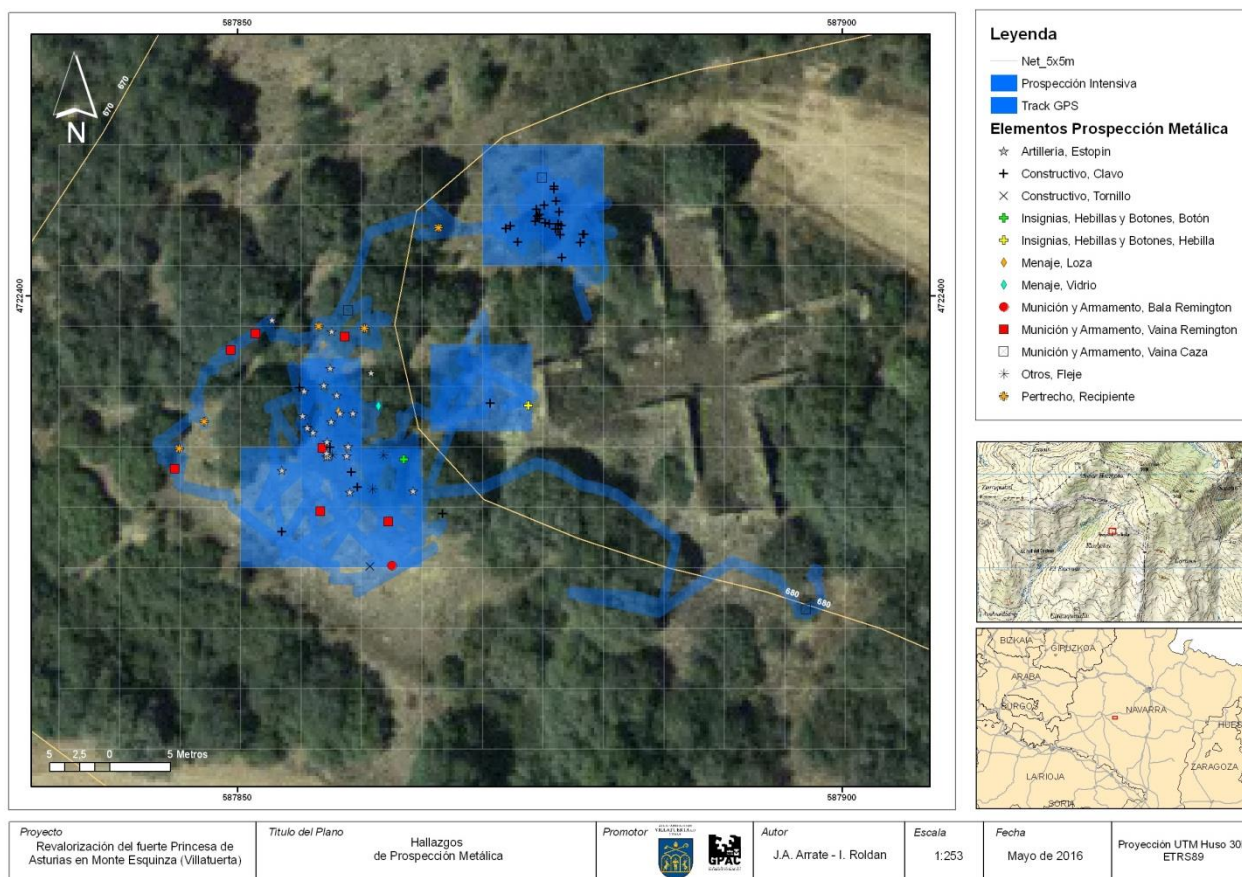


Figura 26. Disposición de los materiales hallados durante la prospección metálica. En azul se ve las zonas recorridas por los dos técnicos en su estudio geofísico. Se aprecia una concentración de una veintena de frictores en la luneta, lo que identifica el lugar de la artillería (Plano de Jesús Ángel Arrate)

3.4.2. La excavación

La excavación arqueológica ha servido, entre otros aspectos, para conocer de primera mano cómo se dio el proceso de creación del reducto hasta su total abandono. Por ello, a continuación, analizaremos las diferentes fases arqueológicas que hemos podido establecer gracias al proceso de excavación.

a) La construcción del fuerte

Para la construcción del fuerte, lo primero que hemos podido documentar fue la quema de la vegetación para despejar el lugar (UE 18 sin excavar), en donde realizar un corte en terreno natural (UE 9 y 20), para nivelar y soterrar en parte el blockhaus (UE 3). Debido a que el fuerte se construyó sobre la parte alta de un mogote, la desnivelación del terreno por el lado oeste hizo necesario los trabajos de nivelación. Una vez levantado el fuerte, excavaron el foso haciendo un corte (UE 21) en las arcillas naturales (UE 20) que recorrió el foso perimetralmente.

Gracias al sondeo exterior pudimos documentar con bastante exactitud las características del foso y elementos adscritos:

Su estructura presenta una forma de “U”, con los lados muy oblicuos que en algunos tramos son casi verticales, siendo el lado más cercano al fuerte de mayor profundidad que su contrario; mientras que el fondo resultó ser cóncavo. La tierra extraída del foso fue acumulada contra el muro para realizar una escarpa (UE 13 sin excavar). Ésta, se ha documentado en la esquina sureste del sondeo exterior y presenta una planta con forma de “L”, siendo el lado más largo el orientado al este-oeste (7,64 m), y el corto de norte a sur (5,95 m). Además se ha podido documentar el grosor de la escarpa, que oscila entre 0,01 y 0,60 m. Una vez cavado el foso, construyeron un muro en su interior (UE 17), documentado en el brazo largo del foso (este-oeste). Se trata de un muro de mampuestos regularizados de arenisca local, de diversos tamaños (por ejemplo: 41x21x4 cm; 27x15x5 cm; y 17x17x4 cm) que se encuentran trabados con arcillas. El muro tiene una altura de 2,10 m y su construcción se destinó a servir de asiento al puente levadizo del fuerte. Más hacia el oeste y partiendo de este muro, apareció la construcción de una escarpa que, en vez de estar trabajada a base de tierra prensada, estaba hecha con piedras irregulares de un tamaño mayor que el descrito en el último muro (por ejemplo: 85x25x22 cm), también trabadas con arcillas amarillas y que ya aparecía referenciado en el plano cartográfico de 1875.



Figura 27. Foto en el que se muestra el sondeo exterior del blockhaus, ya finalizado. Dentro del foso, distinguimos a mano izquierda la escarpa de tierra, seguido del muro vertical del puente levadizo y terminando con una escarpa de piedra. También se puede ver la excavación de un rectángulo en el foso, mostrando la unidad negativa de una estructura, seguramente de madera, para el puente levadizo, o el relleno del foso en la sección del fondo. Finalmente, en la parte superior izquierda de la foto, la entrada al blockhaus (con la recolocación de varias piedras de las jambas), y dentro, el sondeo interno, hasta el nivel excavado

Una vez terminada la edificación del fuerte, en el espacio central del interior, se realizó una estructura con forma de cuarto de círculo, compuesto por una hilera de piedras de arenisca local (27x21 cm; 26x16 cm; 11x15 cm). Éste presenta un relleno de tierra gris (UE 15 sin excavar). Posteriormente, hemos documentado un relleno de tierra rojiza con vetas amarillas y marrones (UE 8 sin excavar), que conformaban una superficie horizontal; y otro relleno de piedras (UE 7) de diversos tamaños trabadas con tierra oscura (23x17x6 cm; 33x24x5 cm), que conformaba una superficie horizontal. Ambas unidades estaban destinadas a nivelar el espacio y pudieron haber funcionado como preparación del suelo posterior⁷⁷.

⁷⁷ Tenemos un caso parecido de otro suelo empedrado en un yacimiento en Catalunya, ver página 209 de la discusión.



Figura 28. Unidades estratigráficas 7 (las piedras) y 8 (la tierra rojiza) dentro del sondeo interno

b) Periodo en activo

En el ala oeste del fuerte, constatamos el nivel de uso del interior (UE 6). Se trata de un suelo que se deposita sobre los rellenos anteriormente mencionados (UE 7 y 8). Aquí se han recuperado algunas cerámicas vidriadas en verde y un botón con cuatro orificios correspondiente a una prenda interior, al igual que algún elemento constructivo, como teja.

c) Amortización

Es después de la guerra cuando se procede al desmantelamiento del fuerte y la amortización del espacio. En la zona interior solamente se ha registrado un pequeño derrumbe (UE 10) compuesto de piedras de diversos tamaños de arenisca local (30x18x4 cm; 39x29x9 cm; 34x29x12 cm; o 20x7x7 cm.), con tierra marrón oscura entre las piedras, proveniente del derrumbe del muro contiguo.

En el sondeo exterior es donde mejor se aprecia el proceso de amortización del fuerte, que siguió al abandono del lugar. Pudimos comprobar como el proceso de anulación del foso se realizó con materiales del propio fuerte. Aquí llegamos a documentar hasta tres rellenos diferentes:

- Un primer relleno que colmataba parcialmente el foso y que presentaba una forma rectangular

con orientación norte-sur, composición arcillosa, compactación media y coloración rojiza con vetas amarillas (UE 14). En esta primera unidad ubicada en el fondo del foso, hallamos abundantes restos de material constructivo (tejas bastantes completas y algún ladrillo) y cultura material de la guerra, como es el caso de algunos fragmentos de cerámica, porcelana, vainas...

- Un segundo relleno que se extendía ya por todo el sondeo exterior (UE 19). En el lado corto, su orientación era norte-sur, mientras que en el largo seguía la orientación este-oeste. Se componía de arcillas amarillentas con vetas rojizas y textura arenosa. Presentaba también intrusiones con abundantes piedras de diversos tamaños (37x24x7 cm; 17x15x3 cm; 53x40x13 cm) y restos constructivos, siendo más abundantes los ladrillos que las tejas. Aquí al igual que en la unidad anterior, se recuperaron restos de cultura material, pero a diferencia de la anterior, esta fue la unidad en la que más restos pudimos documentar: fragmentos de vidrio, cerámicas, metales de diversa procedencia...
- Un último relleno del foso que no solamente lo amortizaba por completo, sino que además continuaba incluso rellenando el talud contiguo al muro del blockhaus de la entrada (UE 12). Su forma es irregular tirando a rectangular, con orientación este-oeste y su composición arcillosa/arenosa, con presencia de abundantes intrusiones de piedras de diversos tamaño como podemos observar en la figura 29 (62x47x6 cm; 32x16x8 cm; 23x22x7 cm; 25x21x15 cm). También en este último caso volvimos a recuperar material arqueológico, entre el que destaca con gran diferencia el porcentaje de fragmentos tanto de teja como de ladrillo, junto con fragmentos de cerámica, vidrio y metales.

A juzgar por la composición de los diferentes rellenos que hemos visto, el proceso de amortización sigue un orden correlativo respecto al desmantelamiento del fuerte. Comenzando por el techo con la agrupación de un mayor porcentaje de fragmentos de teja (UE 14); siguiendo con un aumento del de los ladrillos (UE 19), en relación a la obra de transición entre el techo y las paredes; y finalizando con el aumento del porcentaje de la piedras (UE 12), como parte del desmantelamiento de la parte superior de las paredes, que parece llegar hasta el nivel de las aspilleras.



Figura 29. En la imagen se aprecia la extensión de la UE 12 compuesta por la acumulación de piedras procedentes del fuerte. Es la última unidad estratigráfica de la amortización del foso

d) Uso como corral del espacio interior y abandono del exterior

Una vez desmantelado el fuerte, se reutilizó como corral para ganado ovino⁷⁸. Para ello se acometieron una serie de medidas de adecuación, como fue el cerramiento de la puerta de entrada con un muro (UE 4) de piedra de arenisca de diversos tamaños (51x21x16 cm; 55x13x11 cm; 29x26x17 cm; o 79x77x27 cm). Éste se realizó a base de reutilizar las propias piedras del fuerte, trabadas en seco y empleando algún ladrillo para calzar alguna piedra. De esta forma se consiguió sellar un espacio de 1,20 m de altura, por 1,10 m anchura y 0,60 m de profundidad. Además, se rehicieron varias hiladas de un muro caído (UE 5), realizado con las propias piedras del muro original de arenisca, colocadas sin orden y también trabadas en seco. Las dimensiones de este último eran de 0,50 m de altura, por 2 m de longitud y 0,44 m de profundidad. Ambos cerramientos se tuvieron que hacer para mantener al ganado en el interior del edificio.

⁷⁸ En referencia a las conversaciones con los mayores de Oteiza.



Figura 30. Unidad estratigráfica 4, en relación al cerramiento de la puerta de la entrada. Se aprecia justo donde se encuentra el jalón, como el muro del cerramiento se adosa al muro original del fuerte

e) Abandono final

A esta fase se atribuyen sendos niveles asociados al abandono definitivo del edificio y documentados tanto en el interior como en el exterior del fuerte. En el interior se ha documentado un nivel compuesto por piedras de diversos tamaños provenientes del derrumbe de las paredes, tierra muy orgánica y abundancia de raíces (UE 1). En el exterior, se documentó otro relleno similar al del interior, compuesto por tierra muy orgánica y piedras de diversos tamaños proveniente también del derrumbe del edificio (UE 2).

3.5. Materiales

La excavación arqueológica ha permitido recuperar un total de 1.427 piezas, que forman una de las principales colecciones de España sobre esta guerra. Es un conjunto importante no solamente por la cantidad de piezas, sino también por su heterogeneidad. La diversidad de objetos recuperados nos ayuda a día de hoy a acercarnos un poco más al estudio de la cotidianidad del soldado.

A continuación describiremos los diferentes elementos característicos que hemos recuperado a lo largo de la intervención, catalogados en grupos de acuerdo a su naturaleza, siguiendo la

organización descrita en el apartado de la metodología. De este modo, encontramos elementos atribuibles a una amplia variedad de categorías: desde la dieta, pasando por el armamento, la indumentaria, enseres del soldado, o la edificación, entre otros.

3.5.1. La dieta

Hemos hallado dos clases de restos relacionados con la dieta. Por un lado, la posible evidencia directa de la ingesta de alimentos, como son los huesos; y por otro lado, fragmentos de recipientes (cerámicos, metálicos o vítreos), que se usaron en algún momento para el preparado de las comidas. Hemos dividido este último apartado en cuatro puntos, según la naturaleza de los restos: almacenaje, procesado, servicio y consumo de alimentos.

a) Restos faunísticos

Hemos recuperado un total de 33 restos óseos que podrían haber formado parte de la dieta de la soldadesca. Dientes, vértebras, una mandíbula, una costilla o una taba son parte del conjunto. Tras haber realizado un estudio zooarqueológico, se han podido identificar 30 ellas, de las cuales, según el número mínimo de individuos, tenemos representados dos especies de ganadería mayor (équido y vacuno), dos de cabañas pastoriles (oveja y cabra), y un pez marino de gran tamaño (bonito/atún; figura 31). De la muestra reunida, destacan las cuatro vértebras de pescado que, posiblemente se trasladarían al frente en salazón o por otros medios de conservación.



Figura 31. Dos vértebras de pescado (VTT003/16/14.036 – 37)

También se aprecian algunas marcas de descarnamiento producidas en dos restos óseos (figuras 32 y 33), fruto del corte de la hoja contra el hueso. De esta forma se podría constatar la introducción de ciertos animales en el campamento, que luego serían preparados para cocinar.



Figura 32. Dos marcas horizontales paralelas sobre una costilla (VTT003/16/14.035)



Figura 33. Al menos dos marcas paralelas verticales (VTT003_16_19.147)

b) Almacenamiento

1- En soporte cerámico:

En esta categoría hemos incorporado los cántaros y orzas que hemos encontrado. Hemos contabilizado un total de tres cántaros, mediante el cómputo de número mínimo de individuos. Así mismo hemos computado una orza y dos individuos indeterminados, que bien podrían ser orzas o jarros. A continuación, describiremos dos ejemplares, uno de cada tipo de los más representativos.

El primer ejemplar es un cántaro que está compuesto de tres fragmentos (figura 34), pertenecientes

a la parte del cuello y hombro. Sus grandes dimensiones, así como la apertura del cuello, nos hacen creer en la prevalencia de un cántaro sobre otras formas. Presenta una decoración animal por debajo del hombro de la pieza, que puede relacionarse con algún ave. El dibujo termina con una decoración geométrica, alternando líneas horizontales y en zig-zag, que separan el cuerpo del cuello y que discurren por encima del animal. Todo ello fue dibujado en marrón mediante manganeso.



Figura 34. Fragmento del cuello y hombro de un cántaro (VTT003_16_12.34)

El ejemplar de orza también se compone de tres piezas. La apertura de la boca nos da una idea de su anchura de su diámetro. El labio redondeado, se compone de un borde ligeramente exvasado y presenta un baquetón triangular. Este da paso a un cuello de 2,7 cm de longitud, de pared casi recta, e inicio del cuerpo globular. La pieza se encuentra vidriada mayoritariamente en verde oliva, alternándose con un vidriado amarillento tanto al interior como al exterior.



Figura 35. Fragmento de una orza (VTT003_16_19.882)

2- En soporte férrico:

En este apartado nos referimos a los fragmentos de latas de conserva de hojalata que hemos hallado en el foso del fuerte. Para esta categoría nos ha sido imposible realizar una cuantificación, ya que los restos estaban tan fracturados que no se podían correlacionar entre sí. No obstante, se han

hallado un total de 305 fragmentos, que avalan la importancia de estos elementos.

Sin embargo, entre los restos hemos podido definir algunos recipientes, cuyas formas evidencian un notable abanico tipológico, sujeto al producto enlatado:

- El primer caso (figura 36), corresponde con una tapa fina y redonda de 7,3 cm de diámetro, con un tope para el cierre del envase. En el centro dispone de un saliente fracturado que, podría haberse usado para transportarlo, colgarlo o como agarre para retirar la tapa.
- En el segundo caso (figura 37), se trata de un envase cilíndrico aplastado que pudo tener un diámetro de alrededor de 7,5 cm y con una longitud de 12,2 cm. Se conserva prácticamente entero, salvo el fondo y la tapa del mismo.
- En el tercer caso (figura 38), es un recipiente rectangular, cuyas medidas son, 7 cm de longitud, por 7 cm de ancho, por 3 cm de alto.
- El cuarto y último caso (figura 39), corresponde con un envase ovoide, que por las medidas y forma recuerda a las latas de atún actuales.



Figura 36. (VTT003_16_12.4); Figura 37. (VTT003_16_19.252)



Figura 38. (VTT003_16_19.514) ;Figura 39. (VTT003_16_19.251)

c) Procesado de alimentos

1- En soporte cerámico:

Dentro de esta categoría destacan dos ollas computadas según el número mínimo de individuos (figura 40). La primera de ellas, la más completa, se encuentra formada por 32 fragmentos, mientras que la segunda se compone de seis. A nivel tipológico son iguales y tan solo difieren un poco en el color del vidriado. Por tanto, a continuación describiremos tan solo la primera, al ser la más completa de las dos:

Se trata de una olla de 17,5 cm de diámetro de boca, de labio apuntado y borde apestañado, ambas hacia el exterior. El cuello presenta una carena para dar paso a un cuerpo globular, de paredes finas, de unos 0,4 cm de grosor. Presenta dos asas de sección elíptica enfrentadas. La pieza se encuentra vidriada con un vedrío marrón al interior, labio y parte del borde y presenta goterones de vidriado al exterior, también sobre el asa. Es una pieza de cocción oxidante, con restos de quemado en el exterior fruto del uso. Conserva el sello del alfar inciso en el inicio del cuerpo, cerca del asa, en forma rectangular (2 x 1,5 cm), en cuyo interior se puede leer *SALVE Y EBREDA* (figura 41). Por lo que estas piezas se relacionan con el municipio de gran tradición ollero de Breda, en la provincia de Gerona (Castellanos, 1987). A pesar de que no se conserva la totalidad de las piezas, cabe pensar que era lo suficientemente grande para poder repartir varias raciones a un grupo reducido de hombres.



Figura 40. Fragmentos de dos ollas (VTT003_16_19.102; y VTT003_16_19.118)

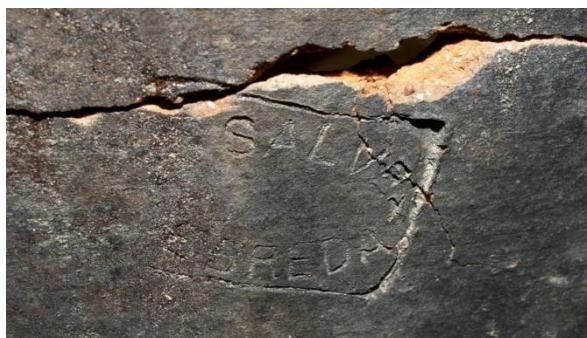


Figura 41. El sello que nos marca la procedencia de los alfares de Breda (VTT003_16_19.102)

2- En soporte férreo:

A pesar del mal estado de conservación de las piezas, algunos de los elementos de hierro no encajan en los cánones de las latas de conserva, sino en menaje de cocina. Aquí creemos haber identificado según el número mínimo de individuos dos cazuelas y una sartén.

- Cazuelas:

Tenemos dos, de las cuales la que mostramos en la figura 42, al ser la más completa. Se encuentra bastante fragmentada, pero a pesar de eso podemos hacernos una idea de su envergadura. El fragmento más grande alcanza unas medidas de 19 cm de longitud por 11 cm de ancho.

- Sartén:

La única que hemos documentado es la de la figura 43. Es de forma cilíndrica, posiblemente con un diámetro no inferior a los 19 cm y una altura de pared de 6 cm.



Figura 42. Fragmento de una cazuela (VTT003_16_19.264); Figura 43. Fragmento de una sartén (VTT003_16_19.259)

d) Consumo y servicio

1- En soporte cerámico:

Es la categoría más representada y en donde existe una mayor concentración de materiales. Por ese motivo hemos decidido subdividirlo y catalogarlo en diferentes subgrupos, según la finalidad de cada uno.

- Platos:

Hemos computado un total de nueve platos y un cuenco. De entre todos ellos, destaca un plato *creamware* compuesto de siete fragmentos, que conserva parte del sello de fábrica. Se

lee una “R”, acompañado de una parte del marco ovalado del sello, realizado en color negro.



Figura 44. Fragmento de un plato *creamware* y parte de la marca del sello (VTT003_16_19.135)

- Jarros:

Tenemos dos claros ejemplares que describimos a continuación. No obstante, también en el recuento tenemos otros tres elementos que, a falta de más fragmentos dudamos de si tendrían que estar en esta categoría. Hablamos de dos posibles jarros/orzas y un jarro/jarra.

El primero de los jarros, es una pieza de *creamware* fracturada compuesta de 27 fragmentos, que forman la estructura globular del cuerpo, e inicio de un cuello curvo. En su parte inferior presenta el arranque de un asa de sección ovalada. La decoración consiste en una composición escénica en horizontal, pintada en azul cobalto, que se inicia en la zona alta del cuerpo y que discurre hasta la zona media, abarcando el grueso de la zona globular. La pintura cuenta una historia a través de sus tres viñetas separadas por palmeras, en el que se muestra a un hombre vestido con lo que puede ser un traje regional (sombrero tipo barretina, chaleco, pantalón hasta las rodillas y unas posibles alpargatas), bailando o al menos en movimiento.

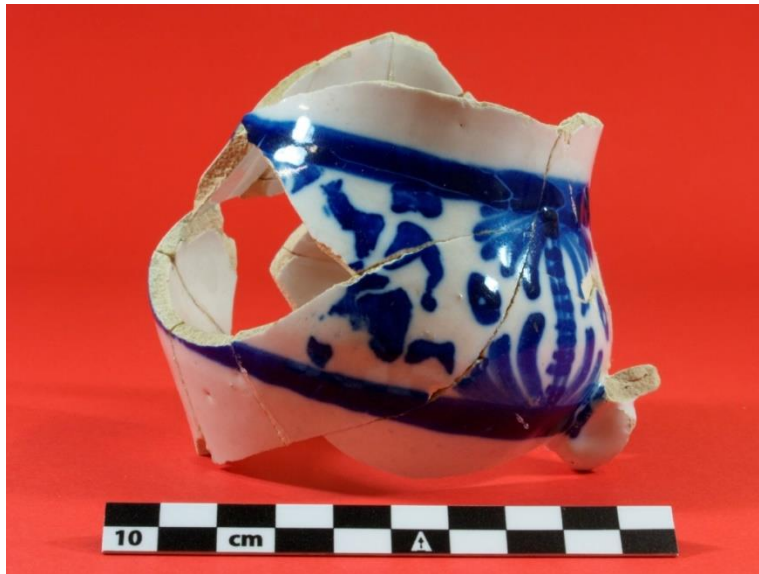


Figura 45. Fragmento de un jarro con decoración (VTT003_16_19.916)

En el segundo caso, tenemos un jarro vidriado casi completo, formado por 26 fragmentos. En cuanto a sus dimensiones, conserva una altura de 15 cm y presenta 9,5 cm de diámetro de boca. Se compone de un labio engrosado simple, con borde exvasado y baquetón redondeado, que sirve de inicio del cuello hacia un cuerpo globular. Finaliza en un fondo de base estrangulado con un diámetro de 6,1 cm. La pieza se encuentra vidriada al interior en una mezcla entre marrón y verde oliva. En el exterior, la superficie también se encuentra vidriada con los mismos colores, pero sin alcanzar toda la pieza. Tiene un asa de sección trapezoidal, que nace desde el labio y termina en el cuerpo, y como la gran mayoría de piezas de esta cronología, es de cocción oxidante.



Figura 46. Jarro vidriado casi completo (VTT003_16_19.880)

- Tacitas:

Se han podido recuperar un total de dos tacitas de café de *creamware*, muy similares entre sí

(figura 47):

- La primera de ellas, es la menos completa. Sus 12 fragmentos componen la parte inferior de una taza que alcanza la altura máxima de 3,3 cm y un diámetro de 4,5 cm. Tiene un cuerpo de pared recta, que descansa en un fondo de pie de solero y en la parte baja presenta el arranque de una pequeña asa. La superficie vidriada está craquelada tanto al interior como al exterior.
- La segunda de ellas está más completa, hasta el punto de tener el perfil entero. La altura que adquiere es de 5 cm, por 4,5 cm de diámetro. Su labio es redondeado y sus paredes descienden rectas hasta el fondo de la pieza, salvo por un pequeño baquetón rectangular dispuesto al final del cuerpo. A continuación nace un fondo de pie de solero. Como la anterior, tiene el arranque de una pequeña asa, que es de sección ovalada.



Figura 47. Fragmentos de dos tazas (VTT003_16_12. 33; y VTT003_16_19.915)

- Tazas:

Hemos recuperado un total de dos tazas, una de las cuales describiremos a continuación por conservar el perfil completo.

Esta taza es de mayores dimensiones que las anteriores. Se caracteriza por el diámetro en boca de 9,5 cm y sus 5,8 cm de altura. Presenta un labio engrosado simple, con borde ligeramente exvasado y con baquetón redondeado, que da paso a un pequeño cuello mediante una inflexión. El cuerpo es ligeramente globular y termina en un fondo de base estrangulado. La pieza está cocida en ambiente oxidante y contiene un vidriado marrón claro al interior y un marrón más oscuro al exterior, que no llega a cubrir toda la superficie. De hecho, como parte de la decoración, se han dejado caer varias gotas de vidrio que alcanzan casi la base de la taza. Al menos se compone de un asa de sección trapezoidal, que se inicia

en el labio y finaliza en la parte baja del cuerpo.



Figura 48. Fragmento de una taza (VTT003_16_19.881)

- Botijo/cantimplora:

Solo hemos podido documentar una pieza asociada a esta tipología. Conserva la boca casi entera, con un diámetro de 3,5 cm. Su labio es redondeado al exterior y el borde algo curvo, que continúa abriéndose hasta llegar a una carena. A continuación, el cuello descende de forma casi vertical. Es una pieza cocida en ambiente oxidante y presenta vidriado melado hacia el exterior, con algunas gotas en el interior.



Figura 49. Fragmento de un botijo/cantimplora (VTT003_16_12.30)

2- En soporte vítreo:

Al igual que para la cerámica, los criterios de cuantificación han seguido el procedimiento del número mínimo de individuos.

- Vaso:

Contamos con dos fragmentos asociados a vasos de cristal. Aunque describimos únicamente el más completo de los dos. El cristal es translúcido y presenta un labio redondeado, con un

diámetro aproximado de 8 cm. El grosor de las paredes es de 0,8 cm y presenta una decoración facetada. Llama la atención la similitud que tienen con los vasos actuales, al menos en cuanto a la decoración.



Figura 50. Fragmento de vaso (VTT003_16_7.2)

- Copa:

Hemos recuperado un único fragmento asociado a una copa de cristal traslúcido tipo cáliz. Se conserva parte del perfil de la pieza, que presenta un labio redondeado con borde de pared recta hasta el final del cuerpo. Ésta presenta un relieve hexagonal hacia el exterior, siendo cóncava hacia al interior. La copa no conserva más que el inicio del pie desde el cuerpo; no obstante, en la sección se aprecia su forma hexagonal. En la parte inicial del pie desde el cuerpo, conserva un elemento decorativo, formado de un cuerpo hexagonal globular pequeño de 2,7 cm de longitud. Debido a que alcanza una altura total de 5,5 cm, podría haber sido utilizada para una ingesta modesta de alcohol.



Figura 51. Fragmento de copa (VTT003_16_19.929)

- Botellas:

Hemos computado un total de diez botellas de cristal, a partir de los 29 fragmentos recuperados. A continuación, describiremos un total de tres botellas que son las que aportan mayor información.

- La primera (figura 52), está compuesta por un labio aplanado y un borde recto hasta el cuello. A continuación, sufre de un engrosamiento, dotándole de una forma globular característica, que vuelve a suavizarse conforme llegamos al hombro del cuerpo globular. La pieza alcanza una altura de 7 cm y tiene un diámetro de 3,8 cm máximo en el engrosamiento del cuello, frente a los 2,9 cm en la parte más pequeña del cuello. La pieza presenta múltiples signos de irisación, pero a pesar de ello, se percibe su color verde de origen.
- El segundo caso (figura 53), se corresponde con un fragmento de labio aplanado y borde con engrosamiento recto hasta el cuello, parecido al llamado *deep lip* o *deep packer* tipo (d) de la clasificación de bocas de vidrio de Berge (Berge, 1980: 55-56). A continuación, presenta un cuello recto que va curvándose conforme se va acercando al hombro del cuerpo. La botella, en este caso, también es de color verde.
- El último caso (figura 54), se trata de un fragmento de labio redondeado, de borde con engrosamiento triangular, e inicio de cuello recto. También es de color verde. Nuevamente, siguiendo la clasificación de Berge, parece corresponder con el tipo (l) *wine finish* (Berge, 1980: 56-57). Por lo que podría estar indicándonos el origen de una botella de vino.



Figura 52. (VTT003_16_19.931); Figura 53. (VTT003_16_19.932); Figura 54. (VTT003_16_19.934)

3.5.2. El armamento

Dentro de esta categoría hemos documentado materiales clasificados en dos nuevas subcategorías: armas portátiles de fuego y elementos relacionados con la artillería.

a) Armas portátiles de fuego

Aquí lo hemos dividido nuevamente en otras dos nuevas subcategorías: elementos relacionados con la munición y elementos relacionados con las armas blancas.

1- Munición:

Nuevamente subdivididos en tres subcategorías: vainas, balas y escorias.

- Vainas:

Se han recuperado 71 vainas del contexto de la guerra, que se han clasificado en dos tipos: Remington y Lefauchaux.

- Remington:

Son 69 las vainas totales halladas, 54 de las cuales se encuentran percutidas, 11 sin percutir y cuatro indefinidas (por ser fragmentos). Las vainas, fueron fabricadas siguiendo un proceso industrial, por lo que las medidas son en todos los casos iguales: 5,7 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro en el inicio del cuerpo. El problema es que, dependiendo de lo estropeada que se encuentre cada una, nos reflejará una medida u otra. No obstante, lo que las caracteriza a todas ellas es su fabricación el latón, su percusión central y que presentan un cuello golleteado en la parte alta de la vaina.



Figura 55. Una pequeña muestra de las vainas Remington halladas. Algunas presentan un estado de deterioro mayor (VTT003_16_19.1-7-1)

- Lefauchaux:

Hemos hallado dos vainas de este tipo, ambas del calibre 16, para ser empleadas en un fusil o arma de similar longitud de cañón.

La primera de las dos tiene 1,9 cm de diámetro por 0,5 cm de grosor (figura 56). Sabemos que pertenece al sistema Lefauchaux, por el orificio circular que tiene en la

parte superior en donde iba inserta la espiga⁷⁹ (vara metálica) antes de su uso. Tiene en la base dos marcas. La primera en la parte alta, en donde se dibuja una estrella de Belén que simboliza la fábrica de procedencia, en este caso la *Société Française des Munitions* de Paris (Francia). La segunda se localiza en la parte de abajo, en donde aparece marcado un 16, lo que nos indica el calibre de la vaina.

La segunda (figura 57), también presenta las mismas dimensiones que la anterior. Pero a diferencia de la anterior, todavía conserva la espiga de iniciación, que alcanza 1 cm de altura. En la parte baja de la base tiene marcado un 16, que hace referencia al calibre de la pieza.



Figura 56. (VTT003_16_1.4); Figura 57. (VTT003_16_19.228)

- Balas:

Gracias a la excavación hemos podido recuperar un total de 13, de las cuales 11 pertenecen al sistema Remington, mientras que las dos restantes están por identificar.

- Remington:

La bala Remington es un proyectil de 2,7 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro, que está compuesta por cuatro estrías, una de las cuales sirve de canal de engarce a la vaina (las tres primeras balas de la figura 59). Tiene una cabeza semiesférica, con un peso de 22,35 gramos (según la pieza VTT003/16/24.001). Estas balas de plomo se fabricaban como las vainas, siguiendo un proceso industrial.

- Sin identificar:

En cuanto a las dos no identificadas, la primera (figura 58) es de 2,1 cm de largo, por 1,1 cm de diámetro. Las dimensiones son menores que la Remington y presenta una superficie plagada de cráteres, que ha impedido poder identificarla.

⁷⁹ De ahí que también se llame al sistema Lefauchaux sistema de espiga (Martínez Velasco, 2008: 388)



Figura 58. Bala con cráteres en superficie (VTT003_16_0.1)

La segunda (cuarta de la figura 59), es también más pequeña que una Remington, presentando 2,3 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro. Tiene un peso de 20,18 g, lo cual la hace más ágil y presenta un canal de engarce. Debido a las medidas, podría relacionarse con la bala de un revólver.



Figura 59. En esta imagen mostramos tres balas Remington y la última de las dos que no hemos sido capaces de identificar (VTT003_16_19. 178 – 179 – 183 y 184)

- Escoria:

Hemos encontrado un total de cinco fragmentos de escoria de plomo, que muy probablemente en origen correspondieran a una bala. El proceso seguido podría haber sido el siguiente: de un cartucho se habría extraído la bala de plomo para calentarla hasta obtener el plomo líquido, con el objetivo después de confeccionar nuevas balas, o diferentes objetos, reconocidos hoy bajo el apelativo de *arte de trinchera* (Saunders, 2001). No obstante, en ese proceso el plomo sobrante quedaría en forma de colada amorfa (como nuestros casos) y es importante su documentación, ya que nos evidencia este tipo de actividad.

De entre las cinco, hemos querido describir la más completa (figura 60). Pesa 35, 45 g y en el caso de haberse formado con balas de plomo, creemos que se habrían empleado dos.



Figura 60. Fragmento de escoria de plomo (VTT003_16_24.2)

2- Armas blancas:

Tan solo tenemos en esta subcategoría la identificación de un elemento.

- Contera:

Hemos incluido en este apartado una contera de hierro (Latorre y León, 1875: 7), por estar probablemente asociada a una bayoneta. Esta pieza se localiza en la parte final de una vaina o funda de bayoneta, para dar mayor seguridad al portador y evitar hacerse daño con ella. Ésta en concreto mide 4,1 cm de longitud, con una boca rectangular de 1,5 por 1,7 cm y terminada en punta. El interior es hueco, con una pared exterior de 0.2 cm de grosor.



Figura 61. Una contera de una posible bayoneta (VTT003_16_19.243)

b) Artillería

Hemos dividido esta subcategoría entre artificios de iniciación y proyectiles.

1- Artificio de iniciación:

- Estopines de fricción:

El estopín de fricción metálico de cobre o latón era el medio empleado en la artillería de la época para poder accionar los mecanismos de ignición de los cañones. Se compone de dos partes esenciales:

Por un lado está el frictor, que se compone de un anillo (del cual tiraba el artillero) y una superficie rectangular con unos finos dientes en forma de rayas paralelas (unos diez). Sus dimensiones son pequeñas: 2,3 cm de longitud, por 1 cm de ancho y 0,1 cm de grosor. En las labores de prospección recuperamos un total de 23.



Figura 62. Un frictor (VTT003_16_0.25)

Por otro lado está el estopín propiamente dicho, que es una pieza en forma de “L”. Presenta un saliente, llamado lengüeta, que es en donde viene el frictor inserto de serie y que tiene una longitud de 1,8 cm. El resto del elemento es un tubo hueco de 6,8 cm de longitud, por 0,5 cm de diámetro, que está cargado de pólvora negra. Pudimos recuperar un total de siete elementos como el que mostramos en la figura 63, repartidos en las tres unidades estratigráficas de la amortización del foso.



Figura 63. Un estopín (VTT003_16_19.230)

Todos los estopines recuperados se corresponden con el estopín metálico modelo 1857 *de lengüeta* característico de la segunda guerra carlista, y por tanto, empleados en nuestros trabajos como *fósiles guía*. Anteriormente existía el estopín de carrizo y posterior a este

conflicto aparecería el estopín de alambre modelo 1881 (Calvó, 2013: 75).

El mecanismo de uso era el siguiente: el artillero al estirar del frictor (al hacerlo salía de la cavidad de la lengüeta), provocaba una chispa que prendía la carga de pólvora del estopín y extendía la combustión por la parte interna del tubo hasta transmitirlo por el oído del cañón a la carga interna. De este modo se accionaba el mecanismo que finalizaba con el disparo de una granada.

2- Projectiles:

- Virola:

Hallamos una virola de una espoleta de tiempos⁸⁰ de una granada de artillería. Estos elementos son de bronce, o cinc y estaño (Calvó, 2013: 78-79) y van enroscados a la espoleta. Mide 3,3 cm de longitud, por 2,8 cm de ancho y se divide en dos partes: el cuerpo hueco del interior y la cabeza hexagonal, con cuatro orificios de 0,3 cm de diámetro, enfrentados entre sí.



Figura 64. Una virola (VTT003_16_19.232)

3.5.3. Indumentaria

Tenemos dentro de esta categoría tres subcategorías relacionadas con elementos atribuibles a la soldadesca: la botonadura, la insignia y la hebilla.

a) Botonadura

Así mismo, dentro de esta categoría hemos diferenciado un total de tres tipos de botones diferentes según la materia prima: de bronce, *milk-glass button* o botones de *crystal de leche* y de madreperla.

⁸⁰ Generalmente empleadas en esta época para granadas Shrapnel. Se compone de tres piezas clave: un tubo cónico de madera, mechas de estopín y una virola (Latorre y León, 1875: 38-39).

1- Bronce:

Se han recuperado seis botones de bronce pertenecientes al atuendo del soldado, seguramente de una prenda de abrigo. Cuatro de estos botones son de tiempos de la I República Española (1873 – 1874), mientras que los otros dos corresponden a la presidencia del general Serrano (Guirao et al, 2012: 41-42). A continuación describiremos las características de cada uno de estos botones:

- Botón de la I República Española (11 de febrero de 1873 – 3 de enero de 1874):

Es un botón convexo de 2 cm de diámetro, en el que figura el escudo de España con los cuarteles de Castilla, León, Navarra, Aragón y Granada. Lleva una corona mural y a ambos lados del escudo las columnas de Hércules con la inscripción *Plus Ultra*. En la parte baja se lee el lema de *infantería*, en referencia al cuerpo del ejército al que corresponde.

Tres de los cuatro ejemplares recuperados presentan estas mismas dimensiones, mientras que el restante presenta un diámetro menor que los demás, de 1,4 cm. Llama la atención que este último botón todavía conserve parte del hilado de la vestimenta (figura 67).

- Botón de la Presidencia de Serrano (3 de enero de 1874 - 30 de diciembre de 1874):

Es un botón convexo de 2 cm de diámetro, en él figura el escudo de España con los cuarteles de Castilla, León, Navarra, Aragón y Granada. A diferencia del anterior, lleva una corona real y a ambos lados del escudo las columnas de Hércules, con la inscripción *Plus Ultra*. En la parte de abajo se lee el lema de *infantería*, en relación al cuerpo del ejército al que corresponde.

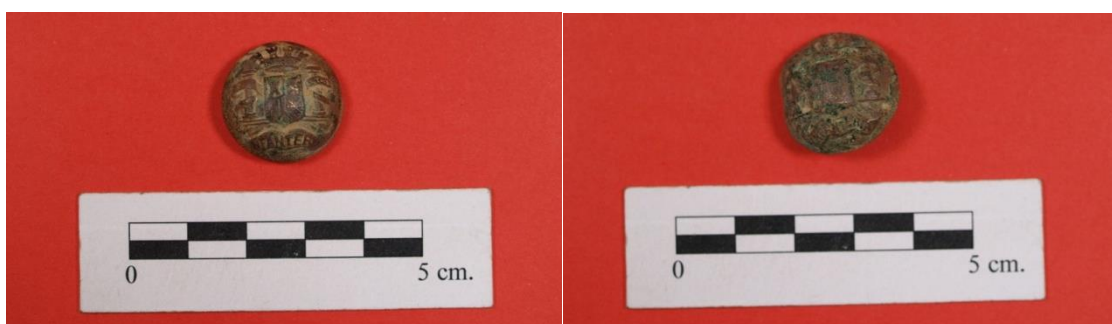


Figura 65. Botón de la I República Española (VTT003_16_19.12); Figura 66. Botón de la Presidencia de Serrano (VTT003_16_19.13)



Figura 67. Restos del hilado del botón de dimensiones más reducidas (VTT003_16_19.234)

2- *Milk-glass Button* o botones de *crystal de leche*⁸¹:

Hemos recuperado tres botones prácticamente idénticos. Su diámetro oscila entre los 0.9 y 1 cm y en todos los casos presentan cuatro orificios ovalados situados en el centro de la pieza. En los tres casos, uno de los lados presentaba una superficie algo picoteada. Tal vez se trate de la cara delantera del botón y por tanto la más expuesta.

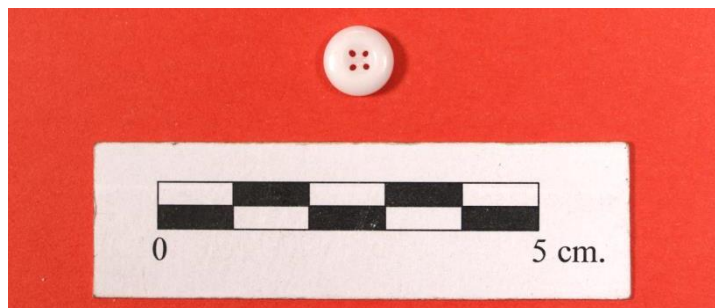


Figura 68. Ejemplo de un botón de cristal de leche (VTT003_16_6.1)

3- Madreperla⁸²:

Se ha podido recuperar un botón de madreperla para ropa interior de 0,9 cm de diámetro. Presenta cuatro orificios redondeados en el centro, realizados sobre un círculo hundido.

⁸¹ Este tipo de botones llamados *milk-glass button* o botones de *crystal de leche*, tienen sus orígenes en los botones de cristal que se comenzaron a fabricar allá por el siglo XVIII en Gran Bretaña. Durante gran parte del siglo XIX (1825-1870) se extendió el uso de botones de cristal de encaje para mujeres. Pero a partir de 1840, los botones de cristal de leche, de dos o cuatro orificios de vidrio prensado blanco opaco comenzaron a ponerse de moda entre las prendas masculinas y estas continuaron usándose hasta el siglo XX (Marcel, 1995: 5).

⁸² Conocidos en inglés como *Pearl* o *Shell buttons*, fueron empleados desde tiempos pre-coloniales en adelante. La materia prima procedía de conchas marinas (Marcel, 1995: 7-8).



Figura 69. El botón de madreperla (VTT003_16_24.178)

b) Insignia

Hemos podido encontrar una insignia militar de latón de una estrella de ocho puntas, con un estriado horizontal y hueca al interior. Según la graduación militar, su propietario sería un comandante (en el caso de que solo llevara una como esta), un teniente coronel (si llevara dos), o un coronel (en el caso de llevar tres). Este objeto es un claro indicador material de la estratificación social del ejército.

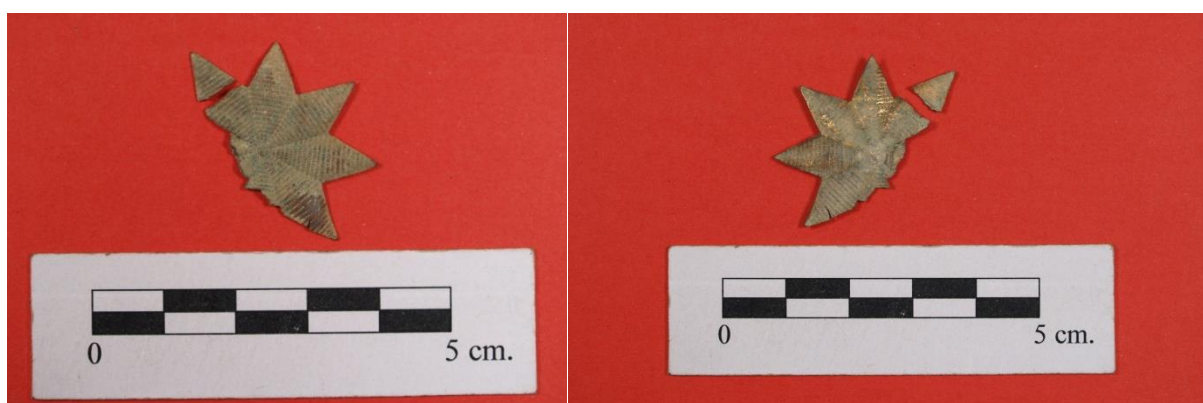


Figura 70. Vista delantera (izquierda) y vista trasera (derecha) (VTT003_16_19.11)

c) Hebilla

Hemos recuperado tres hebillas, una de las cuales (la VTT003/16/00.014) fue encontrada durante las labores de prospección metálica sobre la luneta del fuerte y creemos que puede ser parte de la indumentaria del soldado (figura 71). Su estructura rectangular con esquinas redondeadas de 5,1 cm de longitud, por 2,9 cm de anchura, puede encajar en las medidas esperadas por una hebilla de un cinturón. Además cuenta con la aguja del cierre.

Las restantes dos hebillas son más pequeñas en cuanto a tamaño. La VTT003/16/19.063 (figura 72), es de forma ovalada y está abierta por el centro de un lado. Tiene unas dimensiones de 3 cm de longitud, por 2,1 cm de ancho y 0,4 cm de grosor. En cuanto a la última, la VTT003/16/19.240, se encuentra en peor estado de conservación y no está del todo completa. A pesar de eso, sus dimensiones son parecidas a la de la anterior: 3,3 cm de longitud, por 2,3 cm de anchura y 0,3 cm de grosor.

A falta de estudios comparativos, no tenemos claro si estas dos hebillas tienen una relación directa

con la indumentaria del soldado o bien podrían tener otra funcionalidad.



Figura 71. Posible hebilla de un soldado (VTT003/16/00.014); Figura 72. Hebilla (VTT003_16_19.63)

3.5.4. Enseres del soldado

Dentro de esta categoría hemos recogido dos subcategorías: monedas y otros. En esta última recogemos objetos del soldado procedentes de diferentes ámbitos.

a) Monedas

Los trabajos de excavación han proporcionado un total de cinco monedas. Curiosamente, todas ellas en la unidad de amortización UE 19 del interior del foso. Tres monedas de cinco céntimos, uno de dos céntimos y uno de un céntimo. A continuación pasaremos a describir las características de cada una de ellas.

1- Moneda de cinco céntimos:

Moneda de cobre de 2,5 cm de diámetro. En el anverso se representa una alegoría republicana con la leyenda: *Cinco gramos 1870*. En el reverso, un león con el escudo de España, su leyenda: *doscientas piezas en kilog. Cinco céntimos*.

2- Moneda de dos céntimos:

Moneda de cobre de 2 cm de diámetro. En el anverso se representa una alegoría republicana con la leyenda: *Dos gramos 1870*. En el reverso, un león con el escudo de España, su leyenda: *quinientas piezas en kilog. Dos céntimos*.

3- Moneda de un céntimo:

Moneda de cobre de 1,5 cm de diámetro. En el anverso se representa una alegoría republicana con la leyenda: *Un gramo 1870*. En el reverso, un león con el escudo de España, su leyenda: *mil piezas en kilog. Un céntimo*.

Como se puede apreciar, todas las monedas fueron acuñadas en 1870, por tanto, por el gobierno

provisional de 1868 a 1871.



Figura 73. Varias monedas de diferentes céntimos (VTT003_16_19.14 – 15 – 16 – 17)

b) Otros

Aquí hemos agrupado un total de tres elementos diferentes que creemos que se asocian con la soldadesca.

1- Navaja:

Se trata de una pequeña navaja en mal estado de conservación, de 7,6 cm de longitud, por 2,1 cm de alto y 1,5 cm de grosor, que todavía conserva la hoja en su interior. Podría ser una navaja de afeitarse que formara parte del equipo administrado por la intendencia del ejército para el aseo diario del soldado. Otro ejemplar de navaja plegable, esta vez en relación a tropas liberales de la primera guerra carlista, la encontramos en las excavaciones del convento de San José de la Isla de Sestao (Bizkaia) (Martín Etxebarria, 2020: 6-8).



Figura 74. Imagen de costado de la navaja (izquierda), e imagen cenital (derecha) (VTT003_16_14.3)

2- Punzón:

Este pequeño elemento de 4 cm de longitud, presenta una pequeña cabeza para el agarre y un

cuerpo alargado terminado en punta roma. Su apariencia artesanal y la utilización del plomo como materia prima, nos hacen pensar en el uso de una bala para su elaboración. En este caso, para la construcción de un punzón o algún elemento similar. Entraría, por tanto, a formar parte de los elementos creados bajo el calificativo de *arte de trinchera*.



Figura 75. Posible punzón (VTT003_16_19.18)

3- Pizarrín:

También hemos recuperado un pequeño fragmento de 3 cm de longitud de un pizarrín o lápiz de pizarra con punta roma (suponemos que fruto del uso) y marcas en los costados. Estos objetos diseñados para la escritura se volvieron muy útiles a lo largo del siglo XIX, especialmente en las escuelas de las zonas rurales⁸³. Por lo que no es descabellado pensar en la posibilidad de hallar uno de estos elementos en un fuerte militar.



Figura 76. Posible pizarrín (VTT003_16_1.30-6)

3.5.5. Edificación

En esta categoría hemos reunido aquellos elementos relacionados con la construcción y uso del blockhaus. Los hemos dividido en dos subcategorías diferentes: aquellos vinculados con la construcción y aquellos relacionados con el mobiliario.

a) Elementos constructivos

⁸³ <http://plumahispana.blogspot.com/2016/12/pizarrines.html>

Dentro de esta subcategoría hemos aunado hasta un total de seis nuevas subcategorías, las cuales están íntegramente ligadas con la construcción del edificio. Son respectivamente: el ladrillo, la teja, el madero, el enlucido, el cristal de ventana y el material férrico

1- Ladrillo:

Tan solo hemos conservado un total de 14 de los muchos que se hallaban como parte del material de relleno de las unidades estratigráficas que amortizaban el foso. Por tanto, para este apartado no nos sirve realizar una labor de cuantificación. De entre los diferentes elementos rescatados, sobresalen los tres que se muestran en la figura 77, ya que presentan una superficie quemada fruto de su exposición a algún foco de calor. Esto podría evidenciar su relación con una cocina, o bien de algún fogón para calentar el edificio.

También cabe mencionar el hallazgo de dos ladrillos unidos mediante argamasa (figura 79), que dan fe de la construcción *in situ* de alguna estructura que no figuraba en el plano cartográfico del fuerte. Estos ladrillos, dependiendo de su composición, presentan tonalidades amarillentas o rojizas. En cuanto a las dimensiones se refiere, el más completo (figura 78) ronda los 31,5 cm de largo, por 16,5 cm de ancho y 4 cm de grosor.



Figura 77. Tres fragmentos de ladrillo con una superficie quemada (VTT003_16_19.168); Figura 78. Ladrillo casi completo (VTT003_16_2.18)



Figura 79. Dos ladrillos unidos mediante argamasa (VTT003_16_19.970)

2- Teja:

Al igual que en el caso de los ladrillos, recogimos un total de 22, de entre todas las que documentamos en las unidades estratigráficas del relleno de la amortización del foso (figura 80). Claramente el blockhaus se techó con parte de las tejas que hallamos en el sondeo. Aquí abundan los tamaños, formas (planas y curvas) y colores (blancuzcas, rojizas y amarillentas). De todas ellas, la más completa consta de 27 cm de longitud y 14 cm de ancho. Es de color amarillenta y conserva dos de los cuatro bordes (figura 81).



Figura 80. Muestra de la abundancia de fragmentos de tejas halladas en el sondeo exterior del foso; Figura 81. Teja casi completa (VTT003/16/14.040)

3- Madero:

También hallamos un pequeño número de fragmentos de madera que pudieron haber formado parte del entramado constructivo del fuerte. En total son cinco y como en los apartados anteriores, formaban parte de los materiales que amortizaban el foso.



Figura 82. Fragmento de madero (VTT003_16_19.963)

4- Enlucido:

Todos se hallaban algo oscurecidos. Encontramos numerosos fragmentos de enlucido, nuevamente en los rellenos del foso, procedente del interior del fuerte. Recogimos un total de nueve fragmentos que presentaban una superficie plana, en relación a la cara visible. Estas se hallan algo oscurecidas, fruto del contacto directo con la atmósfera del interior del fuerte.



Figura 83. Fragmento de enlucido (VTT003_16_19.964)

5- Cristal de ventana:

Hemos contabilizado un total de 15 fragmentos de cristal de ventana pertenecientes a un total de cuatro ventanas, según el número mínimo de individuos. Son pequeños cristales fragmentados y de

un grosor de apenas 0,2 cm. Son transparentes y generalmente presentan marcas de irisación.

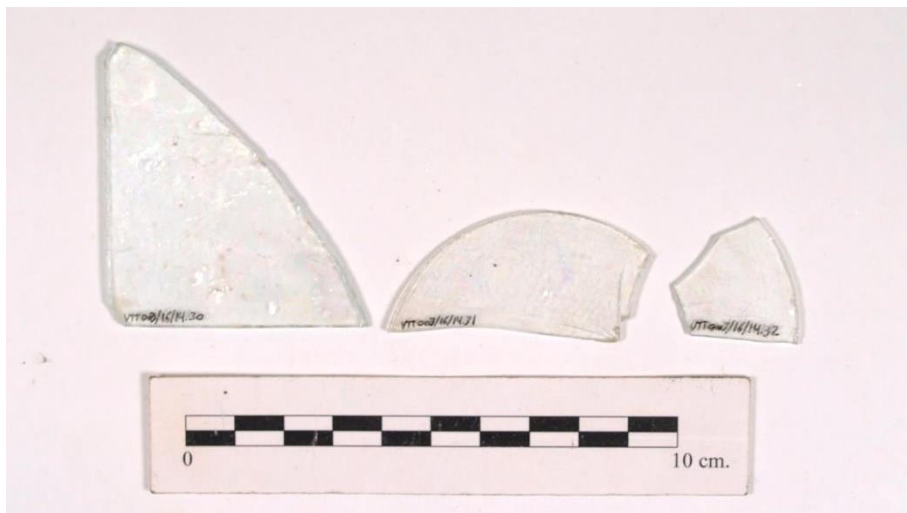


Figura 84. Tres fragmentos de cristal de ventana (VTT003_16_14.30-32)

6- Materiales férricos:

- Clavos:

Hemos recuperado un total de 496 clavos. Son, por tanto, los elementos que más abundan en la colección de materiales del foso, junto con restos de hojalata de las latas de conserva. Para conocer aún más sus características, describiremos dos clavos de forja. El primero es de carácter más estético (figura 85), mientras el segundo es más funcional y el más común de todos ellos (figura 86).

En el primer caso, tenemos un clavo de sección cuadrada de 7 cm de longitud por 0,8 cm de grosor. Presenta una cabeza redondeada de grandes dimensiones de 4,2 cm de diámetro, que seguramente fue usado como embellecedor de una puerta.

En el segundo caso, en cambio, tenemos un clavo de sección cuadrada con 15 cm de longitud, por 1 cm de grosor. Al igual que el anterior, se compone de una cabeza redondeada, esta vez de 2,7 cm de diámetro. Este tipo de clavo, con estas dimensiones, seguramente formaría parte del armazón del fuerte.



Figura 85. Clavo posiblemente empleado como embellecedor (VTT003_16_12.12); Figura 86. Clavo posiblemente del armazón del fuerte (VTT003_16_12.14)

- Bisagra:

Hallamos un total de cinco en la UE 19 relacionadas con la amortización del foso. Tienen unas dimensiones aproximadas a los 9,2 cm de longitud, por 2,2 cm de ancho y 0,9 cm de grosor. Disponen de orificios redondeados para ser clavados en las puertas mediante la inserción de clavos (tres en la figura 87). Pueden ser de dos tipos: hembra (con orificio hueco en el eje vertical), o macho (compuesta de una extremidad sólida en el eje vertical para encajar en la hembra) y hacen falta dos de cada (mínimo), para que la puerta pueda abrirse y cerrarse en buenas condiciones. En nuestro caso hemos encontrado cuatro hembras y un macho, y es este último el que mostramos en la siguiente figura.



Figura 87. Bisagra macho compuesta de tres orificios (VTT003_16_19.245)

- Hembrilla:

Son tres los fragmentos que hemos podido recuperar. En general presentan una cabeza que va desde los 2,7 cm de diámetro, a los 3,3 cm. Tienen una abertura redondeada u ovalada en el centro de 0,9 cm, o 1 cm de diámetro y un arranque del cuerpo alargado redondeado. En el caso que exponemos (figura 88), es de 3,3 cm de longitud por 0,9 cm de grosor.



Figura 88. Fragmento de hembrilla (VTT003_16_19.241)

- Aldabilla:

Pieza de forja de 17,4 cm de longitud, con una extremidad curvada abierta para ser enlazada a otra pieza y otra extremidad con forma de diente para ser encajada en una hembrilla. Según la Real Academia Española (RAE), sirve para cerrar puertas, ventanas, cofres...



Figura 89. Aldabilla (VTT003_16_19.540)

b) Mobiliario

En esta categoría hemos documentado un total de tres materiales relacionados como parte del mobiliario del fuerte. Los hemos dividido entre las subcategorías de candil y llave.

1- Candil:

Se han recuperado dos candiles provenientes de la unidad estratigráfica 19. La que mejor se conserva es la pieza de la figura 90, que tiene una cazoleta redondeada de 4,5 cm de diámetro y unos 2,5 cm de profundidad, así como una piqueta de 5,4 cm de longitud y el inicio de un asa rota. En su interior, conservaba todavía restos de unos carboncillos, posiblemente de la última vez que se usó.

La segunda, es el candil de la figura 91. Se compone de una cazoleta de 6,5 cm de longitud, por 5,3 cm de ancho y de forma redondeada. Ésta, está más fragmentada que la anterior y se conserva en peor estado.



Figura 90. Candil (VTT003_16_19.19); Figura 91 Candil (VTT003_16_19.250)

2- Llave:

También hemos recuperado una llave de 11,7 cm de longitud por 0,9 cm de grosor del cuerpo. Se compone de un agarre ovoide y hueco al interior, con pluma completa y diente rectangular.



Figura 92. Llave (VTT003_16_19.244)

3.5.6. Otros

Dentro de esta última categoría hemos reunido aquellos otros materiales que no formaban parte de las categorías anteriores. Están subdivididas entre las dos subcategorías de flejes y botica, respectivamente.

a) Flejes

Hemos recuperado un total de 27 fragmentos, siendo el más completo el que mostramos en la figura 93. Consta de 33 cm de longitud por 2 cm de ancho y 0,2 cm de grosor. Mantiene todavía dos aberturas redondeadas para la inserción de dos pequeños clavos, que distan 20 cm una de otra.

Estos elementos férricos se usaban para reforzar todo tipo de cajas de madera que servían por entonces para transportar y almacenar materiales, herramientas, munición..., básicas para la supervivencia en el frente. Por tanto, sus aberturas servían para ceñir la banda metálica al contorno de la caja, mediante clavos.



Figura 93. Fleje (VTT003_16_11.1)

b) Botica

Entre los posibles frascos de medicamentos, tenemos tres fondos de tipologías distintas y la parte superior de lo que creemos que es un fragmento de uno de ellos. A continuación describiremos cada uno de ellos, siguiendo el orden correlativo de la figura 94:

- La primera es la pieza VTT003/16/24.155 (1). Es un fondo rectangular de 3,7 cm de

longitud por 2,5 cm de ancho, con un bajorrelieve en el centro del fondo en el que se lee un “1” (figura 95). También tiene otro bajorrelieve con las letras “1091” (figura 96), en el inicio del cuerpo rectangular. Tal vez el número hace alusión al producto, por lo que de ser cierto, nos hablaría de una producción industrial con fines médicos. Las esquinas del frasco se encuentran biseladas, siendo una forma típica de producción de estos frascos⁸⁴. Finalmente, cabe decir que el cristal es de una coloración acuosa.

- La siguiente es la pieza VTT003/16/24.156 (2). Se trata de un fragmento de fondo circular de 4,3 cm de diámetro y un pie de solero. Inicia el cuerpo con una pared recta, circular, coloración acuosa y de apariencia frágil. Creemos que la siguiente pieza, la VTT003/16/24.153 (3), es la parte superior del mismo elemento. Se describiría con un labio aplanado de 2,4 cm de diámetro de boca por el exterior y con 1,3 cm por el interior. Tiene un borde engrosado rectangular, cuello recto circular de 2,5 cm de longitud e inicio del cuerpo globular. El hombro tiene un grosor de 0,1 cm, por tanto, de apariencia frágil. Es de cristal transparente como la pieza anterior.
- El último elemento a describir es la pieza VTT003/16/19.930 (4). Se conserva una parte del fondo, de forma ovalada, con 4 cm de longitud máxima, por 2,5 cm de ancho máximo. Le sigue un estrangulamiento en la parte superior del fondo, que da paso al inicio del cuerpo globular. Este cuerpo de sección ovalado se compone de paredes finas y de un cristal transparente como las anteriores.



Figura 94. Muestra de los diferentes elementos de cristal documentados que pueden relacionarse con medicamentos (VTT003_16_24.155 – 156 – 153 y VTT003/16/19.930)

⁸⁴ <https://sha.org/bottle/medicinal.htm#Early%20Medicinal%20Bottles>



Figura 95. Fondo de un frasco con un "1" marcado en bajorrelieve (VTT003_16_24.155); Figura 96. Pared del mismo frasco con los números "1091" marcados en bajorrelieve (VTT003_16_24.155)

4. EL FUERTE CARLISTA DE SAN JUAN

A continuación abordaremos el estudio del fuerte carlista de San Juan de Arandigoyen (Valle de Yerri), construido como el fuerte de la Princesa de Asturias a mediados de 1875 y que hemos incluido dentro de nuestra cuarta fase de la secuenciación constructiva. Para realizar el estudio de este fuerte, hemos recurrido a la excavación arqueológica como método de trabajo principal, para poder estudiar tanto la propia construcción, como su cultura material. En las próximas páginas expondremos el vaciado de información procedente de las fuentes escritas y la cartografía histórica, como los procesos de la intervención arqueológica y la descripción de su cultura material. Dejaremos el estudio interpretativo de los resultados para el siguiente capítulo de la tesis, en el que podremos comparar las conclusiones aquí obtenidas con las del fuerte liberal.

4.1. Situación geográfica

El fuerte San Juan de Arandigoyen se alza en una pequeña cumbre amesetada, a 580 m de altura, en el límite sur-occidental del Valle de Yerri, dentro del concejo de Arandigoyen (Valle de Yerri) y en la merindad de Tierra Estella (Navarra). Su cima limita entre los pueblos de Arandigoyen, Grocin (Valle de Yerri), Villatuerta y Estella; y a pesar de su modesta altura, forma parte como penúltima cúspide de la sierra de San Millán, en su extensión hacia el sur (figura 97). Como pasó en la sierra de Monte Esquinza, en esta no solo se construyó un único fuerte, sino que albergó dos fortificaciones más: el fuerte de San Millán (Jimeno, 1991: 195), sobre la antigua ermita de San Millán, a 670 m de altura; y el fuerte de Apalaz o León⁸⁵, a 677 m de altura (figura 102). Por tanto, modestas cumbres similares a las de Monte Esquinza y que espacialmente se localizan en el mismo eje longitudinal, representando uno de los últimos conjuntos montañosos de cierta importancia hacia la ribera del Ebro. El fuerte de San Juan, en unión de los otros dos, sirvió durante la guerra como parte del cinturón defensivo de la cara este de la ciudad de Estella.

⁸⁵ A pesar de que no está del todo claro, creemos que el ejército liberal se refirió al fuerte de Apalaz como de León, según la siguiente información: *...la artillería de los fuertes de San Juan, Arandigoyen, Monte Muru, León, San Millán y otros, que se encontraba abandonada en el barranco de Iranzu...* (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, VII, 1886: 482).

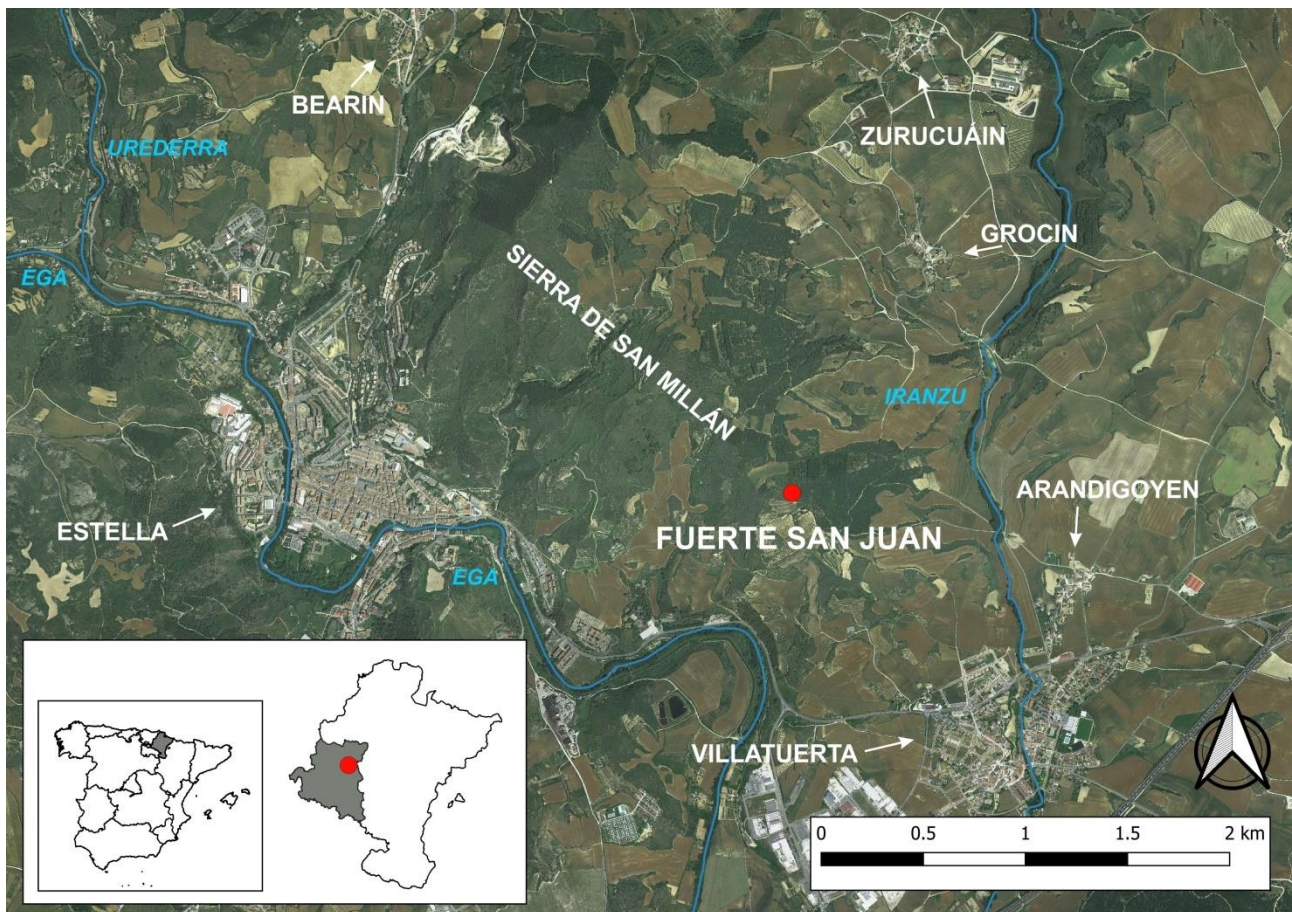


Figura 97. Localización geográfica del fuerte de San Juan en las inmediaciones de Estella y en la sierra de San Millán

4.2. Contextualización histórica

4.2.1. Situación geo-militar de la sierra de San Millán

Su localización desde tiempos pretéritos fue objeto de control por las gentes de la zona, como lo atestigua el hallazgo de un total de 21 fragmentos de cerámica hecha a mano de la Edad del Hierro (I milenio a. C.), que nos hablarían del poblamiento protohistórico de la cima. Su ubicación estratégica, desde la cual se visualiza tanto el ascenso de las tierras llanas de la ribera alta, hasta el interior del Valle de Yerri, como el territorio inmediato de la sierra de Monte Esquinza, la convierte en una atalaya natural para el control del territorio y en guardián de la entrada natural por el sureste a Estella. Este privilegiado punto no pasó inadvertido durante las guerras carlistas y fueron los carlistas quienes se hicieron con esta formidable defensa, erigiendo el fuerte de San Juan como principal punto fortificado que impidiese la entrada al ejército de la nación en la capital del carlismo navarro.

4.2.2. Antecedentes

Como hemos adelantado, durante la Edad del Hierro, esta cumbre debió de ser usada como castro (Larreta, 2006: 5). También lo corrobora la existencia cerca de la cima de un topónimo menor, conocido como *Gazteluzar* (castillo viejo) (Jimeno, 1998: 147), que en muchos casos se relaciona

directamente con la ubicación de un antiguo asentamiento protohistórico.

Es de suponer que, con la llegada del Imperio romano a finales del milenio el castro dejara de tener esa función y fuera abandonado, iniciándose así la creación de nuevos núcleos familiares en las llanuras limítrofes, en donde se asientan los pueblos actuales. Esta hipotética sucesión de eventos viene refrendada por el estudio etimológico de alguno de los pueblos inmediatos, como es el caso del de Grocin, que indica el lugar de propiedad de una persona llamada *Goroz-* + *-ain*, siendo el lexema el nombre de una persona no identificada y el segundo, un sufijo que indica propiedad. El nombre antiguo fue *Goroziain*, del que por evolución fonética explicable por medio del vascuence surgió la forma actual de *Grocin*. Las primeras menciones a este pueblo datan del siglo XIII (Belasko, 1999: 224), por tanto, es de suponer que el origen de los pueblos de la llanura del valle date mucho antes de este siglo y de aquí su justificación.

Sea como fuere, una vez abandonado el castro protohistórico creemos que siguió existiendo un lazo de unión entre sus antiguos moradores con el lugar, que se manifestó posteriormente con la edificación de una basílica con advocación temprana a San Juan; de ahí tal vez el nombre del fuerte. Aquí acudirían en romería la comunidad que se asentó en el actual pueblo de Arandigoyen, ya que es a la postre, el lugar más alto con el que cuenta esta comunidad y que tradicionalmente se han relacionado estos puntos altos como propicios para la creación de un eremitorio.

Esta hipótesis también viene avalada por el hecho de que el actual concejo de Arandigoyen no tiene ermita y al menos según la bibliografía consultada, no se tiene noticias de que lo tuviera a lo largo de la historia (Madoz, II, 1845: 427; López Sellés, 1973: 207; y Pérez, 1983). Lo cual es extraño, cuando generalmente siempre han confluído este tipo de construcciones cristianas junto con las iglesias en los concejos y pueblos de alrededor, a pesar de que se trataran de pequeños núcleos poblacionales.

También es necesario tener en consideración y subrayar que los fuertes de las inmediaciones terminaron por adoptar el nombre de una ermita cercana. Tenemos el caso de los fuertes de Santa Bárbara de Mañeru, Santa Bárbara de Oteiza, o Santa Bárbara de Estella. Todas son fortificaciones carlistas que adoptaron el nombre de la ermita de Santa Bárbara que, se hallaba en las inmediaciones de los respectivos pueblos. O también, por añadir otro caso, el fuerte carlista de San Millán de Estella, construido tanto en la primera como en la segunda guerra carlista. No obstante, no pensemos que el nombramiento con el nombre del santo de la basílica cercana era cosa tan solo del bando tradicionalista, ya que los liberales también hicieron lo mismo con otros tantos fuertes suyos, como por ejemplo, el fuerte de San Guillermo en Puente la Reina, o bien el fuerte de Santa Lucía en Tafalla⁸⁶.

A nuestro juicio, como hemos dicho, creemos que tras el abandono del castro protohistórico, con el tiempo debió de existir una ermita con advocación a San Juan que perduró a lo largo de un tiempo, hasta que fue abandonada. Más tarde, a raíz de las guerras carlistas, se erigió un nuevo fuerte que en recuerdo de la basílica adoptó el nombre de San Juan.

⁸⁶ Quedaría para un estudio a parte la relación de los nombres de fortificaciones de estas guerras, con santos de las inmediaciones y ver qué casuísticas guardan, como la creencia de si creían que adoptando el nombre les protegerían...

4.2.3. La primera guerra carlista

Llegados al contexto de la primera guerra carlista, Estella fue de los pocos enclaves en donde se decidió construir una red de fortificaciones para protegerla de un ataque liberal. A pesar de que ambos contrincantes permanecieron en la ciudad en momento diferentes, fueron los carlistas quienes decidieron, sobre el año 1838, bajo mando del general carlista Maroto, ocuparla permanentemente y fortificarla. Sobre estas obras casi nada se sabe y la poca información que nos ha llegado fue recogida por el historiador Antonio Pirala *...se apre[s]tó a su defensa ya trazando atrincheramientos y cortaduras en los cerros y puntos que le parecieron defendibles...* (Pirala, IV, 1856-1858: 320). Son más valiosos los dos mapas cartográficos del ejército (figura 98 y 99), que son hasta la fecha los únicos que hemos encontrado sobre las construcciones militares erigidas en las inmediaciones de Estella, durante la primera guerra carlista. Son importantes, porque en ambos casos dibujan la construcción de un pequeño reducto en la parte occidental de la sierra de San Millán, ubicado en donde podría estar actualmente el fuerte de San Juan. De ser así, estaríamos hablando de que el fuerte de San Juan, pudo haber tenido un episodio anterior durante la primera guerra carlista y por tanto, se podría retroceder el inicio de la construcción del fuerte a esa cronología.

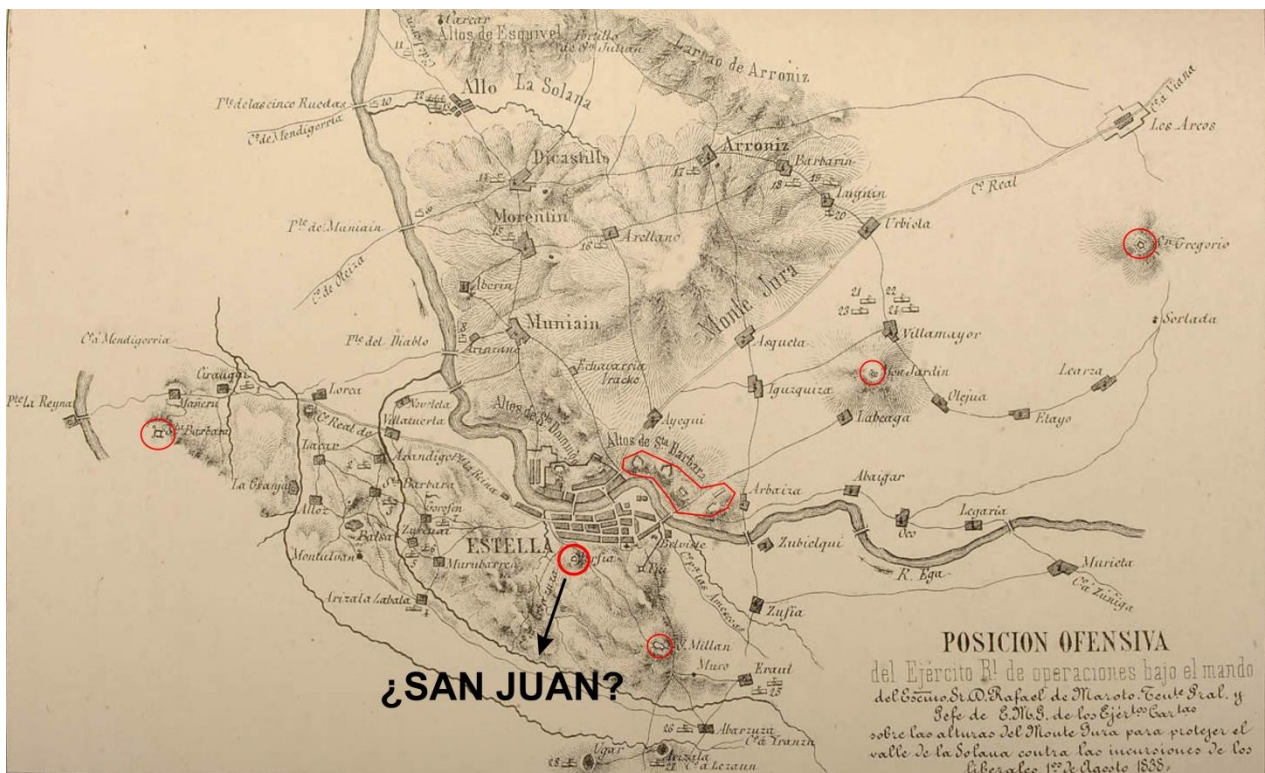


Figura 98. Mapa de las posiciones carlistas del 1 de agosto de 1838, ante la amenaza liberal de Espartero: Posición Ofensiva del Ejército Real de operaciones bajo el mando del Excelentísimo señor Don Rafael de Maroto, Teniente General y Jefe de E.M.G. de los ejércitos carlistas, sobre las alturas del Monte Jurra para proteger el valle de la Solana contra las incursiones de los liberales. 1º de agosto 1838. En Museo Zumalakarregi Museoa (<http://www.albumsiglo19mendea.net/cas/palabrafichadescriptiva.php?foto=002169&codigo=2169&pag=5&texto=estella>) sacado de (Pirala, IV, 1856-1858: 320-321)

En el caso del segundo mapa (figura 99), fechado en 1869, nos permite recuperar algo más de

información. Parece que el fuerte en cuestión se llamaba *del Armario* y que era de tipología circular. Sin embargo, ni la forma actual del fuerte se adecua a esos parámetros, ni las intervenciones arqueológicas han evidenciado materiales atribuibles a la primera guerra carlista.



Figura 99. Se lee en el mapa: fuerte del Armario: reducto circular de cuatro varas de diámetro, su parapeto de céspedes de seis pies de elevación. Sin artillería (Depósito de la Guerra)

4.2.4. La segunda guerra carlista

La primera referencia que tenemos del fuerte de San Juan, proviene de un plano de dotación de municiones, en relación a la batalla de Abárzuza de los días 25-27 de junio de 1874 (figura 100) (El Estandarte Real, 27, 1891: 85). No estamos seguros de que el fuerte existiese todavía en esas fechas de la batalla, por lo que creemos que al ser una publicación posterior a la guerra, el autor introdujo inconscientemente la localización del fuerte en un mapa de fecha anterior a su construcción⁸⁷. No obstante, sigue siendo un documento interesante, en el que ayuda a localizar espacialmente la ubicación del fuerte y ayuda a realzar la importancia que tuvo en la guerra.

⁸⁷ Básicamente lo fundamentamos en la extensa bibliografía y planos analizados para el estudio del sexto capítulo de la tesis, sobre la batalla de Abárzuza, en la que no hallamos evidencias de la existencia de este fuerte.

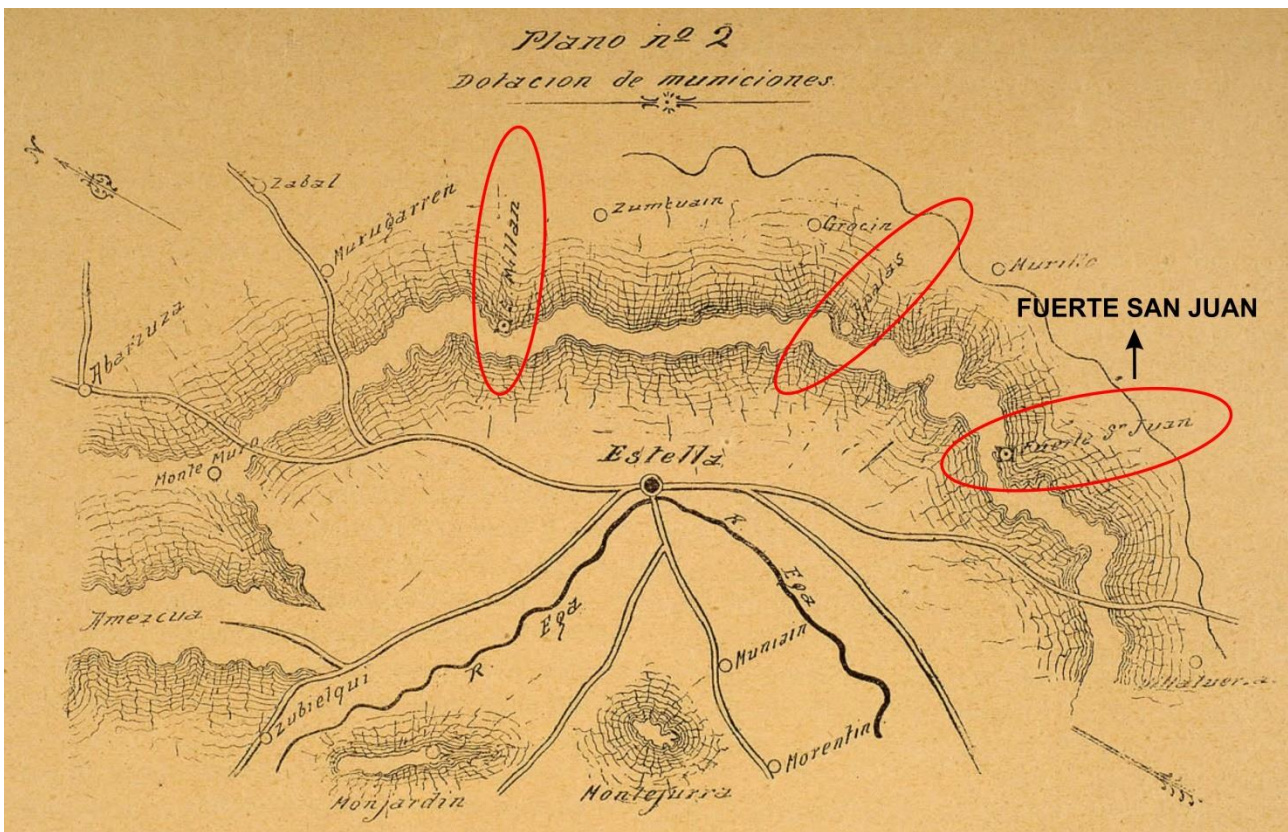


Figura 100. Plano nº 2. Dotación de municiones. Plano elaborado para la revista de El Estandarte Real, que sirvió para ilustrar cómo se articuló la administración militar carlista para dotar a su ejército de las municiones suficientes desde su base en Zubielqui, en el contexto de la batalla de Abárzuza.

(<http://www.albumsiglo19mendea.net/cas/palabrafichadescriptiva.php?foto=001791&codigo=1791&pag=4&texto=estella>); (El Estandarte Real, 27, 1891: 85). Lo que nos interesa de resaltar son las tres ubicaciones de los futuros fuertes de (izquierda a derecha): San Millán, Apalaz y San Juan

Lejos del plano que acabamos de mencionar, las primeras referencias directas a la existencia del fuerte de San Juan, provienen de momentos posteriores a la batalla de Lácar del tres de febrero de 1875, en el contexto del inicio de las construcciones de las cuatro fortificaciones liberales de la sierra de Monte Esquinza. La primera mención sobre la fortificación no la encontramos en las narraciones de la época, sino en las notas del corresponsal de prensa Mariano Araus, del periódico español *El Imparcial*, que a través de una carta escrita un 13 de abril de 1875, informaba a los lectores sobre el inicio de una construcción carlista en frente de la posiciones liberales de Monte Esquinza:

...el teniente de ingenieros Rafael Peralta puso a mi disposición el anteojo, y al poco rato tenía mi vista, y a distancia aparente de 300 metros, la batería carlista de Arandigoyen y en ella unos 150 hombres trabajando... (El Imparcial, 16/04/1875).

Mariano Araus seguiría escribiendo sobre el fuerte para el periódico en una nueva carta fechada dos días más tarde:

...en la misma sierra, más a la izquierda y en un mogote mucho menos elevado que el anterior, se ha construido la batería que llamamos de Arandigoyen, por hallarse encima de dicho pueblo. Más que batería es un reducto cerrado por todos sus costados, formando un polígono irregular con

prolongación al N.E., sin duda para establecer cañoneras⁸⁸ en dirección de la carretera de Salinas. Cinco de las cañoneras, perfectamente visibles, están abiertas contra el reducto de Cáceres, y dos que miran al Sur deben sin duda batir la carretera de Puente a Estella. En este reducto había ayer trabajando como unas 150 personas, en su mayor parte paisanos, viéndose además una guardia de 50 hombres próximamente de algún batallón alavés, a juzgar por el uniforme (El Imparcial, 18/04/1875).

Las obras del fuerte debieron seguir su curso, ya que para mediados de mayo de 1875 encontramos en un plano cartográfico elaborado por ingenieros liberales, las obras carlistas que se estaban levantando. Aquí aparece por vez primera el recinto exterior del fuerte de Arandigoyen. Es interesante de analizar cómo para estas fechas está terminado el recinto exterior del fuerte, al que le dibujaron un total de cinco troneras apuntando a varias direcciones.

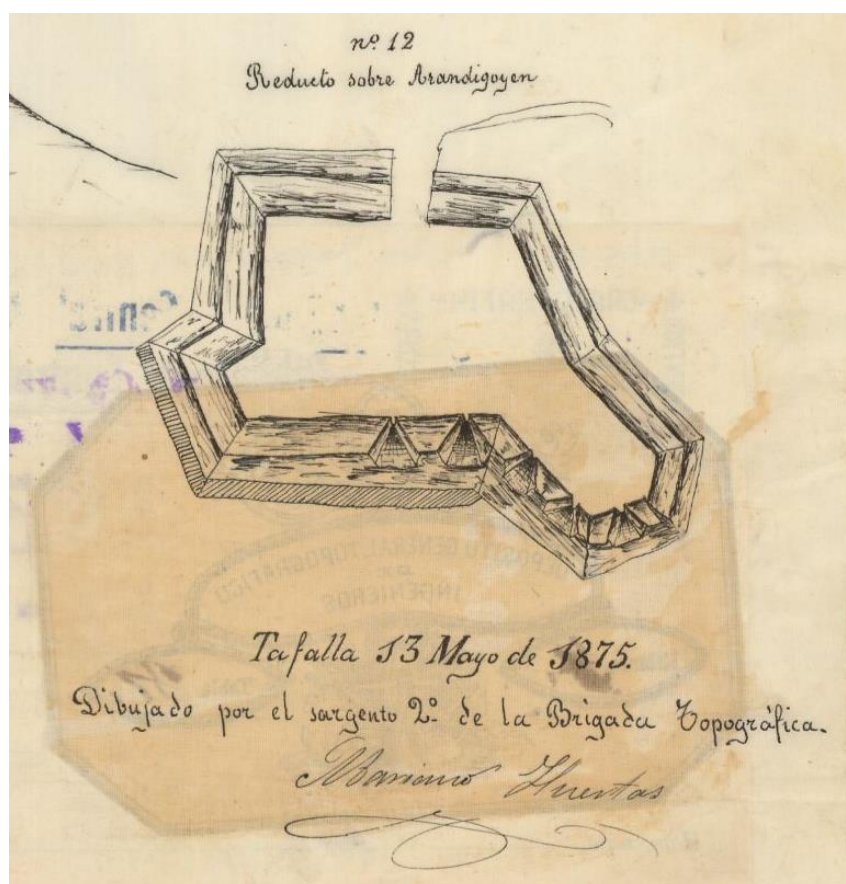


Figura 101. Ejército del Norte. Comandancia general de ingenieros. Plano en el que se muestra la silueta del reducto sobre Arandigoyen, según el dibujo del sargento 2º de la brigada topográfica, Mariano Huertas. Fechado en Tafalla el 13 de mayo de 1875 (IHCMET, NA-10-02)

Como se puede apreciar, no son muchas las referencias y citas que se hicieron del fuerte de San Juan y menos aún desde las fuentes carlistas. Todo esto se contradecía con la importancia del lugar, ya que según la documentación, fue visitado hasta en dos ocasiones por el pretendiente carlista. De estos sucesos nos informa la prensa carlista *El Cuartel Real*, que afirma que un 12 de agosto de 1875, Carlos VII subió al fuerte de *San Carlos* (creemos que se refiere al de San Juan según el

⁸⁸ Ver glosario

contexto), en donde quedó *muy complacido del estado de los trabajos, así como de su sólida construcción* (El Cuartel Real, 14/08/1875). La segunda mención de la subida del pretendiente al fuerte, es ya del 11 de enero de 1876, en el que tan solo se cita su visita al fuerte (El Cuartel Real, 13/01/1876).

Por otras fuentes recogidas en el archivo municipal de Estella, hemos sabido que entre finales de diciembre de 1875 y los meses de enero y febrero de 1876, la administración carlista obligó a crear una bolsa de peones entre los propios vecinos de Estella, para trabajar en obras de fortificación en el fuerte de San Juan. El análisis de la lista de nombres por día nos arroja un promedio diario de 65 personas, siendo 50 el día en que menos peones se necesitaron y 80 el día en que más⁸⁹.

En el archivo también hallamos información sobre las correspondencias entre el gobernador del fuerte, un oficial llamado Juan Conde y la administración carlista. Estas cartas son de los últimos días anteriores a la caída de Estella, el 19 de febrero de 1876. En ellas se solicitaba o bien se indicaba haber recibido una cantidad de bienes de primera necesidad para el acuartelamiento del fuerte; entre otros: aceite, velas o cántaros de vino lo más común⁹⁰. Esto da testimonio del acopio de suministros para hacer frente a un ataque liberal que pronto llegaría.

A inicios de febrero, siguiendo los acontecimientos históricos, el periódico *El Imparcial* dio nuevas noticias del fuerte, gracias a su corresponsal Juan B. Fauró, que informó de la importancia del reducto: *la de Arandigoyen está acasamatada y ha de costar mucho destruirla* (El imparcial, 13/02/1876).

De esta manera quedaba evidenciada la magnitud del esfuerzo que debieron hacer los carlistas en la construcción del fuerte de San Juan. La necesidad de llegar a construir unas baterías acasamatadas⁹¹, ascendía el coste, esfuerzo y tiempo para un bando escaso en estos tres aspectos. Pero en vista de la importancia que representaba la defensa en ese punto para proteger Estella, debió de ser de suma importancia construir sendas construcciones. Eso al menos podemos deducir de las notas recogidas en el periódico *El Imparcial*, sobre un telegrama leído en las cámaras del gobierno:

...el general Tassara se había apoderado del pueblo de Arandigoyen que apenas dista tres kilómetros de Estella; pero la posesión de este pueblo es insostenible mientras los carlistas conserven el reducto o fuerte que tienen construido sobre la cordillera que resguarda a Estella, y cuyo fuerte enfila con sus cinco cañoneras las dos carreteras de Puente la Reina y Oteiza y todos los valles y cañadas por donde podría intentarse un ataque de frente. El día en que el telégrafo nos anuncie que nuestras tropas han subido a ese fuerte, la bandera de la insurrección habrá dejado de ondear en la capital carlista de Navarra. Pero no se necesita precisamente tomarla para entrar en Estella, y sin duda para evitar la efusión de sangre, el General Primo de Rivera ha emprendido, bajo excelentes auspicios, el movimiento de flanqueo por la falda de Montejurra, bien para ganar

⁸⁹ Archivo Municipal de Estella, caja 121: 1873-1876. *Memoriales y expedientes de guerra carlista*, sección: *Estados 1876*.

⁹⁰ Archivo Municipal de Estella, caja 121: 1873-1876. *Memoriales y expedientes de guerra carlista*, sección: *Estados 1876*.

⁹¹ Ver glosario

sus casi inaccesibles alturas y atacar desde ellas por retaguardia la línea que el enemigo tiene atrincherada por el valle de Echalar, que se extiende desde el Monte Esquinza hasta Abárzuza, bien para envolver esas mismas posiciones entrando por la carretera de Los Arcos que se dirige a Estella, corriendo entre Montejurra y Monjardín. El General Primo de Rivera está hoy en aptitud de realizar cualquiera de esos dos movimientos (El Imparcial, 19/02/1876).

Con este comunicado queríamos poner en evidencia dos aspectos importantísimos. El primero de ellos, la relevancia que tenía como punto de control sobre las inmediaciones y que representaba el guardián natural de la entrada a Estella desde el este. En segundo lugar, su importancia respecto a las decisiones que llevaron al ejército liberal a no atacarla y optar por ocupar la población de Estella por otras vías.

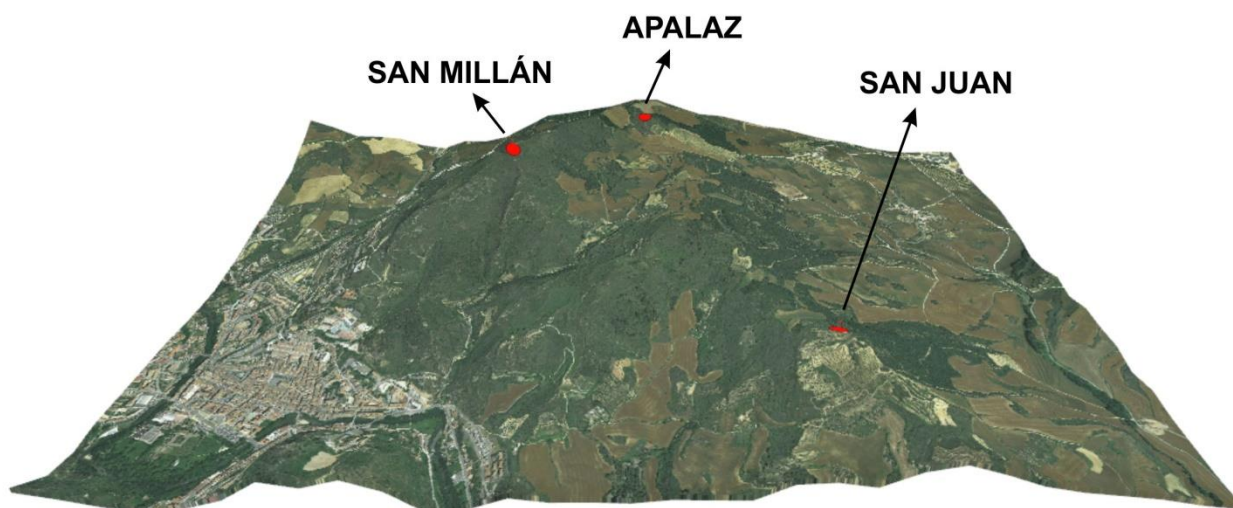


Figura 102. Vista 3D de la sierra de San Millán en donde se realizaron las construcciones. A mano izquierda, la ciudad de Estella

Finalmente, para volver a incidir en la importancia del fuerte, cabe mencionar que Alfonso XII, una vez concluida la guerra, realizó un paseo por la zona recién *pacificada*, en donde hizo algunos altos en el camino, generalmente en ciudades importantes. Destaca entre las diferentes visitas la realizada el 4 de marzo de 1876 al fuerte de Arandigoyen, en compañía del general La Serna (jefe de su cuartel militar), Ceballos y algún general más, para contemplar la construcción que tan gran papel jugó en las últimas operaciones sobre Estella. El corresponsal periodístico Saturnino Gimenez, que fue quien nos dio parte de esta noticia, en su narración denominó el fuerte con el nombre de *San Carlos* (Gimenez, 1877: 181).

Una vez concluida la guerra, como ocurrió con el caso de los fuertes liberales de Monte Esquinza, las piedras de sillería del fuerte se desmontaron en su mayor parte y tras una subasta pública, se llevaron a Bilbao para la construcción de su puerto (Larreta, 2006: 173)⁹². Esta información podría ser cierta, si recordamos que el proyecto de la construcción del puerto exterior de Bilbao comenzó en 1877, una vez que el navarro Evaristo de Churrua y Brunet fuera nombrado primer director de

⁹² En el Archivo Real y General de Navarra no quedan indicios de que se realizase tal subasta. De modo que de ser verdad, únicamente quedarían referencias en el archivo del Valle de Yerri, o en el Archivo Histórico Foral de Bizkaia.

la Junta de Obras del Puerto de Bilbao (Calle, 1961: 20). No obstante, como se ha podido observar en las labores de la excavación arqueológica, prácticamente quedan todos los sillares de la propia estructura. Esto nos hace dudar en parte de si realmente se sustrajeron sillares, o bien si se realizó la sustracción en algún otro extremo del fuerte que hoy por hoy desconocemos, ya que el fuerte fue sepultado tras la guerra, lo que imposibilita hoy conocer su estado real de conservación. Respecto a este hecho, del que daremos cuenta en el siguiente capítulo, pudo darse a raíz de una circular aprobada el 20 de marzo de 1876, por la cual, la Diputación Foral de Navarra mandaba por orden del capitán general de Navarra, la destrucción de las obras carlistas levantadas durante la guerra a los pueblos de sus jurisdicciones⁹³. Por lo que creemos que pudo haber sido cierto la organización de peonadas para destruir o sepultar el fuerte de San Juan, en base a otros casos ocurridos en otras localidades navarras como Ulzama, Huarte y Aguilar de Codés, en donde han quedado testimonios escritos de la demolición de sus respectivas construcciones con los medios que contaban⁹⁴.

Desde los tiempos de la guerra hasta la actualidad, la memoria del fuerte se ha ido diluyendo hasta quedar tan solo recogida por la toponimia, que señala el lugar como *El Fuerte*; y el recuerdo de algún que otro agricultor o vecino de las inmediaciones. Es el caso del antiguo presidente del concejo de Arandigoyen, Pablo Oses, que asegura junto con otros, que el fuerte era propiedad de alguien llamado Juan Garín. Rastreando a partir de ese dato, Oses comentó que existieron unas cuantas familias de garines en Arandigoyen y que tal vez alguno de ellos fue el propietario de la parcela en donde se ubica el fuerte. De hecho, en el trabajo que tuvimos que realizar para solicitar los permisos de propiedad para las intervenciones arqueológicas, descubrimos que el actual propietario es un hombre apellidado Garín. Por lo que en parte podría darse como verdadero el testimonio de Oses. Sin embargo, algo que también llamaba la atención, es la coincidencia en el apellido de Juan Garin, con un importante ingeniero militar carlista, José Garín (Apalategui, 2005: 259-261), al que las fuentes atribuyen ser el inventor de la *trinchera carlista* (De la Llave, 1898: 532-533). Lo interesante aquí es de destacar que, este hombre a raíz de la guerra se casó con una de las hijas de una de las familias importantes de Estella, como era la familia Modet (Azcona, 1996: 403-427). Creemos que su relación con Estella y su carisma dentro del campo carlista, lo convirtieron en un candidato perfecto para la construcción del fuerte de San Juan.

4.3. Análisis estructural del fuerte

En este apartado nos centraremos en describir las diferentes partes del fuerte localizadas antes de la intervención arqueológica. No fueron muchas, debido a que como hemos mencionado antes, el fuerte fue enterrado casi en su totalidad para inhabilitarlo después de la guerra, ante el miedo de un nuevo alzamiento carlista. De este modo, se puede decir que esta casuística ha ayudado a preservar de la mejor manera posible las estructuras de la fortificación. Sin embargo, gracias a los tramos visibles, hemos podido documentar y trazar en parte su morfología.

Hemos diferenciado en este apartado las estructuras interiores y exteriores. El seguimiento de la narración se puede seguir mediante la figura 103, en donde aparecen marcados en una secuencia

⁹³ Archivo Real y General de Navarra, ACTAS_DFN.L.429, sesión del 20 de marzo de 1876.

⁹⁴ Archivo Real y General de Navarra, caja 20273/7

correlativa los números de los siguientes puntos que vamos a describir.

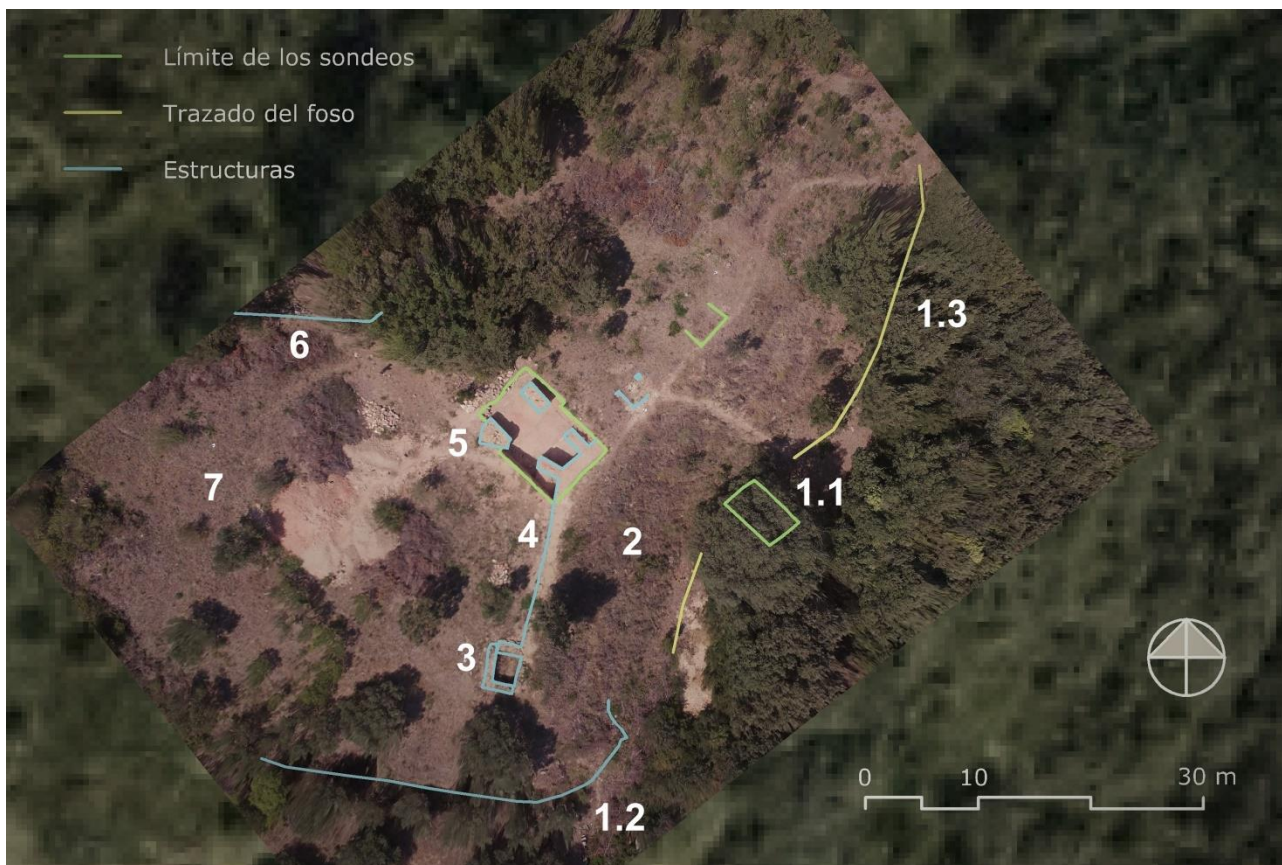


Figura 103. Plano elaborado por la empresa Enklabe tras el fin de la segunda campaña de excavación del 2018

4.3.1. Estructuras exteriores

a) El foso

Es la primera estructura defensiva que encontramos al llegar al fuerte por la cara sureste (1.1). A pesar de que actualmente no se aprecia todo el trazado del foso, se estima que pudo alcanzar un perímetro irregular de unos 270 m de longitud, aunque hoy tan solo podemos distinguir unos 160 m en su cara sureste y noreste. En las labores previas a la intervención arqueológica, se desbrozaron aproximadamente 50 m de foso de su cara sureste, para poder realizar en él un primer sondeo (sondeo 1000). A raíz de quitar la vegetación, pudimos analizar algunas características de su situación actual. Se encontraba totalmente colmatado de tierra procedente de la parte superior de la escarpa, por lo que presentaba una superficie totalmente plana (ver figura 104), con una anchura incluso superior a los 5 m.



Figura 104. Imágenes sacadas después de desbrozar en la zona en donde se realizaría el sondeo 1000

Explorando la superficie del foso en su continuación por el codo sureste al suroeste, hallamos un muro de mampostería de más de 2 metros de longitud, que partía la progresión del foso por este extremo, donde finaliza (1.2). Por ello, a pesar de no haberse desbrozado ni estudiado el lugar, cabe la posibilidad de que se trate de una caponera para la defensa del foso por las caras suroeste y sureste. Esta hipótesis la avala la costumbre de la época de edificar este tipo de defensas en los ángulos de los fuertes, como puntos clave para el control del interior de los fosos (figura 105).



Figura 105. En medio de la imagen y por debajo del jalón, los restos de un muro de mampostería que limitan la continuación del foso en su codo suroeste

El foso en su continuación desde la cara sureste hacia el noreste, deja a mano izquierda un afloramiento rocoso en la escarpa que, se hunde introduciéndose en la amortización del foso (1.3). No hay duda de que dicho afloramiento ha sido retocado intencionadamente, seguramente para darle mayor verticalidad y así dotar de mayor defensa a la escarpa. Por el momento y sin intervención previa, se visualiza hasta 1 m de altura del foso y con una extensión horizontal de unos

2 m. Lo interesante en este punto sería ver si tiene una progresión hacia la parte interna del foso y estudiar su morfología.



Figura 106. Vista del afloramiento natural

b) La escarpa

Se conserva en muy buenas condiciones en su cara sureste (2) y noreste (ver figura 107), donde supera los 5 m de altura que separan el foso de la parte superior, en donde se ubica el recinto interior. En su cara suroeste no quedan evidencias de la escarpa, ya que hay un muro de mampostería que sirve actualmente como bancal para olivos. Una nueva intervención podría aclarar si el muro corresponde a la construcción para la explotación agraria posterior a la guerra, o bien se trata de un muro en relación al fuerte. Esta hipótesis se debe a la aparición de unas hiladas de piedras que se hallan en la transición de la cara suroeste a la del sureste, a media altura de la escarpa y que podrían resultar ser un muro vertical que cortaría el descenso inclinado de la escarpa para caer directamente al foso. Esta hipótesis se basa en su continuidad alrededor del foso y en que se halla semienterrado en muchos puntos. De ser cierto, hablaríamos de un revestimiento que se habría construido sobre la escarpa, como una medida de mejora y blindaje. Esta podría estar en comunicación con el afloramiento rocoso antes citado y de ser cierto, evidenciaría una mayor complejidad constructiva del fuerte.



Figura 107. Imagen de la escarpa en la cara sureste, en su descenso al foso

4.3.2. Estructuras interiores

a) La estancia reutilizada en guardaviñas

Dentro del conjunto de los restos arqueológicos que se apreciaban antes de la intervención, documentados un guardaviñas dispuesto en dirección suroeste noreste (3), que se construyó una vez terminada la contienda, con la reutilización de sillares y sillarejos del fuerte. De hecho, en la siguiente imagen que mostramos (figura 108), se aprecian varios de esos sillares con restos de talla que fueron reutilizados como base para la construcción de dos paredes, las cuales fueron adosadas a los muros originales del fuerte.

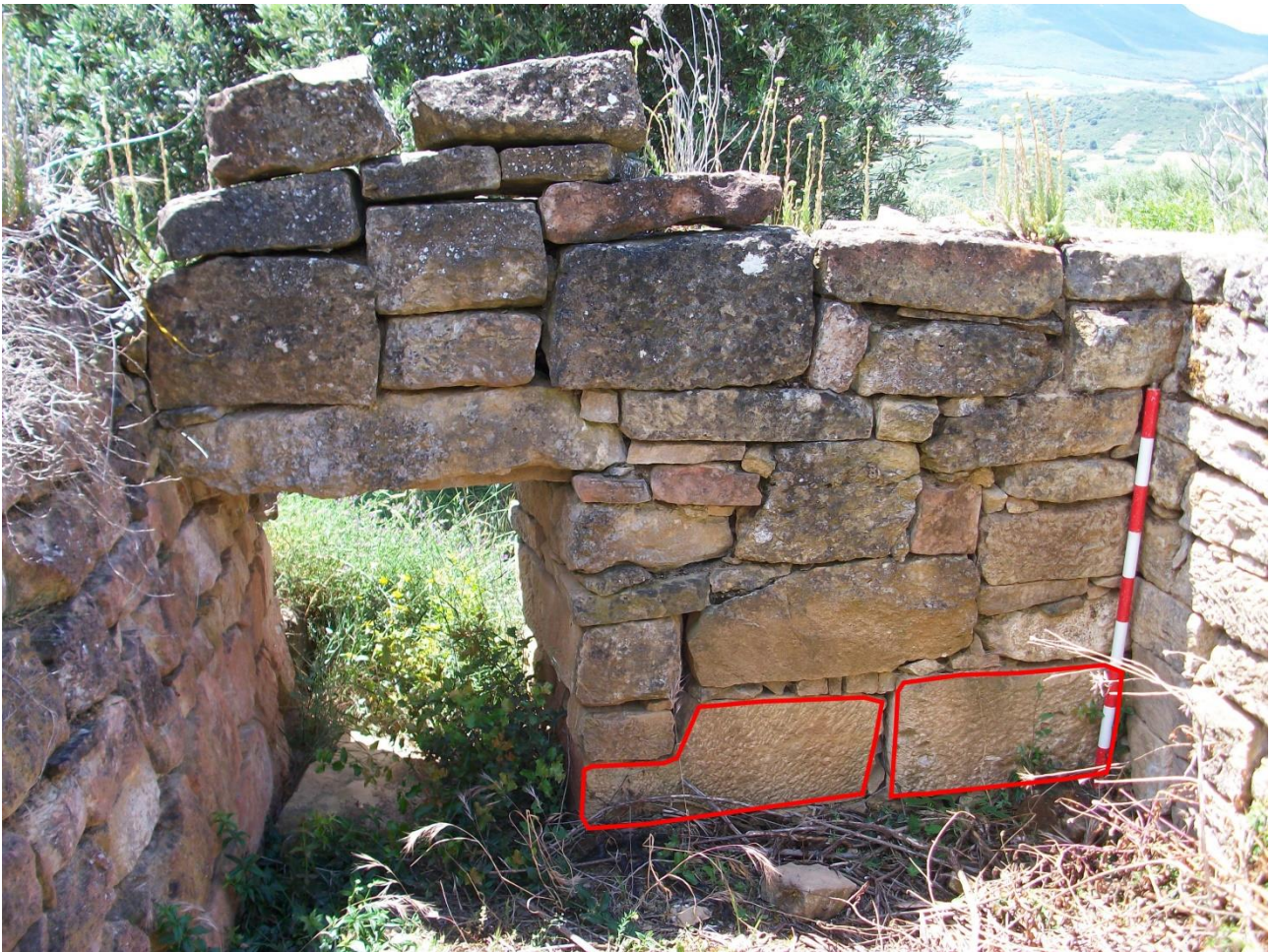


Figura 108. Cara interna del muro sur del guardaviñas. Hemos delimitado en rojo los dos sillares trabajados del fuerte que, fueron reutilizados para la construcción del edificio tras la guerra

En la cara interna del muro norte del guardaviñas se aprecia un conjunto de tres mechinales⁹⁵ originales del fuerte, que demostrarían una vez más, la reutilización de una antigua estancia de la fortificación para este uso posterior (figura 109).

El acceso a la misma se realiza a través de un pequeño vano adintelado situado en su cara sur. Una vez dentro, nos encontramos en un espacio muy reducido de 2 m². Este espacio, debido a su abandono, se encuentra sin una cubierta y parcialmente colmatado. Se pueden diferenciar dos tipologías de construcción en relación a los dos momentos en que se utilizó:

La primera de ellas se corresponde con el muro original del fuerte y se asocia a los lienzos norte y este. En ambos, encontramos unos muros de mampostería sólidos, contruidos empleando una piedra de arenisca de pequeño y mediano tamaño. En la figura que acompañamos, podemos ver los dos muros originales. En el muro norte, la parte original se conserva hasta la línea de los mechinales, aproximadamente. A partir de los cuales se encuentra recrecido mediante una tipología que se corresponde más con el siguiente aparejo que veremos a continuación.

La segunda de ellas pertenece a la construcción de los muros oeste y sur, más el mencionado

⁹⁵ Ver glosario

recrecido del muro norte. En este caso, la construcción del muro denota una falta de conocimiento técnico en la materia. Las hiladas fueron levantadas con la reutilización de piedras y sillares de diversos tamaños, que luego tuvieron que ser calzados con ripios. Por ejemplo, se emplearon sillares de gran tamaño indistintamente en la base de los muros, como en la parte alta. Configurando una estructura no tan sólida y nivelada, como los originales del fuerte.



Figura 109. Localización de los tres mechinales descritos en la cara interna del muro norte. Se aprecian en esta cara los dos tipos constructivos citados. El original en la base y la posterior en la parte superior del muro

b) El muro sureste - noreste

Partiendo del guardaviñas hacia el noreste, discurre en paralelo al foso, un muro que tiene una prolongación de unos 15 m antes de desaparecer por completo bajo un montículo de tierra (4). Al inicio del muro, todavía era visible un tramo de mampostería de piedra arenisca de pequeño y mediano tamaño, como el descrito en los muros originales del fuerte, en el guardaviñas. Este muro se eleva tan solo alrededor de 0,50 m sobre el nivel del suelo, que evidencia el volumen de sedimento que lo amortiza.



Figura 110. Al fondo el guardaviñas del que arranca el muro al sureste (a mano izquierda) y se extiende hasta donde se encuentra el fotógrafo, al noreste

c) Conjunto de sillería

Esta estructura está compuesta por grandes piedras de sillería (5) y se encontraba ubicada un poco más al noreste del muro anterior. A diferencia de la piedra de los muros anteriores, el tamaño de éstas es mucho mayor (algunas con una longitud sobre el metro de largo). Estaban trabajadas a cincel en el propio lugar, para garantizar la unión perfecta entre ambas y crear el siguiente ángulo que podemos ver en la figura 111. En relación a este conjunto, destaca en la parte baja izquierda de la estructura, un nuevo mechinaal trabajado en la misma piedra, con unas medidas de 0,30 m de alto, por 0,20 m de ancho y por 0,25 m de profundidad. Este elemento constructivo parecía evidenciar el inicio de una estancia del fuerte que debía tener una continuidad hacia el noreste, ya que estas estructuras estaban diseñadas para la colocación de un sistema de viguería, que debía ser similar al identificado en los tres mechinales de la estancia del guardaviñas.

En general, este trabajo de cantería nos hizo visualizar el tiempo, la mano de obra cualificada y el capital invertido en la construcción del fuerte. Si tan solo nos detuviéramos en el análisis de este ciclo constructivo, arqueológicamente tendríamos claro la importancia que representaba este punto para el ejército carlista.



Figura 111. El conjunto de piedras de sillería, con un mechinal en la margen izquierda

d) Muro norte

En la parte más alejada, al noroeste, existe un último muro de mampostería, de piedra arenisca de pequeño y mediano tamaño, con una orientación oeste - este (6). Se extiende alrededor de unos 25 m de longitud en línea recta, salvo en la esquina del este, en donde gira hacia el norte, perdiéndose en la espesura y bajo tierra. Por lo que tan solo tenemos constancia de un tramo concreto del muro. En lo que a la altura se refiere, aquí es más alta que en el muro del sureste-noreste (4), alcanzando una altura superior al metro (figura 112).

Como ocurre en el muro sureste -noreste, aquí la cota del suelo en el interior está más baja que en el exterior del muro. Esto se debe, a que la escarpa comienza directamente en la parte alta del muro, para ir luego descendiendo hacia el foso. En el interior, la cota es más baja incluso que en el muro sureste - noreste, sin embargo, creemos que seguimos estando en la parte alta de un nivel de amortización.



Figura 112. Tramo del muro norte

e) Patio interior

En el centro de todas las estructuras interiores descritas se halla una superficie amesetada que debió de ser el patio interior del recinto (7), en donde descansarían algunas instalaciones del fuerte. De ellas no hay rastro alguno, pero esto también puede deberse al uso como explotación olivar al que se le destinó a finales del siglo XIX y durante el XX, a juzgar por unos últimos ejemplares que quedan en la actualidad. Las dimensiones del patio interior no son nada claras. Únicamente los muros anteriormente descritos sirven como límites a la hora de determinar el área que debió de ocupar. A falta de concretar el límite occidental del fuerte, por el momento no se pueden precisar más sus dimensiones.



Figura 113. Foto sacada desde el muro sureste-noreste hacia el oeste, en donde podemos ver el espacio plano del interior

Una vez descritas las principales estructuras que se podían observar del fuerte, se decidió acometer la intervención arqueológica, como medio de obtener nueva información que pudiera poner en relieve la importancia del lugar. En el siguiente apartado analizaremos el desarrollo de la intervención arqueológica, como hemos hecho con el fuerte de la Princesa de Asturias.

4.4. El proyecto arqueológico

Una vez finalizado el proyecto de excavación del fuerte de la Princesa de Asturias, nos propusimos continuar con una nueva intervención en un fuerte carlista, a poder ser en las inmediaciones, para estudiar la cultura material del bando carlista y así poder compararla con la liberal. A finales del 2016, se decidió abordar el estudio del fuerte carlista de San Juan, que ya había sido objeto de estudio con anterioridad⁹⁶. De esta forma, tras ponernos en comunicación con el ayuntamiento del Valle de Yerri, conseguimos realizar dos campañas arqueológicas entre 2017 y 2018, con el apoyo económico del propio ayuntamiento, la Fundación Caja de Navarra y el Gobierno de Navarra.

Después de analizar las diferentes opciones de intervención, en la primera campaña decidimos realizar dos sondeos, con la idea de obtener datos de diferentes espacios que contribuyeran a conocer la morfología del fuerte. En esta primera fase, realizamos un sondeo en el área del foso colmatado, en vistas de los buenos resultados que habíamos obtenido en el foso del fuerte liberal y un segundo sondeo en el interior del fuerte, junto al conjunto de sillares antes descritos. Posteriormente, en la segunda campaña de intervención, se realizó una ampliación importante sobre el segundo sondeo, dados los restos monumentales y la cultura material exhumados durante la primera campaña.

⁹⁶ Tanto en mi trabajo fin de grado (2014), como en mi trabajo fin de máster (2015).

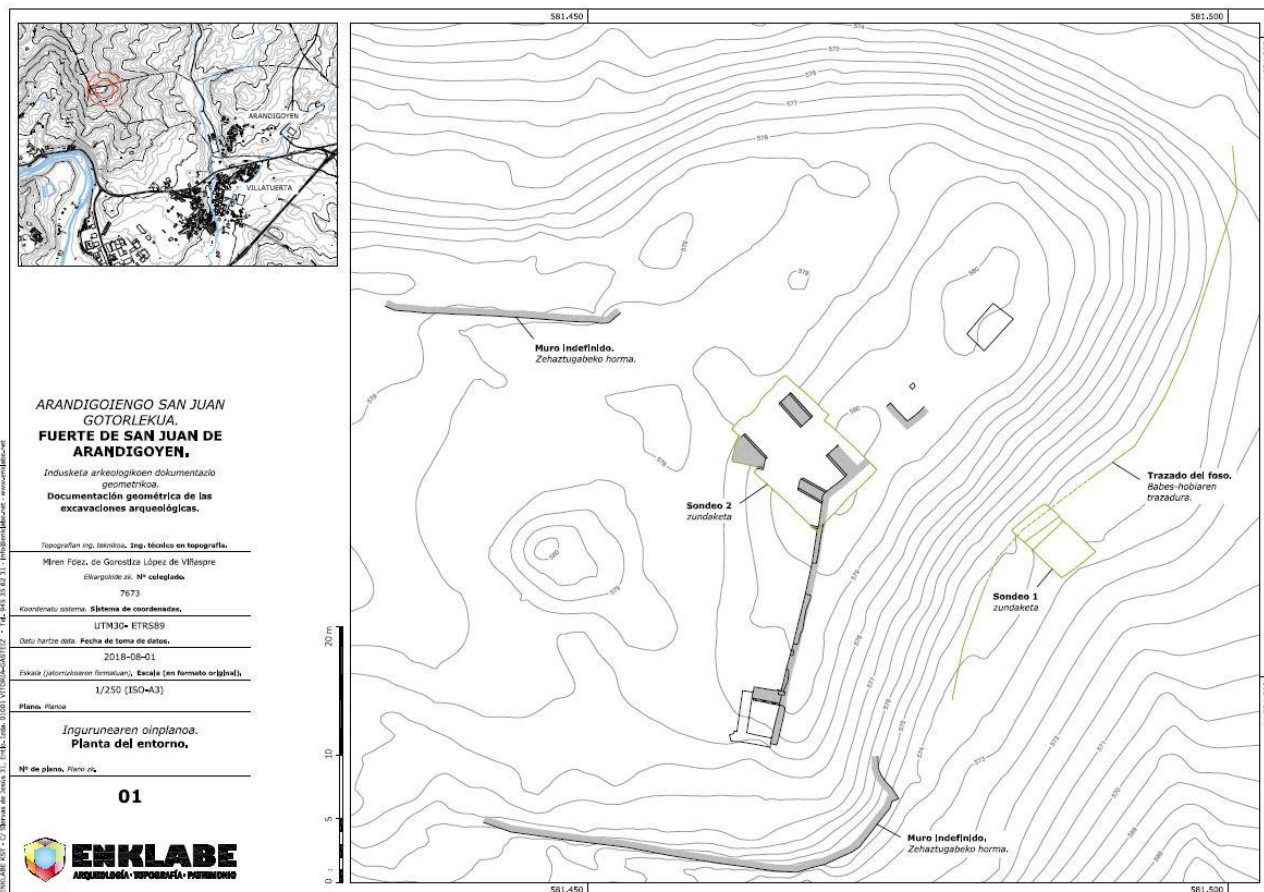


Figura 114. Planimetría del yacimiento tras la segunda campaña de excavación. Se localizan los dos sondeos en donde se realizaron las excavaciones arqueológicas

En las próximas páginas describiremos de forma conjunta los resultados obtenidos en las sucesivas campañas de excavación, antes de pasar a analizar la cultura material recuperada.

4.4.1. El foso (sondeo 1000)

El sondeo se realizó en la cara sureste del yacimiento, en el tramo de los 50 m de vegetación que se había despejado. La elección de este lugar venía fundamentada por dos razones. En primer lugar, el estado de conservación parecía excepcional, al hallarse completamente colmatado. Por lo que representaba un buen lugar en donde poder caracterizar la construcción y el uso de un foso. En segundo lugar, por su orientación, ya que se hallaba mirando directamente a las posiciones liberales. Por lo que de haber sufrido un ataque directo, habría quedado algún testigo de lo ocurrido. A su vez, podría haber alguna defensa accesoria, al ser el lado que abatía directamente a los liberales.

Las dimensiones del sondeo consistieron en 5,60 m de largo por 3,40 m de ancho. Con estas medidas queríamos asegurarnos poder llegar a documentar el perfil completo del foso. Pero como veremos más adelante, tan solo pudimos tomarlo en la contraescarpa⁹⁷.

⁹⁷ Ver glosario



Figura 115. Delimitación del sondeo 1000 antes de comenzar con la intervención. Foto orientada hacia el sur

A continuación, pasaremos a describir las diferentes fases documentadas en el sondeo de foso, desde la más antigua a la más reciente.

a) Primera ocupación del cerro

Los estratos más antiguos documentados en el sondeo corresponden a dos rellenos (sin excavar), localizados al este del sondeo. Son la UE 1003, compuesta de una tierra arcillosa de tonalidad rojiza y compactación media; y la UE 1002, formada por cascajo de tonalidad amarillenta. El poco material que hemos documentado en estas unidades corresponde a cerámicas de la I Edad del Hierro, del primer milenio a. C. Lo cual lo relaciona directamente con el antiguo castro anterior al fuerte.



Figura 116. Foto de la UE 1003 protohistórica sin excavar

b) Construcción del foso

La construcción del foso se realizó mediante un corte en el terreno (UE 1004), afectando a las unidades anteriormente descritas (UU.EE 1002 y 1003) y al sustrato natural (UE 1008), alterando toda la estratigrafía del espacio que ocupa dicho foso. Presenta una orientación norte-sur, con una longitud de 5,60 m, una anchura de 1,60 m⁹⁸ y una profundidad de 1,71 m. Se ha documentado parcialmente, ya que unos de sus lados, el lado oeste, se prolonga más allá del mismo límite del sondeo. Este corte presenta una forma en “U”, en el que el lado documentado (la contraescarpa) presenta una pared oblicua, casi vertical y un fondo irregular tirando a plano.

⁹⁸ Esta anchura es parcial, ya que no conseguimos llegar al otro extremo del foso, a la escarpa, debido a que nos quedamos cortos en las dimensiones del sondeo.



Figura 117. Imagen final del sondeo. A mano izquierda, el límite del sondeo, sin llegar a localizar el inicio de la escarpa. A mano derecha, la estructura de la contraescarpa y su perfil en "U"

c) Amortización del foso

En un momento inmediatamente posterior al abandono del fuerte, se ha documentado un relleno que colmata parcialmente el foso (UE 1006), que está formado por una tierra arcillosa amarilla con nódulos rojizos, compactación media e intrusión de gravas. En esta unidad hemos podido recuperar varios materiales arqueológicos, como han sido algunas vainas de Remington y un estopín de fricción.

d) Anulación del foso

En esta última fase se procedió a la total colmatación del foso, para anular su función defensiva. Para ello, se procedió al vertido de varias unidades estratigráficas, que son las que vamos a describir a continuación:

- La primera, es la UE 1005. Corresponde a una tierra arcillosa con intrusiones de piedras de mediano y pequeño tamaño, junto con restos de elementos de vigas de madera quemadas. Esta unidad presenta un buzamiento de noroeste a sureste, con una compactación media.

- La segunda, es la UE 1001. En este caso, se compone de arcillas amarillentas, con abundantes intrusiones de carbones (se ha documentado un madero quemado correspondiente a una viga o elemento constructivo). Esta unidad rebosaba los límites del foso, haciendo desaparecer su fisionomía.

En general la composición de estos rellenos (basada en la concentración de diversas piedras, restos de arcillas y elementos constructivos de madera carbonizados), nos hace pensar que son aportes procedentes del propio fuerte, empleados para colmatar y anular el foso.



Figura 118. Plano topográfico del sondeo 1000 del foso

4.4.2. Estancia interior (sondeo 2000)

En cuanto al segundo sondeo, se realizó junto a la estructura de piedras de sillería descrita unas páginas atrás (figura 111). En la primera campaña de excavación planteamos un sondeo de 6 m de ancho por 5 m de longitud, con el objetivo de documentar la estructura muraria emergente. Mientras que en la segunda campaña, ampliamos hacia el sureste, con un nuevo sondeo de unos 6,60 m de anchura, por 5,5 m de longitud. A continuación, pasaremos a describir las diferentes fases documentadas en este proceso, partiendo desde la más antigua a la más reciente.

a) Construcción del fuerte

En esta fase hemos localizado un total de cinco estancias, dos de las cuales hemos llegado a excavar por completo. Todas se encuentran en conexión con cuatro estructuras murarias (UU.EE 2002, 2003, 2063 y 2064; ver figuras 119 y 120), que representan las primeras construcciones edificadas en este sondeo. A estas, se adosaron posteriormente seis muros tabiqueros de ladrillo (UU.EE 2049, 2057, 2103, 2109, 2113 y 2126), que sirvieron para diferenciar las cinco estancias que comentamos y además, en la parte sur-este del sondeo, hemos identificado dos muro de mampostería (UU.EE 2062 y 2065) que también se adosaron posteriormente a las estructuras murarias UE 2063 y UE 2064. Estos dos muros adosados son parte de un único muro que procede desde el sureste del yacimiento y continúa más allá del sondeo, ascendiendo hacia el noreste.

Las estructuras murarias se encuentran construidas por sillares de diferentes tamaños de arenisca local, con rellenos del mismo material y trabadas con argamasa. Tres de ellas presentan una forma rectangular, mientras que la UE 2002, tiene forma más trapezoidal, a causa del aumento de su tamaño para ajustarse al cambio de ángulo de la estancia sur colindante. Cada una de estas estructuras tiene unas medidas un tanto diferentes entre ellas. Lo interesante aquí de resaltar es que las más pequeñas alcanzan una altura de 1,92 m. Por tanto, suficiente para albergar a una persona de pie en su interior.

Estas estructuras presentan, a 1 m de altura, una especie de escalón o cornisa saliente de unos 15 cm de anchura, en sus dos caras de mayor longitud. Es aquí en donde presentan una serie de mechinales en todas sus direcciones, para la sujeción de la techumbre del edificio. Sumando todos los mechinales hallados en estas cuatro estructuras murarias, hemos contabilizado un total de 30, a las que habría que sumarles cuatro más de los dos muros de mampostería del este del sondeo, que ayudarían a reforzar la techumbre. Todos estos mechinales están realizados una vez construida la estructura pétreo y, en general, presentan una fisonomía rectangular en posición vertical, teniendo todos sus lados rectos, salvo la cara interior que presenta un ángulo de 45° de inclinación. Aunque también tenemos algún que otro caso, en el que el mechinal adopta una fisonomía circular. Aunque todos los mechinales tienen medidas diferentes, parece que las medidas de los mechinales rectangulares serían de unos 35-36 cm de altura por 20-23 cm de anchura. En la mayoría de los mechinales se han encontrado restos de las vigas carbonizadas, que presentan una sección circular con un diámetro cercano a la anchura del mechinal. Todas estas vigas estaban reforzadas con una argamasa grisácea de compactación alta y con nódulos de cal. En los casos en donde mejor se han conservado, queda impreso el negativo del madero, que refleja su forma.

En lo que se refiere a la construcción de los muros tabiqueros de ladrillo, podemos decir a grandes rasgos que se realizaron con ladrillos macizos dispuestos horizontalmente y trabados con argamasa, a los que se les añadió un enlucido por ambas caras. Al menos se ha conservado, en general, la primera hilada en cada uno de los cinco muros. El grosor máximo de estos ronda los 7 cm, siendo 4 cm el grosor de los ladrillos y 3 cm la suma de los dos enlucidos exteriores. Esto nos da una idea de la fragilidad de estos muros, más si cabe en comparación con las estructuras murarias descritas en el párrafo anterior.

Por otro lado, los dos tramos de muro de mampostería a los que hemos hecho referencia anteriormente (UE 2062 y UE 2065), se componen de piedra de arenisca de sillarejo irregular de

medio tamaño, completada por pequeños ripios para reforzarla.

Finalmente, hemos documentado varios suelos (UU.EE 2048 y 2112), que se encuentran compuestos por pequeños fragmentos de piedra arenisca, mezclados con tierra y nódulos de cal. En sí, presentan una superficie horizontal, aunque en el caso de la estancia central (UE 2048) tiene una pequeña inclinación de oeste a este. En concreto esta unidad estratigráfica presenta en la zona de unión con el muro de ladrillo UE 2049 (al oeste), un reborde a modo de media caña. En algunas zonas de estos suelos quedan marcas de quemado. Por el momento no podemos precisar si se trata de un proceso destinado a la impermeabilización del suelo, o bien ha sido a consecuencia de la destrucción de la estancia.



Figura 119. Relación de unidades estratigráficas descritas. Imagen con orientación sureste



Figura 121. Plano topográfico del sondeo 2000

b) Reformas de las estancias

Hemos documentado otro suelo en el lado noroeste (UE 2050), que parece cumplir una función distinta y puede que se trate de una reparación, debido a la cota que tiene respecto a los demás suelos. Pero tampoco se descarta que sea el nivel de uso del patio de armas, ya que se halla más elevado que los restantes.

Cerca de éste, en el espacio inmediato al muro norte del sondeo, se ha documentado un corte (UE 2056) que fue realizado cortando los suelos UE 2048 y UE 2050; y que presenta una superficie plana. Aunque no sabemos muy bien cuál pudo ser su funcionalidad, podría estar destinado a asentar o colocar algún elemento indeterminado.

Finalmente, en todos los muros se han identificado diferentes fracturas que habían sido reparadas y rasuradas con la misma argamasa encontrada en los mechinales. Esto podría evidenciar la realización de varias labores de reparación a lo largo de la contienda.

c) Destrucción del fuerte

Es evidente que las estructuras exhumadas sufrieron una destrucción violenta por causa del fuego, ya que se han encontrado restos de vigas del soporte de la techumbre carbonizadas en los mechinales y además los muros presentan zonas quemadas. No se ha encontrado un nivel de

derrumbe general a consecuencia de esta acción destructora, pero sí quedan las vigas carbonizadas.

d) Colmatación y anulación de las estructuras

Tras el incendio, se ha documentado un relleno (UE 2005; figura 122), que colmata parcialmente las estructuras. Esta unidad, está compuesta por una tierra arcillosa, de compactación media y de tonalidad heterogénea, compuesta por diferentes echadizos amarillentos y rojizos. Estos presentan intrusiones de grandes piedras de areniscas (fragmentos de sillares), piedras más pequeñas, vigas quemadas, fragmentos de ladrillos (procedentes de los muros tabiqueros) y material arqueológico en general, que luego veremos. Este relleno no es horizontal, sino que presenta una superficie inclinada, siendo la pendiente mayor hacia las estructuras murarias, que hacia el centro. Esto nos hace plantearnos que este relleno fue traído de otro lugar para colmatar estas estancias, vertiéndose desde las estructuras. Además, las zonas donde aparecen las vigas carbonizadas no están calcinadas, sino que forman parte del relleno.

Posterior a este relleno, se han documentado otras dos unidades de relleno más (UE 2004 y 2001), que sirvieron para terminar de cubrir las estructuras del fuerte carlista. El primero de ellos, la UE 2004, está compuesto por una tierra de coloración arcillosa, con intrusiones de abundantes piedras de mediano y pequeño tamaño, algunas de gran tamaño, restos de argamasas y restos de vigas carbonizadas. El espesor varía entre 5 y 30 cm de relleno, en el que el lado oeste del sondeo presenta un menor grosor. El último relleno (UE 2001), es el que cubre las estructuras por completo. Está compuesta por una tierra arcillosa amarillenta, con manchas rojizas en torno a las estructuras. Presenta escasas intrusiones de piedras de mediano y pequeño tamaño y su espesor varía entre los 10 y los 50 cm. Como en el anterior relleno, este también presenta un buzamiento de este a oeste.



Figura 122. Relleno de la UE 2005. En él se puede ver el derrumbe del techo, con las vigas carbonizadas y el sedimento rojizo vertido

Después de haber descrito los procesos de formación y de abandono del fuerte, en las próximas páginas nos centraremos en analizar la cultura material recuperada, tal y como hemos hecho en el fuerte de la Princesa de Asturias.

4.5. Materiales

La excavación arqueológica ha permitido recuperar un total de 573 piezas a lo largo de dos campañas arqueológicas. En la primera se hallaron un total de 357 y en la segunda, 216. Por tanto, esta cifra queda lejos de las 1.427 halladas en el fuerte de la Princesa de Asturias. No obstante, hemos conseguido documentar un amplio abanico de elementos relacionados con la vida cotidiana del soldado carlista, que era en última instancia uno de los objetivos primordiales de esta intervención.

A continuación hablaremos de los diferentes elementos característicos que hemos encontrado a lo largo de la intervención, catalogados en grupos según su naturaleza. Esta clasificación sigue los mismos parámetros reflejados con anterioridad en el fuerte de la Princesa de Asturias. De modo que primero analizaremos la dieta, para posteriormente detenernos en el armamento, seguido de los enseres del soldado, luego el grupo de elementos atribuibles a la edificación y terminaremos con

una última categoría inespecífica, nombrada como *otros*.

4.5.1. La dieta

Relacionado con la alimentación de la soldadesca, hemos hallado dos clases de restos. Por un lado, posibles restos óseos fruto del proceso alimenticio y, por otro lado, fragmentos de recipientes de arcilla o cristal que se usaron en algún momento para almacenar, consumir o servir los alimentos.

a) Restos faunísticos

Hemos recuperado un total de 108 fragmentos óseos de animales de diversos tamaños que podrían ser los desechos de la alimentación de la guardia del fuerte. De estos fragmentos, 67 se han podido identificar (ver tabla 5, página 221), lo cual nos deja un promedio de restos conocidos del 62%. Según el número mínimo de individuos, tenemos la presencia de dos ejemplares de ganado vacuno y otros dos de ovicaprino. De este último grupo, en referencia a la ganadería menor, no ha sido posible llegar al nivel específico, debido a la fragmentación de los huesos. Destaca en este apartado la presencia de un fragmento de concha de un molusco terrestre (figura 123), cuya cronología es dudosa, ya que se trata de una especie troglodita que pudiera constituir una intrusión subactual⁹⁹.



Figura 123. Molusco (YER49_18_2059.141)

b) Almacenamiento

1- En soporte cerámico:

Este conjunto está representado por piezas de gran tamaño, como son los cántaros y las orzas. Siguiendo el cómputo del número mínimo de individuos, hemos contabilizado un total de tres cántaros y una orza. De estos, dos son galbos de cántaro y los otros dos, piezas casi completas. Por ese motivo, a continuación procedemos a analizar los dos únicos ejemplos que están prácticamente completos:

⁹⁹ Estudio realizado por Pedro Castaños, al cual le agradecemos su colaboración.

- Cántaro:

El primero de ellos es un cántaro de 39 cm de altura, con un diámetro en boca de 9 cm, de labio redondeado y con el borde y cuello rectos (figura 124). Prosigue con un cuerpo globular, que finaliza estrechándose hasta alcanzar la base del fondo de pie macizo, compuesto por un diámetro de 11,2 cm. También conserva un asa de cinta con engrosamiento central de 5,5 cm de anchura máxima, por 15 cm de longitud máxima, que nace en la parte alta del cuerpo y termina en el cuello. Es de presuponer que, debido a la envergadura y peso de la pieza, tuviera una segunda asa idéntica enfrentada.

La pieza está cocida en un ambiente oxidante y de ahí su coloración amarilla-anaranjada. Entre sus desgrasantes se aprecian calcitas o chamotas de pequeño tamaño. Por otro lado, el grosor de sus paredes va desde 1,3 cm de grosor en la parte baja del cuerpo, hasta los 0,4 cm en la parte más fina del cuello.

En cuanto a decoración se refiere, la pieza se halla pintada en el borde, cuello y parte alta-media del cuerpo. Son líneas horizontales y curvas que siguen el siguiente orden (de arriba a abajo): dos líneas horizontales, una ondulada y otras dos horizontales que llegan hasta la altura del inicio del asa. A continuación presenta tres nuevas líneas horizontales a la altura del final del cuello, e inicio del cuerpo globular. Continúan con una línea mayor en tirabuzones y termina el dibujo con cinco nuevas líneas horizontales. Todas ellas pintadas en una coloración marrón realizadas con manganeso.

En la bibliografía que hemos podido consultar, encontramos en Tafalla el ejemplo de un cántaro muy similar en cuanto a la decoración se refiere (figura 125, segundo ejemplar del siglo XV; Jusué y Tabar, 1988: 313). Esto podría suponer la continuidad de ciertas decoraciones, que hubieran perdurado desde el siglo XV hasta bien entrado el siglo XIX, como parece ser en este caso. Pero las similitudes no terminan aquí, ya que parece que existen claros paralelos con los cántaros producidos en el taller de la familia Echeverría de Estella (figura 126; García García, 1984: 149). Por tanto, se podría concluir con bastante seguridad que, el cántaro aparecido en el yacimiento correspondería con una producción local, o bien comarcal.



Figura 124. Imagen del cántaro (YER49_17_2059.89)

CERAMICA MEDIEVAL NAVARRA. I. Producción no vidriada	
SIGLO VII	
SIGLOS XII, XIII, XIV	
SIGLO XV	

Figura 125. Evolución de varias piezas de cerámica navarra. El que nos interesa, sería el segundo de la última fila, en relación a las piezas del siglo XV (Jusué y Tabar, 1988: 313)

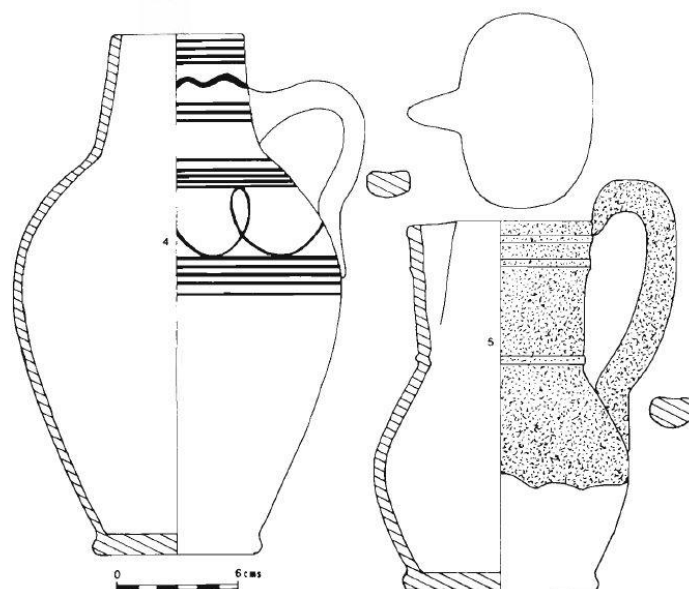


Figura 126. Variedad de formas elaboradas en el taller estellés de los Echeverría (García García, 1984: 149)

- Orza:

En el segundo caso (figura 127), tenemos una orza de 29,5 cm de altura, con un diámetro en boca de 13 cm. Se compone de un labio resaltado, borde recto y cuello curvo hacia un cuerpo globular. La pieza finaliza en una base de pie macizo, con un diámetro de fondo de 12,2 cm. Tiene una única asa de cinta con engrosamiento central, que se inicia en la parte alta del cuerpo y finaliza en el borde. La anchura de esta es de 3,5 cm, con una altura máxima de 10 cm.

Es una pieza de cocción oxidante, con paredes finas en general: 0,5 cm a la altura media del cuerpo y otros 0,5 cm en el borde. Contiene desgrasantes muy finos, entre los que se pueden apreciar algún grano de cuarzo y chamota.

La pieza finaliza con un vidriado melado al interior y también al exterior, hasta la parte media del cuerpo. Presenta una decoración exterior en la parte alta del cuerpo, hecha mediante incisiones, con algún punzón u otro elemento afín, por debajo del vidriado. Son tres líneas horizontales intercaladas por dos líneas que discurren en zig-zag.



Figura 127. Imagen general de la orza en su proceso de reconstrucción en laboratorio (YER49/17/2059.091)

c) Consumo y servicio

1- En soporte cerámico:

Aquí tenemos una concentración importante de materiales que hemos dividido en diferentes subgrupos, según la finalidad de cada uno.

- Platos:

Dentro de este sub-grupo hemos identificado tanto platos llanos como hondos.

- Llanos:

Hemos computado un total de tres platos según el número mínimo de individuos, de los cuales dos se encuentran prácticamente completos. El primero de ellos (figura 129), tiene un diámetro de 21,2 cm y una altura de 3,5 cm. Su labio es redondeado, el borde recto y el cuello curvo. Termina en una base plana con un anillo de solero en su cara exterior. El diámetro de este anillo es de 10,5 cm. La pasta es fina, con 0,4 cm de grosor en el centro y 0,5 cm en el ala. En el centro de la base posterior presenta un sello de color verde, que indica la fábrica de procedencia. Esta se encuentra adornada con el dibujo de una copa y se puede leer:

M & LE
DEPOSE
[CR]EIL [ET] MONTEREA[U]



Figura 128. Sello del plato (YER49_17_2059.95)

En relación al sello de la fábrica, es un plato de loza procedente de la empresa francesa de Creil y Montereau. Ésta, se formó gracias a la unión de las fábricas de loza Creil (del departamento francés de Oise) y Montereau (del departamento de Sena y Marne), una vez que en 1840 se creara la sociedad Millet y Lebeuf, dueños de ambas empresas. La unión duró hasta 1895, año en que la fábrica de Creil cerró, concentrándose la producción en Montereau. Durante esos años el grupo Creil y Montereau industrializaron y modernizaron la cadena de producción, logrando expandir sus negocios, ahora no solo con la producción artística, sino también con una producción en masa¹⁰⁰.

El segundo plato (figura 130), cuenta con un diámetro un poco mayor que el anterior, de 22,4 cm y una altura de 3,4 cm. Presenta un labio redondeado, borde recto y cuerpo cóncavo. El fondo es plano y cuenta con un anillo de solero de 12,5 cm de diámetro. Como en el caso anterior, es de pasta fina, de 0,5 cm de grosor en el fondo y 0,4 cm en el labio. El único fragmento que falta pertenece a la pieza del centro del fondo, en donde se hallaba el sello de la fábrica y a pesar de que tenemos un pequeño fragmento de este, resulta completamente ilegible. Solo se puede decir que parece un sello ovalado de color negro y que en un costado del fondo aparece una marca incisa en forma de estrella de seis puntas. Hay que añadir que el ala del plato no dibuja una circunferencia, sino que tiene forma de tetradecágono; es decir, que forma un polígono de 14 caras.

¹⁰⁰ <https://web.archive.org/web/20110901085113/http://www.tourismecreil.fr/lafaiience.html>; y <https://www.gazette-drouot.com/article/la-moderne-creil-et-montereau/6275>



Figura 129. Plato circular que conserva los restos del sello. YER49_17_2059.95; Figura 130. Plato con ala de 14 caras en el que nos falta el sello central. YER49_18_2059.41

- Hondos:

Hemos contabilizado un total de cuatro platos según el número mínimo de individuos. Sin embargo, tan sólo hemos conservado dos completos que son los que describiremos a continuación:

El primero es un plato de 23 cm de diámetro de boca (figura 131), de labio redondeado, borde recto, cuerpo convexo y fondo plano con un anillo cóncavo al interior de 6,3 cm de diámetro. La pieza alcanza una altura de 6 cm y es de cocción oxidante. Está esmaltada en blanco crema en la parte interior, llegando hasta el labio por la parte exterior. Presenta una decoración pintada sobre el esmalte del borde interior, a base de líneas diagonales que van intercalándose en azul y negro. Por debajo de ella y todavía en el borde, discurre una línea horizontal azul. Finalmente, en el centro de la pieza aparece una circunferencia en azul de 3 cm de diámetro, rellena de cinco líneas verticales y otras cinco horizontales, formando una trama cuadrangular pintada en negro. La pieza presenta restos de quemado en algunos lados, tanto en su cara interior como en el exterior, fruto de su exposición indirecta a algún fuego. No lleva sello.

El segundo ejemplar (figura 132), es un plato de 16 cm de diámetro, de labio redondeado, borde y cuerpo cóncavo, con un fondo plano de 5,7 cm de diámetro. La pieza alcanza los 4 cm de altura y se encuentra esmaltada completamente en sus dos caras de un color rosáceo, con el labio pintado en azul.



Figura 131. Plato (YER49_17_2059.94); Figura 132. Plato (YER49_18_2059.40)

- Jarros:

Dentro de este grupo tipológico, hemos computado un total de dos jarros según el número mínimo de individuos:

Para el primero de los dos jarros (figura 133), no contamos con un diámetro regular, debido a que presenta un pico vertedor. No obstante, alcanza una anchura máxima de 10,2 cm. Se compone de un labio engrosado hacia el exterior, con borde saliente, cuello curvo, cuerpo globular y base plano con pie macizo, de un diámetro de 9 cm. La altura máxima de la pieza alcanza los 18,2 cm. Por lo demás, es un jarro de cocción oxidante, con desgrasantes de tamaño medio, entre los que se aprecian cuarzos, calcitas o mica. Sus paredes van desde los 1,2 cm de grosor en el fondo, hasta los 0,5 cm en el cuerpo. Presenta un vidriado melado al interior y otro tono melado al exterior, hasta la altura del inicio del cuerpo (de forma irregular), si bien tiene una continuación en forma de colada hasta el fondo, por debajo del pico vertedor. Presenta el arranque del asa en el hombro, que llega hasta la parte opuesta del pico vertedor (aunque no se conserva ni el asa ni la parte del arranque superior). Su cuello alcanza casi los 8 cm de altura. Por lo demás, presenta una pequeña decoración de dos baquetones en la parte alta: la primera sobre el labio, donde se convierte en un labio engrosado y la segunda, otros 2 cm más abajo, en paralelo.

En la bibliografía que hemos podido consultar, se asemeja a las tipologías documentadas de los alfares de Estella: *Se caracterizan especialmente por su boca en forma de pico, que se inclina hacia abajo unos milímetros, por el cuello largo, que acaba en unas molduras sobresalientes, por una panza abultada, desarrollada desde la mitad de la pieza hasta la base y, sobre todo, por un asa de considerable tamaño que arranca desde la parte superior de la panza y se eleva por encima del borde superior hasta unirse con él. Son piezas que llevan vedrío, en tonos rojos especialmente y también verdosos en ocasiones, en el interior y por el exterior hasta la zona de la panza* (Muruzábal, 2017: 57).

En el segundo jarro (figura 134), varía la tipología. Esta vez sí tenemos un diámetro en boca, que es de 9,8 cm. Es de labio redondeado, borde saliente, cuello recto, cuerpo globular y

base de pie macizo, con un diámetro de 7,4 cm. La altura máxima que alcanza, es de 14,7 cm. Su cocción es oxidante y las paredes son finas de 0,5 cm de grosor. Presenta un vidriado marrón al interior con un tono más melado al exterior, aunque el vidriado de fuera no lo cubre por completo, llegando hasta la parte media baja del cuerpo. Tiene un asa fracturada de sección ovalada de 2,2 cm de anchura máxima, que arranca a media altura del cuerpo y termina en el borde, con una altura máxima de 8 cm. No tiene pico vertedor y se halla parcialmente quemada por algún costado.



Figura 133. Jarro (YER49_17_2059.97); Figura 134. Jarro (YER49_18_2059.39)

- Jarrito:

Por último, tenemos un jarrito de 6,5 cm de diámetro en la boca. Presenta labio redondeado, borde recto, cuello curvo, cuerpo globular y base plana de pie macizo de 4,6 cm de diámetro, con una altura máxima de 10,3 cm. Es de pasta fina, de 0,5 cm de grosor en la parte baja del cuerpo y de 0,3 cm en el cuello. Tiene el arranque del asa a media altura del cuerpo, pero su conservación parcial imposibilita ver hasta donde llegaba. Es de cocción oxidante y contiene pequeños desgrasantes, entre los que está la calcita. La pieza se halla vidriada al interior y en el exterior, hasta la parte baja del cuerpo. Presenta un vidriado verde oliva al interior y parte alta exterior. El resto de la cara exterior, hasta casi el pie, se encuentra vidriada en melado.



Figura 135. Jarrito (YER49_17_2059.96)

2- En soporte vítreo

Como no podían faltar dentro de este apartado, contamos con un total de cuatro botellas según el número mínimo de individuos. De todas ellas, la única interesante de remarcar aquí es la documentada en la UE 2059 (figura 136 y 137), porque a pesar de no estar completa, tenemos dos conjuntos de fragmentos (por un lado, la parte superior compuesta por cinco; por otro, la parte del fondo compuesta por 18), que creemos que corresponden al mismo individuo.

Del primer conjunto (figura 136), observamos que el diámetro de la boca es de 2,1 cm. Le sigue un labio recto, borde triangular, cuello recto, inicio del cuerpo globular y de color verde oliva. Observando la morfología de la boca de la pieza, podría corresponder con el tipo (1) *wine finish* de la clasificación tipológica de bocas de botella de vidrio de Berge (Berge, 1980: 56-57).

El segundo conjunto (figura 137), representa las paredes rectas de la parte final de la botella, que termina en un fondo plano, rehundido con 5,5 cm hacia el interior de la misma, típica de las botellas de vino o champán¹⁰¹. El diámetro del fondo es de 9 cm, mientras que la altura máxima del cuerpo alcanza los 11,7 cm. Su color es verde oliva como hemos descrito en el vidrio del primer conjunto. El grosor de las paredes dista de 0,5-0,6 cm de grosor.

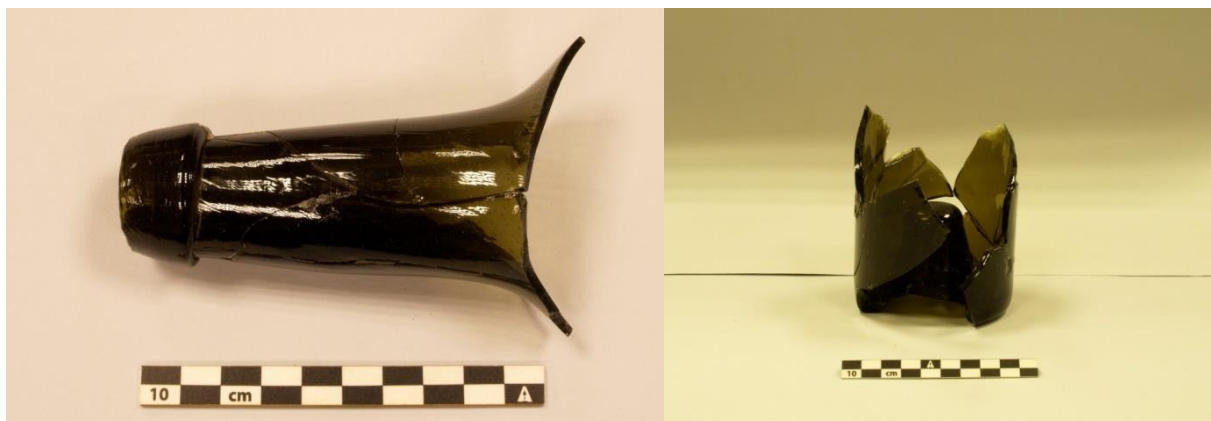


Figura 136. Parte superior de una botella de cristal (YER49_17_2059.109); Figura 137. Parte inferior de una botella de cristal (YER49_18_2059.52)

4.5.2. El armamento

Dentro de esta categoría hemos documentado materiales clasificados en dos nuevas subcategorías: armas portátiles de fuego y elementos relacionados con la artillería.

a) Armas portátiles de fuego

Aquí lo hemos dividido nuevamente en otras dos nuevas subcategorías: elementos relacionados con la munición y elementos relacionados con las armas blancas.

¹⁰¹ <https://sha.org/bottle/wine.htm#Wine%20Bottles>

1- Munición:

Nuevamente subdivididos hasta en cuatro subcategorías: cartuchos, vainas, balas y escorias.

- Cartucho:

Tan sólo hemos contabilizado uno en los trabajos de excavación. Se trata de un cartucho metálico golleteado sin percutir sistema Remington, para fusil Remington modelo 1871. Alcanza los 7,5 cm de longitud, entre la vaina de latón y el proyectil de plomo de cabeza semiesférica; y tiene un grosor de 1,4 cm al inicio del cuerpo de la vaina.



Figura 138. Comparación de medidas entre una vaina Remington y un cartucho Remington (YER49_17_2059.1)

- Vainas:

Hemos podido recuperar un total de 16 vainas. Todas ellas corresponden con el fusil Remington, se hallan percutidas y se encontraron a lo largo de los trabajos de excavación de la primera campaña, tanto en el foso, como en el sondeo interior del fuerte. En cambio, en los trabajos de la segunda campaña no se halló ninguna.



Figura 139. Ocho ejemplares de vainas Remington halladas en el sondeo del foso (YER49_17_1006.1-8)

- Balas:

Contamos con un total de siete balas, cuatro de las cuales nos fueron entregadas como material de expolio¹⁰². Tres de ellas corresponden al sistema Remington y una al sistema de avancarga. Están todas impactadas. Las restantes tres aparecieron dentro del sondeo 2000 del interior, durante la primera campaña de excavación. Todas se corresponden con el sistema Remington y no presentan restos de impacto.



Figura 140. Posible bala avancarga entregada como material de expolio (YER49_17_0.5)

- Escoria:

Hemos documentado cinco fragmentos de escoria de plomo, que creemos que están relacionadas con la manipulación de las balas. Estos elementos también fueron hallados durante la primera campaña de excavación.



Figura 141. Fragmento de escoria de plomo (YER49_17_2059.11)

2- Armas blancas:

¹⁰² Por un vecino de las inmediaciones en sus búsquedas con el detector de metales en el propio yacimiento años atrás.

Tan solo tenemos en esta subcategoría la identificación de un elemento.

- Bayoneta:

En la primera campaña de excavación, documentamos una bayoneta española para fusil Remington modelo 1871 (figura 142). Hemos comparado nuestra bayoneta con las de fabricación española y norteamericana original y son muy similares. En la siguiente tabla mostramos las pequeñas diferencias existentes y presentamos las medidas de la hallada en el fuerte:

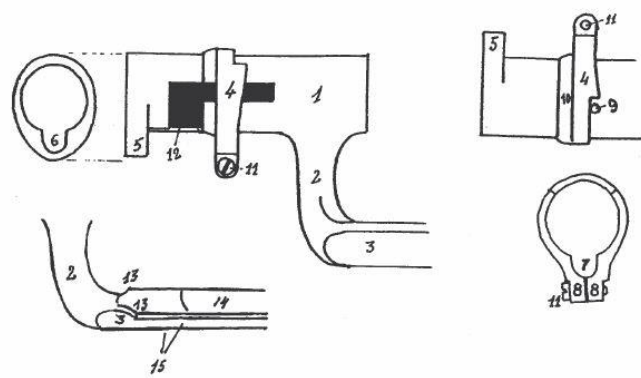
	Diámetro Cubo	Longitud Cubo	Ancho Hoja	Longitud Hoja
Bayoneta norteamericana	1,8 cm	6,8 cm	2,1 cm	55 cm
Bayoneta española	1,7 cm	7,6 cm	1,95 cm	56,2 cm
Bayoneta fuerte San Juan	1,6 cm	7,5 cm	2 cm	57 cm

Tabla 3. Comparación de la bayoneta del fuerte San Juan con las medidas estándar de la bayoneta Remington norteamericana y española (Calvó, 2003: 15)

Tal y como se puede apreciar, la bayoneta recuperada en San Juan se ajusta más a las medidas de la bayoneta del modelo español, que al de las bayonetas adquiridas por el ejército nacional a la firma norteamericana *E. Remington & Sons* (Calvó, 2003: 14). Por tanto, podemos confirmar que la bayoneta encontrada en San Juan corresponde con una bayoneta de fabricación española. Ésta se compone de un cubo (figura 143) de 7,5 cm de longitud, con un diámetro interior de 1,6 cm. Tiene además una nariz, anilla y canal de engarce en zig-zag. Le sigue un codo corto redondeado para dar paso a una hoja de sección triangular, con una anchura al inicio de la hoja de 2 cm y una longitud total de 57 cm.



Figura 142. Bayoneta española de fusil Remington modelo 1871 hallada en el fuerte San Juan (YER49_17_2005.1)



BAYONETA DE CUBO

- | | |
|-------------------------|---------------------------------------|
| 1 : Cubo | 9 : Punto de recorrido de la anilla |
| 2 : Codo | 10 : Reborde de posición de la anilla |
| 3 : Inicio de la hoja | 11 : Tornillo de cierre de la anilla |
| 4 : Anilla | 12 : Canal de engarce |
| 5 : Nariz | 13 : Orejas de la hoja |
| 6 : Puente de la nariz | 14 : Cara superior de la hoja |
| 7 : Puente de la anilla | 15 : Caras inferiores de la hoja |
| 8 : Cierre de la anilla | |

Figura 143. Descripción de los diferentes apartados de una bayoneta tipo cubo (Calvó, 2003: 4)

b) Artillería

Hemos dividido esta subcategoría entre artificios de iniciación y proyectiles.

1- Artificio de iniciación:

- Estopines de fricción:

En este apartado debemos diferenciar entre frictores y estopines propiamente dichos. Para el primer caso contamos con un total de siete, seis de los cuales se hallaron en el sondeo 2000 durante la primera campaña y un último en el mismo sondeo al año siguiente. Para el segundo caso, tenemos un total de 15, nueve de los cuales aparecieron durante la primera campaña en el sondeo del interior y uno en el sondeo del foso. Los restantes cinco fueron recuperados en la campaña del año siguiente en el sondeo interior. De modo que la aparición de estos elementos metálicos hace alusión al empleo de piezas de artillería en el fuerte.



2- proyectiles:

- Cascos de granada:

Contamos con un total de 13 fragmentos de granada, ocho de las cuales aparecieron en los trabajos de la primera campaña y cuatro durante la segunda. Siendo todas recuperadas en la UE 2059. La restante nos fue entregada como material de expolio. De todas ellas, cinco, presentan un tamaño importante (ver figuras 146 y 147) y creemos que podrían pertenecer al mismo individuo¹⁰³; es decir, a una granada para cañón de 14 o 16 cm. Creemos que siete de las restantes, debido a su tamaño, podrían coincidir más bien con fragmentos de una o varias granadas para cañón de 8 cm.



Figura 146. Fragmento de granada de 19 cm de longitud, por 2,8 cm de grosor. Porta una banda horizontal de cobre en la parte baja de la pieza. (YER49_17_2059.31); Figura 147. Fragmento del fondo de una granada de artillería de 14,7 cm de diámetro y 4 cm de grosor. Posiblemente lanzada desde el fuerte liberal de Cáceres contra el fuerte de San Juan (YER49/18/2059.009)

- Espoleta:

En relación a los cinco fragmentos de granada de gran envergadura del apartado anterior, se recuperó una espoleta de bronce, también aparecida en la UE 2059 que, debido a las dimensiones de la pieza (4,9 cm de longitud por 2,3 cm de diámetro), podríamos relacionarla con esa granada de grandes dimensiones.

¹⁰³ Piezas YER49/17/2059.030-033 y YER49/18/2059.009



Figura 148. Espoleta (YER49_18_2059.8)

4.5.3. Enseres del soldado

Dentro de esta categoría hemos enumerado dos subcategorías: monedas y otros.

a) Monedas

Contamos con dos monedas del contexto de la guerra, recuperadas en el propio yacimiento y que fueron entregadas anónimamente por un expoliador. Ambas son del reinado de Isabel II. La primera de ellas es un céntimo de escudo de 1866, mientras que la segunda es una moneda de 2 ½ céntimos de escudo de 1868. Es curioso comprobar que no ha aparecido ninguna otra moneda del contexto de la guerra y que ninguna de las dos que hemos mencionado sean monedas del pretendiente carlista.



Figura 149. (De izquierda a derecha): Un céntimo de escudo de 1866 de Isabel II; 2 ½ céntimos de escudo de 1868 de Isabel II; y cinco céntimos de 1879 de Alfonso XII (YER49_17_0.6-7-8)

b) Otros

1- Plumín:

Como dato curioso tenemos el hallazgo de un plumín de 3,8 cm de longitud, por 0,7 cm de anchura máxima y 0,1 cm de grosor.



Figura 150. Plumín de una pluma estilográfica (YER49_18_2004.1)

4.5.4. Edificación

A) Elementos constructivos

1- Ladrillo:

Destacan los tres fragmentos identificados en un hogar (UE 2111). De estos, el más interesante es el que mostramos a continuación (figura 151), por estar casi completo. Lo definimos como un ladrillo amarillento rectangular de 33,5 cm de longitud, por 17,5 cm de anchura y 4,1 cm de grosor.



Figura 151. Ladrillo casi completo (YER49_18_2111.1)

2- Teja:

El caso de las tejas es similar al de los ladrillos. Tenemos un total de cinco elementos recuperados, todos ellos en la UE 2059. De estos, destaca por estar prácticamente completa, la que mostramos en la figura 152. Es una teja curva amarillenta de grandes proporciones, con 47,4 cm de longitud, por 21,8 cm de anchura máxima, y 1,8 cm de grosor máximo.



Figura 152. Teja casi completa (YER49_18_2059.143)

3- Madero:

Una vez documentadas las vigas que un día formaron parte de la techumbre del fuerte, se ha procedido a recoger los fragmentos de madera que han quedado insertos en los mechinales, dándoles unidades estratigráficas propias. Sobre el entramado de las viguerías, destacan las de sección rectangular, como las que podemos ver en la figura 153. Pero también nos han aparecido algunas más pequeñas, de sección circular.



Figura 153. Muestra de una parte del entramado de la techumbre, de la parte noreste del sondeo interior y dentro de la UE 2059. Las tres vigas se hallan a una distancia similar y puestos en la misma dirección noreste-suroeste

4- Enlucido:

En las labores de la primera campaña del sondeo 2000 del interior del fuerte, hallamos una colección de 67 pequeños fragmentos de enlucidos, que contenían restos de letras trazadas con pintura azul. En algunos fragmentos además de la pintura se observaron algunas líneas dibujadas con lápiz, que seguramente sirvieron para delimitar el espacio a ser pintado en azul. En el análisis de estas letras comprobamos que no todas tenían el mismo tamaño. La cercanía de esta colección al muro tabiquero UE 2049, nos hace sospechar que fueran parte de este; y por tanto, que se tratara de una pared que contuviera alguna frase pintada en azul. Este hallazgo contrasta con los materiales de la segunda campaña de excavación, en donde pudimos documentar nuevos muros tabiqueros enlucidos, pero sin restos de pintura.



Figura 154. Algunos de los fragmentos de la colección, en donde se pueden llegar a ver con más nitidez las letras que comentamos (YER49_17_2059.215-281)

5- Ventanas:

Contamos con 92 fragmentos de cristales transparentes de una o varias ventanas, de paredes rectas y con 0,3 cm de grosor. Estos fragmentos se recuperaron todos ellos a lo largo de la primera campaña de excavación, dentro de la UE 2059 del sondeo 2000 del interior del fuerte.



Figura 155. Cuatro fragmentos del total del conjunto (YER49_17_2059.111-202)

6- Clavos:

La presencia de clavos, en este caso, parece estar relacionada con la construcción de una techumbre de vigas de madera. Es por esta razón que a lo largo de las excavaciones sólo hemos hallado este

material en el sondeo interior del fuerte. En la primera campaña se hallaron un total de 55 elementos, de los cuales cinco provenían de material de expolio, uno de la UE 2001 y los restantes de la UE 2059. Como era de esperar, esto es debido a la presencia del entramado de viguería que se documentó en la UE 2059. En los trabajos de la segunda campaña, hallamos un total de 26 elementos, uno de los cuales apareció en la UE 2004 y los restantes en la UE 2059.

En general hablamos de grandes clavos de forja que alcanzan la longitud máxima de 31 cm, como el que mostramos a continuación (figura 156). Este mide exactamente 31,2 cm de longitud por 1,4 cm de grosor del vástago y la cabeza ovalada tiene 3,7 por 3,5 cm de longitud. Sin duda, este tipo de clavos formarían parte del entramado del techo. No obstante, ni todos los clavos tienen esa longitud, ni se conservan enteros.



Figura 156. Clavo de forja del entramado de la viguería del techo del fuerte (YER49_18_2059.14)

7- Manivela:

Como elemento a destacar entre los diferentes objetos relacionados con la fortificación, destaca el hallazgo de una manivela en la UE 2059, durante la segunda campaña de excavación.



Figura 157. Manivela (YER49_18_2059.13)

4.5.5 Otros

Dentro de esta última categoría hemos reunido un último material que no formaba parte de las categorías anteriores.

a) Fleje

Contamos tan solo con un pequeño fragmento de fleje encontrado en la UE 1006 del foso. Este elemento es testigo de la utilización de estos refuerzos metálicos para las cajas de madera, empleadas normalmente en el transporte de la época. Llama la atención la casi ausencia de ellas a lo largo de las dos campañas de excavación.



Figura 158. Fragmento de fleje. YER49_17_1006.10

5. DISCUSIÓN E INTERPRETACIÓN DE LOS CASOS DE ESTUDIO DE LOS FUERTES PRINCESA DE ASTURIAS Y SAN JUAN

Tras la descripción y análisis en los dos capítulos anteriores de las intervenciones arqueológicas desarrolladas en los fuertes de la Princesa de Asturias y San Juan, en este capítulo discutiremos e interpretaremos los datos obtenidos. El desarrollo de este trabajo nos ha llevado a dividir este capítulo en dos apartados, siguiendo la tónica de los capítulos anteriores. De este modo, encontraremos un primer apartado centrado en la arquitectura militar, basado en los restos constructivos que todavía hoy perduran en el entorno y un segundo relacionado con el estudio de la vida en el frente, a través del análisis de los restos muebles documentados.

5.1. La arquitectura militar

En este primer apartado analizaremos ambos fuertes y estudiaremos e interpretaremos la tipología escogida en cada caso. Como veremos, presentan algunas características en común a pesar de ser dos modelos totalmente distintos.

5.1.1. Fuerte Princesa de Asturias

Dentro del conjunto fortificado destaca la singularidad de su edificio principal, llamado blockhaus. Por lo que el grueso de nuestra discusión se va a centrar en su análisis, acompañado de las descripciones que los tratados militares de la época ofrecen sobre este tipo de edificios. Por otro lado, nos centraremos en analizar el pavimento interior del edificio, así como uno que parece haber sobrevivido en el exterior.

a) El Blockhaus

Según la terminología empleada en los tratados de ingeniería militar de la época, el fuerte de la Princesa de Asturias, con planta cruciforme, representa dentro de las tipologías de blockhaus existentes, la materialización de un modelo ideal. Su nombre genérico derivado del alemán (y admitido en castellano como *blocao*) significa *casa de madera* (Moreno y Argüelles, 1877: 54) y constituía en tiempos de campaña en una obra cerrada y cubierta, a base de madera y tierra. El inconveniente era si eran atacadas con piezas de artillería. De ser así, estas obras resultaban bastante vulnerables, de modo que en algunos casos, para evitar estas situaciones se les dotaba de una mayor anchura a las viguetas de madera. No obstante, lo ideal en estos casos era reemplazar la madera por la piedra, como así se hizo desde el primer momento en nuestro caso de estudio. En este sentido, según la clasificación realizada por el comandante de ingenieros Eusebio Torner, a este tipo de edificio se le conoce como blockhaus de mampostería (Torner, 1898: 66). El uso de la piedra en vez de la madera en los fuertes liberales durante la segunda guerra carlista, les ayudó a obtener la solidez necesaria para defenderse con mayor acierto de un posible ataque por parte de la artillería carlista, ya que estos comenzaron a adquirir sus primeros ejemplares en mayo de 1873.

En un comienzo, la construcción de los blockhaus se concebía como reductos interiores¹⁰⁴ de los atrincheramientos, al menos hasta la guerra de los ducados de 1864 (Soroa, 1898: 106). Pero a partir

¹⁰⁴ Ver glosario

de entonces, su uso se empleó tanto en las guerras civiles como en las coloniales, para la protección de las vías de comunicación (puentes, viaductos o desfiladeros en lugares de montaña), para la ocupación de posiciones dominantes, o como obras avanzadas (Torner, 1898: 67); también conocidas como obras aisladas (Moreno y Argüelle, 1877: 55).

En cuanto a la forma que adoptaban, era variable. Las más sencillas eran rectangulares, pero esto no permitía el flanqueo de unas caras con las otras. Por eso, si se disponía del tiempo necesario, eran preferibles aquellas en forma de “T”, zig-zag o cruz, que sí lo permitían (Soroa, 1898: 106), ya que estas últimas ofrecían mejores condiciones defensivas (Soto, 1879: 67).

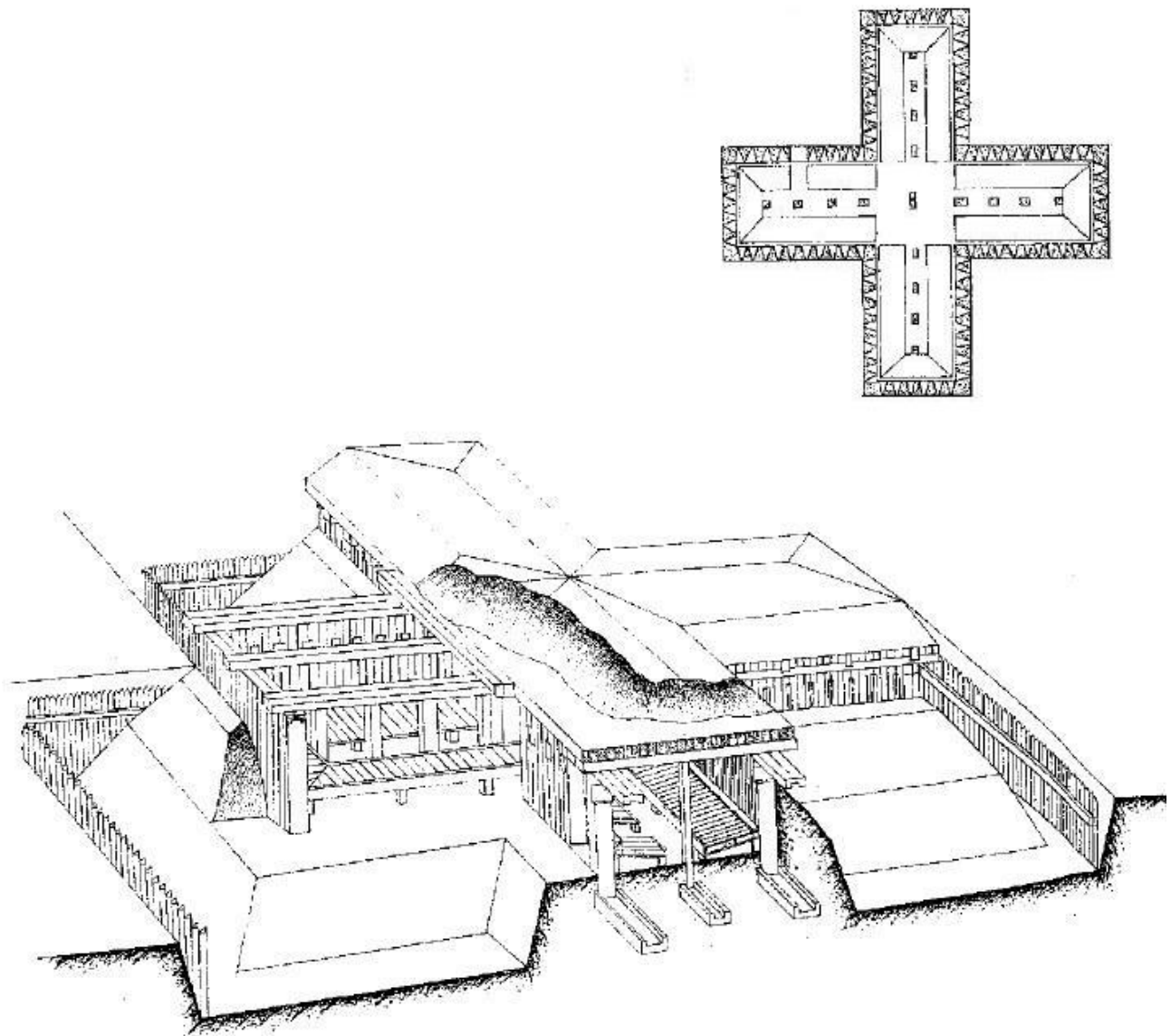


Figura 159. Imagen cenital y oblicua de un blockhaus de planta cruciforme, similar al confeccionado para el fuerte de la Princesa de Asturias (Soroa y Fernández, 1898: Lámina XIV, 3d fig. 157 y fig. 158)



Figura 160. Foto tomada desde un dron por la empresa Dronic en el trabajo de documentación gráfica para el Ayuntamiento de Villatuerta en 2017. En ella se aprecian las similitudes de su planta cruciforme con la figura anterior

Dentro del blockhaus, si la guarnición tenía que dormir en él, disponía de camastros. De lo contrario, en vez de estos se ponían banquetas, ya que las aspilleras por las que tendrían que disparar los defensores (rodeando todo el edificio), se solían hallar a una altura superior a sus cabezas, por lo que era necesario disponer de algún elemento en donde subirse para abrir fuego. Teniendo en cuenta la dimensión de los fusiles más largos de esta época (con la bayoneta calada, sobrepasaban por poco 1,80 m), necesitaban contar con un espacio lo suficientemente amplio, para el cómodo manejo del fusil desde el interior. Esto nos hace pensar, que dos tiradores que disparasen en direcciones opuestas desde el interior del habitáculo, necesitaban de al menos 4 m de anchura para ejercer su trabajo. Curiosamente, las obras que aparecen en los manuales de la época, mencionan que la anchura de muro a muro podía variar de los 4 a los 6 m, siendo el idóneo el de los 4 m para no tener que apoyar en pilares el peso de la techumbre, ya que obstaculizaría en parte el tránsito dentro del edificio y complicaría más la obra (Moreno y Argüelles, 1877: 56). En el caso del fuerte de la Princesa de Asturias, mantiene los 4 m de anchura mencionada en las fuentes. Por lo que podría decirse, su construcción buscó seguir los cánones del momento.

Por otro lado, la altura media de estas construcciones se situaba entre los 2,5 y 3 m (Soto, 1879: 67), siendo mejor la de 3 m si el fuerte contaba con camastros. En nuestro caso, como el fuerte sí contaba con ellos, creemos que dispondría de esa altura, a pesar de que no se halla conservado en su integridad.

En relación a las aspilleras, ya hemos dicho que estas debían disponerse a una altura elevada, para disparar subidos a algún elemento. Además de esta medida, se aconsejaba guardar un metro de separación entre ellas, para albergar el espacio suficiente entre tiradores y poder maniobrar cómodamente (Moreno y Argüelles, 1877: 58). En nuestro caso de estudio, las pocas aspilleras que

se conservan se alcanzan a 1,60 m de altura, con una distancia media entre aspilleras de 0,75 m. Por lo que no se siguen exactamente las medidas aconsejadas. No obstante, dispusieron de la altura suficiente para que los tiradores subidos desde sus camastros pudieran abrir fuego cómodamente.

Para renovar el aire del interior del blockhaus, se procuraba abrir espacios de ventilación por medio de ventanas y respiraderos en el techo (Moreno y Argüelles, 1877: 58). En este sentido, durante los trabajos de excavación hemos documentado, según el número mínimo de individuos, un total de al menos cuatro vidrios que corresponderían a otras tantas ventanas. Esto nos hace suponer, que en algún lugar del fuerte se destinó un espacio para este fin.

En cuanto al techo, si la obra a construir iba a durar en el tiempo, como era el caso del fuerte de la Princesa de Asturias, era indispensable cubrirlo con tejas (Moreno y Argüelles, 1877: 58), o planchas metálicas (Torner, 1898: 64). Como sabemos, en nuestro caso se empleó la teja, debido a la abundancia de fragmentos hallados en el relleno del foso.

Finalmente, para terminar con el blockhaus, tenemos que hablar de la vía de acceso. Según los manuales militares de la época, este se realizaba mediante una puerta situada en el punto menos expuesto a los ataques del enemigo, con una altura de 1,80 m de alto por 0,70-0,80 m de ancho (Moreno y Argüelles, 1877: 58; Torner, 1898: 64); o bien con una altura de 1,80 a 2 m, con hoja de dos o tres aspilleras, cuya apertura sería de fuera hacia adentro, para que nunca el defensor pudiera quedar prisionero dentro del edificio (Anónimo, 1866: 55-56). En el caso del fuerte liberal, no podemos precisar si las medidas de la puerta coinciden o no con las descritas en los tratados de fortificación, pero sabemos que al menos debió de alcanzar los 2 m de altura, como queda justificada con la jamba más alta que hemos documentado de la puerta. En cuanto a su anchura, podemos ser aquí mucho más precisos: es de casi 2 m. Sabemos que la puerta era de dos hojas, gracias al hallazgo de dos goznes en las esquinas interiores del marco de la puerta.

Ya al exterior del edificio, se solía realizar un pequeño foso que no debía tener más de 1 m de profundidad (Anónimo, 1866: 55), aunque en la Princesa de Asturias, se profundizó hasta el 1,50 m. El foso puede ser hecho en *brillante*; es decir, en sección triangular (Soto, 1879: 68), o bien en sección de “U”, como en nuestro caso de estudio. La tierra que se extraía del foso, se agolpaba contra las paredes del blockhaus a modo de glacis¹⁰⁵ por dos razones: primero, para reforzar el edificio contra la artillería; y segundo, para evitar que el enemigo le prendiera fuego, ya que generalmente estos edificios se realizaban con madera (Moreno y Argüelles, 1877: 59). En nuestro caso, siguiendo la teoría, también se construyó un glacis para proteger la cimentación de los muros de piedra con el excedente de tierra extraído del foso.

Sobre los fosos se edificaban puentes levadizos para sortearlos y acceder al interior del espacio que defendían. Estos eran sencillos, formados por algunas tablas de madera que descansaban en la mitad del ancho del foso en una pequeña estacada, o en su defecto, por pequeñas escalas que se apoyaban en la escarpa y la contraescarpa (Anónimo, 1866: 56). Según la cartografía militar de la época, este fuerte liberal contaba con dos puentes levadizos para sortear el foso que impedía, hasta en dos

¹⁰⁵ Ver glosario

tramos diferentes, acceder a la puerta principal. Nosotros intervinimos en el tramo del foso junto a la puerta de entrada al blockhaus; y por tanto, en el primer puente que tenían los defensores al salir del edificio. A la altura de la puerta, en la escarpa del foso, documentamos una pared vertical de mampostería de unos 2 m de anchura, en donde creemos que descansaría el puente una vez elevado y recogido. A pesar que en las excavaciones no hemos hallado restos que nos ayudasen a esclarecer el mecanismo del puente, viendo el muro de mampostería (figura 27, página 111), creemos que debió de ser tal y como queda recogido en el plano cartográfico de la figura 161, muy similar al recogido en la obra del comandante de ingenieros José María de Soroa (figura 162). En ambos, parten de dos maderos colocados en vertical desde dos puntos fijos en el fondo del foso, que se dejarían caer levemente a través de un sistema de poleas, para posteriormente tender sobre los dos extremos un suelo flotante entablado de madera. En nuestro caso, el puente colgante se extendería por una superficie longitudinal un poco mayor a los 2 m, según la anchura documentada en el foso.

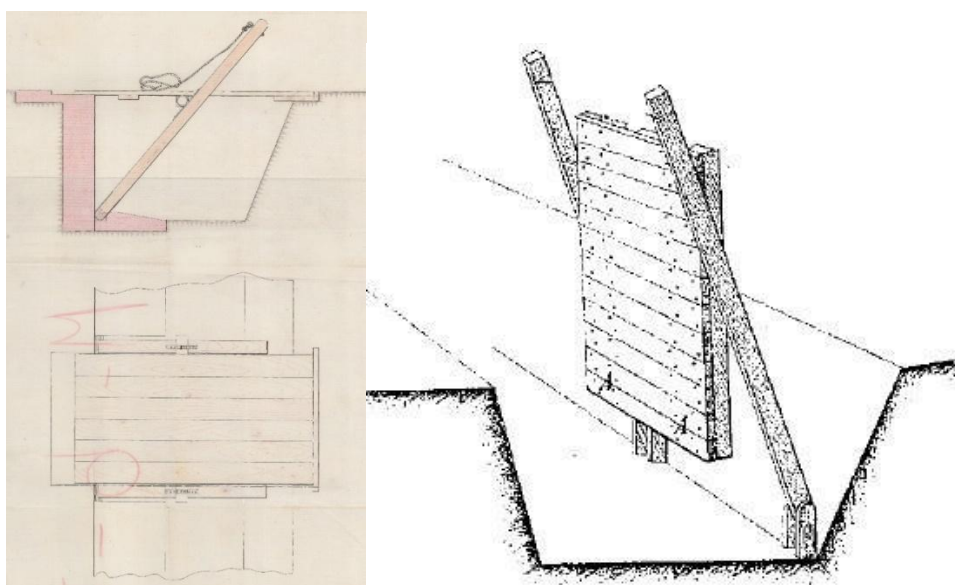


Figura 161. A mano izquierda, imagen del puente levadizo trazado para el fuerte de la Princesa de Asturias (IHCMET, NA-21-14); Figura 162. A mano derecha, la ilustración de un puente levadizo de un foso de blockhaus (Soroa, 1898: Lámina XIV, Figura 126)

En cuanto a la guarnición del fuerte, se estima que la capacidad máxima que podían contener no debía ser superior a los 100 hombres (Torner, 1898: 63). En el fuerte de la Princesa de Asturias, sabemos que alcanzaron ese número (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ01656/041), del cual el grueso de los hombres correspondía al cuerpo de infantería y un pequeño porcentaje al cuerpo de artillería, al estar dotado el fuerte de dos cañones. En relación a esto último, en los tratados de fortificación, se menciona el empleo de la artillería en estos fuertes de dos formas distintas, que en ningún caso coinciden con el de nuestro estudio. En general hablan de poder situarlas tanto dentro del blockhaus, como encima de él. Aunque recomiendan la segunda opción, ya que en la primera obligaba a los constructores a abrir un espacio mucho mayor para las piezas dentro del edificio y, por otro lado, resultaba un problema la oxigenación de estos espacios, por el humo que generaban (Apuntes de fortificación de Campaña 1866: 59). En nuestro caso, el fuerte contaba con la dotación de dos piezas de 8 cm, que se emplazaron al exterior del edificio, a barbata, dentro de una luneta pentagonal. Su cometido consistía en defender una balsa de agua cercana y el camino de comunicación con Oteiza, hacia donde estaba orientada la luneta. Por lo que se constata que estas

dos últimas necesidades hicieron romper con el modelo teórico del emplazamiento ideal para la artillería.

b) La pavimentación interna del fuerte

En la zona interior del sondeo del blockhaus, identificamos como UE 7 a un relleno de piedras de diversos tamaños que presentaba una superficie horizontal (figura 163). Esta se ha identificado como parte de un pavimento que se ha conservado en pésimas condiciones y que no presenta una continuidad más allá de la esquina oeste del sondeo. Esta situación nos hizo plantearnos en un comienzo la opción de que en realidad se tratara de parte de un derrumbe de los muros colindantes, ya que no veíamos mucho sentido a la pavimentación parcial del interior del blockhaus. Sin embargo, la disposición horizontal de gran parte de las piedras y la documentación de tierra trabada entre ellas terminó por aclarar el uso como pavimento.



Figura 163. Imagen en donde se puede observar el área del pavimento de la UE 7

Con la intención de estudiar otros casos de pavimentación interna en fuertes, encontramos en Cataluña un ejemplo de una intervención arqueológica en el que se pudo analizar el enlosado de un pavimento de un fuerte liberal de la primera guerra carlista. Es el fuerte San Mauricio de Balsareny (Barcelona), cuya intervención arqueológica se realizó en 1997 (Vila Carabasa, 1997). Las labores de limpieza sacaron a la luz una nave central destinada a cuartel de la guarnición, cuyo suelo estaba formado de grandes losas de superficie lisa y esquinas irregulares. Como se puede apreciar en la figura que acompañamos, el pavimento del fuerte de San Mauricio no es muy distinto al de la Princesa de Asturias. Su existencia nos ayuda a comprobar cómo en algunos casos los ingenieros militares decidieron pavimentar con losas el espacio interior de algunos fuertes que, como ha

ocurrido en estos dos casos, correspondía con el cuartel de la guarnición.



Figura 164. Imagen del pavimento interior del cuartel de la guarnición (Vila Carabas, 1997)

c) La pavimentación exterior del fuerte

Por lo que respecta al exterior del blockhaus, disponemos de un pavimento empedrado que hallamos en la luneta del fuerte. Se compone de piedras con una superficie horizontal, de tamaños medianos y extraídos de algún afloramiento local. Sobresalen a modo de bordes unas de mayor tamaño, que cierran un espacio, cuya anchura ronda el 1,50 m. Este supuesto camino pavimentado se dirige al espacio en donde se hallarían las piezas de artillería, por lo que nos hace creer que el origen de su construcción se deba a la necesidad de disponer de un camino para operar con las piezas de artillería, independientemente de la climatología.



Figura 165. Imagen del tramo de camino empedrado que se conserva. Tiene una orientación suroeste - noreste

d) Conclusiones

En primer lugar, llama la atención la cantidad de información que hemos sido capaces de hallar en los manuales de fortificación de la época sobre la construcción de blockhaus. Las pautas a seguir en su edificación apenas variaban de un manual a otro y esto nos hace pensar en la estandarización de un modelo de construcción aceptado por la academia de ingeniería, para ser empleado en el control de puntos fijos durante la guerra. Partiendo de esta premisa, hemos intentado hallar otros blockhaus que pudieran haberse construido en Navarra durante la guerra¹⁰⁶. Tras cotejar nuestros datos, hemos comprobado que fueron muchos los blockhaus que se llegaron a construir, todos por los liberales y en su mayoría en planta rectangular, con el objetivo de controlar algunos puentes sobre los ríos Arga y Ega, a su paso por las localidades de Larraga (Rodríguez De Quijano, 1876: 26-27), Miranda de Arga (Rodríguez De Quijano, 1876: 21), Falces (Rodríguez De Quijano, 1876: 93) y Lerín (Rodríguez de Quijano, 1876: 22-23). También tenemos otros localizados en puntos de gran valor estratégico para ejercer un control sobre las vías de comunicación, como los dos blockhaus (no se especifica forma) construidos en madera al poco de iniciarse la guerra sobre el túnel de Lizarraga y el puerto de Bakaikoa (Cuerpo de Estado Mayor, II, 1884: 254-255). Existe uno incluso construido *in extremis* en Tafalla para el rey Alfonso XII como alojamiento para una noche, en la campaña militar liberal de febrero de 1875 (Rodríguez De Quijano, 1876: 106). Sin embargo, si nos detenemos a analizar aquellos blockhaus construidos con base cruciforme en Navarra, tan solo encontramos un único caso más, a parte del fuerte Princesa de Asturias y se halla en el puerto de Velate. Es el fuerte de Guendulain (Martín Etxebarria, 2017: 204-205), construido tras la segunda guerra carlista para controlar la comunicación entre la cuenca de Pamplona y el Baztán (Arrieta,

¹⁰⁶ Dicho trabajo se ha realizado partiendo de los datos que obtuvimos para la elaboración del segundo capítulo de la tesis, por el que recogimos información detallada pueblo por pueblo de las diversas construcciones que se realizaron durante la guerra.

2015: 316-318).

Siguiendo el estudio de blockhaus de plantas cruciformes, ampliamos nuestro foco de estudio hasta el País Vasco en busca de otros ejemplos similares, lo que nos ha permitido hallar dos más: el fuerte de Pagogaina en Irún (Martín Etxebarria, 2017: 204; Arroquia, 2015: 171-173), muy cerca de la muga con Navarra, construido tras la guerra ante el temor de un nuevo alzamiento para controlar los pasos de entre provincias; y el fuerte de Arnotegi en Bilbao, también erigido tras la guerra para controlar los montes próximos a la capital vizcaína por el gobierno liberal, ante el temor de un nuevo levantamiento carlista (Martín Etxebarria, 2017: 204; Arrieta, 2015: 59-62). De estos cuatro, destacan en similitud los fuertes de Gendulain y Pagogaina, ya que en su construcción edificaron en el centro una torre más alta que los muros laterales. Llama también la atención el hecho de que el fuerte de la Princesa de Asturias es el único caso de una construcción de esta tipología construida por el bando liberal en el contexto de la guerra y también la única que albergaba una dotación de artillería, a diferencia de las tres restantes. Que el ejército carlista no hiciera uso de este tipo de construcciones, refuerza la idea de que los blockhaus fueron obras construidas tan solo por los liberales para la defensa de puntos estratégicos. Su construcción continuó en un periodo posterior al conflicto ante la amenaza de un nuevo alzamiento carlista, como atestiguan los paralelos identificados. Estas obras tuvieron éxito en estas provincias debido a su accidentada geografía, sobre todo en el inicio del conflicto en donde el bando tradicionalista no contaba con artillería. Por lo que estas posiciones de obra sencilla, garantizaron durante un tiempo al bando liberal el control de pasos y puntos clave. Con la evolución de la guerra, no solo aparecieron nuevas tipologías en fortificación, sino que los blockhaus evolucionaron desarrollando muros de mampostería, como en el fuerte de la Princesa de Asturias y tras el conflicto, mediante la construcción de una torre central dentro del edificio cruciforme. Estas últimas adaptaciones y ampliaciones, supusieron el momento de máximo esplendor de este tipo de construcciones hasta ese momento.

5.1.2. Fuerte San Juan

A diferencia del caso liberal, en el fuerte de San Juan no disponíamos de mucha documentación, ni de grandes evidencias materiales para analizar su arquitectura militar. De modo que ha sido necesario recurrir a la intervención arqueológica para poder estudiar una parte importante del entramado interior del fuerte. En este apartado pretendemos analizar en profundidad la arquitectura del fuerte, dividiéndola en el estudio de la fisonomía exterior e interior respectivamente.

a) Fisonomía exterior del fuerte

Entre la poca documentación reunida del fuerte, cobra especial relevancia en su estudio arquitectónico el croquis del fuerte realizado por los liberales desde las posiciones de Monte Esquinza (ver figura 101, página 156); al igual que la información sobre las cañoneras descritas por un corresponsal de prensa liberal. Pero esta información, aunque valiosa, creemos que no es suficiente para poder conocer la morfología de San Juan. Por ese motivo, nos hemos valido de la teledetección, como método para la obtención de nueva información sobre la fisonomía del fuerte.

Dentro de la teledetección, recurrimos tanto a la fotografía histórica, como a los vuelos LIDAR,

como parte fundamental de este estudio. Este trabajo pudo realizarse junto con los trabajos de desbroce en campo, que nos ha posibilitado documentar nuevos muros y entender mejor la fisonomía del mismo.

Gracias al vuelo histórico *Ruiz de Alda*, realizado bajo petición del Gobierno de Navarra entre 1929-1933, logramos obtener una primera instantánea en blanco y negro de la cumbre en donde se asienta el fuerte de San Juan. Su buena calidad, teniendo en cuenta los años que eran, se debe en gran medida a que estas fotos fueron realizadas desde un vuelo bajo (escala 1: 10.000); y por tanto, llegaron a ser incluso de mejor calidad que los vuelos americanos serie A (1945-1946) y serie B (1956-1957) realizados a mediados de siglo, desde un vuelo más alto (el A: 1: 43.000; y el B: 1: 32.000)¹⁰⁷.

En la figura que acompañamos, hemos trazado un círculo en el lugar en donde se halla el fuerte y sorprendentemente vemos cómo tras 53 años del fin de la guerra (año 1929), todavía se mantenía la planta de un fuerte poligonal. Esto significa que la explotación agrícola por entonces no debió de afectarlo, pese a que en aquel momento este tipo de explotación en zonas montañosas era más común que actualmente.

En la imagen se aprecia una construcción con tres cabezas o salientes, que parten desde un mismo epicentro y que se alejan unas de las otras con una orientación de 120° aproximadamente. Si agudizamos un poco más la vista, en el saliente que apunta al noreste, se observa en su margen derecha unas pequeñas trazas blancas que representan los muros de las casamatas descritas en las fuentes y cuya existencia pudimos finalmente confirmar en el sondeo 2000 del interior del fuerte. Por lo demás, el brazo que se extiende hacia el sur no sabemos si fue construido así en origen, o bien alterado por los trabajos agrícolas posteriores. Destaca también la imposibilidad de ver alguna compartimentación interna del fuerte, más allá del guardaviñas descrito con anterioridad y que al parecer para esta fecha de 1929 ya existía. Como veremos y explicaremos más adelante, la imposibilidad de ver las instalaciones interiores no fue causado por su destrucción o su inexistencia, sino por la situación de haberlo sepultado intencionadamente en un momento posterior al conflicto.

¹⁰⁷ https://fototeca.cnig.es/help_es.pdf



Figura 166. Fuerte de San Juan. Fotograma Np_16_345, vuelo histórico de 1929-1931. Servicio de Riqueza Territorial de Navarra

Si comparamos la imagen del vuelo histórico con una actual (figura 167), comprobaremos que desde el aire es imposible ver la existencia de un fuerte en el lugar. Ha sido necesario recurrir a la elaboración de un mapa LIDAR (figura 168), para poder verificar cómo actualmente todavía quedan evidencias de la construcción. Nos referimos a la parte este del yacimiento y su prolongación hacia el noreste. En estos dos espacios se pueden visualizar la delimitación del perímetro en el inicio del glacis hacia el foso y este último elemento, visibilizado a través de una superficie plana debido a su amortización. Por lo que claramente podemos concluir que son los lados este y norte del fuerte en donde parece conservarse en mejores condiciones.



Figura 167. Imagen aérea del PNOA 2017. Como se puede ver, a través de esta imagen es imposible localizar por sí solo el lugar del yacimiento

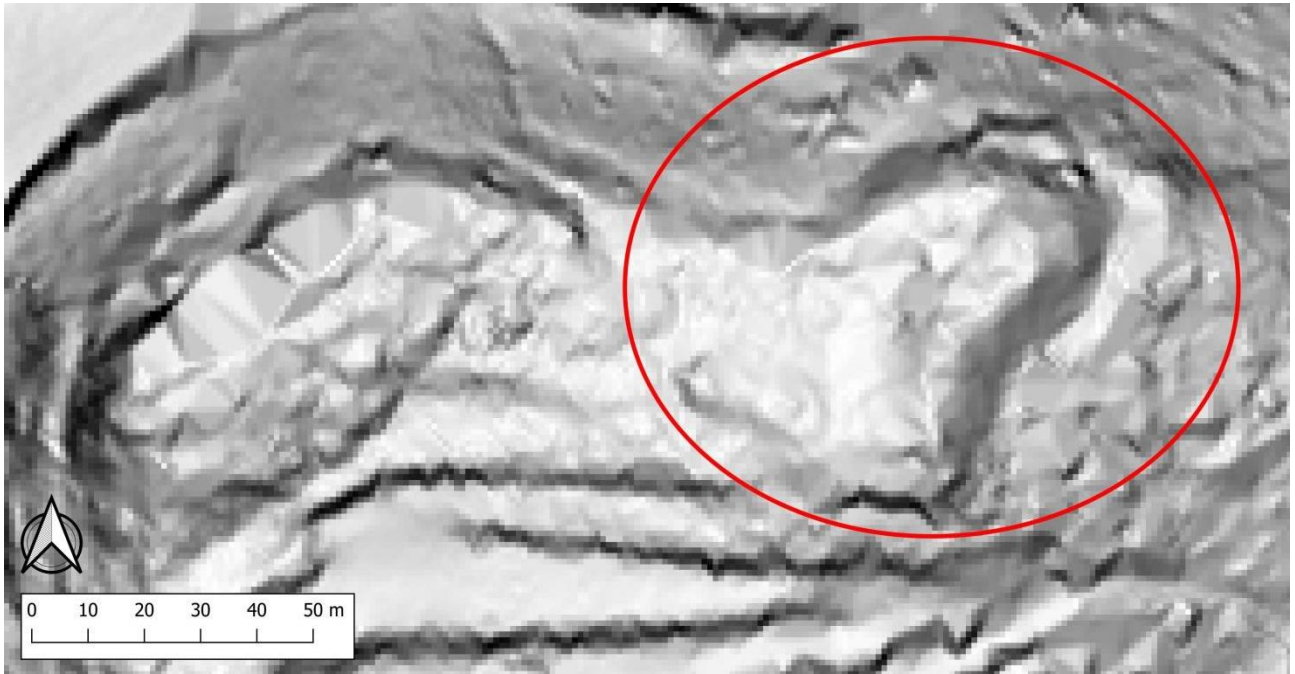


Figura 168. Mapa LIDAR (mdt_SLOPE_8bit), en donde se observa en la zona este y norte las anomalías descritas

Partiendo de la foto histórica y la imagen LIDAR, actualmente podemos corroborar cómo la morfología del fuerte se asemeja bastante al dibujo cartográfico presentado por el ejército liberal. Si aceptamos que la cara este del fuerte San Juan es el frente de guerra, este lado estaría representado en el plano cartográfico por la parte en donde se abren las cañoneras. Por lo que, si orientamos el plano en nuestra imagen LIDAR, vemos la correlación morfológica entre el plano cartográfico y la imagen LIDAR (figura 169). Esta analogía también puede percibirse, aunque no de forma tan clara en la retaguardia, o lo que es lo mismo, en la parte más al oeste del fuerte. La explotación del terreno fue seguramente la culpable de una alteración de la fisonomía original del fuerte, que impide a día de hoy conocer bien los límites de la estructura por esta parte.

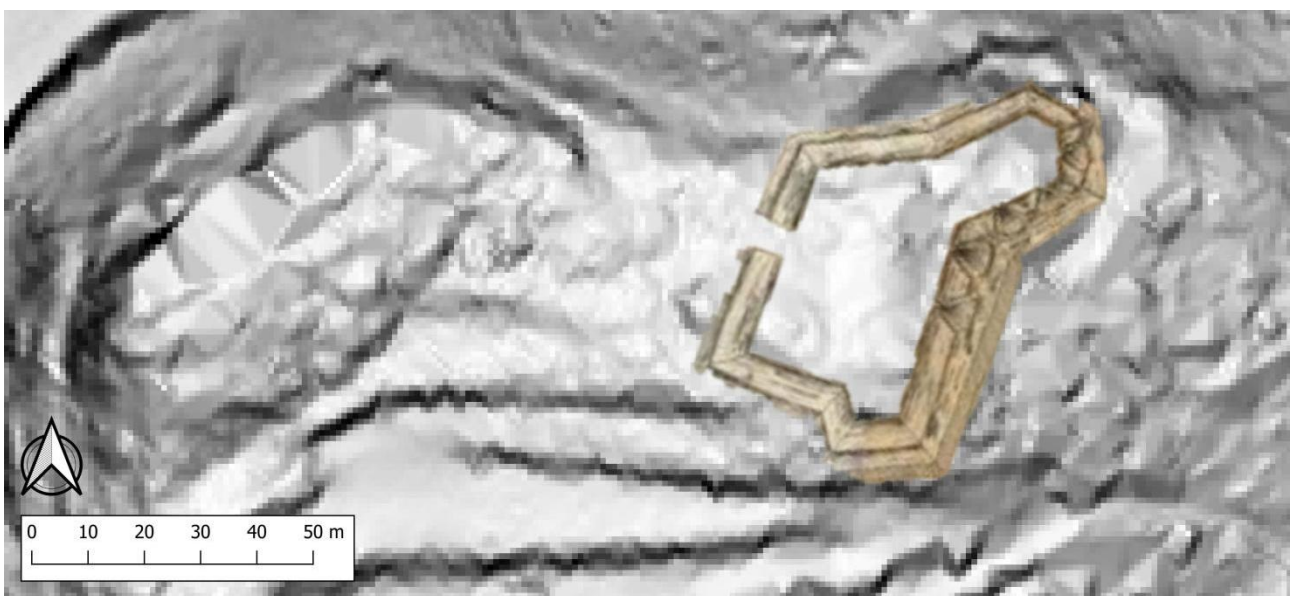


Figura 169. Superposición del trazado exterior del plano cartográfico sobre imagen LIDAR

b) Fisonomía interior del fuerte

La labor de desbroce e intervención arqueológica han sacado a la luz parte de la articulación interna que todavía hoy conserva el fuerte. Pero en su mayor parte, el fuerte sigue enterrado bajo tierra. Gracias al sondeo 2000 del interior, hemos documentado un complejo sistema constructivo, que a día de hoy sigue planteándonos muchas incógnitas. De manera que en las siguientes líneas trataremos de ahondar más en las problemáticas que encierra esta estructura.

El sondeo 2000 partía de la conocida ubicación de un muro de sillería, cuyas piedras de arenisca denotaban la profusa labor de cincelado realizada por canteros, seguramente bajo directrices de algún ingeniero militar (figura 111, página 167). Por lo que no cabe duda, de que la complejidad de la obra (desde el transporte, hasta su último retoque) nos habla del gran esfuerzo desempeñado por el bando carlista y por tanto, de la importancia geo-militar de este fuerte en la guerra.

Al iniciarse el proyecto de intervención, conocíamos la existencia de una acuarela (ver figura 170) de la época que dibujaba, desde un posible patio de armas, lo que parecían ser unas baterías acasamatadas, por lo que pronto identificamos al muro de sillares como parte de la evidencia de esos posibles muros de separación entre casamata y casamata.



Figura 170. Se lee en la acuarela: Batería carlista acasamatada del fuerte San Juan de Arandigoyen sobre Villatuerta. En la carretera de Estella a Pamplona. Obra realizada por alguno de los dos hermanos Lagarde de Pamplona. Aniceto ingeniero de caminos y Nemesio segundo oficial del ejército liberal. Ambos plasmaron diversas escenas de los acontecimientos bélicos de la segunda guerra carlista (Urricelqui, 2008: folio 26)

Partiendo de esta premisa, a lo largo de las dos campañas de intervención hemos documentado un espacio constructivo que es el descrito en el capítulo cuarto. Si realizamos una primera comparativa entre las estructuras halladas y la acuarela, podríamos afirmar que las estructuras que se visualizan en ella pueden corresponder a las halladas en las dos intervenciones. Pero por algunas incongruencias que ahora describiremos, sabemos que no nos hallábamos delante de las presuntas casamatas.

Como hemos descrito en el glosario, la casamata se compone de un pequeño orificio por el cual, con total seguridad, una pieza de artillería podía abrir fuego sin ser castigado por el fuego enemigo, al hallarse semienterrada, protegida tanto por sus costados como por la parte superior. Por lo que sería fundamental haber hallado en el sondeo algún espacio abierto de tiro en el muro este, para poder haber certificado la existencia de este habitáculo. Sin embargo, en el espacio en el que se ha intervenido sobre el muro UE 2065, e incluso el muro UE 2062 más al sur, no hemos hallado ninguna abertura o, en su defecto, espacio cegado. Por tanto, como podemos ver en la siguiente figura, por el momento no hemos hallado dicha estructura, aunque el hallazgo de frictores y estopines a lo largo de las dos campañas nos dicen que en algún punto no muy lejano del sondeo debió de haber algún emplazamiento para artillería. Mientras tanto, en cuanto a los espacios documentados en el sondeo, tampoco hemos hallado otro tipo de evidencias que nos hagan inclinarnos por un uso en particular de estos espacios. El suelo de la UE 2112, de forma trapezoidal, no contiene el espacio suficiente para albergar una pieza de artillería, por lo que por el momento el uso destinado a esta pequeña estancia resulta desconocido.



Figura 171. A mano izquierda al fondo vemos el muro de mampostería UE 2065 y a mano derecha, separado por el contra muro UE 2063, el muro también de mampostería UE 2062 referido en las líneas anteriores. Como se aprecia en la foto, en ninguno de los dos casos (a pesar de estar todavía semienterrado el espacio anterior al muro UE 2062) se abre un espacio para una casamata

Volviendo a la cuestión de las casamatas citadas en la nota al pie de la acuarela, el hecho de no

haber hallado estas estructuras durante los trabajos de excavación en el sondeo 2000 no significa de que no existiesen, ya que tras la segunda campaña pudo verse cómo, partiendo de los muros documentados, nacían nuevos muros que se extendían hacia los espacios lindantes tanto al norte como al sur del sondeo. Se verificó así la continuidad de nuevas estructuras y volvió a surgir la posibilidad de hallar en esos lugares las casamatas. Más si cabe cuando tras una limpieza vegetal 5 m más al norte, reveló la existencia de un nuevo muro paralelo al UE 2064, con una anchura entre muros apreciablemente mayor a los 2,2 m existentes entre los contra muros UUEE 2063 y 2064. Por lo que en ese nuevo espacio, teniendo en cuenta la dimensión que ofrece, alberga la posibilidad de corresponderse con una casamata.

Una vez corroborado que las estructuras presentes en la intervención no formaban parte de una casamata, intentamos entender su origen. Por un lado, nos encontrábamos a escasos centímetros del suelo con un saliente o una cornisa en los muros de sillería, cuya función en caso de haber estado ubicado a una altura superior, sería indicativo de un suelo flotante. Pero estando a una altura de 1,10 m, justo encima de las aberturas de los mechinales, se desconoce cuál podría haber sido su finalidad. Lo que al menos parece claro es que se construyó desde el primer momento y que no fue una modificación posterior.

Parece que tenemos más clara la finalidad de los 31 mechinales situados por debajo de la cornisa, que se expanden en todas las caras de las paredes de los muros del sondeo. La gran mayoría de los mechinales están paralelos entre sí, lo cual refleja la construcción de un complejo sistema de viguería, que por el número de aberturas, debió de estar lleno de travesaños con la intención de soportar un piso bastante pesado. Hemos hallado dentro de los mechinales restos de los maderos carbonizados, o en proceso de descomposición, con una orientación de 45° hacia arriba, claramente dispuestos para cargar el peso de un techo horizontal¹⁰⁸ que se elevaba sobre ellos, a no mucha altura. Para soportar el peso del techo, tenemos en los muros de mampostería UUEE 2062 y 2065 cuatro mechinales (con una orientación este-oeste), desde donde nacerían cuatro travesaños que en posición horizontal irían en perpendicular al resto, con la misión de reforzar y repartir mejor el peso que fuera a parar a los cuatro contramuros del sondeo. Creemos que el pesado techo se hallaba cubierto con una espesa capa de tierra¹⁰⁹, que debió de servir para camuflar al fuerte y proteger a su guarnición de la artillería liberal. El funcionamiento de estas defensas creemos que era de la siguiente manera: la colisión de una granada liberal sobre el techo provocaría que la vibración del golpe pudiera ser canalizada primero por la densa capa de tierra y más tarde mediante el entramado de viguería a los contramuros, que serían los encargados últimos de soportar el golpe. Prueba de su resistencia son las grietas abiertas en los sillares, que durante la guerra fueron nuevamente reparados para que el fuerte continuase operando con total garantía.

Atendiendo a las particularidades de los mechinales, observamos que estos fueron abiertos una vez finalizada la construcción de los muros, cuyo trabajo de cincelado, en algunos casos no ha sido de la

¹⁰⁸ Avala la hipótesis de un techo horizontal la acuarela del interior del fuerte, al igual que las vigas de madera dispuestas con esa orientación halladas en la UE 2005 (figura 122, página 180).

¹⁰⁹ Esto explicaría los grandes depósitos de tierra que hallamos al excavar el sondeo, sobre todo la UE 2059 (el más grande), en donde documentamos el techo de madera carbonizado a causa de un incendio, entremezclado con todo ese sedimento.

misma calidad que la mostrada en la construcción de los muros de sillería. Esto supuso que no todos los mechinales guardasen unas mismas medidas, aunque prácticamente todos ellos presentan una tipología rectangular, salvo los cuatro superiores abiertos en los muros UUEE 2062 y 2065, que son circulares.



Figura 172. Muestra de dos mechinales del contramuro UE 2063. Puede verse cómo después de ser colocada la viga con una orientación de 45°, gracias a la inclinación de la parte superior interna del mechinal, quedaban selladas en el lugar mediante argamasa

Por otro lado, debemos hablar de los 3 m de separación que guardan respectivamente de esquina a esquina los contra muros UUEE 2064 – 2003 y 2063 – 2002. Basándonos en las medidas, creemos que delimitan un pasillo central de tránsito que pudo haber sido empleado para el paso de piezas de artillería. Este pasillo parece que continuaba en progresión hacia el sur y el norte, siguiendo la hipótesis de que en ambas direcciones se hallarían las presuntas casamatas. De ser así, este pasillo habría sido el corredor principal del fuerte, por el que desde este espacio protegido podrían haberse movido las piezas para ser colocadas en las diferentes casamatas y de esa forma controlar los diferentes puntos de la geografía inmediata.

En relación a lo anterior y para complicar más si cabe la lectura arquitectónica, encontramos lo que hemos interpretado como una segunda fase de construcción, que altera por completo la distribución anterior, al nacer desde todas las caras exteriores de los contra muros de sillería, un fino muro tabiquero, que sirvió para cerrar todos los espacios que anteriormente se encontraban abiertos (ver figura 121 del plano topográfico del sondeo 2000). Aquí llama la atención varias cosas: en primer lugar, la debilidad del nuevo muro tabiquero, que contrasta con la solidez de los muros de sillería desde donde parten, lo que demuestra la rapidez de su construcción. En segundo lugar, el cierre del

corredor central de intercomunicación con todos los espacios del fuerte que, parece ser un trabajo repentino que pretendió aislar en unidades los diferentes espacios. Y finalmente, el hecho de no hallar a ras de suelo en ninguno de los diferentes muros tabiqueros, indicios que hablen de la colocación de posibles puertas para intercomunicar las salas.

c) Conclusiones

Gracias especialmente al sondeo 2000 del interior del fuerte, hemos podido constatar cómo el fuerte San Juan representa en sí mismo una compleja obra arquitectónica, preparada para soportar los embistes de la artillería moderna. Dentro de la tipología constructiva, forma parte de lo que viene a denominarse como una obra de carácter mixta (página 64), dado la complejidad de su obra, pero edificada en tiempos de guerra. La investigación realizada en San Juan, revela el alto nivel arquitectónico que llegó a desarrollar el bando carlista, desconocido hasta el momento.

Tras las dos campañas arqueológicas, no hemos sido capaces de documentar ninguna de las casamatas descritas por las fuentes. No obstante, ya hemos señalado que creemos que existen. De ser cierto, representarían, junto con el fuerte carlista de Miravalles¹¹⁰ (Huarte), los únicos dos casos en Navarra (que sepamos por el momento), en donde se llegaron a construir estas particulares obras militares.

La intervención ha servido para identificar, por el momento, dos fases distintas en el interior del fuerte. La primera relacionada con la construcción propia del mismo, en donde documentamos un pasillo de tránsito para el posible paso de las piezas de artillería a las casamatas; y una segunda fase, en la que por circunstancias que todavía no son desconocidas, se decidió cerrar los diferentes espacios, con unos muros tabiqueros que debieron de construirse en poco tiempo.

5.2. El conjunto material mueble

En este segundo apartado nos centraremos en los objetos muebles descritos en los dos capítulos anteriores, compararemos los datos de ambos fuertes y profundizaremos en su análisis. Siguiendo el orden establecido con anterioridad, hemos vuelto a agrupar los objetos según su naturaleza, para facilitarnos una vía de estudio con el propósito de intentar acercarnos más al conocimiento de quienes lo utilizaron.

5.2.1. La dieta

Partiendo de los datos ofrecidos con anterioridad, hemos realizado en la siguiente tabla una cuantificación por grupos materiales en los que mostramos los resultados tanto del fuerte Princesa

¹¹⁰ ...construyeron en él los carlistas una excelente batería acasamatada de tres troneras, con frente a Pamplona y a la carretera del Baztan... (Jiménez, 1877: 14). Por otro lado en las labores arqueológicas de la empresa NAVARK S.L., en el año 2005, dentro del proyecto de la puesta en valor del castillo medieval de Huarte, se documentaron dos baterías carlistas que fueron identificadas dentro del contexto de la primera guerra carlista, dentro del recinto del fuerte (Navark, 2005b: 48 – 51). Tal vez estas estructuras sean las casamatas referidas por el escritor y periodista Saturnina Jiménez Enrich.

de Asturias, como de San Juan. A la hora de cuantificar los materiales, debemos de diferenciar entre aquellos que han sido realizados según el número mínimo de individuos (NMI): restos faunísticos, cerámica, vidrio y menaje de hierro; y un último grupo relacionado con latas de conservas, contabilizado según el número de restos (NR).

	Alimentación				
	Fauna (NMI)	Cerámica (NMI)	Vidrio (NMI)	Menaje Hierro (NMI)	Conserva (NR)
Princesa de Asturias	8	90	20	3	305
San Juan	5	44	4	0	0

Tabla 4. Cuantificación por grupos materiales relacionados con la alimentación

a) Fauna

En relación a este primer grupo de materiales, nos ha llamado la atención el reducido número de restos faunísticos recuperados, especialmente para el caso del fuerte de la Princesa de Asturias, en donde tan solo hemos documentado 33 (NR), en comparación por ejemplo con los 305 (NR) de latas de conserva. Aunque con una muestra de materiales tan efímera no hemos obtenido mucha información, los pocos datos que tenemos son muy interesantes, como podemos analizar en la siguiente tabla.

	Fauna			
	Princesa de Asturias		San Juan	
	(NR)	(NMI)	(NR)	(NMI)
Equus caballus	2	2		
Bos Taurus (Ganado Vacuno. Vaca-Toro)	3	1	35	2
Bos(Buey)/Equus(caballo/asno)	2			
Ovis(oveja) /Capra (cabra)	15	2	31	2
Ovis aries	2	1		
Capra hircus	2	1		
Sarda/Thunnus (Bonito-Atun)	4	1		
Helix sp. (molusco)			1	1
Indeterminado	3		41	
Total	33	8	108	5

Tabla 5. Cuantificación según número de restos (NR) y número mínimo de individuos (NMI), de las especies presentes en ambos fuertes. Estudio realizado por Pedro Castaños Ugarte

Una vez identificadas las diferentes especies, es importante destacar cómo a pesar de haber reunido un número mayor de restos para el caso del fuerte carlista, ha sido en el liberal en donde hemos podido documentar una mayor diversidad faunística, sinónimo de la existencia de una dieta más diversificada y posiblemente más completa. En ambos casos hemos documentado restos de ganado vacuno y ovicaprino, algo que creemos que entra dentro de lo esperado, al ser estos animales

habituales en los estudios arqueofaunísticos de yacimientos de otros periodos. También entrarían aquí los restos de animales como el cerdo o la gallina, que casualmente no han aparecido en nuestra muestra. Sin embargo, llama la atención el hallazgo de dos individuos de la familia de los équidos en el fuerte liberal, así como un bonito o atún. Esto último, nos puede hablar de la existencia de un aparato logístico importante, que revela la preocupación por una buena alimentación del soldado, hasta el punto de suministrarle también pescado. Lo más probable es que hubiera llegado en salazón o en latas para su conservación. Por otro lado, el hecho de haber documentado en algunos fragmentos óseos restos de descarnamiento, visibiliza el proceso de preparación *in situ* de las piezas antes de ser cocinadas.

A pesar de que estos resultados son importantes, la falta de estudios de muestras óseas contemporáneas a este conflicto dificulta la obtención de más resultados. Buscando otros casos de estudio similares al nuestro, podemos compararlo con los estudios arqueofaunísticos desarrollados en varias fortificaciones argentinas del período de la *Conquista del Desierto*, de mediados del siglo XIX en la actual región pampeana. El análisis según el NMI demuestra un consumo basado en el ganado ovino, seguido de lejos por el vacuno, porcino y equino, especialmente (Bagaloni y Pedrotta, 2018: 358). Estos datos se asemejan bastante a nuestra muestra, con la salvedad de la falta de restos porcinos, o de équidos en el caso carlista. Otro dato interesante de destacar es la alimentación mediante animales salvajes en las guarniciones argentinas, a diferencia de nuestros casos de estudio, en donde no hemos identificado esta práctica.

b) Cerámica

En el caso del fuerte de la Princesa de Asturias, hemos contabilizado un total de 90 individuos (NMI), de los cuales 64 son indeterminados. Mientras que en el fuerte de San Juan, tenemos un total de 44 individuos (NMI), de los cuales 28 son indeterminados. En base a estos datos, en la siguiente tabla mostramos los individuos identificados según las categorías descritas anteriormente.

	Cerámica										
	Plato	Cuenco	Olla	Cántaro	Orza	Jarro/a	Jarrito	Taza	Tacita	Botijo	Tapa
Princesa de Asturias	9	1	2	3	1	5	0	2	2	1	0
San Juan	4	4	0	3	1	2	1	0	0	0	1

Tabla 6. Cuantificación por grupos materiales relacionados con la cerámica

A nivel general, basándonos en los resultados de la tabla anterior, podemos constatar el empleo por ambos bandos de elementos cerámicos para su alimentación. Podemos ver cómo el NMI de las diferentes categorías está más o menos proporcional entre ambos fuertes, a pesar de que tengamos más ejemplares para el caso liberal. Esto no significa en ningún caso que todo el ajuar dispensado para ambas guarniciones fuera completamente de cerámica ni mucho menos, ya que seguramente una parte de ella sería de madera, hojalata, o bien de otros elementos robustos y económicos para suministrar la alimentación. Ya que hay que tener en cuenta, que la cerámica es fácilmente rompible

y no parece del todo práctica para ser empleada en una contienda, es bastante posible que la que hemos documentado se asocie al menaje empleado por la oficialía.

En relación a una posible estratificación social entre oficiales y soldados, el hallazgo de dos pequeñas tacitas para café en el fuerte liberal, podría corroborar esta hipótesis. Algo que no sucede en el fuerte de San Juan, donde no hemos encontrado ningún elemento equiparable. Por lo que el hallazgo de estas dos tacitas también nos ayuda a corroborar el poder de la intendencia del ejército liberal, capaz de suministrar alimentos de carácter no básicos para la supervivencia hasta en el mismo frente de guerra.

El lugar y el contexto en donde se documentaron los hallazgos también son muy interesantes en ambos casos. En el fuerte de la Princesa de Asturias, el grueso de los materiales estaba en el interior del foso. Lo cual indica que hubo una selección de aquellos materiales que no iban a ser transportados con la guarnición liberal una vez terminada la guerra y fueron arrojados como material de escombros. Algo opuesto al caso del fuerte de San Juan, en donde los materiales aparecieron diseminados en el interior del sondeo 2000. Por lo que esta casuística nos lleva a pensar en un abandono rápido, dejando *in situ* todo tipo de material no esencial, posiblemente por la necesidad de abandonar la línea carlista ante la ofensiva liberal a finales de la guerra.

Otro dato interesante a destacar a nivel general, es la integridad de las piezas, con especial relevancia de las halladas en San Juan. Esto puede deberse a dos motivos: por un lado, al rápido abandono por parte de la guarnición de todo aquello que no fuera útil; y por otro lado, la falta de expolio una vez en posesión de las tropas liberales.

A una escala más concreta, es reseñable el hallazgo de dos ollas en el fuerte liberal, una de las cuales está marcada con el sello *SALVE Y EBREDA* (figura 41, página 120), en referencia al pueblo de Breda¹¹¹, en donde se fabricaron. Esta evidencia, nos habla del transporte realizado desde este pueblo catalán, hasta la sierra de Monte Esquinza, en pleno frente de guerra. En este sentido, una hipótesis que podría justificar la aparición de estas piezas, es la llegada a finales de 1875 del recién creado Ejército de la Derecha, procedente de Cataluña para operar en Navarra. De esta manera, podría pensarse que la intendencia de este ejército pudo haberse aprovisionado de este tipo de materiales antes de partir. Otra opción puede ser que durante la guerra el ejército en general comprara lotes de menaje de cocina en Breda para su propio suministro. Sea como fuere, para estas fechas ya existía a escasos kilómetros de Breda una línea de ferrocarril que unía Barcelona con Girona. Es de suponer que si el ejército pudo hacerse con algunos lotes de estos recipientes, se transportasen a Navarra mediante el ferrocarril, hasta las estaciones de Pamplona o bien Logroño.

En esta misma línea, en el caso carlista también hemos identificado, gracias a su sello, un plato de loza procedente de la empresa francesa de Creil y Montereau (figura 129, página 187). Esta evidencia puede hablarnos del progresivo proceso de globalización que se estaba extendiendo, en el que muchas empresas ya no producían sólo para abastecer el mercado regional, sino que eran

¹¹¹ Es un pueblo catalán con una gran tradición en la producción de ollas y cazuelas. A partir de mediados finales del siglo XVIII, la distribución de estas cerámicas no sólo se localizan en toda Cataluña, sino que llegaron incluso a América (Coll, 1971: 228 - 229).

capaces de suministrar a nivel nacional e incluso internacional, gracias a los grandes avances derivados del proceso de industrialización y la apertura de nuevos mercados. Para esta empresa, en concreto, destaca la construcción de su ciudad obrera de *Cité Saint-Médard* en 1866¹¹², por el que podría explicarse la creación de una producción en masa y las facilidades para adquirir sus productos.

De la misma forma que hemos sido capaces de identificar en ambos casos dos piezas, una de producción nacional y otra internacional, también tenemos que destacar el hallazgo de dos piezas de origen local, ambas documentadas en el fuerte carlista. Son un cántaro y un jarro descritos respectivamente en las páginas 182 y 188 del capítulo cuarto. La relación de estas piezas con una producción local, reafirma en parte la creencia por el que las tropas carlistas se nutrían de un abastecimiento territorial.

c) Vidrio

Hemos contabilizado un total de 20 individuos (NMI) para el fuerte de la Princesa de Asturias, de los cuales siete son indeterminados. Mientras que en el caso del fuerte San Juan, tan solo tenemos cuatro individuos (NMI). Nuevamente en la siguiente tabla podemos ver mejor la agrupación de individuos.

	Vidrio		
	Botella	Vaso	Copa
Princesa de Asturias	10	2	1
San Juan	4	0	0

Tabla 7. Cuantificación por grupos materiales relacionados con el vidrio

Tras analizar los resultados de los materiales, destaca la aparición de una copa para la ingesta de licores. Nuevamente un artículo de lujo que, como las tacitas de café, incide en la existencia de un consumo diferencial y una posible jerarquía militar dentro del fuerte. Quizá en este mismo sentido de diferenciación de estatus se pueda interpretar el hallazgo de dos vasos de vidrio. Sea como fuere, lo que al menos parece estar claro, es que no contamos con este tipo de elementos en el caso carlista. Esto indicaría que la estratificación social en el fuerte carlista no debió de ser tan marcada como podemos constatar en el liberal, o no se expresó materialmente de forma tan clara.

A parte de estos tres elementos que hemos comentado, destacan con una gran proporción las botellas de alcohol, muy probablemente todas ellas de vino. Lo cual deja constancia en ambos casos de la importancia de la ingesta de alcohol como parte esencial de la dieta en los frentes de guerra. Cabe destacar en este caso el ejemplo de la guerra civil americana, en donde se empleaba el alcohol no solamente por su aporte calórico, sino por ser una forma de sobrellevar la vida en los campamentos, los horrores de la guerra, el miedo y como tratamiento para aliviar los dolores de los enfermos (Martin, 2011: 66). Por lo que es muy probable que el consumo durante la segunda guerra carlista siguiera ese mismo camino. Esta práctica que creemos que se extendió a lo largo de la

¹¹² <https://web.archive.org/web/20110901085113/http://www.tourismecreil.fr/lafaience.html>

historia, también podemos constatarla en otro ejemplo cercano como es la guerra civil española¹¹³.

Centrándonos en los fragmentos de botella, la diversidad tanto de colores como de bocas que hemos podido constatar dan fe del desarrollo que experimentó la industria del vidrio a lo largo del siglo XIX. Durante este tiempo coexistieron diversas formas de elaborar estos contenedores. A inicios de siglo, la elaboración mediante soplado y moldeado a mano coexistió con la fabricación mediante el moldeado bajo inmersión *dip mold* empleado entre el siglo XVII y mediados del XIX (ver primer ejemplo de la figura 173). A partir de este sistema fueron desarrollándose varios procedimientos de fabricación mixtos bajo molde (figura 173). Es decir, el molde sirvió para elaborar de forma homogénea el cuerpo de la botella, mientras que la extremidad de la boca debía seguir elaborándose a mano. Estos sistemas aparecieron desde los años 20 y se emplearon aproximadamente hasta los años 70, momento en que apareció un nuevo sistema semi-automático conocido como molde giratorio *turn mold*, empleado desde los años 70 hasta los 20 del siglo XX, que lograba la fabricación de piezas cada vez más homogéneas, aunque seguía fabricándose a mano la boca de las botellas. Finalmente el proceso de aceleración de la fabricación vendría a partir de 1903, con la llegada de la máquina Owens, que automatizó la fabricación de botellas (Baugher-Perlin, 1982: 262-265). A continuación, en la siguiente figura podemos examinar mejor varios de los diversos sistemas mencionados, así como el desarrollado por la máquina Owens, en último lugar.

¹¹³ Por poner un ejemplo, durante la campaña de excavación de la ciudad universitaria de Madrid del 2017, se documentó un porcentaje elevado de fragmentos relacionados con la ingesta de alcohol (González-Ruibal, 2017: 25-26).

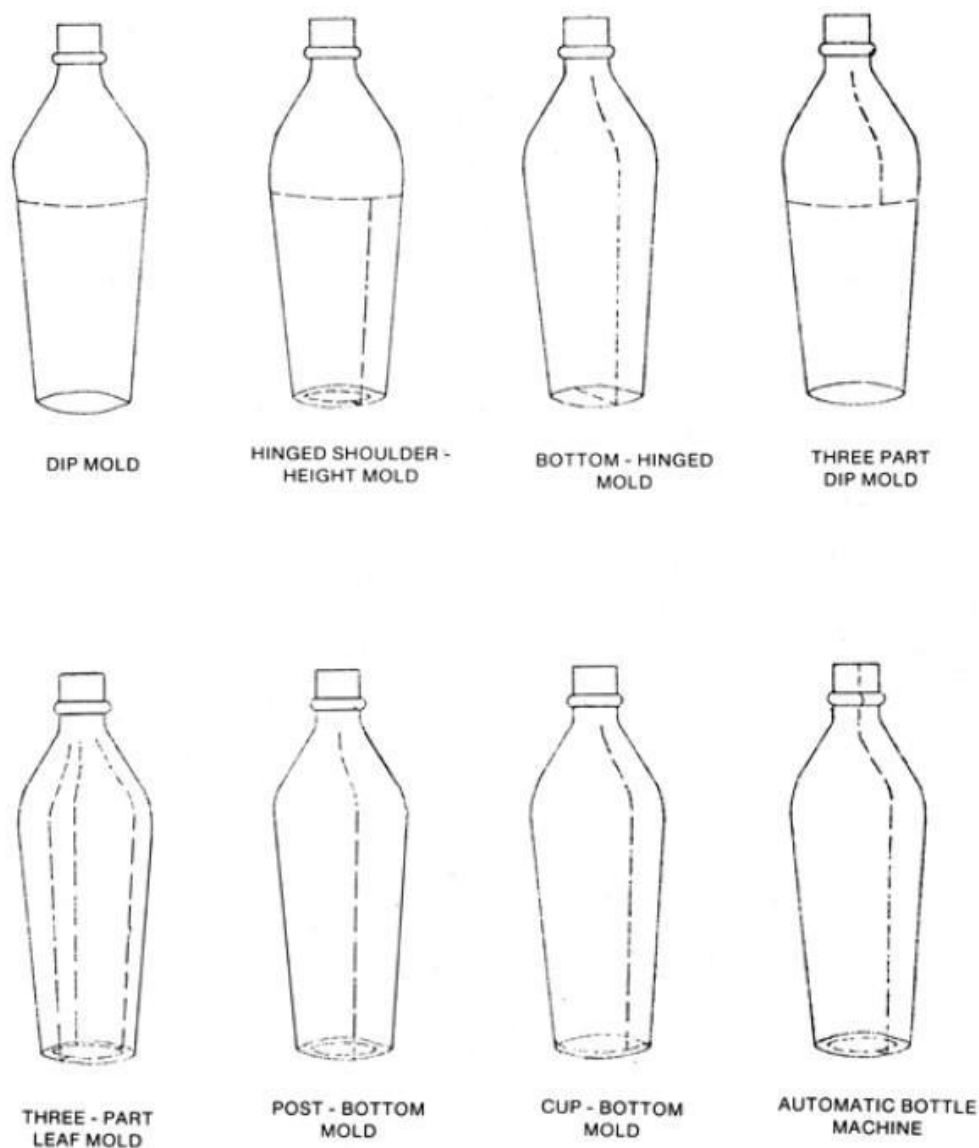


Figura 173. Las líneas discontinuas simbolizan las costuras de algunos de los tipos de moldes existentes principalmente a lo largo del siglo XIX (Munsey, 1970)

La elaboración de las botellas mediante molde, generaba unas costuras ahí en donde se había producido la unión de los moldes. Estas cicatrices a pesar de que intentaban ser camufladas en proceso posteriores, hoy en día pueden ser identificadas a través de la observación de la botella (Berge, 1980: 61; Baugher-Perlin, 1982: 262). Otros procesos de elaboración como el del molde giratorio *turn mold*, en cambio, hacían aparecer marcas horizontales en las botellas, producidas al ser giradas en el molde, que también pueden ser observadas (University of Utah, 2001: 472-página 14). Por lo que como ocurre con otros materiales arqueológicos, el análisis de las botellas de vidrio nos puede ayudar proporcionándonos una cronología relativa. No obstante, en aquellos casos como en el nuestro, en el que la colección de muestras ha sido pequeña, fragmentada y en algunos casos con procesos de degradación posdeposicionales, no nos ha ayudado a hallar marcas que certificaran la elaboración de nuestras botellas mediante molde, lo que no significa que no se usara. Por tanto, este tipo de análisis solamente se puede realizar con botellas completas o bien parcialmente fracturadas.

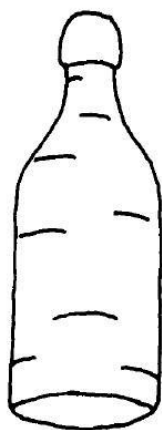


Figura 174. Restos de marchas horizontales producidas por el molde giratorio turn mold (Baugher-Perlin, 1982: 264)

Por otro lado, independientemente del tipo de molde empleado, la boca de la botella seguía elaborándose de forma artesanal o con ayuda de una herramienta llamada de redondeo, presión o de labio, que portaba el molde de la forma de la boca deseada. Esta herramienta inventada en Inglaterra en 1830 aceleró el sistema de producción (Berge, 1980: 65). Una vez finalizado el cuerpo y el cuello de la botella, se le añadía un poco de vidrio caliente en la extremidad del cuello y mediante esta herramienta (ver siguiente figura) se generaba el acabado deseado¹¹⁴. Como podemos ver en la página 127 y en la 190 de la cultura material de los fuertes Princesa de Asturias y San Juan, tenemos diferentes bordes de botellas, testimonio del desarrollo de diferentes tipologías, algunas de las cuales pueden asociarse al contenido que preservaban.



Figura 175. La imagen de la izquierda muestra las mordazas y el eje central de la herramienta de acabado, con las mordazas abiertas para insertar en él el orificio de la botella que va a ser terminada. La imagen del medio muestra la herramienta con las mordazas cerradas. Tras esto, simplemente habría que hacer girar las mordazas para dar forma a la boca de la botella. Finalmente, en la imagen de la derecha, mostramos un acabado parecido al que se hubiera obtenido de esta herramienta¹¹⁵

Por otro lado, debemos hablar del color del vidrio como marcador cronológico. Hasta

¹¹⁴ <https://sha.org/bottle/finishes.htm>

¹¹⁵ <https://sha.org/bottle/finishes.htm>

aproximadamente 1860, los colores empleados normalmente iban del verde oliva oscuro al negro. Pero estos comenzaron a reemplazarse por algunos más claros (University of Utah, 2001: 472-página 5). La aparición de nuevos colores a raíz de la combinación con otros colorantes en la elaboración del vidrio, trajo una especialización de la producción (Baughner-Perlin, 1982: 261). Los nuevos colores se asociarían cada vez más al producto que contendrían las botellas, al igual que la diversidad de nuevas bocas de botella y formas del envase. En nuestros ejemplares ha sido el color verde oscuro el más representado. Sin embargo, también hemos tenido algunos verdes más claros (como el de la figura 52 de la página 127), o alguno azul claro como el que mostramos a continuación de la Princesa de Asturias.



Figura 176. Fragmento de la parte superior de una botella (VTT003_16_19.933)

Debido a la fragmentación de las piezas, no hemos podido conocer si alguna de ellas portaba algún mensaje tipo eslogan, nombre de la compañía, contenido... grabado en relieve como se realizaron por algunas compañías a partir de 1869 y hasta la automatización del proceso con el cambio del siglo (University of Utah, 2001: 472-página 6).

d) Menaje de hierro

Hemos contabilizado un total de tres elementos según el NMI, todos ellos procedentes del fuerte liberal. Creemos que son dos cazuelas y una sartén (figuras 42 y 43, página 121). Esta identificación evidencia una mayor diversificación en la elaboración de los alimentos, que por el momento tan solo la hemos podido constatar en este caso.

Siguiendo el hilo de la evolución de los soportes de cocina a través de los siglos, es interesante matizar como entre los siglos XIV al XVII se fue generalizando el consumo en cerámica, en detrimento de la vajilla de madera (Escribano, 2014: 475), para que posteriormente en el siglo XIX comenzase a generalizar un nuevo cambio a soportes férricos, mientras aún convivían con los cerámicos.

e) Latas de conserva

Hemos recuperado un total de 305 fragmentos (NR), que creemos que corresponden a latas de conserva. En general se han conservado en muy mal estado, aunque destacan algunas que son las que hemos podido recopilar en las páginas 118 y 119. La documentación de estos elementos tan solo en el fuerte liberal nos hace reflexionar sobre múltiples aspectos.

En primer lugar, la gran demanda de alimentos que necesitaban las tropas del 2º cuerpo del Ejército del Norte (unos 12.000 hombres) para su supervivencia, durante los seis meses (febrero – julio) que vivieron en la sierra de Monte Esquinza, antes de dejar una guarnición permanente de 980 hombres tras la construcción de los fuertes. Según las pocas referencias que hemos podido encontrar, se dice que conducían diariamente a estas posiciones 10.000 raciones para el ejército y 1.000 más para caballerías (El Imparcial, 4/03/1875). Para poder aprovisionar a las tropas, la administración militar contaba en Navarra con 332 carros de contrata, más 40 de embargo, que según las fuentes, apenas eran suficientes para llegar a todos sus cantones, incluida Pamplona (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, VI, 1885: 349). De modo que podemos pensar que el suministro diario a Monte Esquinza también habría sido bastante complicado y sobre todo en las primeras semanas de organización, coincidiendo con la mala climatología del invierno. Por lo que creemos que estos fragmentos de conserva nos hablan de un posible aprovisionamiento de víveres, del cual dispondría el campamento y la futura guarnición de los fuertes, para aquellos momentos en que los alimentos frescos no llegaban o eran limitados. A este respecto, tenemos una única referencia a latas de conserva empleadas en Monte Esquinza, relatado por el corresponsal de prensa Mariano Araus en su visita al campamento el 1 de marzo de 1875, en el que escribió el menú que servían normalmente al general Primo de Rivera (al mando del 2º cuerpo del ejército) y menciona *un pescado de lata* (El Imparcial, 8/03/1875).

A pesar de que son muy pocas las referencias que tenemos sobre el empleo de estos alimentos enlatados durante la guerra, conservamos una tabla del 14 de abril de 1874, en la que se enumeran diferentes productos enlatados que se vendieron a un precio estipulado por el gobernador militar de la provincia de Vizcaya y Bilbao, Ignacio María del Castillo, durante el asedio carlista de Bilbao de 1874 (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, IV, 1885: 456-457). Posiblemente estos alimentos se transportaron a la población a través de la ría, con el objetivo de aplacar la hambruna que estaban padeciendo. La tabla de productos que mostramos a continuación, enumera una extraordinaria variedad de pescados y carnes, así como algunas verduras enlatadas.

LATAS

	MEDIAS.	ENTERAS.
Atún en aceite.....reales	5 $\frac{1}{2}$	10
Idem con tomate.....	6	11
Bacalao á la vizcaína.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Besugo en aceite.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Idem en salsa.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Besugo con tomate.....	7	12
Carne de vaca, cocida.....	6	10
Idem estofada.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Idem mechada.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Congrio en aceite.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Idem en salsa.....	6 $\frac{1}{2}$	11

Congrio con tomate..... reales	7	12
Cordero asado.....	8	14
Lengua de vaca albardada.....	8	14
Lomo de cerdo asado.....	9	16
Merluza en aceite.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Idem en salsa.....	6 $\frac{1}{2}$	11
Idem con tomate.....	7	12
Mero en aceite.....	9	15
Pimientos dulces al natural.....	4 $\frac{1}{2}$	7
Salmón en aceite.....	12	22
Sardinias cuartas.....	5 $\frac{1}{2}$	9
Idem con tomate.....	5 $\frac{1}{2}$	9
Ternera estofada.....	7	12
Idem mechada.....	7	12
Idem con tomate.....	8	14
Tomate puro al natural.....	4 $\frac{1}{2}$	7

Figura 177. Listado de los productos enlatados y sus precios (Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, IV, 1885: 456-457)

La existencia de latas de conserva durante la guerra, nos habla de la preocupación de la intendencia del ejército por alimentar bien a sus tropas. Una preocupación habitual de todos los ejércitos que, comenzó a solucionarse con la invención del primer sistema de enlatado en latas de hojalata patentado por Peter Durand en 1810 en Inglaterra, seguida por la fabricación de latas por los empresarios Bryan Donkin y John Hall en 1811. Su principal cliente fue el ejército inglés (Busch, 1981:96; Pérez, 2016: 10), que para 1818 se abastecía ya de grandes cantidades de carnes, vegetales y sopa (Martínez Carrión, 1989: 620). A partir de este momento comenzaron a nacer industrias conserveras en Inglaterra, Francia y en Estados Unidos (Díaz, 2015: 59). Tras un inicio accidentado por problemas gastrointestinales causados por la falta de hermeticidad y esterilización que vendrían a solucionarse posteriormente¹¹⁶, el consumo de alimentos en conserva se extendió a compradores particulares.

¹¹⁶ En 1860 Luis Pasteur demostró la existencia de microorganismos en los alimentos y en 1874 Shriver patentó la esterilización a vapor y presión (Pérez, 2016: 10; Martínez Carrión, 1989: 621).

Un ejemplo claro de la evolución conservera la podemos analizar en la guerra civil americana. Antes del conflicto, Estados Unidos no contaba con una industria importante que fuera capaz de suministrar grandes cantidades de alimentos. Principalmente porque estos todavía seguían un proceso de elaboración casi manual, por lo que su precio seguía siendo alto. Sin embargo, gracias al inicio de la guerra y la necesidad de abastecer a grandes ejércitos, comenzó a emplearse como raciones de etapa (Busch, 1981: 97), aunque no era lo habitual. En general estaban destinadas a los enfermos de los hospitales unionistas¹¹⁷, con el objetivo de suministrarles una alimentación más nutritiva y equilibrada (Pearson, 2016: 58) de la que al parecer recibían de normal. También queda constancia de la compra de latas por familiares o amigos, que eran entregados al soldado para garantizarle una mejor alimentación (Pearson, 2016: 55). Este fue un medio importante para dar a conocer esta industria, la cual ayudó a que tras la guerra despegase con la aparición de nuevos desarrollos tecnológicos que, a su vez ayudaron al abaratamiento de su precio, aunque hubo que esperar hasta finales de siglo para ver los primeros procesos de automatización (Martínez Carrión, 1989: 621). La aparición de las latas durante la guerra civil americana y su cometido, revalorizaron su prestigio, comenzando tras la guerra a incluirlas el ejército americano primeramente como raciones de reserva (Pearson, 2016: 78), para más tarde convertirse en las raciones de etapa.

Como hemos podido estudiar con el caso de las botellas de vidrio, las latas de conserva también pueden funcionar como marcadores cronológicos, a partir de los diferentes desarrollos técnicos alcanzados. De este modo contamos hasta la actualidad de cuatro tipologías diferentes en cuanto a modelos de cierre se refiere.

1- Lata con tapa (*Hole and Cap*) (1810-1850):

En la confección de la lata, se dejaba un orificio circular en la parte superior para rellenar la lata con el producto deseado. Una vez finalizada, se calentaba para eliminar bacterias y sobre el orificio se solapaba un disco de hojalata para finalizar el proceso.



Figura 178. Lata con tapa (Merritt, 2014: 5)

2- Lata con agujero en la tapa (*Hole in Cap*) (1840-1920):

¹¹⁷ Ya que estas industrias se hallaban en territorio de la unión, principalmente en la costa este (Pearson, 2016: 41).

Este nuevo cierre era un desarrollo del anterior. Todo el proceso era igual, salvo que en el centro de la tapa de hojalata que se añadía tras el relleno, tenía un pequeño agujero para que una vez terminado el proceso pudieran calentarlo para eliminar el exceso de humedad y aire. Después se sellaba con una gota de soldadura la obertura (Rock, 1984: 99; Merritt, 2014: 5). Este proceso garantizaba una mejor conservación del alimento, aunque seguía habiendo una falta de hermeticidad y esterilización.



Figura 179. Lata con agujero en la tapa (Merritt, 2014: 5); Figura 180. (Rock, 1984: 102)

3- Lata con agujero superior (*Hole in Top*) (1885 – 1960):

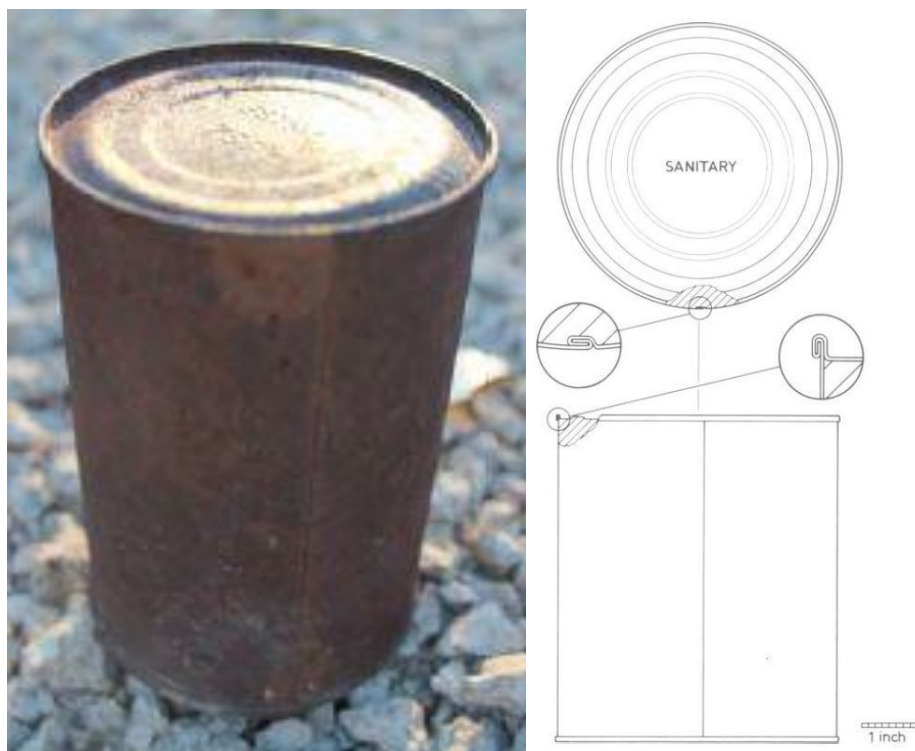
Tenemos un tercer modelo destinado para leche evaporada o condensada. Originalmente fue diseñada en la década de los 50, pero no se hizo popular hasta a partir de 1885 (Merritt, 2014: 6).



Figura 181. Lata con agujero superior (Merritt, 2014: 6); Figura 182. (Rock, 1984: 104)

4- Lata sanitaria (1904 – presente):

Este último tipo fue el primero que no necesitó de procesos de soldadura interna para sellarla herméticamente. Tras su aparición, con el tiempo fue sustituyendo al segundo modelo y es, salvo algunos cambios, el que ha llegado a nuestros días (Rock, 1984: 105; Merritt, 2014: 6).



El análisis del estudio tipológico anterior ha sido necesario para tratar de identificar mejor la única tapa de lata (página 119) que hemos hallado en el fuerte liberal. Destaca la presencia de una gota de soldadura en el centro del elemento, pero con ausencia de una tapa. Lo cual se asemeja al tercer caso tipológico, aunque este no es del todo similar a la tipología representada, al presentar una superficie central más alta que en los costados. Lo importante de resaltar aquí es que, gracias a la documentación y la gota de soldadura, podemos corroborar que es un fragmento de lata del contexto de la segunda guerra carlista.



Figura 185. Izquierda: imagen exterior de la lata. Derecha: imagen del interior de la lata

Después de haber documentado la existencia de estos elementos en el fuerte de la Princesa de Asturias, podemos preguntarnos: ¿proceden estas latas de una producción nacional? O ¿tuvo que recurrirse a la adquisición en el extranjero? A pesar de la escasez de estudios en esta materia, tenemos algunos datos que pueden arrojar algo de luz.

Sabemos que la primera fábrica conservera de España se abrió en 1848 en Calahorra (La Rioja) y que, posteriormente junto con poblaciones vecinas, fue la región de España en donde se desarrolló una industria especializada en la conserva vegetal, con especial relevancia de la conserva del pimiento y el tomate. Más tarde, destacaría también a nivel nacional la producción de Baleares (Díaz, 2015: 63). Por lo que respecto a la cuestión de si pudo existir para los años del conflicto una industria nacional que pudiera haber satisfecho la demanda del ejército liberal, en la tabla de la figura 177, encontramos algunas pistas que nos pueden ayudar a sacar algunas conclusiones. En primer lugar, la referencia a dos productos enlatados (el pimiento y el tomate), que podrían proceder por cercanía de las fábricas de las inmediaciones de Calahorra, si recordamos que para la época de la segunda guerra carlista ya existía una línea de ferrocarril que unía esta región con el puerto de Bilbao (Cañas, 2019: 330); y en segundo lugar, la aparición de un producto enlatado de nombre *bacalao a la vizcaína*, que nos podría ayudar a relacionar dicho producto típico vizcaíno¹¹⁸ con una

¹¹⁸ Su invención las fuentes lo relacionan con el bloqueo carlista que sufrió Bilbao en 1835, en plena primera guerra carlista (<https://laroussecocina.mx/nota/bacalao-a-la-vizcaina-un-platillo-de-raices-espanolas-3/>)

producción local de conservas. A pesar de que pueda llamar la atención los productos que se enlataban en esta época, lo cierto es que por entonces se popularizaron las conservas de guisos tradicionales, vísceras (sobre todo lenguas) y platos regionales (Díaz, 2015: 61). A este respecto podemos subrayar de la tabla anterior los productos de *bacalao a la vizcaína* y *lengua de vaca albardada* como ejemplos. Así pues, se puede confirmar o al menos en parte, la existencia de una industria conservera nacional, al que el ejército liberal pudo haber recurrido para abastecerse. No obstante, esto tampoco difiere en la posibilidad de compra en el extranjero a países como Inglaterra o Francia, cuya producción estaba desde hace años consolidada.

Sea como fuere, las latas de conserva documentadas nos hablan de la complejidad del tejido logístico del ejército liberal, que tuvo que proveerse de estos suministros ya fuera en territorio nacional o internacional, para poder correr con la gran demanda de alimentos que tenía. Por lo que su trabajo eficaz resultó ser una de las piezas clave para poder mantener en este caso al 2º cuerpo del Ejército del Norte en la sierra de Monte Esquinza y así poder acelerar el fin de la guerra. Creemos que esta labor no ha sido puesta en valor, pese a que resulta imprescindible para entender la supervivencia del ejército liberal en un territorio hostil, en el que llegar a las fuentes de abastecimiento locales era muy complicado, dado que estas estaban controladas por el ejército carlista. Por otro lado, la ausencia por el momento de latas en el fuerte San Juan y la mayoritaria presencia de cerámicas de producción regional en este, pueden ser indicativos de un control del abastecimiento local por los carlistas.

5.2.2. El armamento

Siguiendo el orden establecido en los capítulos anteriores, en este segundo apartado vamos a realizar un análisis comparativo de los restos armamentísticos procedentes de ambos fuertes. Constará de dos partes: por un lado hablaremos sobre los restos de armas portátiles de fuego; y por otro, los restos relacionados con el uso de la artillería. En ambos casos la cuantificación se ha realizado por número de restos (NR).

a) Armas portátiles de fuego

Como podemos observar en la siguiente tabla, hemos documentado un mayor número de objetos en el fuerte liberal que en el carlista. Destacan las 71 vainas del contexto de la guerra, 69 de las cuales pertenecen al sistema Remington y dos al Lefauchaux, mientras que en el caso carlista las 16 pertenecen al Remington. Si analizamos la proporción de las balas, vemos cómo se mantiene también esa tónica: 11 de las 13 del fuerte liberal son Remington y en el carlista seis de siete. A esta información habría que añadirle el cartucho y bayoneta Remington documentados en el fuerte San Juan. En ambos casos existe una clara predilección por el fusil Remington.

	Fusilería				
	vainas	Balas	escorias	cartuchos	Otros
Princesa de Asturias	71	13	5	0	1
San Juan	16	7	5	1	1

Tabla 8. Cuantificación por grupos materiales relacionados con la fusilería

Adelantando un poco algunas conclusiones que veremos en el siguiente capítulo, mientras las armas empleadas por los carlistas en el contexto de la batalla de Abárzuza de mediados de 1874 eran heterogéneas, en el fuerte San Juan, para finales de la guerra, los mismos carlistas habían conseguido homogeneizar sus bocas de fuego al fusil Remington. Esta homogeneización ya estaba muy adelantada en el caso del ejército republicano para la batalla de Abárzuza, en donde la mayoría de las balas halladas en posiciones carlistas eran Remington. Esto se debe a la implantación de la Real Orden del 24 de febrero de 1871, por el que quedó adoptado el fusil monotiro Remington modelo 1871 como arma reglamentaria del ejército español. Así pues, mientras en 1874 la mayoría de las tropas republicanas ya iban dotadas del nuevo sistema, los carlistas aún portaban diferentes armas que no tenían las mismas prestaciones que el Remington. El esfuerzo de las diputaciones carlistas por equipar a sus hombres con el fusil Remington, que se consiguió para finales de la contienda, nos informa de los logros personales alcanzados y el largo camino recorrido para conseguirlo. Todo con el objetivo final de dotar a sus tropas del mismo arma que el ejército liberal, para intentar combatir en unas condiciones más igualadas.

Por otro lado, conviene mencionar la aparición en ambos fuertes de un puñado de balas. En sí, el escaso material no es suficiente para considerar que ambas posiciones fueran atacadas. Además, ninguna de las balas presenta rasgos de haber sido deformada por impacto en combate, característica habitual, como veremos en el siguiente capítulo, cuando la bala impacta contra alguna superficie sólida. Por tanto, la documentación de estos elementos junto con las vainas y demás elementos bélicos, tan solo nos ayuda a constatar la existencia de una posición militar.

b) Artillería

En el caso de los elementos documentados dentro del apartado de artillería, observando la información aportada en la siguiente tabla, podemos realizar dos deducciones importantes.

	Artillería			
	frictores	estopines	Granadas	otros
Princesa de Asturias	23	7	0	1
San Juan	7	15	13	1

Tabla 9. Cuantificación por grupos materiales relacionados con la artillería

En primer lugar, consideraremos la aparición de frictores y estopines que encontramos en ambos fuertes. Estos elementos tal y como hemos mencionado anteriormente, nos indican la presencia de disparos de piezas de artillería. Lo que desconocemos es si se realizaron como prácticas de tiro, o

bien para disparar a las posiciones enemigas. Este último parece ser el caso del fuerte San Juan, desde el que se abrió fuego contra las posiciones liberales de la sierra de Monte Esquinza¹¹⁹.

En segundo lugar, es necesario considerar los 13 fragmentos de granada y una boquilla de espoleta, provenientes casi con total seguridad del fuerte liberal de Cáceres, ubicado en la sierra de Monte Esquinza. La envergadura de cinco de ellos y el tamaño de la boquilla nos hablan de una granada de gran calibre, provenientes de un cañón de grandes dimensiones, como los que según las fuentes escritas se emplazaron en el fuerte de Cáceres para batir entre otras, las posiciones de San Juan¹²⁰. Por lo que perfectamente podría pertenecer a un cañón de 16 cm como el que mostramos en la siguiente figura.



Figura 186. Ejemplo de una pieza rayada de 16 cm de Monte Esquinza (*La Ilustración Española y Americana*, 22/06/1875: 388)

5.2.3. Indumentaria y enseres del soldado

Hemos decidido agrupar en este caso los apartados de la indumentaria y la de los enseres del soldado, ante la escasez de elementos y la estrecha relación entre ambos. En la siguiente tabla se recoge el número de elementos por grupos, en los que destaca la casi ausencia de materiales del fuerte San Juan.

¹¹⁹ Del fuego contra las posiciones de Monte Esquinza ha quedado testimonio en diversas anotaciones, como las recogidas por el corresponsal de prensa Mariano Araus en sus cartas del 5 y 7 de abril de 1875, en el que habla del primer enfrentamiento serio entre la artillería carlista y liberal de este frente. Esta se debió de iniciar por los carlistas, supuestamente en conmemoración del aniversario de la muerte de los generales carlistas Ollo y Radica (*El Imparcial*, 08/04/1875 y 12/04/1875) que habían perdido la vida a causa de una granada un año atrás en las inmediaciones del campo de batalla de Somorrostro (<http://mikelatz.blogspot.com/2015/06/csi-somorrostro-analisis-geoespacial-de.html>).

¹²⁰ De una nueva carta del corresponsal de prensa Mariano Araus fechada el 18 de abril de 1875: *...las piezas de a 16 situadas en dicho reducto de Cáceres, baten las fortificaciones de Santa Bárbara de Oteiza y los fuertes de Villatuerta y Arandigoyen* (*El Imparcial*, 21/04/1875).

		Indumentaria y enseres del soldado				
		Botones	Hebilla	insignia	monedas	otros
Princesa de Asturias		10	3	1	5	3
San Juan		0	0	0	2	1

Tabla 10. Cuantificación en NR por grupos materiales relacionados con la indumentaria y los enseres del soldado

Destaca la colección de diez botones del fuerte liberal, seis de los cuales pertenecen al atuendo exterior del soldado (página 134). A través de ellos, hemos podido comprobar la lentitud del aparato logístico que, si bien el fuerte fue edificado a mediados de 1875 y empleado hasta 1876, la guarnición seguía usando botones de la I República Española (1873-1874). De forma significativa, no hemos documentado ninguno de los tiempos del rey Alfonso XII, que fue nombrado rey el 29 de diciembre de 1874, tras el pronunciamiento del general Arsenio Martínez Campos.

Lo mismo puede decirse sobre las monedas, es significativo que no hayamos recuperado ninguna de las nuevas acuñadas en 1875 con la efigie del rey Alfonso XII. Las cinco que hemos podido identificar son de 1870, de tiempos del gobierno provisional (1868-1871). Esta situación también es aplicable al caso carlista, ya que las dos monedas que tenemos pertenecen al reinado de Isabel II y no a las monedas emitidas por el pretendiente carlista, que fueron puestas en circulación a partir del 18 de diciembre de 1875 por orden real. Estas fueron monedas de cinco y diez pesetas de bronce acuñadas con su efigie, en la Real Casa de Monedas de Oñate (El Cuartel Real, 18/12/1875). Pero lo cierto es que no sabemos si llegaron a circular y, si lo hicieron, de cuántos ejemplares fue la emisión. Por lo que de haberse realizado, parece poco probable que en el transcurso de dos meses que quedaban para terminar la guerra hubiera llegado alguna moneda de esta acuñación al fuerte de San Juan.

Finalmente para terminar con este apartado, queremos nuevamente remarcar la presencia del rango jerárquico a través del hallazgo de una insignia militar. Este elemento se suma a aquellos objetos diferenciadores vistos en el apartado de la alimentación.

5.2.4. Edificación

En este cuarto apartado consideramos dos categorías de objetos diferentes: por un lado están las ventanas, tejas y ladrillos del fuerte liberal, enlucidos y maderos, que se han contabilizado según el número mínimo de individuos (NMI); y por otro lado, los clavos, bisagras, tejas y ladrillos del fuerte carlista y otros, que se han sumado según el número de restos (NR).

		Edificación							
		Clavos (NR)	Bisagras (NR)	Ventanas (NMI)	Tejas	Ladrillos	Enlucido (NMI)	Maderos (NMI)	Otros (NR)
Princesa de Asturias		496	5	4	(NMI) 22	(NMI) 14	9	5	7
San Juan		81	1	1	(NR) 5	(NR) 3	67	Inded.	1

Tabla 11. Cuantificación por grupos materiales relacionados con la edificación

De todos los elementos documentados en ambos fuertes, destacan los 496 fragmentos de clavos del fuerte liberal, frente a los 81 del fuerte carlista. Pero no pensemos que todos los elementos hallados pertenecen a la construcción del fuerte propiamente. Ya que de los 496, una gran mayoría son de pequeñas proporciones, por lo que creemos poder relacionarlos con los clavos de las cajas de madera de la intendencia. Esta hipótesis se refuerza con el hallazgo de un total de 27 flejes de hierro para cinchar las cajas, con orificios para la introducción de clavos de pequeño tamaño. De esta colección de clavos del fuerte liberal, existe un número de ellos de mayores dimensiones destinados a la construcción del entramado de la vigería del techo. No obstante, esto lo podemos analizar mejor en el caso del fuerte de San Juan, en donde prácticamente todos los documentados están destinados a la techumbre del fuerte, por sus grandes dimensiones. Lo cual unido al número de mechinales y vigas carbonizadas halladas en el sondeo 2000, nos evidencian un complejo entramado de vigería en el caso carlista.

Por otro lado tenemos los grupos de las tejas y los ladrillos. Ya hemos comentado con anterioridad cómo en las unidades de amortización del fuerte liberal se hallaron incontables fragmentos de ambos, lo cual corrobora la importancia de estos materiales en su construcción. Estos datos contrastan con los aportados del fuerte carlista, en donde tan solo contamos con cinco individuos de teja y tres ladrillos. La falta de tejas nos hace pensar en la falta de un techo tejado como el liberal y apostar por una cubierta de tierra prensada, cuyo peso soportaría el entramado de vigería. Por su parte, los tres ladrillos documentados se hallaron como base de un hogar sobre el suelo UE 2112, lo cual de por sí no nos ayuda a relacionarlos con su empleo en la construcción. En sentido contrario apuntan los muros tabiqueros documentados, cuyo uso sí ha servido para identificar una parcelación interior de los espacios, realizada posiblemente en una fase posterior a la construcción inicial del fuerte.

También son reseñables los restos de los enlucidos de los dos fuertes. En ambos hallamos muchos restos, por eso en el caso del fuerte liberal recogimos una muestra de nueve (recogimos aquellos que todavía guardaban cierta forma) y en el caso del fuerte carlista un total de 67, ya que la mayoría de esos fragmentos formaban parte de un tramo de muro que registraba alguna o algunas palabras pintadas en azul. El empleo de este material constata su uso habitual para el recubrimiento de muros interiores, al menos en ambos fuertes.

5.2.5. Otros

Dentro de este último apartado queremos hacer un análisis de los cuatro fragmentos de cristal documentados en el fuerte liberal que, hemos agrupado dentro de la categoría de botica. Creemos que son un total de tres frascos de medicamentos (NMI), a juzgar por las características descritas anteriormente.

A lo largo del siglo XIX, se generalizaron a gran escala los frascos de medicamentos patentados de grandes empresas, para la venta de medicinas que no requerían receta médica y que por tanto, eran más baratos que aquellos recetados y elaborados por farmacéuticos. Estos frascos contenían un alto

porcentaje de alcohol, algunos también con ciertos porcentajes de codeína, cocaína, morfina, heroína, *cannabis indica*, o fenobarbital, entre otros. Se trataba de medicamentos para tratar males en general. Estos frascos eran habitualmente circulares o rectangulares¹²¹, de color blancuzco o verde claro y solían llevar grabado en relieve la marca de la compañía (Baugher-Perlin, 1982: 272-273). En el caso de los de farmacia, al producir estos medicamentos de forma artesanal, se empleaba cualquier frasco a su alcance. Desde frascos patentados reutilizados, hasta los más corrientes frascos de superficie lisa (University of Utah, 2001: 472-página 22). Pero en general, todos estos medicamentos fueran patentados o no, se caracterizaban por su pequeño tamaño (entre 8 y 13 cm) y sus paredes delgadas, como podemos observar en la siguiente figura.



Figura 187. A mano izquierda, variedad de botellas de tipo utilitario. Todas elaboradas en moldes de dos piezas (moldes de bisagra), salvo la segunda empezando por la derecha, posiblemente bajo soplado a mano o moldeado por inmersión. Presentan varios acabados, de los cuales llama la atención como tres de ellos presentan 12 caras en el cuerpo, formando un dodecágono, una configuración común para estos primeros frascos medicinales; Figura 188. A mano derecha, tenemos un ejemplo de un medicamento patentado de mediados del siglo XIX, rectangular y con relieve. Se lee DR. E. G. GOULD'S / PIN WORM / SYRUP (Jarabe de gusano del doctor E. G. Gould), de 1865/1870 (<https://sha.org/bottle/medicinal.htm#Early%20Medicinal%20Bottles>)

Tras el análisis de las características de los frascos de medicamentos, creemos que los fragmentos descritos en las páginas 146-148 del fuerte Princesa de Asturias concuerdan con esta clasificación. No hemos mencionado la posibilidad de que alguno de ellos pudiera ser parte de un frasco de perfume, a pesar de que guardan muchas características morfológicas en común. Son frascos que no sobrepasan los 15 cm de altura, pudiendo ser de paredes finas y de coloración acuosa como los frascos medicinales. Pero al parecer, la diferencia radica en la estética de sus acabados (University of Utah, 2001: 472-página 24), que no creemos que sea nuestro caso.

5.3. Conclusiones

¹²¹ Algunos de los cuales presentaban unas esquinas biseladas muy populares de la época (<https://sha.org/bottle/medicinal.htm#Early%20Medicinal%20Bottles>)

El conjunto material documentado en ambos fuertes y analizado en las páginas anteriores, nos ha servido para conocer de una forma más veraz y cercana algunos aspectos sociales de la segunda guerra carlista. A falta de estudios en esta materia, hemos podido por primera vez llegar a conocer en cierto modo cómo se alimentaban, qué bebían, o con qué útiles contaban para poder elaborar su comida. También los restos bélicos hallados en ambos fuertes nos han servido para conocer el armamento que disponían y si fueron atacados, como se ha podido atestiguar en el caso del fuerte San Juan. En general hemos podido contabilizar un mayor número de restos relacionados con la indumentaria y los enseres personales en el fuerte liberal que en el carlista. En este terreno, nos ha llamado la atención el atraso de la intendencia en la renovación del atuendo militar, a partir de los botones documentados, o la existencia de una jerarquía militar a través de la insignia, o bien de otros elementos materiales diferenciadores mencionados, como la vajilla, la copa de licor o las tazas de café. Los diversos materiales de construcción empleados en ambos fuertes nos ayudan a valorar el tiempo, dinero y trabajo empleado en la construcción de un paisaje militar poco conocido todavía. Y finalmente, los frascos de medicamentos hallados en el fuerte liberal, nos recuerdan que los hombres no solo podían morir en el campo de batalla, sino que existía una lucha constante contra diversas enfermedades, a las que se unían también las inclemencias del tiempo.

El trabajo aquí desarrollado nos ha servido también para detenernos un instante y estudiar mejor las características y el desarrollo de algunos objetos, como ha ocurrido en el caso de las botellas, las latas de conserva y los frascos de medicamento. Su análisis nos ha servido para comprender cómo detrás de muchos de estos fragmentos, encontramos información de gran utilidad y hasta ahora insuficientemente valorada. No al menos como lo han sido los cartuchos, botones o monedas. Ahora comprendemos que también pueden servirnos para aportar una cronología relativa o bien informarnos sobre los procesos de industrialización de la época.

6. LA BATALLA DE ABÁRZUZA

El estudio del apartado militar del carlismo siempre ha gozado de buena salud. Esta afirmación se fundamenta en la cantidad de fuentes primarias existentes por parte de ambos bandos (Pirala (1875-1879), Ruiz (1876), Giménez (1877), Cuerpo del Estado Mayor del Ejército (1883-1889), Llorens (1874), Brea (1897)...). Liberales y carlistas narraron los diferentes conflictos armados que sufrieron durante la segunda guerra carlista, lo cual originó durante la guerra y a años posteriores, una abundante y rica bibliografía, que no escatimaba en detalles.

Desde entonces hasta la actualidad, diversos autores (historiadores militares, militares o eruditos; entre otros), han tomado la rama militar del carlismo como objeto de estudio de sus publicaciones. Para ello no solo se han centrado en la recopilación de las fuentes primarias, sino que en la mayoría de ocasiones han podido ir más allá, consultando otro tipo de fuentes (archivos, hemeroteca...), creando así, verdaderas obras compilatorias sobre los sucesos. Mientras estas aportaciones son fundamentales y valiosas para el continuo avance del estudio del carlismo, también hemos podido comprobar la ausencia de académicos centrados en este apartado. Lo que ha originado en definitiva, la falta de publicaciones basadas en un estudio crítico de las fuentes. Un buen ejemplo de ello es la bibliografía consultada de los sucesos de la batalla de Abárzuza (Pando, 1982; Roldan González, 2005; Larraz, 2013).

Dicho esto y sin querer ahondar más en la materia, la situación desde nuestra disciplina, como adivinarán, no está mejor. Ya hemos comentado al inicio de esta tesis el corto recorrido que tiene tanto la arqueología de los campos de batalla, como del carlismo. Por ello, tan solo hemos podido recabar información de un caso de estudio realizado por Jesús Ángel Arrate Jorriñ, que con el apoyo de asociaciones culturales y corporaciones municipales de la provincia de Bizkaia, llevó a cabo un estudio¹²² de una de las más significativas batallas de este conflicto, como fue la batalla de Somorrostro, de febrero a abril de 1874. Esta labor sirvió para plantear los primeros resultados y una metodología clara y concisa en la jornada de *Arqueologías de Épocas Recientes en el País Vasco*, que tuvo lugar en el Museo Arqueológico de Bilbao en 2013. Las reflexiones finales fueron escritas en un importantísimo artículo científico para la revista *Kobie* un año después (Arrate et al, 2014), y que sin duda está marcando la línea a seguir a futuros trabajos de esta índole, como es nuestro caso.

Desgraciadamente, hemos tenido que esperar hasta la realización de esta tesis para sumar un nuevo proyecto de intervención sobre un campo de batalla carlista. Lo cual demuestra la situación actual del conocimiento crítico que se tiene en esta materia. Para paliar esta situación, se decidió realizar una prospección metálica como método implantado desde el estudio del campo de batalla de *Little Bighorn* (Scott et al, 1989), aplicado después al de la batalla de Somorrostro (Arrate et al, 2014), y nuevamente al proyecto arqueológico del campo de batalla de Abárzuza.

En las próximas páginas, describiremos en qué consistió este proyecto arqueológico. Para ello, comenzaremos realizando tanto una contextualización geográfica, como histórica de la batalla, como prólogo al estudio arqueológico. Llegados a este punto, presentaremos las tres zonas de

¹²² Pudiendo continuar en 2012 en territorio cántabro, mediante un proyecto financiado por la Dirección General de Cultura del Gobierno de Cantabria, en base a un control de obras del gasoducto Bilbao-Treto. En él se presentó un proyecto específico para el estudio de este patrimonio en particular.

estudio en las cuales se dividió el proyecto y analizaremos su cultura material. Continuaremos con el análisis del conjunto armamentístico documentado en toda la prospección y finalizaremos con una interpretación espacial de los hallazgos.

6.1. Situación geográfica

Una de las primeras dificultades a la que nos hemos visto inmersos, ha sido limitar físicamente el escenario en donde se desarrolló la batalla. A pesar de que contamos, como es el caso, de abundante bibliografía que describe los principales escenarios de la batalla, siempre va a ser una ardua tarea, incluso utópica. Entre otras muchas razones, debido a que los narradores de la época, describen un escenario que el tiempo y el ser humano se han encargado de desdibujar y ocultándonoslo a nosotros (Quesada, 2008: 26). Al igual, es imposible llegar a saber de forma concienzuda los movimientos tácticos de cada uno de los cuerpos militares que llegó a realizar en cada momento (Quesada, 2008: 28). Por esos motivos, los límites que podamos trazar, siempre serán de alguna manera ficticios. Más si cabe en campos de batalla contemporáneos, al ser lugares en los que la expansión del campo se multiplica exponencialmente en comparación con el de otros períodos históricos (Quesada, 2008: 26).

En nuestro caso, tan solo el campo atrincherado que describen las fuentes carlistas ya supone de por sí un espacio inabarcable, para un estudio de detalle como es el nuestro: *la línea carlista de defensa partía de Allo, Dicastillo, Morentín, Aberin, Villatuerta, Zuricáin, Grocin, Murugarren, Muru y las posiciones del norte de Estella, o sea Eraul, y el puerto de Echavarri* (Roldan González, 2005: 108). Es decir, una línea de más de 17 km. A pesar de que la batalla finalmente no aconteció en más de 10 km, el espacio sigue siendo amplísimo. Es por esa razón que como bien expusimos en el apartado de la metodología, el ámbito geográfico en donde se decidió finalmente realizar el estudio, se dilataba en unos dos kilómetros. A decir, entre el despoblado de Alto Muru y Abárzuza. Ahí, se han realizado un total de tres estudios paralelos, con tal de conocer la materialidad presente en el escenario principal de la batalla, según las fuentes escritas.

El escenario se ubica entre 3 y 6 km al norte de Estella, dentro del Valle de Yerri y el municipio de Abárzuza. En este espacio, la línea carlista transcurre siguiendo el trazado orográfico de varias colinas, de no mucha altura que discurren de sur a norte (Alto Muru: 647 m, o la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza: 628 m). En la figura 189, podemos ver más en detalle parte del escenario que hemos descrito y los tres puntos que hacen referencia a las prospecciones arqueológicas que realizamos y que veremos con detalle más adelante.

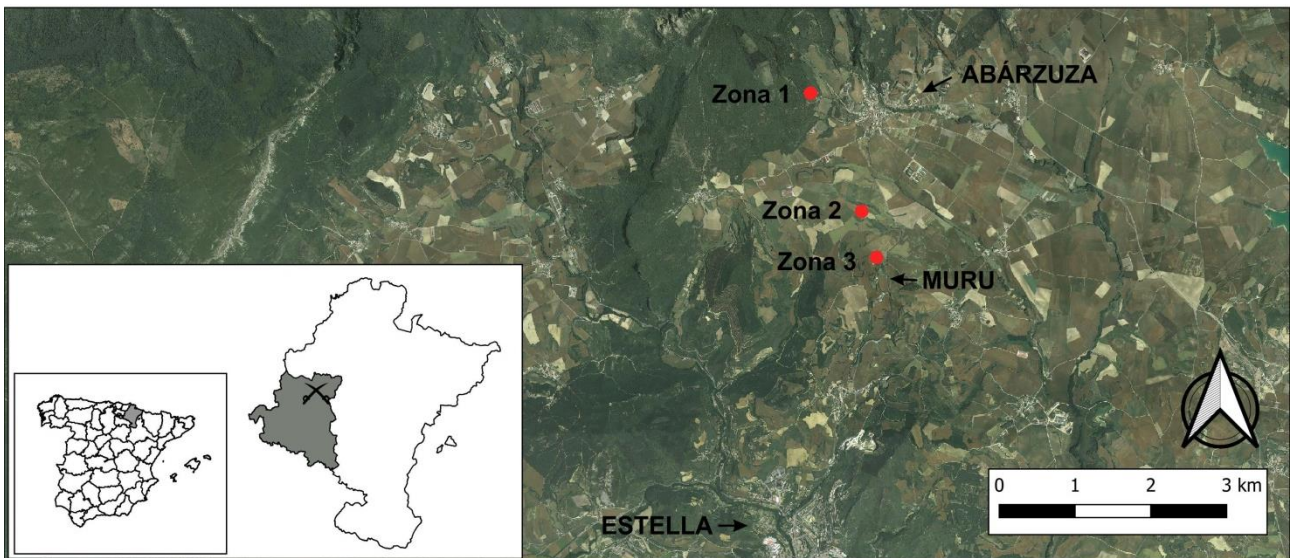


Figura 189. Localización de las tres zonas en donde se han realizado los trabajos de prospección metálica



Figura 190. Vistas de la colina de la ermita de Santa Bárbara al fondo, en donde se desarrollaron según las fuentes escritas, los más cruentos combates durante la batalla y que en nuestro trabajo representa la zona 2 de estudio

6.2. Contextualización histórica

El fracaso del sitio de Bilbao¹²³ que se coronó con la entrada de las tropas republicanas en la capital vizcaína, generó una crisis interna dentro del ejército carlista, cuya conclusión fue la reorganización de sus mandos. Para este fin, el general en jefe del Ejército Carlista del Norte, Joaquín Elío, fue sustituido el 11 de mayo por el teniente general Antonio Dorregaray (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 34). Ya que, se esperaba que su carácter enérgico y resolutivo fueran clave ante la

¹²³ Del 29/12/1873 hasta el 02/05/1874 (<http://www.bilbaopedia.info/sitio-bilbao-1874>)

posible desfragmentación de las fuerzas militares.

Por su parte, gracias al papel fundamental desempeñado por el general marqués del Duero¹²⁴ en la liberación de Bilbao, el capitán general duque de la Torre¹²⁵, le hizo entrega del mando en jefe de las tropas del Ejército del Norte el mismo día dos de mayo¹²⁶, cuando fue liberada la ciudad (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 5). Una vez resuelta la problemática del cerco de Bilbao, Concha (el marqués del Duero) comenzó a planear lo que sería según él, el golpe definitivo a las fuerzas carlistas. Para lo cual planeó atacar Estella, ya que era considerada por los tradicionalistas como símbolo de su fuerza. De tal modo que no podrían eludir una posible conquista de la ciudad y presentarían batalla. De esta forma, el marqués del Duero pretendía imponerse sobre ellos y cortarles la retirada hacia las Améscoas y arrastrarlos a la ribera navarra (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 121), donde eran vulnerables, y ahí hacerles claudicar.

Para poder desempeñar correctamente este trabajo, el 9 de mayo se reorganizaron las fuerzas del Ejército del Norte. El total de fuerzas republicanas que se destinaron a la nueva campaña, ascendían a un total de 51 batallones de infantería (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 516-21). Si a estas fuerzas sumamos el resto de cuerpos, las cifras rondaban los 50.000 hombres (Brea, 1897: 195; Roldan, 2009: 189). Sin sumar la posibilidad de que acudieran fuerzas de la división de la ribera, que en un principio se encargaría de la protección de la logística durante la campaña.

Una vez que los carlistas observaron el traslado del grueso de las tropas del Ejército del Norte a Logroño, se percataron que su objetivo sería tomar Estella. Por ese motivo, Dorregaray envió al comandante general de Navarra, el general Torcuato Mendiry, a Estella el 26 de mayo, para encargarse de programar la defensa de la ciudad. Aquí, durante el mes previo a la batalla, se daría la construcción de un campo atrincherado.

A pesar de que hay discrepancias del número de fuerzas reunidas por los carlistas, la consulta de diversas fuentes nos desvela una suma de entre 27 y 30 batallones de infantería¹²⁷. Y si a estos se sumara las fuerzas de los demás cuerpos restantes, las cifras finales ascienden entre los 18.000 (Gimenez, 1876: 32; El Imparcial, 16/06/1874) y los 22.000 hombres (Roldán, 2013: 108). Dichas fuerzas finalmente protagonizaron la famosa batalla de Alto Muru¹²⁸ o Abárzuza, entre los días 25, 26 y 27 de junio de 1874, del que salió mortalmente herido el general en jefe de las tropas del norte, Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen.

A continuación, debido a la extensión de la propia batalla, cuya contextualización histórica nos llevaría casi por sí sola a la elaboración de un capítulo de tesis, nos hemos inclinado por la

¹²⁴ Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen

¹²⁵ Francisco Serrano y Domínguez

¹²⁶ El dos de mayo fue nombrado interinamente, hasta que finalmente se decretó el 13 de mayo (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 5)

¹²⁷ 27 batallones (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 120); 30 batallones (Gimenez, 1876: 32); 28 batallones (Roldán, 2013: 108).

¹²⁸ Batalla de Estella o Monte-Muru conocida así por los liberales y llamada de Abárzuza por los carlistas (Brea, 1897: 193).

narración exclusiva de los sucesos ocurridos el día 27, último de la batalla, en relación a las tres zonas en donde se ha elaborado el estudio arqueológico. Debido al amplio abanico de narraciones recogidas de la batalla, hemos escogido una de las más detalladas, como es la realizada por el Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, en su *Narración Militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*; como hilo conductor, referente a su tomo V, páginas 140 – 153, bajo el título *Movimientos del día 27*.

6.2.1. Sábado 27, último día de la batalla

El general en jefe del Ejército del Norte, Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, estudió la situación de las líneas carlistas y planificó el ataque de lo que se convertiría el tercer y último día de combate. Acordó dirigir el ataque principal contra Murugarren y Muru, aunque para distraer fuerzas carlistas, mandó generalizar la ofensiva en toda la extensa línea de batalla.

El pueblo de Abárzuza, que había sido recientemente conquistado en la jornada anterior (día 26, segundo día de combate), podía ser arrebatado por los carlistas. Con la idea de evitarlo y también de que envolvieran desde Abárzuza al ejército republicano, dejó al cargo de la defensa del pueblo al brigadier republicano Pedro Beaumont, con un total de seis batallones. De estos, dos se quedarían a disposición del general en jefe cuando le hicieran falta. De las restantes, tres estarían con una batería Plasencia en las alturas hacia las avenidas de Eraul e Ibiricu y otra batería Krupp colocada a la salida de la villa sobre la carretera de Estella, para batir la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza, próximas al caserío y las trincheras de la montaña. Las restantes en reserva en el pueblo (figura 191).

Según el diario de operaciones del brigadier Pedro Beaumont, así reflejaba las órdenes dispuestas:

El 27 por la mañana recibí orden de Exmo Señor General en Jefe para ocupar las alturas del frente y derecha de Abárzuza con objeto de proteger una batería Plasencia que había de situarse en posición conveniente para batir de flanco las trincheras del Muro a cuyo punto se pensaba dar el ataque. En virtud de la expresada orden dispuse que el 1er Batallón de Soria avanzase a ocupar las alturas del frente, el de Luchana a la derecha de este punto para proteger la artillería ambos a las órdenes del Coronel Gamarra, de Infantería de Marina, jefe interino de la 2ª Brigada... (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ 01692/002).

Aunque no se cita en el diario, también hemos sabido gracias a otro texto, que el batallón Reserva de León quedó bajo órdenes de Beaumont en Abárzuza de reserva (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ 01692/002).

Una vez finalizado los preparativos, Concha pasó a situarse ante el gran muro de artillería que había preparado con 30 piezas Krupp desde las eras de Abárzuza, para batir Murugarren y Alto Muru¹²⁹ (Pirala, V, 1878: 363). Esta se encontraba protegida por dos batallones, una compañía de ingenieros y tres regimientos de caballería: Pavía, Numancia y Talavera.

¹²⁹ Según De la Vega (De la Vega et al, 1874: 120). Pero según el cuerpo de estado mayor del ejército, fueron 40 piezas de artillería (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 143).

La artillería comenzó a abrir fuego a las 14:00 horas. Cuando Concha opinó que ya era suficiente, a las 15:30 de la tarde, ordenó a la brigada de vanguardia¹³⁰ que, con los batallones de Alcolea, Ciudad Rodrigo, cuatro compañías de Guadalajara y cinco de la reserva de Zamora, atacara Monte Muru. En ese preciso instante, se incorporaron los batallones Estella y Barbastro desde Murillo, a los cuales también se les dio orden de ataque.

Para abrir al máximo el frente de ataque, Blanco ordenó que los batallones Ciudad Rodrigo y Alcolea se dirigieran respectivamente, uno a la izquierda y el otro a la derecha de la ermita de San Pedro de Muru¹³¹, a distancia de despliegue con dos compañías en guerrilla, dos en reserva y cuatro de reserva general. El batallón Barbastro hizo lo mismo colocándose en línea con los demás para atacar las trincheras de la extrema izquierda. El batallón de Estella debió secundar la maniobra como reserva parcial de Barbastro por ese flanco. Quedando las nueve compañías de Guadalajara y Reserva de Zamora como reserva general, a retaguardia del centro para acudir a donde hiciera falta.

En la línea carlista, se encontraba desde la jornada anterior el teniente coronel Simón Montoya con su batallón 3º de Navarra, como encargado del último sector de la línea que representaba la ermita de Santa Bárbara. Un batallón vizcaíno que había pasado la noche en las zanjas con ellos, al amanecer se desplazó a la derecha de la línea, lo cual les dejó solos ante el ejército republicano que se aglutinaba en las inmediaciones de Abárzuza (Pirala, V, 1885: 356; Larráz¹³², 2013: 160).

El teniente coronel Simón Montoya, cita que, en vistas de que no había efectivos desde Abárzuza a Eraul y podían ser enfilados¹³³ por esa parte, fue al caserío de Muru para ver si hallaba algún mando superior, encontrando en él al brigadier Zaldueño que, tras recogerle testimonio avisaría sobre la debilidad de la línea. Montoya luego vio cómo en torno a la 13:30 algunas fuerzas finalmente tomaron posiciones¹³⁴ (Larráz, 2013: 161).

Tal como habíamos dicho anteriormente, a las 15:30 se dio el inicio del ataque de la infantería. Para tal cometido, los republicanos debían cruzar la primera barrera natural que representaba el riachuelo de Iranzo (regacho de Monjiliberry), cuyo único puente para cruzarlo se hallaba distante a la salida de Abárzuza, a unos 1.500 m. Más tarde había que subir los ásperos escarpes de la montaña que se hallaban en barrizal por las lluvias de los días anteriores. Además, los propios accidentes orográficos: bancales, zanjas, setos... no permitirían la subida uniforme de los batallones, obligados

¹³⁰ Su jefe de brigada fue el brigadier de infantería Ramón Blanco. La brigada se compuso de seis batallones, de los cuales en el enfrentamiento de Monte Muru participaron cuatro: El batallón Cazadores de Barbastro nº4, el batallón Cazadores de Ciudad Rodrigo nº9, el batallón Cazadores de Alcolea nº22; y el batallón Cazadores de Estella nº21. Los batallones cazadores de Puerto Rico nº 27 (nº 19) y el de Las Navas nº 14, se encontraban en el teatro de operaciones, pero sus cometidos se destinaron a la protección de la intendencia (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 17).

¹³¹ No existe ninguna ermita de San Pedro de Muru. En el lugar tan solo tenemos la ermita de Santa Bárbara. Que al estar más cerca del actual despoblado de Muru, se pensaría que pertenecería a dicho caserío. Según el cuerpo de estado mayor del ejército, los batallones de Ciudad Rodrigo y Alcolea se debieron dirigir a la derecha de la ermita, dejando en la izquierda el batallón de Barbastro (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V, 1885: 144).

¹³² Estudio realizado por Pablo Larráz sobre el teniente coronel Simón Montoya, a través del Fondo Pirala (09/06881) en la Real Academia de la Historia

¹³³ Ver glosario

¹³⁴ Puede que se refiera al batallón 1º de Aragón y al batallón de Durango. Este último llegó precisamente este último día, lo cual seguramente ante la escasez de efectivos, lo enviaran directo a proteger las inmediaciones del pueblo de Eraul.

a descomponer la formación de las compañías, siendo débiles aisladamente ante los carlistas.

Según testimonio del general carlista Montoya, al iniciarse el avance republicano, tras reunir una compañía para quedar en reserva, la 7ª compañía que se hallaba en el extremo izquierdo de la línea, al iniciarse el avance liberal, se le ordenó hacer unos disparos para probar la distancia de acción. En vistas de que toda la compañía estaba armada con fusiles del sistema Lefauchaux y no había suficientes, se dispuso que una sección de la 5ª, que estaba armada con Remington, pasara a ese lado para ver si daban en el blanco. Pero finalmente Montoya les ordenaría no disparar en la subida republicana, hasta que no estuvieran encima (Larraz, 2013: 162). Esto puede deberse a que todavía se hallaban los republicanos lejos para poder acertarles y de ese modo, se decidiera economizar munición.

A la media hora, coronaron alguna altura por la izquierda de la línea republicana las guerrillas de Barbastro y Alcolea y por el centro las de Ciudad Rodrigo, arrojando a la bayoneta a algunos carlistas de sus defensas. No obstante, estas guerrillas fueron rechazadas finalmente por tropas carlistas que descendían de las trincheras más altas. El movimiento de retroceso que empezó por la izquierda de la línea republicana, quedó en parte recogido en una carta publicada en el periódico *La Correspondencia de España* y recogida más tarde en el periódico carlista *El Cuartel Real*:

Por la parte de Muru a las 15:30, la primera trinchera es tomada por el ayudante de Blanco, Cobos, con 13 hombres, siendo rechazado, matándole 7 de los que con él iban, por dos batallones que salieron de las crestas del monte a la bayoneta (El Cuartel Real, 07/07/1874: 2).

Lo mismo ocurrió en la ermita, Montoya, junto con la 4ª compañía que tenía detrás y las demás, dieron la primera ofensiva a bayoneta calada, mientras por la derecha el comandante Sobrino hacía lo mismo con las suyas. Sabiendo que su guerra era la defensiva, al llegar a la carretera de Estella-Abárzuza, mandó volver a sus hombres a sus puestos, no sin antes recoger los modernos fusiles Remington que los republicanos habían abandonado, modernizando así sus antiguos fusiles de chispas o Lefauchaux (Larraz: 2013, 165-166).

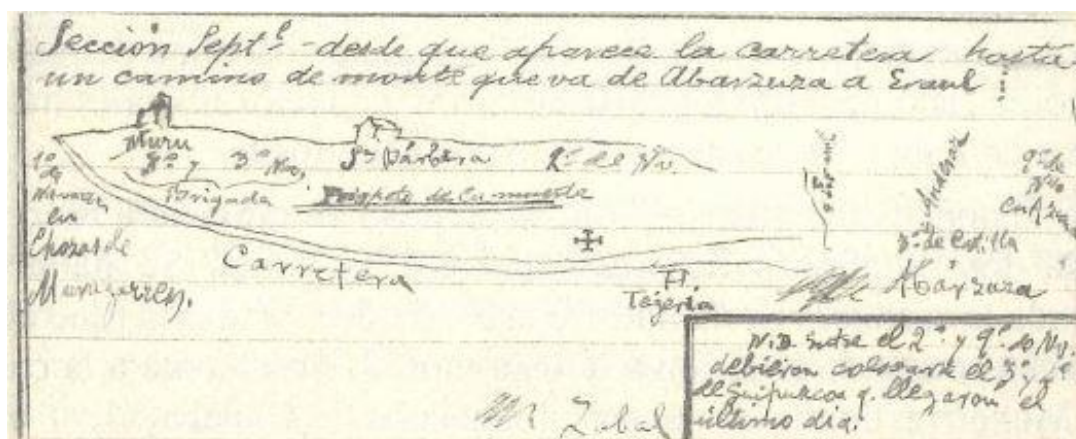


Figura 192. Croquis de la línea carlista en el que se percibe la localización de los batallones 3º y 8º de Navarra (este último de reserva) en la margen izquierda. Se observa en el centro la localización del parapeto de la muerte, en donde creemos que estaba el comandante Sobrino del 3º, bajo las órdenes de Montoya. Debajo, la carretera hasta donde bajaron en las cargas a la bayoneta. (Apalategui, II, 2005: 265)

En un plano más general, es importante matizar, que esta primera ofensiva republicana fue secundada en toda la línea al mismo tiempo, con el objetivo de mantener tropas carlistas apartadas del foco principal.

Desde el momento en que se inició el ataque, otras fuerzas carlistas lanzaron una ofensiva para apoderarse de Abárzuza e intentar envolver a la línea republicana por este punto. Como respuesta, atacaron a los tres batallones republicanos que se hallaban apostados: Soria, Luchana y Reserva de Guadalajara (brigada Gamarra). Visto el envite carlista, el brigadier republicano Beaumont necesitó enviar refuerzos y resolvió enviando parte de las restantes. Ante esta decisión, los dos batallones de reserva que había dejado Concha con el brigadier en Abárzuza, dispuestos para que Concha los usase cuando quisiera, fueron empleados por el brigadier para defenderse del ataque carlista. Por lo que sin saberlo, Concha dejó de contar con un número importante de tropas frescas para lo que aconteciese.

Según el testimonio de brigadier Beaumont: *...el enemigo trataba de envolver nuestra derecha que cubría dos compañías de la Reserva de Guadalajara, reforcé estas con el resto del Batallón, teniendo por último necesidad de hacer avanzar más a la derecha un batallón de Asturias, en vista del vivo fuego que sostenía Guadalajara, y de los avisos que recibí de que el enemigo se corría por este lado con fuerzas numerosas las cuales intentaban tomarnos la retaguardia, pero fueron rechazadas enérgicamente por los batallones indicados, como lo efectuaron así mismo el de Soria y Luchana con las fuerzas enemigas que tenían a su frente, cuyos cuatro batallones sostuvieron el combate toda la tarde y mantuvieron sus posiciones hasta las doce de la noche...En la misma tarde, y observando que el enemigo cargaba sobre el batallón de Soria amenazando la artillería hice avanzar hasta la posición que ocupaba esta un batallón de Valencia por precaución, del que solo dejé momentos después tres compañías en vista de que el batallón de Soria rechazó al enemigo y se mantuvo firme en su posición.*” (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ 01692/002).

Según el parte del general republicano Echagüe al ministro de la guerra del 5 de julio, sobre la ofensiva carlista del día 27: *el enemigo atacaba en tanto las posiciones sobre Abárzuza, intentando de este modo envolver nuestra derecha, y descendía por la depresión que se halla entre Murugarren y Zurucuain, para cortar la línea por el centro, doble movimiento que fue contrariado con éxito por una parte de la división Beaumont y las fuerzas de Martínez de Campos* (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, V: 1885, 164).

b) 2ª Carga

Algunas sobrevolaban la ermita y otras daban de lleno. En este panorama dantesco, Montoya reorganizó sus fuerzas, viendo que se le había añadido alguna fuerza nueva (figura 193). Al parecer era una compañía alavesa, cuyo teniente o capitán se puso a su servicio (Larraz, 2013: 166).

Los republicanos se reorganizaron y completaron sus fuerzas con la del batallón de Estella que quedaba disponible y uno de los dos batallones que Concha tenía protegiendo la artillería. Con esto se consiguió sostener el combate. De modo que, por segunda vez, las cansadas tropas de los batallones antes enviados y los refuerzos ascendieron a las 18:30 en guerrillas hasta las cumbres (El Imparcial, 02/07/1874). Sin embargo, una nueva carga a la bayoneta por parte de los carlistas puso nuevamente en retirada a los republicanos hasta la carretera que conduce a Estella. Esta carga fue producida por el 3º de Navarra, algunas compañías del 8º, una de vizcaínos y otros refuerzos que fueron llegando (Segura, s.f.: 8).

Mientras esto pasaba en la denominada *trinchera alta*, en la *trinchera baja*, que los carlistas denominaron el *parapeto de la muerte* (a pocos metros de la carretera), era defendida por dos compañías carlistas del capitán Francisco López Lezaún, del 3º de Navarra. Este hombre afirmaba que la 2ª y 6ª compañía estaban dotadas con fusil de chispa, cuyos cartuchos se habían humedecido, resultando inútiles (Apalategui, II, 2005: 266).

Coincidiendo con la segunda embestida, Larraz y Roldán narran que siendo cañoneados por la artillería, el teniente coronel carlista Fausto Eguileta¹³⁵ del 4º batallón de Álava, mandó cargar a la bayoneta, arrollando al enemigo. En el descenso una granada le destruyó la pierna, siendo socorrido de inmediato y trasladado a un hospital de sangre en donde se le amputó¹³⁶. Sus fuerzas, junto con otras navarras (posiblemente el 3º de Navarra) consiguieron rebasar la carretera a Estella, hasta un vivero de chopos y la fábrica de tejas que había junto al arroyo (Roldán, 2005: 112)¹³⁷.

Sin refuerzos Concha, en este preciso momento hubiera hecho traer al frente a los dos batallones de reserva que le había dejado prestados al brigadier Beaumont en Abárzuza. Sin embargo, si recordamos, estos fueron requeridos para contener a los carlistas cuando atacaron el pueblo, coincidiendo con el primer ataque general. Tras el segundo ataque, el coronel Castro (que debía llevar esos dos batallones al combate cuando dijera Concha) salió de Abárzuza para contener a los carlistas (suponemos que con parte de sus tropas). Mientras, los capitanes republicanos Galvis y González Iribarren salieron también para contener a las tropas republicanas dispersas que bajan de Monte Muru, consiguiendo reunir un gran número de ellos en la carretera.

Vista la imposibilidad de conquistar nuevos sectores con las fuerzas disponibles, Concha mandó traer hacia Monte Muru las tropas del General Reyes (luchando a la margen izquierda, con el

¹³⁵ Luchó en la primera guerra carlista y en la segunda mandó una partida. Ascendido a comandante en 1872 y a teniente coronel en 1874. Mandó el 4º batallón de Álava, muriendo de sus heridas en la batalla de Abárzuza (Roldán, 2009: 190).

¹³⁶ Los puestos de socorro más cercanos se hallaban en la propia ermita de Santa Bárbara de Abárzuza y en los sótanos de la iglesia de Monte Muru (Larraz, 2013: 80).

¹³⁷ Actualmente de esta quedan algunas piedras y restos de tejas, a la izquierda de la carretera que asciende de Abárzuza en dirección a Monte Muru. El vivero de Chopos se encontraba junto al arroyo, a su derecha, según fotos de inicios del siglo XX (Larraz, 2013: 81).

objetivo de tomar Murugarren), dejando de atacar Murugarren y dejando únicamente un batallón en Zábal. Mientras, desde la derecha atacaría nuevamente la brigada de vanguardia y fuerzas de Abárzuza. Concha se dirigió en persona a las posiciones carlistas con un batallón. Esto se producía mientras la brutalidad de las cargas había producido que algunos batallones quedaran escasos de oficiales de mando, por hallarse yacentes en el campo. Por eso, oficiales del cuerpo de estado mayor que se hallaban con Concha y otros mandos superiores, tuvieron que adelantarse a las avanzadas espada en mano para reemplazar a aquellos (El Imparcial, 02/07/1874). Sin fuerzas de infantería para proteger la gran batería de las 30 piezas Krupp, la caballería desplegó sus fuerzas sobre la artillería.

Concha con su cuartel general avanzó a cruzar el riachuelo de Monjiliberry por el pequeño puente, no muy lejos de Abárzuza. Mientras desde este pueblo, el coronel republicano Castro constituyó como reserva las fuerzas reunidas de los hombres que volvían del segundo ataque. Se reunieron tres compañías del batallón Asturias con el comandante Blanco, alguna de León y tres de Valencia, al mando de su coronel Lacalle. El objetivo era volver por tercera vez para tomar Alto Muru. Para ello, un brigadier y cuatro oficiales llevaron la orden a Reyes para que acudiera con su división: el capitán Lozano, el teniente coronel conde de Paredes y el brigadier Manrique (entre otros). El general Echagüe por la fiebre y la disentería (que también sufrían las tropas), se quedó junto a las piezas de artillería. Finalmente Concha impaciente al ver que no llegaban los refuerzos solicitados a Reyes, decidió avanzar por tercera vez con las fuerzas reunidas, antes de quedarse sin luz y esperar un día más a conquistar Estella.

Según Pedro Beaumont: *Pronunciado el ataque por los enemigos que se encontraban en las trincheras de Muro contra las escasas fuerzas que estaban en guerrilla al pié de aquellas, y habiendo avanzado el Exmo Señor General en Jefe, dispuse el refuerzo de dichas guerrillas con tres compañías de la Resera de León por la izquierda del pueblo, otras tres de Asturias por la derecha y las tres que me quedaba de Valencia con su Coronel D. Antonio La Calle por el centro donde se hallaba este General en Jefe, las que avanzaron con él decididamente...* (Archivo Histórico Foral de Bizkaia, AQ 01692/002) .

c) 3ª Carga

y con ganas de pelear se sumaron en las zanjias para apoyarles (Larraz, 2013: 170).

Concha y su cuartel avanzaron a caballo hasta media ladera, en donde tuvieron que bajar del caballo. En todo este camino las guerrillas del brigadier Blanco ascendían cubriendo el frente. El ataque fue enérgico y rápido. Los carlistas disparaban desde sus trincheras un fuego muy vivo, el de las guerrillas republicanas era muy escaso o ineficaz por los pocos que llegaban.

Durante el tercer tiempo, Montoya se percató que se retiraba su 1ª compañía al mando de su capitán García. Pero en último instante este se volvió para encararse a las tropas liberales que ascendían por la izquierda de la ermita y que desde las zanjias de Montoya no se podía ver. Acudían en su ayuda fuerzas del 2º batallón de Navarra y el hermano del capitán García, con su 4ª compañía del 3º de Navarra (Larraz, 2013: 170-171).

Mientras, las tropas republicanas solicitadas al general Reyes no llegaban. Sabiendo que las tropas que había reunido Castro que ascendían por el flanco izquierdo para apoyar el ascenso de Concha no bastarían para dicha labor y que eran las 19:30 de la tarde, ordenó la retirada y así planificar un nuevo ataque para el día siguiente. Entonces recibiría el nuevo convoy de suministros que estaba esperando y trasladaría alguna división de su flanco izquierdo de la línea a este flanco, con el objetivo de tomar las trincheras carlistas. Entonces, el marqués del Duero comenzó a descender con su cuartel apoyado en uno de los oficiales republicanos que le acompañaba. Para proteger el descenso, por su flanco derecho, el coronel Castro continuó con la reserva ascendiendo en guerrillas hasta cerca de las trincheras, de donde fue recibido con descargas y una nueva ofensiva navarra a la bayoneta. Esto trajo el repliegue desordenado de la reserva a la cual decidieron los carlistas no perseguir. Concha y su cuartel general montaba a caballo para volver a cruzar por el puentecillo de Monjiliberry, cuando fue mortalmente herido¹³⁸. Con ayuda de algún oficial y algún asistente consiguieron llevarlo hasta el caballo de un oficial de húsares, para montarlo y llevarlo hasta donde se hallaban los escuadrones de Talavera y de Numancia, fuera de cualquier peligro. El cuerpo ya cadáver del general en jefe fue llevado hasta su cama de Abárzuza, donde recibió finalmente los auxilios espirituales.

Por su parte, los carlistas ignorando completamente tal suceso, permanecieron en sus trincheras después de haber rechazado las fuerzas de la reserva mandadas por el coronel Castro. De este modo perdiendo la gran oportunidad que, de haberlo sabido, podrían haber aprovechado para aniquilar a un buen número de fuerzas ya mermadas. Esa misma noche, reunidos algunos generales en Abárzuza, decidieron que el general Echagüe sustituyese a Concha como general en jefe. Una vez hecho, acordaron la retirada de todo el ejército esa misma noche. De esta forma se daba por concluida la campaña que pretendía acabar con el alzamiento carlista.

¹³⁸ Supuestamente por una bala de fusil procedente de las trincheras de Murugarren, que se descubrían sobre el flanco izquierdo. Aunque también están aquellos que dicen que la bala procedió del 3º o el 8ª de Navarra (Pirala, V, 1878: 362). En Eraul se dice que vieron matarlo sus propios hombres, según testimonio oral recogido en 2016 a José María Lander, vecino de 82 años de edad. Según aquel, se recuerda en el pueblo, como fueron los propios hombres de Concha los que lo mataron, al ver que en cada nueva subida a las trincheras carlistas eran masacrados una y otra vez. Ante el miedo de un nuevo ataque, dice que fue asesinado y más tarde culpado a los carlistas por haberlo matado. Esta historia pasó de abuelos a padres y de estos a la memoria de este vecino de Eraul.

La retirada se produjo de forma escalonada durante la noche, sin hacer ruido alguno para que los carlistas no supieran de la huida. Aquellos que por enfermedad o heridas de guerra no se hallaban en condiciones de seguir el destacamento, fueron abandonados en el lugar y puestos más tarde a disposición de las fuerzas carlistas.

6.2.2. Resumen

En las páginas anteriores hemos seguido el curso de la narración militar de los acontecimientos que desencadenaron en el fracaso republicano por la toma de Estella. La información aportada ha sido en algunos casos tal vez excesivamente minuciosa para el objetivo que deseábamos cumplir. No obstante, en vista de que teníamos a nuestro alcance la posibilidad de detallar la batalla a raíz de un largo trabajo de estudio, tanto de fuentes primarias como secundarias, hemos visto oportuno exponer parte de ese trabajo.

En general, en las páginas anteriores hemos narrado cómo los carlistas, estando en inferioridad numérica, apostados en una línea de trincheras y pequeñas obras terreras construidas en el mes previo a la batalla, se enfrentaron al ejército republicano que venía victorioso de su conquista en Bilbao. La batalla de Abárzuza duró tres días de combate, de los cuales tan solo hemos narrado los sucesos ocurridos el último día de campaña (el día 27 de junio de 1874), en la margen izquierda de la línea carlista, al norte, en las inmediaciones de Abárzuza. Ese día los republicanos intentaron sorprender a los carlistas con un gran ataque ofensivo a las cercanas lomas de la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza y Monte Muru. Sin embargo, culpando los republicanos a la climatología, el terreno, la visibilidad de aquél día y las excelentes trincheras carlistas, hicieron posible que tal sorpresa se convirtiera en una catástrofe nacional. Hasta en tres ocasiones se mandaron a las tropas republicanas ascender a las lomas para tomar las posiciones carlistas, mientras que estos esperaron hasta que llegaran arriba, para cargar bayoneta en mano y hacerles descender nuevamente a sus posiciones iniciales, sembrando el caos y dejando un río de sangre a su paso. Pero sin duda, por lo que realmente se recuerda hoy en día a este enfrentamiento a nivel nacional, es por la muerte en combate, del general en jefe Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, que sin duda marcó un antes y después en la historia de esta guerra.

Esta contextualización histórica ha sido importante de realizar, para poder llegar a entender la trascendencia que deparó este combate en el transcurso general de la guerra; y por tanto, el porqué de la elección de este caso de estudio en particular. A continuación nos centraremos en explicar en qué consistió nuestro trabajo arqueológico y analizaremos los materiales fruto de ese trabajo.

6.3. La prospección arqueológica del campo de batalla de Abárzuza

La primera campaña de prospección metálica sobre el campo de batalla de Abárzuza se realizó entre noviembre del 2018 y enero del 2019, empleando un total de nueve días de campo. En todos los casos con un único detector de metales, dentro de las zonas de trabajo previamente solicitadas a la Sección de Registro, Bienes Muebles y Arqueología, del Servicio de Patrimonio Histórico del

Gobierno de Navarra.

Para el estudio de campo se seleccionaron tres zonas de intervención, a las cuales se les aplicó en cada caso una metodología de campo diferente, según las características de cada una.

A continuación, expondremos la información recuperada en cada una de las tres zonas estudiadas y describiremos, siguiendo los cánones de los anteriores capítulos, los materiales arqueológicos más relevantes, para posteriormente, en el siguiente apartado, poder interpretarlos.

6.3.1. Zona 1: batería de Echávarri

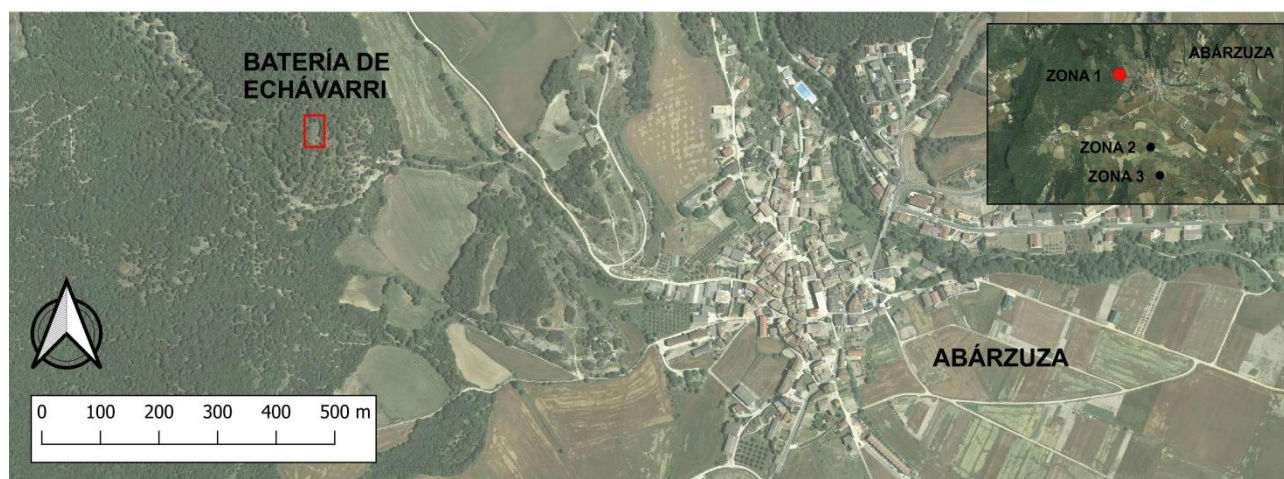


Figura 195. Zona 1 de prospección. La batería llamada de Echávarri, sobre el pueblo de Abárzuza

Actualmente conocemos su paradero gracias a las fuentes orales. Hemos recogido el testimonio de dos vecinos, uno de Abárzuza y otro de Eraul:

- En el primer caso, Javier Sainz, ganadero de Abárzuza, nos puso sobre la pista de la existencia de un lugar al que los vecinos mayores del pueblo recuerdan con el término *del fuerte*. Ubicado en las faldas al oeste del pueblo, en el término de *Oianberria*, dentro del puerto de Echávarri. Tras visitar el lugar, pudimos comprender que tal construcción efectivamente parecía estar relacionada con la batalla de Abárzuza.
- En el segundo caso, pude hablar con un vecino mayor del pueblo de Eraul. José María Lander, por entonces de 82 años (en 2016), que me relató haciendo alusión al lugar: *Existe el puerto llamado de Echávarri por el cual se relata que los hombres de artillería carlista llegarían a la batería de Echávarri.*

Estas dos narraciones coinciden tanto en la localización (el descrito por José María un poco más generalista), como en el contexto histórico. Por lo que realizamos un análisis en las fuentes históricas para poder certificar la existencia de una batería carlista en el lugar. Efectivamente, las fuentes escritas corroboraron los testimonios orales: *...situándose en Echávarri la batería de Rodríguez Vera, cuyo jefe no pudo concurrir a la batalla por hallarse curando la grave herida que recibió en Somorrostro...* (Brea, 1897: 196). Dicha batería estaba compuesta de seis cañones

Woolwich rayados de 7 cm de acero, que componían la 3ª batería montada del ejército carlista, al mando de Francisco Javier Rodríguez Vera (Brea, 1897: 185-186).

Fue una batería construida por el ejército carlista en el contexto previo a la batalla, según diferentes fuentes históricas consultadas. Sin embargo, no se aporta mucha información al respecto, más allá de su mención como posición de artillería carlista. Por tanto, se desconoce su relevancia o implicación en el combate.

a) Descripción y estado actual

La batería, se localiza en una posición claramente estratégica, por encima del pueblo de Abárzuza a unos 669 m de altura, en las coordenadas UTM: X 579225, Y 4731153. Ocupa una extensión de unos 900 m², en la parcela rústica 409 del término municipal.

Tiene una forma de media luna, con un apéndice en el extremo suroeste, que serviría como entrada cubierta a la construcción. Se compone de seis cañoneras aparentemente abiertas en dirección al este y sureste, para batir el campo lindante de Abárzuza. Por tanto, se halla en el extremo izquierdo de la línea carlista.

A pesar de estar compuesto de tierra y un único muro de mampostería, su estado de conservación es relativamente bueno, ya que no parece haber sufrido grandes transformaciones antrópicas. Tal vez su ubicación en una ladera dentro de un bosque de encinas y en un suelo poco apto para el cultivo, hayan ayudado a su conservación hasta la actualidad. Pero como ocurre en estos casos, el recuerdo de la batería ha quedado prácticamente olvidado y solo pervive en la memoria colectiva del pueblo como un vago recuerdo de un elemento militar.

El hecho de haber sobrevivido al paso del tiempo, lo convierten en uno de los pocos elementos sobrevivientes de la batalla; y por tanto, en un elemento de gran interés arqueológico. Además, gracias a este trabajo pasará en el futuro a ser incorporado en el registro de bienes del Gobierno de Navarra. Por tanto, al ser un elemento tan significativo y desconocido que pasó casi inadvertido a las fuentes históricas, ha sido seleccionado como una de las zonas para el estudio de este capítulo de tesis.



Figura 196. Estado de la batería en 2016. Foto con orientación sur-norte

Pero algo que no se puede obviar al realizar el estudio de un elemento adscrito a un campo de batalla, es que la localización de un elemento como es esta batería, nunca es casual. Su construcción se debe a criterios militares. Y como cabe esperarse, una posición de artillería por sí sola representa un punto débil, al que deben de añadirse las defensas necesarias. Por ese motivo, creímos oportuno realizar un análisis LIDAR, con el objetivo de indagar en las inmediaciones. Hemos logrado así, lo que actualmente creemos que es una línea de trinchera colmatada, que discurriría paralelamente a la batería unos 35 m ladera abajo hacia Abárzuza. Una línea más menos recta, con orientación sur-norte.



Figura 197. Señalización de la batería y la línea de trinchera sobre ortofoto PNOA de máxima actualidad del año 2017

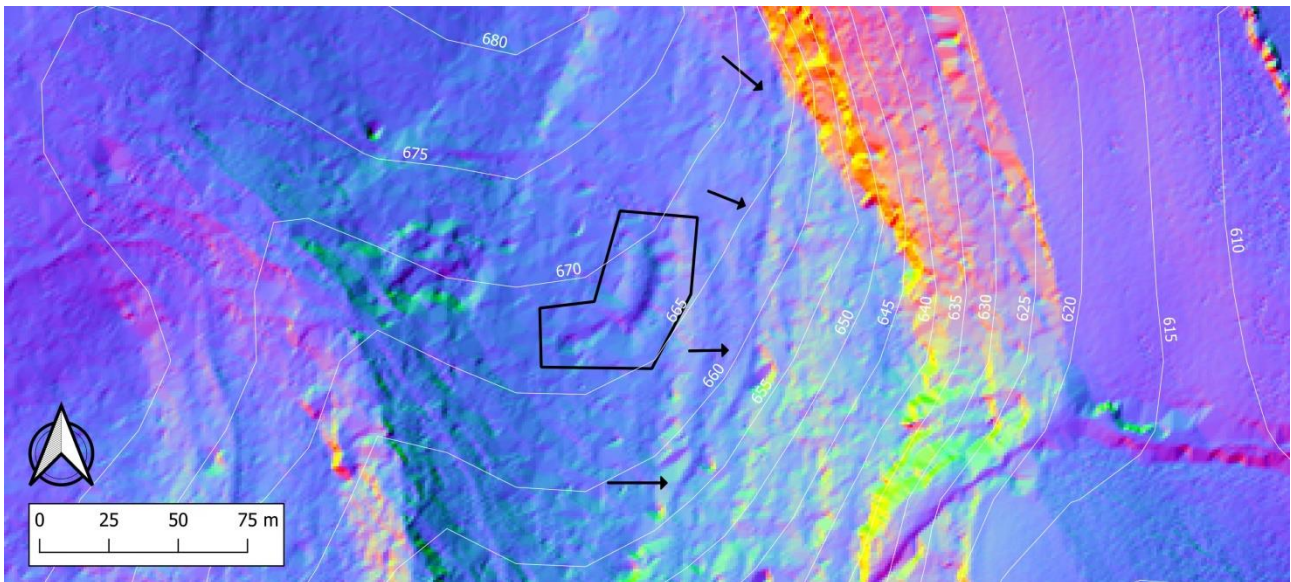


Figura 198. Señalización de la batería y la línea de trinchera sobre imagen LIDAR (filtro PCA). En la imagen se aprecia la forma de media luna de la batería, junto con sus cañoneras abiertas al noreste, este y sureste. Se ve un apéndice hacia el oeste, por donde discurre el muro de mampostería para proteger a los artilleros. En cuanto a la línea de trinchera, se aprecia un surco de sur a norte paralela a la batería



Figura 199. Posible línea de trinchera colmatada

b) La prospección metálica

Después del trabajo de teledetección, entre los días 1 y 2 de enero del 2019, realizamos la prospección metálica acotada al interior y contorno inmediato de la estructura terrera. Como hemos detallado en el apartado de la metodología, fue una prospección de carácter intensivo, al ser una superficie pequeña y sin apenas vegetación. Este trabajo en cambio, no se realizó en la trinchera de más abajo, ya que al haber una secuenciación estratigráfica de gran valor, merecía ser excavada

mediante la metodología tradicional de excavación para lograr un estudio completo.

c) Las evidencias materiales

Durante el trabajo de campo se recuperaron un total de 41 piezas. A continuación, pasaremos a describir los materiales adscritos a este contexto bélico, según la clasificación presentada en el apartado metodológico.

1- Armamento:

Tenemos materiales relacionados tanto con la munición de los fusiles, como un fragmento de granada de artillería republicana. En general no son muchos los restos recuperados, pero si algo variados.

- Munición:

- Vainas:

En el entorno de la batería (zona 1), se han recuperado un total de 14 vainas. Estas se dividen entre aquellas pocas relacionadas con el conflicto y otras posteriores.

Del contexto de la batalla de Abárzuza, tenemos un total de cuatro, divididas en dos Remington, una Berdan y una Lefauchaux. Todas ellas están percutidas.

- Remington:

Se ha recuperado una vaina completa y otra que solo se conserva la parte inicial de la base. En relación a la primera, se trata de una vaina de latón de 5,7 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro en el inicio del cuerpo. Su estado de conservación es bueno, a pesar de alguna fractura que se conserva en la parte superior del cuerpo.

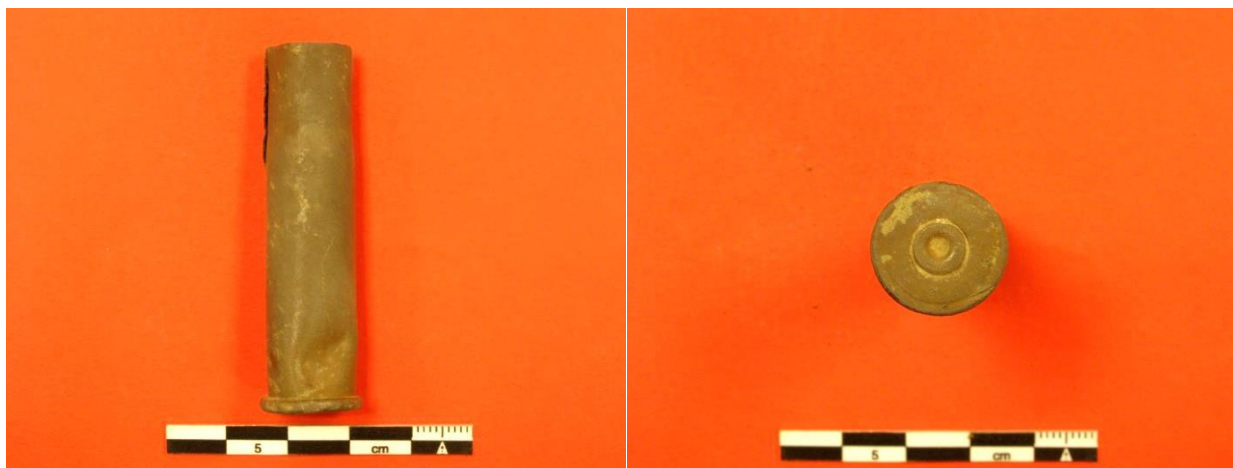


Figura 200. Cuerpo y base de una vaina Remington (ABZ4.19.0017)

- Berdan:

En este caso tenemos la base de una vaina Berdan, de 1,7 cm de diámetro en la base del cuerpo. Llama la atención dos pequeñas marcas en forma de aro paralelas que tiene junto al anillo del fuego central. No sabemos si se trata de la marca de la fábrica o de la marca producida por el fusil tras el disparo.

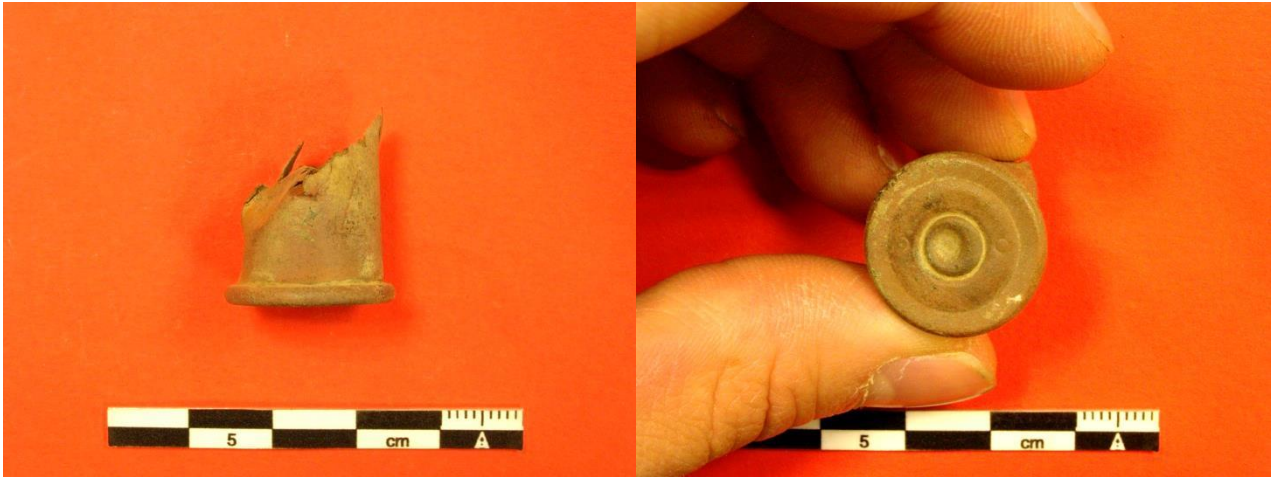


Figura 201. Fragmento del cuerpo y la base de una vaina Berdan (ABZ4.19.0035)

○ Lefauchaux:

Se halla sin espiga y con un diámetro de 1,9 cm. Lleva una leyenda inscrita en bajo relieve en la que se puede leer *GALPILLAT & CU PARIS 16*. Esta descripción nos aporta dos datos: por un lado el número del calibre 16; y por el otro, el lugar de procedencia, que sería París.



Figura 202. Base de la vaina Lefauchaux (ABZ4.19.0036)

Fuera del contexto de la batalla, se han recuperado un total de diez vainas que pertenecen a un momento posterior a la guerra. Todas ellas están relacionadas con la caza. Siete de aquellas no presentan duda alguna, pero las tres restantes resultan dudosas. Se trata de tres vainas iguales del sistema Lefauchaux. En concreto, la que mostramos en la figura 203, conserva la espiga. Con un

diámetro de 1,9 cm, se le una leyenda en bajo relieve *ORBEA (estrellita) CAL 16*. Por lo tanto, son del calibre 16. A pesar de que la fábrica de armas Orbea de Eibar ya funcionaba desde antes de la segunda guerra carlista¹³⁹, la caligrafía con la que se grabó sobre la base de estas vainas nos recuerda a un estilo más propio del siglo XX. Por eso hemos relacionado estas tres vainas con un momento posterior al combate. Ya que también hay que comprender que, el sistema de espiga continuó en uso durante muchas décadas después, especialmente para la caza.



Figura 203. Base de la vaina Lefauchaux con la espiga, de la casa Orbea (ABZ4.19.0019)

- Balas:

En el caso de las balas, hemos hallado un total de seis, todas ellas pertenecientes al contexto de la batalla. Teniendo en cuenta la plasticidad del plomo, ninguna de ellas se encuentra en el estado perfecto que nos gustaría tener para poder clasificarlas correctamente. A pesar de ello, según las medidas y la forma las hemos podido documentar en dos clases diferentes:

- Remington:

Se han recuperado un total de cuatro. En general miden entre 2,6 y 2,7 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro en la parte baja del cuerpo. Tienen un total de cuatro ranuras de engrase horizontales a media altura y con cabeza ojival. En nuestro caso, las cuatro muestran signos de impacto.

¹³⁹ <https://apps.euskadi.eus/emsime/catalogo/museo-museo-vasco-de-bilbao/titulo-revolver-lefauchaux-para-cartucho-de-espiga/objeto-revolver-/ciuVerFicha/museo-57/ninv-AAAA/0677-055>



Figura 204. Bala Remington (ABZ4.19.0016)

○ Bala tipo I:

Las dos restantes, son de una misma tipología que nos resulta desconocida. Una de ellas nos sirve de guía al estar más completa. Es la que mostramos a continuación en la figura 205. Se compone de 3,1 cm de longitud y con 1 cm de diámetro en la base del cuerpo. Es de cuerpo recto y cabeza semi-aplanada, tal vez por recibir algún tipo de impacto.



Figura 205. Bala tipo I (ABZ4.19.0021)

- Artillería:

• Projectiles:

En esta zona los elementos atribuibles a la artillería han pasado casi inadvertidos. Tan solo tenemos la presencia de un fragmento de plomo de una envuelta de granada. Presenta las siguientes medidas: 4,1 cm de longitud, por 2,9 cm de ancho.



Figura 206. Fragmento de envuelta de plomo de granada (ABZ4.19.0033)

2- Enseres del soldado:

Para este apartado sólo podemos hablar de la aparición de una moneda, como material que pudiera relacionarse con los objetos personales del soldado. Llama la atención la escasez de elementos.

- Moneda:

Tan solo hemos podido atestiguar la aparición de una moneda que cronológicamente se adscribe al contexto de la guerra. Es de cobre, con un diámetro de 2,7 cm. Aparece en el anverso el busto con la siguiente leyenda: *Isabel 2^a por la gracia de dios y la const. 1864.* Por el reverso el escudo de armas de España y la leyenda: *Reina de las Españas. 25 cent. de real.*



Figura 207. Moneda de 25 céntimos de 1864 del reinado de Isabel II (ABZ4/19/0004)

6.3.2. Zona 2: ermita de Santa Bárbara de Abárzuza



Figura 208. Zona 2 de prospección, con sus tres sectores delimitando el área de intervención

La elección de este enclave como segundo lugar de análisis, fue para abordar uno de los lugares más significativos recogidos en las narraciones históricas. Según la contextualización de la batalla de Abárzuza, en este lugar las fuerzas del teniente coronel Montoya y el comandante Sobrino, soportaron hasta tres cargas de la infantería republicana, ya que fue el lugar en donde el general en jefe del ejército republicano, el general Concha, decidió romper la línea carlistas para tomar Estella. Esto no solo no llegó a suceder, sino que al final del tercer día de combate, una bala terminó con la vida del propio Concha no muy lejos del lugar. Por tanto, el estudio de esta zona hoy no solo resulta interesante a nivel histórico, sino también, a nivel simbólico y memorialístico.

a) Descripción y estado actual

El paraje en torno a la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza se ubica en un claro promontorio, a 638 m de altura, con excelentes vistas al Valle de Yerri, lo que resulta ideal para la defensa. Su recuerdo evoca en cierta manera a la defensa que efectuaron las tropas carlistas en la ermita de San Pedro de Abanto, dentro del contexto de la batalla de Somorrostro tres meses antes.

Durante el mes previo a la batalla, las fuentes narran la preparación del terreno, con la construcción de las famosas trincheras aplicadas en la batalla de Somorrostro, que sirvieron nuevamente en Abárzuza para proteger a la infantería carlista de la artillería republicana.

Actualmente, el terreno se divide en grandes explotaciones cerealistas de secano, entre algunos llecos que se hallan para salvar el desnivel conforme descendemos de la loma. Lógicamente, debido a los trabajos mencionados, no queda vestigio alguno de las construcciones temporales edificadas previamente al combate. La ermita es la única excepción. La cuestión es que la actual ermita nada tiene que ver con la que se narra en las fuentes históricas. Ya que recibió importantes destrozos fruto de los impactos de granada (Larraz, 2013: 166), a diferencia de la actual, en donde permanece impoluta. Lo cual demuestra que fue reparada tras la guerra.

Por otra parte, debido a que este tipo de yacimientos no gozan en general de un nivel de protección

en concreto por las administraciones competentes, se ha visto alterado también por la llegada de detectoristas que han extraído furtivamente materiales del contexto de la batalla. Corrobora estas líneas la familia Guardamino que actualmente vive en el despoblado de Muru y que en más de una ocasión han observado en su entorno esta práctica.



Figura 209. Ermita y campos de la parte trasera

b) La prospección metálica

Estas parcelas, tras la guerra volvieron a ser cultivadas hasta la actualidad. Eso ha supuesto, lamentablemente, que el posible material adscrito a la contienda, en ningún caso se halla en su lugar de origen. Pero como hemos dicho al inicio de la tesis, uno de los objetivos a tener en cuenta iba a ser el análisis de este tipo de yacimientos y su valoración como puntos de investigación. El hecho de ser zonas de cultivo, nos ha ayudado, por otro lado, a poder emprender metodologías de trabajo más provechosas, al no haber vegetación de por medio. Esto ha supuesto la realización de una prospección de carácter sistemático, con transectos paralelos y con intervalos desde los tres a los siete metros.

La zona de prospección se centró en las parcelas rústicas 473, 474 y 482 del término municipal de Abárzuza. Viendo la extensión del terreno y el alcance limitado por un único detector de metales, se decidió ya en campo seleccionar tres sectores localizados a distintas altitudes, con la idea de intentar conseguir mayores resultados:

- Sector 1: Localizado en las inmediaciones de la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza, en donde la historiografía habla de la localización de las primeras líneas de trinchera. Por lo que había que atestiguar si quedaban o no, restos de la cultura material del conflicto.
- Sector 2: Inmediatamente debajo y más hacia el noroeste, en donde se suponía seguir hallando material carlista, sin saber conforme fuéramos bajando si cambiaría o no la diversidad de objetos.
- Sector 3: Un poco más al norte que el anterior, colina abajo, para poder analizar si esta representaba la zona de choque entre ambos bandos, o bien seguíamos en el área de las defensas carlistas.

c) Las evidencias materiales

Durante los cinco días de trabajo campo, documentamos un total de 233 piezas. 231 fueron recuperadas por nosotros, mientras que las restantes dos fueron puestas a disposición de la Guardia Civil, al ser dos granadas de artillería completas.

1- El Armamento:

Este apartado es sin lugar a dudas, el que mayor diversidad material nos ha aportado a lo largo de este proyecto. Destaca por su variada y abundante colección de elementos.

- Munición:

- Cartuchos:

Hemos recuperado un total de tres fragmentos de cartucho. En los tres casos se componen de la bala con la parte proporcional de la vaina que va adherida a su cuerpo. Se trata de un cartucho Remington y dos Berdan respectivamente. En el primer caso, es de cabeza ojival de 3 cm de longitud, por 1,2 cm de diámetro. En el segundo caso, de cabeza cónica, con 2,8 cm de longitud, por 1,3 de diámetro. En el último, de cabeza nuevamente cónica, con 2,7 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro.



Figura 210. Fragmento de cartucho Remington (ABZ4.18.0188); Figura 211. Fragmento de cartucho Berdan (ABZ4.18.0206); Figura 212. Fragmento de cartucho Berdan (ABZ4.18.0209)

- Vainas:

Las vainas recuperadas en los tres sectores suman un total de 71 y hemos podido distinguir un total de nueve tipologías diferentes, todas ellas contemporáneas a la guerra.

- Remington:

A esta tipología se adscriben un total de 18 elementos hallados en diferentes estados de conservación, 15 de los cuales estaban percutidos. Aunque las medidas están estandarizadas por el proceso de fabricación industrial, a veces se percibe alguna sutil diferencia entre unas y otras. En el caso que mostramos (figura 213), tenemos una vaina metálica percutida, de fuego

central, que consta de 5,6 cm de longitud, por 1,4 cm de ancho en el inicio del cuerpo.

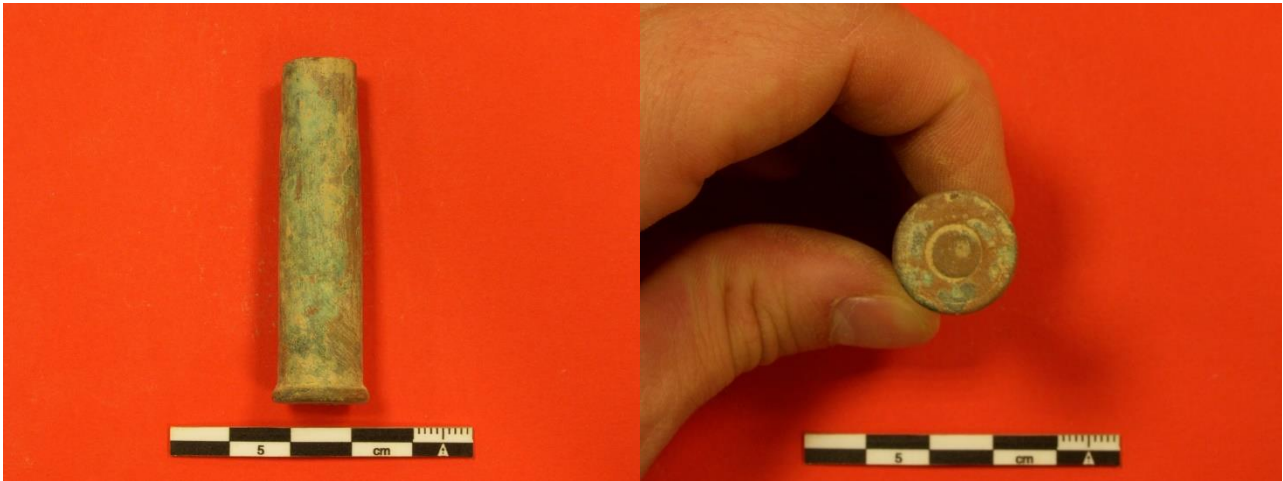


Figura 213. Vaina Remington con base percutida (ABZ4.18.0100)

○ Berdan:

Tan solo hemos recuperado un total de seis vainas de esta categoría. Todas muestran signos de haber sido percutidas y se caracterizan por sus 4,5 cm de longitud, por 1,4 cm de ancho en el inicio del cuerpo.

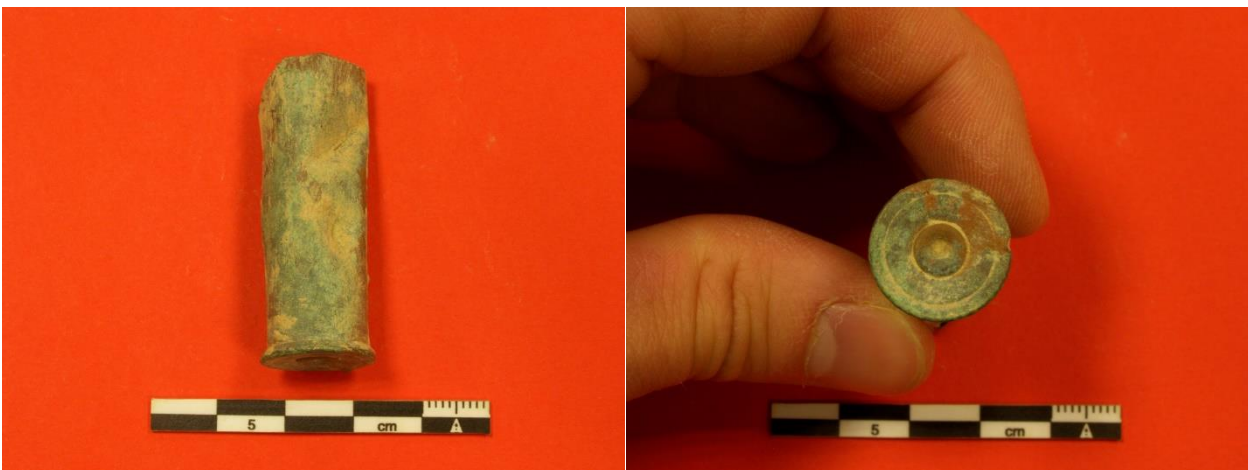


Figura 214. Vaina Berdan con base percutida (ABZ4.18.0054)

○ Lefauchaux:

A esta tipología asociamos un total de 30 elementos que pueden ser subclasificados hasta en cuatro tipos, según el marcaje:

El primero de ellos y el más común, es una vaina que no tiene ningún tipo de marcaje en la base. Se han recuperado un total de 15 de estas. En el caso que mostramos (figura 215), se ve una vaina que todavía conserva la espiga, con un diámetro orientativo (ya que está deformada) de 1,7 cm, perteneciente al

calibre 16.



Figura 215. Vaina Lefaucheux sin marcaje (ABZ4.18.0035)

Al segundo tipo asociamos siete elementos. En ellos encontramos los primeros marcajes de esta clasificación. En el centro superior se lee un *16* que simboliza el calibre; y en la parte central de la base las iniciales *G J*, en referencia a la fábrica alemana de *Bischweiler Walbinger, Meuschel & Co. Patronenhülsen*¹⁴⁰.



Figura 216. Vaina Lefaucheux con marcaje: 16 y G J (ABZ4.18.0052)

El tercer tipo está representado por un gran *16* marcado en el centro de la base de la vaina, que nuevamente nos informa del calibre de la pieza. Hemos recuperado un total de seis.

¹⁴⁰ <http://www.municion.org/lefaucheux/12mm.htm>



Figura 217. Vaina Lefaucheux con marcaje: 16 (ABZ4.18.0055)

Para el último tipo (figura 218), tan solo contamos con dos ejemplares. Tenemos por un lado, una marca de un 16 en la parte baja de la base. El tamaño del número, con referencia al anterior modelo es más pequeño. Por otro lado, en la parte superior se leen las letras A y una posible R, que quizás podrían referirse a Paris. Por tanto, de ser cierto, nos haría una referencia al lugar de origen, que se correspondería con el de otras vainas Lefaucheux. Por ejemplo, el de la figura 202 de la página 264, asociada a la zona 1 de estudio.



Figura 218. Vaina Lefaucheux con marcaje: en la parte superior A y ¿R?; y en la parte baja un 16 (ABZ4.18.0073)

○ Benet:

Forma parte de la familia de munición 50-70 que veremos más adelante (página 311). Hemos podido recuperar un total de seis elementos, compuestos de pistón interno y una acanaladura visible al inicio del cuerpo. Tres de ellas están percutidas, una no y en dos casos no se ha podido determinar. El ejemplo que mostramos a continuación, se compone de 4,6 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro de la base.

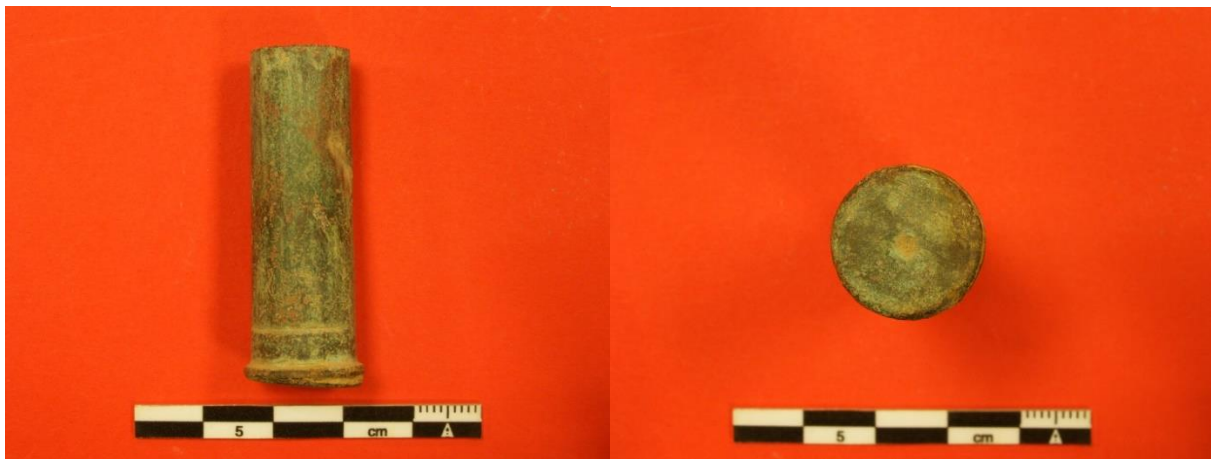


Figura 219. Vaina Benet percutida (ABZ4.18.0232)

○ Government:

Este también forma parte de la familia de munición 50-70 (página 311). Tan solo contamos con un ejemplo de esta categoría. Se compone de 4,5 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro en la base. Es de fuego central y está percutida.

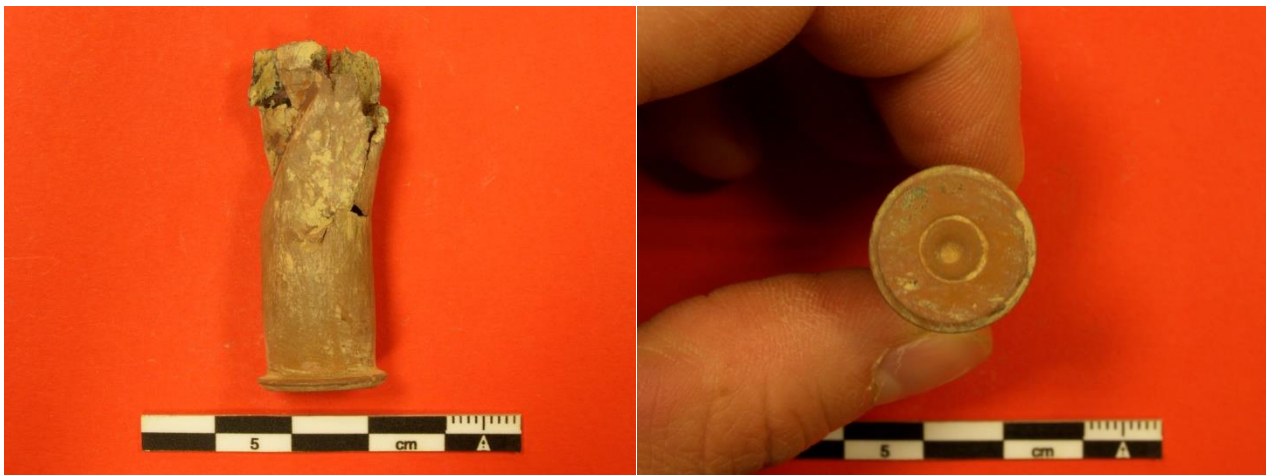


Figura 220. Vaina Government percutida (ABZ4.18.0216)

Dentro de la munición 50-70, contamos con dos hibridaciones que parecen nacer de los dos anteriores y que por el momento no sabemos identificar. No obstante, como veremos más adelante, sirven para el mismo tipo de fusil (página 312). Eso quiere decir que sus dimensiones también son iguales a las anteriores; es decir, 4,5 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro en el inicio del cuerpo.

○ 50-70 tipo I:

En el primer caso, tenemos tres vainas indeterminadas que no presentan la característica acanaladura al inicio del cuerpo de los Benet. Pero, en cambio,

sí que están formados por un pistón interno, dado que los tres están percutidos y presentan el característico punto en el centro, sobre una superficie de base lisa que suelen llevar los Benet.

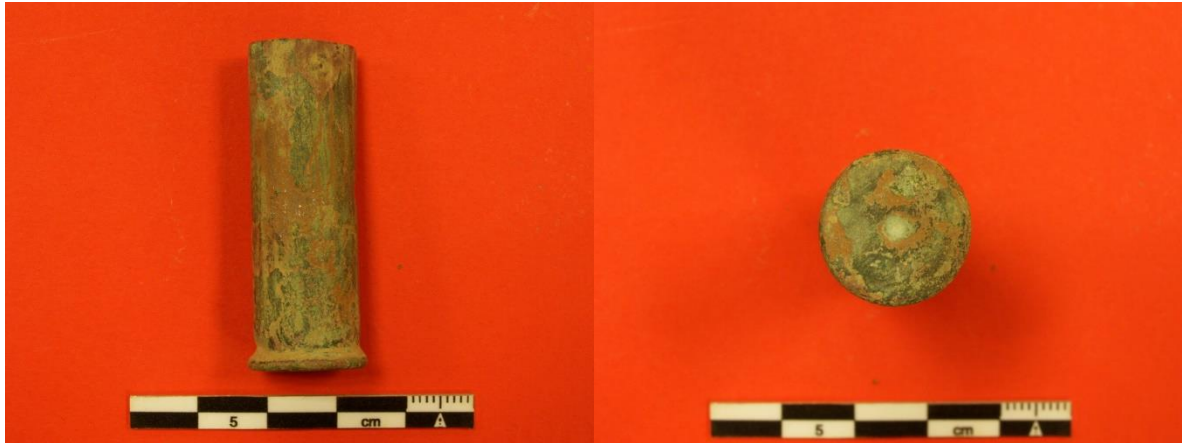


Figura 221. Vaina 50-70 tipo I percutida (ABZ4.18.0226)

○ 50-70 Tipo II:

Este segundo tipo está compuesto de dos vainas desconocidas que, sí presentan la característica acanaladura al inicio del cuerpo de los Benet. Sin embargo, en vez de ser de pistón interno, presentan un aro en la base, lo cual nos indica que son de fuego central, como los Government. Ambas se encuentran percutidas.

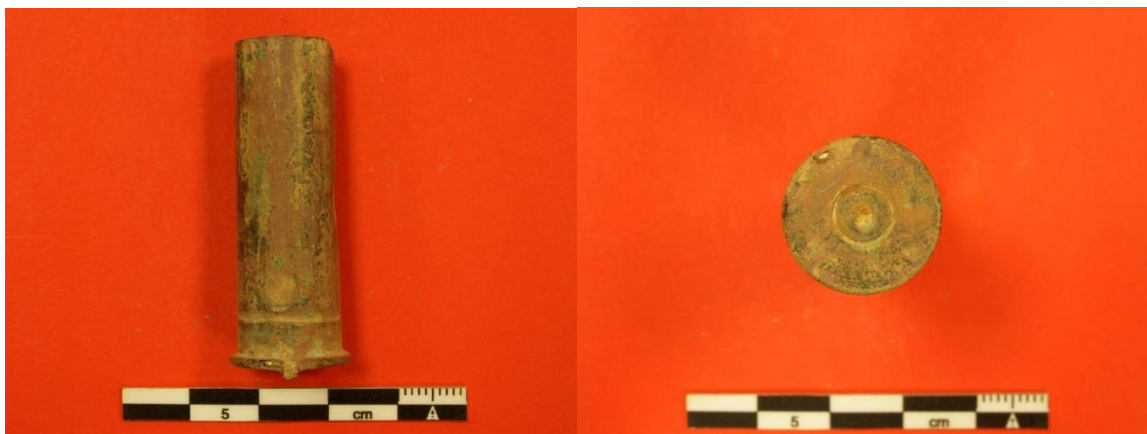


Figura 222. Vaina 50-70 Tipo II percutida (ABZ4.18.0219)

○ Henry:

Por las dimensiones de su 1,2 cm de diámetro al inicio de la base, creemos que se trata de una vaina de revólver; ya que es incluso más pequeño que el del 1,4 cm del Remington. Como la anterior, es de fuego central y se halla percutida. En la base se le dos cosas: en la parte superior están las letras *GG*, posiblemente refiriéndose al lugar de fabricación; mientras que en la inferior, *44 S&W*, mencionando el número del calibre y el revólver de procedencia.

Partiendo de esta información creemos que podría corresponder con un cartucho calibre 44 Henry, para revólver *Smith and Wesson* modelo 3 (Calvo, 2014: 70).

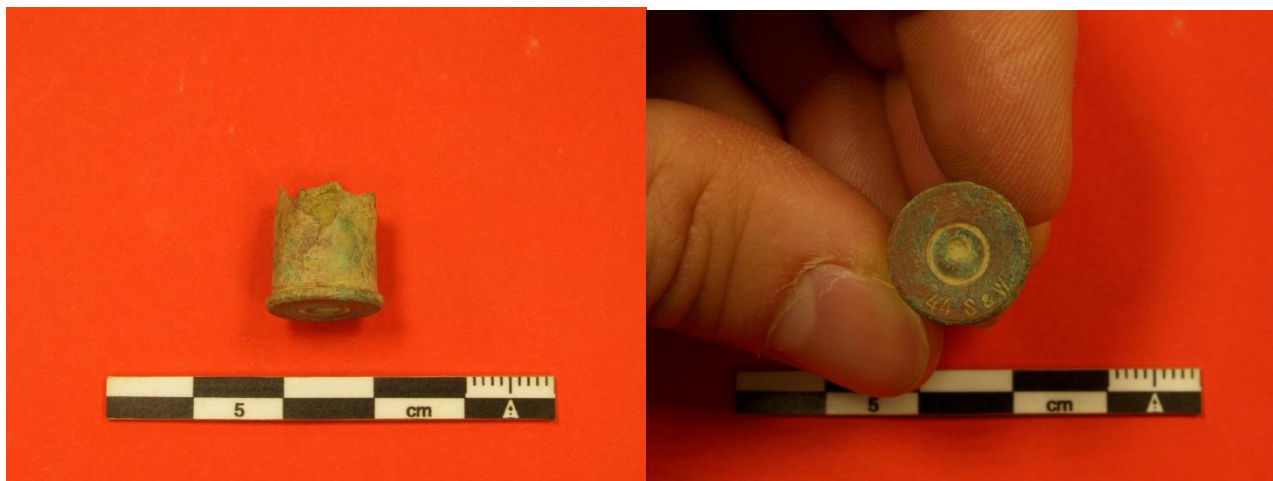


Figura 223. Vaina Henry percutida (ABZ4.18.0041)

○ Vaina tipo I:

Es la única vaina que no hemos sido capaces de identificar dentro de los diferentes grupos tipológicos hallados. Se compone de 5 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro de la base del cuerpo. Éste, va estrechándose hasta formar un cuello golleteado. Se halla percutida y es de fuego central.

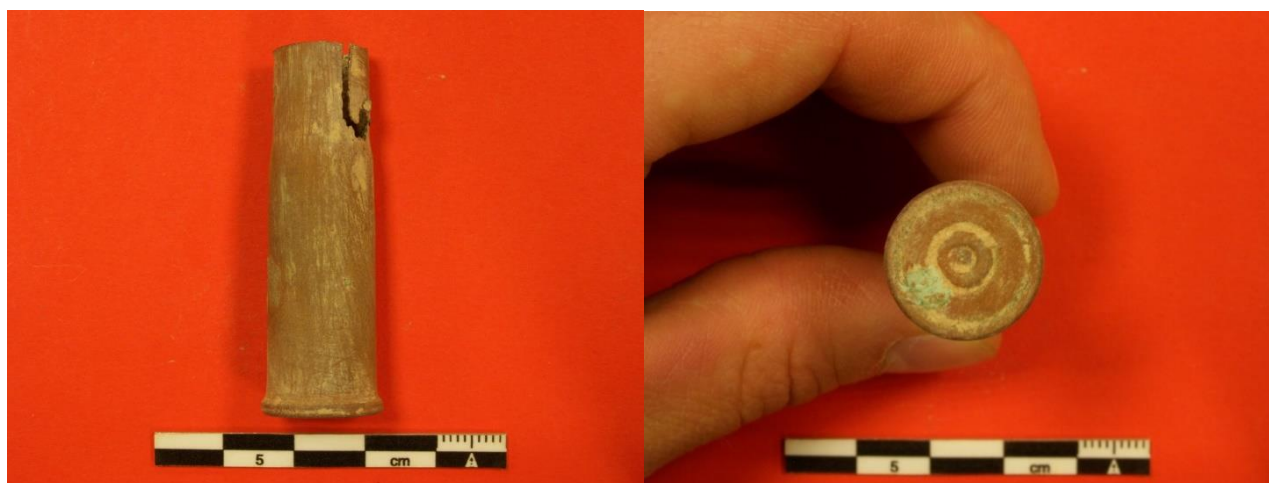


Figura 224. Vaina tipo I percutida. (ABZ4.18.0194)

• Balas:

Contamos con un total de 55 balas, que hemos clasificado en un total de ocho grupos tipológicos, cinco de los cuales son indeterminados. Salvo las tres primeras (Remington, Berdan y Minié), que son tipologías con las que estamos familiarizados, las restantes cinco, actualmente desconocemos su identificación:

- Remington:

Es con diferencia el grupo que más representado está, con un total de 41 balas, de los cuales 22 se hallan enteras y 19 parcialmente deformadas por impacto.

La pieza que mostramos a continuación, se compone de 2,7 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro de la base. Se aprecian tres ranuras de las cuatro que tiene y presenta huellas del estriado del ánima, producido en el momento del disparo.



Figura 225. Bala Remington (ABZ4.18.0129)

- Berdan:

Contamos con dos balas de cabeza ojival de 2,4 cm de longitud y 1,4-1,5 cm de diámetro de la base. Ambas están huecas al interior, debido que al disparar perdieron el taco de madera o cera que suelen llevar.



Figuras 226. Bala Berdan (ABZ4.18.0070); Figura 227. Bala Berdan (ABZ4.18.0195)

- Minié:

Tan solo hemos recuperado una bala Minié de avancarga (figura 228). Sin duda es la bala de mayor tamaño hallada en este campo de batalla. Consta de 2,5 cm de longitud, por 1,7 cm de diámetro de la base. Presenta una enorme acanaladura de 0,2 cm de ancho cerca de la base, que serviría como canal de engarce. Está hueca al interior, para la colocación del taco, que lo ha perdido.

Este elemento vemos que también apareció a lo largo de los trabajos de prospección de la Batalla de Somorrostro que acompañamos en la figura 229.



Figura 228. Bala Minié (ABZ4.18.0059)



Figura 229. Cuatro balas Minié de la colección de materiales del campo de batalla de Somorrostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

No hemos sido capaces de identificar las restantes cinco balas. Pero al menos sí que hemos podido compararlas con los materiales provenientes del estudio de la batalla de Somorrostro y ahora sabemos que algunas de ellas aparecen en ambos contextos.

- Bala tipo I:

Creemos que las dos primeras balas que presentamos en este apartado

pertencen al mismo tipo de bala, a pesar de tener diferentes proporciones (figuras 230 y 231). La primera tiene 2,9 cm de largo, por 0,8 cm de diámetro; mientras que la segunda, cuenta con 2,3 cm de longitud, por 0,9 cm de diámetro. Ambas presentan una punta aplanada, a pesar de que en el segundo caso se deba a un ligero impacto (de ahí su medida más corta) y no llevan ningún canal de engarce que se aprecie.

Creemos que estos dos elementos forman parte de una misma tipología hallada en la batería de la zona 1 (figura 205). También pensamos que pueden tener algún tipo de relación con las dos balas recuperadas de la batalla de Somorrostro (figura 232), a pesar de que sus puntas son ojivales.



Figura 230. Bala tipo I (ABZ4.18.0155); Figura 231. Bala tipo I (ABZ4.18.0176)



Figura 232. Dos balas tipo I de la colección de materiales del campo de batalla de Somorrostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

- Bala tipo II:

Tenemos una bala de esta tipología desconocida. Presenta una cabeza cónica terminada en punta plana, de 2,4 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro en la base. Tiene restos de tres ranuras.

También aparecieron algunas similares a esta en el campo de batalla de Somorrostro (figura 234), aunque por la propia erosión de la bala, resulta difícil saber si pueden pertenecer a la misma tipología.



Figura 233. Bala tipo II (ABZ4.18.0002)



Figura 234. Cuatro balas tipo II de la colección de materiales del campo de batalla de Somorrostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

○ Bala tipo III:

Al igual que en la tipología anterior, esta es de cabeza cónica, de 2,4 cm de longitud, por 1,2 cm de diámetro y también con tres restos de ranuras.

Creemos haber encontrado patrones con las siguientes tres balas halladas en el campo de batalla de Somorostro y que fueron catalogadas como indeterminadas (figura 236).



Figura 235. Bala tipo III (ABZ4.18.0013)



Figura 236. Tres balas tipo III de la colección de materiales del campo de batalla de Somorostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

○ Bala tipo IV:

De cabeza ojival, cuenta con 2,7 cm de longitud, por 1,3 cm de diámetro de la base y presenta al menos tres ranuras. Se parece a una bala Remington, pero tiene un diámetro mayor.

Es similar a la bala de la figura 238 de los materiales de la batalla de Somorostro y que está catalogada también como indeterminada.



Figura 237. Bala tipo IV (ABZ4.18.0109)



Figura 238. Bala tipo IV de la colección de materiales del campo de batalla de Somorrostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

○ Bala tipo V:

La última bala del grupo de las desconocidas, es también una de las más pequeñas y tal vez está relacionada con algún revólver. Es una bala de cabeza ojival de 2,3 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro de la base. Contiene una marcada acanaladura tras la cabeza que sirve de engarce a la vaina. La base no se encuentra completa, o bien se halla parcialmente deformada.

También creemos haber encontrado similitudes con las siguientes cinco balas halladas en la batalla de Somorrostro (figura 240).



Figura 239. Bala tipo V (ABZA.18.0221)



Figura 240. Cinco balas tipo V de la colección de materiales del campo de batalla de Somorrostro (imagen de Jesús Ángel Arrate Jorrín)

- Cápsula fulminante para arma de pistón:

Tenemos un elemento de latón de 0,6 cm de diámetro, que cuenta con seis aletas (De Lossada, 1903: 12) de unos 0,3 cm de longitud. Por la dilatación de las aletas, suponemos que la cápsula fue usada. Junto con esta pieza, tenemos otra cápsula documentada en la zona 3 de estudio (figura 276, página 302).

Estos pequeños elementos fueron concebidos para las armas de percusión, surgidas a principios del siglo XIX. Colocadas sobre la boquilla del fogón, al ser golpeadas por el martillo de la cápsula, la mezcla de fulminante detonaba, proyectando una llamarada caliente en el oído y luego en la pólvora de la carga, lo que producía la salida del proyectil. A mediados de siglo y con la llegada de la munición de retrocarga, las cápsulas pasaron a incorporarse a la base de los cartuchos. Los componentes de las mezclas habituales usadas en la composición del fulminante eran entre otros, el clorato de potasio o el fulminato de mercurio (De Lossada, 1903: 13).



Figura 241. Una cápsula fulminante para arma de pistón (ABZ4.18.0075)

- Artillería:

Suman un total de 60 fragmentos entre los cascos de granada, balas Shrapnel y espoletas; a los que se suman dos granadas completas sin detonar.

- Cascos de Granadas:

Contamos con 52 fragmentos de granadas entre los propios cascos de hierro y sus revestimientos de plomo. De entre todos ellos, hemos podido identificar un total de tres tipos diferentes: 25 fragmentos de la granada de envuelta pesada, ocho de la granada de envuelta ligera y una desconocida. Los restantes 18 son indeterminados, aunque parecen estar repartidos entre los dos primeros tipos.

- Granada de envuelta pesada modelo 1868:

Este tipo de granada puede aparecer en dos formas distintas. Conservando la envuelta de plomo tras el disparo (llamada coloquialmente *achocolatada* por el relieve del plomo (figura 242); o bien sin la camisa de plomo, enseñando unas características bandas de hierro horizontales, que se aprecian a lo largo del cuerpo (figura 243). Creemos que todos los ejemplares que se han hallado pertenecen a la granada de 8 cm de diámetro, para cañón Krupp de 8 cm.

En las dos imágenes que prosiguen, vemos las dos granadas completas que hallamos en el campo de batalla. La primera conserva la envuelta de plomo, mientras que la segunda no.



Figura 242. Granada con revestimiento de plomo (ABZ4/18/0233); Figura 243. Granada sin el revestimiento de plomo (ABZ4/18/0071). Imagen cedida por el GEDEX de Navarra.

Dentro de los casos en los que se ha conservado parte de la envuelta de plomo de la zona del cuello, encontramos algunos ejemplares en los que todavía mantienen parte del marcaje del año de la producción y origen de la granada. Hemos registrado un total de cinco casos: tenemos un primer fragmento que contiene marcado el año 1870. Es la granada más antigua de las cinco y es la que mostramos en la figura 244. En otros dos casos se puede leer 1874, haciendo alusión al año de fabricación (ABZ4/18/0021 (figura 245); ABZ4/18/0046). En otro caso (ABZ4/18/0043), las letras marcadas varían y se lee *F. DE S...187...* Puede que hagan alusión a la fábrica de armas de Sevilla y el año de fabricación, que quedaría incompleto. Finalmente hay un último caso, en el que tan solo se aprecia las incisiones de alguna letra y un 5 (ABZ4/18/0031); lo cual seguramente nos indique la fecha de 1875. De ser cierto, sería posterior a la batalla y tal vez fuera una granada perdida hacia el final de la guerra.



Figura 244. Fragmento de envuelta de granada con el año 1870 de producción marcado en el cuello (ABZ4.18.0103);
Figura 245. Fragmento de envuelta de granada con el año 1874 de producción marcado en el cuello (ABZ4.18.0021)

- Granada de envuelta ligera modelo 1873:

Poco podemos decir esta granada. Los ocho fragmentos que creemos haber identificado, corresponden todos ellos a fragmentos de envuelta. A diferencia de la pesada, la ligera, se compone de una camisa con un grosor más fino y no lleva el característico relieve *achocolatado*, más bien en forma de bandas horizontales¹⁴¹.



Figura 246. Fragmento de envuelta ligera (ABZ4.18.0048)

○ Granada tipo I:

Finalmente, destaca una última pieza por su singularidad. Es un fragmento del cuerpo de una granada sin envuelta y de superficie lisa, cuyo sistema desconocemos.



Figura 247. Fragmento de granada tipo I (ABZ4.18.0058)

• Balas Shrapnel:

Ligado con el punto anterior, tenemos un total de dos balas de Shrapnel. Estas

¹⁴¹ En un comienzo la confundíamos como parte de la envuelta de los fragmentos de granada pesada.

pueden ir como contenido interno de una granada de metralla modelo 1874 (página 319); o bien dentro del bote de metralla modelo 1872 (página 320). Por tanto, la aparición de estos dos elementos asciende de tres a cuatro el número de tipos de granadas que nos han aparecido en la zona 2.

La bala que mostramos a continuación, tiene una longitud de 2,7 cm, por un diámetro de 2,6 cm. Como se puede apreciar, no es una bala esférica en sí. Mientras ambos extremos son esféricos, el cuerpo mantiene una cierta verticalidad. Esta característica es vital a la hora de diferenciarla de una bala esférica de avancarga.



Figura 248. Bala Shrapnel (ABZ4.18.0184)

- Espoleta:

Tenemos un total de ocho elementos de bronce y latón pertenecientes a cuatro partes de cinco de las que se compone una espoleta prusiana modelo 1868, empleada en España para la granada de envuelta pesada (De Lossada, 1903: 73):

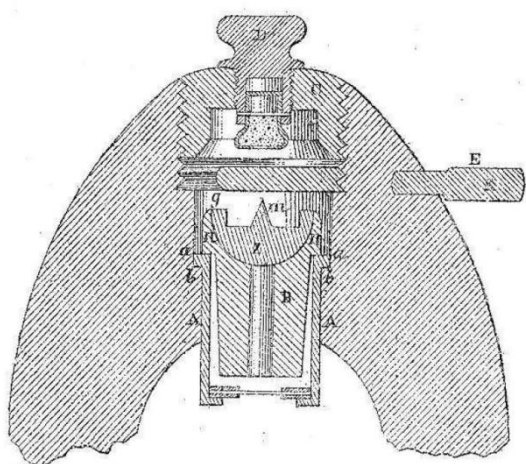


Figura 249. Sección de una espoleta (De Lossada, 1903: 73); Figura 250. Cuatro de cinco componentes de una espoleta y el fragmento de casco de granada en donde va inserta (ABZ4.18.0103)

- Guardacebos, portacebo o tapón:

Contamos con un total de tres. Se componen de una cabeza acordonada, una garganta, rosca troncocónica y alojamiento de la cápsula fulminante (De Lossada, 1903: 74). Presenta 1,3 cm de diámetro, parte del cuerpo cilíndrico con rosca, de 1 cm de largo y lleva un pequeño agujero al final del cuerpo.



Figura 251. Guardacebos (ABZ4.18.0039)

○ Boquilla:

Siguiendo el orden de los componentes de una espoleta, tras el tapón le sigue la boquilla o la cabeza del percutor. Va atornillada al proyectil, tiene una rosca interior para la colocación del tornillo portacebo y dos muescas en su superficie exterior para el empleo de la llave (De Lossada, 1903: 74). Tan solo contamos con uno. A pesar que en la figura 252 no se aprecia bien, no dista mucho de una tuerca actual, que va inmersa en la cabeza de la granada, para poder ser enroscada con el guardacebos.



Figura 252. Fragmento de cabeza de granada con la boquilla inserta en la abertura central (ABZ4.18.0097)

○ Percutor:

Es cilíndrico y ligeramente troncocónico en su parte inferior. Tiene una aguja, formada por una lámina que entra en unas entalladuras de la cabeza del

percutor (De Lossada, 1903: 74). Contamos con un total de dos. Son de 2,6 cm de largo, por 1,4 cm de ancho en la parte más delgada y 1,9 cm en la parte gruesa superior. En el centro superior de la pieza se encuentra la aguja del percutor.



Figura 253. Percutor (ABZ4.18.0200)

○ Dedal o casquillo:

Hemos podido recuperar un total de dos. Son de latón, de pequeño espesor, terminado en un reborde hacia el exterior. Está abierto por ambos extremos, aunque en el lado inferior está parcialmente cerrado por un cañamazo sujeto entre dos chapas metálicas. El cubillo (dedal), entra a fuerte presión dentro de su alojamiento para que no se pueda mover en los transportes (De Lossada, 1903: 73). Son de 2 cm de altura, por 1,6 cm de diámetro en la parte baja de la pieza.



Figura 254. Dedal (ABZ4.18.0135)

2- Indumentaria:

Tenemos este otro apartado relacionado con la indumentaria del soldado. Los tres elementos que mostramos a continuación, son objetos que solían estar reglamentados por los ejércitos.

- Insignia:

Se trata de una insignia de cuello del cuerpo de ingenieros. No se puede saber si corresponde al ejército carlista o republicano, ya que puede que llevarsen los mismos. La imagen representa una torre de base ancha y puerta de medio punto en el centro, dos ventanas paralelas en la zona media alta de la insignia y termina con los merlones característicos de una torre medieval. A lo largo y ancho de la torre se enmarcan los contornos de las piedras que formarían la construcción. Cuenta con 2,6 cm de altura, por 2,3 cm de anchura máxima en la base de la torre y un grosor de 0,05 cm. En la cara interna solo presenta el pasador que cae en vertical, para coserlo al uniforme.



Figura 255. (Izquierda) cara exterior de la insignia; (derecha) cara interna (ABZ4.18.0127)

- Hebilla:

Otro de los elementos que tal vez puedan estar adscritos al campo de batalla, es un fragmento de hebilla. Se conserva la parte de una de sus esquinas, cuya prolongación parece evidenciar una morfología rectangular. En la cara exterior se observa una decoración de una línea zigzagueante que abarcaría toda la superficie. Conserva 3,1 cm de longitud en su extremo más largo y perpendicularmente 2 cm de longitud en su extremo más corto. Cuenta con una anchura de 0,8 cm y un grosor de 0,3 cm. En la parte interna se lee en bajorrelieve la palabra *LAURENT*, que puede referirse al nombre o apellido de una persona en francés; o bien al nombre de la empresa de fabricación.

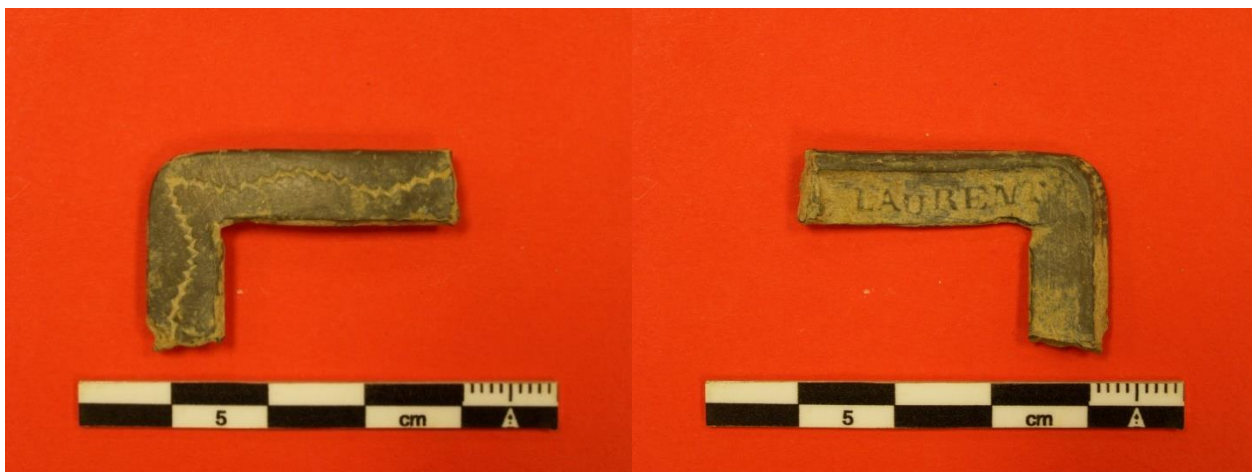


Figura 256. (Izquierda) cara exterior de la hebilla; (derecha) cara interior de la hebilla (ABZA.18.0168)

- Contera:

Elemento parecido a un aplique para reforzar un extremo terminado en punta plana. Simplificándolo mucho, se trata de un cilindro hueco por dentro y con un par de orificios para dejar pasar algún clavo y unirlo así a otro elemento mayor. Presenta una decoración exterior a base de rombos en toda la superficie. Sus dimensiones son 4,3 cm de largo, por 1,6 cm de ancho en su parte más amplia y 0,1 cm de grosor. Podría tratarse de una contera de vaina de bayoneta de cubo.



Figura 257. Contera (ABZA.18.0161)

3- Enseres del soldado:

A diferencia de la zona 1, aquí hemos sido capaces de documentar un abanico más amplio de posibles objetos relacionados con los elementos personales del soldado.

- Monedas:

En esta zona se han recuperado un total de ocho monedas, cinco de las cuales son anteriores al conflicto, dos posteriores y una podría encajar en este contexto bélico, al ser del reinado

de Isabel II. Aunque no se conserva en buenas condiciones, creemos que se acuñó en 1867-8¹⁴². Aparece en el anverso la imagen de la reina Isabel II; y se llega a leer: *Isabel II por la gracia de dios*. En el reverso, solo se puede apreciar la corona española.



Figura 258. (Izquierda) imagen del anverso de una moneda del reinado de Isabel II; (derecha) imagen del reverso (ABZ4.18.0162)

- Botones:

Los dos botones que mostramos en las figuras 259 y 260, son conocidos internacionalmente como botones *Vendéen*, por el nombre de la región francesa de donde eran característicos y desde donde se cree que eran distribuidos. Éstos, llegaron a Italia y España entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, siendo quizás los más abundantes de su época. Los botones originales de la *Vendéen* francesa, se componían de 1,4 y 1,7 cm de diámetro. Estos diseños fueron copiados profusamente en otras regiones de Francia, Italia y España; y como tal, también fueron variando sus diseños y tamaños. Los materiales para su fabricación eran el bronce o el latón y en el caso de algunas variantes españolas, presentaba un acabado sobre plateado. Los botones creados en la península ibérica, solían tener un grosor superior a los franceses y llevaban en el reverso las marcas o las iniciales de los fabricantes (Macías y Companys, 2013: 135).

El primero de los dos que hemos recuperado, es un botón civil muy común de 1,3 cm de diámetro. Se compone de una estrella incusa de cinco puntas, con flor de tipo radial en el centro (diez pétalos), campo exterior grafilado entre puntas, con cinco puntos más grandes entre las puntas de la estrella, seguido de orla incusa ondulada y orla exterior lineal simple. La parte interna es lineal con un pasador simple. Hemos encontrado un paralelo muy claro en el catálogo *Botones Civiles Españoles. Siglos XVII-XIX* (Macías y Companys, 2013: 135, botón 21.01.01b).

¹⁴² El año, dependiendo de la ceca de procedencia. <https://www.numismaticamramos.com/Seccion~x~Isabel-ii-18331868~IDSeccion~65.html>



Figura 259. Botón civil (ABZ4.18.0022)

El segundo de ellos, es un botón civil de 1,3 cm de diámetro, con estrella incusa de diez puntas. La parte central, tiene una representación floral, formada por puntos en relieve y compuesta de un círculo en el interior de los puntos. El campo exterior está grafilado entre puntas, seguido de una orla incusa ondulada y una orla exterior lineal simple. La cara interna es lisa, con un pasador simple en el centro. Para este ejemplar, también tenemos un paralelo claro en la misma obra que la anterior (Macías y Companys, 2013: 151, botón 21.06.07b). Cabría esperar que estos dos botones fueran de fabricación española basándonos en los paralelos mencionados.



Figura 260. Botón civil (ABZ4.18.0141)

- Medallones:

Hemos hallado un total de dos, cuya relación con el campo de batalla nos resulta desconocida. Pero se ha decidido añadirlos al posible material bélico, por la probabilidad existente de que fueran usados como signos de protección por sus portadores.

El primero de los dos (figura 261), es el que más dudas nos ha generado a la hora de documentarlo como posible material del contexto. Se compone de 1,7 cm de longitud, por 1,5 cm de ancho. Fue fabricado en bronce y presenta una forma octogonal. Contiene dos bajorrelieves muy rodados en ambas caras, cuyos bordes son redondeados y engrosados. En cuanto a la iconografía, por una cara tenemos a una virgen con un manto y una corona, que porta en la mano izquierda al niño y en la derecha un elemento alargado. En la otra cara, aparece de

perfil la imagen de un posible santo, por la aureola que está sobre su cabeza. Se dibuja un hombre barbudo con toga o elemento similar, que porta una especie de libro u objeto en su mano izquierda y presenta la otra mano extendida, tal vez en signo de bendición. Por ese motivo, se ha considerado como una medalla devocional, que podría estar datado entre los siglos XVII-XIX¹⁴³.



Figura 261. Medallón (ABZ4.18.0012)

El segundo caso (figura 262), nuevamente representa un medallón devocional, aunque bastante bien conservado. De forma ovoide, cuenta con 2,8 cm de longitud (con el pasador), por 2,1 cm de ancho y 0,1 cm de grosor. En un lado presenta los sagrados corazones de Jesús y María, sobre los cuales aparece una corona real y se lee: *sagrados corazones de Jesús y María*. Por el otro lado, presenta un santo de perfil mirando hacia el cielo, portando en su mano derecha un ramo floral. Se lee: *San Francisco [¿ruega por?] nosotros*.

Teniendo en cuenta que este medallón ha salido de un campo de Navarra, la imagen podría ser de San Francisco Javier. El sagrado corazón de Jesús se usó para los famosos *detente bala* de los requetés y si a eso le unimos la corona real dispuesta sobre los corazones, podría valorarse la opción de que este elemento se correspondiera con el contexto de la batalla. Si esta hipótesis fuera cierta, esta sería el antecedente de los famosos detentes balas empleados por los requetés en la guerra civil española¹⁴⁴.



Figura 262. Medallón (ABZ4.18.0154)

¹⁴³ <http://www.cruces-medallas.com/t10504-iconografia-de-la-virgen-del-pilar-en-las-medallas-devocionales>

¹⁴⁴ Agradecemos a Iñaki Urricelqui Pacho, técnico superior del Museo del Carlismo, su colaboración en el estudio de los dos medallones descritos.

- Dedal:

Se ha recuperado un dedal de 1,8 cm de altura, por 1,3 cm de diámetro de la circunferencia pequeña y 0,1 cm de grosor. Está parcialmente doblada y tiene la característica superficie exterior cubierta de hoyuelos. Al igual que en el campo de batalla de Somorrostro, donde se recuperaron dos dedales que se pudieron relacionar con el uso de las tropas (Arrate, 2014: 119), aquí pudo darse el mismo caso.



Figura 263. Dedal (ABZ4.18.0165)

6.3.3. Zona 3: despoblado de Alto Muru

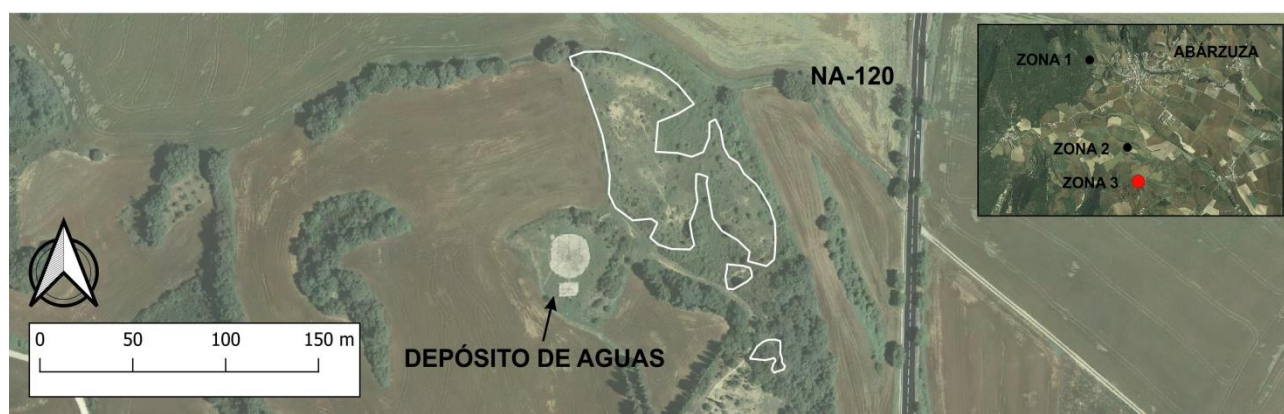


Figura 264. Zona 3 de prospección. La línea blanca limita la zona de intervención

La elección de este último paraje se fundamentó nuevamente en las fuentes escritas. Aquí, como ocurrió un poco más al norte, en la zona 2 (ermita de Santa Bárbara), también debieron de sufrir las tres cargas de la infantería republicana el último día de batalla. Por este motivo, resultaba muy interesante analizar arqueológicamente un paraje similar al de la zona 2, de cara a poder cotejar los resultados.

a) Descripción y estado actual

La zona 3 se localiza al este de la falda del caserío de Muru, mirando a la carretera NA-120, en la parcela rústica 136 del municipio del Valle de Yerri. En la parte alta de la colina, a 645 m de altura, actualmente hay un depósito de aguas desde el cual se gobierna las inmediaciones. Es un punto muy estratégico, que los carlistas supieron aprovechar haciéndose fuertes en su cima.

La parcela actualmente es un lleco, donde con anterioridad se trabajó como parcela de secano. Esto ha supuesto que las posibles trincheras y otras estructuras relacionadas con el conflicto desaparecieran. Es decir, tenemos la misma casuística que la zona 2 de nuestro estudio, salvo que en este paraje, hallamos una clara estructura superviviente de la guerra y otra posible.

En primer lugar, hemos identificado un tramo de trinchera carlista, que es lo único que actualmente se conoce por los vecinos de las inmediaciones. En mi caso, pude observarla gracias a Juan Guardamino, vecino del pueblo de Muru, que me llevó a conocerla en agosto de 2016. La foto que presentamos a continuación (figura 265), pertenece a ese día de la visita y en ella se puede apreciar que la trinchera no está colmatada como cabría esperar. Tiene una continuación en ambas direcciones, hasta que se pierde en parcelas actualmente cultivadas.



Figura 265. Tramo de trinchera que actualmente se conserva en el término de Alto Muru

En segundo lugar, hemos elaborado una hipótesis acerca de la construcción de un pequeño reducto terrero pentagonal, en el mes previo a la batalla, en donde actualmente está el depósito de aguas que hemos mencionado. La hipótesis se fundamenta en varios argumentos: en primer lugar, por la cercanía a un topónimo llamado *el fuerte*, que hace una clara alusión a la construcción de un elemento militar y que a lo largo de la tesis se ha visto reflejada en al menos otro paraje más¹⁴⁵. En segundo lugar, por la fotografía histórica de 1929, en el que aparecen huellas de una estructura pentagonal sobre el terreno, cuando aún no existía el depósito actual (figura 266). Además, conserva

¹⁴⁵ En el fuerte de San Juan de Arandigoyen, ubicado sobre el topónimo de *el fuerte* (página 159).

un radio aproximado a los 25 metros, que es más o menos, la medida que hemos observado en otro fuerte terrero carlista pentagonal en Navarra¹⁴⁶. Por lo que encajaría a nivel tipológico dentro del contexto de una típica construcción militar. Sin embargo, su construcción terrera, la erosión del tiempo y como colofón, la construcción del depósito, han terminado por alterar totalmente la fisonomía inicial de la estructura. Esto lo podemos ver mejor en la evolución de las tres imágenes que presentamos a continuación.

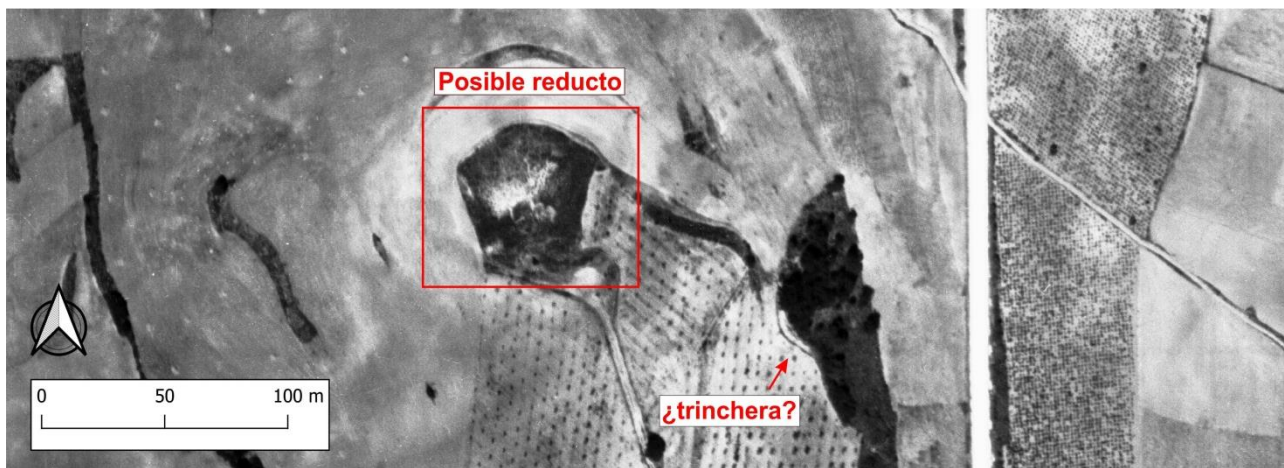


Figura 266. Foto de 1929 del vuelo Ruiz de Alda sobre el despoblado de Muru. En él hemos señalado la ubicación del posible reducto pentagonal y la posible localización del tramo de trinchera al que nos hemos referido (imagen np_16_250 georreferenciada a partir de la ortofoto PNOA máxima actualidad del año 2017)



Figura 267. En rojo las localizaciones de las posibles estructuras sobre ortofoto PNOA máxima actualidad del año 2017

¹⁴⁶ Es el fuerte de Iguste, en la sierra de Guirguillano. Es un fuerte pentagonal con un radio de 30 m (UTM: X 590175, Y 4728376).

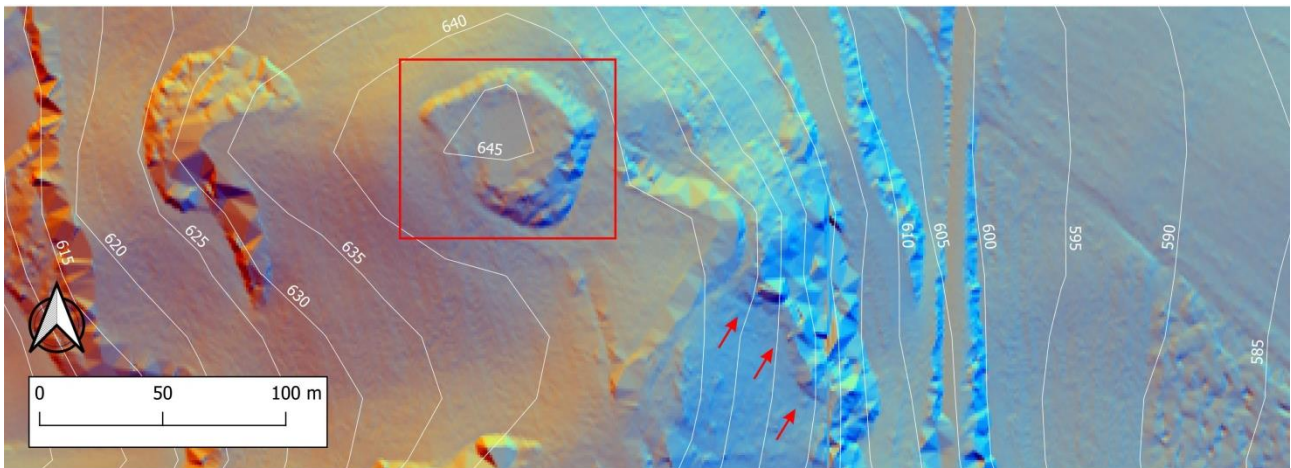


Figura 268. En rojo las localizaciones de las posibles estructuras sobre imagen LIDAR (filtro MULTI-HS)

b) La prospección metálica

Nuevamente, ante la inmensidad del terreno, se decidió acotar la prospección a la mencionada parcela 136, inmediata al supuesto reducto terrero.

Aquí nos encontramos con otra problemática de campo diferente a las dos zonas anteriores, ya que hasta el momento no nos habíamos enfrentado a la prospección metálica sobre un lleco. De este modo, la propagación del manto vegetal silvestre impedía trabajar en ciertas zonas y en otras ofrecía serias dificultades. Por esa razón, se decidió finalmente abordarlo con una prospección de carácter selectivo, con el objetivo de poder llegar a más sitios.



Figura 269. Capa vegetal y sus problemáticas para practicar una prospección sistemática

c) Las evidencias materiales

Gracias a esta intervención, realizada entre los días 3 y 4 de enero de 2019, se recuperaron un total de 37 piezas, que hemos organizado del siguiente modo.

1- El Armamento:

En este apartado, a pesar de que sí ha habido variedad de elementos, no lo ha sido tanto como el que hemos podido analizar en la zona 2. No obstante, destaca por tener algún que otro objeto que no ha podido ser documentado en la zona anterior, por lo que su análisis es del todo importante.

- Munición:

- Vainas:

Se han recuperado un total de 13, 12 de las cuales corresponden al contexto de la guerra. De estas, 11 las hemos podido agrupar en cuatro tipologías diferentes, a falta de una última que, al estar fragmentada, tan solo hemos podido averiguar que se trata de una 50-70 Benet o Government, al tener un mínimo 4,2 cm de longitud (ABZ4/19/0068).

- Remington:

Suman un total de cinco, de los cuales tres están sin percutir. No se ha conservado ninguno intacto, por lo que hemos optado por enseñar el más completo. Consta de 4,4 cm de longitud, por 1,3 cm de diámetro.

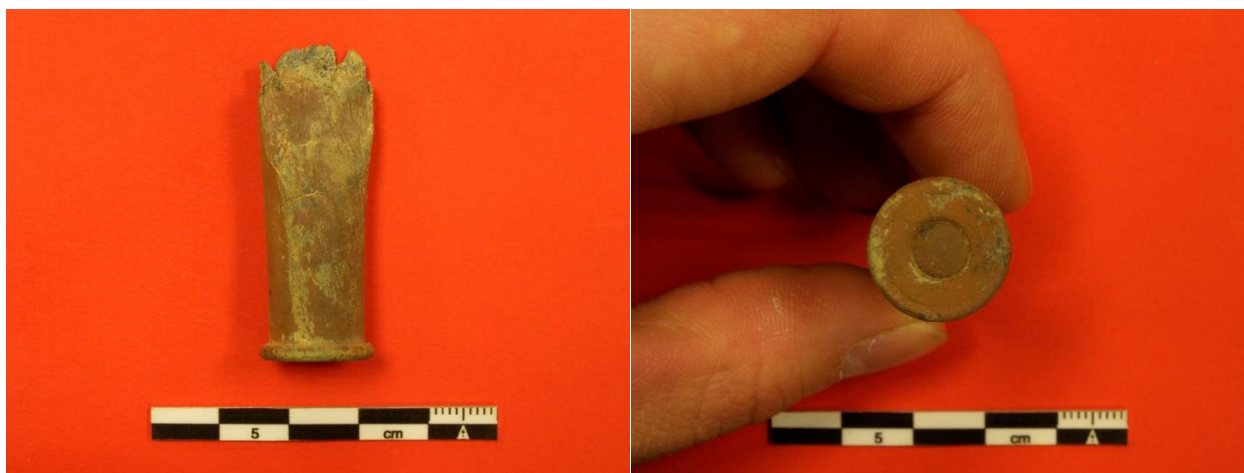


Figura 270. Vaina Remington sin percutir (ABZ4.19.0074)

- Berdan:

Tan solo hemos podido recuperar un único ejemplar. Eso sí, está prácticamente entero y percutido. Consta de 4,1 cm de longitud, por 1,7 cm de diámetro en la base del cuerpo.

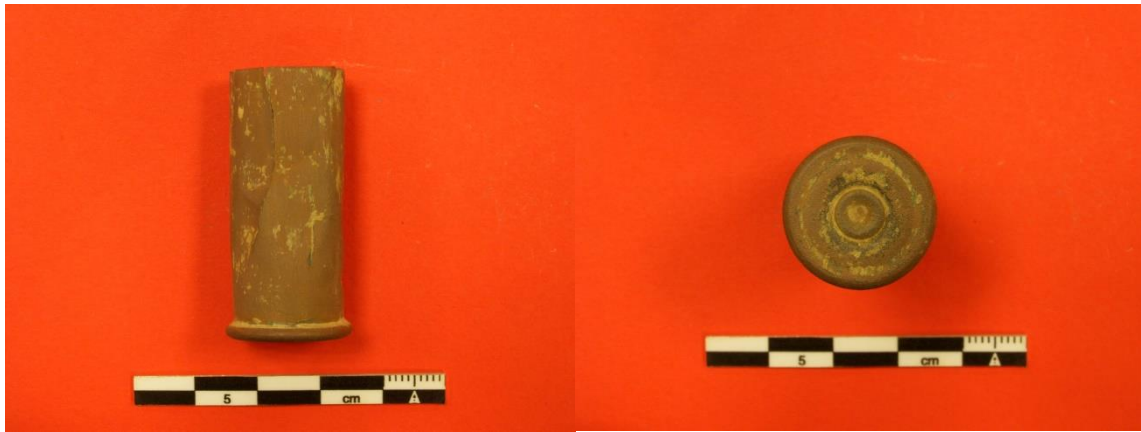


Figura 271. Vaina Berdan percutida (ABZ4.19.0054)

○ Lefauchaux:

Han sido un total de tres ejemplares los recuperados. A modo de curiosidad, ninguno de ellos pertenece al calibre 16. Esto se debe no solo por sus 1,7 cm de diámetro de las bases, sino también a la leyenda con el número 24 que portan. Por lo que las tres pertenecerían al calibre 24. De esta tipología, hemos identificado hasta dos tipos diferentes, según su marcaje:

En el primer caso, tenemos dos ejemplares con la leyenda en un bajo relieve ...*ARIS* (seguramente referente a París), seguido de tres elementos vegetales o similares y un 24 (el calibre).



Figura 272. Vaina Lefauchaux con marcaje...*ARIS*, elementos vegetales o similares y un 24 (ABZ4.19.0055)

En el segundo caso, se puede leer la siguiente leyenda: un 24 (que simboliza el calibre) dibujado en la parte superior central de la base, las letras de *París* (justo debajo del 24), acompañado seguidamente de dos palabras que se ajustan al borde final de la base y que seguramente indicarían la fábrica de procedencia.



Figura 273. Vaina Lefauchaux con marcaje: 24, París, y dos palabras que desconocemos (ABZ4.19.0058)

- Government:

Contamos con dos ejemplares de esta tipología, una percutida y la otra sin percutir. La que mostramos es de 4,5 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro en el inicio del cuerpo.

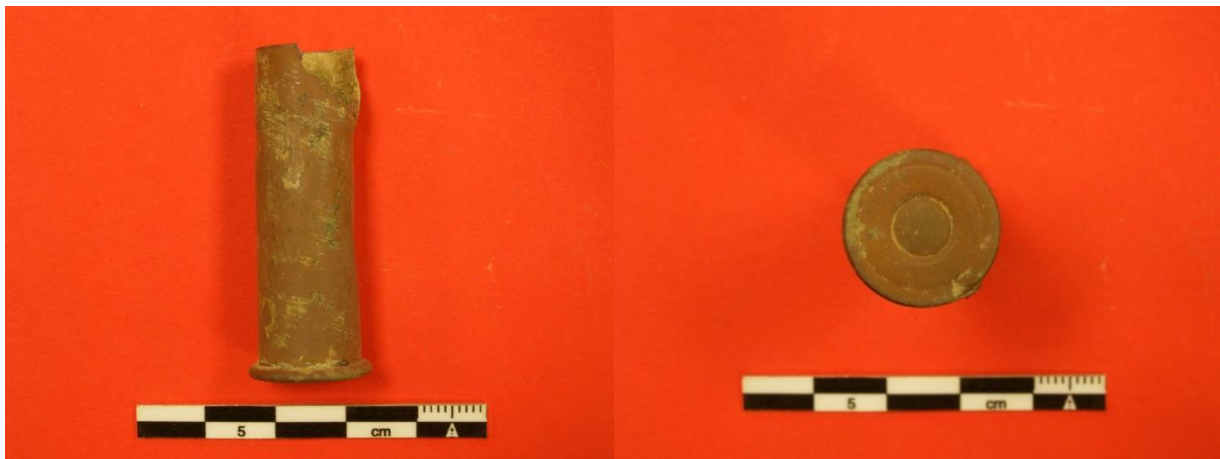


Figura 274. Vaina Government sin percutir (ABZ4.19.0064)

- Balas:

Se han recuperado un total de siete, todas asociadas al sistema Remington. La que mostramos a continuación, es de cabeza ojival, que consta de 2,8 cm de longitud, por 1,1 cm de diámetro en la base. Se conserva en muy buen estado. Tiene cuatro ranuras, la última de engarce y unas huellas verticales del estriado del ánima, producidas en el momento del disparo.



Figura 275. Bala Remington (ABZ4.19.0048)

- Cápsula fulminante para arma de pistón:

El ejemplar recuperado en esta zona, es un poco diferente al hallado en la zona 2 (página 283). Consta de 0,6 cm de diámetro en la parte circular, con una cruz en relieve en el centro. De su cuerpo nacen cinco aletas (De Lossada, 1903: 12) de unos 0,3 cm de longitud. Por la dilatación de estas, suponemos que la cápsula fue usada.



Figura 276. Cápsula fulminante para arma de pistón (ABZ4.19.0073)

- Projectiles:

Contamos con un total de siete fragmentos que conforman esta categoría y se reparten de la siguiente manera:

- Cascos de granada:

Se han recuperado seis elementos: dos fragmentos de envuelta pesada, una de envuelta ligera y tres indeterminadas.

- Granada de envuelta pesada modelo 1868:

Solo contamos con dos pequeños fragmentos. El que mostramos a continuación, pertenece a la parte final del cuerpo y el inicio de la cabeza.



Figura 277. Fragmento de granada de envuelta pesada (ABZ4.19.0043)

- Granada de envuelta ligera modelo 1873:

Tan solo contamos con este ejemplar. Como se aprecia en la siguiente imagen, el grosor de sus paredes es más fino que la envuelta pesada. Además, conserva una de las bandas horizontales característica de estas granadas.



Figura 278. Fragmento de granada de envuelta ligera (ABZ4.19.0071)

- Espoleta:

- Pasador/fiador:

Es el único pasador de espoleta encontrado en las labores de prospección. Es una pequeña clavija de latón que se introduce en un taladro del proyectil y apoyándose en el percutor de la espoleta, le imposibilita moverse de su alojamiento. Cuando el proyectil sale del cañón, el fiador se desprende por la fuerza centrífuga, y cuando este choca con un obstáculo, el percutor avanza y

hace explotar la cápsula (De Lossada, 1910: 74). Consta de 0,9 cm de longitud, por 0,7 cm de diámetro. Tiene un pequeño orificio de 0,2 cm de diámetro.

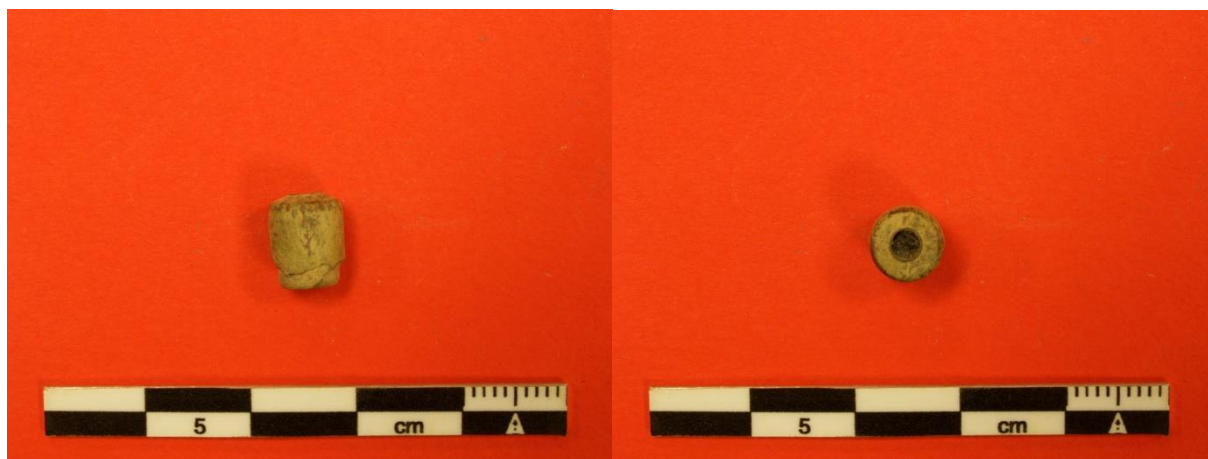


Figura 279. Pasador/fiador (ABZA.19.0056)

2- Enseres del soldado:

Terminamos con un pequeño pasador como el único elemento que hemos podido documentar en la zona 3 de nuestro estudio, en relación a este apartado.

- Pasador:

Consta de dos circunferencias del mismo diámetro (1,4 cm) en ambos extremos, 0,8 cm de diámetro en el centro y con 1 cm de longitud en total. La superficie es convexa en el lado exterior y plana en el interior. Tiene la apariencia artesanal y podría haber sido realizada a partir de una bala de plomo. Una prueba de ello puede ser la cara exterior que comentábamos, en la cual se puede ver dibujado marcas incisas que trazan una red entre líneas horizontales y verticales. Estas forman una cuadrícula hecha manualmente con un elemento punzante como una navaja.



Figura 280. Pasador (ABZA.19.0057)

Con este último elemento terminamos por analizar la cultura material documentada en las labores de prospección del campo de la batalla de Abárzuza.

6.4. Discusión e interpretación del armamento recuperado

A continuación, discutiremos e interpretaremos los resultados provenientes del anterior apartado, centrado en el análisis de la cultura material. Partiendo de los datos obtenidos, hemos optado por dividir el presente apartado en dos secciones: en el primero, nos centraremos en realizar un análisis general de los restos arqueológicos, en el que expondremos cuáles han sido los tres grandes conjuntos de materiales y abordaremos su estudio, empleando también para dicha labor, la información extraída del estudio del campo de batalla de Somorrostro. En el segundo, realizaremos un análisis espacial de los materiales, interpretados por zonas y sectores, para tratar de elaborar un discurso fehaciente de lo acontecido. En ambos casos el desarrollo de estos apartados se acompaña con cierto número de gráficos y mapas de dispersión de materiales, que son fundamentales en el desarrollo de nuestra argumentación.

6.4.1. Análisis del conjunto armamentístico

De los nueve días de trabajo de campo realizados entre noviembre del 2018 y enero del 2019, se han recuperado un total de 309 objetos, a pesar de que la suma total asciende a 311. Esto se debe a que dos de ellos resultaron ser proyectiles de artillería que, por cuestiones de seguridad, fueron destruidos por la Guardia Civil durante los días de trabajo. Sin embargo, han sido tratados como material inventariado en este trabajo.

A pesar de que tenemos un elevado número de materiales, en los trabajos de Somorrostro se contabilizaron 718 piezas en unos 18.000 m² (Arrate, 2014: 116). Lo que nos deja en nuestro caso un promedio más bajo, para un espacio prospectado de unos 11.600 m².

A la hora de analizar la totalidad de materiales hallados en el trabajo de campo, hay que tener en cuenta que, las zonas prospectadas se encuentran en campos que han sido o son de labranza. Estas se encuentran cerca de la ermita de Santa Bárbara de Abárzuza (zona 2) y el caserío de Muru (zona 3). Lo que ha propiciado que, al ser lugares relacionados con el tránsito de una comunidad, hayan aparecido materiales en nuestro trabajo que no se relacionan con la batalla; y que por tanto, responden a contextos históricos anteriores o posteriores al conflicto. Ese pequeño porcentaje llamado de *contaminación* o *ruido de fondo* (González García, 2018: 224), lo podemos analizar mejor en el siguiente diagrama¹⁴⁷:

¹⁴⁷ Dentro de los datos que acompañamos en los siguientes diagramas, encontraremos en la columna de la derecha entre paréntesis, el número total de elementos adscritos a ese campo en particular.

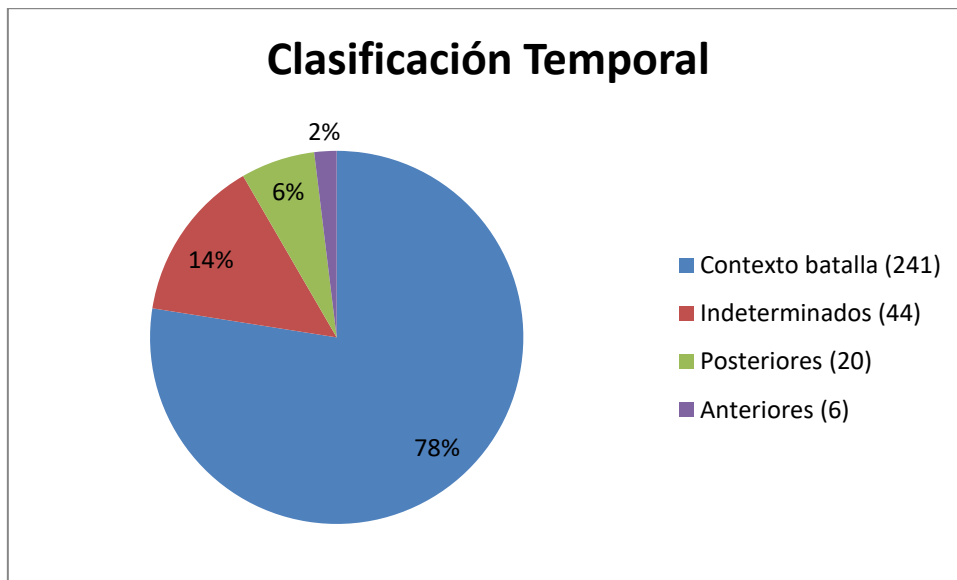


Figura 281. Diagrama en el que representamos los porcentajes de materiales adscritos a un contexto temporal

La suma de los materiales contextualizados antes y posteriores al conflicto, nos ha originado un 8% de *ruido de fondo*. Como nos hallamos en áreas dispersas entre núcleos poblacionales, este porcentaje posiblemente se deba tanto a la actividad de culto de la ermita y el caserío de Muru; como a la actividad agrícola de las parcelas o la explotación del monte (zona 1).

Por su parte, el 78% del material procesado, pertenece al contexto del campo de batalla. Un porcentaje elevado, aun cuando los datos obtenidos de la batalla de Somorrostro ascienden hasta el 90% (Arrate, 2014: 116). Por tanto, estos datos demuestran en general cómo los campos de guerra de esta cronología contienen una gran densidad de fragmentos cuyo porcentaje, posiblemente, sea mayor que el de cronologías anteriores. Siempre y cuando entendamos que la evolución y complejidad que va adquiriendo la guerra desde mediados del siglo XIX, representa un aumento relevante de la basura generada por estos enfrentamientos, y que por tanto, genera mayores depósitos de restos arqueológicos a poder ser estudiados.

El análisis del siguiente diagrama muestra la existencia de tres grandes conjuntos de materiales: las vainas (28%), los proyectiles (23%) y las balas (22%). Juntos suman el 73% del material. Un porcentaje elevadísimo, si recordamos que únicamente nos referimos a tres categorías.

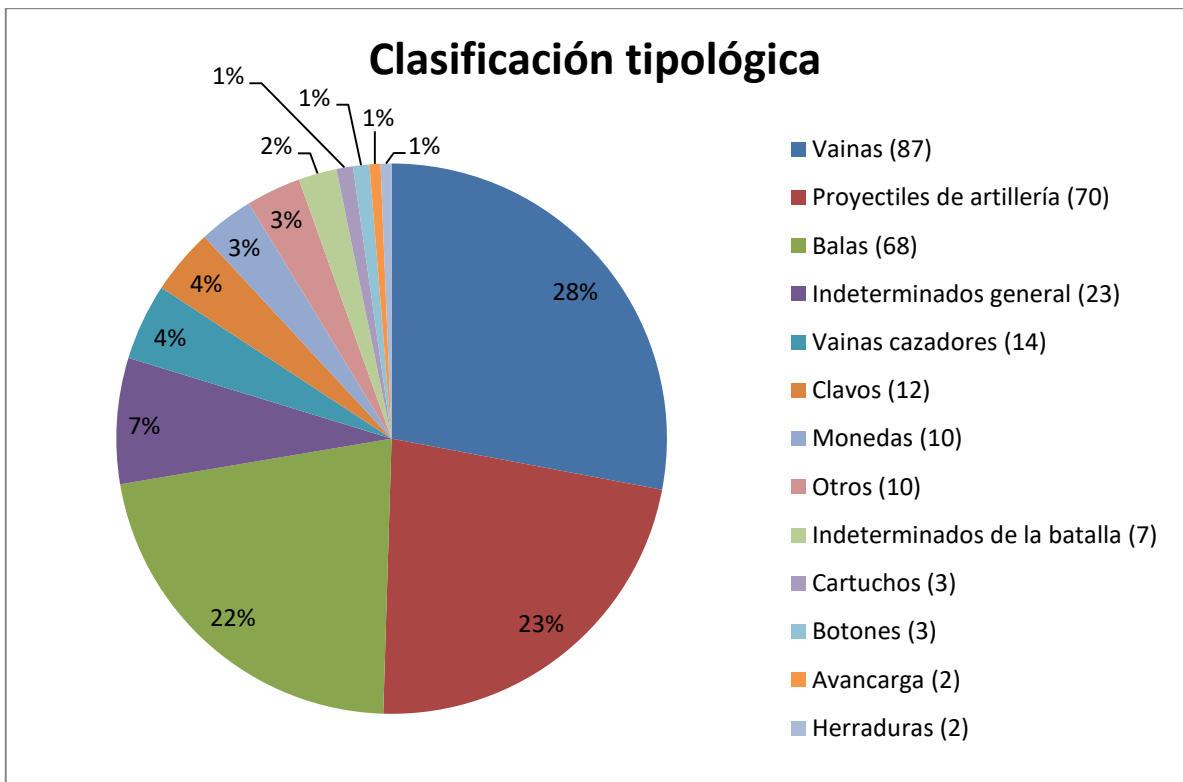


Figura 282. Diagrama en el que podemos observar una clasificación categorizada de la cultura material recuperada

Debido al alto porcentaje de materiales de cada uno de estos tres conjuntos, hemos decidido en los dos siguientes apartados proceder al estudio exhaustivo de cada uno de ellos, con la intención de llegar a conocer mejor las casuísticas y problemáticas existentes. Uno de los aspectos fundamentales va a ser el estudio de la diversidad tipológica de elementos que alberga cada conjunto. Un tema poco tratado desde la academia y en el que pretendemos aportar algo de luz. Como podremos observar, el estudio de estos tres campos, vertebran en sí mismos el conocimiento adquirido del estudio del campo de batalla de Abárzuza.

a) Cartuchería

En este primer apartado nos vamos a centrar en el estudio tanto del primer gran conjunto (las vainas), como del tercero (las balas); entendiéndolo que ambos conjuntos forman parte de la misma unidad, representada en la figura del cartucho como munición de fusilería. Estos dos grupos suman de por sí, el 50% del material documentado.

1- Vainas:

Como hemos mencionado anteriormente, la documentación histórica relaciona las zonas prospectadas con las posiciones carlistas. Por tanto, suponemos que tanto las vainas, cartuchos, así como las cápsulas fulminantes, forman parte de la munición empleada por las tropas carlistas. Como se aprecia en el siguiente diagrama, tenemos un total de diez tipologías diferentes, repartidas en un total de 87 vainas, tres cartuchos y dos cápsulas fulminantes de avancarga; estos suman un total de 92 elementos. Este variado abanico tipológico que servía para alimentar a diferentes tipos de fusiles, nos hace ver hoy por hoy la heterogeneidad de las armas empleadas por los carlistas, que

ante la escasez de medios, tuvieron que recurrir al empleo de todo tipo de armas de fuego.

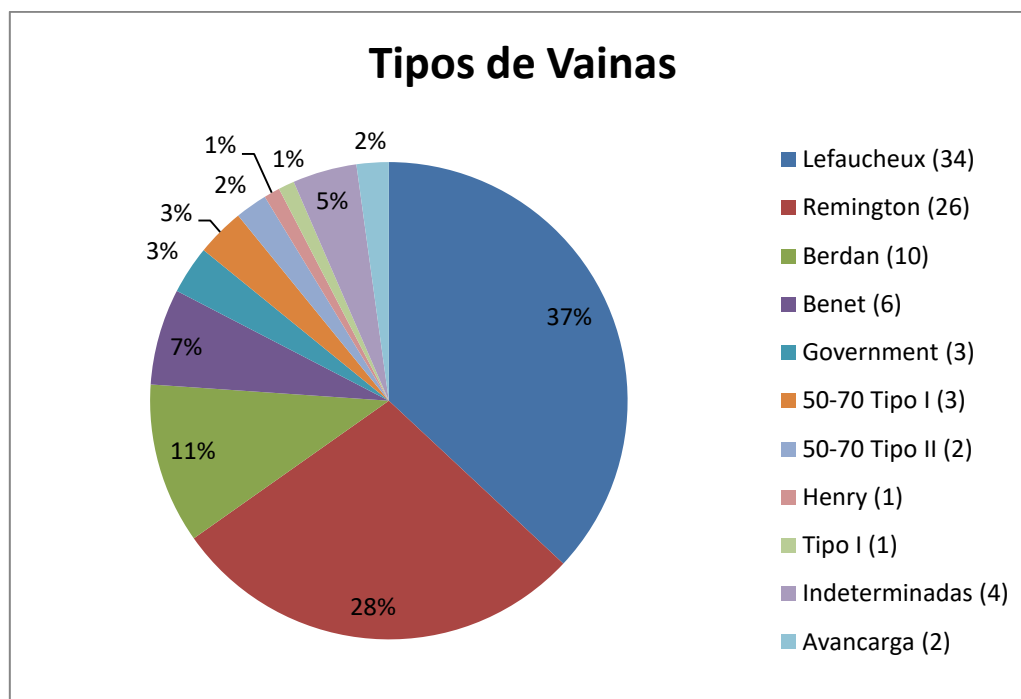


Figura 283. Diagrama en el que se muestra una clasificación de cartuchos, vainas y cápsulas fulminantes de avancarga halladas del contexto de la guerra

- Lefauchaux:

Ha sido con diferencia la munición más empleada en la zona estudiada, con un total de 34 elementos recuperados, representando el 37% del material. Un porcentaje muy elevado si lo comparamos con el 5% hallado en Somorrostro. Conocidos como cartuchos de *espiga o pin-fire*, fueron inventados en 1836 por el francés Casimir Lefauchaux. En España, la producción de este tipo de armas fue masiva hasta comienzos del siglo XX, siendo utilizadas hasta en la Guerra Civil (Arrate, 2014: 117). Durante la segunda guerra carlista, los carlistas se adueñaron de varias fábricas vascas, lo que tuvo como consecuencia el inicio del autoabastecimiento militar. Sin lugar a dudas, existían en el mercado diferentes modelos de fusiles, tercerolas y revólveres que estaban pensados para ser usados con munición Lefauchaux. Pero si hay uno en especial que durante la guerra fue reconocido como arma carlista, fue el fusil de cierre mediante cañón giratorio, fabricados por el artillero carlista José Ibarra Cortazar (Calvó, 2014: 14). El mecanismo de este cierre nos lo explica Rafael Ocete: *Mediante este mecanismo, la recámara quedaba abierta al girar el cañón, volviéndose a obturar al invertir el giro. El cañón se afianzaba mediante un pasador al bloque metálico de la culata. Dicho método era empleado por los fusiles y mosquetones De la Rosa, sólo en armas de un cañón* (Ocete, 2009: 38).

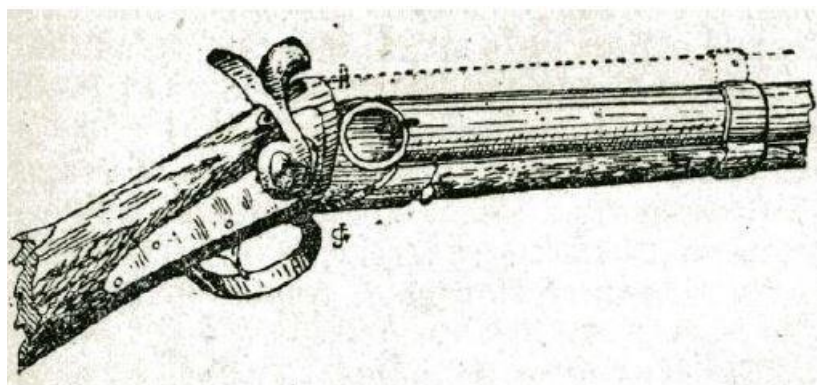


Figura 284. Sistema giratorio. Dibujado por Juan Génova (Calvó, 2014:14)

Hemos identificado dos calibres diferentes. Por un lado, está el calibre 16, al que se asocian un total de 31 vainas; y el calibre 24, con un total de tres. Ambos fueron empleados en las carabinas *giratorias* (Aguinaga, 2019: 159). El hecho de haber dos cartuchos de medidas diferentes, supone la existencia de dos modelos de carabinas también diferentes, con dos medidas del diámetro interior del cañón distintas. Ya que existe una diferencia de dos milímetros del calibre 16 con el 24 (ya que en el primer caso el diámetro de la base de la vaina mide 1,9 cm y 1,7 cm en el segundo caso).

Originalmente el cartucho se componía de una base metálica, cuerpo de papel y bala de plomo. Ésta es la razón fundamental por la que tan solo hemos encontrado la base metálica de los cartuchos, donde encontramos, en según qué casos, los marcajes para la identificación del calibre y la fábrica de origen. En la prospección del campo de la batalla de Abárzuza, han aparecido un total de ocho marcajes diferentes, uno de los cuales creemos que es posterior a la guerra (nos referimos al número seis de la figura 285, que ha sido previamente descrita en la página 264).

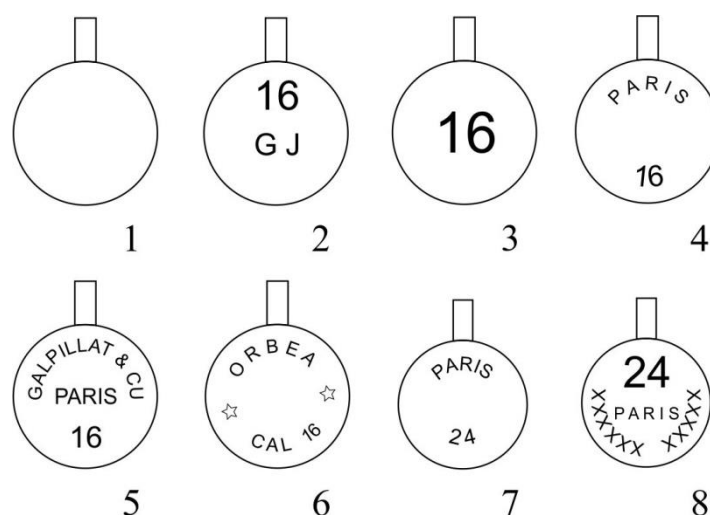


Figura 285. Las ocho tipologías de vainas Lefauchaux halladas en el campo de Abárzuza. Elaboración del autor

La diversidad en los marcajes de vaina Lefauchaux para fusiles *giratorios*, demuestra nuevamente la problemática del abastecimiento carlista. Posiblemente fueron incapaces de

asegurar el suministro a través de una única fuente y tuvieron que recurrir tanto a la compra a diferentes marcas, como al autoabastecimiento. Por lo que no descartamos que, precisamente la vaina tipo 1 (figura 285), que no tiene marcaje alguno, sea en realidad de fabricación propia.

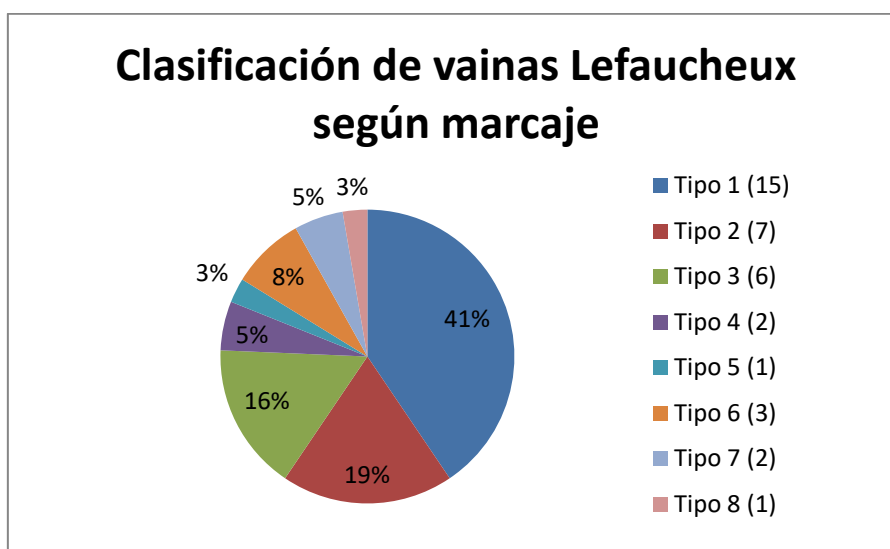


Figura 286. Diagrama con los porcentajes de tipos de vainas Lefauchaux hallados, según el número correlativo asignado en la figura anterior

- Remington:

Con un 28% de las vainas halladas y sumando un total de 26 elementos (19 percutidas), son el segundo tipo más representado. La vaina de fuego central, se compone de un cuerpo rectangular de latón, de 5,6 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro en la base. Este cartucho fue adoptado junto con el fusil monotiro Remington modelo 1871, como arma reglamentaria por el ejército, por Real Orden del 24 de febrero de 1871, hasta su sustitución en 1893 por el fusil Mauser (Sánchez Gómez, 1991: 141-145). Es importante resaltar, que el porcentaje de este tipo es menor que las encontradas en el caso de Somorrostro, en donde su representación ascendía hasta el 45% del total (Arrate, 2014: 117).

- Berdan:

En tercer lugar y muy por debajo de las dos anteriores se halla la vaina Berdan. Tan solo hemos recuperado diez ejemplares (11% del total), la mayoría de los cuales están percutidas (ocho). En este caso, la proporción parece ser algo más similar a la del campo de batalla de Somorrostro, en donde el porcentaje de estas vainas disminuye hasta el 5% (Arrate, 2014: 117). Al igual que el Remington, se compone de una vaina de latón, con cuerpo rectangular de 4,1 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro al inicio del cuerpo y base de fuego central. El empleo de este cartucho se originó con el descubrimiento del proceso de retrocarga, por el cual miles de fusiles de sistema avancarga ya obsoletos en la década de los 60, fueron transformados para ser usados como retrocarga¹⁴⁸. Mediante la Real Orden del 14 de

¹⁴⁸ http://www.municion.org/altres/14_5x41R.htm

diciembre de 1867, se adoptó como modelo reglamentario el cierre Berdan, diseñado por el norteamericano e ingeniero industrial y militar Hiram Berdan (1824-1893). Las modificaciones hechas al fusil rayado modelo 1859 y la carabina modelo 1857 son el resultado de este proceso, que también conllevó el acondicionamiento de un cartucho al diámetro del cañón. Este nuevo fusil se llamó Berdan o Berdan modelo 1867, siendo el arma reglamentaria del ejército hasta la llegada del Remington en 1871. Tras este nuevo cambio, esta arma fue relegada a las tropas de voluntarios o milicias durante la segunda guerra carlista, a falta de fusiles Remington para todas las tropas del gobierno (Arrate, 2014: 117). No cabe duda, que en los innumerables robos cometidos por los carlistas, estos se hicieron con cierto número de fusiles Berdan, que fueron usados también a lo largo del conflicto y en la batalla de Abárzuza, tal y como ha quedado constatado.

- Munición 50 – 70:

La munición 50-70¹⁴⁹ representa un conjunto de varios tipos de cartuchos aptos para ser empleados en el fusil estadounidense Springfield modelo 1866. Como luego veremos, comparten las mismas medidas en la vaina, rasgo fundamental para poder ser introducido en el ánima de este tipo de fusil.

En origen de este modelo, como hemos visto en el caso anterior, era de avancarga y fue transformado a retrocarga. Se le dotó de un cierre llamado de *Allin* creado por Erskine S. Allin (1809-1879), en 1865. Por lo que este modelo fue conocido como fusil *Alien*, *Allen* e incluso *Berdan reformado*. La rápida evolución de la industria militar trajo que los fusiles Springfield pasaran a la reserva en 1869. Estos fueron comprados por agentes franceses al comenzar la guerra Franco-Prusiana (1870-1871); y más tarde recomprados por los carlistas ante la escasez de armas (Arrate, 2014: 117). A continuación describiremos los cuatro tipos de vainas identificadas en el campo de batalla, adscritas a la munición 50-70.

- Benet:

Dentro de esta familia de cartuchos, encontramos en primer lugar la vaina estadounidense Benet, que representa el 7% de las vainas totales halladas. Suman un total de seis, tres de las cuales están percutidas, una no lo está, y en dos, no se ha podido determinar. Como cabe esperar, la vaina es metálica, de cuerpo rectangular de 4,5 cm de longitud, por 1,4 cm de diámetro en el inicio del cuerpo. El sistema de iniciación es de pistón interno, con una acanaladura horizontal cerca de la base del cuerpo, que sujeta el subconjunto de iniciación. Fue patentado por el Coronel Stephen Vincent Benet (1829-1895), en 1868. Esta munición es apta para el fusil Springfield modelo 1866 y fue importada por los carlistas y más tarde producida por ellos mismos en sus talleres (Arrate, 2014: 117).

- Government:

¹⁴⁹ En la denominación comercial, .50-70 hace mención al calibre .50 (12,7 mm), por un lado; y por otro lado, 70, a la carga propulsora de 4,5 g de pólvora negra (70 granos). <https://municion.org/50-70/50-70Fa.htm>

Otra vaina conocida dentro de la familia de la munición 50-70, es el cartucho estadounidense Government. Hemos encontrado un total de tres, representando el 3% del total de la muestra. De estas, dos se hallan percutidas y una no. Las dimensiones de la vaina son exactamente las mismas que la del Benet. La única diferencia radica en el sistema de iniciación. Mientras en el Benet era de pistón interno; aquí es de fuego central, al igual que el Berdan y el Remington posteriormente. Al igual que el Benet, los carlistas también lo llegaron a fabricar¹⁵⁰

- Tipo I y II:

Finalmente, dentro de este conjunto de cartuchos, hemos identificado dos tipos más que, pareciéndose a los dos anteriores, parecen ser una hibridación de ambos:

Por un lado está el que hemos llamado *Tipo I*, con un total de tres vainas, todas percutidas. Como habíamos descrito en la página 274, se caracterizan por no tener la característica acanaladura en el inicio del cuerpo de los Benet. Esto les confiere un aspecto físico similar a los Government, pero formados con un pistón interno, por la marca de un punto dejada en la base tras la percusión.

Por el otro lado, tenemos el *Tipo II*, con un total de dos vainas, también percutidas. Como ya hemos comentado en la página 275, estas sí que presentan la característica acanaladura al inicio del cuerpo de los Benet. Sin embargo, en vez de ser de pistón interno, presentan un aro en la base, lo cual nos indica que su sistema de ignición era de fuego central, como los Government.

Sin duda alguna, estos dos últimos tipos que parecen ser una hibridación entre el cartucho Benet y Government, comparten las mismas dimensiones. Por tanto, se puede deducir que fueron utilizados también como munición para el fusil Springfield 1866. Desconocemos a qué responden estos oportunos cambios realizados en la estructura de la vaina. Podría tratarse bien de dos tipos de cartuchos de origen desconocido, o bien de pequeñas alteraciones realizadas por los carlistas en vainas 50-70 ya usadas, para poder volver a emplearlas y de este modo suplir la escasez de municiones.

- Henry:

Alejándonos un poco del resto de vainas vistas hasta la fecha, tenemos la única vaina, que como dijimos en la página 275 de este capítulo, pertenece a un revólver. Creemos que se trata de una vaina Henry del calibre 44, gracias a la información que nos aporta las iniciales de la base de la vaina, en donde como hemos mencionado se lee *44 S & W*. Estas iniciales hacen alusión al revólver Smith and Wesson modelo 3, autorizado por el ejército republicano para sus oficiales en 1873. Esta arma empleaba la munición Henry (Calvo,

¹⁵⁰ <http://www.municion.org/50-70/50-70Fa.htm>

2014: 70) y de ahí nuestras conclusiones. No es descabellado pensar que algún soldado u oficial carlista llegara a conseguir este revolver, ya que se estuvo fabricando en la fábrica de armas de *Orbea Hermanos* de Eibar (Sánchez Gómez, 1991: 148).

- Tipo I:

Esta tipología está relacionada con una vaina que, por sus medidas, no hemos sido capaces de identificar. Como dijimos en la página 276 de este capítulo: *se compone de 5 cm de longitud, por 1,5 cm de diámetro de la base del cuerpo. Este va estrechándose hasta formar un cuello golleteado. Se halla percutida, y es de fuego central.* Por sus medidas, se encuentra a medio camino entre las vainas 50-70 y el Remington. De modo que en un comienzo, se usaría para un determinado fusil que por el momento no hemos podido llegar a identificar.

- Cápsulas de avancarga:

Finalmente, tenemos dos cápsulas de fulminante para arma de pistón, que como hemos indicado en la página 283, corresponden a armas de avancarga. Representan tan solo el 2% del total. Pero a pesar de su escasez, demuestra la utilización de armas desfasadas por parte de los carlistas, corroborando la reutilización de viejos sistemas planteados por la historiografía. También fue documentado en la prospección de la batalla de Somorrostro, donde representaban el 1% del total (Arrate, 2014: 118). Las dos cápsulas encontradas, posiblemente correspondan con balas Minié y tal vez empleados en fusiles modelos 1857 o 1859 (Palacio, 2016: 208).

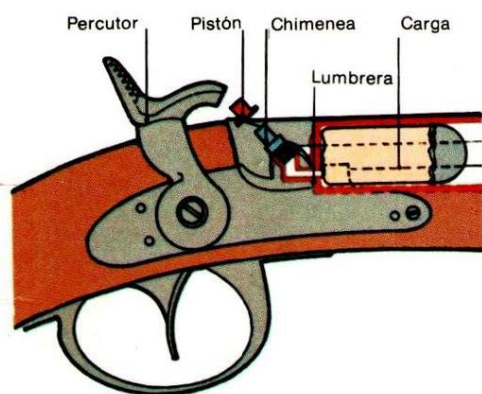


Figura 287. Mecanismo de empleo de un arma de pistón (<https://www.lasegundaguerra.com/viewtopic.php?t=9873>);

Figura 288. Ejemplo de tres cápsulas halladas (sin usar) en el Rastrillar (Laredo) (Palacio, 2016: 207)

2- Balas:

Representan el tercer gran conjunto de materiales hallados en campo, reuniendo el 22% del total de los materiales recuperados. Suman un total de 68 balas, divididas en ocho tipologías diferentes, más ocho balas deformadas (denominadas indeterminadas en la figura 289). En un principio son proyectiles que provienen de la zona republicana, aunque no hay que descartar que un pequeño porcentaje sean balas que por diversas circunstancias como la humedad, sean carlistas y que no se

llegasen a disparar.

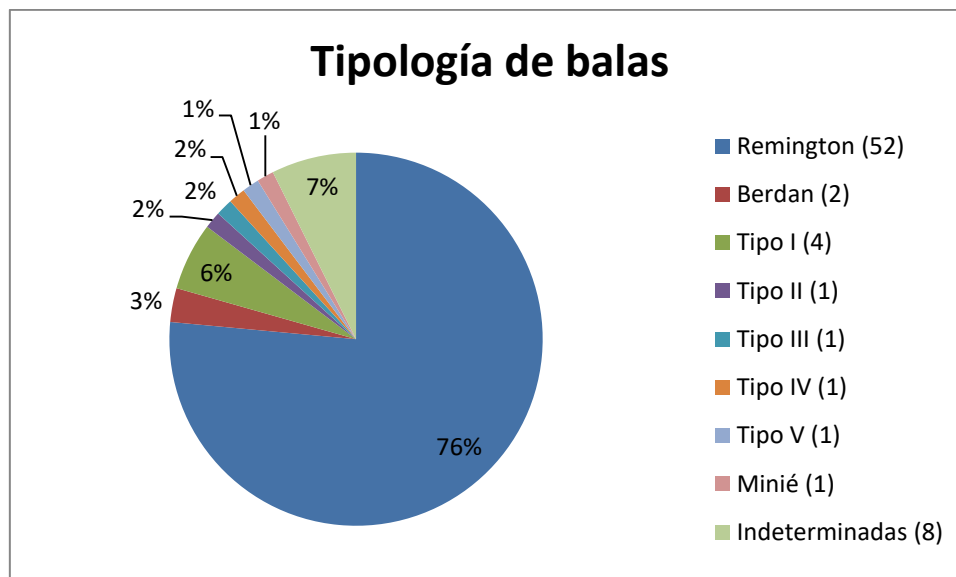


Figura 289. Diagrama en el que se muestran los diferentes tipos de balas halladas

Como podemos observar, la bala Remington aglutina tres cuartas partes del total del material hallado. La abundancia de esta tipología confirma la utilización del fusil Remington como arma reglamentaria del ejército republicano y su utilización masiva en la batalla de Abárzuza¹⁵¹.

Si dejamos de lado el 7% de las balas indeterminadas (con seguridad muchas Remington), nos encontramos que el 17% de las balas que llegaron de la zona republicana, engloban de por sí, hasta siete tipologías diferentes (algunas de las cuales pueden llegar a corresponder al bando carlista). La utilización de estas otras tipologías, simplemente podría evidenciar la falta de una completa distribución de un único modelo de fusil por los diferentes cuerpos del ejército republicano. No obstante, esta carencia, no puede en ningún caso llegar a compararse con la escasez estructural que sufrían los carlistas.

3- Interpretación de la munición:

Las fuentes históricas que narran los acontecimientos de la batalla de Abárzuza, nos han aportado una breve pero muy útil información sobre los diferentes fusiles que portaron los carlistas. Por ejemplo, el corresponsal de prensa Lorenzo Casas del periódico *La Igualdad*, afirmaba que estaban dotados en general del fusil Remington y los restantes del Berdan (*La Igualdad*, 09/07/1874). Pando, atribuye el uso del Remington a ambos bandos y el empleo del Springfield y otros de sistema Berdan a los carlistas (Pando, 1982: 27). Estas anotaciones también pueden comprobarse en la referencia del periódico carlista *El Cuartel Real*, en el que en su número 13 se describía que los carlistas portaban Remington, Berdan, fusiles giratorios y algunos Chassepot (*El Cuartel Real*, 11/12/1873). Gracias a los historiadores actuales, la diversidad de modelos se sigue incrementando: para Canales, los carlistas estaban dotados de munición Remington y Snider (Canales: 2004, 14),

¹⁵¹ En Latinoamérica también es la munición que con más frecuencia aparece en los campos de batalla de esta misma cronología (Landa y Odlanyer, 2020).

mientras que Larraz, en su libro sobre la batalla de Abárzuza, afirma que los hombres del batallón 3º de Navarra estaban armados con armamento de pistón (avancarga), Lefauchaux o Berdan antiguo. Además, debido al material que los republicanos dejaron a lo largo de las cargas a la bayoneta, los carlistas salieron armados la mitad con Berdan reformado y la otra mitad con Remington (Larraz: 2013, 172).

Como se puede ver, no existe unanimidad ni en las fuentes primarias, ni en las secundarias a la hora de saber con qué munición contaban. Pero lo cierto es que tampoco podemos descartar el uso de ninguno, incluido el cartucho Snider, porque según se sabe por las fuentes históricas, las compañías que nutrían los mismos batallones carlistas, conforme pasando los meses de la guerra, el material viejo iba relegándose a nuevas fuerzas de reciente creación, mientras las veteranas iban adquiriendo los mejores modelos que dispusieran. Esto quiere decir, que al menos en el contexto del año de 1874, en el que los carlistas disponían de diferentes modelos de fusil, debemos de ser precavidos a la hora de estudiar un campo de batalla. Ya que las fuerzas que pudieran interactuar en diferentes puntos, no tenían porqué tener la misma munición. Esta interpretación se refuerza mediante la comparación entre las vainas carlistas aparecidas en la prospección de Somorrostro y Abárzuza. Mientras en el primer caso Arrate nos informaba de la superioridad de la munición Remington (45%), con respecto a la munición Lefauchaux (5%) (Arrate, 2014: 117); en Abárzuza, la tendencia es la contraria. Aquí las vainas Lefauchaux representan la mayoría (37%), mientras que el Remington (28%) queda relegado a un segundo lugar. Concluimos, que debemos de ser cautelosos al investigar un campo de batalla de estas cronologías. Ya que no podemos llegar a investigar la totalidad de un campo, las casuísticas de cada sector resultaran totalmente diferentes al de otros. Y esto nos lleva a deducir, que no se podrá preestablecer la utilización de un arma sobre otra, puesto que será muy probable de que en otro sector cambie la situación. Al menos de algo que sí que estamos seguros es que, la diversidad que en todo momento se ha visto, habla del posicionamiento de tropas carlistas en las inmediaciones. Mientras que en el caso republicano o liberal, la constancia del Remington como arma reglamentaria va a permitir plantear la localización de este bando, gracias al número de balas halladas.

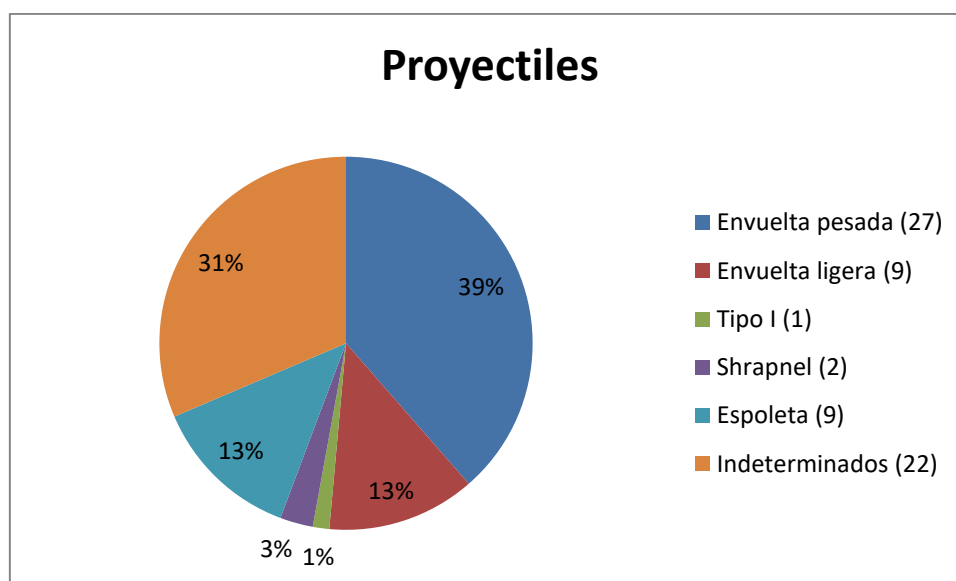
Para terminar, a continuación se recoge de manera gráfica en la figura 290 (según tamaño), un resumen de la diversidad tipológica que hemos documentado. Esto demuestra una vez más, el claro desabastecimiento carlista y la necesidad de compensarlo con diferentes tipos de municiones/fusiles que, salvo el Remington, los demás serían más antiguos y eran menos eficaces.



Figura 290. (De izquierda a derecha según tamaño) Remington, vaina tipo I, 50-70, Berdan, Lefauchaux calibre 16 y calibre 24

b) proyectiles de artillería

Representan el segundo gran conjunto con el 23% del material hallado, sumando unas 70 piezas. Se dividen de la siguiente manera: 59 cascos y envueltas de granada (27 envuelta pesada, 22 indeterminadas¹⁵², nueve envuelta ligera y una desconocida denominada como granada *Tipo I*¹⁵³), nueve fragmentos de espoleta y dos balas de Shrapnel. Gracias a este material, hemos podido llegar a identificar un total de cuatro tipos de proyectiles diferentes. Aquí, la duda que proyectábamos en el punto anterior respecto a la procedencia de algunas balas se disipa, ya que todo el material relacionado con los proyectiles de artillería es indiscutiblemente republicano.



¹⁵² Hemos optado por meter en este grupo, tanto a fragmentos de granada que por su deformación no hemos sabido identificarlos, como a fragmentos compactos, como son fondos y cabezas de granada. Ya que la forma de estos últimos, no responde a ningún tipo en concreto, pudiendo ser tanto de granadas de envuelta pesada, como ligeras, por poner un ejemplo.

¹⁵³ Figura 247, página 286.

Figura 291. Diagrama con las proporciones de los diferentes fragmentos de granada, espoletas y balas Shrapnel documentados

Antes de poder describir las tipologías de granada que hemos hallado, hay que resaltar, como lo hemos manifestado en el apartado metodológico de la tesis, las incongruencias y falta de información que hemos llegado a constatar a la hora de desarrollar este apartado de la discusión. La falta de rigor científico que hemos encontrado en algunas páginas web, al igual que las contradicciones de algunos autores, han puesto de manifiesto el poco conocimiento que se tiene a día de hoy en la identificación de los proyectiles de artillería.

Nosotros por nuestra parte, gracias a la comunicación que mantenemos con Jesús Ángel Arrate¹⁵⁴, hemos podido acceder a la documentación del material de la batalla de Somorrostro. Su estudio y contrastación con nuestro material, ha ayudado a identificar la granada ordinaria de envuelta pesada modelo 1868 para cañón de acero Krupp de 8 cm, que mencionan las fuentes. Por otro lado, también creemos haber identificado la granada de envuelta ligera modelo 1873 para cañón de montaña Plasencia 8 cm (del que hablaremos más adelante), fabricado para las campañas de 1874 en adelante.

Finalmente, el hallazgo de dos balas Shrapnel, nos ha ayudado a documentar el empleo de la metralla como arma por parte de los republicanos. Sin embargo, la duda que nos origina es el no poder llegar a saber en cuál de sus dos proyectiles pudo haber sido detonado, si en la granada de metralla modelo 1874, o en el bote de metralla modelo 1872.

1- Granada de envuelta pesada modelo 1868:

Representan el 39% de los hallazgos, con un total de 27 elementos. La hemos encontrado en sus dos estados posibles: con la envuelta pesada de plomo, configurándole una silueta exterior *achocolatada*; y sin ella, dejando al descubierto un cuerpo de hierro con bandas horizontales. Las dos granadas que encontramos en Abárzuza sin detonar, demuestran los dos estados posibles en los que podemos hallarlas (figuras 292 y 293).

La envoltura de plomo se debe al desarrollo de los sistemas de retrocarga de la década de los 60, un nuevo sistema ideado para la conducción de las granadas (Sánchez Gómez, 2000: 48). Portaba una espoleta de percusión de origen prusiano modelo 1868 (De Lossada, 1903: 73), alcanzando la pieza un peso final de 4,6 kg (un kilogramo más que las ligeras modelo 1873). Tenía una velocidad inicial de 445 m/s, con un alcance de 5.000 m (Govantes y Nieto, 1887: lámina 2 y 10) y se componía de 7,88 cm de diámetro, y 16,25 cm de longitud (Calvo, 2014: 123).

¹⁵⁴ Autor del proyecto de la prospección del campo de batalla de Somorrostro (Arrate, 2014).



Figura 295. Fragmento de granada de envuelta ligera modelo 1873 (ABZ4.18.0048); Figura 296. Imagen de una granada de envuelta ligera completa (http://www.amonio.es/canon_krupp_8cm_1878.htm)

Hasta aquí hemos hablado de las granadas ordinarias. Fuera de esa agrupación, se encontraba la llamada granada de metralla y bote de metralla (que veremos en los dos siguientes puntos). Las dos balas Shrapnel aparecidas durante los trabajos, pueden formar parte, en un comienzo, de cualquiera de estas dos granadas.

3- Granada de metralla modelo 1874:

La granada de metralla modelo 1874 empezó a usarse con la llegada del cañón Plasencia (Govantes y Nieto, 1887: lámina 10). Estaba dotado de la espoleta de tiempos modelo 1862 (Vigón, II, 2014: 383), que como dijimos en la página 133, podía ser tanto de bronce, como de cinc y estaño (Calvó, 2013: 78-79). Dentro de la carcasa de hierro, había un conjunto de balas Shrapnel que, en el momento de la detonación mediante la espoleta de tiempos, eran precipitadas en todas direcciones. Las medidas de esta granada eran las siguientes: 7,85 cm de diámetro, por 14,3 cm de longitud y 4,67 kg (Calvó, 2014: 123).

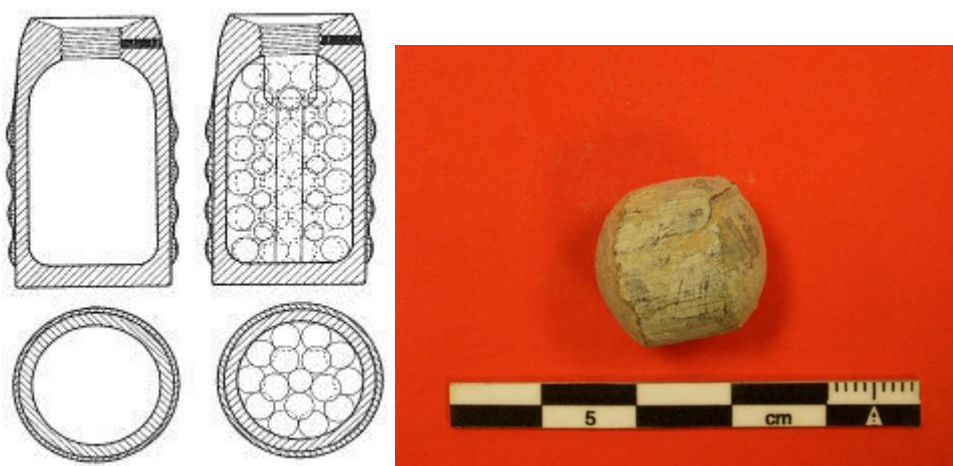


Figura 297. Sección de una granada de metralla modelo 1874 (Sánchez Gómez, 2000: 48); Figura 298. Bala Shrapnel (ABZ4.18.0184)

4- Bote de metralla modelo 1872:

Se reducía a un cilindro de chapa delgada de hierro o de cinc, cubierto en su boca anterior con un tapón de madera y conteniendo cierto número de balas de hierro en su interior (Sánchez Gómez, 2000: 48-49). Aunque no hemos encontrado más información al respecto, a través de la figura 299, podemos adivinar que este bote pertenece al modelo creado en 1872 para cañón de 8 cm. Por tanto, podría ser empleado en las piezas Krupp de 8 cm de campaña, o en el cañón de montaña de bronce 8 cm corto, con el que contó el ejército gubernamental al iniciarse la campaña carlista (Calvó, 2014: 101).

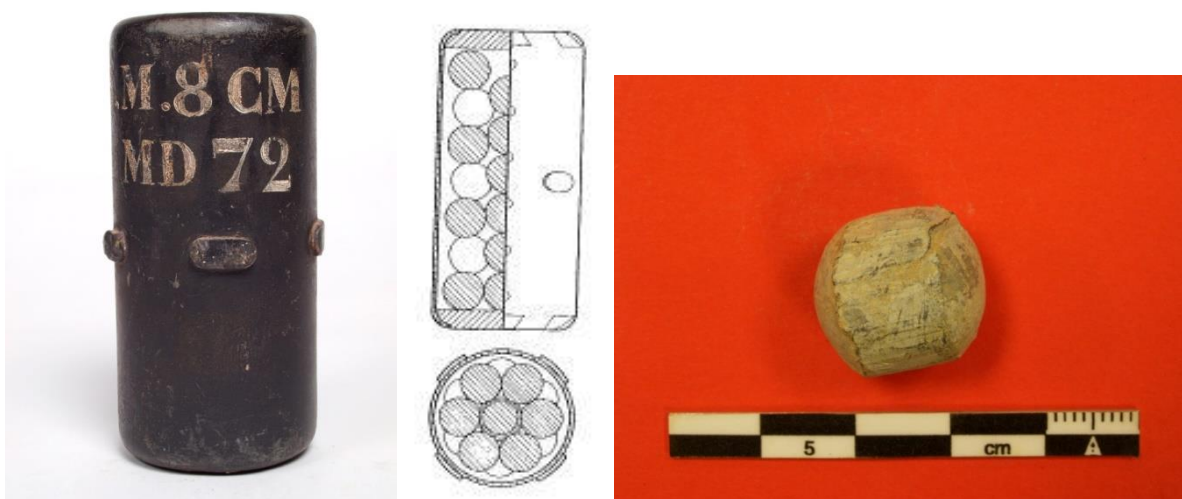


Figura 299. Bote de metralla modelo 1872 para cañón de 8 cm (<http://www.realcolegiodeartilleria.es/wp-content/uploads/NOSOLOCANONES/09/archivos/BMetralla8cmmod72.html>); Figura 300. Sección del bote de metralla con las balas (Sánchez Gómez, 2000: 48); Figura 301. Bala Shrapnel (ABZ4.18.0184)

5- Granada tipo I:

En último lugar, tenemos la pieza de la figura 302 descrita en la página 286. Se trata de un fragmento de pequeño tamaño que debido a su superficie lisa sin envuelta de plomo, no pertenece a ningún tipo de proyectil de los aquí presentes y desconocemos su procedencia.



Figura 302. Fragmento de granada tipo I (ABZ4.18.0058)

6- Interpretación de la artillería:

Los proyectiles que hemos identificado en el campo de batalla de Abárzuza, son asociados por las fuentes históricas y los manuales de artillería posteriores, a diferentes modelos de piezas de artillería que veremos en las próximas líneas. Como habíamos indicado anteriormente, debido a los grandes avances que desde mediados del siglo XIX se estaban realizando en la artillería, en la década de los 60 apareció la artillería rayada de retrocarga, procedente de Prusia. Este país era la cuna de la innovación armamentística por aquella época. De modo que España decidió adquirir de Prusia varios cañones de acero Krupp de 8 cm largo a finales de 1867. Vista las prestaciones que tenía se decidió, por Real Orden del 15 de abril de 1868, declararlo como cañón reglamentario para las baterías de campaña, cuyas granadas eran de envuelta pesada de plomo modelo 1868. Este cañón tuvo su bautismo de fuego en la batalla de Alcolea (provincia de Almería, Andalucía) de ese mismo año (Calvo, 2014: 99).

Lámina 2.^a bis.

Costado izquierdo.

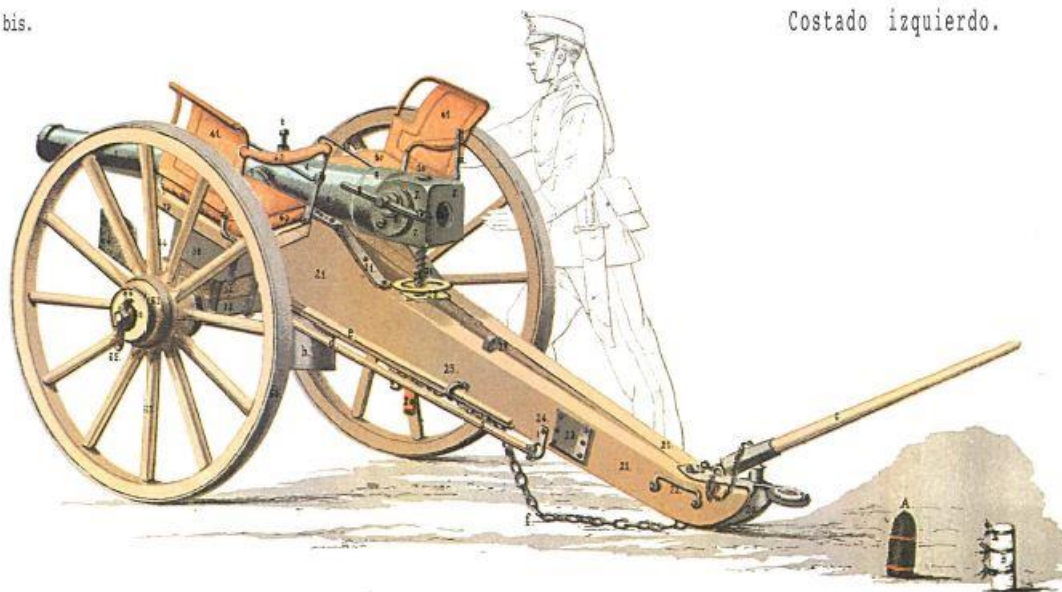


Figura 303. Cañón de acero Krupp 8 cm largo, montado en una cureña modelo 1880. Las cureñas modelo 1868 estaban fabricadas en madera (Govantes y Nieto, 1887: lámina 2 bis)

En 1868, después del buen resultado de estos cañones y en vistas en que España llevaba años fabricando cañones de bronce, el general Elorza, decidió fabricar en Sevilla unos nuevos cañones de bronce rayado de retrocarga de 8 cm, con las mismas características que los cañones Krupp comprados el año anterior. Los resultados fueron buenos y por ese motivo se decidió declararlos reglamentarios el 12 de diciembre de 1869 (Vigón, II, 2014: 316). Más tarde, se fabricaría otro de 10 cm y posteriormente propondría crear un sistema completo de artillería de bronce para 9, 12, 15 y 21 cm, pero la guerra carlista paralizó su construcción (Vigón, 2014, II, 318-319). De este modo, no sabemos si finalmente se llegó a usar alguna pieza de 8 cm durante la guerra.

A parte del cañón Krupp empleado durante la segunda guerra carlista, destacó un nuevo modelo de artillería de montaña que empezó a usarse a partir de 1874, en sustitución del cañón de bronce de 8 cm corto modelo 1866¹⁵⁵. Con este último modelo se había iniciado la contienda en 1872, pero tras adquirir los carlistas artillería en el extranjero a finales de 1873, la situación cambió. Los cañones de montaña Whitworth 4 ½ cm y 4 ½ largo entre otros, demostraron ser superiores a los republicanos (Vigón, 2014, II: 321). Para volver a recuperar la supremacía en este campo de la artillería, el gobierno republicano comenzó a fabricar a finales de 1873 o inicios de 1874, el cañón de montaña de acero de retrocarga 8 cm corto, proyectado en 1871 por el artillero teniente coronel Augusto Plasencia (Calvo, 2014: 101). Su necesidad se fundamentaba en la compleja orografía existente en el territorio vasco-navarro (Sánchez Gómez, 2000: 37), en donde contar con una buena artillería de montaña era fundamental. Este modelo conocido como el cañón *Plasencia*, utilizaba granadas de envuelta ligeras. Su participación, seguramente desde las campañas de Bilbao en 1874, demostraría con el tiempo ser superiores a los cañones carlistas Whitworth de montaña. Así los republicanos, finalmente, recuperaron la superioridad en este campo que se les había arrebatado durante unos meses (Calvo, 2014: 101).

Lámina N.º 10.

Costado derecho.

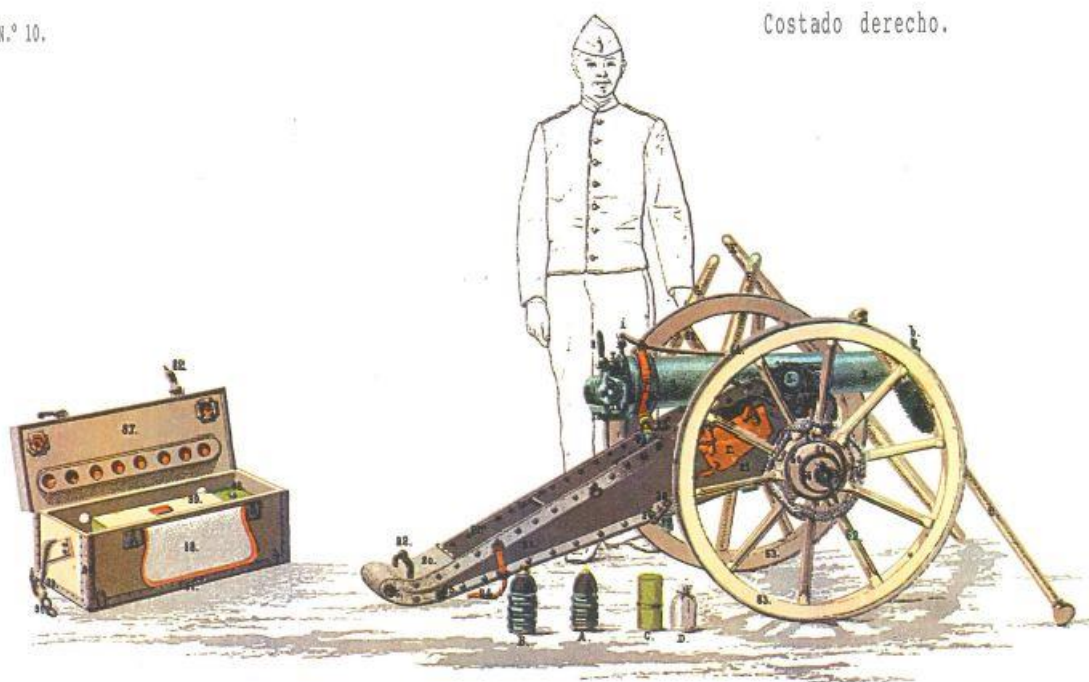


Figura 304. Cañón de acero 8 cm corto montado en cureña modelo 1874 y caja de municiones modelo 1874 (Govantes)

¹⁵⁵ Conocidos como *chocolateras* (Frontela et al, 2015: 403).

Si nos atenemos a la descripción propiciada por la *Narración militar de la guerra carlista*, apunta que en la batalla de Abárzuza participaron un total de 70 piezas de artillería (entre dos baterías y cuatro piezas Plasencia de montaña; y 12 baterías Krupp). En concreto el día 27 de junio de 1874, en el flanco derecho de la línea liberal, zona de nuestro estudio, la narración dice que los republicanos emplazaron en las eras de Abárzuza un muro de 30 cañones Krupp. Mientras que a la salida del pueblo, contaban, además, con una batería Krupp y otra batería Plasencia. Por tanto, parece que más de la mitad de la artillería republicana arrojó sus fuegos sobre las zonas 2 y 3 de nuestra prospección. De manera que los fragmentos de granada de envuelta pesada modelo 1868 y las granadas de envuelta ligera 1873 que hemos documentado, provendrían de estos emplazamientos y de estas piezas de artillería.

Tras la batalla, las fuentes republicanas trataron de convencer a sus lectores de la gran masacre que las piezas de artillería habían causado a las fuerzas carlistas. Sin embargo, autores actuales como Vigón, nos hacen replantearnos esa cuestión. Argumenta que durante la batalla de Abárzuza, se puso de manifiesto la ineficacia de los cañones republicanos y sus granadas ordinarias. Según este autor, tras un cañoneo de tres días, no consiguieron producir más que una baja diaria por cada tres piezas de artillería. Esta información podría verse reforzada con la aportación de otra fuente carlista, en el que asegura que a causa del fuego de artillería solo murieron siete personas (Llorens, 1874: 58). Ambas fuentes ponen en entredicho el poder destructor de las granadas ordinarias, que traería consigo el inicio de una investigación que terminaría en la creación de una nueva granada, llamada *de doble pared*. Pero esta se abandonó definitivamente por las dificultades de su fabricación (Vigón, 2014: 382). Lo cierto es, que la adopción de un nuevo sistema de trincheras, por parte carlista, conocido posteriormente como *trinchera carlista*, también ayudó a aumentar la ineficacia de las granadas de artillería, al proteger mejor a sus defensores. Esta se puso en práctica desde el contexto de la batalla de Somorrostro y fue mejorada incluso para la batalla de Abárzuza (Ruiz, 1876: 205).

6.4.2. Interpretación espacial de los hallazgos

Una vez finalizado el análisis general de los materiales armamentísticos, a continuación vamos a proceder a la interpretación espacial de los hallazgos de manera pormenorizada, a través de nuestras tres zonas de estudio.

Comprobaremos en este apartado que, tanto los mapas de dispersión de puntos, como la información proveniente de nuevos gráficos más detallados, van a ser fundamentales para la obtención de nueva información sobre la batalla de Abárzuza.

a) Zona 1: batería de Echávarri

Recordando algunos aspectos de la zona 1, no debemos de olvidar entre otras cosas, que al tener una superficie pequeña y sin apenas vegetación, se realizó una prospección de carácter intensivo. Gracias a esta labor se lograron recuperar un total de 41 elementos.

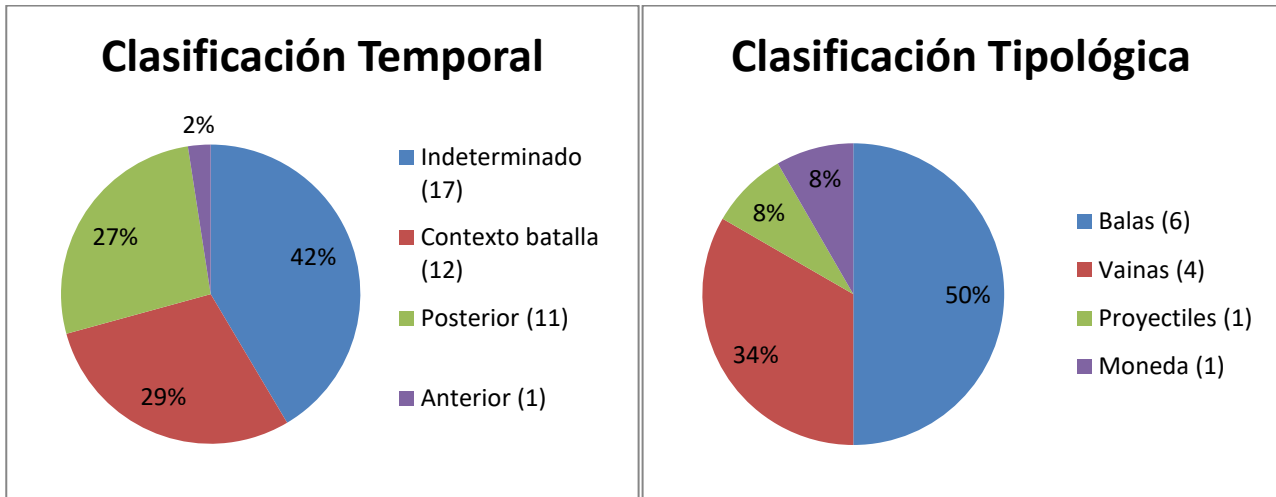


Figura 305. Diagrama con la clasificación temporal del material total hallado; Figura 306. Diagrama de la clasificación de los materiales asociados al contexto bélico

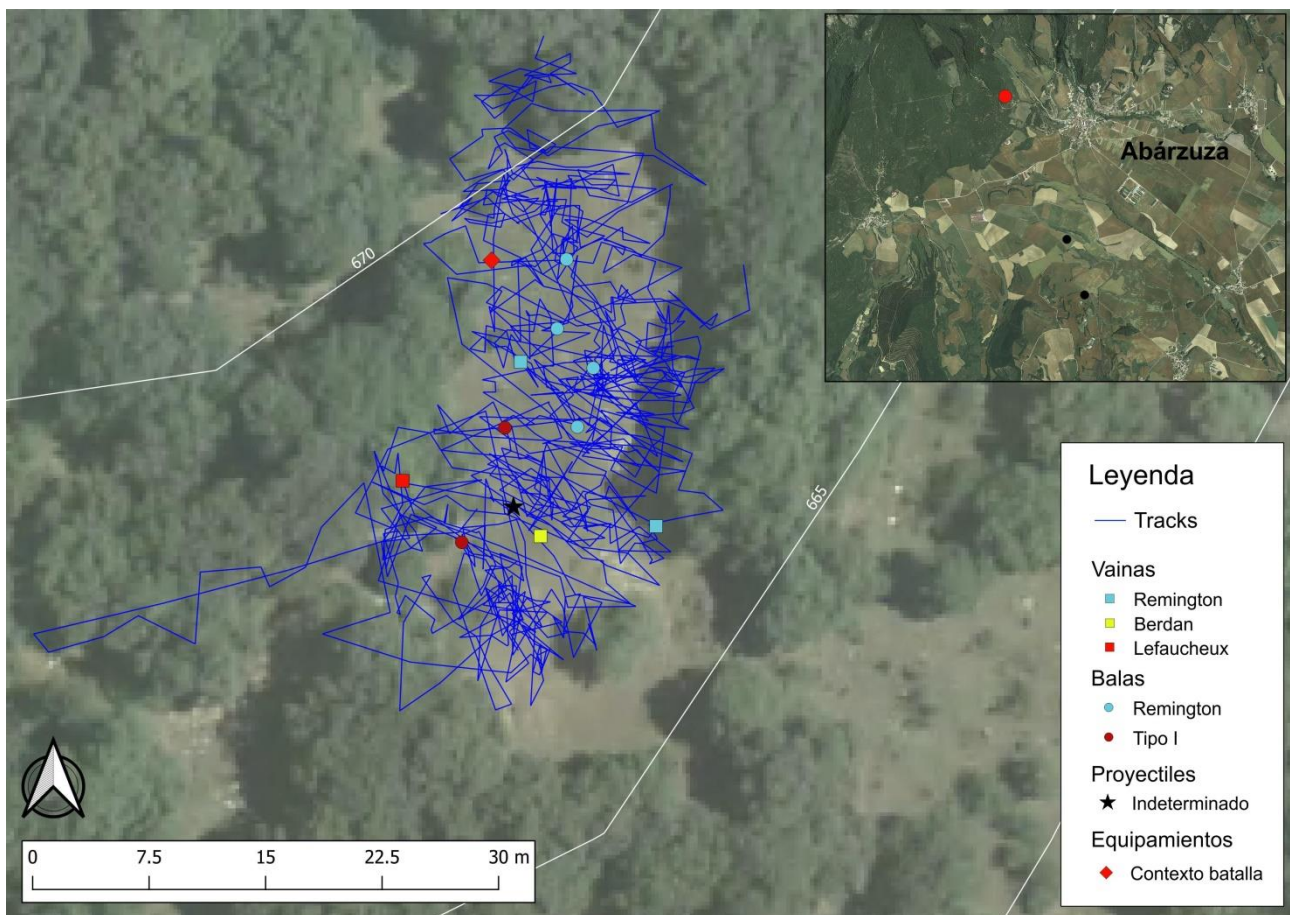


Figura 307. Mapa de la dispersión de materiales asociados al contexto bélico de la zona 1

En relación a los 12 elementos adscritos al contexto de la batalla (el 29% del material recuperado), no se halló ningún estopín de fricción o elemento similar relacionado con el cuerpo de artillería, que atestiguará el uso del emplazamiento durante la batalla por el bando carlista. Si al inicio de este capítulo habíamos mencionado cómo las fuentes históricas citaban la localización de la 3ª batería montada del ejército carlista, al mando de Francisco Javier Rodríguez Vera (Brea, 1897: 185-186);

la prospección arqueológica desmiente al menos que se hubiera abierto fuego desde la batería. Esto no quiere decir que no llegasen a posicionar pieza alguna, pero de haberlo hecho, en ningún caso abrieron fuego. Esto tendría sentido, ya que el lugar no fue objeto de fuego por parte de la artillería liberal y justificaría el hallazgo aislado de un fragmento de granada.

No obstante, la ausencia de artillería, no significa que no se llegase a usar como posición para la infantería carlista. De hecho, entre el poco material relacionado con la cartuchería, se han encontrado un total de cuatro vainas de diferentes tipologías (dos vainas Remington, un Berdan y un Lefauchaux). En concreto, la aparición de una vaina Lefauchaux con la inscripción *París*, permitiría relacionar el lugar con la cartuchería empleada por los carlistas. Ya que como venimos observando, son unas cuantas las que provienen del mismo destino.

La aparición de seis balas de dos tipologías diferentes (cuatro Remington y dos tipo I), no nos ayuda a certificar quienes eran los agresores. Ya hemos dicho cómo ambas tropas emplearon el fusil Remington en la contienda. Pero las dos balas de procedencia desconocida (tipo I), posiblemente correspondan al bando carlista, al ser ellos quienes emplearon diferentes tipologías de cartuchos. Por tanto, ante la falta de más información, el apartado balístico no aporta mayor información en este punto.

En conclusión, los datos más significativos aportados en el estudio de la batería de Echávarri, nos desvelan que, tras haber sido construida en el mes previo a la batalla por parte de las tropas carlistas, ésta nunca se usó para abrir fuego contra las tropas republicanas. La poca actividad hallada en el lugar, tan solo nos evidencia el paso de un pequeño número de infantes, seguramente carlistas, que abrieron fuego desde el lugar. La cultura material hallada en la zona 1, refleja su casi nula importancia que tuvo en el contexto de la batalla. Tal vez esta sea una de las razones por las que las fuentes primarias apenas mencionaron el lugar.

b) Zona 2: inmediaciones de la ermita de Santa Bárbara

En esta segunda zona, conseguimos realizar una prospección de carácter sistemática en tres sectores diferenciados, recuperando un total de 231 piezas y dos granadas sin detonar.

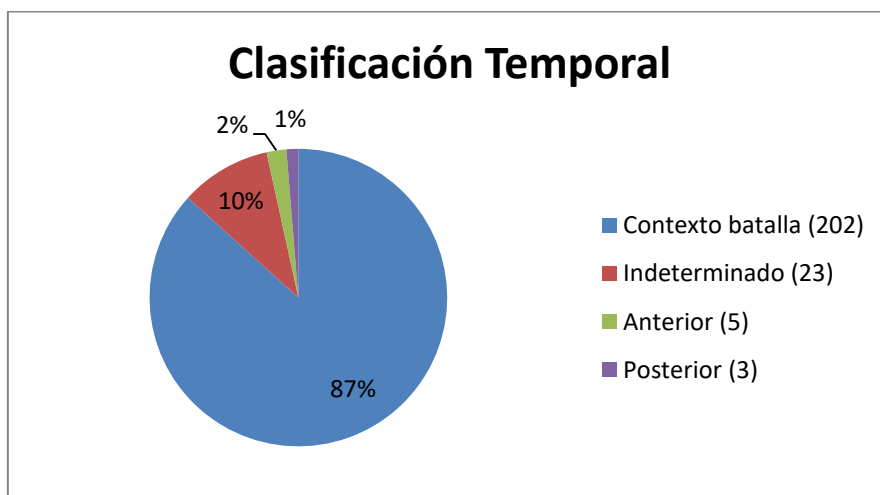


Figura 308. Diagrama con la clasificación temporal de todos los materiales hallados

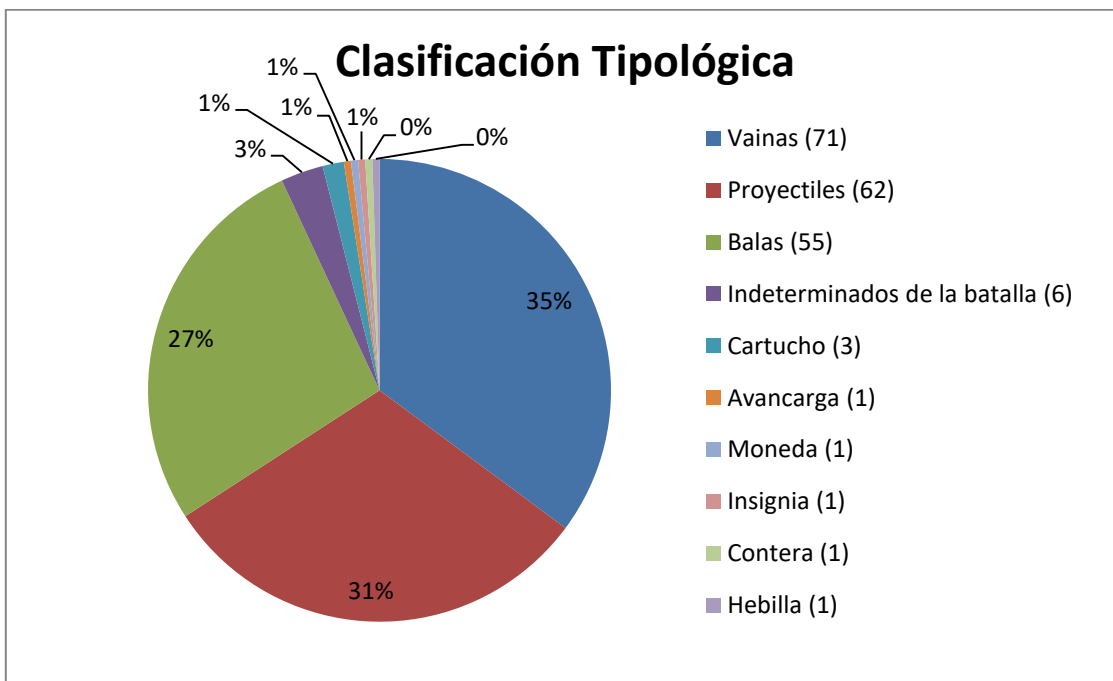


Figura 309. Diagrama con la clasificación de los materiales asociados al contexto bélico

De las 233 piezas documentadas, 202 pertenecen al contexto de la batalla, un porcentaje muy elevado (87%), en comparación a la zona anterior. De la misma forma, se visualizan (figura 309) los tres grandes grupos mencionados antes (vainas, balas y proyectiles), copando el 93% del material relacionado del contexto de la batalla.

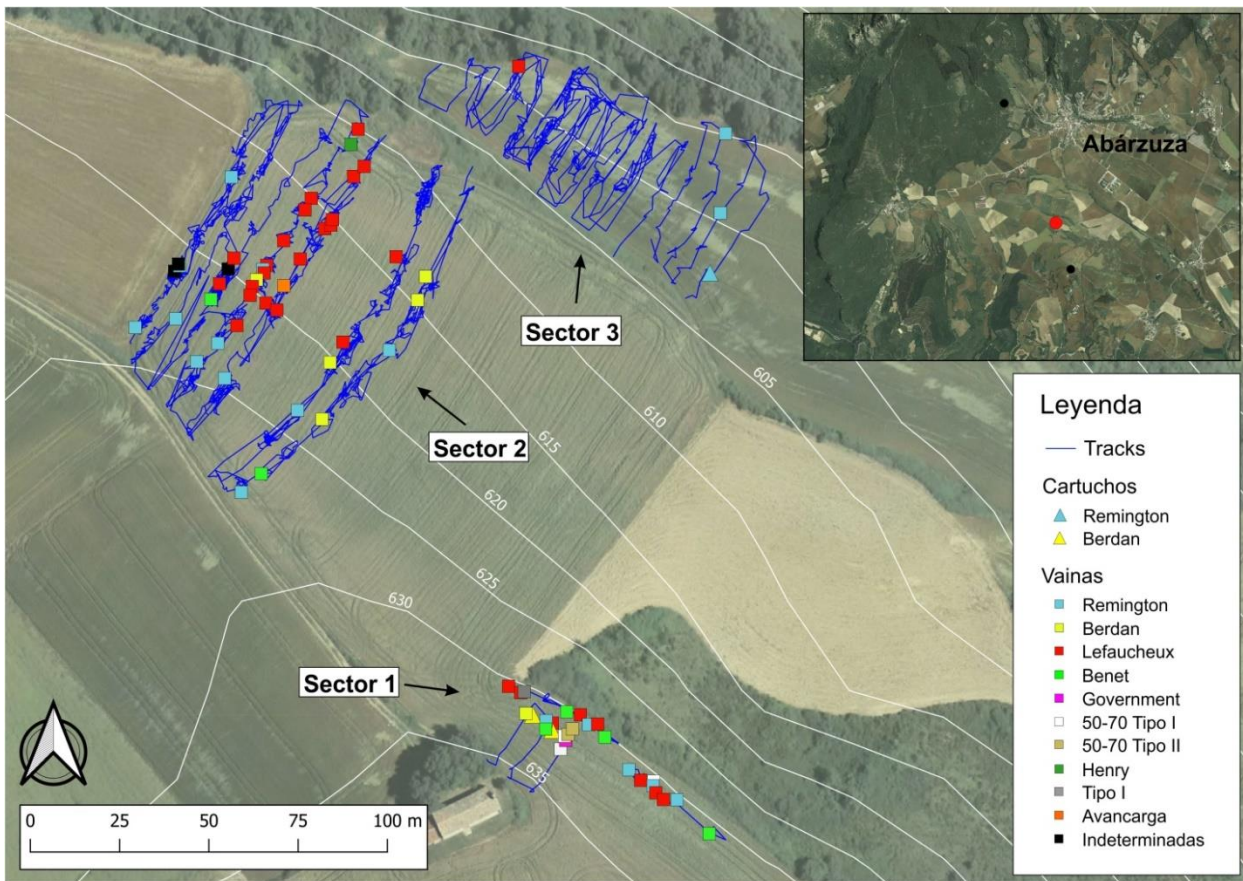


Figura 310. Mapa de la dispersión de vainas y cartuchos en la zona 2

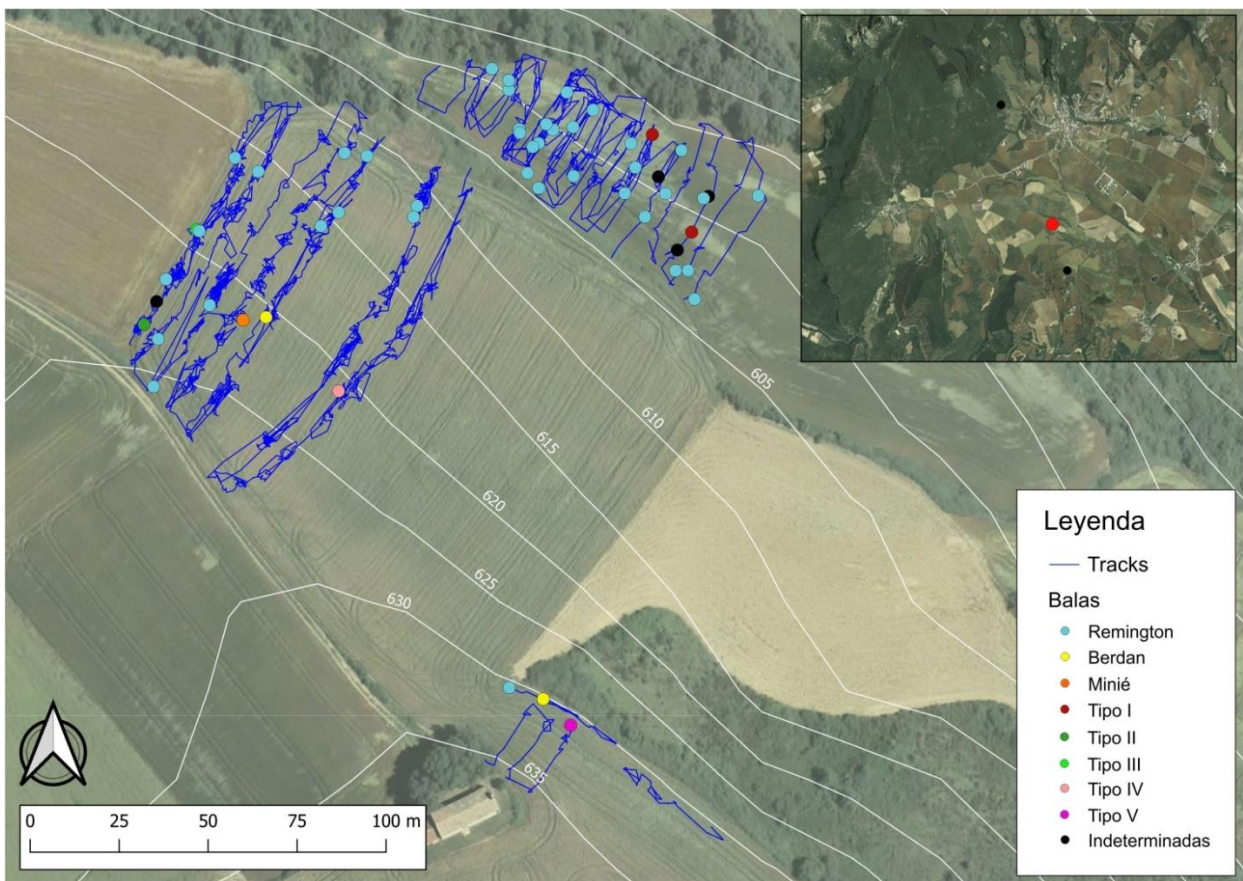


Figura 311. Mapa de la dispersión de balas en la zona 2

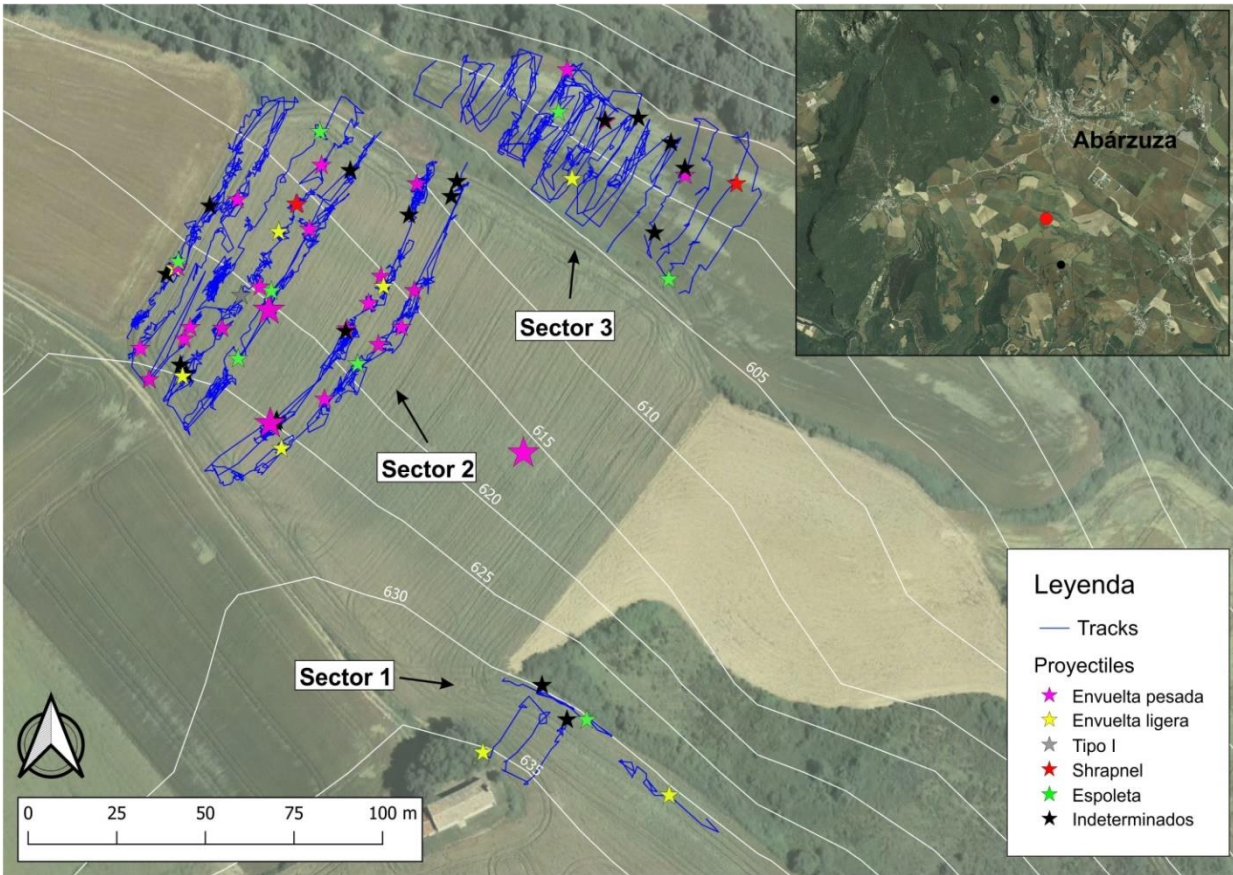
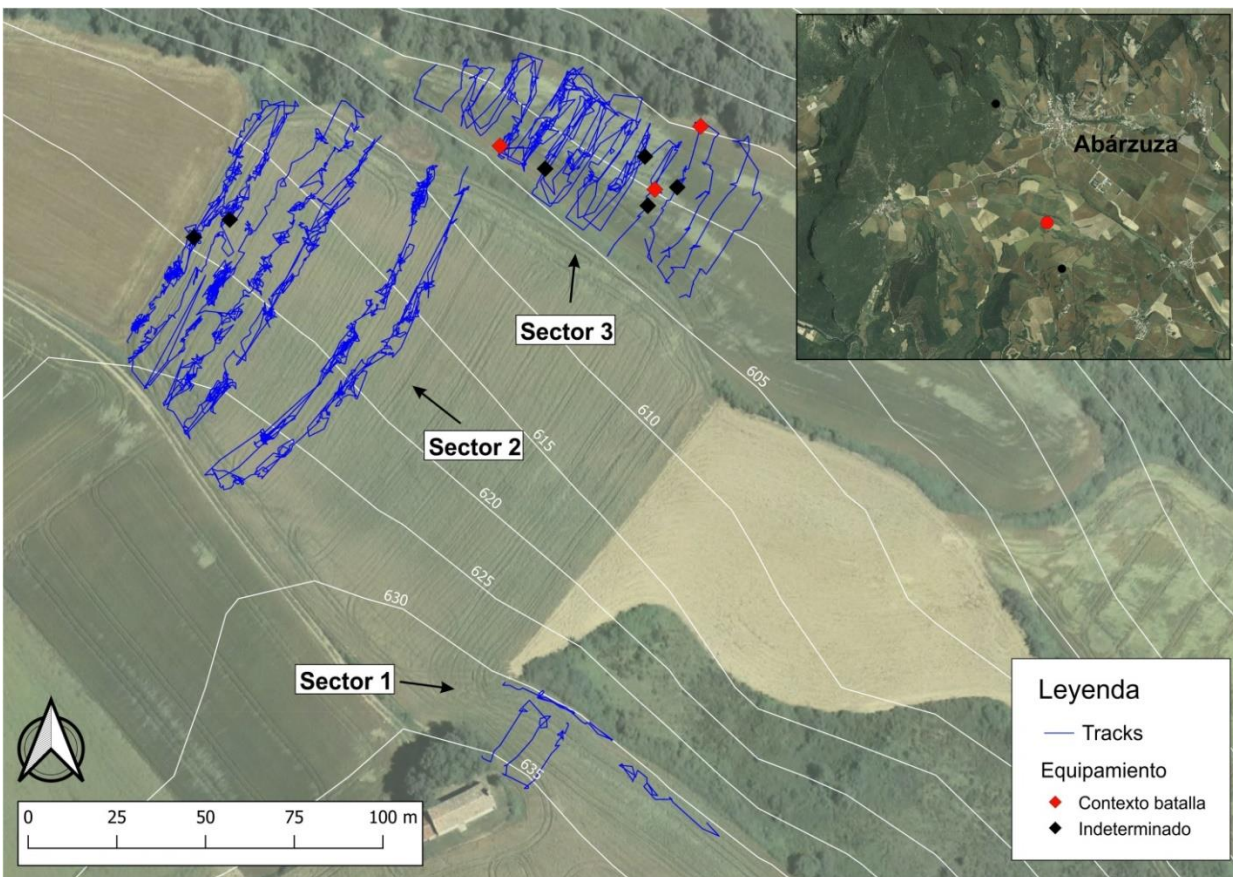


Figura 312. Mapa de la dispersión de elementos asociados a los proyectiles de artillería en la zona 2



Como se puede observar en las tres figuras anteriores (310, 311 y 312), existe una gran concentración de materiales, que se esparcen de forma más o menos homogénea, a lo largo de la superficie prospectada. Esta dispersión queda reflejada mediante una línea azul que simboliza los transectos realizados. La homogeneización puede deberse a las labores agrícolas, que debido al empleo de aperos como el arado, han podido ir esparciendo los materiales de su sitio de origen, a las inmediaciones. Aunque ese daño es irreparable, creemos que esta diseminación no ha resultado tan drástica como se cree, al pensar que el desplazamiento de estos materiales ha sido mínimo, debido al pequeño tamaño de los materiales. Por este motivo, uno de los aspectos interesantes a comparar a partir de los mapas de dispersión de materiales, era las casuísticas de cada sector. Solo tras su análisis y evaluación, podría aceptarse la hipótesis de la baja movilidad de los materiales a causa de las labores agrícolas.

A continuación, pasaremos a la interpretación de los materiales divididos en cada uno de los tres sectores estudiados.

1- Sector 1:

La concentración de vainas de las diferentes tipologías descritas anteriormente (entre las que destaca el porcentaje de munición 50-70), se produce en este sector. Existe un claro predominio de las vainas, en contraste con las tres balas y los cinco fragmentos de proyectiles hallados. Por otro lado, conforme nos acercamos a la ermita de Santa Bárbara, desaparecen prácticamente los materiales relacionados con la contienda y aparecen aquellos objetos relacionados con la esporádica concentración de gente y la basura desechada por estos.

Por tanto parece claro que nos encontramos ante una posición de infantería carlista, tal vez una trinchera, tanto por la diversidad como la proporción de vainas halladas. Al mismo tiempo, la aparición de tan solo tres balas y de diferentes tipologías, nos hace creer que pueda tratarse de balas de cartuchos carlistas, que no se llegaron a emplear, en vez de pensar que fueron disparados por los republicanos contra esta posición. La razón fundamental es que en los restantes sectores el porcentaje de balas Remington es abrumador. También hay que añadir la escasez de fragmentos de proyectiles de artillería republicana, en comparación sobre todo con el sector 2. Lo cual demostraría el menor interés que reflejó a los atacantes esta posición, con respecto a otros sectores del campo de batalla.

2- Sector 2:

Al igual que en el sector anterior, la concentración de vainas es predominante. Destaca la poca presencia de las vainas 50-70, a diferencia del sector 1. Pero si se percibe el empleo de diversas tipologías que se hallan más o menos mezcladas en la zona estudiada. Hay una mayor presencia de vainas Lefauchaux que de otras tipologías y esta se concentra fundamentalmente en la zona media del sector. Aquí hemos podido documentar parte del abanico de marcajes adscritos a los Lefauchaux. Sin embargo, conforme nos acercamos a la zona norte del sector (colina a bajo),

disminuye la concentración de vainas. Se han recuperado muchas más balas que en el sector anterior, pero en este caso la gran mayoría son Remington. Todas ellas, aparecen repartidas más o menos de forma homogénea por la zona de estudio.

Es reseñable también, el gran porcentaje de fragmentos de granada, que se reparten de forma más o menos homogénea por las mismas áreas en donde han aparecido las vainas. Se han hallado, *a priori*, dos tipos diferentes del mismo calibre (la de envuelta pesada y la de envuelta ligera de 8 cm), con la salvedad de un único elemento que no corresponde con estas dos tipologías y que ha sido nombrada como tipo I (figura 302). Hemos marcado con una estrella más grande tres puntos que podemos apreciar en la figura 312, debido a la importancia que representan con respecto a otros hallazgos. Uno de ellos por aglutinar un total de 22 piezas de al menos dos granadas (figura 314); y los otros dos puntos, referenciando la localización de dos granadas de artillería sin explotar y que posteriormente fueron retirados por el Grupo de Especialistas en Desactivación de Explosivos (GEDEX) de la Guardia Civil. Ambas granadas se correspondían con la granada de envuelta pesada modelo 1868 para cañón de acero rayado Krupp de 8 cm.

También hemos recuperado algunos elementos indeterminados que han aparecido junto a los restos de la guerra, pero como se puede observar, representan un escaso porcentaje.

A modo de conclusión, parece que la aparición de un elevado porcentaje de fragmentos de granada, podría atestiguar la actividad energética de la artillería republicana contra una posición que, en vistas a la cantidad y diversidad de vainas de fusil halladas, corresponde con una zona de concentración de tropas carlistas. Las balas, sobre todo las de Remington, reflejan los disparos que las compañías republicanas efectuaron en el momento de la ascensión por la colina. Así mismo, la multitud de vainas Lefauchaux, acreditan la férrea defensa de tropas de infantería carlista en la línea del frente.



Figura 314. Los 22 elementos (ABZ4.18.0103) aparecidos en uno de los puntos detectados en el sector 2. Contiene fragmentos de al menos dos granadas de artillería. Por un lado podemos ver fragmentos con envuelta y sin ella, de la granada pesada modelo 1868. También destacan los fragmentos de granada de envuelta ligera modelo 1873 (a la derecha). Finalmente, tenemos fragmentos de bronce de cuatro partes de una espoleta, a saber: el guardacebos, la boquilla, el percutor y el dedal. Sin embargo, como en campo se decidió constituir a esta colección con un único punto, a la hora de documentarlo, lo hemos tratado como si solo fuera un fragmento de envuelta pesada. Ya que descartamos la opción de aplicar 22 puntos en el mismo lugar



Figura 315. Momento en el que se desenterró parcialmente la granada de envuelta pesada ABZ4.18.0071 en el sector 2, antes de dejarla a disposición de la Guardia Civil

3- Sector 3:

A diferencia de los otros dos sectores analizados, aquí el porcentaje de vainas desciende drásticamente, ya que solo se han recuperado tres vainas y un cartucho. Mientras, el hallazgo de balas asciende radicalmente, siendo todas ellas Remington, a excepción de unas pocas indeterminadas.

Al mismo tiempo, contamos con un porcentaje importante de fragmentos de granada que se extiende sobre todo por la zona más al norte (colina a bajo). Aun así, la profusión de este elemento no llega a ser tan extensa como ha sido en el sector 2.

También es importante señalar la aparición de varios elementos atribuibles a la indumentaria del soldado, como es el caso de una contera de la funda de una bayoneta, una hebilla, o una insignia del cuerpo de ingenieros.

En resumen, la interpretación de este último sector permite alcanzar algunas conclusiones importantes. Por un lado, la falta de vainas afirma que no fue una posición que estuviera siendo defendida (tipo trinchera), por los carlistas. Esto no termina de aclarar a qué se debe la aparición de

un porcentaje importante de granadas de artillería, o la llegada masiva de balas republicanas desde Abárzuza. Pero esto quizás puede explicarse mediante la aparición de dos elementos relacionados con la soldadesca, que podrían estar informando sobre la escenificación de choques cuerpo a cuerpo en el área. Si esto fuera así, podría argumentarse que los republicanos dispararon antes de producirse el golpe. Por otro lado, la dispersión de fragmentos de granada pudo deberse a una mala calibración de los fuegos republicanos y que sus granadas fueran a parar a las inmediaciones de las posiciones carlistas. Sea como fuere, todas estas afirmaciones son conjeturas por el momento.

Concluimos afirmando que la zona 2 del estudio resulta ser la más interesante, por el número de artefactos hallados. Esto nos ayuda a un mayor acercamiento a la realidad del conflicto, que tal vez no ha quedado tan representada en los demás casos. A pesar de no haber estructuras constructivas relacionadas con el conflicto, se puede deducir, en base al porcentaje de vainas, que la zona norte de la ermita (sectores 1 y 2) fue fuertemente defendida por los carlistas. Estos portaron diferentes sistemas de fusil y fueron duramente castigados por el fuego de la artillería liberal. No puede decirse lo mismo del fuego de fusil republicano, que aparece en menor medida en esta zona, pero que está más representado en un posible campo abierto más al norte, reflejado en nuestro sector 3 de la zona 2.

c) Zona 3: inmediaciones del despoblado de Alto Muru (Valle de Yerri)

En esta última zona de estudio, a diferencia de la zona anterior, se extrajo un total de 37 elementos, en un área complicada por la dispersión y densidad de la vegetación. Esto nos impidió realizar una prospección orgánica, como en el caso anterior y la prospección debió ser acotada a las zonas accesibles.

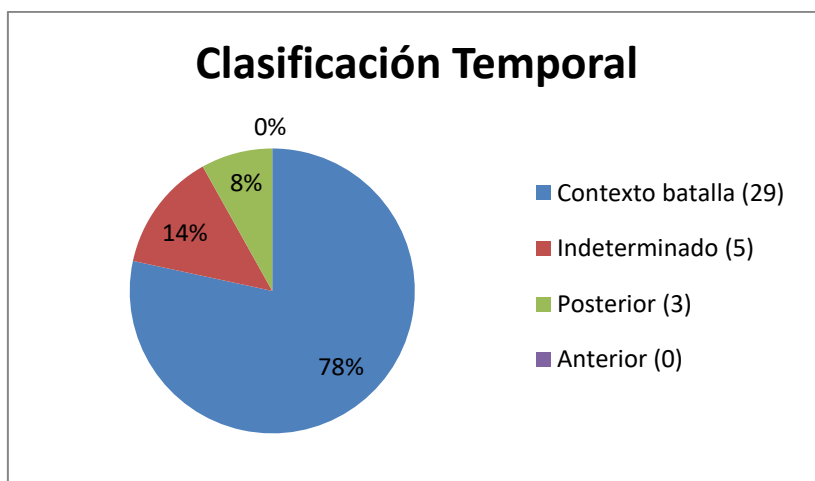


Figura 316. Diagrama con la clasificación temporal de todos los materiales hallados

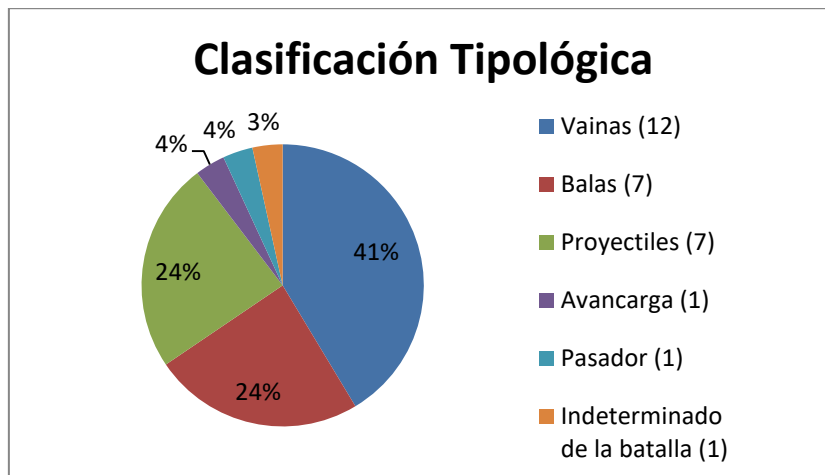


Figura 317. Diagrama con la clasificación tipológica sobre los materiales relacionados con el campo de batalla

Siguiendo el hilo de lo sucedido en la zona 2, en la figura 316 vemos como el porcentaje de material del contexto de la batalla sigue siendo muy elevado (78%), aunque no tanto como en la zona anterior (87%). En cuanto a la figura 317, vemos cómo siguen en cabeza los porcentajes de materiales asociados a los grupos de vainas, balas y proyectiles.

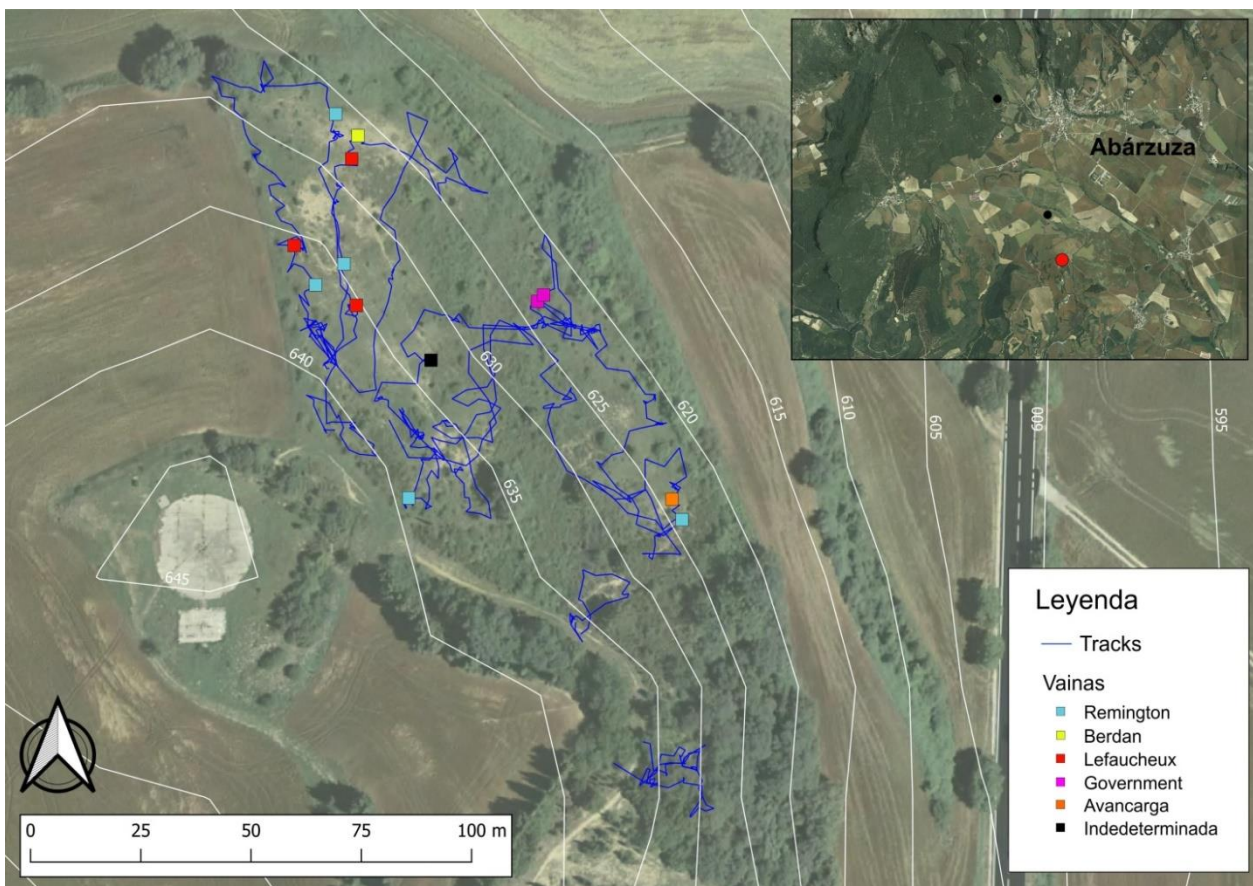


Figura 318. Mapa de la dispersión de vainas y fulminante de avancarga en la zona 3

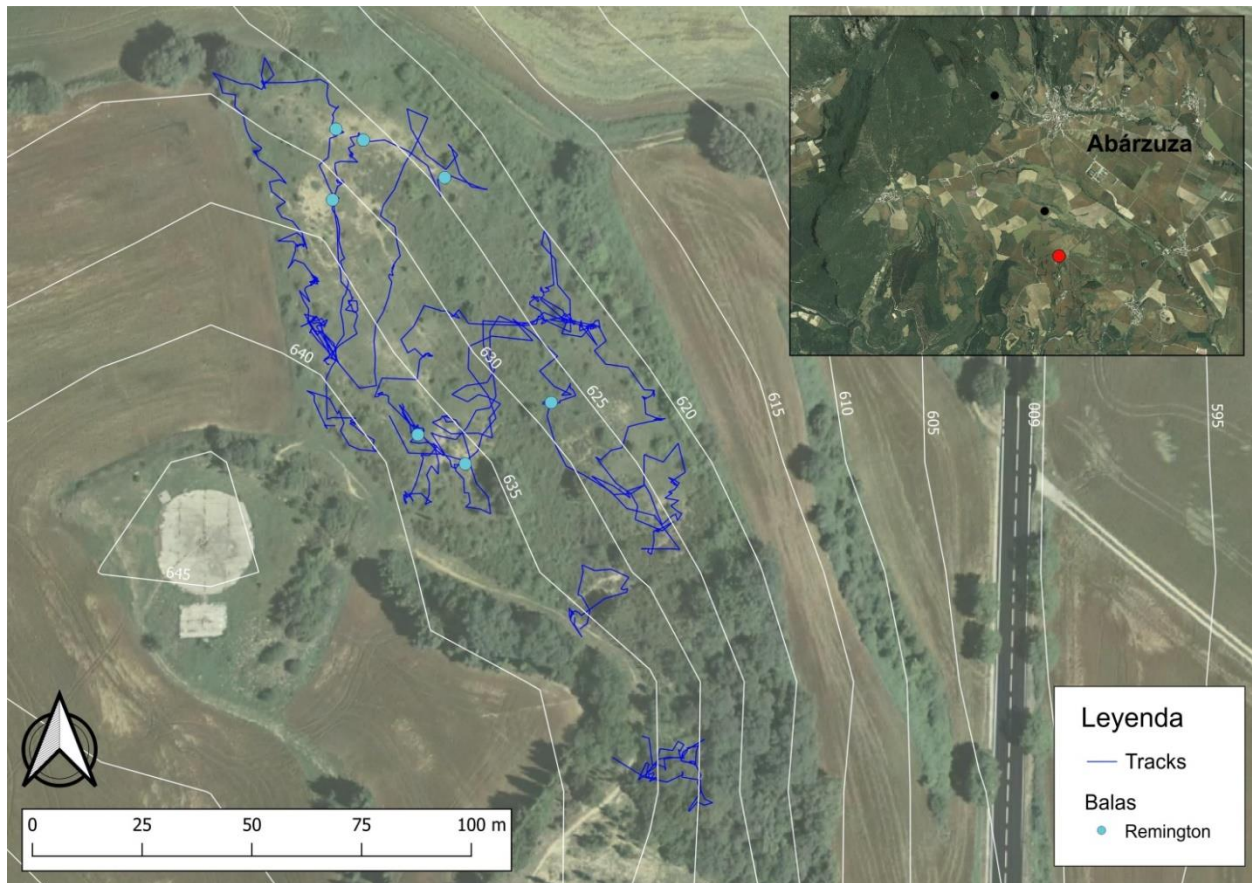


Figura 319. Mapa de la dispersión de balas en la zona 3

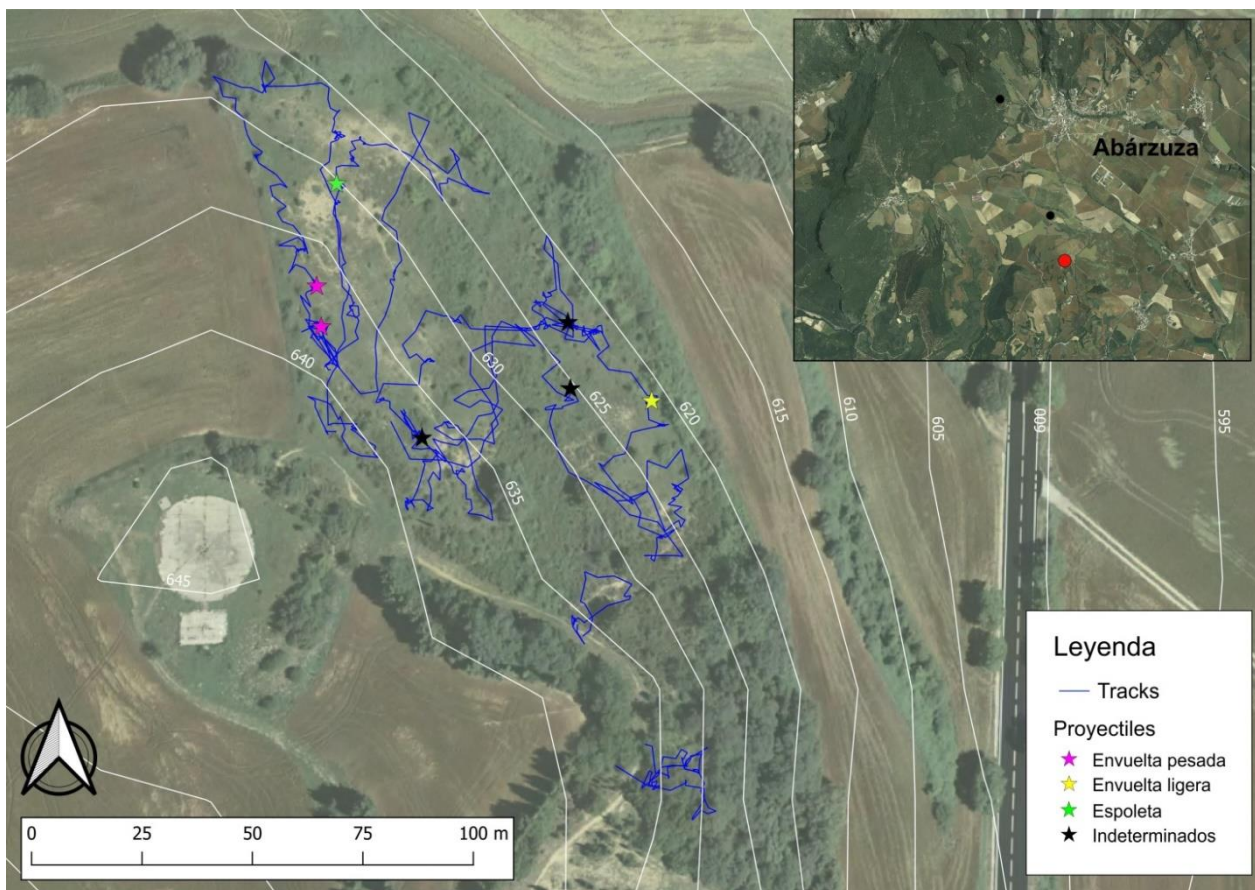


Figura 320. Mapa de la dispersión de fragmentos de proyectiles de artillería en la zona 3

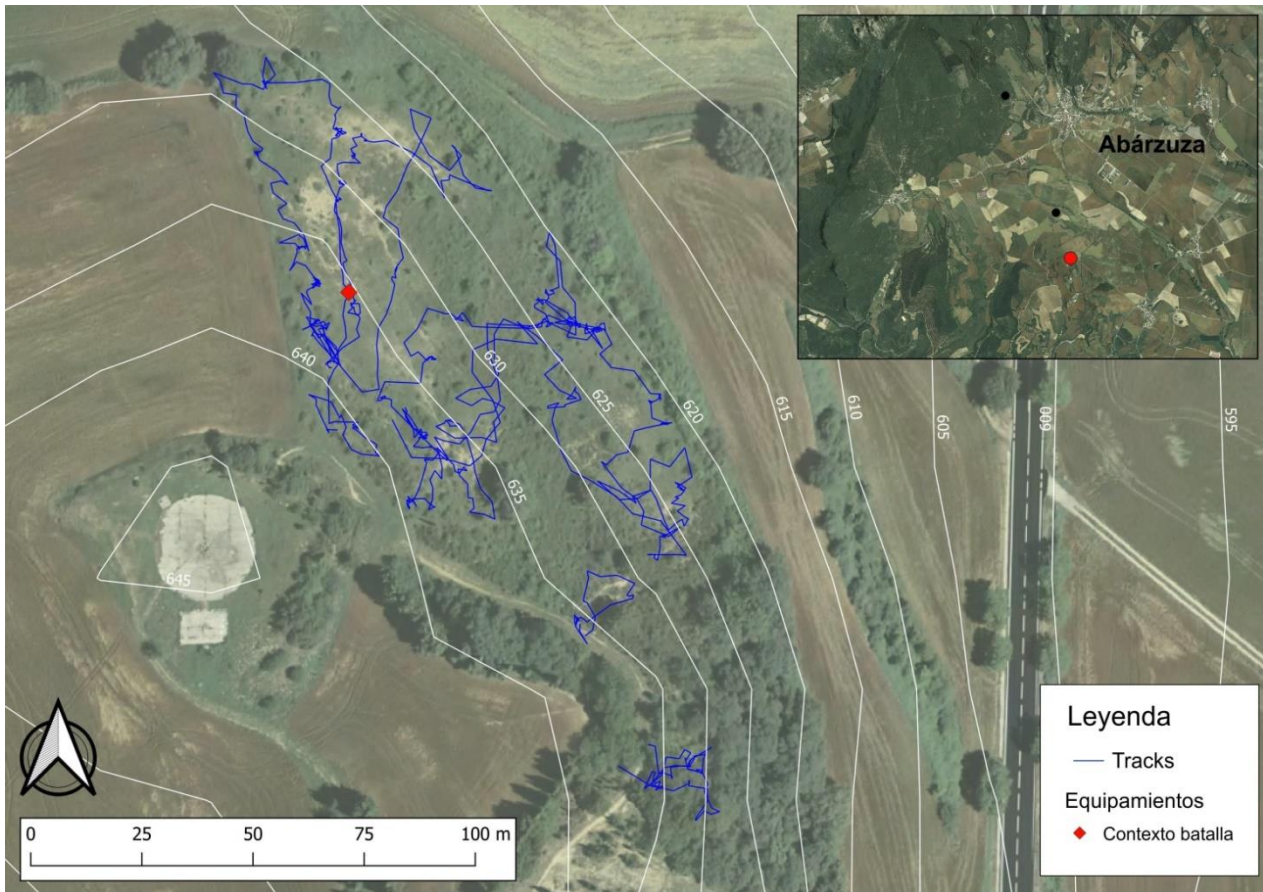


Figura 321. Mapa de la dispersión de elementos relacionados con la equipación del soldado en la zona 3

En relación a las figuras anteriores, vemos cómo los materiales han aparecido de forma más o menos homogénea a lo largo de toda el área estudiada. Como en el caso anterior, abundan las vainas de cartucho. Las 12 que hemos llegado a identificar, corresponden con las diferentes tipologías halladas anteriormente. En cambio, la concentración de balas solo responde a la tipología Remington. Ésta sólo ha sido hallada en la parte media norte de la zona. En cuanto a la indumentaria se refiere, tenemos que hablar de la aparición de un pasador, como único elemento asociado. Finalmente, sobre la dispersión de fragmentos de proyectiles, los siete fragmentos recuperados estaban repartidos en la misma área en el que aparecieron las vainas de fusilería.

En conclusión, hemos notado como el constante trabajo agrícola ha perjudicado en cierta manera el análisis de la dispersión de puntos. Ya que en general, vemos una diseminación homogénea en toda la superficie, lo que ha imposibilitado a nuestro juicio, localizar posibles líneas de defensa. Sin embargo, la variada tipología de vainas, una vez más, nos certifica la defensa carlista sobre el área. En este aspecto, es importante señalar que, la aparición de tres vainas Lefauchaux del calibre 24 (todas bastante cerca) podrían evidenciar la posición de un único tirador con munición de ese calibre.

En cuanto a las balas Remington, todas ellas fueron disparadas por el bando republicano contra las posiciones carlistas. Igualmente, los proyectiles de granada fueron orientados hacia donde se hallaban las vainas carlistas. Aquí la concentración de estos últimos no fue tan significativa como lo había sido en la zona 2.

7. LA EVOLUCIÓN TECNOLÓGICA COMO BASE DEL FRACASO DEL NUEVO ALZAMIENTO CARLISTA

La conocida como guerra de los siete años o primera guerra carlista, fue el enfrentamiento fratricida entre dos ejércitos españoles en el que el bando cristino o liberal salió victorioso, no sin haber sufrido diversas dificultades durante la guerra. A pesar de que hubo diferentes causas que favorecieron la victoria liberal, como pudo ser la cuádruple alianza a favor de los cristinos, en un comienzo la tecnología militar que compartían ambos ejércitos fue similar. Sin embargo, en las siguientes líneas analizaremos cómo el desarrollo industrial fue un obstáculo para la posible victoria carlista en el nuevo alzamiento de 1872. Para corroborar nuestra hipótesis, abordaremos el estudio del desarrollo de la red de comunicaciones en España y las innovaciones articuladas en el campo militar¹⁵⁶.

7.1. El desarrollo de la red de comunicaciones

Parte indispensable del tardío y lento proceso industrial que comenzó a desarrollarse en España, sobre todo entre 1840 y 1880, vino promovido por la modernización de la red de transporte, que ayudó al desarrollo o a la aparición de nuevas vías de comunicación como la red de carreteras, el barco de vapor, el ferrocarril, o el telégrafo (tanto óptico como eléctrico). De estos sistemas de comunicación, fueron los tres últimos los que contribuyeron de forma más decisiva en la evolución de la guerra (Ruiz, 1876: 102). Pero, en vista de que en Navarra el desarrollo de los buques de guerra no tuvo especial relevancia, a continuación nos centraremos en analizar las afecciones que causaron tanto la existencia de una red de ferrocarril, como una de telegrafía, en los entresijos de la guerra.

7.1.1. La red ferroviaria

En 1855 se publicó la *Ley General de Caminos de Hierro* (Martinena-Ruiz, 1976: 3-4) bajo mandato del gobierno progresista, que ayudó a impulsar la construcción de una red de ferrocarriles a nivel nacional (Eiroa, 2004: 361). Ésta, comenzaba desde Madrid, al ser el epicentro del nuevo estado central que estaba construyendo el estado liberal. Durante los siguientes años, España se vio surcada por una infinidad de líneas de ferrocarril pertenecientes a diferentes compañías, que terminaron por generar un importante primer tejido ferroviario nacional para 1866 (figura 322), momento en que se inicia una crisis financiera internacional, que propinó la paralización de su crecimiento hasta después de la segunda guerra carlista (Tortella y Núñez, 2011:166-168).

Dentro de nuestro marco geográfico de estudio, en 1857 Isabel II aprobó el proyecto de la construcción de una línea de ferrocarril que uniese Zaragoza con Pamplona. Tras otorgarse las licencias, en 1859 se constituyó la Compañía del Ferrocarril de Zaragoza a Pamplona (Z.P.), iniciándose la construcción de la línea en diciembre de ese mismo año y extendiéndose hasta septiembre de 1861 (Martinena, 1998: 8-11). Posteriormente, se construyó un nuevo ramal por la Barranca hasta Alsasua, entre 1862 y 1865, que comunicase con la línea del norte, Madrid-Irún (Martinena, 1998: 14).

¹⁵⁶ Este último capítulo es un desarrollo de uno de los apartados expuestos en una de nuestras publicaciones (Roldan Bergaratxea et al, 2019)

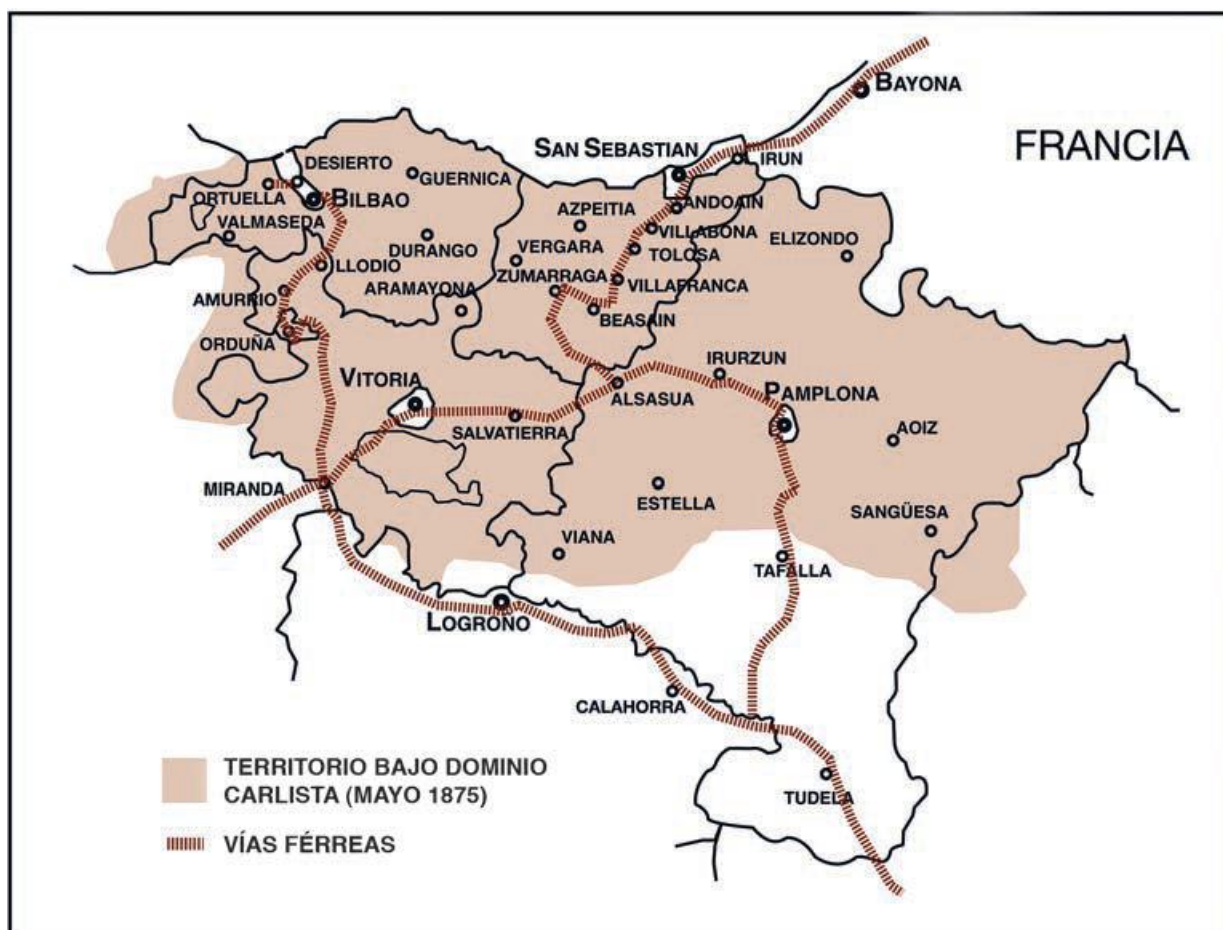


Figura 322. Tramo de las vías férreas en el País Vasco y Navarra durante la segunda guerra carlista (Pardo, 2013: 17)

La llegada del ferrocarril a Navarra ayudó a la modernización de su infraestructura, logrando reducir tiempos y costes en el traslado de gentes y suministros. Algo que no pasaría inadvertido para ambos bandos en cuanto a las posibilidades que ofrecía para el control del territorio durante la guerra, ya que facilitaba el traslado de tropas y suministros para las campañas militares. Los carlistas, anteponiéndose al empleo de la línea por parte del gobierno gubernamental, tanto en el levantamiento de abril de 1872, como el de finales de ese mismo año, recurrieron pronto a los trabajos de sabotaje del tejido ferroviario. Destacan de fechas tempranas los ataques tanto del 28 de abril de 1872 a la línea de Irurzun, como el del 3 de enero de 1873 a la estación de Campanas y de Noáin (Pardo, 2013: 22). Estos altercados trajeron la suspensión del tráfico entre Tafalla y Alsasua. Los posteriores ataques en otros puntos, lograron que desde 1874 hasta prácticamente el fin de la guerra, el tren solo funcionase entre Tafalla y Cortes (Martinena, 1998: 16). De forma significativa, el tramo Tafalla-Castejón se empleó tan sólo para uso militar (Pardo, 2013: 27).

Estos sabotajes fueron esenciales para que la ventaja del ferrocarril en manos de los liberales se viera reducida. Sin embargo, los carlistas eran conscientes de que la interrupción del servicio no era para ellos lo más beneficioso, ni tampoco para la compañía del ferrocarril. Por ese motivo iniciaron conversaciones entre ambos, para lograr el restablecimiento del servicio, a cambio de la prohibición de su uso para fines militares. De estas conversaciones se llegó a firmar un acuerdo por ambas partes un 14 de junio de 1873, en el que se garantizaría el fin de los sabotajes, a cambio de la neutralidad de la línea. Sin embargo, los intereses del gobierno rompieron el acuerdo, ya que su uso

para fines militares resultaba algo prioritario y ventajoso (Pardo, 2013: 27-28).

Ante la imposibilidad de restablecer la línea del ferrocarril de forma neutral con el resto del país, los carlistas iniciaron en 1874 labores de reparación de la línea bajo el territorio que controlaban. El objetivo era volver a poner en marcha el ferrocarril con sus medios, para ofrecer su servicio tanto a la población, como sobre todo al ejército carlista. Entre mayo de 1875 hasta finales del conflicto, los carlistas recuperaron un tramo de 91 km entre las poblaciones de Andoáin (Gipuzkoa) y Salvatierra (Álava) (Pardo, 2013: 29-32). Esto demuestra el enorme interés que suponía este medio de comunicación para los avatares de la guerra.

En el segundo capítulo de la tesis, hemos podido analizar cómo durante las primeras etapas de la guerra fueron las estaciones de ferrocarril, junto con algunos pueblos, los primeros en ser fortificados por las tropas gubernamentales. Esto subraya la importancia que desempeñaban estos puntos para el control provincial. No obstante, el incansable esfuerzo saboteador carlista logró desarticular parte de la red ferroviaria en Navarra, dilatando la guerra durante más tiempo, al causar retrasos importantísimos en el traslado de tropas y suministros al teatro de operaciones. Por ese motivo, uno de los objetivos prioritarios del gobierno fue defender a toda costa las posiciones cercanas a la vía del tren, para poder establecer o mantener las comunicaciones.

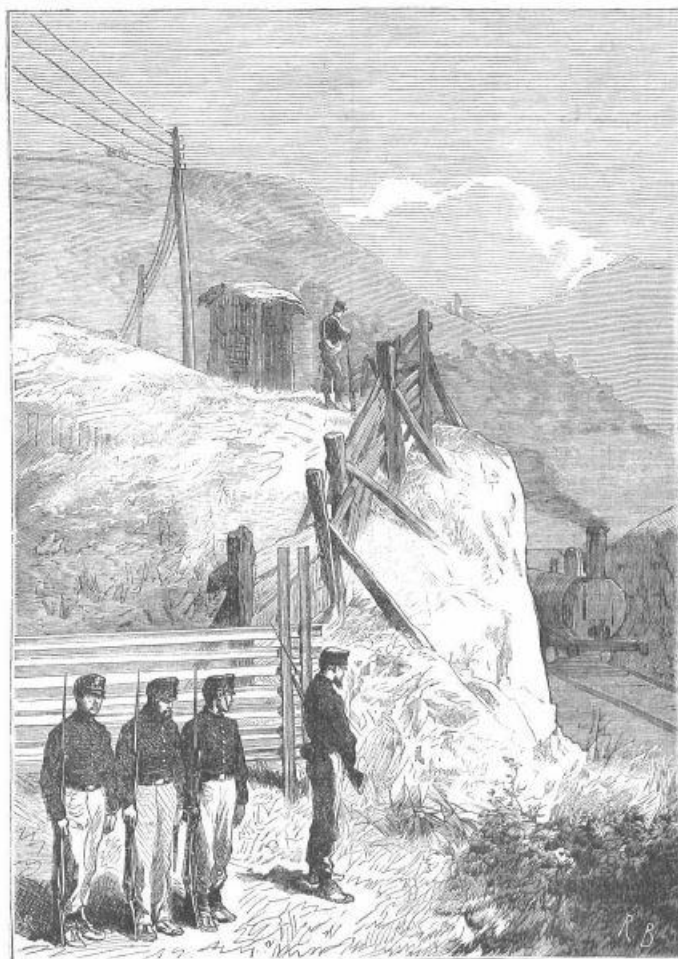


Figura 323. Vigilancia en la línea férrea de Madrid a Santander (*El Globo. Diario Ilustrado*, 21/09/1875)

7.1.2. El telégrafo óptico y eléctrico

Durante la primera mitad del siglo XIX, se realizaron diferentes intentos para crear una red de telegrafía óptica en España, con sistemas como el de Betancourt o Lerena, aunque no tuvieron mucho éxito (Olivé, 1990: 37). Sin embargo, dentro del contexto de la primera guerra carlista, el ejército cristino mostró interés en las ventajas que podría darle dicha tecnología, e impulsaron bajo órdenes del director de telégrafos del ejército de operaciones del norte, Manuel Santa Cruz, dos líneas estables de comunicaciones en 1836 desde Logroño. La primera partía hacia Vitoria, mientras que la segunda se dirigía a Pamplona. En ambas líneas se necesitaron construir un total de 16 torres fortificadas y guarnecidas para garantizar la comunicación. El trazado de ambas líneas generaba un semicírculo alrededor de Estella, por entonces epicentro carlista y en donde creían que finalizaría la guerra tras ser sometida (Olivé, 1990: 33-34). No dudamos del papel importante que desencadenó esta tecnología como medio de comunicación entre los diferentes cuerpos del ejército. Sin embargo, una vez finalizada la guerra en Navarra en 1839, se abandonaron por completo, quedando inservibles para la siguiente guerra civil (Olivé, 1990: 36).

Tras la guerra, dentro del contexto de la década moderada (1844-1854), el gobierno incentivó la construcción de una primera red de telegrafía óptica, en tiempos en que la eléctrica ya comenzaba a sustituirla en Europa. La óptica en España, hoy catalogada como de *transición*, estuvo en servicio durante pocos años, una vez que la telegrafía eléctrica entrase en servicio en 1855, durante el bienio progresista (1854-1856). En tan solo dos años, se construyó una primera red, que sustituyó por completo en el norte a la óptica. Esto acarreó que las torres de telegrafía óptica quedasen fuera de servicio (Olivé, 1990: 66-67). Sin embargo, a pesar de que la telegrafía eléctrica representaba una mejora sustancial respecto a la óptica, una vez iniciada la segunda guerra carlista, se comprobó que los sabotajes a la red la hacían mucho más vulnerable que a la óptica, ya que tan solo bastaba con cortar el cableado que generalmente viajaba en postes de madera junto al tendido ferroviario (Cruz et al, 2014: 20). Como imaginamos, los carlistas destrozaron al iniciar la guerra las líneas de comunicación y esto supuso que el ejército volviera a hacer uso de la telegrafía óptica, al igual que se empleó en otros ejércitos en guerras como la de Crimea, Secesión o la Franco-Prusiana (Olivé, 1990: 97), o en posteriores como en la guerra de Cuba (1868-78, 1879-1880 y 1895-1898), y la guerra de Marruecos (1909-1925)¹⁵⁷.

Llegados a 1874, el general republicano Manuel Gutiérrez de la Concha, mandó levantar una línea de telegrafía óptica, que recuerda a la construida durante la primera guerra carlista, al recorrer un trazado similar, pero esta vez con nuevos ramales. Dos líneas partían desde Logroño, una iba a Laguardia y otra hasta Vitoria. En Navarra, desde Tafalla (cuartel general del ejército liberal en esta provincia) nacía una línea que discurría hasta las inmediaciones del frente de guerra, hasta el fuerte de Alfonso XII en Monte Esquinza y otra hasta Pamplona (Olivé, 1990: 99). Los comunicados de guerra entre estos puntos se realizaba bajo la telegrafía óptica, pero lejos ya de las posiciones del frente, la transmisión se hacía mediante la telegrafía eléctrica (Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, IV, 1885: 36) al ser lugares en donde las posibilidades de sabotajes carlistas eran escasas.

¹⁵⁷ https://hoyodemanzanares.fandom.com/es/wiki/La_torre_del_Estepar_y_la_telegraf%C3%ADa_%C3%B3ptica

El bando carlista, por su parte, también desarrolló su propia red de comunicaciones. Esto nos hace ver de la importancia que por entonces tenía estar informado de los movimientos enemigos y poder atajarlos a tiempo. Como en el caso liberal, los carlistas desde muy temprano en Gipuzkoa construyeron una primera línea de telegrafía óptica a finales de 1873, con un total de 12 estaciones, por orden del comandante general de Guipúzcoa, el general Lizarraga. Al mismo tiempo, el director general de telégrafos de Guipúzcoa, José de Ariztiguí, establecía una primera línea de telegrafía eléctrica entre Azpeitia y Vergara. Con el tiempo esta línea eléctrica continuó en uso bajo la denominación de *líneas telegráficas del Norte*, tanto por Navarra como por Álava (Cerrato, 2012: 4-5). Además de las líneas de telegrafía óptica anteriormente mencionadas, los carlistas siguieron construyendo una nueva línea en Álava entre Aramayona y Murguía, con un total de 14 estaciones (La Ilustración Española y Americana, 30/09/1874).

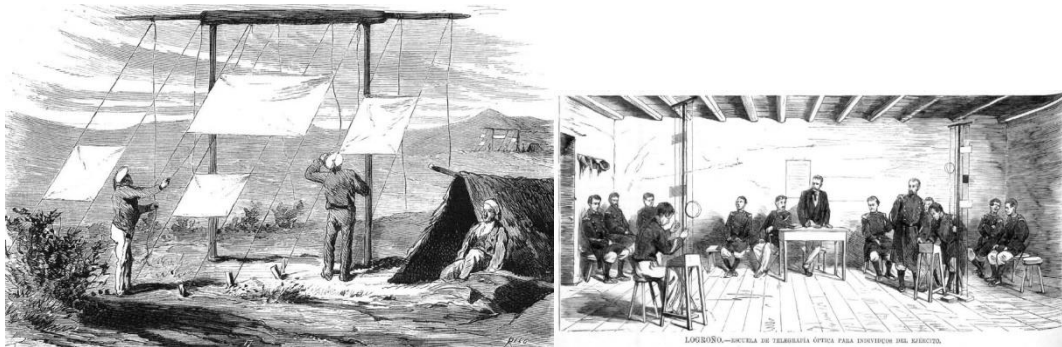


Figura 324. *Telegrafistas carlistas* (La Ilustración Española y Americana, 30/09/1874); Figura 325. *Escuela de telegrafistas del ejército liberal en Logroño* (La Ilustración Española y Americana, 30/10/1875)

7.2. Las innovaciones en el armamento

A lo largo del siglo XIX la sucesión de diferentes conflictos en el contexto del desarrollo industrial de las potencias europeas y americanas, propició un progreso industrial armamentístico sin precedentes. En el poco tiempo comprendido entre el fin de las guerras napoleónicas en 1815 y la década de los años 70, la evolución de la letalidad de las armas de fuego fue mucho mayor que la desarrollada en el transcurso de los 200 años anteriores (Saunders, 2010: 12). Por tanto, el constante desarrollo llevado a cabo durante este siglo, propició que el carácter de los enfrentamientos de la primera y segunda guerra carlista fueran a nivel tecnológico totalmente dispares. A ello hay que sumarle que al menos hasta la primera mitad de la segunda guerra, el ejército carlista no dispuso de la mejor tecnología militar, a diferencia del ejército gubernamental. Esto favoreció la victoria del bando liberal a lo largo de la guerra.

En los próximos párrafos analizaremos los resultados de los desarrollos tanto en las armas de infantería, como de artillería y dedicaremos un último punto a los avances en la fortificación, como escudo natural de los dos anteriores.

7.2.1. Las armas portátiles

En España, el siglo XIX puede definirse como un período de constantes guerras. Comienza con la guerra de independencia (1808-1814) y le siguen la guerra realista (1822-1823), la primera guerra

carlista (1833-1840), la guerra de los *matiners* (1846-1849) y la segunda guerra carlista (1872-1876); por no hablar de los diferentes enfrentamientos que se produjeron en las antiguas colonias, u otros alzamientos reivindicativos en España. Este contexto de cambios, unidos al proceso industrial, trajeron que desde el primer tercio de siglo comenzasen a aparecer intereses comerciales a nivel mundial en el desarrollo de nuevas armas y patentes que pudieran ser vendidos a los diferentes ejércitos. Los nuevos cambios demostraron ser vitales en la supremacía de un ejército respecto a otro y será esta una de las razones principales, por lo que todos los ejércitos europeos y el estadounidense comenzasen a lo largo del siglo XIX una constante lucha por lograr armas más letales capaces de imponerse sobre sus adversarios (Saunders, 2010: 13).

Hasta la primera guerra carlista, las armas empleadas en España por la infantería podían reducirse al mosquete. Es decir, un arma portátil de cañón de ánima lisa, que funcionaba mediante el empleo de una llave de chispa, un pedernal y balas esféricas de plomo. Este mecanismo, aunque con algunos cambios, apenas había variado en los últimos 200 años, por lo que durante la primera guerra carlista, puede decirse que ambos contrincantes combatieron con una tecnología militar similar, por lo que las probabilidades de éxito en ambos bandos se encontraban equilibradas en este terreno.

Un tema importante de abordar es el origen de sus proyectiles. Las balas esféricas de plomo, por su simplicidad y facilidad de fabricación, podían ser realizadas por los propios soldados. Esto explica el éxito que tuvieron las diferentes expediciones carlistas por todo el país durante la primera guerra, dado que era fácil encontrar plomo y pólvora fuera de su territorio en casi cualquier sitio (Ruiz, 1876: 212).

Una vez finalizada esta guerra civil, en las próximas décadas hasta la segunda guerra carlista, se sucedieron importantes cambios en las armas portátiles. La aparición del estriado o rayado del ánima del cañón en la década de 1850, produjo una mejora en la precisión y distancia de la bala, al salir propulsado con giro centrífugo. También en esta época tenemos la aparición del método de disparo mediante percusión, frente al de chispa que venía siendo habitual desde el siglo XVII (Sánchez Gómez, 1991: 138). Estos nuevos adelantos y otros coincidieron con el desarrollo del cartucho. Se sustituyó la bala esférica por la ojival y la aparición del sistema de retrocarga facilitó la confección de cartuchos metálicos (Palacio, 2016: 232-233).

Estos importantísimos avances ampliaron la precisión, alcance y letalidad de las armas, cambiando por completo las formas tradicionales que se tenía de hacer la guerra, por la necesidad de cubrirse de los disparos en campo abierto. Si en época napoleónica un mosquetero podía matar con cierta precisión a una distancia de 100 metros y tener una cadencia de disparo de una a dos balas por minuto, en tiempos de la guerra franco-prusiana (1870 – 1871) el rango de alcance se había incrementado hasta los casi 1.000 metros, con una cadencia de disparo de hasta nueve por minuto (Saunders, 2010: 12; Palacio, 2017b: 88). Por tanto, la formación de fila estrecha en campo de batalla y descargas simultáneas de tiempos de las guerras napoleónicas, fueron evolucionando en favor de la protección de la infantería. Por ese motivo, ya durante la guerra de Crimea y la guerra civil americana, encontramos importantes avances dentro de la fortificación de campaña, como va a ser el perfeccionamiento de las trincheras, para frenar el acoso cada vez mayor de los disparos de las armas portátiles y la artillería (Torner, 1898: 96 - 98).

Llegados al contexto de la segunda guerra carlista, ya hemos mencionado cómo el ejército de la nación comenzó combatiendo con los fusiles de sistema Berdan y Remington. Este último sistema fue el aprobado en 1871 por Real Orden para el cuerpo de infantería, pero en la práctica, sólo una parte del ejército pudo hacerse con esta arma, ya que la producción de la fábrica de Oviedo y las importaciones de Estados Unidos no llegaban a cubrir la demanda del ejército. Habría que esperar hasta la Real Orden del 26 de enero de 1875 para ver finalmente a todo el ejército utilizar esta arma, ya que la orden obligaba a la inmediata sustitución de cualquier otro modelo (Palacio, 2016: 213). De modo que al iniciarse la guerra, a pesar de los intentos por parte del ejército liberal de generalizar el empleo del fusil Remington en sus tropas, este proceso no fue inmediato, pero sí constante. En este sentido, las balas, principalmente Remington, identificadas en la prospección de la batalla de Abárzuza, corroboran este proceso de homogeneización de los fusiles empleados por las tropas liberales. Esto supuso la entrega de las armas del sistema Berdan a tropas voluntarias, como fueron las contrapartidas compuestas de fuerzas locales irregulares (Palacio, 2017b: 88-89).

Por su parte, el ejército carlista comenzó la guerra con una amplia variedad de bocas de fuego ante la escasez de dinero y medios. También se hicieron con algunos lotes de fusil Remington empleados por las tropas liberales y en vistas a que era una de las mejores armas del momento, intentaron acceder al mercado para abastecerse con ellas. El problema vino cuando no encontraron medios para adquirirlas, ya que en Europa solo las empleaba el ejército español que, lógicamente, no iban a venderles parte de la producción que se estaba fabricando en España, tras haber adquirido la patente de la casa Americana *E. Remington and Sons*. Tampoco fue posible la adquisición de fusiles a través de Estados Unidos, al no simpatizar este país con la causa carlista (De Aguinaga, 2019: 158-159). Por lo que ante estas adversidades, comenzaron a armarse con diferentes armas, algunas de ellas ya obsoletas, o con muchísimas menos prestaciones que las Remington, como hemos podido documentar a través de las vainas carlistas de la batalla de Abárzuza. Esto les llevó al empleo de armas de uso personal, robadas al ejército gubernamental, compradas en el extranjero (sobre todo a países como Francia, Inglaterra o Bélgica)¹⁵⁸ (De Aguinaga, 2019: Intro) y a partir de 1873 a fabricarlas en sus factorías¹⁵⁹.

Mediante estos procedimientos lograron, a partir de 1873, armar a un maltrecho ejército de guerrillas. Comenzaron la guerra luchando con armas obsoletas y de avancarga como el mosquetón rayado modelo 1857, la carabina rayada 1857 y el fusil rayado modelo 1859 (De Aguinaga, 2019: 48-49), que eran armas oficiales del ejército antes de la llegada del fusil Berdan modelo 1867. Prueba de ello tenemos dos cápsulas de avancarga documentadas en las posiciones carlistas del campo de batalla.

En Francia encontraron un mercado barato y con muchas posibilidades, debido a los excedentes de armas procedentes de la guerra franco-prusiana, las cuales, a pesar de no estar a la altura del Remington, siempre fueron mejor opción que las de avancarga. De estas negociaciones los carlistas

¹⁵⁸ Según los cálculos realizados de la suma de fusiles introducidos al inicio de la guerra, es decir, entre 1873 y 1874, la suma ascendía a 28.695 fusiles, logrados tras realizar seis desembarcos frente a las costas vascas (Roldán-González, 2009: 259).

¹⁵⁹ Tanto en Éibar, como en *La Euskalduna* de Placencia, o en *La Azpeitiana* de Azpeitia. Estas fábricas de producción de armas para el gobierno fueron ocupadas por los carlistas durante la guerra (De Aguinaga, 2019: Intro).

adquirieron principalmente tres modelos de fusiles: en primer lugar, el fusil de cerrojo Chassepot modelo 1866 de fabricación francesa (De Aguinaga, 2019: 54), que había sido el arma reglamentaria del ejército francés. Sin embargo, la imposibilidad de dotar a todo su ejército con ese arma, les llevó a comprar a los ingleses fusiles de avancarga Enfield modelo 1853 reconvertidos a retrocarga mediante el sistema Snider al iniciarse la guerra, ya que Inglaterra reemplazó en 1871 este fusil por el Martini-Henry y los Snider se hallaban en la reserva (De Aguinaga, 2019: 240-242). Finalmente, también emplearon fusiles Springfield modelo 1866 (Hernando, 1877: 202), igualmente conocidos como Berdan reformados¹⁶⁰. Estos habían quedado en la reserva americana en 1869 tras la guerra de secesión y fueron comprados a su vez por agentes franceses para el empleo durante la guerra. En relación a este último modelo, en el estudio del campo de batalla de Abárzuza, hallamos un total de 14 vainas de munición 50 – 70 empleadas para el fusil Springfield. Una cantidad de vainas que ascendía al 15% de la suma total.

En el caso concreto de Navarra, la Real Junta Gubernativa¹⁶¹ realizó la compra en el extranjero de un lote de fusiles de avancarga Lorenz reformados al sistema de retrocarga Wänzl procedentes de Austria, para armar a algunas compañías de los batallones navarros. Hay que destacar que, lejos de existir una centralización, cada provincia carlista se encargaba de la adquisición y suministro de sus batallones¹⁶².

Como hemos mencionado, al iniciarse el alzamiento, ante la imposibilidad de adquirir los carlistas fusiles Remington, comenzaron a idear una solución alternativa para la escasez de armas. Una vez ocupadas las primeras fábricas armamentísticas en 1873, que hasta entonces suministraban al ejército de la nación, los carlistas comenzaron a fabricar carabinas giratorias o Ibarra en la factoría de *La Euskalduna*, ya que resultaban más fáciles de fabricar que los Remington. Mediante un proceso atribuido a José Leopoldo Ibarra Cortázar, director de esta fábrica, pudieron emplear para esta arma munición Lefauchaux del calibre 16 y 24, que agentes carlistas compraban en Francia (De Aguinaga, 2019: 158-161) y que así hemos podido constatar en Abárzuza, al hallar un total de seis vainas que llevaban en su marcaje inscrito *París*, como lugar de procedencia. Miguel Dorronsoro y Ceberio, a la cabeza de la Diputación Foral Carlista de Guipúzcoa, se ocupó activamente en la búsqueda de armamento para el ejército (Garmendia, 1994: 73), prefiriendo la cantidad antes que la calidad y fue uno de los responsables del inicio de la fabricación de estas carabinas giratorias¹⁶³. No obstante, esto no impidió el inicio de la fabricación de fusiles Remington en las fábricas de Éibar, Ermúa y Plasencia (Brea, 1897: 36).

A partir de los diversos enfrentamientos y victorias que los carlistas comenzaron a conseguir desde 1873, capturaron importantes lotes tanto de fusiles Berdan como de Remington. Esto supuso el comienzo de la fabricación de munición y recargas para estas bocas en sus factorías. Aquí podemos destacar el caso de la fábrica *La Azpeitiana*, la cual se ocupó entre otros menesteres de la construc-

¹⁶⁰ Aquí no hay que confundir el sistema Berdan empleado por el ejército español a partir de 1867 en sustitución de sus antiguas carabinas y los fusiles del sistema Berdan reformado o Springfield americanos. Ambos comparten diferentes tipos de cartuchos. Para más información consultar las páginas 310-311 y la entrada al blog: <http://mikelatz.blogspot.com/2014/09/springfield-mod-1866-el-rifle-de-la.html>

¹⁶¹ La Diputación de Navarra a partir del verano de 1874 (Alcalá, 2004: 55)

¹⁶² <http://mikelatz.blogspot.com/2020/04/fusiles-wanzl-y-canones-krupp-de-la.html>

¹⁶³ <http://mikelatz.blogspot.com/2020/04/fusiles-wanzl-y-canones-krupp-de-la.html>

ción de cartuchos Remington, Berdan o Berdan Reformado, como la munición 50-70 Government empleado por los fusiles Springfield con llave Allin (De Aguinaga, 2019: 295-296). Esto demuestra nuevamente la necesidad del empleo de toda arma disponible y por tanto la diversidad de municiones.

En último lugar, quedarían los revólveres empleados por oficiales y ciertos cuerpos del ejército, fabricados con anterioridad a la contienda, como son el revolver Lefauchaux modelo 1854 (Calvo, 2014: 66), modelo 1858 (Calvo, 2014: 65), modelo 1863 (Calvo, 2014: 67), o el revólver Kerr modelo 1862 y 1864, destinado a la marina española, pero también usado por los carlistas (Alcalá, 2004: 222). A este respecto, de entre las diversas balas documentadas en Abárzuza, destacamos aquí lo que creemos haber identificado como una vaina Henry para revolver *Smith and Wesson*, autorizado para oficiales liberales en 1873. Por lo que como podemos ver, es muy probable que se llegaran a emplear otros revólveres que en la actualidad desconocemos.

A raíz del desarrollo militar en las armas portátiles llevado a cabo desde mediados del siglo XIX a nivel mundial, se transformó por completo el arte de hacer la guerra. La tecnificación alcanzada en cuestión de unas décadas produjo un salto cualitativo sin precedentes, convirtiéndose en armas mucho más letales, hasta el punto de modificar la forma de combate. Esto no solo supuso una mayor tecnificación del arma y su mayor encarecimiento, sino también la creación de una munición más compleja cuyo consumo creció de forma exponencial con el nuevo armamento. De este modo, el coste económico de un enfrentamiento aumentó en comparación con uno de inicios de siglo. Estos cambios perjudicaron gravemente a los carlistas, que se vieron obligados a impulsar políticas de consumo.

Al comparar ambas guerras civiles (la primera y segunda guerra carlista), hemos dicho que la tecnología militar empleada por ambos bandos durante la primera fue análoga, al compartir armas portátiles de avancarga. Está más que demostrado cómo la sencillez del armamento durante la primera guerra proporcionaba a los diferentes cuerpos la movilidad e independencia necesaria para realizar expediciones militares por la geografía española, como por ejemplo la realizada por el general Gómez en 1836, en el que la inició sin apenas contar con municiones, pero sabiendo que tanto la pólvora como el plomo eran elementos fácilmente adquiribles (Garmendia, 1994: 73). Esto en cambio resultaría del todo imposible durante la segunda guerra carlista. La aparición de armas con una mayor cadencia de disparo¹⁶⁴ supuso un grave contratiempo para el bando carlista, debido a la ingente cantidad de munición que tenían que transportar para poder mantener enfrentamientos armados equitativos, en los que sufrían terribles problemas de abastecimiento, lo que provocaba en muchos casos la retirada anticipada de las fuerzas en combate, ante la falta de munición. El aumento de la cadencia de las armas no solo iba unida a la necesidad de emplear mayores cantidades de munición, sino que además, debían de contar con el transporte necesario para poder llegar a los diferentes puntos de combate, en una geografía accidentada y en donde todavía se empleaba la tracción animal como medio de transporte. Esto suponía una ralentización del abastecimiento en muchos casos y la falta de suministros en otros, por la necesidad de un número cada vez mayor de mulas o caballos de tiro. Unido a lo anterior, desde la aparición del sistema de retrocarga y el cartucho metálico, la pro-

¹⁶⁴ La cadencia de disparo se incrementó de entre uno y dos disparos desde un mosquetón de chispa, a los nueve por minuto del fusil de retrocarga Remington (Palacio, 2017b: 88)

ducción ya no podía ser elaborada por el propio soldado, sino que ésta dependía ahora de las fábricas. Esta circunstancia imposibilitó al ejército carlista un avance lejos de sus puntos de abastecimiento, ante la posibilidad de quedarse sin municiones. Además, se sumaba la problemática de la diversidad de modelos de armas con las que combatían los carlistas, cuyas municiones no podían ser compartidas entre los diferentes tipos de fusil. Esto suponía un enorme problema tanto para la planificación fabril del abastecimiento de las diferentes tipologías, como para el reparto en batalla, lo cual nos ayuda a visualizar los problemas que pudieron albergar los carlistas en Abárzuza, al haber documentado un total de diez tipologías de vainas, al menos para siete armas diferentes (figura 283, página 308).

Estos constantes percances en el suministro provenientes de una falta de capital, escasez de mano de obra especializada y tejido industrial, comparable a la situación vivida por el ejército confederado durante la guerra de secesión, trajo consigo una política de economizar cartuchos empleados en los campos de batalla. A los soldados se les exigía que sólo disparasen cuando los liberales estuvieran a tiro, y una vez finalizado el encuentro, se fomentaron políticas de reciclaje basadas en la recuperación de las vainas de latón, según los testimonios de los propios participantes (Brea 1897, 36). De esos cartuchos, algunos como como el Remington, podían ser hasta ocho o diez veces recargados (La Ilustración Española, 15/04/1874: 214), lo cual suponía un ahorro en la fabricación de cartuchos, cuya adquisición muchas veces del extranjero a veces era complicada. Sin embargo, esta política de reciclaje que mencionamos, no se ha podido verificar en los trabajos de prospección del campo de batalla de Abárzuza. En la franja de las posiciones carlistas se han encontrado innumerables vainas de diferentes tipologías, que demuestran la diversidad de tipos de armas de fuego usados en la contienda y ponen en entredicho la magnitud o el carácter sistemático de la recuperación de vainas por parte carlista. Esta situación precaria en el abastecimiento del ejército carlista fue a lo largo de los meses resolviéndose, en parte gracias a una progresiva homogeneización armamentística y la tendencia a emplear un único tipo de fusil. Es muy posible que cuerpos enteros terminaran al final del conflicto usando el fusil Remington, al igual que sus contrincantes liberales. Esto tal vez podría contrastarse con el hallazgo de un número pequeño de vainas Remington que hemos podido recuperar en el fuerte carlista de San Juan de Arandigoyen, en contextos asociados al último año de guerra (1875 – 1876).

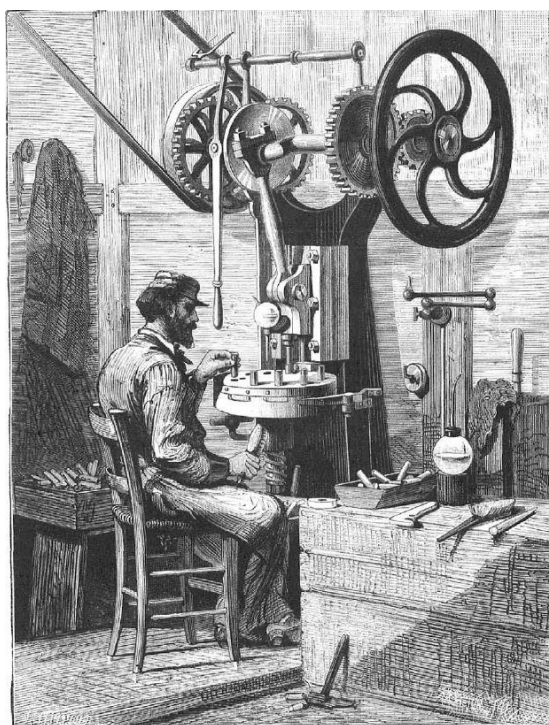


Figura 326. Fabricación de cartuchos metálicos por el sistema Manceaux. Máquina creada en París por el Sr. Manceaux en los años anteriores a la guerra franco-prusiana, para armar con cartuchos metálicos el fusil Chassepot. Una máquina de este tipo podía armar al día entre 22.000 y 24.000 cartuchos, en un proceso que era ya por entonces semi-industrial, como puede percibirse en la imagen (La Ilustración Española, 15/04/1874: 221)

7.2.2. La artillería

El arma de artillería se desarrolló de forma análoga a las armas portátiles y en el transcurso de la primera a la segunda guerra, los cañones de avancarga fueron sustituyéndose poco a poco por los cañones de retrocarga, a pesar de que seguirán empleando en este último conflicto¹⁶⁵. Entre los principales cambios figura el rayado del ánima, que permitió aumentar tanto la precisión como el alcance, el paso de proyectiles esféricos a cilíndricos-ogivales, o la evolución de los cañones de bronce a los de acero, más potentes y ligeros (Sánchez Gómez, 1991: 95). Los primeros cambios importantes, como el inicio de la transformación a retrocarga y el empleo de proyectiles ojivales, comenzaron a desarrollarse en la fábrica inglesa de Armstrong sobre 1860, a consecuencia de los experimentos realizados durante la guerra de Crimea. En este contexto, la guerra de secesión fue una nueva oportunidad de seguir experimentando tanto con los cañones de avancarga, como con los de retrocarga. Aquí, se vio la superioridad de los últimos sobre los anteriores, una vez que el elevado porcentaje de piezas de retrocarga del ejército unionista, procedentes de las fábricas inglesas de Whitworth y Armstrong, superasen a la artillería confederada, dotada en su mayoría de piezas avancarga. Sin embargo, hubo que esperar a la guerra franco-prusiana para terminar de constatar la superioridad de los cañones de retrocarga, una vez que los cañones Krupp prusianos superasen a la artillería de avancarga francesa (Saunders, 2010: 17-19).

¹⁶⁵ Hasta 1859 todos los ejércitos europeos llevaban en sus baterías cañones lisos de bronce de avancarga y algún que otro de hierro de las mismas características (Sánchez Gómez, 1991: 100).

El ejército liberal siguió muy de cerca todos los avances en el campo de la artillería y logró disponer de un parque totalmente renovado en los preámbulos de la segunda guerra carlista, precisamente con cañones Krupp modelo 1868 y la invención española de un cañón con acero Krupp, llamado Plasencia (Palacio 2017b, 95). Pero no fueron los únicos elementos de artillería, ya que también siguieron usando antiguas piezas de bronce transformadas a retrocarga.

Los carlistas, debido a su debilidad económica, la imposibilidad de adquirir piezas de fabricación nacional, así como la dificultad de importar piezas por la aduana española, tuvieron que aceptar prácticamente todo el armamento disponible. Hasta mediados de 1873 no adquirieron sus primeros ejemplares, gracias a las victorias de Eraul y Udave. Así, se inició la composición de la primera batería navarra, compuesta primero de dos piezas cortas rayadas, y un poco más tarde de dos obuses lisos cortos de bronce de 12 cm, tomados de los blockhaus que controlaban los republicanos en el túnel de Lizarraga (Brea, 1897: 40). A posteriori, se irían sumando nuevos ejemplares hasta contar al final del conflicto con la suma de 120 cañones, si aceptamos los datos aportados por Pardo (2000: 376): 15 cañones liberales capturados, 80 importados desde el extranjero y 25 producidos en las fundiciones carlistas de Arteaga y Azpeitia. Pero también están aquellos que bajan la cifra hasta un total de 81 (Alcalá, 2004: 90). Lo interesante aquí es resaltar nuevamente la diversidad de bocas de fuego obtenidas por los carlistas. Estaban por un lado, las fabricadas en sus fundiciones, que eran las más sencillas y las que menos prestaciones ofrecían. Por otro lado, estaban aquellas que consiguieron importar del extranjero, de grandes casas europeas como Whitworth, Vavasseur, Woolwich o Krupp¹⁶⁶.

Corroborando las fuentes escritas, al igual que ocurría con la cartuchería, los restos de granada han sido los elementos que nos han servido para estudiar la artillería empleada. A pesar de haber hallado algún que otro fragmento dentro de los dos fuertes excavados, su estudio se ha abordado principalmente a partir de los 70 fragmentos procedentes del campo de batalla de Abárzuza. En general, los fragmentos hallados eran demasiado pequeños para poder llegar a determinar el diámetro de los mismos. A pesar de todo, pudimos llegar a identificar claramente dos tipos de proyectiles: la granada de envuelta pesada modelo 1868, de 8 cm de diámetro para cañón de acero rayado; y la granada de envuelta ligera modelo 1873, de 8 cm de diámetro para cañón de montaña Plasencia. Estos restos del campo de batalla están relacionados con las piezas de artillería republicana, al ser documentados en la zona en donde fueron bombardeadas las posiciones carlistas. No podemos decir lo mismo de la artillería carlista, al no haber documentado ningún elemento adscrito a su uso durante la batalla.

7.2.3. La fortificación

El avance de las armas de fuego, especialmente las de artillería, transformó totalmente la forma de hacer la guerra. Las mejoras en la distancia, precisión y destrucción, hicieron que desde mediados de siglo los antiguos sistemas defensivos se tuvieran que adaptar a los nuevos tiempos. En consecuencia, las diferencias en las fortificaciones entre la primera y segunda guerra carlista son notables. Durante la primera guerra, las defensas aún se basaban en el sistema abaluartado con frentes conti-

¹⁶⁶ <http://mikelatz.blogspot.com/2016/08/armamento-carlista-el-canon-whitworth.html>

nuos de siglos anteriores, en el que predominaban los ángulos para una defensa más compacta. Las fortificaciones se construían además en las inmediaciones o en las propias ciudades como consecuencia del corto alcance de los cañones. Por el contrario, el aumento de la potencia de la nueva artillería, dio paso durante la segunda guerra carlista a nuevos sistemas de defensa como el alemán. Este sistema, procedente de la herencia de la escuela de Montalembert, se caracterizaba por la construcción de fortificaciones de frentes poligonales, con caponeras para la defensa de los fosos y casamatas para la protección de las piezas de artillería (Palacio 2011: 121-123). A este respecto, el fuerte San Juan de Arandigoyen con sus casamatas, creemos que representa un destacado ejemplo de este nuevo sistema de fortificación.

En cuanto a la tipología, durante la primera guerra junto con las fortificaciones abaluartadas, pervivieron aquellas de forma estrelladas, como el de Kastillozar en Llodio, en donde pudimos intervenir en 2016 (Escribano-Ruiz et al, 2017). Estas formas cambiaron a lo largo del siglo, ya que durante la segunda guerra carlista, además del empleo de las fortificaciones de planta poligonal, observamos el uso tanto de blockhaus en el bando liberal, como de fuertes de planta pentagonal en el caso carlista¹⁶⁷.

Como hemos mencionado en el capítulo segunda de la tesis, existe una diferenciación de hasta tres tipos morfológicos de construcción militar, de los cuales, los dos primeros (de campaña y mixto-semipermanente), son los únicos que se construyeron en tiempos de guerra. En este caso, tanto los liberales como los carlistas emplearon los mismos sistemas de construcción, pero en el caso de los liberales, al contar con más medios, sus construcciones en la mayoría de las ocasiones resultaron ser más compactas. En ambas guerras se generalizó la construcción mixta basada en el empleo de la tierra y la madera; y en aquellos casos en los que se le quiso dar una mayor resistencia, se empleó además la piedra y el ladrillo. Dentro de la categoría de mixto-semipermanente, encontraríamos los fuertes que hemos podido excavar en las localidades de Villatuerta y Arandigoyen (Roldan Bergaratxea y Escribano-Ruiz, 2017).

También es reseñable destacar la importancia que fue adquiriendo la guerra de trincheras. Sobre su origen, aunque no podamos llegar a precisarlo bien, sabemos que ya se empleaba en época moderna como camino cubierto para asediar ciudades. Sin embargo, la trinchera contemporánea que todos podemos tener en mente, aquella que se usaba para defender una posición del enemigo, comenzó a desarrollarse durante la guerra de secesión. Entonces conocida como *trinchera-abrigo*¹⁶⁸, fue posteriormente perfeccionada en Europa en los conflictos anteriores a la segunda guerra carlista (De la Llave, 1898: 239-240). Aquí cada ejército motivado por los terribles efectos de la artillería y fusilería moderna, comenzó a mejorar y adaptar diferentes tipos de perfiles de trinchera según sus necesidades. De esta forma, llegados al conflicto de la segunda guerra carlista, los carlistas introdujeron de Austria lo que más tarde sería definido en el Reglamento Táctico Español de 1881, con el nombre de zanja-trinchera, también popularmente llamada *trinchera carlista*. Esta se definía como una trinchera de posición especial de montaña, en donde pasaba prácticamente inadvertida a ojos de los artilleros liberales (De la Llave, 1898: 532-533). El hecho de poder camuflarse tan bien

¹⁶⁷ Aquí podemos destacar los fuertes navarros del alto de Iguste en Garísoain (UTM: X: 590179, Y: 4728367) y el fuerte del alto de Armiñagain en Zabaldika (UTM: X: 614622, Y:4745654)

¹⁶⁸ Ver Glosario

en el paisaje, debió de ser una de las razones por las que durante la batalla de Abárzuza, el ejército republicano no consiguiera hacerles más de una baja diaria por cada tres piezas de artillería. Aunque el ejército liberal quiso limpiar su imagen, justificando la ineficacia de las granadas ordinarias que hasta entonces empleaba el ejército (Vigón, 2014, II: 382). Sin embargo, dentro del escalafón militar liberal, un oficial de gran prestigio como el propio Pedro Ruiz Dana, presente en la batalla de Abárzuza, afirmó que el perfeccionamiento de la trinchera carlista llevó a la artillería republicana al punto de hacer ineficaces sus fuegos (Ruiz-Dana, 1876: 155). Por lo que ante los adelantos en el campo de la artillería, los carlistas también supieron desarrollar mejores métodos de defensa, con la implantación de la *trinchera carlista*, logrando alcanzar una cierta equidad entre ambos bandos durante el conflicto. Esta estrecha relación existente entre el arte del ataque y la defensa lo describió muy bien el ingeniero carlista Franciso Alemany, en su discurso inaugural como director de la academia del real cuerpo de ingenieros del ejército carlista en Bergara, un 18 de enero de 1875: *La fortificación ha marchado siempre a la par de la artillería. Los progresos de esta han marcado las variaciones, las modificaciones y adelantos de aquella. Como gemelas estrechamente enlazadas, que no es posible tocar a la una sin herir a la otra, del mismo modo todo adelanto balístico lleva consigo alguna modificación en el arte de fortificar* (El Cuartel Real, 30/01/1875).

7.3. Conclusiones

A lo largo de este capítulo hemos podido observar los desarrollos tecnológicos más significativos que tuvieron una implicación directa en los avatares de la segunda guerra carlista. La llegada del ferrocarril aceleró el transporte tanto de tropas como de suministros de cualquier punto de España, al teatro de operaciones. La línea telegráfica, tanto óptica como eléctrica, facilitó una comunicación más rápida entre los diferentes mandos del ejército para operar eficazmente. Las innovaciones de las armas portátiles, así como las de la artillería, cambiaron por completo la forma de entender y hacer la guerra. Esto supuso el desarrollo de nuevos sistemas de fortificación capaces de proteger mejor a las personas implicadas en el combate. Todos estos nuevos avances que transcurrieron de forma acelerada desde mediados del siglo XIX, sentenciaron en buena parte las posibilidades de éxito que podían albergar los partidarios de la causa carlista. Porque a pesar de que desde el comienzo de la guerra los carlistas trataron de luchar en las mismas condiciones que el ejército gubernamental, algo que más o menos pudo haber sucedido durante la primera guerra carlista, lo cierto es que como hemos podido comprobar, durante la segunda guerra el ejército carlista siempre estuvo en inferioridad tecnológica. La línea de ferrocarril que consiguieron restablecer, no ayudó tanto a la causa, como sí lo hicieron las diferentes líneas españolas al bando liberal. De la misma forma, a pesar de la creación de diferentes líneas telegráficas en territorio carlista que ayudaron eficazmente al control territorial, la amplitud de la línea liberal, superaba con creces a la carlista. También hemos hablado de las carencias de las armas carlistas. No solo por el número de tipologías empleadas, sino también por las desventajas que prestaban en comparación a la Berdan o Remington del ejército liberal, o la eterna lucha en el abastecimiento de cartuchos. La artillería igualmente fue otro tema fundamental a la hora de entender las carencias de este ejército. Los carlistas comenzaron a conseguir sus primeros ejemplares bastante tarde. De hecho, hasta después de la batalla de Abárzuza de junio de 1874, apenas contaban con algunas piezas y éstas eran bastante precarias. Después, consiguieron en el extranjero una colección importante de piezas para el combate, pero nunca pudieron superar ni en cantidad ni en calidad a las del bando liberal, lo cual

les impedía presentar batalla en las mismas condiciones que los liberales. Más cuando en el transcurso de la primera a la segunda guerra, el papel de la artillería en los ejércitos contemporáneos jugaba cada vez un papel más importante. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los sistemas de defensa desarrollados por los carlistas. A pesar de que el ejército liberal contó con mayores fondos, mayor número de personal especializado y mano de obra, los carlistas supieron aprovechar muy bien tanto la orografía del terreno montañoso, sus recursos y sus habitantes para crear unos frentes de defensa admirables. Uno de sus mejores logros fue la aparición y perfeccionamiento de la *trinchera carlista*, la cual fue extensamente empleada para la defensa de su territorio y uno de los grandes escollos con los que tuvieron que lidiar los liberales a lo largo de los diferentes enfrentamientos.

8. CONCLUSIONES GENERALES

Esta tesis ha nacido y se ha desarrollado como respuesta al vacío actual existente en trabajos de arqueología del carlismo. Por ese motivo, uno de los aspectos fundamentales ha sido el análisis de diferentes casos de estudio. Desde una descripción a nivel regional de las fortificaciones construidas en Navarra, pasando por la excavación de dos fuertes (uno liberal y otro carlista) de una misma línea de frente, al estudio de un campo de batalla y el estudio de la tecnología militar empleada en este conflicto. El recorrido que hemos realizado nos ha ayudado a acercarnos por primera vez a la cultura material de la segunda guerra carlista, a conocer sus características y comprender que son muchas las incógnitas que generan.

En las próximas líneas, fruto del desarrollo de los apartados descriptivos e interpretativos, señalaremos las principales conclusiones de la tesis en términos metodológicos, arqueológicos, históricos y patrimoniales.

8.1. La efectividad de la prospección geofísica en campos de cultivo

Los diversos mapas de dispersión de materiales relacionados con la prospección geofísica realizada en la zona 2 del campo de batalla de Abárzuza, confirman no sólo la validez de la metodología empleada en los estudios de campos de batalla, sino además, sus aceptables resultados en campos en donde existe una explotación agrícola. A pesar de la pérdida de la información de la ubicación original de los materiales, la prospección de carácter sistemático realizada en los tres sectores de la zona 2, revela la posibilidad de obtener información importante para el entendimiento de lo ocurrido. Un claro ejemplo de ello han sido las diferentes concentraciones de materiales hallados en los tres sectores, que nos han servido para la interpretación de lo ocurrido durante la batalla.

Esta labor ha sido posible gracias al buen uso del detector de metales, sin el cual no se podría haber abordado el estudio del campo de batalla de Abárzuza. Por lo que queda demostrado la necesidad e importancia de esta herramienta para la arqueología de los campos de batalla. Esperemos que la buena *praxis* desarrollada en este trabajo de campo sirva para mejorar la opinión pública que se tiene de ella. Aun así es importante recordar que las excavaciones han aportado información estructural que permite contextualizar el material de las prospecciones y además acercarse al día a día del soldado, como veremos.

8.2. La expresión material de la estacionalidad de los frentes de guerra

Como decíamos en el primer capítulo de la tesis, el estudio arqueológico del patrimonio de la segunda guerra carlista no es un tema nuevo, pero sí reciente. Esto ha supuesto que a día de hoy todavía no tengamos apenas estudios centrados en su cultura material. De hecho, esta ausencia se debe en gran medida a la falta de restos en muchos de los yacimientos excavados. Podemos citar aquí los trabajos del arqueólogo Alfredo Moraza Barea, de la asociación Aranzadi, especializado en fortificaciones postmedievales, en las que su trayectoria le ha llevado a matizar en muchas

ocasiones la supuesta falta de materiales relacionados con estos conflictos (Moraza y García Dalmau, 2008; Moraza, 2012). También nosotros pudimos ser testigos de esa escasez de elementos en una intervención sobre el fuerte carlista de Kastillozar (Llodio) de la primera guerra carlista, realizado en 2016, en el que sólo documentamos dos objetos (Escribano-Ruiz *et al.* 2017). Sin embargo, esta escasa materialidad que parecía convertirse en un patrón generalizado, pronto se contradujo con los más de 1.400 elementos registrados en la intervención del fuerte de la Princesa de Asturias. Esta nueva situación nos hizo ver que parecía existir una relación directa entre la temporalidad del uso de los fuertes con la materialidad mueble presente. Cuanto más tiempo se mantiene una guarnición en un emplazamiento, mayor será la probabilidad de hallar restos de su cotidianidad. Algo que parece lógico y que hemos podido constatar a través de nuestros casos de estudio.

Otro rasgo importante que ayuda a determinar la estacionalidad de los fuertes nos lo proporciona la diversidad de objetos que podemos documentar. Algo que ha quedado patente es que cuanto más tiempo perdura una guarnición en un emplazamiento, existe una mayor posibilidad de obtener otro tipo de alimentos o suministros, incluso algunos no necesariamente de primera necesidad, lo que implica mejoras sustanciales en la calidad de vida en el frente. Prueba de ello son las dos tacitas de café o la copa de licor en el fuerte liberal, muy probablemente relacionados con la oficialidad. Esto puede indicar que una mayor permanencia en la posición puede llegar a implicar una mayor materialización de la jerarquización social.

8.3. La falta de investigaciones en la cultura mueble y el excesivo foco en lo militar

Debido a la escasez tanto de intervenciones como de restos muebles conocidos y estudios publicados, a lo largo del proceso de elaboración de esta tesis doctoral se ha hecho complicado el estudio y análisis de muchos de los elementos hallados. Este desconocimiento es mayor en aquellos elementos no bélicos, como por ejemplo los restos cerámicos.

En ambos bandos contamos tanto con cerámica vidriada como común sin vidriar. En general, parece que son formas que se han mantenido sin muchos cambios durante los últimos siglos, lo que unido al vacío de estudios, generalmente la historiografía ha terminado por definirlos como *cerámica popular* (por ejemplo, para nuestro caso: Ibabe, 1995). Sin embargo, aunque se plantee como algo atemporal el concepto popular se formuló en un contexto histórico muy concreto. Fue en el siglo XX cuando se gestó como una expresión *sine die*, pero sabemos que lo que era popular en el siglo XIX o en el XX, no lo fue en los siglos XVI o XVII (Escribano-Ruiz, 2013). Además, resulta paradójico comprobar cómo hay un mayor interés académico por la cerámica medieval o anterior, que por la de hace 145 años.

Esta falta de interés también es evidente en otros grupos materiales, como por ejemplo el menaje metálico de cocina o las latas de conserva, de los que hoy por hoy resulta imposible hacer cualquier estudio más allá del descriptivo, no solo por la falta de estudios, sino también por la falta de mate-

riales que nos proporcionen un conocimiento más exhaustivo de técnicas de producción o formas de contenido.

Por otro lado, como hemos adelantado, el estudio de los materiales bélicos goza de mayor conocimiento. En especial todo aquello relacionado con el armamento del soldado, pero también los elementos nobles que conforman su uniforme (botones, insignias, elementos de identificación del cuerpo...). Sin embargo, también aquí podemos apreciar una dicotomía en su estudio. Los elementos más ostentosos, como pueden ser los botones metálicos del uniforme, las insignias, las armas o las bayonetas, están muy bien estudiados, hasta tal punto que tenemos libros específicos en donde se han clasificado los botones del ejército español (Guirao et al, 2012) o sus armas (Sánchez Gómez, 1991; y De Aguinaga y García, 2019). No ocurre lo mismo con los elementos más austeros como pueden ser las hebillas del soldado, o los cartuchos que nutren las armas de fuego y que a pesar de que sí existe alguna publicación sobre la materia (Martínez Velasco, 2008; Arrate et al, 2014; y Palacio, 2016), las grandes referencias a esta temática se hallan en internet. Esta jerarquización que mencionamos podemos constatarla en los museos de armas. Mientras las condecoraciones, botones, espadas, o armas de fuego como carabinas, tercerolas, fusiles o revólveres decoran las vitrinas, aspectos interesantísimos como la diversidad de municiones que existió a lo largo del siglo XIX, en relación a los constantes desarrollos y competencias de mercado, se dejan de lado. La falta de interés en esta temática concreta, que puede extenderse también al conocimiento que tenemos sobre las piezas de artillería frente a proyectiles, nos ha dificultado notablemente su estudio. Vemos, por lo tanto, totalmente necesario estudios concretos que ayuden a paliar este desconocimiento que necesita ser resuelto para el progreso de esta arqueología. Como hemos podido concluir tras el análisis de las vainas de cartucho y balas del campo de la batalla de Abárzuza, algunas son por el momento desconocidas y otras tan solo podemos agruparlas dentro de una tipología más general (un caso ejemplar son las vainas de la familia 50 – 70). Por lo tanto, un mayor conocimiento de los diversos tipos existentes podrá aportar nuevos datos totalmente necesarios para un mejor conocimiento de la arqueología de los campos de batalla.

8.4 Una guerra en las puertas de la globalización contemporánea

Los grandes desarrollos industriales durante el siglo XIX cambiaron por completo el arte de hacer la guerra. La construcción de empresas especializadas, la aparición de las cadenas de trabajo o el desarrollo de nuevas máquinas que facilitasen la producción, ayudaron a pasar de una producción pequeña, cara y artesanal, a una masiva y más barata, posibilitando cada vez más la venta nacional e internacional. Este aspecto lo hemos tratado principalmente en el armamento de la época, que claramente resultó ser mucho más letal en comparación con el empleado durante la primera guerra carlista. Mientras a lo largo de las anteriores guerras podía ser el soldado quien fabricase sus propias municiones, ahora era necesaria la mano de obra cualificada que fabricase no solo las balas, sino también las vainas en donde iban a ir insertas. Esto, unido a una mayor cadencia de disparo, provocó que las guerras de mediados de siglo comenzasen a volverse tremendamente caras, por la cantidad de munición que se empleaba en cada contienda. De modo que el proceso de fabricación también tenía que estar a la altura y se aceleró gracias a la industrialización de la producción. A este

respecto, ya hemos mencionado cómo los carlistas presentaron grandes problemas de abastecimiento interno, lo que les llevó muchas veces a abandonar un enfrentamiento por la escasez de munición.

La industrialización no sólo afectó al armamento del soldado, ya que también se notaron grandes cambios en el campo de la artillería. Las granadas presentaban ahora una composición interna mucho más compleja que las granadas esféricas de antaño, con un sistema de espoleta que aumentaba la letalidad del arma. Nuevamente, los carlistas se encontraron con dificultades a la hora de elaborar sus propias granadas de esta tipología para sus numerosas y diversas bocas de fuego. Esto, traducido al campo de batalla, se materializó en una menor eficacia en comparación con las del ejército liberal, que fabricaban su artillería en las grandes fábricas nacionales, como la de Trubia o Sevilla (Sánchez Gómez, 1991: 197). Esto, unido a la estandarización de la producción, supuso la fabricación en masa de los estopines de fricción que hemos podido documentar en ambos fuertes.

Alejándonos del mundo estrictamente militar, otro elemento importante fue el desarrollo de la comida enlatada que ayudó claramente al mantenimiento de las guarniciones liberales en los frentes de guerra. Sabemos, como hemos mencionado, que la primera fábrica conservera en España se inauguró en Calahorra en 1848, por lo que la producción masiva de esta vitualla fue clave en el mantenimiento de los frentes de guerra, al menos como ración de reserva de un ejército mucho mayor al carlista y que en muchas ocasiones se encontraba alejado de sus puntos de abastecimiento. Creemos que este adelanto comenzó a emplearse en España a raíz de esta guerra y por el momento tan sólo ha sido documentado en el bando liberal. Esto garantizó por primera vez un abastecimiento solvente. Ahora podían operar allí en donde en otro tiempo no les habría sido posible, al no contar con garantías de que llegase la intendencia.

También hemos podido detenernos en observar los adelantos desarrollados en los sistemas de producción de los envases de alcohol. A este respecto, los fragmentos de botellas posiblemente de vino de ambos fuertes, son parte del inicio de ese proceso de estandarización de los envases vítreos.

En el apartado relacionado con la cerámica, también hemos observado una diversidad muy interesante. En el fuerte liberal hemos identificado dos elementos del mercado nacional, mientras que en el caso carlista tenemos dos de un mercado local y uno internacional, procedente de Francia. Reflexionando acerca de la procedencia de estos objetos, si bien la muestra de que disponemos es todavía muy pequeña, se podría aventurar que el ejército liberal pudo abastecerse mediante el comercio nacional por medio del ferrocarril. El ejército carlista, en contra, tuvo que recurrir al abastecimiento local y en la medida de lo posible a las importaciones del extranjero. En este último caso sería de forma irregular, mediante compras puntuales, y no de forma continuada como tal vez sí pudo haberlo tenido el ejército liberal con productores nacionales¹⁶⁹. Esto nos lleva a concluir que tal vez los carlistas tuvieron problemas para poder adquirir ciertos productos en territorio nacional y que quizá ante esa necesidad recurrieran primero a conseguirlo bajo el territorio que ocupaban, o en su defecto a adquirirlo en el extranjero mediante transacciones comerciales que pudieron realizar con diversos agentes. De esta forma, por ejemplo, se entienden las importaciones de munición procedentes de Francia, Inglaterra y otras potencias. Por su parte, el ejército liberal, al hallarse en un territorio hostil a su presencia, debió de encontrar bastantes problemas para su propio abastecimiento

¹⁶⁹ Siempre que consideremos que la cerámica adquirida sea del contexto de la guerra y no anterior.

en el comercio local, que creemos que debía estar en gran parte acaparado por los carlistas. De esta forma se entendería la necesidad de avituallamiento constante con productos nacionales procedentes de posiciones de retaguardia.

Sin embargo, no todos los restos materiales que hemos documentado son resultado del proceso de la industrialización. Dos claros ejemplos los podemos encontrar en el cántaro y el jarro del fuerte carlista, de procedencia local y claramente unidos a un proceso preindustrial, fabricados por alfareros de forma totalmente artesanal. Estamos seguros de que junto a estos dos objetos tenemos otros tantos que son fruto de un proceso todavía artesanal y que debido a la fragmentación de las piezas no hemos sido capaces de identificar. Por ello, podemos deducir que la cultura material procedente de la segunda guerra carlista se encuentra en transición entre elementos propios todavía de una etapa pre-moderna y artesanal, y otra propiamente moderna e industrial.

8.5. El ignoto legado del paisaje militar

Una de las aportaciones más relevantes a nivel general, ha sido la identificación de 140 obras militares construidas por ambos bandos durante la guerra en Navarra. A pesar de que estamos convencidos de que todavía queda mucha labor previa a una catalogación, los resultados valen por sí solos para demostrar la complejidad constructiva alcanzada en esta guerra.

Durante la fase 1 y 2 de la guerra, las construcciones fueron obras de campaña. Es decir, estructuras construidas fundamentalmente a base de tierra y madera. Sin embargo, tras la batalla de Abárzuza y por tanto, al inicio de la fase 3, comenzaron a construirse fortificaciones mixtas, con el empleo tanto de piedra como de ladrillo, que se extendería a la fase 4. Este fenómeno no fue fruto del azar, ya que tras la batalla de Abárzuza, el ejército gubernamental comprendió de que se hallaba combatiendo contra tropas regulares y que podían llegar a suponer una amenaza para la supervivencia del estado. Es por eso que la inversión en obras de carácter mixtas, primeramente en la ribera de Navarra, fue del todo necesario para contener la expansión territorial del carlismo. Como hemos matizado a lo largo de la tesis, alguna de las construcciones mixtas construidas durante la guerra fue más allá, comenzando a mostrar signos de las características construcciones de carácter permanente construidas en periodos de paz. En este sentido, los contrafuertes documentados en la intervención del fuerte de San Juan son una prueba de ello.

Tras la guerra, el paisaje militar comenzó a desarticularse. Primero a raíz del mandato del capitán general de Navarra, por el que mandaba la destrucción de toda obra militar que durante la guerra hubieran construido los carlistas. Y segundo, por el desmantelamiento de las obras militares liberales que no fueran necesarias para el control del recién pacificado territorio. Una labor que hasta la actualidad se han ido encargando de continuar los agentes tanto ambientales como, sobre todo, antrópicos. Por todo ello, no son muchos los restos que quedan en pie en la actualidad.

El desconocimiento actual de este legado no se limita únicamente a los vecinos de las localidades próximas de las construcciones, sino que trasciende hasta las administraciones competentes en materia de protección. En las últimas décadas la antropización de espacios naturales en Navarra ha ido en aumento, con la construcción de repetidores, aerogeneradores, carreteras... que han

perjudicado gravemente el patrimonio militar de la guerra. Por ese motivo, creemos que el trabajo de identificación realizado en esta tesis será muy útil de cara a futuro, para poder conocer la localización de estas fortificaciones y así poder preservarlas frente a futuras alteraciones.

8.6. La necesidad de fomentar planes de actuación, divulgación y turismo sobre el patrimonio de la segunda guerra carlista

Como hemos indicado unas líneas más arriba, la falta de conocimiento sobre la existencia de este paisaje militar, ha llevado a que en el transcurso de unas generaciones se fuera destruyendo el legado material de la guerra. Para remediar en parte esta situación, creemos que los trabajos que comienzan a ver la luz sobre este patrimonio deben tener un papel preponderante en el ejercicio de transmisión de conocimiento a las entidades locales. Hacer partícipe a la sociedad de los proyectos que se van desarrollando y divulgar el conocimiento que se adquiera. De esta forma se podrá recuperar una memoria que ayudará a proteger los restos de cara al futuro.

En este sentido, también es primordial crear un motor turístico que ayude a conservar y reivindicar un valor cultural. Ya en 2009, el gobierno de Navarra creó la malograda *ruta del carlismo*, como una vía para conocer la historia del carlismo, recorriendo algunas localidades en donde se desarrollaron importantes hitos históricos. En estos, se emplazaron algunos carteles y paneles para los visitantes¹⁷⁰. A pesar de que la iniciativa era buena, la realidad mostraba una enorme carencia de fondo, al no haber lugares, infraestructuras, centros de interpretación... que pudieran satisfacer el interés turístico del visitante, más allá del contenido histórico facilitado en el panel. Ante esta situación, la identificación en la tesis de 140 fortificaciones y la intervención en dos de ellas, brindan la oportunidad de complementar las carencias que sigue presentando la actual ruta. Las visitas guiadas organizadas durante las campañas de excavación han suscitado el interés de los visitantes y creemos que desde la arqueología de las guerras carlistas se puede incidir en la creación de un turismo cultural que sirva como medio para conocer este patrimonio en peligro y para entender las guerras civiles del siglo XIX. A este respecto, una de las conclusiones más importantes desarrolladas tras la intervención en el fuerte liberal de la Princesa de Asturias, ha sido la panelización del fuerte, su consolidación estructural, adecuación del entorno y la creación de un sendero para el visitante. Estas tareas desarrolladas por el Ayuntamiento de Villatuerta suponen una apuesta por un turismo rural de calidad y fomentan el conocimiento de este patrimonio.

¹⁷⁰<https://www.turismo.navarra.es/esp/profesionales/notas-prensa/Nuevos-servicios-turisticos/20090820+Ruta+carlismo.htm> (visitado el 08/04/2021)

GLOSARIO

Aspillera: Abertura larga y rectangular, estrecha por el exterior y ensanchada por el interior, practicada en una muralla, pared, puerta o en los costados y manparos de un buque para disparar contra el enemigo asomando por ella el cañón de un fusil. Se llama *apaisada* cuando tiene su mayor dimensión en sentido horizontal, e *invertida* cuando la parte ensanchada, que de ordinario está hacia dentro, se pone hacia fuera, como las cañoneras para artillería. (Clairac, I, 1877: 361).

Barbeta: Parapeto o muralla, ordinariamente en los salientes, que no teniendo merlones ni cañoneras está destinado a que tire la artillería ha descubierto convirtiéndose por lo tanto, en el perfil, la altura de apoyo en altura de rodillera, porque la cresta del parapeto llega efectivamente a las rodillas de los sirvientes de la pieza. (Clairac, I, 1877: 440).

Batería: La plataforma en que se sitúan los cañones en una plaza de guerra, campamento, etc. En general toda obra u obras destinadas especialmente a ser guarnecidas por un número, ordinariamente considerable, de piezas de artillería, reunidas y ha cubierto. (Clairac, I, 1877: 477).

Blockhaus: Palabra alemana, compuesta de *block*, tronco, y *haus*, casa. Es una caseta, barracón o reducto de madera, a prueba de fusil, que se lleva desarmado y se asienta o arma donde conviene. (Clairac, I, 1877: 505).

Cañonera: Tronera o abertura practicada en una muralla o espaldón de batería para que por ella puedan dispararse las bocas de fuego. Están ensanchados por el exterior para facilitar la oblicuidad del tiro. El espacio que hay entre el merlón y merlón para colocar la artillería en batería. (Clairac, I, 1877: 747).

Caponera: Obra de fortificación que consistió primitivamente en una simple estacada con aspilleras o troneras para defender el foso en reductos y fuertes. El origen del nombre debieron ser las jaulas de encerrar y cebar capones. **Caponera casamatada:** La que se cubre por la parte superior y en cuyos lados se practican aspilleras o cañoneras. (Clairac, I, 1877: 773).

Casamata: Bóveda construida en alguna parte de la muralla de una plaza con objeto de establecer una batería baja para defender el foso y poner a los soldados a cubierto de los proyectiles huecos, formar hospitales de sangre o almacenes de pólvora o víveres. Reducto o blockhaus que sirve para poner ha cubierto la artillería de los efectos del tiro a rebote. (Clairac, I, 1877: 842). Cerrando con un muro de fondo y abriendo cañoneras o aspilleras en la escarpa, se forman unas casamatas que pueden comunicar entre sí por medio de puertas abiertas en los contrafuertes y utilizarse para la defensa del foso y también eventualmente para alojamiento o almacenes (De la llave, 1898: 172).

Contraescarpa: El talud del foso opuesto a la escarpa, o sea el que está del lado exterior o de la campaña. (Clairac, II, 1879: 210).

Enfilar: Dirigir una visual a dos o más objetos desde un punto que está en el mismo plano vertical que ellos. En fortificación: coincidir la trayectoria de los proyectiles de artillería con una fila enemiga, haciendo en ella, como es consiguiente, gran estrago. Los ingenieros acuden a desenfilar,

esto es, a remediar la enfilada, ya por la traza o disposición de las obras, cuando es posible, ya por medio de traveses, espaldones, cestonadas o candeleros (Clairac, II, 1879: 711)

Escarpa: La cara del foso de un atrincheramiento que corresponde al lado del parapeto; la opuesta a la contraescarpa. (Clairac, II, 1879: 823).

Flanqueo: Es la acción y efecto de flanquear. Por tanto, flanquear es: procurar por medio del trazado, fuegos que se crucen sobre un saliente, sobre un foso o sobre otro punto importante y destituido de defensa directa o propia (Clairac, III, 1884: 107).

Foso: La excavación profunda y larga practicada en la parte exterior de una obra de fortificación, para dificultar su paso, aumentando la elevación del parapeto o de la muralla y los medios de defensa. Con las tierras que se extraen del foso se construye el parapeto, la banqueta, y aun el glacis, si las hay en bastante cantidad. Sus partes son fondo, escarpa y contraescarpa. Los fosos aquí presentes son secos. (Clairac, III, 1884: 177).

Glacis: En los parapetos, es la tierra dispuesta en larga y suave pendiente o declive. Desde la cresta del camino cubierto o desde el borde de la contraescarpa, hasta confundirse con el terreno o suelo natural, de manera que, aunque el enemigo llegue a la orilla del foso, no deja de estar expuesto a los fuegos del interior de la obra (Clairac, III, 1884: 373-374).

Luneta: Baluarte pequeño y con la precisa condición de no formar sistema, de estar suelto, aislado o destacado. Es obra abierta por la gola en forma de rediente, o ángulo saliente, a cuyas caras se agregan flancos paralelos a la capital próximamente, lo que permite abrir más el ángulo saliente sin que la obra quede expuesta a ser envuelta. Las caras pueden tener hasta 150 metros de longitud. Pero los flancos apenas exceden de 50, pues deben procurarse siempre poca profundidad en la obra para que los defensores estén más resguardados. (Clairac, IV, 1888: 548-549).

Mechinal: Agujero que se deja o hace en las paredes de un edificio o de otra cualquiera fábrica para formar después los andamios, introduciendo en él un puente. (Clairac, V, 1891: 280). En nuestro caso, para introducir las vigas de la techumbre del fuerte San Juan.

Parapeto: Defensa o reparo para resistir al enemigo, bien a campo raso, o bien en las poblaciones; pero más especialmente en terraplén o masa de tierra, ya insista sobre el terreno, ya sobre terraplén arreglado a dimensiones de perfil, que cubre hasta el pecho al que tira desde la banqueta. (Clairac, V, 1891: 634).

Reductos interiores: Llámese así a unas disposiciones cerradas que se construyen en el interior de las obras, cuyo objeto es servir de refugio a la guarnición, en el caso en que el enemigo, por sorpresa o fuerza, llegue a penetrar en la obra principal. Construíanse ordinariamente estas obras de madera, empleándose en este objeto los blockhaus (Moreno y Argüelles, 1877: 102-103)

Tambor: en fortificación de campaña, no se puede decir en rigor que es obra, si no *apéndice*, de traza próximamente semicircular y de cualquier material, generalmente mampostería, árboles rolli-

zos, gruesas estacas, con o sin tierra, que se adosa o adapta, especialmente al exterior de puertas y esquinas de edificios, cuando se ponen rápidamente en estado de defensa y con las que se procura cubrir mejor y flanquear con unas cuantas aspilleras. (Almirante, 1869: 1065-1066).

Trinchera: En general toda zanja, no muy grande, abierta en el suelo, cuyas tierras excavadas se amontonan al lado. (Almirante, 1869: 1104).

Trinchera-abrigo: Consistía en cavar una línea tal que entre la profundidad de la misma y el parapeto, sumase una altura de 1.30 m, suficiente para que los soldados en pie pudieran abrir fuego cómodamente y protegidos (De la Llave, 1898: 239)

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá, C. (2004). *La tercera guerra carlista. 1872-1876*. Grupo medusa ediciones. Madrid.
- Alcalá, C. (2007). *2ª Guerra Carlista. La Guerra de los Matiners*. Almena. Madrid.
- Aldecoa Calvo, J. S. (2003). El azote de las guerras carlistas. *Comarca del Jiloca*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, 131 – 153.
- Almirante, J. (1869). *Diccionario Militar Etimológico, Histórico, Tecnológico, con dos vocabularios francés y alemán*. Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra. Madrid.
- Andrén, A. (1998). *Between artifacts and texts: Historical archaeology in global perspective*. Springer.
- Aníbarro Sánchez, S. (2006). Convento de Carmelitas de San José de la Isla (Sestao). *Arkeoikuska*, 349 – 352.
- Aníbarro Sánchez, S. (2007). Convento de Carmelitas de San José de la Isla (Sestao). *Arkeoikuska*, 375 – 380.
- Anschuetz, K., Wilshusen, R., Scheick, C. (2001). An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions. *Journal of Archaeological Research*, 9(2), 157 – 211.
- Apalategui Igarzabal, F. (2005). *Karlisten eta liberales gerra-kontaerak (I eta II). Relatos de guerra carlistas y liberales (I y II)*. Auspoa. Diputación Foral de Guipúzcoa. San Sebastián.
- Apuntes sobre Fortificación de Campaña* (1866). Imprenta de la Viuda de Fernández y Compañía. Madrid.
- Armendáriz Martija, J. (2008). *De Aldeas a Ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a. C. en Navarra*. Gobierno de Navarra. Pamplona.
- Aróstegui, J., Canal, J., González, E. (2003). *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*. La esfera de los libros. Madrid.
- Arrate Jorin, J. Á., Rubio Olmedo, A., Astorqui Hernández, Á. (2014). Batallas de Somorrostro, 1874: viejas guerras, nuevas tecnologías. *Kobie* (serie paleoantropología), 33, Diputación Foral de Bizkaia, 107 – 128.
- Arrese, A. (2012). Fortificación de Atxetilun. *Arkeoikuska*, 320 – 321.
- Arrieta Valverde, A. (2015). *Euskal Herriko Forteak. Berpiezkundetik karlismora*. Txalaparta. Tafalla.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Gedisa. Barcelona.

- Aurrekoetxea Fernández, U. (2011). San José de la Isla. Fase III. *Arkeoikuska*, 275 – 283.
- Ayán Vila, X. (2015). Guerra en la universidad: cuando se quebraron las cristaleras de la facultad. *Arkeogazte*, 5, 27 – 34.
- Ayerbe, M. (2004). Alto de Lugaritz (Donostia-San Sebastián). *Arkeoikuska*, 408 – 409.
- Azcona Guerra, A. M. (1996). *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*. Gobierno de Navarra.
- Bagaloni, V., Pedrotta, V. (2018). Frontiers and fortlets in the Pampa region, Argentina. *Historical Archaeology*, 52, 348 – 371.
- Ballesteros Arias, P., Otero Vilariño, C., Varela Pousa, R. (2005). Los paisajes culturales desde la arqueología: Propuestas para su evaluación, caracterización y puesta en valor. *ArqueoWeb*, 7(2), 1 – 13.
- Baroja, P. (1908). *Zalacaín el aventurero*. Eduardo Domenech. Barcelona.
- Baugher-Perlin, S. (1982). Analyzing glass bottles for chronology, function, and trade networks. En R. S. Dickens (ed.), *Archaeology of Urban America: the search for pattern process* (pp. 259-290).
- Belasko, M. (1999). *Diccionario etimológico de los nombres de los pueblos, villas y ciudades de Navarra: Apellidos navarros*. Pamiela. Pamplona.
- Bellón Ruiz, J., Rueda Galán, C., Lechuga Chica, M.Á., Ruiz Rodríguez, A., Molinos Molinos, M. (2017). Archaeological methodology applied to the analysis of battlefields and military camps of the Second Punic War: Baecula. *Quaternary International*, 435(B), 81 – 97.
- Bengoetxea Rementeria, B. (2004). Arqueología de la edad moderna: valoración y reflexión en torno a una disciplina en construcción. El ejemplo de la C.A.V. *Kobie* (serie anejos), 6(2), Diputación Foral de Bizkaia, 667 – 682.
- Benito Domínguez, A.M. (2002). Casco Arramendi (Rentería). *Arkeoikuska*, 156 – 158.
- Benito Domínguez, A.M. (2003). Casco Arramendi (Rentería). *Arkeoikuska*, 151 – 152.
- Berge, D. L. (1980). *Simpson spring station: Historical archaeology in western Utah, 1974-1975*. Bureau of Land Management Utah. Cultural Resource Series Publication, 6.
- Blanco-Rotea, R. (2017). Arquitectura y paisaje. Aproximaciones desde la arqueología. *Arqueología de la Arquitectura*, 14, 1 – 49.

- Blasco Sancho, M. F. (2002). El fuerte de guerra de Novillas: origen y evolución de un edificio singular. *Cuadernos de Estudios Borjanos*, 45, 161 – 188.
- Brea, A. (1897). *La Campaña del Norte de 1873 a 1876*. Biblioteca Popular Carlista. Barcelona.
- Buces Cabello, J. (2011). Fuerte Zumalakarregi. *Arkeoikuska*, 321 – 324.
- Burström, M. (2007/2008). Looking into the recent past. *Current Swedish Archaeology*, 15 – 16, 21 – 36.
- Busch, J. (1981). An introduction to the tin can. *Historical Archaeology*, 15(1), 95 – 104.
- Calle Iturrino, E. (1961). *Evaristo de Churruca y Brunet. Primer conde de Motrico*. Junta de Cultura de Vizcaya. Bilbao.
- Calvó, J. L. (8 de junio de 2004). 24 tipos de cubo en bayonetas encontradas en España, 1 – 20 [Entrada en un blog] <http://www.catalogacionarmas.com/public/bayonetas.pdf>
- Calvó, J. L. (1 de marzo de 2014). Estopines en el material de antecarga, 71 – 75 [Entrada en un blog] <http://www.catalogacionarmas.com/public/09-estopines-antecarga.pdf>
- Calvó, J. L. (7 de marzo de 2014). Espoletas en el material de antecarga, 77 – 81 [Entrada en un blog] <http://www.catalogacionarmas.com/public/10-espoletas-antecarga.pdf>
- Calvó, J. L. (3 de noviembre de 2016). Armamento portátiles en las 2ª y 3ª guerras carlistas, 1 – 15 [Entrada en un blog] <http://www.catalogacionarmas.com/public/capitulo1.pdf>
- Canal, J. (2004). Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español. *Ayer (Asociación de Historia Contemporánea)*, 55, 37 – 60.
- Canal, J. (2012). Guerras civiles en Europa en el siglo XIX o guerra civil europea. En J. Canal, y E. González (eds.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx* (pp. 25 – 38). Casa de Velázquez. Madrid.
- Canales, C. (2004). Abárzuza 1874: El punto de equilibrio. *Ristre*, 14, 10 – 27.
- Cañas Díez, S. (2019). Otros efectos de la industrialización en Calahorra (La Rioja) 1852 – 1936. En S., Castillo, y J. Uría (coord.), *Sociedades y Culturas: IX Congreso de Historia Social*, Oviedo, 327 – 350.
- Carman, J. (2013). *Archaeologies of conflict*. Bloomsbury.
- Caspistegui Gorasurreta, F. J. (1997). Navarra y el carlismo durante el régimen de Franco: la utopía de la identidad unitaria. *Investigaciones Históricas. Época moderna y contemporánea*, 17, 285 –

Caspistegui Gorasurreta, F. J. (2004). El proceso de secularización de las fiestas carlistas. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 26, 781 – 802.

Caspistegui Gorasurreta, F. J. (2013). Montejurra. La construcción de un símbolo. *Historia Contemporánea*, 47, 527 – 557.

Castellanos Alavedra, P. J. (1987). Los centros alfareros de Breda, Quart y la Bisbal. *Narria: Estudios de artes y costumbres populares*, 47 – 48, 24 – 39.

Cerrato, J. M. (2012). Telegrafía liberal y carlista (1872-1876). *Asociación de Amigos del Telégrafo*, 9, 1 – 9.

Clairac y Saenz, P. (1877). *Diccionario General de arquitectura e ingeniería*. I. Zaragoza y Jaime. Madrid.

Clairac y Saenz, P. (1879). *Diccionario General de arquitectura e ingeniería*. II. Zaragoza y Jaime. Madrid.

Clairac y Saenz, P. (1884). *Diccionario General de Arquitectura e Ingeniería*. III. Pérez Dubrull. Madrid.

Clairac y Saenz, P. (1888). *Diccionario General de Arquitectura e Ingeniería*. IV. Pérez Dubrull. Madrid.

Clairac y Saenz, P. (1891). *Diccionario General de Arquitectura e Ingeniería*. V. Pérez Dubrull. Madrid.

Corpas Mauleón, J. R. (2007). Presentación. En Museo del Carlismo, *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*. En Actas / I Jornadas de Estudio del Carlismo (p. 11). Gobierno de Navarra.

Costa García, J. M. (2015). Las campañas augusteas en el noroeste peninsular: acción militar y propaganda. *Arkeogazte*, 5, 95 – 111.

Cruz Perez, L., Capdevila Montes, E., y Slepoy Benites, P. (2014). *Estudio de la Red de telegrafía óptica en España*. Instituto del Patrimonio Cultural de España. Madrid.

Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (1883). *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*. I. Depósito de la Guerra.

Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (1885). *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*. IV. Depósito de la Guerra.

- Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (1885). *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*. V. Depósito de la Guerra.
- Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (1885). *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*. VI. Depósito de la Guerra.
- Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (1886). *Narración militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876*. VII. Depósito de la Guerra.
- Damlund, C., McMillan, S. M. (2019). Review of the 6th PGCA conference. *Journal of Conflict Archaeology*, 14(2 – 3), 212 – 222.
- De Aguinaga García, F., García de Aguinaga, J. L. (2019). *Spanish rolling block. The basque made rifles of the third carlist war*. Aguinaga. Madrid.
- De la Llave y García, J. (1898). *Lecciones de fortificación*. Madrid.
- De la Vega Inclán, M., De Castro y López, J., y Astorga, M. (1874). *Relación histórica de la última campaña del Marqués del Duero*. Madrid.
- De Lossada y Canterac, J. (1903). *Artificios de fuego de guerra: empleados en España y en el extranjero*. Manuales Gallach. 32. Barcelona.
- De Unamuno y Jugo, M. (1897). *Paz en la Guerra*. Librería de Fernando Fe. Madrid.
- Del Burgo, J. (1996) Introducción. Las jornadas de Madison sobre el carlismo. En S. G. Payne (ed.), *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: El Carlismo 1833-1975*, (pp. 13 – 16). ACTAS. Madrid.
- Del Romero Renau, L., Sanchez Giménez, S., y Mallén Alcón, C. (2010). *El patrimonio bélico de las Guerras Carlistas en Cantavieja*. Comarca del Maestrazgo. Teruel.
- Del Valle-Inclán, R. (1908-1909). *La Guerra Carlista*. Madrid.
- Díaz Yubero, I. (2015). Alimentos con historia. Conservas. *Distribución y Consumo*, 140, 58 – 68.
- Domínguez Solera, S. D., y Muñoz García, M. (2016). Huellas arqueológicas del asedio carlista de Cuenca de julio de 1874. En J. Recuenco Pérez (coord.), *Entre la Guerra Carlista y la Restauración: Cuenca en el último tercio del siglo XIX* (pp. 139 – 148). Diputación Provincial de Cuenca.
- Duarte Martínez, F. X., y Núñez Calvo, G. (2009). Hospital Cívico-Militar de la plaza de Morella: Algunas causas de muerte durante la Tercera Guerra Carlista. En M. Polo Cerdá, y E. García Prósper (eds.), *Investigaciones Histórico-Médicas sobre salud y enfermedad en el pasado*. Actas del IX Congreso Nacional de Paleopatología (pp. 99 – 115).

- Editorial Arkeogazte (2015). Arqueología del Conflicto. *Arkeogazte*, 5, 9 – 23.
- Eiroa San Francisco, M. (2004). La economía española del siglo XIX. En J. Paredes (coord.), *Historia contemporánea de España (siglo XIX)* (pp. 349 – 366). Ariel. Barcelona.
- Escribano - Ruiz, S. (2013). Los Antecedentes de la Cerámica Popular Vasca. Consideraciones desde el Consumo Cerámico de Durango y Vitoria-Gasteiz (siglos XIV y XVII). En B. Gómez de Segura (coor.), *Siglos de Alfarería en Ollerías* (pp. 34 – 61). Ayuntamiento de Legutio – Museo de Alfarería Vasca. Legutio.
- Escribano - Ruiz, S. (2014). *Genealogía del registro cerámico alavés de época preindustrial (siglos XIV al XVII)* [Tesis de doctorado, Universidad del País Vasco]. <https://addi.ehu.es/handle/10810/22905>
- Escribano - Ruiz, S. (2017). Estrategias cuantitativas para el estudio de cerámica arqueológica. Una propuesta desde el caso de la cerámica histórica alavesa. *Munibe*, 68, 289 – 300.
- Escribano - Ruiz, S., Roldan Bergaratxea, I., Martín Etxebarria, G. (2016). Kastillozar. *Arkeoikuska*, 103 – 105.
- Etxeberria Gabilondo, F., Solé i Barjau, Q. (2019). Fosas comunes de la guerra civil en el siglo XXI: antecedentes, interdisciplinariedad y legislación. *Historia Contemporánea*, 60, 401-438.
- Ezpeleta Aguilar, F. (2013). Las guerras carlistas en la literatura juvenil. *Tejuelo*, 16, 35-46.
- Ferguson, N., Novotny, J., Trigg, J. (2012). Postgraduate Conflict Archaeology. *Journal of Conflict Archaeology*, 7(3), 161 – 163.
- Ferguson, N., Scott, D. (2016). Where the battle rages: war and conflict. *Post-Medieval Archaeology*, 50(1), 134 – 147.
- Fernández Bordegarai, J. (2003). Estudio Arqueológico de la muralla de la villa de Peñacerrada-Urizaharra. *Arkeoikuska*, 47 – 52.
- Fernando de la Serna, A. (1878). *El primer año de un reinado*. Imprenta de Enrique de la Vila. Madrid.
- Fontana, J. (2007). La época del liberalismo. En J. Fontana, y R. Villares (direc.), *Historia de España*. 6, Crítica/Marcial Pons. Barcelona.
- Frontela Carreras, G., Herrero Fernández, M^a. D., Medina Ávila, C.; Verdera Franco, L. (2015). *La artillería española: al pie de los cañones*. Ministerio de Defensa.

- García Alonso, M. (2011). Las evidencias arqueológicas de la batalla de Ramales (Primera Guerra Carlista). *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los castillos*, 161 – 163, 107 – 116.
- García García, M. L. (1984). Alfareros estellese en los siglos XIX y XX. *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 44, 139 – 170.
- García - Sanz Marcotegui, Á. (1992). Aproximación a las consecuencias de las crisis de mortalidad de la primera mitad del XIX (1790-1860) en la población navarra. *Príncipe de Viana. Anejo*, 16, 35 – 53.
- García - Sanz Marcotegui, Á. (1995). Pancracia Ibarra, liberal y fuerista. Su testimonio sobre la última guerra carlista en Navarra. *Gerónimo de Uztariz*, 11, 137 – 146.
- García - Sanz Marcotegui, Á. (2004). Lugares de memoria liberal de la última guerra carlista en Navarra. Su presencia en el callejero de Pamplona (1873-1937). *Historia Contemporánea*, 28, 397 – 424.
- García - Sanz Marcotegui, Á. (2008). Los exilios de los militares carlistas navarros de 1833-1839. En Museo del Carlismo, *Violencias fratricidas: carlistas y liberales en el siglo XIX*. Actas / II Jornadas de estudio del carlismo (pp. 55 – 98). Gobierno de Navarra.
- García - Sanz Marcotegui, Á. (2014). Los Moriones, una saga de militares liberales navarros. En P. Díaz Sánchez, P. Martínez Lillo, Á. Soto Carmona (coord.), *El Poder de la Historia: Huella y legado de Javier M^a Donézar Díez de Ulzurrun*. I (pp. 241-258). Universidad Autónoma de Madrid.
- García - Sanz, Á., Ruiz Astiz, J. (2017). *Militares carlistas navarros (1833-1849)*. Universidad Pública de Navarra. Pamplona.
- Garmendia García, V. (1976). *La Segunda Guerra Carlista (1872 – 1876)*. Siglo veintiuno de España.
- Garmedia García, V. (1904). Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo. *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca*, 4, 51 – 104.
- Geier, C. R., Scott, D. D., Babits, L. E. (2014). *Fron These Honored Dead. Historical Archaeology of the American Civil War*. University Press of Florida.
- Geier, C. R., Winter, S. E. (1996). *Look To The Earth. Historical Archaeology and the American Civil War*. Universidad de Tennessee. Knoxville.
- Giménez Enrich, S. (1876). *Secretos e intimidades del campo carlista en la pasada guerra civil*. Imprenta de Salvador Manero. Barcelona.

- Gimenez Enrich, S. (1877). *Memorias de la pacificación*. Imprenta de Salvador Manero. Barcelona.
- Gómez-Díez, F. (2020). Las consecuencias de la tercera guerra carlista en la Rioja Alavesa (Araba/Álava). Una aproximación desde la arqueología del paisaje. En T. Abelló, G.C. Cattani, V. Gavín, J. Ibarz, C. Santacana, Q. Solé, A. Vives (coords.), *Postguerres / Aftermachs of war* (pp. 482 – 500). Ventall. Universidad de Barcelona.
- González Calleja, E. (2012). La problemática de la guerra civil según las ciencias sociales: un estado de la cuestión. En J. Canal, y E. González (eds.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX* (pp. 7 – 24). Casa de Velázquez. Madrid.
- González García, C. (2018). Campos de Batalla en Gallegos de Argañan, Salamanca, ss. XVII-XIX. Primera Fase. *Saguntum*, 50, 219 – 240.
- González García, C. (2019). *El ejército del centro en Castellón. Historia militar y arqueología de los campos de batalla en la primera guerra carlista, 1833-1840* [Tesis de doctorado no publicada] Universidad de Salamanca.
- González García, C. (2020a). A corta distancia. Projectiles esféricos de la acción de Las Useras, Castellón (17 de julio de 1839). *Saguntum*, 52, 179 – 204.
- González García, C. (2020b). Franceses contra británicos en el puente de Marialba. Historia y arqueología de un episodio de la guerra de la independencia en Gallegos de Argañán, Salamanca. *Gladius*, 40, 153 – 181.
- González-Ruibal, A. (2014). Archaeology of the contemporary past. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology* (pp. 1683 – 1694). Springer. New York.
- González-Ruibal, A. (2016). *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil Española*. Alianza. Madrid.
- González-Ruibal, A. (2017). *Sondeos arqueológicos en los restos de la Guerra Civil en la Ciudad Universitaria de Madrid* (informe preliminar de la campaña del 2017).
- González-Ruibal, A. (2019). Arqueología del pasado contemporáneo: una mirada desde la península Ibérica. *Vestígios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica*, 13(2), 3 – 7.
- González-Ruibal, A., Ayán Vila, X. (2018). *Arqueología. Una introducción al estudio de la materialidad del pasado*. Alianza. Madrid.
- Gordillo Bel, D. (2016). La fortificación de Ampostas. De plaza de primer orden a fortificaciones de circunstancias. En D. Abella Plantés, F. X. Hernández Cardona, M. Romero Serra (eds.), *Actas de las II Jornadas de patrimonio defensivo de época moderna*, (pp: 209 – 223). Universidad de Barcelona.

Govantes y Nieto, J. (1887). *Material de artillería. Descripción del reglamento en España (láminas)*. Imprenta y litografía del depósito de la guerra. Madrid.

Gracia Alonso, F. (2011). La Arqueología e Historia militar Antigua en Europa y Estados Unidos: Situación actual y perspectivas. En J. Vidal, y B. Antela (eds.), *La Guerra en la Antigüedad desde el presente* (pp. 1 – 40). Libros Pórtico. Zaragoza.

Guirao Larrañaga, R., Macías Serrano, F., Milián Aragonés, M. Á. (2012). *Botones de uniforme de España, 1791 – 2011*. OMNI. Montpellier.

Harrison, R., Schofield, J. (2010). *After Modernity. Archaeological approaches to the contemporary past*. Oxford.

Harrison, R., Wilkie, L., González-Ruibal, A., Holtorf C. (2014). Editorial, *Journal of Contemporary Archaeology*, 1(1), 1 – 6.

Henningsen, C. F. (1836). *The most Striking events of a Twelvemonth's campaign with Zumalacarre in Navarre and the Basque Provinces*. John Murray. London.

Hernández Cardona, F. X., Rojo Ariza, M. C. (2012). Arqueología y didáctica del conflicto: el caso de la guerra civil española. *Didácticas Específicas*, 6, 159 – 176.

Hernández Pardos, A., Ona González, J. L., Franco Calvo, J. G. (2016). La intervención arqueológica en el castillo de Peracense (Teruel), campañas de 2015 y 2016. *Saldvie*, 16, 247 – 259.

Hernando, F. (1877). *La campaña carlista. 1872 – 1876*. Paris.

Herrasti Erlogorri, L., Etxeberria Gabilondo, F., Berjón Lobato, M. Á. (2012). Muerte violenta en 1822: una fosa común en Ocio (Zambrana, Álava). *Munibe. Antropología – Arkeologia*, 63, 345 – 366.

Ibabe Ortiz, E. (1995). *Cerámica popular vasca*. Fundación Bilbao Bizkaia Kutxa. Bilbao.

Jimeno Jurío, J. M^a. (1991). Ermitas de Estella. *Príncipe de Viana*, 52(193), 187 – 195.

Jimeno Jurío, J. M^a. (1998). Estella/Lizarra. Toponimia. *Fontes linguae vasconum: Studia et documenta*, 77, 133 – 164.

Jusú Simonena, C., Tabar Sarrias, M^a. I. (1988). Cerámica medieval navarra. I. Producción no vidriada. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, 273-318.

Landa, C. G., Montanari, E. G., Romero, F. G., De Rosa, H., Ciarlo, N. C., Conte, I. C. (2009). Not all were spears and facones: firearms from Otamendi Fortlet (1858 – 1869), Buenos Aires Province,

Argentina. *Journal of Conflict Archaeology*, 5(1), 183 – 200.

Landa, C., Hernández de Lara, O. (2014). Campos de Batallas de América Latina: Investigaciones Arqueológicas de Conflictos Bélicos. En C. Landa, y O. Hernández de Lara (eds.), *Sobre Campos de Batallas. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina* (pp. 35 – 48). Aspha. Buenos Aires.

Landa, C., Hernández de Lara, O. (eds.) (2020). *Arqueología en Campos de Batalla: América Latina en perspectiva*. Aspha. Buenos Aires.

Larraz Andía, P. (2013). *Abárzuza, 1874. El día en que murió Concha*. Ayuntamiento de Abárzuza.

Larreta, A. (2006). *Arandigoyen a través de los siglos*. Copy Center. Zaragoza.

Latorre y León, M. (1875). *Tratado elemental de fortificación de campaña, con nociones de la permanente y del material de guerra*. Imprenta Estereo Galvanoplastia. Valladolid.

Leoni, J. B. (2014). Obsolete muskets, lethal remingtons: Heterogeneity and firepower in weapons of the Frontier War, Argentina, 1869 – 1877. *Journal of Conflict Archaeology*, 9(2), 93 – 115.

Llorens, J. (1874). *Memorias de La Guerra Civil*. III. Imprenta de Juan Guix. Valencia.

López Payer, M. G., Rosado Llamas, M^a. D., Soria Lerma, M., Gallardo Fuentes, J. M., Villegas Sánchez, R. (2002). Prospección arqueológica superficial en la zona de desarrollo de la Batalla de las Navas de Tolosa (Santa Elena, Jaén). *Anuario arqueológico de Andalucía*. 1999, 2, 176 – 182.

López Sellés, T. (1973). Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra. *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 14, 169 – 218.

Madoz, P. (1845). *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*. II. Establecimiento tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti. Madrid.

Marcel, S. E. (1995). *Buttoning Down the Past: A look at buttons as indicator of chronology and material culture*. Chancellor's Honors Program Projects. University of Tennessee. Knoxville.

Macías Serrano, F., Companys Plana, J. (2013). *Botones Civiles Españoles. Siglos XVII-XIX*. OMNI. Montpellier.

Martín Artíguez, R., Palomar Macián V. (1999). *Las fortificaciones de Segorbe a lo largo de la Historia*. Ayuntamiento de Segorbe.

Martín Etxebarria, G. (2017). Aproximación al estudio de tres fuertes de los conflictos carlistas en el entorno de Bilbao. *Arkeogazte*, 7, 193 – 220.

- Martín Etxebarria, G. (2019). Defendiendo la “Invicta Villa”. Génesis y desarrollo de la “Línea de Bilbao y su ría y Abra” durante la Última Guerra Carlista. *Vasconia. Cuadernos de Historia y Geografía*, 43, 33-73.
- Martín Etxebarria, G. (2020). Arqueología de la Primera Guerra Carlista (1833-1839): Una introducción. *Munibe. Antropología – Arqueología*, 71, 243 – 256.
- Martin, S. (2011). “A soldier intoxicated is far worse than no soldier at all”: Intoxication and the American Civil War. *Social History of Alcohol and Drugs (SHAD)*, 25, 66 – 87.
- Martinena Ruiz, J. J. (1976). *Historia del tren*. Navarra. Temas de cultura popular, 260. Diputación Foral de Navarra. Pamplona.
- Martinena Ruiz, J. J. (1998). *Navarra y el tren*. Panorama, 25. Gobierno de Navarra.
- Martínez Carrión, J. M. (1989). Formación y desarrollo de la industria de conservas vegetales en España, 1850 – 1935. *Revista de Historia Económica = Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 7(3), 619 – 649.
- Martínez Caspe, M^a. S. (1998). Algunas conclusiones sobre las consecuencias de la segunda guerra carlista en Navarra (1872-1876). *Vasconia: Cuadernos de historia – geografía*, 26, 155 – 164.
- Martínez Dorado, G. (2007). I Jornadas de Estudio del Carlismo: geografías de la contrarrevolución. *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 14, 337 – 344.
- Martínez Sanz, J. L. (2002). Historiadores e historiografía sobre el carlismo: La difícil frontera entre política y ciencia. *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 49, 110 – 129.
- Martínez Velasco, A. (2008). Breve introducción a la cartuchería para arqueólogos. *Sautuola*, 14, 383 – 398.
- Martínez Velasco, A. (2010). Fuerte de Arrontegi. *Arkeoikuska*, 198 – 201.
- Martínez Velasco, A. (2012). Monte San Cristóbal, en Apellániz. *Arkeoikuska*, 56 – 60.
- Martínez Velasco, A. (2014). Monte San Bernabé. *Arkeoikuska*, 266 – 270.
- Martorell Pérez, M. (2000). Nuevas aportaciones históricas sobre la evolución ideológica del carlismo. *Gerónimo de Uztariz*, 16, 95 – 108.
- Mata González, M. (2017). *Interpretaciones historiográficas sobre el carlismo, siglos XIX al XX* [Trabajo fin de grado]. Universidad de Cantabria.
- Medrano, A. M. (2014). Campos de Batalla en México: Arqueología y Patrimonio Militar. En C.

Landa, y O. Hernández de Lara (eds.), *Sobre Campos de Batallas. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina* (pp. 49 – 73). Aspha. Buenos Aires.

Melchor Montserrat, J. M., Benedito Nuez, J. (1999). Excavación arqueológica en la muralla de la calle Gaibiel de Castellón de la Plana (La Plana Alta). *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 20, 389 – 392.

Memmott, M. (2015). *What can this be? A practical workshop on tin can identification and analysis*. Nevada Archaeological Association, 44 th annual meeting. Wendover (Nevada).

Merritt, C. W. (2014). *Historic Artifact Guide*. Utah Division of State History. Salt Lake.

Montón, S., Abejez L. J. (2015). ¿Qué es esa cosa llamada Arqueología Histórica?. *Complutum*, 26(1), 11 – 35.

Montufo Martín, A. M. (1991). Aplicaciones de la teledetección en arqueología. Una revisión crítica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada (CPAG)*, 16, 425 – 451.

Morais Vallejo, E. (2007). El recinto amurallado de León durante la Primera Guerra Carlista. En Institución Príncipe de Viana (eds.), *Congreso Internacional “Ciudades Amuralladas”* (pp. 1 – 10). Pamplona.

Moraza Barea, A. (2012). Fuerte de Oriamendi. *Arkeoikuska*, 278 – 283.

Moraza Barea, A. (2015a). Isla de Garraitz – San Nicolás. *Arkeoikuska*, 230 – 236.

Moraza Barea, A. (2015b). Fortín y Ermita de Santa Catalina. *Arkeoikuska*, 249 – 251.

Moraza Barea, A., Buces Cabello, J., García Dalmay, M. (2012). Las fortificaciones de época carlista en Andoain. *Leyçaur: revista de estudios históricos de Andoain*, 12, 9 – 82.

Moraza Barea, A., García Dalmau, M. (2008). Fuerte de Ametzagaina. *Arkeoikuska*, 377 – 379.

Moraza Barea, A. (2017). Fuerte de Pagamendi. *Arkeoikuska*, 338 – 339.

Moraza Barea, A. (2018). Fuerte de Pagamendi. *Arkeoikuska*, 388 – 389.

Moraza Barea, A., Arrate Jorin, J. Á. (2018). Batalla de Somorrostro. Accesos al Parque Tecnológico de Ezkerraldea/Meatzaldea, en Las Carreras. *Arkeoikuska*, 253 – 254.

Moreno y Tovillas, S., Argüelles y Frera, M. (1877). *Tratado de Fortificación*. I. Imprenta del Memorial de Ingenieros. Madrid.

Morín de Pablos, J., Escolá Martínez, M., Agustí García, E., Barroso Cabrera, R., Pérez-Juez Gil, A.

- (2002). El yacimiento de << Casas de Murcia>> (Villa de Vallecas). Excavaciones arqueológicas en un fortín republicano en la segunda línea de defensa de Madrid capital. *Militaria*, 16, 139 – 164.
- Mujica, J., Menezes, L. (2014). Consideraciones sobre la conservación de artefactos de campo de batalla. En C. Landa, y O. Hernández de Lara (eds.), *Sobre Campos de Batallas. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina* (pp. 235 – 247). Aspha. Buenos Aires.
- Munera Martínez, J. Á. (2020). Lezuza en el contexto de las guerras carlistas. La facción del cura de Alcabón fue masacrada en 1874. *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, 65, 113 – 170.
- Munsey, C. (1970). *The illustrated guide to collecting bottles*. Hawthorn books. New York.
- Muruzábal del Solar, J. M. (2017). Una colección de alfarería de Estella. *Terra Stellae*, 52 – 77.
- Nagore Fernández, L. (1964). *Apuntes para la historia, 1872-1886: Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*. Institución Príncipe de Viana. Pamplona.
- Navalón Martínez, V., y Guimaraens Igual, G. (2016). El valor de lo invisible. La fortificación liberal de Requena. *Oleana*, 30, 123 – 140.
- Navalón Martínez, V., y Guimaraens Igual, G. (2018-2020). Refortificación y destrucción del fuerte de los Ángeles (Chulilla, Valencia) durante la primera guerra carlista. *Arché*, 13 – 15, 187 – 196.
- Navark S.L. (2005a). *Informe Final. Castillo de San Esteban de Deyo* (estudio inédito).
- Navark S.L. (2005b). *Informe Final. Castillo de Huarte* (estudio inédito).
- Navark S.L. (2005c). *Informe final del proyecto de musealización de sitios históricos del Ayuntamiento de Huarte-Uharte* (estudio inédito).
- Ocáriz Basarte, J. M., Roldan – Bergaratxea, I. (2014). El campamento de Montesquinza y sus reductos. *Terra Stellae*, 5, 48 – 73.
- Ocete Rubio, R. (2009). *Catálogo de Armas*. Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla. Consejería de Cultura, Sevilla.
- Olano, A. (1996). Prospecciones de la Edad de Hierro – Koroa (Mutriku), Txatxarromendi (Aia), Saberri (Aia), Murgil (Larraul), Kanpusantuko Gaina (Andoain), Atxular (Andoain), Susperregi (Rentería). *Arkeoikuska*, 160 – 162.
- Olivares i Ponti, D. (1997). *La fortificació de la comarca del Bages en temps de les guerres carlines*. Secció d'estudis del centre excursionista de la comarca de Bages. Manresa.

- Olivé Roig, S. (1990). *Historia de la telegrafía óptica en España*. Ministerio de Transporte, Turismo y Comunicaciones. Madrid.
- Ona González, J. L. (1991a). Castillo de Peracense: 1988. En J. I. Royo Guillén, y J. L. Acín Fanlo (coord.), *Arqueología Aragonesa* (pp. 273 – 278). Diputación General de Aragón.
- Ona González, J. L. (1991b). Castillo de Peracense: 1989. En J. I. Royo Guillén, y J. L. Acín Fanlo (coord.), *Arqueología Aragonesa* (pp. 279 – 284). Diputación General de Aragón.
- Opitz, R. S. (2013). An overview of airborne and terrestrial laser scanning in archaeology. En R. S. Opitz, y D. C. Cowley (eds.), *Interpreting archaeological topography. 3D data, visualisation and Observation* (pp. 13 – 31). Oxbow books. Oxford.
- Orser, C. E. (2000). *Introducción a la Arqueología Histórica* (A. Zarankin, Trad.). Buenos Aires.
- Ortiz de Urbina Montoya, C. (2005). *Vestigios militares de las guerras carlistas en Álava: el “Fuerte” y las torres de Vayagüen, El Encinal, y Almoreta en Nanclares de Oca*. Diputación Foral de Álava.
- Oyarzun, R. (1939). *Historia del Carlismo*. Ediciones Fe. Madrid.
- Palacio Ramos, R. (2008). Situación del patrimonio fortificado de época moderna en Cantabria. En Federación ACANTO (ed.), *Actas de las VII Jornadas de ACANTO sobre Patrimonio Cultural y Natural de Cantabria* (pp. 78 – 83).
- Palacio Ramos, R. (2011). La fortificación en Cantabria en el siglo XIX: pervivencias y cambios. *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, 161 – 163, 117 – 128.
- Palacio Ramos, R. (2016). Identificación, contextualización y datación de artefactos de origen militar, 1840 – 1880. *Sautuola*, 21, 227 – 237.
- Palacio Ramos, R. (2017a). Las fortificaciones liberales en Cantabria durante la tercera Guerra Carlista. *Cuadernos de Arquitectura y Fortificación*, 4, 133 – 158.
- Palacio Ramos, R. (2017b). *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. librucos. Guarnizo.
- Palacios Jurado, H., Martín-Bueno, M. A., Uribe Agudo, P. (2017). Tecnología y arqueología. En M. Martín – Bueno, y J. C. Sáenz Preciado (eds.), *Topografía aplicada a la arqueología* (pp. 127 – 164). Universidad de Zaragoza.
- Pando Despierto, J. (1982). Monte – Muru, la última batalla. *Historia 16*, 76, 21 – 36.
- Pardo San Gil, J. (2000). La Segunda Guerra Carlista en “El Norte” (1872-1876): Los ejércitos

contendientes. *Bilduma*, 14, 359 – 395.

Pardo San Gil, J. (2013). El ferrocarril carlista. *Bilduma*, 25, 7 – 55.

Pastor Muñoz, F. J., Adán Poza, M^a. J. (2001). Vestigios de la guerra de la independencia en Somosierra: el campo de batalla de Somosierra. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 10, 51 – 62.

Pastor Muñoz, F. J., Adán Poza, M.^a J. (2014). La carga de Somosierra. Un estudio de Arqueología del conflicto. *Desperta Ferro: Historia moderna*, 8, 14 – 19.

Pearson, G. S. (2016). *The democratization of food: Tin cans and the growth of the American food processing industry, 1810 – 1940* [Tesis de doctorado, Universidad de Lehigh]. <https://docplayer.net/57682452-The-democratization-of-food-tin-cans-and-the-growth-of-the-american-food-processing-industry.html>

Pérez Galdós, B. (1898-1900). Tercera Serie. Episodios Nacionales (1872-1912). Viuda de Tello. Madrid.

Pérez Morata, J. (2016). *Inicios y desarrollo de la industria conservera en España* [Trabajo fin de grado]. Universidad de Zaragoza.

Pérez Ollo, F. (1983). *Ermitas de Navarra*. Caja de ahorros de Navarra (CAN). Pamplona.

Pescacen Pardo, J. (1977). La Segunda Guerra Carlista en Sangüesa. *Zangotzarra*, 1, 181 – 226.

Pirala Criado, A. (1856-1858). Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista. I – V. Madrid.

Pirala Criado, A. (1875-1879). Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil. I – VI. Manuel Tello. Madrid.

Pollard, T. (2014). Prólogo. En C. Landa, y O. Hernández (eds.), *Sobre Campos de Batallas. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina* (pp. 17 – 21). Aspha. Buenos Aires.

Pollard, T., Banks, I. (2005). Why a Journal of Conflict Archaeology and Why now?. *Journal of Conflict Archaeology*, 1(1), 3 – 7.

Polo Cerdá M., García – Prósper E., Duarte Martínez F. X., Hernández García, F. J., y Cruz Rico, E. (2011). Lesiones por bayoneta en la Morella Carlista (s. XIX). En A. González Martín, O. Cambra Moo, J. Rascón Pérez, M. Campo Martín, M^a. Del Mar Robledo Acinas, E. Labajo González, y J. A. Sánchez Sánchez (eds.), *Paleopatología: ciencia multidisciplinar* (pp. 403 – 418). Sociedad Española de Paleopatología.

- Quesada Sanz, F. (2008). La “Arqueología de los campos de batalla”. Notas para una un estado de la cuestión y una guía de investigación. *Saldvie*, 8, 21 – 35.
- Quesada Sanz, F. (2011). Reflexiones sobre la historia, situación actual y perspectivas de la Arqueología e Historia Militar antigua en España. En J. Vidal, y B. Antela (eds.), *La Guerra en la Antigüedad desde el presente* (pp. 41 – 74). Libros Pórtico.
- Quiros, J. A. (2013). Castillo de Labastida. *Arkeoikuska*, 83 – 87.
- Ramírez, M. (2016). Propuesta arqueológica para el tratamiento de un campo de batalla. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada (CPAG)*, 26, 425 – 446.
- Ramírez, M. (2017). Uclés: el acondicionamiento museográfico de un campo de batalla de la Guerra de la Independencia. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 443 – 462.
- Rams Riera, E., Tarrés i Turon, J. (1999). La Batalla del Pasteral (1849). *Quaderns de la Selva*, 11, 161 – 183.
- Rock, J. T. (1984). Cans in the Countryside. *Historical Archaeology*, 18(2), 97 – 111.
- Rodrigo, J., y Alegre, D. (2019). *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.
- Rodríguez De Quijano, Á. (1876). *Apuntes para la campaña del Primer Cuerpo del Ejército del Norte en 1874 y 1875*. Imprenta del Memorial de Ingenieros. Madrid.
- Rodríguez Durántez, L. (2008). El Fuerte de Cervera de Pisuerga y su tiempo: Escenarios palentinos en la gran guerra carlista. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses (PITTM)*, 79, 395 – 420.
- Rodríguez Gómez, J. M. (2004). *La Tercera Guerra Carlista 1869-1876*. Almena. Madrid.
- Rodríguez Salíz, J. (1986). Fuerte de San Enrique. *Arkeoikuska*, 53 – 55.
- Rodríguez Salíz, J. (1987). Fuerte de San Enrique. *Arkeoikuska*, 46.
- Rodríguez Temiño, I. (2012). *Indiana Jones sin futuro. La lucha contra el expolio del patrimonio arqueológico*. JAS Arqueología. Madrid.
- Roldan Bergaratxea, I. (2016). Arqueología de las guerras carlistas. *DAMA. Documentos de arqueología y patrimonio histórico*, 1, 109 – 123.
- Roldan Bergaratxea, I. (2017). Sobre la puesta en valor del Fuerte Princesa de Asturias de Villatuerta. *Terra Stellae*, 8, 8 – 23.

- Roldan Bergaratxea, I., y Escribano – Ruiz, S. (2015). Valoración del legado material de varios fuertes del frente de Estella. *Arkeogazte*, 5, 133 – 149.
- Roldan Bergaratxea, I., y Escribano – Ruiz, S. (2017). Programa de investigación del patrimonio de las guerras carlistas en Navarra. Primeras intervenciones. *Trabajos de Arqueología Navarra (TAN)*, 29, 281 – 289.
- Roldan Bergaratxea, I., Martín – Etxebarria, G., Escribano – Ruiz, S. (2019). The archaeology of civil conflict in nineteenth century Spain: material, social and mnemonic consequences of the Carlist Wars. *World Archaeology*, 51(5), 709 – 723.
- Roldan Bergaratxea, I., y Ocáriz Basarte, J. M^a. (2015). Fortificaciones en el Frente de Estella durante la Tercera Guerra Carlista. 2^a parte. Estudio de los restos materiales y su gestión. En D. Montaña Buchaga, y J. Rafart Canals (eds.), *Propaganda carlista, religió, literatura i operacions militars*. III Simposi d'Història del Carlisme (pp. 181 – 198). Centre d' Estudis d' Avià.
- Roldán González, E. (2005). La batalla de Abárzuza. *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 58, 102 – 113.
- Roldán González, E. (2009). *Un corresponsal en España: 50 crónicas de la tercera Guerra Carlista*. Colección Luis Hernando de Larramendi. Actas. Madrid.
- Rubio Campillo, X., Hernández Cardona, F. X. (2012). La batalla de Talamanca, un combate del siglo XVIII. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 1(2), 29 – 48.
- Rubio Liniers, M^a. C., Talavera Díaz, M^a. (2007). *El Carlismo*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- Rújula López, P. (2015). Las guerras civiles contrarrevolucionarias europeas en el siglo XIX. *Amnis*, 1 – 13.
- Ruiz Dana, P. (1876). *Estudio sobre la Guerra Civil en el Norte, de 1872 a 1876*. Imprenta a cargo de J. J. de las Heras. Madrid.
- Sáez García, J. A. (2000). *Viejas piedras: fortificaciones guipuzcoanas*. Michelena. San Sebastián.
- Sáez García, J. A. (2001). Fortificaciones liberales en el entorno de San Sebastián en la I Guerra Carlista. *Boletín Sancho el Sabio*, 14, 11 – 39.
- Sáez García, J. A., Agirre, G. (2002). *Gotorlekuak Gipuzkoan: XVI – XIX mendeak*. Bertan. 18. Gipuzkoako Foru Aldundia.
- Sáez García, J. A. (2009). Las fortificaciones costeras en Gipuzkoa (ss. XVI – XX). *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 6, 113 – 132.

- Sáez García, J. A. (2014a). *La línea de fortificación Erlaitz – Endarlatsa*. Ingeba. San Sebastián.
- Sáez García, J. A. (2014b). *Fortificaciones en el noroeste de Guipuzkoa durante la última guerra carlista*. Ingeba. San Sebastián.
- Sagarra Renedo, P., De Andrés Martín, J. R. (2014). *Atlas ilustrado. El carlismo*. Susaeta. Madrid.
- Sánchez Gómez, F. (1991). El Arma de Artillería en el Reinado de Alfonso XII. Ministerio de Defensa.
- Sánchez Gómez, F. (2000). *La artillería en las láminas de Govantes de 1887*. Ministerio de Defensa.
- Sánchez Pinto, I. (2008). Torre del telégrafo (Quintanilla de la Ribera). *Arkeoikuska*, 133 – 143.
- Sánchez Pinto, I. (2009). Torre del telégrafo (Quintanilla de la Ribera). *Arkeoikuska*, 109 – 114.
- Sancho Mir, M., Agustín Hernández, L., Martín Domínguez, B. (2017). La fortificación de Teruel durante el siglo XIX: un paisaje efímero. *Arqueología de la Arquitectura*, 14, 1 – 17.
- Sauer, C. O. (1925). *The morphology of landscape*. Universidad de California.
- Saunders, N. (2003). *Trench Art: Materialities and Memories of War*. Routledge. Londres.
- Schofield, J. (2005). *Combat Archaeology. Material culture and modern conflict*. Duckworth. Londres.
- Scott, D., Fox, R., Connor, M., Harmon, D. (1989). *Archaeological perspectives on the battle of Little Big Horn*. University of Oklahoma.
- Scott, D. D., McFeaters, A. P. (2011). The Archaeology of Historic Battlefields: A History and Theoretical Development in Conflict Archaeology. *Journal of Archaeological Research*, 19(1), 103 – 132.
- Sebastián Fabuel, V. (2005). La serranía del Turia: sus fortificaciones en la 1ª y 3ª Guerras Carlistas. En Asociación Española de Amigos de los Castillos (Ed.), *II Congreso de Castellología Ibérica* (pp. 989 – 1004). Madrid.
- Segura, H. (s.f.). *Diario del Coronel del 4º Batallón de Navarra. 1874 – 1875*.
- Small, M., Singer, J. D. (1982). *Resort to Arms: International Civil War, 1816-1980*. Sage. Beverly Hills.
- Soroa y Fernández de la Somera, J. Mª. (1898). *Fortificación de Campaña y Permanente, Puentes, Minas y Castramentación*. (4ª ed.). J. Palacios. Madrid.
- Soto, S. M. (1879). *Apuntes de Fortificación para el Oficial en Campaña*. (3ª ed.). Imprenta de la

viuda de Egaña e hijo. Vitoria.

Sutherland, T., y Holst, M. R. (2005). *Battlefield Archaeology: A Guide to the Archaeology of Conflict*. 8. BAJR Practical Guide Series.

Tabar Sarrías, M^a. I., Jusué Simonena, C. (1988). Cerámica medieval navarra I. Producción no vidriada. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, 273 – 318.

Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. McGraw – Hill. New York.

Todorov, T. (2000). Los abusos de la memoria (M. Salazar Trad.). Paidós. Barcelona. (Obra original publicada en 1995).

Torner de la Fuente, E. (1898). *Fortificación de campaña*. I. Imprenta y Encuadernación Provincial. Guadalajara.

Tortella, G., Núñez, C. E. (2011). *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Alianza. Madrid.

Tourigny, E., Newstead, S., Escribano – Ruiz, S., Nyiri, B., Lloyd – Smith, L., Ylimaunu, T. (2017). Global post-medieval/historical archaeology: what's happening around the world?. *Post-Medieval Archaeology*, 51(3), 515 – 523.

Urcelay Alonso, J. (2019). El Museo Carlista de Madrid. *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 100, 239 – 282.

Urquijo Goitia, J. R. (1993). Historiografía sobre la primera guerra carlista. *Bulletin d'histoire contemporaine d'Espagne*, 17 – 18, 412 – 444.

Urricelqui Pacho, I. (2008). *Recuerdos de una guerra civil. Álbum del bloqueo de Pamplona*. Gobierno de Navarra. Pamplona.

Urteaga, M. (2014). Fuerte de San Enrique. *Arkeoikuska*, 356 – 357.

User's guide. Instructions and computer codes for use with the IMACS site form. (2001). Intermountain Antiquities Computer System (IMACS). University of Utah. Salt Lake.

Valero de la Rosa, E. (2015). Fortificaciones militares en Albacete durante las guerras carlistas. *Al – Basit: Revista de estudios albacetenses*, 60, 279 – 302.

Van der Schriek, J., Van der Schriek, M. (2014). Metal detecting: Friend or foe of conflict archaeology? Investigation, preservation and destruction on WWII sites in the Netherlands. *Journal of Community Archaeology & Heritage*, 1 (3), 228 – 244.

Vigón, J. (2014). *Historia de la artillería española*. II. Ministerio de Defensa.

Vila Carabasa, J. M. (1997). *Prospeccions Serrat del Fortí Maurici – Bages*. Generalitat de Catalunya, Direcció General del Patrimoni Cultural. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10687/24265>

Zaratiegui, J. A. (1845). *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*. Madrid.

Zuazúa Wegener, N., Zuza Astiz, C., García – Barberena Unzu, M^a. (2016). Evidencias arqueológicas del bloqueo de Pamplona (1873 – 1874). *Trabajos de Arqueología Navarra (TAN)*, 28, 309 – 317.

Archivos:

Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército (ACEGCGE)

Archivo Histórico Foral de Bizkaia

Archivo Histórico Municipal de Estella

Archivo Real y General de Navarra

Centro de Documentación del Museo del Carlismo de Estella

Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra (IHCMET)

Hemeroteca:

Documentos provenientes de los repositorios web de la Biblioteca Nacional de España y la Fundación Sancho el Fuerte:

El Cuartel Real

El Estandarte Real

El Globo. Diario Ilustrado

El Imparcial

La Igualdad

La Ilustración Española y Americana